

Considerada como una de las novelas más representativas y complejas de Tagore, *Gora* presenta un retrato magistral de la sociedad bengalí a través de la epopeya de su protagonista. En el relato se entretiene una historia que muestra una India cuya diversidad de razas, culturas y religiones, pero sobre todo la división en castas, provocan un desgarramiento que lamentablemente no se aleja del que vive en la actualidad.

En *Gora*, Tagore hace su universal llamamiento contra toda casta, contra todo puritanismo, contra toda confrontación.

Rabindranath Tagore

Gora

Una juventud en la India

Título original: *Gora*

Rabindranath Tagore, 1910

Traducción: Ana M.^a de la Fuente

CAPÍTULO PRIMERO

Era la estación de las lluvias en Calcuta; las nubes de la mañana se habían dispersado y el cielo rebosaba luz.

Binoy-bhusan, asomado a la terraza de su casa, contemplaba en apacible ociosidad el constante flujo y reflujo de los transeúntes. A pesar de haber terminado sus estudios superiores tiempo atrás, no había emprendido ningún trabajo en serio. Escribía para algún periódico y organizaba reuniones, pero esto no le dejaba satisfecho. Y aquella mañana, por falta de algo que hacer, empezaba a sentirse nervioso.

Delante de la tienda de enfrente, un mendigo bāul, vestido con el heterogéneo ropaje de los músicos ambulantes, cantaba:

Vuela a la jaula el ave extraña

no sé de dónde vendrá.

No logra mi mente encadenarla,

no sé adónde irá.

Binoy pensó que le gustaría llamar al bāul y copiar aquella canción del ave extraña. Pero al igual que cuando, a medianoche, refresca de pronto nos resulta imposible levantarnos a coger otra manta, Binoy no se decidió a hacer subir al bāul, y la canción del ave extraña quedó sin escribir. Sólo unas notas siguieron resonando en sus oídos.

En aquel preciso instante, hubo un accidente delante de la casa.

Un coche de alquiler fue derribado por un soberbio carruaje tirado por dos caballos, que siguió su camino a toda velocidad, sin reparar en el vehículo que volcó a su paso.

Binoy salió corriendo a la calle en el instante en que una muchacha se apeaba del coche de alquiler y un caballero de edad avanzada iba a hacerlo, a su vez. Se precipitó en su ayuda y, al ver la palidez del anciano, dijo:

—Espero que no estéis herido, señor.

—No, no ha sido nada —contestó el hombre, sonriendo para quitarle importancia al

hecho.

Pero era evidente que estaba a punto de desmayarse.

Binoy le cogió de un brazo y, dirigiéndose a la atribulada muchacha, añadió:

—Ésta es mi casa. Entrad, por favor.

Cuando hubieron puesto al anciano en una cama, la muchacha cogió un cántaro que había en la habitación y derramó unas gotas de agua en su rostro. Luego, empezó a abanicarle; preguntó:

—¿Podrías enviar a alguien en busca de un médico?

Vivía uno en la vecindad, y Binoy mandó a su criado a avisarle.

Desde detrás de la muchacha, Binoy miraba la imagen de ella reflejada en un espejo. Durante toda su vida estuvo ocupado con sus estudios, en su casa de Calcuta, y lo poco que sabía del mundo lo había aprendido en los libros. Nunca conoció más mujeres que las de su familia, y el rostro que contemplaba en el espejo le fascinaba. No sabía estudiar los detalles de las facciones femeninas, pero en aquella cara joven, en la que se reflejaban el cariño y la ansiedad, descubrió todo un mundo de ternura cuya existencia no sospechaba.

Cuando, al cabo de un rato, el viejo abrió los ojos y lanzó un suspiro, la muchacha se inclinó hacia él para preguntarle, en un trémulo susurro:

—Padre, ¿estás herido?

—¿Dónde estoy? —preguntó el viejo, tratando de incorporarse.

Binoy se acercó rápidamente a él, diciendo:

—Por favor, no os mováis hasta que llegue el médico.

Mientras hablaba, se oyeron los pasos del doctor, que a los pocos momentos entró en la habitación. Pero comoquiera que, después de examinar al paciente, no apreció en él ninguna lesión de gravedad, volvió a marcharse, no sin antes recomendar que le administraran un poco de coñac con leche caliente.

Al salir el médico, el padre de la muchacha se mostró inquieto y preocupado, pero su hija, adivinando la causa, le tranquilizó asegurándole que, tan pronto llegasen a su casa, mandaría el importe de los honorarios del médico y de la medicina. Luego, se volvió hacia Binoy.

¡Qué ojos tan maravillosos! Al muchacho no se le ocurrió preguntarse si eran grandes o pequeños, negros o castaños. Daban una inmediata sensación de sinceridad. No

había en ellos asombro de timidez ni de vacilación. Reflejaban gran fortaleza y sosiego.

Aventuró, entrecortadamente:

—¡Oh!, los honorarios del doctor no tienen importancia... No os molestéis..., yo..., yo...

Pero los ojos de la muchacha, fijos en él, no sólo le impidieron continuar, sino que le hicieron comprender que tendría que aceptar la cantidad desembolsada.

Cuando el viejo se opuso a que le trajeran coñac, su hija insistió:

—Pero, padre, el médico lo ha ordenado así.

—Los médicos tienen la mala costumbre de recurrir al coñac con el menor pretexto. Un vaso de leche será suficiente para remediar este pequeño desfallecimiento.

Después de beber unos sorbos de leche, el hombre se volvió hacia Binoy y le dijo:

—Ahora, nos vamos. Ya te hemos ocasionado bastantes molestias.

La muchacha pidió entonces un coche, pero su padre objetó:

—¡No hay necesidad de importunar más! Nuestra casa está muy cerca y puedo ir perfectamente andando.

Pero ella se negó a consentirlo y, como el hombre no insistiera en su negativa, el mismo Binoy salió a buscar un coche.

Antes de marcharse, el caballero le preguntó su nombre.

—Binoy-bhusan Chatterji.

—Paresh-chandra Bhattacharya —dijo él a su vez.

Añadió que vivía cerca, en el número 78 de aquella misma calle.

—Cuando disponga usted de tiempo, mucho nos complacerá que vaya a visitarnos.

Y los ojos de la muchacha aprobaron en silencio la invitación.

Binoy hubiera querido acompañarles a su casa sin más dilaciones, pero no estaba muy seguro de que fuera propio de personas bien educadas. Se quedó en la puerta, dudando, y en el momento en que el coche iba a arrancar, la muchacha le hizo una ligera inclinación que le pilló completamente desprevenido, por lo que, en su confusión, no acertó a corresponder.

De nuevo en su cuarto, se reprochó una y otra vez su torpeza. Mentalmente, pasó revista a su comportamiento, desde el momento en que los conoció hasta el de su marcha, llegando a la conclusión de que, desde el principio hasta el final, sus modales fueron atroces. Estaba tratando en vano de decidir qué era lo que hubiera debido hacer y lo que no hubiera debido decir en cada momento, cuando sus ojos tropezaron con un pañuelo que la muchacha había olvidado sobre la cama. Lo cogió. En aquel momento volvió a él el estribillo de la canción del baúl:

*Vuela a la jaula el ave extraña,
no sé de dónde vendrá.*

Pasaron las horas y el calor del sol se hizo intenso. La corriente de *gharries* empezó a fluir rápidamente en dirección a las oficinas; pero aquel día, Binoy no podía pensar en trabajar. Su pequeña casita y la fea ciudad extendida a su alrededor, se le antojaron una morada de ensueño. Los radiantes fulgores del sol de julio le abrasaban el cerebro y se le metían por las venas, cubriendo con una cortina de luz todas las pequeñeces de su vida cotidiana.

De pronto, le llamó la atención un niño de unos siete u ocho años que iba mirando los números de las casas. Sin saber por qué, tuvo la completa seguridad de que la casa que el niño buscaba era la suya, y le gritó:

—¡Eh, ésta es la casa!

Salió corriendo a la calle e hizo entrar al pequeño casi a rastras. Binoy le escrutó atentamente al coger el sobre que el niño le tendía. El sobre estaba escrito en inglés, en clara letra de mujer.

—Mi hermana me ha dado esto para usted —dijo el niño.

Dentro del sobre no había carta alguna; sólo dinero.

El chico dio media vuelta para marcharse, pero Binoy insistió en que subiera a su habitación. Era más moreno que su hermana, pero el parecido era muy marcado, y Binoy se sintió atraído por él.

Demostraba gran aplomo. Al entrar en la habitación, señalando un retrato colgado de la pared, preguntó:

—¿Quién es el del cuadro?

—Un amigo mío.

—¿Un amigo tuyo? ¿Cómo se llama?

—¡Oh, no le conoces! —rió Binoy—. Se llama Gourmohan; pero yo le llamo Gora. Fuimos juntos a la escuela.

—¿Todavía vas a la escuela?

—No; ya he terminado mis estudios.

—¿Lo dices en serio? ¡Has terminado...!

Binoy no pudo resistir la tentación de hacerse admirar por el pequeño mensajero.

—Sí; he terminado del todo.

El muchacho le miró con ojos muy abiertos, y dejó escapar un suspiro. Sin duda, pensaba en el momento en que él alcanzaría, también, la cima del saber.

Binoy le preguntó cómo se llamaba.

—Mi nombre es Satish-chandra Mukerji.

—¿Mukerji? —repitió, sin comprender.

Se hicieron amigos en seguida, y Binoy no tardó en averiguar que Paresch Babu no era el padre de los dos hermanos, pero les había educado desde muy niños. Anteriormente, la muchacha se llamaba Radha-rani, pero la esposa de Paresch Babu le puso el nombre de Sucharita, menos agresivamente ortodoxo.

Cuando Satish se despidió, Binoy le dijo:

—¿Es que vas a marcharte solo?

—¡Siempre voy solo! —contestó el pequeño con expresión de orgullo ultrajado.

—Deja que te acompañe a tu casa.

El muchacho se mostró desolado al ver su dignidad de hombre menoscabada.

—¿Por qué has de acompañarme? —exclamó—. Puedo ir solo perfectamente.

Y empezó a detallar una lista de precedentes, a fin de demostrar que para él era cosa natural no llevar acompañantes.

No comprendía por qué, a pesar de todas sus protestas, Binoy insistió en acompañarle hasta la puerta de su casa.

Además, cuando Satish le invitó a entrar, se negó, diciendo:

—No; ahora, no. Otro día.

Al volver a su casa, Binoy sacó el sobre y leyó y releyó la dirección tantas veces que cada uno de los rasgos trazados en él quedó grabado en su memoria. Luego, con gran cuidado, depositó en una caja el sobre y su contenido. No gastaría aquel dinero ni siquiera en el caso de la más acuciante necesidad.

CAPÍTULO II

Era una tarde oscura durante la estación de las lluvias. El cielo estaba cubierto por pesadas nubes, cargadas de humedad. Bajo aquella techumbre sucia y descolorida, la ciudad de Calcuta yacía inmóvil, semejante a un enorme y desconsolado perrazo enroscado con la cabeza descansando sobre la cola. Desde la noche anterior lloviznó persistentemente, con la suficiente intensidad para llenar las calles de barro, pero sin el ímpetu bastante para arrastrarlo. A las cuatro de la tarde dejó de llover, pero el cielo seguía mostrándose amenazador. Con aquel tiempo desapacible, durante el que era tan enojoso permanecer en casa como inseguro salir a la calle, dos jóvenes estaban sentados en taburetes de mimbre, en la húmeda azotea de una casa de tres pisos.

En aquella misma azotea, los dos amigos habían jugado, de niños, al volver de la escuela; allí habían aprendido de memoria las lecciones en vísperas de exámenes, repitiéndolas en voz alta, mientras paseaban de un lado para otro frenéticamente; y en los días calurosos, allí era donde cenaban, al volver del colegio, y allí se quedaban discutiendo hasta las dos de la madrugada, para despertar sobresaltados al salir el sol, y darse cuenta de que habían quedado dormidos sobre la estera. Y cuando los exámenes terminaron, en aquella azotea era donde, una vez al mes, se reunía la Sociedad de Patriotas Hindúes, de la que uno de los dos amigos era presidente, y el otro secretario.

El presidente se llamaba Gourmohan, Gora para sus amigos. Había crecido desmesuradamente. Uno de sus profesores le llamaba «Montaña Nevada», pues era terriblemente blanco, sin asomo de pigmento en la piel. Medía casi un metro noventa de estatura, tenía los huesos grandes y unos puños como las zarpas de un tigre. Su voz era tan profunda y ronca que quien le oyera gritar: «¿Quién va?», se llevaba un buen susto. Su rostro parecía excesivamente largo y fuerte. Su mandíbula recordaba la tranca de una fortaleza. Prácticamente no tenía cejas, y su frente describía una amplia curva hasta las orejas. Los labios eran finos y apretados, y la nariz se proyectaba sobre ellos como una espada. Sus ojos, pequeños y vivos, apuntaban, en apariencia, a algún objeto lejano e invisible, pero podían abatirse, con la rapidez del rayo, sobre cualquier cosa que tuviesen a su lado. Gourmohan no era precisamente guapo, pero resultaba imposible no fijarse en él, estuviese donde estuviese.

Su amigo Binoy era modesto, pero muy vivaz, como buen caballero bengalí. La delicadeza de su carácter y su inteligencia daban a su rostro una expresión de singular claridad. En el colegio se llevaba siempre las becas y las mejores notas, mientras Gora, que no sentía gran afición por la lectura, se quedaba rezagado. No comprendía las cosas tan rápidamente como Binoy ni tenía tan buena memoria; por ello Binoy fue el abnegado corcel que, en todos los exámenes, llevó a Gora sobre sus lomos.

Ésta era la conversación que absorbía a los dos amigos aquella húmeda tarde de agosto:

—Oye lo que te digo —argüía Gora—: al atacar a los brahmos^[1], Abinash demostró su gran robustez de carácter. ¿Qué te hizo encolerizarte de aquel modo con él?

—¡Qué tontería! —repuso Binoy—. Sobre los gustos de Abinash no puede haber más que una opinión.

—Si es eso lo que piensas, entonces en ti está el mal. No se le puede pedir a la sociedad que contemple con los brazos cruzados cómo unos cuantos renegados tratan de abatirla haciendo lo que les venga en gana. Es natural que se desconfíe de esa gente y se considere mal hecho lo que ellos tal vez hagan de buena fe. Y si la sociedad ve un mal en lo que ellos estiman su bien, eso no es más que uno de los muchos castigos que atraen sobre sí los que la burlan a sabiendas.

—Puede que sea natural, pero no estoy conforme en que todo lo natural sea bueno.

—¡Deja en paz la bondad! —exclamó Gora—. Las poquísimas personas realmente buenas que existen en el mundo tienen todos mis respetos. Las demás, que sean naturales; es todo lo que pido. De lo contrario, ni cundiría el trabajo ni la vida merecería la pena. Los que, como los brahmos, quieran dárseles de santos, deben estar dispuestos a ser víctimas de la incomprensión y del desprecio. No pretenderán que, mientras ellos se pavonean, sus adversarios les aplaudan; eso sería pedirle mucho al mundo. Y si eso sucediera, el mundo sería un lugar bien poco recomendable.

—No tengo ningún inconveniente en que injurias a determinada secta o partido; pero cuando la injuria se hace personal...

—¿Y de qué sirve injuriar a la secta? Eso supone, simplemente, criticar sus opiniones. Se hace preciso atacar al individuo. ¿Es que tú no has personalizado nunca, santo varón?

—Sí; muchas veces. ¡Y bien que me pesa!

—¡No, Binoy! —exclamó Gora, súbitamente excitado—. Eso no. Jamás.

Binoy quedó un momento en silencio.

—Bueno, ¿qué te ocurre? —preguntó al cabo—. ¿Qué es lo que te alarma?

—Veo claramente que caminas por el sendero de la debilidad.

—¡De la debilidad...! —repitió, irritado—. Sabes perfectamente que, si yo quisiera, podría ir a su casa en este mismo momento. Me han invitado. Y ya ves; no voy.

—Sí, ya lo veo. Pero parece incapaz de olvidar que te mantienes alejado. Noche y día te estás repitiendo: «No voy. No voy.» Sería mejor que fueras de una vez, y se acabó.

—Entonces, ¿tú me aconsejas que vaya?

—No; no te lo aconsejo —contestó Gora golpeándose una rodilla—. Yo certifico que cuando vayas a su casa te colocarás a su lado para siempre. Al día siguiente, te sentarás a comer con ellos y, a continuación, te convertirás en predicador militante del Brahmó Samaj^[2].

—¡Vaya! ¿Y después?

—¡Después...! —repitió Gora, con amargura—. No existe el después una vez estás muerto para los tuyos. Tú, el hijo de un brahmán, vas a perder todo el sentido de la reserva y de la pureza y acabarás arrojado a la basura, como un animal muerto. Igual que un piloto con la brújula rota, perderás el rumbo, te parecerá mera superstición y estrechez de miras el llevar el barco a puerto, y creerás que el mejor sistema de navegación es ir a la deriva. Pero no tengo ganas de seguir discutiendo contigo. Así, pues, te digo, sencillamente: Ve y acaba de una vez, si es que tienes que ir. Pero no sigas crispándonos los nervios con tus continuas vacilaciones al borde del infierno.

Binoy se echó a reír.

—El enfermo que ha sido desahuciado por el médico no muere necesariamente. Y no advierto ninguna señal que anuncie que se acerca mi fin.

—No, ¿eh? —dijo Gora, despectivamente.

—No.

—¿No notas que te falla el pulso?

—En absoluto. Aún late con pleno vigor.

—¿Y no piensas que la comida del desterrado, servida por cierta linda mano podría parecerte manjar de dioses?

—¡Basta, Gora! —dijo Binoy, sonrojándose—. ¡Calla!

—¿Por qué? No es mi propósito insultarla. Acaso la dama en cuestión no se precia de ser «invisible aún al sol»^[3]. Si la más ligera alusión a su mano de rosa que, dicho sea de paso, cualquier hombre puede estrechar, te parece una profanación, entonces es que ya estás perdido.

—Mira, Gora, yo venero a la mujer, y en nuestras escrituras...

—No busques en las escrituras la justificación de ese sentimiento. No es veneración; se designa con otro nombre que no te gustaría oír pronunciar.

—Si te agrada mostrarte dogmático... —dijo Binoy encogiéndose de hombros.

—Dicen las escrituras —insistió Gora— que la mujer debe ser venerada porque da luz al hogar. El culto que se le rinde, según la costumbre inglesa, porque provoca el fuego en el corazón de los hombres, no debería jamás llamarse veneración.

—¿Tú despreciarías una gran idea sólo porque se enturbiara en algún momento?

—Binu, puesto que es evidente que has perdido la facultad de regirte por ti mismo, deberías dejarte guiar por mí. Yo sostengo que todas esas exageraciones que sobre las mujeres aparecen en los libros ingleses, no reflejan más que deseo. El único altar en el que se puede adorar verdaderamente a la mujer es en su posición de madre, tabernáculo de la «señora de la casa» pura y buena. Hay un insulto escondido en la alabanza de quienes la apartan de él. La causa de que tu pensamiento ronde la casa de Paresch Babu, como la mariposa ronda a la llama, es, en lenguaje claro, lo que los ingleses llaman amor; pero, por Dios, no imites a los ingleses colocando a este amor por encima de todo, como único objeto de la adoración del hombre.

Binoy se levantó de un brinco, como un caballo al contacto del látigo.

—¡Basta, basta! —gritó—. Vas demasiado lejos, Gora.

—¿Demasiado lejos? ¡Pero si todavía no he llegado! Simplemente porque la pasión empaña nuestro sentido de la realidad sobre las verdaderas relaciones entre el hombre y la mujer, ¿tenemos que poetizarlas a toda costa?

—Si es nuestra pasión la que mancilla nuestras ideas acerca de las correctas relaciones entre el hombre y la mujer, ¿hemos de echarle las culpas al extranjero? ¿No es la misma pasión lo que empuja a nuestros moralistas a una vehemencia exagerada en condenar a la mujer, como a un mal del que hay que mantenerse apartado? Éstos son, simplemente, los dos aspectos opuestos de una misma actitud, en dos tipos distintos. Si condenas a uno no puedes excusar al otro.

—Ya veo que no te había comprendido. Tu estado no es tan desesperado como temía. Mientras la filosofía halle eco en tu cerebro puedes hacer el amor sin miedo. Pero ten cuidado de ponerte a salvo antes de que sea demasiado tarde. Es la súplica de los que te quieren bien.

—¡Estás loco, amigo mío! —protestó Binoy—. ¿A qué viene hablar del amor? Para tranquilidad tuya te confesaré que lo que sé de Paresch Babu y de su familia ha despertado en mí un profundo respeto hacia ellos. Será por eso por lo que siento una gran atracción por conocer su hogar.

—¡Atracción...! Llámalo así, si tú lo prefieres. Pero vigila esa atracción. No perderás nada aunque tu investigación zoológica quede incompleta. Pero ten cuidado; son especies de presa, y si te acercas demasiado no va a quedar de ti ni el rabo.

—Tienes un grave defecto, Gora, y es que, por lo visto, te has creído que toda la fuerza que Dios tenía para distribuir te la concedió a ti solo, y que el resto de los mortales somos unos debiluchos desgraciados.

Esta observación pareció impresionar a Gora.

—¡Justo! —gritó, descargando una entusiástica palma en la espalda de Binoy—. ¡Tienes muchísima razón! Y eso es un grave defecto mío.

—¡Cielos! Pero tienes aún otro defecto mucho peor, y es que no sabes calcular el grado de resistencia a los golpes que posee la espina dorsal del común de los mortales.

En este momento subió el hermanastro mayor de Gora, Mohim, gordo y jadeante.

—¡Gora! —gritó.

Al momento, Gora se levantó respetuosamente y dijo en tono afectuoso:

—¿Señor?

—Sólo he subido para ver si la tormenta había estallado sobre nuestro tejado. ¿De qué se discute hoy? Supongo que a estas horas habréis ya puesto a los ingleses en medio del océano Indico. Entre los ingleses no he observado grandes pérdidas, pero tu cuñada está en la cama con una horrible jaqueca y tus rugidos de león constituyen para ella una dura prueba.

Y con estas palabras, Mohim dio media vuelta y se marchó.

CAPÍTULO III

Cuando Gora y Binoy se disponían a abandonar la azotea, apareció la madre de Gora. Binoy la saludó respetuosamente, cogiéndole el polvo de los pies.

Por su aspecto, Anandamoyi no parecía madre de Gora. Su figura era esbelta y bien formada, y aunque su cabello empezaba a encanecer, todavía no se le notaba. A primera vista, parecía tener menos de cuarenta años. Las líneas de su rostro eran suaves y delicadas, como cinceladas cuidadosamente por la mano de un maestro. Su sobrio contorno estaba exento de toda exageración y su rostro reflejaba inteligencia. Tenía la tez oscura, completamente distinta de la de su hijo. Y algo que llamaba la atención de quienes la conocían era que con el *sari* llevase corpiño. En aquella época, a pesar de que algunas jóvenes modernas habían adoptado esta prenda, las damas de la vieja escuela consideraban el corpiño como cosa sospechosa de cristianismo. El marido de Anandamoyi, Krishnadayal Babu, ocupó un cargo en el Comisariado, y Anandamoyi pasó la mayor parte de su vida fuera de Bengala. Por eso no creía que cubrirse el cuerpo debidamente fuera causa de risa o de bochorno. A pesar de su afición a las faenas caseras, desde fregar los suelos y lavar la ropa hasta coser, zurcir y llevar las cuentas de la casa, y de interesarse por el bienestar de su familia y de sus vecinos, nunca parecía abrumada por el trabajo.

Anandamoyi contestó al saludo de Binoy diciendo:

—Cuando la voz de Gora baja hasta nosotros, entonces podemos afirmar que ha venido Binu. Hacía tantos días que la casa estaba silenciosa, que ya me preguntaba qué habría sido de ti, hijo. ¿Por qué has estado tanto tiempo sin venir? ¿Estuviste enfermo?

—No, madre —respondió Binoy, algo turbado—, no estuve enfermo. Pero ha llovido mucho últimamente.

—Sí, y cuando pasen las lluvias, Binoy pretextará qué hace sol. Si les echas la culpa a los elementos externos, ellos no se defenderán, pero la verdadera razón está en el interior de tu conciencia.

—¡Qué tonterías dices, Gora!

—Tienes razón —dijo Anandamoyi—; Gora no hubiera debido decir eso. Nuestro ánimo está unas veces sociable y otras decaído; no puede estar siempre igual. Y por eso no hay que hacer reproches. Anda, ven a comer algo a mi habitación, Binoy. Tengo tus dulces favoritos.

Gora negó violentamente con la cabeza.

—No, no, madre, eso no, por favor. No puedo consentir que Binoy coma en tu habitación.

—No seas absurdo, Gora. A ti nunca te lo pediría.

Y en cuanto a tu padre, se ha vuelto tan ortodoxo que se obstina en comer únicamente lo que él se prepara. Pero Binu es mi niño querido; no es ningún fanático como tú. No querrás prohibirle que haga algo que él considera legítimo.

—Sí, e insisto en ello. Es imposible comer en tu habitación mientras conserves a esa criada cristiana en casa —insistió Gora.

—¡Oh!, Gora, tesoro, ¿cómo puedes decir eso? —exclamó Anandamoyi, apenada—. ¿Acaso no has tomado tú la comida de su mano? Ella fue quien te crió. Y hasta hace poco no sabías comer sin el *chutney* preparado por ella. Además, no puedo olvidar que con sus cuidados te salvó la vida cuando tuviste la viruela.

—Pues pásale una pensión —dijo Gora con impaciencia—, cómprale tierras, constrúyete una casita; pero no la tengas aquí, madre.

—Gora, ¿crees que todas las deudas se pueden saldar con dinero? Ella no quiere tierras ni dinero; lo único que quiere es verte a ti, o de lo contrario, moriría.

—Bueno, consévala si quieres —dijo Gora con resignación—, pero Binoy no puede comer en tu habitación. Los preceptos de las escrituras deben ser acatados. Madre, me sorprende que tú, la hija de un insigne pandit, descuide nuestras costumbres ortodoxas. Esto es algo...

—¡Oh, Gora!, no digas tonterías —sonrió Anandamoyi—. Hubo un tiempo en que esta madre tuya observaba rigurosamente todas las costumbres. ¡Y a costa de muchas lágrimas! ¿Dónde estabas tú, entonces? A diario adoraba el emblema de Shiva, que había hecho con mis propias manos, y tu padre me lo quitaba, furioso, y lo arrojaba lejos. En aquella época, hasta me daba reparo comer arroz cocido por un brahmán cualquiera. Entonces había pocas vías férreas, y más de un largo día tuve que ayunar, mientras viajábamos en carreta, en camello o en palanquín. Tu padre se granjeó la estima de sus jefes ingleses a causa de su poco ortodoxa costumbre de viajar siempre con su esposa; por eso le ascendieron y pudo ocupar un puesto en las oficinas centrales, en lugar de tener que estar siempre viajando. Pero no creas que le fue fácil hacerme abandonar mis costumbres ortodoxas. Ahora, retirado y con ahorros, se ha vuelto ortodoxo e intolerante. Pero yo no puedo seguirle en sus bruscos virajes. Todas las costumbres de siete generaciones de antepasados míos fueron arrancadas una a una. ¿Crees que pueden replantarse ahora, sin más ni más?

—¡Está bien, está bien! —contestó Gora—, dejemos a los antepasados. Ellos no protestan. Pero por consideración hacia nosotros debieras avenirte a ciertas cosas. Aunque no observes las escrituras, deberías respetar las opiniones de tus seres queridos.

—¿Es preciso que me las recuerdes con tanta insistencia? —preguntó Anandamoyi con expresión de fatiga—. ¿Qué satisfacción puedo encontrar en discutir a cada paso con mi marido y mi hijo? Pero, ¿sabes que fue el día en que te tuve en mis brazos por primera vez cuando me aparté de todas las conveniencias? Cuando estrechas a una criatura contra tu pecho, entonces comprendes que en este mundo no nacemos con castas. Y en aquel momento intuí que si miraba con desprecio a algún semejante por ser de casta inferior o por ser cristiano, Dios se te llevaría de mi lado. «Quédate en mis brazos y conviértete en la luz de mi hogar —supliqué—, y beberé el agua en las manos de cualquiera.»

Al oír las palabras de Anandamoyi, Binoy experimentó, por primera vez, una ligera inquietud y se volvió rápidamente a mirar a Gora. Pero el momento rechazó la duda.

También parecía perplejo.

—Madre —dijo—, no sigo tu razonamiento. Los niños no encuentran dificultad en vivir y crecer en el hogar de los que obedecen las escrituras. ¿Qué te hizo pensar que Dios fuera a hacer contigo una excepción?

—El mismo que te dio a mí, me inspiró, también, esta idea —contestó Anandamoyi—. ¿Qué podía hacer yo? ¡Oh, mi niño loco! A causa de tus tonterías, no sé si reír o llorar. Pero, en fin, dejemos eso. Quedamos en que Binoy no debe comer en mi habitación. ¿Es tu última palabra?

—Si le dejase, saldría disparado como una flecha —rió Gora—. ¡Apetito no le falta! Pero no le dejes, madre. Es hijo de un brahmán. No estaría bien que le hiciéramos olvidar sus responsabilidades por unos dulces. Tendrá que sacrificarse mucho y aprender a dominarse con extremado rigor antes de hacerse digno de su glorioso legado. Pero, madre, no te enfades conmigo. Te suplico que me des el polvo de tus amados pies.

—¿Y por qué había de enfadarme? Deja que te diga que no sabes lo que haces. Es pena mía eso que llamas tu religión. Aunque no quieras comer en mi estancia, me basta tenerte conmigo mañana y tarde. Binoy, hijo, no estés triste. Eres demasiado sensible; crees que me siento herida, y no es verdad. No te aflijas, otro día te invitaré y haré preparar tu comida por brahmán. En cuanto a mí, os notifico que pienso seguir tomando el agua de manos de Lachmi, aunque sea cristiana.

Y con estas palabras bajó de la terraza.

Binoy quedóse silencioso unos instantes. Luego, se volvió y dijo, lentamente:

—¿No es ir demasiado lejos, Gora?

—¿Quién va demasiado lejos?

—Tú.

—No; en absoluto. Yo sostengo que cada uno de nosotros debe mantenerse dentro de sus límites; si cedés, aunque no sea más que la punta de un alfiler, nadie sabe dónde acabarás.

—¡Pero es tu madre!

—Sé lo que es una madre —contestó Gora enfáticamente—, no es necesario que me lo recuerdes. ¿Y cuántos hay que tengan una madre como la mía? Pero si un día faltó al respeto a la tradición, quizá termine por faltarle a ella, también. Binoy, escucha lo que voy a decirte: el corazón es cosa muy buena, pero no es lo mejor.

Después de una pausa, Binoy dijo, dudando:

—Gora, al oír a tu madre he sentido inquietud. Creo que en su mente hay algo que no puede explicarnos y que la atormenta.

—¡Ah, Binoy! —exclamó Gora con impaciencia—. No dejes volar la imaginación. No sirve de nada, y te hace perder tiempo.

—Tú nunca reparas en lo que ocurre a tu alrededor; desechas todo aquello que no alcanzas a ver diciendo que son figuraciones. Pero muchas veces he creído comprender que tu madre tiene un secreto en su corazón, algo que no encaja en el mundo que la rodea y que llena de tristeza su vida. Gora, deberías prestar más atención a sus palabras.

—Presto atención a todo lo que el oído puede percibir; si no profundizo más es porque temo engañarme.

CAPÍTULO IV

Las ideas abstractas están muy bien como opiniones, pero cuando se aplican a personas, dejan de parecer tan claras. Por lo menos eso era lo que le sucedía a Binoy, y es que él se dejaba guiar por el corazón. Así, pues, aunque en una polémica apoyara con calor determinados principios, en sus relaciones con los hombres prevalecían las consideraciones humanas. Por ello, hubiera sido difícil decir hasta qué punto aceptaba los principios de Gora por su propio valor y hasta qué punto por el cariño que profesaba a su amigo.

Aquella lluviosa tarde, al salir de casa de Gora, mientras caminaba lentamente por las calles llenas de barro, en su interior se libraba una lucha entre sus principios y sus sentimientos.

Cuando Gora afirmó que, para salvar a la sociedad de los ataques y de las emboscadas de que era objeto, era preciso mantenerse en constante alerta en cosas tales como la comida y la casta, Binoy se mostró de acuerdo con él; incluso llegó a discutir acaloradamente con los que discrepaban. Dijo que cuando un enemigo atacaba una fortaleza por los cuatro costados había que guardar con la vida todos los accesos a ella: caminos reales, senderos, puertas, ventanas y rendijas.

Pero la negativa de Gora a dejarle comer en la habitación de su madre le dolió cruelmente.

Binoy no tenía padre, y a su madre la perdió siendo muy niño. Tenía un tío que vivía en el campo, pero desde muy joven había residido en Calcuta, solo, haciendo vida de estudiante, y desde el día en que su amigo Gora le presentó a Anandamoyi, él la llamó madre.

A menudo entraba en su habitación y la hacía rabiar hasta que le preparaba sus dulces favoritos; muchas veces habíase mostrado celoso de Gora y la acusaba de parcialidad en el reparto de las golosinas. Pero si dejaba de visitarla durante dos o tres días, ella esperaba con ansiedad el momento en que él entraría a hacer los honores a su mesa. ¡Con qué impaciencia aguardaba que terminara la charla con Gora! ¡Y hoy, en nombre de la sociedad, se le prohibió comer con ella! ¿Podría Anandamoyi soportarlo? ¿Había él de consentirlo?

Recordaba la sonrisa con que ella le dijo: «A partir de hoy no tocaré tu comida cuando te invite. Traeré a un buen brahmán para que te la prepare.» «¡Qué triste debía de sentirse al hacerlo!», pensó Binoy al llegar a su casa.

Su habitación estaba oscura y desordenada; por todas partes había libros y papeles. Binoy rascó una cerilla y encendió la lámpara, en la que los dedos del criado habían dejado sucias huellas. El blanco mantel que cubría su mesa de trabajo estaba manchado de grasa y de tinta. En aquella habitación se ahogaba. La falta de calor humano le hacía sentirse horriblemente deprimido. Tareas tales como la reconquista de su país y la protección de su sociedad le parecían vagas e irreales. Mucho más real le parecía el «ave extraña» que una radiante mañana de julio volara hasta la puerta de su jaula para desaparecer después. Pero Binoy se había propuesto no pensar en el «ave extraña»; y, para calmar su pensamiento, trató de imaginarse la habitación de Anandamoyi, de que Gora le había excluido.

El suelo, de cemento pulido, escrupulosamente limpio; a un extremo, la mullida cama, con su colcha blanca como ala de cisne y, al lado de la cama, un escabel con una lámpara encendida. Anandamoyi estaría inclinada sobre su labor, bordando con sedas multicolores aquel edredón en el que trabajaba cuando se sentía preocupada. Sentada a sus pies, estaría Lachmi, la criada, charlando en su extraño dialecto bengalí. Binoy trató de imaginarse el sereno rostro de Anandamoyi concentrado en su trabajo, diciendo para sí: «Que la luz de su amado rostro me guarde de distracciones. Que sea como el reflejo de mi madre patria y me mantenga firme en el sendero del deber.»

«¡Madre! —exclamó con el pensamiento—. No existe escritura que pueda convencerme de que el alimento que me dan tus manos no es néctar para mí.»

En el silencio de la habitación, resonaba el tictac del reloj. Binoy no pudo soportar seguir allí más tiempo. En la pared, cerca de la lámpara, una lagartija comía insectos. Binoy la estuvo contemplando un rato. Se levantó, cogió el paraguas y salió a la calle.

No sabía dónde ir. Seguramente su primera intención fue volver a casa de Anandamoyi; pero, de pronto, recordó que era domingo, y decidió ir a escuchar la plática de Keshub Babu en el oficio del Brahma Samaj. Pensó que el sermón estaría ya a punto de terminar, pero no por eso desistió de su propósito.

Cuando llegó, la congregación había ya empezado a dispersarse y él se quedó en la esquina de una calle, debajo de su paraguas. Al poco rato, vio salir a Paresch Babu con una expresión de pacífica benevolencia en el semblante. Le acompañaban cuatro o cinco miembros de su familia; pero los ojos de Binoy no se apartaron del juvenil rostro de uno de ellos, iluminado un momento por la luz de un farol; luego, se oyeron rechinar unas ruedas, y se desvaneció, como una burbuja en un mar de oscuridad.

Aquella noche, Binoy no pudo llegar hasta la casa de Gora, y volvió a su alojamiento, absorto en sus pensamientos. A la tarde siguiente, después de dar un gran rodeo, se encontró por fin ante la puerta de su amigo; empezaba ya a oscurecer y el cielo estaba encapotado.

Cuando entró Binoy, Gora acababa de encender la lámpara y se disponía a escribir. Levantó la vista del papel.

—Bien, Binoy, ¿de dónde sopla hoy el viento?

Sin hacer caso de la pregunta, Binoy le dijo:

—Quisiera preguntarte una cosa, Gora. Dime, ¿la India es para ti algo real y perfectamente claro? La India está en tus pensamientos noche y día, pero ¿cómo la ves?

Gora miró fijamente a Binoy unos momentos. Dejó la pluma y, recostándose en la silla, dijo:

—Igual que el capitán de la nave que está en alta mar tiene el pensamiento fijo en el puerto hacia el que se dirige, tanto mientras trabaja como mientras descansa, así pienso yo en la India.

—¿Y dónde está esa India tuya? —insistió Binoy.

—En el lugar hacia el que mi brújula apunta continuamente —contestó Gora, poniendo una mano sobre el corazón—. Allí, no en tu *Historia de la India* escrita por Marshman.

—¿Y apunta tu brújula a un puerto determinado? —preguntó Binoy.

—¡Y cómo no! —exclamó Gora con absoluta convicción—. Yo puedo fracasar en mi empeño, yo puedo naufragar: pero el puerto del gran destino sigue allí. Ésta es mi India en todo su esplendor, pletórica de riqueza, de sabiduría y de bondad. ¿Acaso pretendes insinuar que esta India no existe, que en todas partes no hay sino la falsedad que nos rodea: esta Calcuta tuya, con sus oficinas, su Tribunal Supremo y sus burbujas de ladrillo y mortero? ¡Uf!

Cuando terminó de hablar, se quedó mirando fijamente a Binoy. Éste siguió callado, sumido en sus pensamientos.

—Aquí —prosiguió Gora—, donde se lee y se estudia, donde la gente anda de un lado para otro buscando un empleo, donde se esclaviza al hombre desde las diez hasta las cinco sin ton ni son..., a este engendro de un genio del mal nosotros le llamamos India, ¿es ésa una razón por la que trescientos cincuenta millones de seres tengan que honrar lo que es falso y envenenarse con la idea de que este mundo de falsedades es un mundo real? ¿Cómo es posible que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, brote vida de este espejismo? Y por eso, poco a poco, vamos muriendo de inanición. Pero existe una India verdadera, rica y llena de vida y, a menos que ocupemos en ella nuestro lugar, no podremos sorber su savia vivificadora ni con el cerebro ni con el corazón. Y por eso te digo: Olvídalo todo, los libros, la ilusión de conseguir títulos, las tentaciones de una vida cómoda y servil; renunciemos a todos sus atractivos y pongamos rumbo al puerto. Si hemos de naufragar, naufraguemos; si hemos de morir, muramos. Y precisamente porque es tan vital para nosotros, yo, por lo menos, no puedo olvidar ni un momento la verdadera faz de la India.

—¿Qué es eso, el fermento de la excitación o la verdad?

—¡La verdad, desde luego!

—¿Y qué me dices de los que no pueden ver lo que tú? —preguntó Binoy suavemente.

—¡Tenemos que hacer que vean! —repuso Gora apretando los puños—. Ésa es nuestra misión. Si la gente no ve una clara imagen de la realidad entonces se entregará a cualquier espejismo. Levanta ante los ojos de los hombres la idea de una India intacta, y los hombres quedarán subyugados por ella. Entonces no tendrás que ir mendigando de puerta en puerta una miserable suscripción; los hombres se atropellarán unos a otros en su prisa por ofrecer sus vidas.

—Bien. Entonces muéstrame esa imagen o mándame a engrosar la masa de los invidentes.

—Trata de imaginártela tú mismo. Te bastará la fe para hallar alegría en la austeridad de tu devoción. Los patriotas en boga carecen de fe en la verdad; es por eso por lo que no pueden tener grandes exigencias ni consigo mismos ni con los demás. Si el mismo dios de la Abundancia les ofreciera una gracia, estoy seguro de que les faltaría valor para pedir más que el dorado escudo del virrey. Les falta fe, y por eso carecen de esperanza.

—Gora —protestó Binoy—. No todos tenemos el mismo carácter. Tú tienes fe y puedes refugiarte en tu propia fuerza; por eso no acabas de comprender la mentalidad de otras gentes. Te lo digo claramente: dame trabajo, sea cual sea; hazme trabajar noche y día; de lo contrario, sólo me parece tener en las manos algo tangible cuando estoy contigo; si me voy de tu lado no encuentro dónde asirme.

—En estos momentos nuestro único trabajo consiste en infundir a los descreídos nuestra firme e inquebrantable confianza en todo lo que pertenece a nuestro país. Por culpa de esa inveterada costumbre de avergonzarnos de nuestra patria, el veneno del servilismo se ha adueñado de nuestro pensamiento. Si cada uno de nosotros, por propia iniciativa, se decide a combatir el veneno, no tardará en encontrar el campo para su servicio. Hasta ahora, nos hemos limitado a copiar lo que según nuestra Historia, otros hicieron. Pero, ¿podemos dedicarnos en cuerpo y alma a un servicio de segunda mano? Por ese camino sólo podremos llegar a la degradación.

En este momento, entró Mohim en la habitación, *hookah* en mano, con andar reposado. Era la hora en que, después de volver de la oficina y tomar un refrigerio, se sentaba a la puerta de su casa, a mascar betel y a fumar. Uno a uno, todos sus amigos del vecindario se iban uniendo a él, y al final, todos se retiraban al salón, a jugar a las cartas.

Al verle entrar, Gora se puso en pie; Mohim, entre bocanadas de humo, le dijo:

—¡Tú, que tanto te esfuerzas por tratar de salvar a la India, haz algo por salvar a tu

hermano!

Gora le miró interrogativamente y Mohim prosiguió:

—El nuevo *sahib* de nuestra oficina es un redomado granuja. Tiene cara de perro de presa y a nosotros, los Babúes, nos llama *baboons*^[4]. Si alguien pierde a su madre, se niega a darle permiso para faltar al trabajo, diciendo que son excusas. Ni uno solo de los empleados bengalíes cobra su paga íntegra a fin de mes, pues todos tienen varias multas. Recientemente, apareció en los periódicos un anónimo acerca de su persona, y está convencido de que es obra mía. ¡Y no quiero decir que le falte razón! Y ahora, amenaza con despedirme, a menos que me retracte públicamente. Vosotros dos, lumbreras de nuestra Universidad, debéis ayudarme a condimentar una buena carta utilizando generosamente ingredientes tales como: justicia imparcial, inagotable largueza, amable benevolencia, etc.

Gora quedó en silencio, pero Binoy dijo, echándose a reír:

—*Dada*^[5], ¿cómo es posible ensartar tal cúmulo de falsedades en una sola carta?

—Hay que dar ojo por ojo y diente por diente —repuso Mohín—. Tengo mucha experiencia de estos *sahibs*. Los conozco bien. La forma en que saben cosechar falsedades está por encima de toda ponderación. Cuando se presenta la necesidad, no hay nada que les intimide. Si uno de ellos dice una mentira, todos le hacen coro, aullando igual que chacales, y no como nosotros, que no desdeñamos adquirir crédito acusando a nuestros cómplices. Puedes estar seguro de que no es ningún pecado engañarles, mientras no se te descubra el engaño.

Dejó escapar una sonora carcajada. Binoy no pudo reprimir una sonrisa.

—¡Y tú esperas abochornarnos con la verdad! —prosiguió Mohim—. ¡Si el Todopoderoso no te hubiera dotado de semejante inteligencia, el país no estaría en esta triste situación! Ya es hora de que empecéis a daros cuenta de que ese coloso se le sorprende robando en casa ajena. Al contrario, se lanzará contra vosotros blandiendo en alto su palanca con todo el aplomo que da la inocencia. ¿No es así?

—Sí; así es.

—Bien, entonces, si usamos un poco de aceite del molino de la mentira, para lisonjearle, diciendo: «¡Oh, bondadoso señor! Arrójanos algo de tu mochila, aunque no sea más que polvo», quizá se nos restituya una pequeña parte de lo que es nuestro. Al mismo tiempo, evitamos que se rompan las hostilidades. Si bien se mira, esto es auténtico patriotismo. Pero Gora está furioso conmigo. Desde que se ha hecho ortodoxo, muestra gran respeto hacia mí, su hermano mayor; pero hoy mis palabras no le parecen propias de un hermano mayor. ¿Qué debo hacer, hermano mío? ¿Debo decir la verdad, incluso acerca de la mentira? De todos modos, Binoy, tienes que escribirme esa carta. Espera un momento, que te traeré mi borrador.

Y Mohim salió de la habitación, dando vigorosas chupadas a su *hookah*.

Gora se volvió hacia Binoy y le dijo:

—Binu, ve con *Dada*, haz el favor, y manténle tranquilo mientras termino de escribir.

CAPÍTULO V

Anandamoyi llamó a la puerta del oratorio de su esposo.

—¿Me oyes? —le gritó—. No quiero entrar, no temas; pero cuando hayas terminado me gustaría hablar contigo. Como te has procurado un nuevo *sannyasi*, voy a estar mucho tiempo sin verte, lo sé; por eso he venido hasta aquí. No dejes de ir a verme cuando hayas terminado.

Y, con estas palabras, volvió a sus quehaceres domésticos.

Krishnadayal Babu era un hombre moreno, no muy alto y más bien grueso. El rasgo más acusado de su rostro eran los ojos, negros y grandes; el resto quedaba oculto bajo una poblada barba gris. Siempre vestía de seda cobre, calzaba sandalias de madera y llevaba una olla de cobre, al modo de los ascetas. La parte superior de su cabeza era calva, pero el cabello que tenía lo llevaba largo y recogido en un moño en la coronilla.

Hubo un tiempo, cuando su trabajo le llevó al interior del país, en que, con los soldados del regimiento, comía carne prohibida y bebía vino a placer. Entonces consideraba una prueba de valor moral insultar a los sacerdotes, a los *sannyasis* y a todos aquellos que se relacionaban con la religión. Pero, ya viejo, todo lo que significara ortodoxia religiosa comenzó a inspirarle profundo respeto. En cuanto divisaba a un *sannyasi* se sentaba a sus pies con la esperanza de aprender nuevos ritos. Su ansia por descubrir algún atajo oculto hacia la salvación, o algún esotérico sistema para adquirir poderes místicos era limitada. Últimamente, mientras se instruía en las prácticas tántricas, hizo el descubrimiento de un monje budista, y eso volvió a desorientarle por completo.

Tenía solamente veintitrés años cuando murió su primera esposa al dar a luz a su hijo. Incapaz de soportar la vista del niño que había causado la muerte de su madre, Krishnadayal lo dejó al cuidado de su suegro, y se dirigió hacia el Oeste, en un acceso de desesperación y haciendo alarde de renunciamento. A los seis meses contrajo matrimonio con Anandamoyi, huérfana de padre y nieta de un gran pandit de Benarés.

En el Norte consiguió un puesto en el Comisariado y, con sus artimañas, logró granjearse el favor de sus jefes. A la muerte del abuelo de su esposa, y a falta de guardián a quien confiarla, tuvo que llevarla a vivir con él.

Entretanto, se produjo la sublevación de Sepoy, y Krishnadayal no dejó escapar la oportunidad de contribuir a salvar la vida de algunos ingleses de gran influencia, por lo que fue recompensado con honores y tierras. Al poco tiempo de haberse sofocado la revuelta, dejó su empleo y volvió a Benarés con Gora, que a la sazón acababa de nacer. Cuando el

niño cumplió los cinco años, Krishnadayal se trasladó a vivir a Calcuta y reclamó la custodia de su hijo mayor, Mohim, que vivía con un tío suyo. Mohim, por recomendación de los antiguos jefes de su padre, fue admitido en el Departamento de Hacienda, donde, como ya hemos visto, trabajaba entusiásticamente.

Desde su más tierna infancia, Gora fue el líder de los chicos del vecindario y de la escuela. Su principal tarea y diversión estribaba en amargar la vida de sus profesores. Cuando se hizo mayor, dirigía los cánticos nacionales en el Club de los Estudiantes, daba conferencias en inglés y era el jefe reconocido de una banda de pequeños revolucionarios. Al fin, cuando rompió el cascarón del Club de los Estudiantes y empezó a cacarear en los mítines de los adultos, Krishnadayal Babu parecía extraordinariamente divertido por las actividades de su hijo.

Gora empezó a crearse una reputación fuera de casa, pero nadie de la familia le tomaba muy en serio. Mohim, en atención a su puesto en una oficina del Gobierno, creía su deber tratar de moderar a Gora, al que llamaba patriotero pedante, Harish Mookerjee II, etcétera, por lo que en más de una ocasión poco le faltó para llegar a las manos. Anandamoyi veía con gran pesar el militante antagonismo de Gora hacia todo lo inglés, y trataba de calmarle por todos los medios, pero sin resultado. En realidad, Gora acogía con sumo gusto el más leve pretexto para pelearse con algún inglés. En aquella época, se sentía poderosamente atraído por el Brahma Samaj, por efecto de la elocuencia de Keshub Chandra Sen.

Entonces fue cuando, de repente, Krishnadayal se pasó a la más estricta ortodoxia, hasta el punto de que la sola presencia de Gora en su habitación le ponía fuera de sí. Llegó a reservar una parte de la casa a la que llamaba ermita, para su uso exclusivo, y hasta puso una placa con el nombre. Las prácticas de su padre sublevaban a Gora.

—Tanta tontería es inaguantable. No la soporto.

Estaba ya decidido a romper definitivamente con él, cuando intervino Anandamoyi y consiguió reconciliarlos.

Le gustaba discutir con los pandits brahmanes que se congregaban en torno a su padre. Durante aquellas acaloradas polémicas, las palabras de Gora eran como bofetones en pleno rostro. La mayoría de aquellos pandits no poseían gran erudición y sí una desmesurada avidez de dinero. No podían con el muchacho, y los virulentos ataques de éste les atemorizaban.

Pero Gora empezó a sentir profundo respeto hacia uno de ellos. Se llamaba Vidyavagish, y Krishnadayal le había contratado para que le instruyese en la filosofía védica. En un principio, Gora trató de desarmarle con la misma insolencia que a los demás, pero no lo consiguió. Descubrió que no sólo era hombre de sabiduría sino también de maravillosa liberalidad. Gora nunca hubiera podido imaginar que una persona versada únicamente en el sánscrito pudiera poseer una inteligencia tan despierta. Había tanta fuerza, tanta paz, tanta paciencia y tanta penetración en el carácter de Vidyavagish que Gora no

podía menos que sentirse intimidado en presencia del pandit. Gora inició con él el estudio de la filosofía védica y como no era persona que hiciese las cosas a medias, se zambulló en todas sus especulaciones.

Precisamente por aquellas mismas fechas, un misionero inglés inició una controversia en los periódicos atacando a la religión y a la sociedad hindúes. Gora se disparó inmediatamente, pues aunque no se mostraba remiso en criticar los preceptos de las escrituras y las costumbres populares, aquella falta de respeto de un extranjero hacia la sociedad hindú le hirió en lo más vivo. Por eso se lanzó al combate. Se negó a reconocer ni una sola de las faltas que su adversario imputaba a los hindúes. Después de un larguísimo intercambio de cartas, el director del periódico puso fin a la correspondencia.

Pero Gora se sentía enardecido, y se puso a escribir un libro en inglés acerca del hinduismo. Trabajó con denuedo por reunir argumentos de las escrituras y de la razón que demostraban las incomparables excelencias de su religión y sociedad. Y acabó por convencerse a sí mismo. Decía: «No podemos tolerar que nuestro país comparezca en calidad de acusado ante un tribunal extranjero, para ser juzgado con arreglo a unas leyes extranjeras. Nuestras ideas acerca de la vergüenza y de la gloria no pueden ser comparadas a cada paso con unos cánones extranjeros. No tenemos por qué buscar disculpas para nuestra tierra, por sus tradiciones, por sus creencias o por sus escrituras, ni ante los demás ni ante nosotros mismos. Debemos proteger a nuestro país y a nosotros mismos del insulto, llevando con hombría las cargas de nuestra patria, con toda nuestra fuerza y todo nuestro orgullo.»

Lleno de tales ideas, Gora, con toda religiosidad, empezó a bañarse en el Ganges, a rendir culto mañana y tarde, a poner especial cuidado en cuanto comía y en todo lo que tocaba, y hasta se dejó crecer el *tiki*^[6]. Cada mañana, iba a tomar el polvo de los pies de sus padres, y, en cuanto a Mohim al que sin empacho llamara en más de una ocasión granuja y pedante, le rendía el acatamiento que se debe a los mayores, Mohim no le regateaba sarcasmos por tan súbita transformación, pero Gora nunca le replicó.

Con su predicación y su ejemplo, Gora arrastró consigo a un grupo de jóvenes entusiastas. Sus enseñanzas parecían haberlas librado de la tensión que hasta entonces ejercieran en su conciencia fuerzas contradictorias.

«Ya no tendremos que dar explicaciones —parecían decirse a sí mismos con un suspiro de alivio—. No importa que seamos buenos o malos, civilizados o bárbaros, mientras seamos nosotros mismos.»

Pero, por extraño que pueda parecer, el súbito cambio operado en Gora no pareció alegrar a Krishnadayal, sino todo lo contrario. Cierta día, llamó a Gora y le dijo:

—Mira, hijo mío, el hinduismo es algo muy profundo. No es fácil sondear en lo más recóndito de una religión fundada por los rishis. Es mejor no intentarlo sin poseer pleno conocimiento. Tu espíritu no ha madurado todavía. Además, has sido educado como un inglés. Tu anterior inclinación hacia el Brahma Samaj estaba más en consonancia con tu

tipo de inteligencia. Por eso no me disgustó sino que, por el contrario, me complació. Pero la senda por la que ahora caminas no es tuya; eso no está bien.

—¿Qué dices, padre? —protestó Gora—. ¿Acaso no soy hindú? Si hoy no alcanzo a comprender el íntimo significado del hinduismo, quizá lo comprenda mañana. Y aunque nunca lo consiga, esta senda es la única que puedo seguir. Por los méritos de algún nacimiento hindú anterior he venido ahora al seno de una familia de brahmanes y, de este modo, mediante repetidas reencarnaciones dentro de la religión y la sociedad hindúes, alcanzaré la meta final. Si, por error, me aparto del camino que me está señalado, eso sólo me acarreará redoblados esfuerzos para volver a él.

Pero Krishnadayal siguió sacudiendo la cabeza.

—Hijo mío, el que te llames a ti mismo hindú no te convierte en un hindú. Es fácil hacerse mahometano, y más fácil todavía hacerse cristiano... Pero ¡hindú! Señor, eso es totalmente distinto.

—Tienes razón —repuso Gora—; pero ya que he nacido hindú, por lo menos he cruzado ya el umbral. Si puedo mantenerme en el buen camino, poco a poco iré perfeccionándome.

—Hijo mío, mucho me temo que con razonamientos no consiga convencerte. En cierto modo, tienes razón en lo que dices. Sea cual fuere realmente tu religión, según tu propio *karma*, a ella habrás de volver, tarde o temprano. Nada podrá impedirte. ¡Que se cumpla la voluntad de Dios! ¿Qué somos nosotros, sino instrumentos suyos?

Krishnadayal abrazaba con igual efusividad la doctrina de Karma y la confianza en la voluntad de Dios, la identificación con lo Divino y la adoración de la Divinidad. Nunca experimentó la necesidad de reconciliar tan contradictorias ideas.

CAPÍTULO VI

Recordando la petición de su esposa, Krishnadayal, después de terminar su baño y tomar el alimento, se dirigió a la habitación de ella. Era la primera vez que pisaba aquel aposento desde hacía muchos días. Extendió su propia alfombrilla en el suelo y sentóse con gran rigidez, como desentendiéndose de cuanto le rodeaba.

Anandamoyi inició la conversación.

—Tú haces oposiciones a la santidad y no te preocupas de los asuntos domésticos; pero yo estoy muy intranquila a causa de Gora.

—Vaya, ¿qué es lo que temes?

—No sabría decírtelo; tengo el presentimiento de que si Gora sigue tomándose su hinduismo tan a pecho va a ocurrir alguna catástrofe. Te pedí que no le invistieras con el hilo sagrado, pero en aquel entonces tú no eras tan escrupuloso como ahora. Me dijiste: «¿Qué importancia puede tener un pedazo de cordel?» Pero ya ves que ha llegado a tener una gran importancia. ¿Y hasta cuándo vas a seguir indiferente?

—¡Oh, sí! —gruñó Krishnadayal—. Desde luego, échame a mí toda la culpa. ¿No fue tuyo el primer error? Te empeñaste en no desprenderte de él. En aquella época, también yo era muy impulsivo, y no pensaba en los deberes que nos impone la religión. Hoy, ni me pasaría por la imaginación hacer cosa igual.

—Puedes decir la que quieras. Nunca admitiré haber obrado mal en ningún momento. Recuerda que lo intenté todo a fin de tener un hijo. Hice todo lo que se me dijo. ¡Cuántas *mantras* llegué a pronunciar! ¡Cuántos amuletos llevé! Y una noche, en sueños, me vi a mí misma ofreciendo a Dios un cesto de flores blancas. De pronto, las flores se borraron y en su lugar apareció un niño tan blanco como ellas. No sabría decirte lo que entonces sentí. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Iba a cogerlo en brazos cuando desperté. Y diez días después, Dios me envió a Gora. ¿Cómo querías que lo entregase a otro? En una vida anterior, debí llevarlo en mi seno, a costa de grandes dolores, y por eso ahora me llama madre. Piensa de qué extraña manera llegó a nosotros. Aquella noche, en medio de la matanza, cuando todos temíamos por nuestras vidas, la inglesa vino a refugiarse a nuestra casa. Tú tuviste miedo de dejarla entrar, pero yo la llevé al establo, a espaldas tuyas; y antes del amanecer, la mujer murió al dar a luz. Si yo no hubiera cuidado al niño, también él habría muerto. Pero, ¡qué te importa eso a ti! Tu querías entregarlo a un *padre*^[7]. ¿Por qué, por qué teníamos que hacerlo? ¿Qué era el padre para él? ¿Acaso le había salvado la vida? ¿Es que el modo en que el niño llegó hasta mí no era tan maravilloso como si yo misma le hubiera dado el ser? Digas lo que digas, si quien me lo dio no me lo

reclama, nunca renunciaré a mi hijo.

—¿Como si yo no lo supiera! —suspiró Krishnadaya!—. Pero haz lo que te parezca con tu Gora. Nunca traté de intervenir. Hube de investirle porque, habiéndole declarado como nuestro hijo, la sociedad así lo exigía. Quedan sólo dos cosas por decir. Legalmente, Mohim tiene derecho a todos mis bienes y...

—¿Y quién te pide tus bienes? Deja todo tu dinero a Mohim. Gora no reclamará ni una rupia. Es todo un hombre y está bien instruido; puede ganarse la vida. ¿Por qué había de codiciar lo que no es suyo? En cuanto a mí, me basta con que él viva. No necesito nada más.

—No; no es mi propósito dejarle en la pobreza —puntualizó Krishnadaya!—. Le daré las tierras que me fueron concedidas. Siempre le rentarán unas mil rupias al año. La cuestión más espinosa es la de su matrimonio. Lo que ya está hecho no tiene remedio, pero no puedo hacerle entrar en una familia de brahmanes de acuerdo con los ritos hindúes, te enfades o no.

—¿Te has creído que no tengo conciencia porque no inundo la casa con agua del Ganges? ¿Por qué había de querer casarle con una joven de familia brahmana, o enfadarme si no lo consentías?

—¡Qué dices! ¿No eres tú hija de un brahman?

—¿Y qué tiene que ver con eso? Hace ya muchos años que dejé de enorgullecerme de mi casta. ¿Acaso cuando nuestros parientes protestaron por mis heterodoxas costumbres, en la boda de Mohim, no me mantuve alejada, sin pronunciar ni una sola palabra de protesta? Casi todo el mundo me llama cristiana o lo primero que les viene a los labios. Todo lo acepto de buen grado, contentándome con responder: ¿No son los cristianos seres humanos? Si sólo vosotros sois los elegidos, ¿por qué ha permitido, pues, que mordierais el polvo, primero ante los partos, luego ante los mogoles y, ahora, ante los cristianos?

—¡Oh, eso es una vieja historia! —contestó Krishnadaya! con impaciencia—. Tú eres una mujer y no entiendes de esas cuestiones. Pero existe una cosa que se llama sociedad, de la que no puedes desentenderte, eso debes comprenderlo.

—Prefiero no calentarme la cabeza con todo ello. De todos modos, hay algo que entiendo perfectamente, y es que si, después de haber criado a Gora como hijo mío, empezase a dármele de ortodoxa, no sólo por temor al *dharma* nunca oculté nada y dejé que supiera todo el mundo que no observaba las costumbres, soportaba con paciencia todos los reproches que mi actitud me ha valido. Pero hay algo que he ocultado, y el temor del castigo divino me atormenta constantemente. Escucha, creo que deberíamos sincerarnos con Gora, sin pensar en las consecuencias.

—¡No! ¡No! —exclamó Krishnadaya! escandalizado—. No, mientras yo viva. Ya conoces a Gora. No sé de lo que sería capaz si se enterase de la verdad. Y la sociedad

entera se nos echaría encima. Y hasta el Gobierno nos pediría cuentas, pues aunque el padre de Gora muriese en la sublevación y a nosotros nos conste que su madre ha fallecido, cuando pasaron los disturbios debimos dar parte a los magistrados. Si levantamos la liebre, todas mis prácticas religiosas se habrán acabado, y las mayores calamidades podrían abatirse sobre mí.

Anandamoyi guardó silencio. Después de una corta pausa, Krishnadayal prosiguió:

—Por lo que respecta al matrimonio de Gora, se me ocurre una idea. Paresh Bhattacharya es un antiguo compañero mío de estudios. Hasta hace poco fue inspector de enseñanza. Ahora se ha jubilado y vive en Calcuta. Es un brahmo a carta cabal, y me han dicho que en su casa hay varias jóvenes casaderas. Si pudiéramos dirigir a Gora hacia allí, tal vez, después de unas cuantas visitas, le gustará alguna de las chicas. Y entonces, podríamos dejar las cosas en manos del dios del amor.

—¿Qué dices! ¿Visitar Gora la casa de un brahmo? Esos días pasaron hace ya tiempo para él.

Mientras hablaba, el mismo Gora entró en la habitación, llamándola con su estentórea voz.

—¡Madre!

Pero, al ver allí a su padre, se detuvo asombrado.

Anandamoyi fue rápidamente hacia él irradiando ternura de su rostro.

—¿Qué quieres, hijo? —le preguntó.

—No era nada urgente; puede esperar.

Y Gora dio media vuelta para marcharse; pero Krishnadayal le detuvo, diciendo:

—Espera un momento, Gora. Quiero decirte una cosa. Hace poco que un amigo mío, un brahmo, ha venido a vivir a Calcuta. Su casa está cerca de Beadon Street.

—¿Se trata de Paresh Babu?

—¿Es que le conoces? —preguntó Krishnadayal, sorprendido.

—Binoy me ha hablado de él. Son casi vecinos.

—Bien —prosiguió Krishnadayal—. Quiero que vayas a hacerle una visita.

Gora reflexionó unos momentos y luego dijo:

—Está bien. Iré a verle mañana a primera hora.

Anandamoyi quedó sorprendida ante tanta docilidad; pero casi inmediatamente Gora rectificó:

—No; se me olvidaba. Mañana no puede ser.

—¿Por qué no?

—Mañana tengo que ir a Tribeni.

—¡Nada menos que a Tribeni! —exclamó Krishnadayal.

—Se celebra la ceremonia del baño con motivo del eclipse solar.

—Me asombras, Gora —dijo Anandamoyi—. ¿Es que no está el Ganges en Calcuta, que tienes que ir a bañarte a Tribeni? ¡Te excedes en tu ortodoxia!

Pero Gora salió de la habitación sin responder.

La razón por la cual había decidido ir a Tribeni a bañarse era que esperaba encontrar allí a multitud de peregrinos. Aprovechaba todas las oportunidades para vencer su desconfianza y sus anteriores prejuicios, y situándose al mismo nivel que el pueblo, decir con todo su corazón:

—Yo soy tuyo y tú eres mío.

CAPÍTULO VII

Al despertar, Binoy vio que la luz del día brillaba con la misma pureza que la sonrisa de un recién nacido. Unas nubecillas blancas flotaban sin rumbo en el cielo.

Mientras en su mirador se recreaba con el recuerdo de una mañana parecida, vio a Paresh Babu subir lentamente por la calle, llevando en una mano el bastón y cogiendo a Satish con la otra.

En cuanto Satish divisó a Binoy Babu, dio una palmada de gozo y gritó:

—¡Binoy Babu!

Paresh Babu levantó también la cabeza para mirarle. Binoy bajó rápidamente la escalera y salió a su encuentro cuando ellos iban a entrar ya en la casa.

Satish cogió a Binoy de la mano, mientras le decía:

—¿Por qué no fuiste a vernos, Binoy Babu? Me lo prometiste.

Binoy puso afectuosamente una mano sobre el hombro del niño y le sonrió, mientras Paresh Babu, después de apoyar cuidadosamente el bastón contra el borde de la mesa, se sentaba, diciendo:

—No sé lo que hubiéramos hecho el otro día de no ser por tu ayuda. Fuiste muy bueno con nosotros.

—¡Oh!, no tiene importancia; por favor, no habléis de ello —suplicó Binoy.

—Oye, Binoy Babu, ¿no tienes perro? —preguntó Satish, de pronto.

—¿Perro? Pues... no; no tengo perro.

—¿Y por qué no tienes? —insistió Satish.

—Me han dicho que Satish estuvo aquí el mismo día que nosotros —dijo Paresh Babu acudiendo en su ayuda—. Debió de importunarte mucho. Su hermana le ha puesto el mote de *el Cháchara*, por lo mucho que le gusta hablar.

—A mí también me gusta —dijo Binoy—. Por eso simpatizamos en seguida, ¿verdad, Satish Babu?

Satish siguió con sus preguntas y Binoy con sus respuestas. Paresh Babu hablaba poco; se limitaba a decir alguna palabra de vez en cuando, con una sonrisa feliz y tranquila. Al despedirse, recordó:

—Vivimos en el número 78; desde aquí no hay más que seguir la calle hacia la derecha...

—Sabe perfectamente dónde está nuestra casa —interrumpió Satish—. Aquel día me acompañó hasta la misma puerta.

No había razón alguna para avergonzarse de ello; no obstante, Binoy se sintió turbado, como si le hubieran pillado en falta.

—Entonces ya conoce la casa —dijo el anciano—. De modo que si algún día...

—Ni que decir tiene... Cuando quiera que yo... —tartamudeó Binoy.

—Siendo vecinos tan próximos... —dijo Paresh Babu poniéndose en pie—. Es por vivir en Calcuta por lo que no nos hemos conocido antes.

Binoy acompañó a sus visitas hasta la calle y se quedó un momento en la puerta viéndolos alejarse. Paresh Babu caminaba lentamente, apoyándose en su bastón, mientras Satish, a su lado, hablaba sin cesar.

Binoy se dijo que nunca había conocido a un anciano como Paresh Babu, y que le daban ganas de coger polvo de sus pies.

¿Y Satish? ¡Qué simpático! De mayor, sería todo un hombre. Era tan franco como listo.

Pero por muy buenos que fueran el viejo y el niño, su bondad no era causa suficiente para motivar en él semejante arrebato de respeto y cariño. Pero Binoy, en aquel estado de ánimo, no necesitaba más.

«Después de esto —murmuró para sí—, no tendré más remedio que ir a casa de Paresh Babu, si no quiero quedar como un grosero.»

Pero la India de Gora le advertía: «¡Ten cuidado! ¡No debes entrar en esa casa!» En todo instante, Binoy había obedecido los mandatos de esta India. A veces le asaltaba la duda, pero obedecía a pesar de todo.

Una oleada de indocilidad se levantó dentro de él; en aquel momento aquella India le parecía simplemente la negación misma.

Entró el criado para decirle que estaba preparada la comida; pero Binoy ni siquiera había tomado aún su baño. Eran más de las doce. Con un vigoroso movimiento de cabeza,

despidió a su criado; dijo:

—Hoy no comeré en casa. No es preciso que te quedes.

Y sin ponerse siquiera el pañuelo, cogió el paraguas y salió a la calle.

Se encaminó directamente hacia la casa de Gora, pues sabía que todos los días, a las doce, su amigo iba a la oficina de la Sociedad de Patriotas Hindúes, instalada en Amherst Street, donde se pasaba la tarde escribiendo enardecedoras cartas a los miembros del partido de toda Bengala. Allí solían reunirse sus admiradores a sorber sus palabras, y allí sus adictos ayudantes se sentían muy honrados de que les permitiera servirle.

Efectivamente; Gora, como de costumbre, se había ido a la oficina. Casi corriendo, Binoy se dirigió a los aposentos interiores e irrumpió violentamente en la habitación de Anandamoyi. Ésta empezaba a comer en aquel preciso instante. Lachmi estaba a su lado, abanicándola.

—Hola, Binoy, ¿qué sucede? —preguntó Anandamoyi, sorprendida.

—Madre, tengo hambre —dijo Binoy instalándose ante ella—. Dame algo de comer.

—Lo siento —dijo ella, desolada—. El cocinero brahmán acaba de marcharse y tú...

—¿Crees que he venido para comer platos preparados por un brahmán? ¿Para qué tengo, entonces, al mío? Comparte tu cocina conmigo, madre. Lachmi, tráeme un vaso de agua, por favor.

Después de que Binoy hubo bebido el agua, Anandamoyi, con todo afecto y solicitud, cogiendo otro plato, le sirvió de su propia fuente. Binoy comió como si llevara varios días sin probar bocado. Anandamoyi dejó de mostrarse afligida y, viéndola

feliz, Binoy se sentía feliz, a su vez.

Después, ella se sentó a coser. El aroma de unas flores de Keya llenaba la estancia. Binoy se tendió a los pies de Anandamoyi, con la cabeza descansando sobre los brazos y, olvidándose de todo lo demás, charló con ella como en los viejos tiempos.

CAPÍTULO VIII

Después de salvar aquella última barrera, Binoy se sintió inundado por un nuevo sentimiento de rebeldía. Al salir de la casa, le pareció flotar en el aire; apenas sentía el suelo bajo sus pies. Hubiera querido decir a cuantos encontraba a su paso que, por fin, estaba libre de las ataduras que le habían tenido sujeto por tanto tiempo.

Al pasar por delante del número 78, encontró a Paresch Babu que venía en dirección contraria.

—Pasa, pasa —dijo Paresch Babu—. Encantado de verte, Binoy Babu.

Le introdujo en su gabinete, cuyas ventanas daban a la calle. El mobiliario de la pieza consistía en una mesita con un banco de madera, a un lado, y dos sillas de junco, al otro. De una de las paredes, colgaba una estampa de Cristo en colores y, de otra, una fotografía de Keshub Chandra Sen. Sobre la mesa había varios periódicos cuidadosamente doblados y, encima de los periódicos, un pisapapeles de plomo; en un rincón, una pequeña biblioteca en cuyo estante superior se encontraban las obras completas de Theodore Parker; encima de la biblioteca, un globo cubierto con un paño.

Binoy tomó asiento, y el corazón empezó a latirle agitadamente al pensar que en cualquier momento, por la puerta situada a su espalda, podría entrar cierta persona...

Sin embargo, en aquel momento, Paresch Babu decía:

—Todos los lunes, Sucharita va a dar clase a la hija de un amigo mío. Como en la casa hay un niño de la misma edad que Satish, éste la acompaña. Precisamente ahora vuelvo de allí. Si me hubiera entretenido un poco más, tal vez no nos hubiésemos visto.

Al oír la noticia, Binoy sintió a la vez alivio y desilusión.

Pero era agradable charlar con Paresch Babu, y en el curso de la conversación Binoy no tardó en revelar toda su vida: que era huérfano, que sus tíos vivían en el campo, administrando ciertas propiedades, y que él había estudiado con sus dos primos, uno de los cuales estaba establecido como abogado en aquel distrito y el más joven había muerto de cólera. Su tía alimentaba la ambición de hacer de Binoy un magistrado; pero Binoy no se sentía atraído por la profesión, y se pasaba el tiempo en inútiles tareas.

Así transcurrió casi una hora. Quedarse más tiempo hubiera sido poco correcto; Binoy se puso en pie y dijo:

—Lamento no haber visto a mi amigo Satish. Decidle, por favor, que estuve aquí.

—Si esperas unos minutos podrás verles —respondió Paresh Babu—. No tardarán.

Binoy sintió escrúpulos de aprovecharse de aquellas frases de cumplido. Por poco que Paresh Babu hubiera insistido, Binoy se hubiese quedado; pero el anciano era hombre de pocas palabras y no le gustaba presionar a la gente para que obrara en contra de su voluntad. Así, pues, Binoy tuvo que despedirse. Paresh Babu le dijo solemnemente.

—Me producirá gran alegría verte de vez en cuando, si deseas visitarnos.

Binoy no tenía nada urgente que hacer en casa. Escribía para los periódicos y todos alababan la pureza de su inglés; pero llevaba varios días sin haber podido concentrarse. Cada vez que se sentaba ante las cuartillas, su imaginación empezaba a divagar. Por eso, sin motivo, se encaminó en dirección opuesta a la de su domicilio.

Apenas había andado unos pasos cuando oyó que una voz chillona e infantil le llamaba.

—¡Binoy Babu! ¡Binoy Babu!

Al levantar la vista vio a Satish que le hacía señas desde un coche de alquiler. A su lado distinguió un *sari* y la manga de un justillo blanco, por lo que no le fue difícil sospechar quién era la otra persona que ocupaba el carruaje.

De acuerdo con las reglas de la etiqueta bengalí, Binoy no podía mirar al interior del coche; pero, al momento, Satish saltó al suelo y, cogiéndole de la mano, suplicó:

—Entra en la casa, Binoy Babu.

—¡Pero si acabo de salir de ella!

—Como yo no estaba tienes que volver a entrar —insistió Satish.

Binoy no pudo resistirse a las súplicas del muchacho, que entrando en la casa con su prisionero, gritó:

—¡Padre! He vuelto a traer a Binoy Babu.

El anciano salió a la puerta de su gabinete y sonrió:

—Has caído en manos fuertes, Binoy Babu. Esta vez no te escaparás fácilmente. Satish, sal a buscar a tu hermana.

Binoy entró en la habitación, con el corazón en un puño.

—Estás sin aliento —observó Paresh Babu—. Ese Satish es de cuidado.

Cuando el pequeño volvió acompañando a su hermana, lo primero que notó Binoy fue un delicado perfume. Luego, oyó decir a Satish Babu:

—Radha, está aquí Binoy Babu. Te acuerdas de él, por supuesto.

Cuando Binoy levantó tímidamente los ojos, vio a Sucharita inclinarse y tomar asiento en una silla situada frente a él. Esta vez no omitió devolver el saludo.

—Sí —dijo Sucharita—. Binoy Babu pasaba por la calle y tan pronto Satish lo vio saltó del coche y le capturó. Espero que no te haya molestado, Binoy Babu; tal vez tengas prisa.

Binoy no se habría atrevido a esperar que Sucharita le dirigiese la palabra personalmente. Quedóse tan atónito que sólo supo decir:

—No; no me ha molestado. No tenía nada que hacer.

Satish tiró a su hermana de la ropa y le dijo:

—*Didi*, dame la llave, por favor. Quiero enseñar nuestra caja de música a Binoy Babu.

Sucharita se echó a reír.

—¡Vaya! ¿Ya empezamos? Los amigos del señor *Cháchara* no saben lo que es la paz. En primer lugar, tienen que escuchar la caja de música, y no hablemos de las restantes pruebas y tribulaciones. Binoy Babu, te advierto que las exigencias de tu joven amigo son ilimitadas. Dudo mucho que puedas soportarlas.

Binoy era incapaz de contestar a Sucharita con la misma naturalidad con que ella le hablaba. Trataba por todos los medios de ocultar su turbación; pero lo único que logró fue decir, entrecortadamente:

—No... no, no. De ningún modo..., por favor, no digas... Me gusta...

Satish cogió las llaves que le daba su hermana y, a los pocos momentos, reapareció con su caja de música. Ésta consistía en un estuche de cristal en cuyo interior había un barquito que descansaba sobre las olas de seda. Cuando se le daba cuerda, el barco cabeceaba al compás de una musiquilla. Los ojos de Satish iban del barco a Binoy y nuevamente al barco. Apenas podía contener la excitación.

Y así como Satish ayudó a Binoy a vencer su timidez. Poco a poco, fue atreviéndose a mirar a Sucharita cuando le dirigía la palabra.

Al poco rato, entró Lila, una de las hijas de Paresh Babu, y les dijo:

—Dice mi madre que subáis todos a la terraza.

CAPÍTULO IX

Arriba, en la terraza situada encima del porche, había una mesa cubierta con un mantel blanco y rodeada de sillas; en la cornisa, al otro lado de la barandilla, una hilera de tiestos; más lejos, se veía el lustroso follaje de los árboles de Sirish y Krishna-chura lavados por la lluvia.

El sol aún no se había ocultado e iluminaba oblicuamente un rincón de la terraza.

Cuando Paresh Babu condujo allí a Binoy, no había nadie, pero, casi al momento, apareció Satish con un peludo «terrier» blanco y negro. Se llamaba *Khudè*^[8], y Satish le obligó a realizar todo su repertorio de proezas. Sabía saludar haciendo *salaam* con una pata, inclinar la cabeza hasta rozar el suelo y pedir galletas. Satish se atribuía el mérito de las hazañas de su perro. Al perro, en cambio, el mérito le tenía sin cuidado; a él, lo que más le importaba eran las galletas.

De la habitación contigua salía un murmullo de voces y risas de mujer, al que, de vez en cuando, se sumaba una voz masculina. Aquella corriente de alegría llevó al corazón de Binoy una sensación de dulzura no exenta de cierta envidia. En su casa, él nunca oyó risas de muchachas jóvenes. Esa música sonaba muy cerca y, no obstante, para él estaba muy lejana. El pobre Binoy se sentía tan aturdido que apenas podía prestar atención al parloteo de Satish.

Al poco rato, hizo su entrada la esposa de Paresh Babu, acompañada de sus tres hijas y de un joven pariente lejano. Ella se llamaba Baroda. Ya no era joven, aunque se veía que había puesto especial esmero en su atavío. En su juventud, llevó una vida muy sencilla hasta que, de repente, le entró el deseo de ponerse al nivel de la sociedad más avanzada; por ello, su *sari* de seda crujía ruidosamente y los altos tacones de sus zapatos repicaban con estrépito. Procuraba siempre hacer resaltar las diferencias entre todo lo que era brahmo y lo que no lo era. Por eso cambió el ortodoxo nombre de Radharani por el de Sucharita.

Su hija mayor se llamaba Labonya. Era una muchacha rolliza, alegre, sociable y cotilla. Tenía la cara redonda, los ojos grandes y la tez morena y reluciente. Aunque algo descuidada en el vestir, su madre le sometía en este aspecto a estrechísimo control. Labonya renegaba de los tacones altos, pero tenía que llevarlos; para salir a la calle tenía que dejar que su madre le pusiera polvos y colorete en las mejillas. Sus corpiños le estaban tan ajustados que al salir del vestidor de su madre, la muchacha parecía una bala de algodón.

La hija mediana se llamaba Lolita. Era, en todo, lo contrario que su hermana mayor. Más alta y más morena, muy delgada, obraba a su antojo y, aunque de pocas palabras, a

veces tenía salidas tajantes. En el fondo, su madre la temía, y procuraba no provocar su cólera.

La pequeña, Lila, contaba sólo diez años. Era revoltosa y pizpireta y siempre andaba a la greña con Satish. Uno de sus principales motivos de pelea era *Krudè*, pues cada uno se consideraba su único y legítimo dueño. Si el perro hubiera podido elegir, seguramente no habría elegido a ninguna de las dos, aunque a veces mostraba una ligera preferencia por Satish, cuya disciplina encontraba más soportable que las frenéticas caricias de Lila.

Cuando la señora Baroda salió a la terraza, Binoy se puso inmediatamente en pie y le hizo una profunda reverencia. Paresh Babu le presentó con estas palabras:

—Este joven es el amigo en cuya casa...

—¡Oh! —exclamó Baroda efusivamente—. ¡Qué bien se portó! Te estamos muy agradecidos.

Ante tal despliegue de gratitud, Binoy se quedó tan cortado que no supo qué decir.

Le presentaron también al joven que acompañaba a las muchachas. Se llamaba Sudhir y aún estudiaba el B. A.^[9] Su aspecto era agradable; su piel, clara; llevaba gafas y lucía un pequeño bigote. Parecía de temperamento nervioso, pues no estaba quieto ni un momento y no cesaba de divertir a las muchachas con sus chistes y sus bromas. Ellas le regañaban constantemente, pero no podía vivir sin su Sudhir. Siempre estaba dispuesto a hacerles sus compras y acompañarlas al circo o al zoológico. Aquella familiaridad entre Sudhir y las muchachas era algo nuevo para Binoy; en realidad, no dejó de escandalizarle. Su primer impulso fue condenarla; pero no tardó mucho en sentir la comezón de los celos.

—Creo haberte visto alguna vez en los oficios de Brahma Samaj —dijo Baroda a modo de introducción.

Inmediatamente, Binoy se sintió pillado en falta, y reconoció, con innecesario acento de disculpa en su voz, haber ido un par de veces a escuchar los sermones de Keshub Babu.

—Supongo que estarás estudiando —dijo, luego, Baroda.

—No; terminé mis estudios.

—¿Qué títulos tienes?

—El M. A.^[10]

Esto pareció impresionar a Baroda, que miró con respeto a aquel muchacho de rostro añinado. Lanzó un suspiro y, dirigiéndose a Paresh Babu, dijo:

—Si nuestro Manu hubiera vivido, ahora tendría también su M. A.

Su primer hijo, Manoranjan, murió a los nueve años, y cuando Baroda se enteraba de que algún muchacho había hecho un examen brillante, obtenido un buen empleo o escrito un buen libro, inmediatamente pensaba que de vivir su hijito hubiese hecho otro tanto.

Eso no obstante, después de la pérdida de su hijo, la señora Baroda se impuso la tarea de pregonar las virtudes de sus tres hijas. No despreció, pues, la oportunidad de informar a Binoy sobre lo estudiosas que eran, ni se calló cuanto las institutrices inglesas habían dicho de su inteligencia y de sus prendas morales. El día de fin de curso, en la Escuela de Señoritas, Labonya fue elegida entre todas para ofrecer las guirnaldas de flores al gobernador y a su esposa, y Binoy tuvo el privilegio de escuchar, palabra por palabra, la frase de agradecimiento con que la esposa del gobernador correspondió a la ofrenda de Labonya.

Al fin, como colofón, Baroda dijo a su hija mayor:

—Tesoro, trae el bordado que te premiaron.

El bordado representaba un loro; era una obra de arte ejecutada en lana y bien conocida de las visitas de la casa. Había costado muchos meses de trabajo y esfuerzo, en especial a la institutriz de Labonya, por lo que la labor no reflejaba, precisamente, la habilidad de la muchacha; pero no había modo de evitar la ceremonia cada vez que iba a la casa una nueva visita.

Al principio, Paresh Babu protestaba, pero en vista de que sus quejas eran inútiles, acabó por no decir una palabra.

Mientras Binoy trataba de mostrarse cumplidamente admirado e impresionado por la obra de arte, entró el criado con una carta para Paresh Babu. Al leerla, el rostro del anciano se iluminó de placer.

—Haz subir al caballero —dijo al criado.

—¿Quién es? —preguntó la señora Baroda.

—El hijo de mi viejo amigo Krishnadayal, que viene a visitarme.

A Binoy le dio un vuelco el corazón. Palideció y apretó los puños, como aprestándose a defenderse de algún ataque. Estaba seguro de que las costumbres de aquella gente causarían a Gora pésima impresión, y que les juzgaría desfavorablemente, y Binoy se preparaba de antemano a servirles de paladín.

CAPÍTULO X

Entretanto, Sucharita, en el pasillo, arreglaba una bandeja de pasteles. Cuando terminó, la dio a un criado para que la pasara y ella salió a sentarse a la terraza. Cuando apareció el criado lo hizo también Gora. Todos quedaron impresionados por su estatura y la blancura de su piel. Llevaba en la frente una marca de casta hecha con barro del Ganges y vestía un tosco *dhuti* y una anticuada chaquetilla atada con una cinta. Sus zapatos eran de manufactura rústica, las puntas hacia arriba. Parecía la imagen misma del antimodernismo. Ni siquiera Binoy le había visto nunca con atuendo tan marcial.

Y es que aquel día Gora estaba lleno de fiera indignación por aquel estado de cosas.

El día antes, embarcó en un vapor que debía llevarle a Tribeni, donde se celebraba el festival del baño. En todas las estaciones, subían a bordo nutridos grupos de peregrinas que iban acompañadas de uno o dos guías varones. Ante el temor de quedarse en tierra, las mujeres se empujaban unas a otras y, como llevaban los pies llenos de barro y el tablón que servía de pasarela estaba muy resbaladizo, algunas caían al agua y otras eran literalmente empujadas por los marineros. Por si eso fuera poco, continuos chaparrones les calaban hasta los huesos. Muchas de las que conseguían llegar al barco perdían a sus compañeras en el tumulto. En sus rostros se reflejaban la ansiedad y el desconsuelo. Todas sabían que criaturas tan débiles e insignificantes como ellas no podrían esperar ayuda del capitán ni de la tripulación, y el miedo y la timidez apenas las dejaba moverse. Gora era el único que hacía lo posible para ayudar a las pobres peregrinas.

Apoyados en la barandilla de la cubierta de primera clase, un inglés y un babu modernista de Bengala contemplaban el espectáculo, muy divertidos, mientras fumaban sendos cigarros. Cada vez que alguna de aquellas infortunadas peregrinas pasaba por una situación apurada, el inglés se reía y el bengalí le coreaba.

Al cabo de dos o tres estaciones, Gora no pudo aguantar más.

Subió a la cubierta superior y gritó con su voz de trueno:

—¡Basta! ¿No les da vergüenza?

El inglés no dijo nada. Se limitó a mirar a Gora de pies a cabeza.

—¿Vergüenza? —dijo el bengalí desdeñosamente—. Sí; me da vergüenza comprobar la estupidez de esas bestias.

—Hay bestias peores que la gente ignorante —exclamó Gora—: la gente sin

corazón.

—¡Vete de aquí! —gritó el bengalí, furioso—. No tienes nada que hacer en primera clase.

—Tienes razón —replicó Gora—. No tengo nada que hacer con gente como tú; mi lugar está con esas pobres peregrinas de ahí abajo. Pero por tu bien te aconsejo que no me obligues a volver a subir...

Y bajó rápidamente a la cubierta inferior.

Después del incidente, el inglés se recostó en su gandula, puso los pies sobre la barandilla y se enfrascó en la lectura de una novela. Su compañero de viaje hizo un par de tentativas para reanudar la conversación, pero sin éxito. Entonces, para demostrar que no era como aquella chusma, llamó al *khansama* y le preguntó si podría servirle pollo asado. El *khansama* repuso que no tenía nada más que té y pan con mantequilla, a lo que el bengalí exclamó, en inglés, para que el *sahib* pudiera entenderle:

—¡Las comodidades que este vapor ofrece a sus pasajeros son escandalosas!

El inglés no le hizo el menor caso; y cuando, al poco rato, el viento hizo volar su periódico de encima de la mesa y el bengalí saltó de la silla para recogerlo, ni siquiera le dio las gracias.

Al ir a desembarcar en Chandernagore, el *sahib* se dirigió bruscamente hacia Gora y, levantando ligeramente el sombrero, le dijo:

—Le ruego que me perdone por mi conducta de antes. Estoy avergonzado.

Y se marchó apresuradamente.

Lo que más enfurecía a Gora era que un compatriota suyo, que se consideraba a sí mismo hombre educado, se uniese a un extranjero para reírse de la desgracia de su pueblo con aires de superioridad; que la gente de su patria admitieran toda clase de insultos e insolencias; que hubiesen llegado al extremo de aceptar como algo inevitable el que sus más afortunados compatriotas los trataran como animales y consideraran el tratamiento justo y lógico... La raíz del mal era la ignorancia en que estaba sumido el país; al pensarlo, sentía hondo malestar. Pero lo más doloroso era que la gente educada no tomara sobre sus hombros el peso de aquella vergüenza ni sintiera el insulto, sino que se recreara en su relativa inmunidad. Y por esta razón, Gora, para expresar todo el desdén que sentía por la erudición y los convencionalismos de la gente educada, fue a casa del brahmo con la marca del barro del Ganges en la frente y aquellos rústicos zapatos.

«¡Señor! —dijo Binoy para sí—. Gora viene en son de guerra.»

Sintió una honda aprensión por todo lo que Gora pudiese hacer o decir en aquella

casa, y se aprestó a la defensa.

Mientras hablaba la señora Baroda, Satish tuvo que conformarse con jugar a la peonza en un rincón de la terraza; pero al ver a Gora perdió todo interés por el juego y, después de acercarse lentamente a la silla de Binoy, le susurró al oído, sin apartar los ojos del nuevo visitante:

—¿Es ése tu amigo?

—Sí.

Gora dirigió una rápida mirada a Binoy, pero, luego, olvidó su presencia. Saludó a Paresh Babu en debida forma y, con la mayor naturalidad, cogió una silla, la apartó de la mesa y se sentó. La etiqueta ortodoxa exigía no demostrar siquiera con un gesto que se advertía la presencia de mujeres.

La señora Baroda pensaba ya en retirar a sus hijas de la presencia de aquel patán sin modales cuando Paresh Babu se lo presentó como hijo de un antiguo condiscípulo, y Gora la saludó con una inclinación.

Sucharita había oído hablar de Gora a Binoy, pero no sabía que aquel muchacho fuese Gora. Desde el primer momento le resultó antipático, pues no soportaba a la gente educada que se obstinaba en practicar tan estricta ortodoxia.

Paresh Babu empezó a hacer preguntas acerca de su amigo de la infancia y les contó algunos incidentes de sus tiempos de estudiante.

—Por aquel entonces, Krishnadayal y yo éramos los más furibundos iconoclastas de la escuela. No teníamos ni asomo de respeto por la tradición. Considerábamos un deber tomar alimentos prohibidos por la ortodoxia. ¡Cuántas noches pasamos en la tienda de aquel musulmán comiendo cosas prohibidas! Y luego nos poníamos a discutir las reformas que introduciríamos en la sociedad hindú.

—¿Y cuáles son ahora las opiniones de tu amigo? —preguntó Baroda.

—Ahora observa estrictamente todas las costumbres ortodoxas —repuso Gora.

—¿Y no le da vergüenza? —preguntó Baroda, roja de indignación.

—La vergüenza es signo de debilidad —rió Gora—. Incluso hay personas que se avergüenzan de sus propios padres.

—¿No fue antes brahmo? —inquirió Baroda.

—Yo también lo fui.

—Y ahora ¿cree en una deidad con forma corporal? —preguntó Baroda.

—No soy tan supersticioso como para despreciar las formas injustificadamente —contestó Baroda—. ¿Acaso basta con repudiarlas para que pierdan su valor? ¿Quién ha podido nunca penetrar su misterio?

—Pero la forma es limitada —terció Paresh Babu con su voz suave.

—No hay nada que pueda manifestarse, a no ser dentro de unos límites —insistió Gora—. El infinito se ha servido de la forma para hacerlo. ¿Cómo, si no, iba a revelársenos? Lo que no puede revelarse no puede alcanzar la perfección. Lo invisible se perfecciona mediante la forma, del mismo modo que el pensamiento se expresa con palabras.

—¿Quieres decir que la forma es más perfecta que el espíritu? —exclamó Baroda moviendo la cabeza con escepticismo.

—Lo que yo quiera decir no importa —respondió Gora—. El mundo no depende de mis palabras para ser como es. Si lo inmaterial hubiera sido perfecto, la materia no hubiera tenido lugar en el universo.

Sucharita estaba deseando que alguien humillara a aquel arrogante vencéndole con la palabra, y le sublevaba ver a Binoy tan callado. La misma violencia de Gora parecía empujarla a contestarle con una frase hiriente. Pero en aquel momento salió el criado con el agua caliente para el té y Sucharita tuvo que ponerse a prepararlo, mientras Binoy, de vez en cuando, lanzaba en su dirección miradas interrogativas.

Aunque, en cuestiones religiosas, los dos pensaban igual, el que Gora hubiera ido a aquella casa sin estar invitado y se mostrara tan abiertamente hostil, le apenaba profundamente. La calma que demostraba Paresh Babu le llenó de admiración. Su benévola serenidad le situaba muy por encima de ambos contendientes. Su actitud era infinitamente más digna que la acometividad de Gora: «Las opiniones no son nada —pensó—. ¡Qué maravillosa serenidad infunde comprender la verdadera naturaleza de algo! ¡Qué importa saber cuál de las dos tesis es verdadera y cuál falsa! Lo que importa es el íntimo convencimiento de poseer la verdad.»

En varios momentos de la discusión, Paresh Babu cerraba los ojos y se sumía en las profundidades de su ser, era su costumbre, y Binoy observaba, fascinado, la paz que se reflejaba en su semblante mientras duraba su recogimiento. Fue para él una amarga decepción el comprobar que aquel venerable anciano no infundía a Gora ningún respeto ni le hacía poner freno a su lengua.

Después de servir varias tazas de té, Sucharita miró a Paresh Babu interrogativamente. No sabía si debía ofrecer té a alguno de sus huéspedes.

La señora Baroda miró a Gora y le espetó:

—¡Supongo que tú no tomarás de esas cosas!

—No —replicó Gora sin titubear.

—¿Por qué? —insistió ella—. ¿Tienes miedo de perder la casta?

—Sí.

—Entonces, ¿crees en la casta?

—¿Es la casta algo que yo haya creado, para no creer en ella? Puesto que debo tributo a la sociedad, tengo que respetarla.

—Entonces, ¿tienes que obedecer en todo a la sociedad? —preguntó Baroda.

—No obedecerla es destruirla —repuso Gora.

—¿Y por qué no destruirla?

—Eso es lo mismo que preguntar por qué no cortar la rama sobre la que uno está sentado.

—Madre, ¿de qué sirve discutir? —exclamó Sucharita, enojada—. No quiere comer con nosotros, eso es todo.

Gora miró a Sucharita un momento, mientras ella, dirigiéndose a Binoy, preguntó, vacilando:

—¿Quieres... una taza...?

Binoy no había probado el té en su vida, y desde tiempo atrás no tomaba el pan y las galletas elaboradas por los musulmanes, pero en aquel momento se sintió obligado a comer y beber todo lo que se le ofreciera. Así, pues, haciendo un esfuerzo, la miró a los ojos y respondió:

—Sí; desde luego.

Lanzó a Gora una furtiva mirada y vio que en sus labios se dibujaba una leve sonrisa de sarcasmo.

Binoy se bebió su té hasta la última gota, a pesar de que le encontró un sabor amargo y desagradable.

«¡Qué muchacho tan simpático Binoy!», pensó Baroda; y volviéndose de espaldas a Gora, empezó a hacerle objeto de toda su atención. Al darse cuenta de ello, Paresh Babu acercó su silla a Gora y se puso a hablar con él, quedamente.

Fue anunciada otra visita. Todos saludaron al recién llegado con el nombre de Panu Babu, pero en realidad se llamaba Haran-chandra Nag. Entre sus amigos tenía fama de ser extraordinariamente docto e inteligente, y aunque ninguna de ambas partes había dicho nada en concreto, se conjeturaba que iba a casarse con Sucharita. Era indudable que se sentía atraído por la muchacha, y las amigas de ella no perdían ocasión de gastar bromas a costa de su pretendiente.

Haran se dedicaba a la enseñanza, por lo cual la señora Baroda no veía con muy buenos ojos las aspiraciones de aquel simple maestrillo, y se callaba su opinión de que el joven había obrado muy cuerdamente al no fijarse en ninguna de sus hijas. Los yernos de sus sueños eran intrépidos caballeros andantes cuya principal ambición fuera conseguir un elevado cargo en el Gobierno.

Cuando Sucharita ofreció una taza de té a Haran, Labonya, desde prudente distancia, le lanzó una mirada significativa y contrajo los labios en una sonrisa.

Este gesto no escapó a Binoy, pues en aquel breve espacio de tiempo sus dotes de observación, que nunca fueron muy penetrantes, se habían agudizado extraordinariamente. Le pareció una injusticia que aquellos dos individuos, Haran y Sudhir, estuvieran tan estrechamente vinculados a la familia como para que las muchachas de la casa intercambiaran signos secretos a expensas suya.

En la mente de Sucharita, la llegada de Haran puso una lucecita de esperanza. Si su admirador derribaba a aquel altivo conquistador, ella se sentiría satisfecha. Por lo general, no obstante, los razonamientos de Haran sólo conseguían irritarla, pero la llegada del prolijo Haran la llenó de alegría y no regateó té ni pasteles para armar debidamente a su caballero.

—Panu Babu, te presento a nuestro amigo... —empezó Paresch Babu.

—¡Oh!, le conozco muy bien —le interrumpió Haran—. Hubo un tiempo en que era un entusiasta miembro de nuestro Brahmo Samaj.

Y con estas palabras dio media vuelta y se alejó de Gora.

En aquel tiempo, sólo uno o dos bengalíes habían aprobado el examen de ingreso en la Administración Civil, y Sudhir hablaba del recibimiento dispensado a uno de ellos a su regreso de Inglaterra.

—Poco importa cómo queden en los exámenes —sentenció Haran—. Los bengalíes nunca serán buenos funcionarios.

Y para demostrar que no había bengalí capaz de administrar un distrito, empezó a sacar a relucir con gran elocuencia todos los defectos y debilidades del carácter bengalí.

El rostro de Gora iba enrojeciéndose a medida que avanzaba la perorata y, haciendo

los posibles por dominar su voz de león, el joven le atajó diciendo:

—Si ésa es tu sincera opinión, ¿no te da vergüenza quedarte ahí sentado, comiendo pan con mantequilla?

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Haran arqueando las cejas, sorprendido.

—Tratar de borrar esas manchas del carácter de los bengalíes, o ahorcarte. ¿Te parece fácil afirmar que nuestra nación no hará nunca nada? Me sorprende que el pan no se te atragante.

—¿Es que no se puede decir la verdad? —preguntó Haran.

—Perdón —continuó Gora, acaloradamente—; pero si realmente creyeras todo lo que dices, no hablarías con tanto desparpajo. Es, precisamente, porque sabes que es mentira por lo que te expresas con esa indiferencia. Deja que te recuerde, Haran Babu, que la mentira es un grave pecado, que la calumnia es mucho más grave y que calumniar a nuestros hermanos es lo último.

Haran temblaba de ira, pero Gora continuó, inexorablemente:

—Te crees superior a todos tus compatriotas, ¿verdad? ¿Imaginas que eres el único con derecho a desprestigiarlos y que nosotros, por la memoria de nuestros antepasados, hemos de acatar tu veredicto sin rechistar?

Haran, comprendiendo que ya no le era posible retractarse, reiteró sus insultos. Mencionó las malas costumbres de la sociedad bengalí, y dijo que, mientras sus costumbres no se sanearan, no habría esperanza para la raza.

—Todo eso que dices de las malas costumbres lo has aprendido en los libros ingleses —dijo Gora despectivamente—. De primera mano no sabes absolutamente nada. Cuando puedas condenar las malas costumbres de los ingleses con la misma indignación, entonces tendrás derecho a hablar.

Paresh Babu hacía todo lo posible por cambiar de tema, pero resultaba completamente inútil contener al enfurecido Haran.

Entretanto, se había puesto el sol y el cielo ofrecía un espectáculo grandioso, con las resplandecientes franjas de nubes, y, a pesar de aquella guerra de palabras que retumbaba a su lado, Binoy sentía el corazón lleno de música.

Cuando llegó la hora de su meditación vespertina, Paresh abandonó la terraza y se instaló en el jardín, debajo de un *champak*.

Baroda encontraba a Gora sumamente antipático, y tampoco Haran era santo de su devoción; de modo que, cuando no pudo soportar más aquella discusión, se volvió hacia

Binoy y le dijo:

—Ven, Binoy Babu. Entremos.

Y Binoy no pudo menos que mostrar su satisfacción por la preferencia de que le hacía objeto la señora Baroda, siguiéndola muy sumiso.

Baroda llamó también a sus hijas, y Satish, al comprender que la discusión no llevaba trazas de terminar, hizo mutis con el perro.

La señora Baroda, sin perder tiempo, se puso a alabar las virtudes de sus hijas.

—Trae el álbum, Labonya, para que lo vea Binoy Babu.

Labonya estaba tan acostumbrada a mostrar el álbum a todos los visitantes, que llevaba ya buen rato esperando que se lo pidieran, y empezaba a desesperar, en vista de que aquella discusión se eternizaba.

Al abrir el álbum, Binoy encontró en él varios poemas de Moore y Langfellow. Las mayúsculas y los títulos estaban hechos en caracteres de adorno, y la caligrafía era pulcra y cuidada. La admiración de Binoy fue sincera, pues por aquel entonces no era corriente que una muchacha supiera copiar poesías inglesas con tanta corrección.

Cuando tuvo a Binoy debidamente impresionado, la señora Baroda volvióse hacia su hija mediana diciendo:

—Lolita, tesoro, ¿cómo dice aquella poesía...?

Pero Lolita contestó con gran firmeza:

—De verdad no la recuerdo muy bien, madre.

Y se volvió hacia la ventana.

Baroda explicó a Binoy que su hija la recordaba perfectamente; pero era muy modesta y no le gustaba darse importancia; de niña era exactamente igual. En prueba de sus afirmaciones, dio varios ejemplos de la habilidad de la muchacha. Añadió que era tan valerosa que no lloraba aunque se lastimase, cosa en la que se parecía mucho a su padre.

Luego, le llegó el turno a Lila. Al pedirle su madre que recitara, se echó a reír nerviosamente; pero cuando empezó la poesía, la soltó de corrido, sin pararse a respirar ni demostrar que entendía lo que estaba diciendo.

Como ya sabía que el número siguiente era una canción, Lolita salió de la sala.

En la terraza, la disputa había alcanzado su punto culminante. Haran ya ni siquiera

intentaba argumentar, sino que recurría a un lenguaje durísimo, y Sucharita, avergonzada e irritada por aquella falta de ecuanimidad, daba la razón a Gora, lo cual no contribuía precisamente a apaciguar a Haran.

El cielo se llenó de nubes negras cargadas de lluvia. En la calle, los buhoneros empezaban a pregonar, con su característico sonsonete, los típicos collares de jazmín. Las luciérnagas lanzaban sus destellos entre las hojas de los árboles que bordeaban la calle, y las aguas del estanque vecino eran como una mancha negra.

Binoy salió nuevamente a la terraza para despedirse, y Paresh Babu dijo a Gora:

—Ven a vernos siempre que lo desees. Krishnadayal y yo éramos como hermanos. Aunque ahora nuestras opiniones difieran y nunca nos veamos ni nos escribamos, las amistades de la juventud nunca se olvidan, y el afecto que profeso a tu padre me hace sentirme próximo a ti.

La serena y afectuosa voz de Paresh Babu fue un sedante para la agresividad de Gora. No hubo mucho respeto en el saludo que dedicó al viejo a su llegada; pero, al despedirse, se inclinó ante él con auténtica deferencia. A Sucharita hizo como que no la veía; denotar, aunque fuera con un levísimo gesto, que había advertido su presencia, hubiera sido para él el colmo del descaro. Binoy, después de hacer una profunda inclinación ante Paresh Babu, saludó con un movimiento de cabeza a la joven y, como si se avergonzara de lo que había hecho, salió apresuradamente en pos de Gora.

A fin de librarse de la ceremonia de las despedidas, Haran había entrado en la casa y hojeaba un libro de himnos que encontró sobre una mesa, pero tan pronto como los dos invitados se hubieron marchado, salió apresuradamente a la terraza y dijo a Paresh Babu:

—No creo que sea muy conveniente presentar a las muchachas al primero que llega.

Sucharita se sintió tan enojada que no pudo seguir disimulando sus sentimientos.

—Si nuestro padre hubiera observado ese principio, nunca te hubiésemos conocido a ti.

—No hay inconveniente si uno se limita a los de su propia clase —explicó Haran.

—¿Quieres hacernos volver al sistema *zenana* y encerrarnos en nuestra propia comunidad? —rió Paresh Babu—. Yo creo que es conveniente que las jóvenes conozcan a gentes de todas las opiniones; de lo contrario, no podrían evitar ser estrechas de criterio. ¿Por qué ser tan remilgados?

—Yo no he dicho que no deban conocer a gentes de distintas opiniones —respondió Haran—. Pero estos dos individuos no saben ni siquiera tratar a las señoras.

—No, no —defendió Paresh—. Lo que tú consideras malos modales es

sencillamente timidez, y si no tratan a mujeres nunca podrán vencerla.

CAPÍTULO XI

Haran hubiera deseado dejar a Gora en mal lugar y levantar en alto el estandarte de la victoria ante los mismos ojos de Sucharita. En un principio, también Sucharita lo deseó. Pero en realidad sucedió todo lo contrario. En cuestiones de religión y de trato social, Sucharita no podía estar de acuerdo con Gora, pero el amor a su pueblo era un sentimiento innato en ella, y aunque hasta entonces nunca había discutido sobre las cualidades de los de su raza, al ver la violenta reacción de Gora ante los insultos proferidos contra los suyos, se sintió plenamente identificada con él. Nunca había oído a nadie hablar de la patria con tanta fe.

Y cuando Haran, lleno de rencor, volvió a la carga llamándoles, en su ausencia, salvajes y groseros, Sucharita, asqueada por tanta mezquindad, se sintió nuevamente impulsada a ponerse de su parte.

No obstante, la animosidad que le inspiraba Gora no estaba vencida aún. La estudiada y desafiadora rusticidad de su traje la indignaba. Veía en aquella decidida ortodoxia un reto que no reflejaba precisamente auténtica convicción. Gora no encontraba plena satisfacción en sus creencias; en realidad las había adoptado en un gesto de cólera y arrogancia, a fin de lastimar a los demás.

Aquella noche, mientras cenaba o contaba cuentos a Lila, no podía librarse de una sensación de inquietud y disgusto. Sólo la espina que se sabe dónde está puede ser extraída, y Sucharita, sentada en la terraza, trataba en vano de localizar la espina que la atormentaba. Trataba de enfriar, con el aire de la noche, aquella fiebre que le consumía el corazón; pero en vano. Aquel peso que no podía precisar le daba ganas de llorar, pero, a su pesar, las lágrimas no acudían a sus ojos.

Nada más absurdo que suponer que Sucharita sentíase ofendida meramente porque un joven desconocido se presentó luciendo con aire de reto una prominente marca de casta en la frente o porque no fue posible vencerle en la disputa. Cuando, al fin, descubrió la verdadera causa de su descontento, se sintió sonrojar de vergüenza. Durante casi dos horas estuvo sentada frente a él e incluso, de vez en cuando, se puso de su parte y, no obstante, él no le había hecho el menor caso ni la había saludado al despedirse. Sucharita comprendió, sin lugar a dudas, que era aquella completa indiferencia lo que más le dolía. Binoy demostró también cierta reserva, pero su reserva era simplemente timidez y en Gora no se advertía ni asomo de ella.

¿Por qué Sucharita se sentía tan ofendida ante la indiferencia de Gora, hasta el punto de no poder desecharle de sus pensamientos con el desprecio que merecía? Creyó morir de vergüenza al recordar que, a pesar de aquella indiferencia, ella no pudo reprimir el impulso

de meter baza en la disputa. En una ocasión en que reaccionó con brío, al escuchar a Haran hablar con mezquindad, Gora la miró; y en su mirada no se veía timidez sino algo que no supo descifrar. ¿La consideró acaso una marisabidilla presuntuosa, por mezclarse en una conversación entre hombres? Pero ¿qué importaba lo que él pudiera pensar? Nada; y, no obstante, Sucharita no lograba sustraerse a aquella desazón. Se esforzó por olvidarlo; fue inútil. Entonces se sintió furiosa con Gora y trató de sentir desprecio hacia él; al fin y al cabo, no era más que un vanidoso lleno de supersticiones. Pero seguía sintiéndose humillada al recordar la penetrante mirada de aquel gigante de voz de trueno, y no consiguió convencerse de que su propia actitud hubiera sido muy digna.

Y así atormentada por tan encontrados sentimientos, Sucharita permaneció en la terraza hasta bien entrada la noche. Las luces estaban apagadas. Oyó cerrarse la puerta principal, y comprendió que los criados, terminado su trabajo, se preparaban para ir a la cama.

Lolita salió a la terraza en camión y, sin pronunciar palabra, quedóse en pie junto a la balastrada. Sucharita sonrió interiormente al comprender que Lolita estaba enojada, pues aquella noche le había prometido acostarse con ella, y se le había olvidado. Pero reconocer la negligencia no bastaría para aplacar a Lolita; lo más grave era haberla olvidado. Y Lolita no era de la clase de personas que recuerdan a nadie una promesa. Se propuso permanecer en la cama sin moverse ni darse por ofendida, pero a medida que pasaba el tiempo su desilusión iba en aumento, hasta que, incapaz de soportarla un minuto más, se levantó silenciosamente, para demostrar que seguía despierta.

Sucharita se puso en pie y se acercó lentamente a ella.

—Querida Lolita, no te enfades conmigo —le dijo, abrazándola.

Pero Lolita la rechazó, murmurando:

—¿Por qué había de enfadarme? Por favor, continúa sentada.

—Anda, vamos a la cama.

Sucharita la cogió de la mano. Lolita permaneció inmóvil, hasta que la otra la arrastró afectuosamente hacia el dormitorio.

Al fin, Lolita preguntó con voz ahogada:

—¿Por qué te has quedado levantada hasta tan tarde? ¿No sabes que son ya las once? He oído dar todas las horas. Y ahora tendrás sueño y no querrás hablar.

—Perdona, querida —dijo Sucharita atrayéndola hacia sí.

Reconocida la falta, el mal humor de Lolita se evaporó.

—¿En quién estuviste pensando todo ese rato, *Didi*? ¿Acaso en Panu Babu?

—¡Oh, no me lo nombres! —exclamó Sucharita con un gesto de desdén.

Lolita sentía una honda hostilidad hacia Panu Babu. Ni siquiera bromeaba a costa suya, como sus hermanas. Sólo pensar que Haran quisiera casarse con Sucharita la ponía fuera de sí.

Al cabo de unos momentos de silencio, volvió a la carga, con la pretensión de descubrir lo que ocupaba los pensamientos de Sucharita.

—¡Qué simpático es Binoy Babu!, ¿verdad, *Didi*? —dijo Lolita.

—Sí, querida. Binoy Babu parece una persona muy agradable —fue la respuesta.

Esto, no obstante, no era lo que Lolita esperaba, por lo que prosiguió:

—Pero digas tú lo que digas, *Didi*, ese Gourmohan Babu es insoportable. ¡Qué piel más repugnante la suya, y qué facciones más duras! ¡Y qué pedante! ¿Qué te pareció?

—Demasiado ortodoxo para mi gusto.

—¡No! ¡No! No es eso —exclamó Lolita—. Mira, el tío es también muy ortodoxo, pero es distinto. Es... algo que no puedo explicar.

—Sí; completamente distinto —rió Sucharita.

Y al recordar la frente de Gora, alta y blanca, con la marca de su casta, sintió que la cólera volvía a dominarla, pues ¿no pretendió él decirles con ello: «Soy diferente de vosotros»? Hubiera tenido que ver aquel orgullo reducido a polvo para dejar de sentirse insultada.

Poco a poco, sus frases fueron espaciándose, y las dos muchachas quedaron dormidas. A las dos, Sucharita se despertó y oyó llover a torrentes. La lámpara del rincón se había apagado y de vez en cuando, a través del mosquitero, se divisaba el resplandor de un relámpago. En medio de aquella quietud y de aquella oscuridad, con el incesante murmullo de la lluvia en sus oídos, Sucharita sintió una inmensa tristeza. Dio vueltas y vueltas intentando conciliar el sueño y miró con envidia el rostro sereno de Lolita, profundamente dormida; pero el sueño no acudió a ella.

Levantándose, se dirigió hacia la puerta. La abrió y se quedó contemplando el tejado batido por la lluvia. Con cada ráfaga de viento, las salpicaduras del agua llegaban hasta ella. A su pensamiento volvieron, uno a uno, todos los incidentes de aquella tarde. Recordó el rostro de Gora, encendido de excitación e iluminado por los últimos rayos del sol y le pareció oír de nuevo aquella voz sonora y profunda pronunciando palabras en las que antes no había reparado, pero que ahora parecían resonar en sus oídos:

«—Los que tú llamas analfabetos son mi gente: lo que tú llamas superstición es mi fe. Mientras no ames a tu país ni te pongas al lado de los tuyos, no te consentiré ni una sola palabra contra la patria.

»—¿Cómo quieres que semejante actitud ayude a la reforma?

»Y Gora rugió entonces:

»—¡Reforma! La reforma puede esperar. Más importantes que la reforma son el amor y el respeto. La reforma vendrá por sí sola, desde dentro, cuando seamos un pueblo unido. Con un afán de separaciones, harías pedazos al país. ¡Bravo! ¡Porque nuestra tierra está llena de superstición, vosotros, los no supersticiosos, debéis manteneros aislados, en un plano superior! Yo no pido más que no apartarme nunca de los demás, ni siquiera para ser superior a ellos. Y cuando todos seamos uno, entonces el país y el Dios de nuestro país, que decidan cuáles de las prácticas ortodoxas deben permanecer y cuáles desaparecer.

»—En el país abundan precisamente las prácticas y las costumbres más indicadas para mantenerlo dividido.

»—Si es eso lo que crees, si consideras que primero hay que destruir las malas costumbres y las creencias equívocas, cada vez que quieras cruzar el océano tendrás que empezar por achicar el agua. Desecha todo tu orgullo y todo tu desprecio y, con auténtica humildad, identifícate con todos; entonces, con amor, podrás poner remedio a millares de defectos e injusticias. Toda sociedad tiene sus faltas y sus debilidades; pero mientras sus individuos se sientan hermanados por el amor podrán neutralizar el veneno. La causa de la podredumbre está siempre en el aire, pero mientras tú sigas vivo no podrá actuar, porque sólo las cosas muertas se pudren. Permite que te diga que no vamos a dejarnos deformar por los que vengan de fuera, ya sean los de tu secta o los misioneros extranjeros.

»—¿Por qué no? —preguntó Haran.

»—Existe una buena razón. De nuestros padres aceptamos cualquier enseñanza; pero si es la policía la que quiere imponérsela, nos sentimos ultrajados y nos rebelamos. Y, si la acatamos, nuestra dignidad sufre grave quebranto. Primero admitid que sois parientes nuestros; luego venir a reformarnos. De lo contrario, hasta los buenos consejos nos dolerían.»

Recordaba Sucharita hasta la última palabra pronunciada por Gora, y su desazón era cada vez mayor. Cansada, volvió a la cama y, oprimiéndose los ojos con las manos, trató de desechar aquellos pensamientos y descansar; pero las mejillas le ardían, y en su cerebro luchaban ideas contradictorias.

CAPÍTULO XII

Cuando Binoy salió de la casa de Paresh Babu, ya en la calle, dijo a su amigo:

—Podrías andar un poco más despacio, Gora, amigo mío. Tus piernas son más largas que las mías, y si no acortas el paso voy a quedar sin aliento.

—Esta noche deseo ir solo —contestó Gora ásperamente—. Tengo muchas cosas en que pensar.

Y se alejó dando sus zancadas habituales.

Binoy se sintió herido. Al rebelarse contra Gora, había faltado a su costumbre, pero hubiera preferido que Gora le reprendiera con dureza. La tormenta habría purificado la atmósfera de su amistad de los vahos que la enturbiaban, cosa que le hubiera hecho respirar libremente de nuevo.

Binoy no le reprochaba que, en un acceso de mal humor, le dejara solo; pero aquélla era la primera vez que se separaban enfadados y, muy afligido, Binoy echó a andar hacia su casa. La noche era oscura y tormentosa. Al muchacho le parecía que sus vidas, perdido el camino, se aventuraban por un terreno desconocido; y, en la oscuridad, Gora iba por un lado y él por otro.

Al despertar, a la mañana siguiente, sintió su espíritu más calmado. Pensó que la noche anterior se había atormentado innecesariamente. Comprendía claramente que la amistad de Gora no era incompatible con las visitas a Paresh Babu. Sonrió al recordar su anterior preocupación.

Así, pues, echándose el chal^[11] sobre los hombros, se encaminó a buen paso hacia la casa de Gora. Su amigo estaba leyendo, en la planta baja. Vio acercarse a Binoy por la calle, su llegada no le hizo levantar la vista del periódico. Sin decir una palabra, Binoy se lo quitó de las manos.

—Me parece que te equivocas —observó Gora, fríamente—. Yo soy Gourmohan, un hindú supersticioso.

—Tal vez el error sea tuyo. Yo soy Binoy-bhusan, el amigo supersticioso de Gourmohan.

—Pero Gourmohan es tan incorregible que ante nadie se disculpa de sus supersticiones.

—Binoy también lo es; pero no trata de imponer sus supersticiones a los demás, de grado o por fuerza.

En menos de nada, los dos amigos estuvieron enzarzados en una acalorada discusión, que advirtió a todos los vecinos de que Gora y Binoy estaban juntos.

—¿Qué necesidad tenías aquel día de negar que visitabas a Paresh Babu? —preguntó Gora al fin.

—Ninguna necesidad. Lo negué porque nunca había estado allí. Ayer fue mi primera visita.

—No niego que has sabido entrar bien: pero dudo mucho que sepas salir con la misma facilidad —dijo Gora con sarcasmo.

—Quizá tengas razón. Tal vez naciera de ese modo. Para mí no es cosa fácil apartarme del que me inspira cariño o respeto. Tú mismo has tenido ocasión de comprobarlo.

—Así, pues, ¿tus visitas continuarán indefinidamente? —preguntó Gora.

—¿Acaso soy yo el único que puede entrar y salir? También tú tienes libertad de movimientos; no estás clavado en la silla, ¿verdad?

—Yo puedo ir; porque sé regresar. Pero por los síntomas que advierto en ti no me dicen que tú te propongas volver. ¿Tal vez el té?

—Amargo.

—Entonces, ¿por qué?

—Hubiera sido más amargo rehusar.

—¿Son los buenos modales todo lo que se necesita para preservar a la sociedad?

—Siempre no. Pero mira, Gora, cuando las reglas de la sociedad chocan con los dictados del corazón...

En su impaciencia, Gora no le dejó terminar la frase;

—¡Ya salió el corazón! —rugió—. Lo que ocurre es que la sociedad no te importa; por eso sus reglas chocan a cada momento con los dictados de tu corazón. Si supieras el daño que hace cada golpe que se descarga contra la sociedad, te avergonzarías de permitirte tanto sentimentalismo. Te parte el corazón causar la menor ofensa a las hijas de Paresh Babu; a mí me lo destroza ver la facilidad con que desafías a la sociedad por tan poca cosa.

—Vamos, Gora, si el beber una taza de té es un golpe para la sociedad, lo único que tengo que decir entonces es que esos golpes no son sino un bien para el país. Si nos esforzamos en protegerlo de esas pequeñeces, se convertirá en algo débil y afeminado.

—Mi distinguido amigo, me sé de memoria todos esos pretextos. No me tomes por tan tonto. Pero no hacen al caso. Cuando el niño enfermo no quiere tomar la medicina, su madre, a pesar de encontrarse bien, toma un poco para consolarle haciéndole creer que los dos están en la misma situación. Esto no es ningún tratamiento médico, es, sencillamente, cariño. Pero si falta el cariño, por muy razonables que sean los actos de la madre, las relaciones entre ella y su hijo se entibian, y el efecto deseado se pierde. La taza de té no me ofende, lo que me duele es el distanciamiento de nuestro pueblo. Muchísimo más fácil es rehusar el té, mal que les pese a las hijas de Paresh Babu. En el estado en que se encuentra nuestro país, nuestra tarea principal es unificarnos todos en espíritu. Cuando lo hayamos conseguido, el si debemos o no debemos beber té podremos decidirlo en dos palabras.

—En ese caso, va a pasar mucho tiempo antes de que pueda tomar mi segunda taza.

—No; no existe motivo por el que tengas que esperar tanto. Pero Binoy, ¿por qué te empeñas en seguir a mi lado? Ha llegado el momento de que renuncies a mí y a todas las cosas de la sociedad hindú, que tanto te desagradan. De lo contrario, las hijas de Paresh Babu podrían molestarse.

En aquel momento, entró en la habitación Abinash, uno de los discípulos de Gora. Abinash propagaba a los cuatro vientos todo lo que oía decir a su maestro, vulgarizado y disminuido. Y, no obstante, los que no lograban entender a Gora, entendían perfectamente a Abinash, y no le regateaban alabanzas. Abinash, celoso de Binoy, trataba siempre de discutir con él, esgrimiendo los argumentos más disparatados. Binoy no podía soportar tanta estupidez y le atajaba inmediatamente; entonces Gora recogía la idea y entraba en liza, y Abinash se pavoneaba, convencido de que era una idea suya lo que Gora estaba explicando.

Comprendiendo que la llegada de Abinash destruía toda esperanza de reconciliación con Gora, Binoy se fue en busca de Anandamoyi. La encontró sentada a la puerta de la despensa, cortando verduras.

—Hace rato que oigo tu voz —dijo Anandamoyi—. ¿Por qué tan temprano? ¿Has desayunado?

Cualquier otro día, Binoy hubiera respondido que no, y se hubiera puesto a comer allí mismo, pero aquel día dijo:

—Gracias madre. Desayuné antes de salir.

No quiso dar otro disgusto a Gora. Sabía que aún no había sido perdonado del todo, y el verse distanciado de Gora le apenaba. Sacando una navaja del bolsillo, empezó a pelar patatas.

Al cabo de un cuarto de hora, volvió a la planta baja. Gora y Abinash habían salido juntos. Binoy estuvo un rato pensativo; luego, cogió el periódico y, distraído, se puso a recorrer con la vista las columnas de anuncios.

Después de la comida de mediodía, sintió de nuevo deseo de hablar con Gora, hasta entonces, nunca dudó en humillarse ante su amigo; pero aunque el orgullo no estorbaba sus actos, la dignidad de su amistad tenía, también, sus exigencias. Ciertamente, comprendía que fue desleal al iniciar aquella intimidad con Paresh Babu, y por eso estaba dispuesto a soportar los sarcasmos y reproches de Gora; pero la repulsa era superior a todo lo que él había temido. A poca distancia de su casa, Binoy volvió sobre sus pasos; no osaba ir nuevamente a casa de Gora, por temor a que su amistad sufriera nuevos insultos.

CAPÍTULO XIII

Así continuaron las cosas durante varios días, hasta que, una tarde, Binoy se sentó ante la mesa, pluma en mano, decidido a escribir una carta a Gora. Echando a la pluma la culpa de su atascamiento, pasó un buen rato componiéndola con ayuda de un cuchillo. Mientras estaba ocupado en este trabajo, oyó que le llamaban desde la planta baja. Arrojó la pluma y bajó corriendo las escaleras, mientras gritaba:

—Sube, sube, Mohim Dada.

Mohim subió, pues, a la habitación y se instaló cómodamente sobre la cama. Después de estudiar detenidamente el mobiliario, dijo:

—Mira, Binoy, no es que no supiera tus señas ni deseara interesarme por tu salud; lo cierto es que en la casa de los jóvenes modelos de la presente generación no hay manera de fumar; con que, si no fuera porque se trata de un caso muy especial, no hubiera... —Hizo una pausa al advertir que Binoy daba muestras de agitación—. Si estás pensando en salir a comprar una *hookah*, te suplico que te apiades de mí. Te perdono que no me ofrezcas tabaco, pero no podría fumar en una *hookah* nueva, preparada por un novato, aunque me fuera en ello la vida.

Mohim cogió un abanico y, después de abanicarse unos momentos, se decidió a abordar el objeto de su visita.

—Estoy aquí por una buena razón, que me ha hecho sacrificar mi siesta dominical. Quiero que me hagas un favor.

—¿De qué se trata?

—Prométemelo y te lo diré.

—Puedes estar seguro de que si está en mi mano...

—Está en tu mano y en la de nadie más. Sólo tienes que decir que sí.

—Te veo muy desconfiado. Sabes perfectamente que yo soy como de la familia; si puedo ayudarte en algo no te quepa duda que lo haré.

Mohim sacó del bolsillo un paquete de hojas de *pan* y, después de ofrecer unas cuantas a Binoy, se metió las restantes en la boca y dijo, mientras masticaba:

—Ya conoces a mi hija Sasi. No es nada fea, pues no se parece a su padre. Ya va teniendo sus años, y debo pensar en casarla. Llevo varias noches sin dormir, rumiando que pueda ir a dar con algún inútil.

—¿Qué es lo que te preocupa? —preguntó Binoy, tratando de calmarle—. Sobra tiempo para pensar en su matrimonio.

—Si tuvieras una hija comprenderías mi ansiedad. A medida que pasan los años, ella va creciendo, pero el novio no se presenta. El tiempo huye veloz y mi inquietud va en aumento. Sin embargo, si tú pudieras darme una esperanza, no me importaría tener que aguardar una temporada.

Binoy quedó en suspenso.

—Lo siento; no conozco a muchos jóvenes apropiados. En realidad, no conozco prácticamente a nadie en Calcuta, a excepción de tu familia. De todos modos, buscaré.

—Tú ya conoces a Sasi; sabes la clase de muchacha que es... ¡Vamos...!

—¡Naturalmente! —rió Binoy—. La conozco desde que no levantaba un palmo del suelo. Es una muchacha magnífica.

—Entonces no hace falta que busques más, hijo mío. ¡Te la ofrezco! —Mohim estaba radiante.

—¿Qué? —exclamó Binoy, muy alarmado.

—Perdona si metí la pata. Desde luego, tu familia es mucho mejor que la nuestra, pero no creí que eso fuese obstáculo para ti, estando educado a la moderna.

—¡No, no! No se trata de la familia. Pero piensa en su temprana edad...

—¿Qué quieres decir? Sasi es ya lo bastante mayor. Las muchachas hindúes no son *mem-sahibs*; no estaría bien faltar a nuestras costumbres.

Mohim no era hombre que soltara a sus víctimas con facilidad.

Binoy se sentía atrapado y sin saber qué hacer. Al cabo, dijo:

—Bien, vamos a tomarnos algún tiempo para reflexionar.

—Todo el que quieras. No creas que vine con el propósito de fijar la fecha.

—Tengo que consultar a mi familia...

—¡Claro, claro! Tienes que consultárselo. Mientras viva tu tío no hay que pensar en

contrariar sus deseos.

Y cogiendo del bolsillo otro puñado de *pan*, se marchó, convencido, al parecer, de que la cosa estaba decidida.

Tiempo atrás, Anandamoyi había lanzado la idea, pero Binoy no le hizo caso. Tampoco en esta ocasión le convencía la propuesta; pero, no obstante, empezó a pensar en ella. Si se celebraba el matrimonio, él se convertiría en miembro de la familia de Gora y no resultaría tan fácil deshacerse de él. Siempre se había burlado de la costumbre inglesa de considerar el matrimonio como cosa del corazón; por ello, no era un imposible la unión con Sasi. En realidad, el ofrecimiento le complacía, ya que le brindaba un pretexto para pedir consejo a Gora. Incluso esperaba que su amigo le animara a aceptar, pues estaba seguro de que si no contestaba con rapidez, Mohim buscaría la intercesión de Gora.

Aquellos pensamientos fueron alejando poco a poco la depresión de Binoy, que salió inmediatamente a la calle, decidido a ir a ver a su amigo. No había dado muchos pasos cuando oyó una voz a su espalda que le llamaba. Era Satish.

Volvió a su casa con el niño, el cual, sacando del bolsillo un fardito atado con un pañuelo, dijo:

—Adivina lo que hay dentro.

Binoy hizo una serie de suposiciones descabelladas, tales como: una calavera, un cachorrillo, etcétera, pero sólo consiguió despertar el desdén de Satish.

Al fin, desatando el pañuelo, Satish le mostró unos frutos oscuros.

—A que no sabes cómo se llaman.

Binoy aventuró unos cuantos nombres al azar. Al darse por vencido, Satish le explicó que una tía suya que vivía en Rangún, había mandado una caja a la familia, y su madre le rogaba que aceptase algunos de aquellos frutos.

Por aquel entonces, no era corriente encontrar *mangosteens* de Burma en Calcuta. Binoy los agitó, los pellizcó y, finalmente, dijo:

—Pero, ¿cómo se come esto, Satish Babu?

Satish, riéndose de su ignorancia, explicó:

—No intentes morderlos. Tienes que cortarlos con un cuchillo y comer la pulpa.

Pocos minutos antes Satish había causado la hilaridad de sus parientes al intentar morder la fruta; se sacaba la espina, riéndose, a su vez, de Binoy.

Después que los dos amigos hubieron bromeado un rato, Satish dijo:

—Binoy Babu, dice madre que vengas conmigo, si tienes tiempo. Hoy es el cumpleaños de Lila.

—Hoy no va a poder ser. Lo siento. Tengo que hacer otra visita.

—¿A quién vas a visitar?

—A mi amigo.

—Sí.

Satish no podía comprender la lógica que impedía a Binoy ir a casa de Paresh Babu y le obligaba a visitar a su otro amigo, un amigo al que él, personalmente, no soportaba. Satish no concebía que Binoy pudiera desear ver a semejante amigo, un hombre que era, seguramente, mucho más severo que su mismo maestro, al que resultaba imposible imaginar admirando su maravillosa cajita de música. Así, pues, insistió:

—No, Binoy Babu. Tienes que acompañarme.

Binoy tuvo que capitular. A pesar de sus propósitos anteriores, a pesar de las muchas excusas que se le ocurrieron, al fin cogió de la mano a su captor y ambos se dirigieron hacia el número 78. Se sentía halagado por la invitación a compartir los deliciosos frutos de Burma, y no podía, tampoco, pasar por alto la oferta de amistad que ello entrañaba.

Se acercaban a la casa de Paresh Babu, cuando vio salir de ella a Haran y a un grupo de personas desconocidas, invitadas a la fiesta de cumpleaños de Lila. Haran Babu, no obstante, hizo como si no le viera.

Al entrar, oyeron risas y carreras. Sudhir había robado la llave del cajón donde Labonya guardaba su álbum. Entre los poemas seleccionados por la joven aspirante a literata, figuraban algunos que se prestaban a broma y Sudhir amenazaba con leerlos a la concurrencia. Precisamente cuando la batalla estaba en pleno apogeo, Binoy hizo su entrada en el campo. A su llegada, las huestes de Labonya se dispersaron en un abrir y cerrar de ojos, y Satish corrió tras ellas para participar en la diversión. Al poco rato, entró Sucharita y le dijo:

—Madre te pide que esperes un momento. En seguida está contigo. Padre ha ido a visitar a Anath Babu, y tampoco tardará.

Con el propósito de ayudar a Binoy a vencer su timidez, Sucharita se puso a hablarle de Gora. Echándose a reír, le dijo:

—Supongo que nunca más volverá a poner los pies en esta casa.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Binoy.

—Se escandalizó de que nosotras apareciésemos ante los hombres. Creo que las únicas mujeres que le inspiran algún respeto son las que se dedican enteramente a los trabajos domésticos.

Binoy no supo qué contestar a esto. Le hubiera gustado poder contradecirla, pero ¿cómo decir que lo que pensaba era mentira? Se limitó a observar:

—Según creo, Gora opina que a menos que una muchacha se dedique por entero al hogar falta a su deber.

—Entonces —repuso Sucharita—, ¿no sería mejor que hombres y mujeres dividieran por completo sus respectivas obligaciones? Si admitimos a los hombres en la casa, sus deberes para con el mundo exterior se verán, por lo mismo, afectados. ¿Opinas tú igual que tu amigo?

En lo concerniente al código social de la mujer, hasta aquel momento, Binoy estuvo siempre de acuerdo con Gora, y hasta llegó a escribir varios artículos sobre el tema para los periódicos. Pero ahora le costaba trabajo admitir tales opiniones.

—¿No crees que en todas esas cosas no somos sino esclavos de los convencionalismos? Primero nos escandalizamos al ver a las mujeres fuera del hogar, porque no estamos acostumbrados a ello, y luego, tratamos de justificar nuestros sentimientos diciendo que tal cosa es impropia. En el fondo es cuestión de tradiciones; los argumentos no son más que excusas.

Sucharita, con pequeñas preguntas y sugerencias, mantuvo la conversación en torno a Gora, y Binoy dijo cuanto tenía que decir de su amigo con una sincera elocuencia. Nunca hasta entonces había hablado tan acertadamente. Ni siquiera el mismo Gora hubiera podido exponer sus propios principios con más claridad. Estimulado por tan desusada facilidad de palabra, Binoy se sentía alegre y eufórico. Con cara resplandeciente, explicó:

—Nuestras escrituras dicen: «Conócete a ti mismo», y es que conocer es ser libre. Yo afirmo que mi amigo Gora es la conciencia de la India hecha hombre. Nunca puedo pensar en él como una persona corriente. Mientras el pensamiento de los demás se dispersa en direcciones diferentes, por efecto de las más insignificantes atracciones o por la tentación de la novedad, él permanece firme ante todos los trastornos, pronunciando con voz de trueno el *mantram*: «Conócete a ti mismo.»

La conversación hubiera continuado indefinidamente, pues Sucharita escuchaba con gran avidez, pero, de pronto, en la habitación contigua se elevó la voz chillona de Satish recitando:

Tell me not, in mournful numbers

«*Life is but an empty dream*»^[12].

El pobre Satish nunca tenía la oportunidad de lucir sus facultades ante las visitas. Los invitados a menudo se sentían violentos e incómodos al tener que escuchar a Lila recitando poesías inglesas, pero Baroda nunca pedía a Satish que recitara. Había una feroz rivalidad entre los dos niños, y la mayor satisfacción de Satish era poder humillar a Lila. Unos días antes, Lila había sido puesta a prueba ante Binoy, pero Satish no pudo lucir su talento, ya que nadie le invitó a hacerlo. Si lo hubiera siquiera intentado, se hubiese llevado una reprimenda. Así, pues, se puso a recitar en la habitación contigua como si lo hiciera para sí, y Sucharita no pudo contener la risa.

En aquel momento entró Lila en la habitación, agitando las trenzas. Se lanzó sobre Sucharita y empezó a cuchichearle al oído.

El reloj dio las cuatro. Cuando se dirigía a casa de Paresh Babu, Binoy decidió terminar pronto la visita, para poder ir a ver a Gora y, después de tanto hablar de él, su deseo de verle se había acentuado. Se levantó apresuradamente.

—¿Es que ya te marchas? —preguntó Sucharita—. Nuestra madre te está preparando el té. ¿No podrías quedarte un poco?

Para Binoy aquello no fue una pregunta, sino una orden, por lo que volvió a sentarse. Entonces entró Labonya, ataviada con un elegante traje de seda, y les anunció que el té estaba servido y que su madre les esperaba en la terraza.

Mientras Binoy bebía el té, la señora Baroda le obsequió con la biografía completa de cada una de sus hijas. Lolita se llevó a Sucharita al interior de la casa, y en la terraza sólo quedó con ellos Labonya, que hacía punto. En una ocasión, alguien le dijo que al hacer media movía los dedos con mucha gracia; y desde aquel momento, se ponía a la tarea, sin ningún motivo, delante de todas las visitas.

Al caer la tarde, llegó Paresh Babu. Como era domingo, les propuso ir al servicio religioso del Brahma Samaj. La señora Baroda se volvió hacia Binoy y le dijo que, si no tenía inconveniente, se considerarían muy honrados de que les acompañara. Binoy no supo cómo excusarse.

Se dividieron entre dos coches de alquiler y se dirigieron al Samaj. Cuando acabó la función religiosa y el grupo se disponía a subir a los coches, Sucharita, con un pequeño sobresalto, exclamó:

—¡Oh, por ahí va Gourmohan Babu!

No cabía duda de que Gora los había visto, pero pasó apresuradamente, como si no los conociera. Binoy se sintió avergonzado ante la desatención de su amigo, pero

comprendió inmediatamente la causa de su precipitada huida. Gora le había visto acompañado de aquella gente. La felicidad que llenaba su alma de luz, se apagó, de pronto. Sucharita leyó los pensamientos de Binoy y adivinó la causa de su tristeza. El que Gora fuera capaz de juzgar a un amigo con tanta injusticia por culpa de sus insensatos prejuicios contra los brahmos, hizo resucitar la indignación de la muchacha. Deseaba más que nunca humillar a Gora, y no le importaban los medios.

CAPÍTULO XIV

Cuando Gora se sentó a tomar su comida de mediodía, Anandamoyi abordó el tema que ocupaba todos sus pensamientos.

—Esta mañana ha venido Binoy —dijo a modo de introducción—. ¿No le has visto?

Sin levantar los ojos del plato, Gora respondió:

—Sí; le he visto.

—Le pedí que se quedara —continuó Anandamoyi, tras un prolongado silencio—, pero se marchó con aire distraído.

Gora no respondió.

—Hay algo que le preocupa, estoy segura. Nunca le había visto en ese estado. Y no me gusta nada verle así.

Gora siguió comiendo sin pronunciar palabra. Anandamoyi le temía, precisamente por lo mucho que le amaba, y, por lo general, no era de su gusto insistirle con preguntas cuando no le contaba sus problemas espontáneamente. En cualquier otro momento, ella hubiera dejado el tema; pero se sentía tan preocupada por Binoy, que insistió:

—Mira, Gora, no te enfades si te hablo con franqueza. Dios creó muchas clases de hombres; pero no dispuso que todos fueran por el mismo camino. Binoy te quiere como a su propia vida. Por eso de ti lo soportará todo; pero no le obligues a aceptar tus ideas, pues nada bueno podrá salir de eso.

—Madre, tráeme un poco más de leche, ¿quieres hacer el favor? —fue la única respuesta de Gora.

Ahí terminó la conversación. Después de la comida, Anandamoyi se sentó a coser muy pensativa, y Lachmi, tras intentar en vano discutir con ella la perversidad de uno de los criados, se echó en el suelo a dormir la siesta.

Gora pasó largo rato dedicado a su correspondencia. Aquella mañana, Binoy pudo darse cuenta de lo enojado que estaba con él, y no le cabía en la cabeza que su amigo no fuera a verle para hacer las paces. Así, pues, mientras escribía no dejaba de escuchar, esperando oír de un momento a otro sus pisadas. Pero el día iba ya muriendo y Binoy no se había presentado.

Gora acababa de dejar la pluma cuando entró Mohim en la habitación. Se dejó caer en una silla y fue derecho al grano.

—¿Qué has pensado acerca del matrimonio de Sasi?

Gora no había pensado en ello ni remotamente; por lo que tuvo que guardar contrito silencio.

Mohim trató entonces de despertar en Gora el sentido de su responsabilidad de tío, extendiéndose en consideraciones acerca del elevado precio de los novios y la imposibilidad de reunir una dote decente, en las difíciles circunstancias por las que atravesaba la familia. Y después de acorralarle hasta hacerle confesar que no encontraba salida al dilema, Mohim le relevó de sus responsabilidades al sugerir a Binoy como posible solución. Mohim no tenía ninguna necesidad de dar tantos rodeos, pero muy altivo que se mostrara con su hermano, en su fuero interno le daba miedo.

Éste nunca soñó que el nombre de Binoy pudiera asociarse con el de Sasi, debido, especialmente, a que ambos habían decidido permanecer solteros para mejor poder dedicarse al servicio del país, por lo que se limitó a decir:

—¿Es que Binoy piensa casarse?

—¿Es ésta la especie de hindú que tú eres? A pesar de tus marchas y tus *tikis*, la educación inglesa que recibiste se te ha metido en los huesos. No se te habrá olvidado que las escrituras ordenan el matrimonio a todos los hijos del brahmán.

Mohim ni hacía caso omiso de las costumbres tradicionales, como los jóvenes modernos, ni andaba siempre a vueltas con las escrituras. Le parecía ridículo exhibirse comiendo en los hoteles y, por otra parte, tampoco consideraba necesario andar siempre citando los textos sagrados. Pero su lema era: «adonde fueres, haz lo que vieres», y, tratándose de Gora, pensó que no estaría de más sacar a relucir las escrituras.

Si esta propuesta le hubiera sido hecha dos días antes, Gora se habría limitado a escucharla. En aquella ocasión, sin embargo, no le pareció del todo absurda. En última instancia, le daba una excusa para ir a visitar a Binoy. De modo que respondió:

—Está bien. Iré a enterarme de lo que piensa Binoy.

—No tienes por qué preocuparte de lo que piense él; pensará lo que tú quieras que piense. Si me ayudas con una palabra, podemos considerar el caso resuelto.

Aquella misma tarde, Gora se fue a casa de Binoy e irrumpió en su cuarto con la fuerza de un ciclón; pero su amigo no estaba allí. Llamó al criado y se enteró de que había ido al número 78.

Gora sintióse invadido por una oleada de violenta antipatía contra Pares Babu, su

familia y todo el Brahma Samaj. Con una tormenta incontenible en su interior, se dirigió a casa de Paresh Babu. Su intención era hablar sin ambages y poner a los Brahmos y a Binoy como chupa de dómine. Pero al llegar allí se enteró de que todos habían ido a la función de la tarde.

Por un momento, pensó que tal vez Binoy no les había acompañado. Quizás en aquellos momentos estuviese en su casa. Apenas podía contenerse, y con su habitual impetuosidad se fue inmediatamente al Brahma Samaj. Al llegar a la puerta, vio a Binoy subir a un coche en compañía de la señora Baroda y de sus hijas. Allí estaba aquel desvergonzado, en mitad de la calle, a la vista de todos, rodeado de mujeres desconocidas. ¡Idiota! ¡Haberse dejado atrapar con tanta facilidad y con tanta rapidez! Así, pues, la amistad no tenía ya ningún valor.

Se marchó como arrastrado por un vendaval, y Binoy, desde la oscuridad del coche, dejó vagar la mirada por la calle, pensativo y silencioso.

La señora Baroda, pensando que la plática le habría emocionado, no quiso interrumpir su meditación.

CAPÍTULO XV

Aquella noche, al volver a su casa, Gora subió directamente a la azotea y empezó a pasear de un lado para otro.

Al poco rato, subió Mohim, jadeante.

—Puesto que el hombre no fue dotado de alas, ¿quién le hace construir casas de tres pisos? —gruñó—. Los dioses que habitan en el cielo nunca tolerarán a los animales terrestres que escalen las alturas. ¿Has ido a ver a Binoy?

—Sasi no debe casarse con Binoy. El matrimonio es imposible.

—¡Vaya! ¿Es que Binoy se niega?

—¡Yo soy el que se niega!

—¡Cómo! —exclamó Mohim, levantando los brazos con espanto—. ¿Qué nuevo capricho es el tuyo? ¿Puede saberse por qué te niegas?

—He comprendido que resultará imposible mantener a Binoy dentro de la ortodoxia durante mucho tiempo. Por eso no creo conveniente que entre a formar parte de nuestra familia.

—¡Ésa sí que es buena! En mi vida he visto muchos santurriones, pero éste los supera a todos. Eres más exigente que los pandits de Nadia o de Benarés. Ellos se dan por satisfechos con ver la ortodoxia. Tú quieres que te garanticen que ha de durar. ¡El día menos pensado querrás purificar a alguien porque soñaste que se hacía cristiano!

Después de intercambiar algunas frases más, Mohim dijo:

—No puedo entregar a esa criatura al primer patán que se presente. La gente educada suele quebrantar a veces algún que otro precepto de las escrituras. Peléate con ellos, o búrlate, si quieres, pero, ¿por qué vas a castigar a mi pobre niña impidiendo su matrimonio? ¡Eres único para sacar las cosas de quicio!

Cuando bajó de la azotea, Mohim se fue directamente en busca de Anandamoyi y le dijo:

—¡Reprime a tu Gora, madre!

—Pues, ¿qué ha hecho?

—Yo, prácticamente, había ya dispuesto que Binoy se casara con Sasi, y, al principio, Gora también estaba de acuerdo; pero ahora, de pronto, descubre que Binoy no es lo bastante hindú para su gusto; por lo visto sus opiniones no cuadran enteramente con las de los antiguos legisladores. Y Gora se ha puesto intratable. Tú ya le conoces. Después de los legisladores, tú eres la persona cuyas opiniones más cuentan para él. Una palabra tuya y el futuro de mi Sasi estará asegurado. No sería posible encontrar otro marido igual para ella.

Mohim detalló, entonces, la conversación que había tenido con Gora. Anandamoyi se sintió muy intranquila, pues comprendió que Gora y Binoy se iban distanciando irremisiblemente.

Se fue al encuentro de Gora, que había ya dejado de pasear por la azotea y estaba leyendo en su habitación, con los pies descansando en una silla. Ella acercó otra silla y se sentó al lado del joven, el cual se irguió en su asiento, puso los pies en el suelo y la miró fijamente.

—Gora, tesoro mío —empezó Anandamoyi—, escucha, no te enojés con Binoy. Para mí sois como dos hermanos, y no puedo soportar la idea de que algo aleje al uno del otro.

—Si mi amigo quiere separarse, yo no voy a perder el tiempo corriendo tras él.

—Hijo, no sé lo que puede haber ocurrido entre vosotros dos, pero si eres capaz de creer que Binoy quiere deshacer los lazos que le unen a ti, ¿dónde está la fuerza de tu amistad?

—Ya sabes, madre, que yo deseo seguir por el camino recto. Si alguien se pone a caballo sobre la valla, le diré que quite la pierna de mi lado, sin que me importe lo que pueda sufrir él ni lo que pueda sufrir yo.

—Pero, a fin de cuentas, ¿qué es lo que ha ocurrido? Que ha visitado a una familia brahmo, ¿no es ése todo su delito?

—Madre, es una larga historia.

—Todo lo larga que tú quieras; pero yo tengo algo que añadir. Tú te afanas de tu firmeza de carácter y dices que nunca sueltas tu presa. ¿Por qué, pues, dejas escapar a Binoy con tanta facilidad? Si hubiera sido Abinash el que hubiera querido separarse, ¿le hubieras dejado ir sin más ni más? ¿Y no vas a hacer nada por retener a Binoy, sólo porque sea tan buen amigo tuyo?

Gora quedóse pensativo; las palabras de Anandamoyi le habían despejado el cerebro. Hasta aquel momento pensó que sacrificaba la amistad en aras del deber, pero, en

realidad, hacía todo lo contrario. Estaba dispuesto a infligir severísima penalidad en el cariño de Binoy simplemente porque no había cumplido con las exigencias de su amistad. Quiso subyugar a Binoy con la fuerza misma de esa amistad y, al no conseguirlo, se sentía ofendido.

Cuando Anandamoyi se dio cuenta de que sus palabras habían hecho mella en Gora, se levantó para marcharse, sin decir más. También Gora se puso en pie y arrancó el chal de la percha.

—¿Dónde vas? —preguntó Anandamoyi.

—A casa de Binoy.

—¿Por qué no cenas antes? Está todo dispuesto.

—Traeré a Binoy a cenar.

Anandamoyi se volvió hacia la escalera, pero se detuvo al oír subir a alguien.

—¡Aquí está Binoy! —exclamó al ver al recién llegado. Y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Binoy, hijo mío, espero que no habrás cenado.

—No, madre —contestó él.

—Entonces cenarás aquí.

Binoy se volvió a mirar a Gora y éste dijo:

—Binoy, vivirás muchos años. Ahora iba a salir hacia tu casa.

Anandamoyi sintió que su corazón se libraba de un gran peso, y salió apresuradamente, dejando solos a los dos amigos.

Ellos se sentaron. Ninguno tuvo valor de abordar el tema que les obsesionaba. Gora inició la charla, hablando de cosas indiferentes.

—¿Conoces al nuevo profesor de gimnasia que hemos contratado para los muchachos del club? ¡Es formidable!

Y siguieron en ese tono, hasta que les llamaron a cenar.

Anandamoyi no tardó en advertir que aún no habían salvado el muro que les separaba. Así, pues, al terminar, indicó:

—Binoy, es ya tan tarde que será mejor que pases aquí la noche. Mandaré aviso a tu casa.

Binoy miró a Gora interrogativamente y dijo:

—Un adagio sánscrito dice que el que ya ha cenado debiera regalarse a cuerpo de rey; por lo tanto, esta noche no saldré a la calle, sino que reposaré aquí.

Los dos amigos subieron entonces a la azotea y se sentaron en una esterilla. El cielo estaba inundado por la luna otoñal. Tenues nubecillas blancas, como momentos de somnolencia, pasaban sobre la faz de la luna y se alejaban flotando. A cada lado, hasta perderse en el horizonte, se extendían hileras de tejados de todas formas y tamaños, salpicados aquí y allá por la oscura mancha de unos árboles, como una fantasía de luces y sombras sin significado.

El reloj de una iglesia cercana dio las once. Los vendedores de helados habían enmudecido. En la calle no se advertía el menor signo de vida. De vez en cuando, se oía el ladrido de algún perro o los golpes de los cascos que un caballo descargaba sobre el suelo de madera de su establo, en la oscuridad.

Durante mucho rato, ninguno de los dos habló; pero, al fin, Binoy, tras vencer su timidez, dio rienda suelta a sus sentimientos y reveló a su amigo todo cuanto tenía en la mente:

—Mi corazón está demasiado lleno para poder contenerse, Gora. Ya sé que no te interesa saber cuáles son mis pensamientos; pero yo no descansaré hasta que te los haya revelado. No sé si es bueno o es malo; pero sé que no es cosa de juego. Sobre ello he leído mucho, y hasta ahora creía saber todo cuanto podía saberse; era como pensar en las delicias de la natación contemplando la fotografía de un lago; pero, ahora que estoy metido en el agua, no me parece tan sencillo.

Y después de esta introducción, Binoy refirió a Gora lo mejor que supo, la maravillosa experiencia que había vivido. Le parecía que los días y las noches le envolvían completamente, que en el cielo no había vacío, que todo estaba colmado de dulzura, como un panal en primavera. Todo estaba cerca, todo le conmovía, todo tenía para él un significado nuevo. Hasta entonces no supo lo tiernamente que amaba al mundo, lo hermoso que era el cielo, lo maravillosa que era la luz y lo real que era la marea de hombres que invadía las calles. Hubiera deseado hacer algo por cada una de las personas con las que se cruzaba, dedicar todas sus energías a servir al mundo, para siempre, como hacía el sol.

Su modo de hablar no daba a entender que pensara en alguien en particular, su delicadeza le impedía pronunciar nombres, e incluso dejar entrever que había nombres que pronunciar; hasta le daba reparo hablar como lo estaba haciendo. Era un atrevimiento, un insulto; pero el tema resultaba demasiado tentador para resistirse a hablar de él, en una noche como aquélla, sentado junto a su amigo, bajo el cielo silencioso.

¡Qué rostro tan maravilloso! En su frente, pura y tersa, se reflejaban con delicados matices el fulgor de la vida que ardía en su interior. ¡Qué inteligencia, qué profundidad de sentimientos se advertían en sus facciones! ¡Con qué brillo aflucía el pensamiento a sus ojos,

al sonreír! ¡Qué inefables destellos velaban aquellas pestañas! ¡Y sus manos...! Parecían hablar, ansiosas de expresar la tierna devoción que alentaba en su alma. Binoy se sentía colmado de dicha ante aquella visión, y oleadas de gozo invadían su pecho cada vez que la rememoraba.

¿Qué más maravilloso que tener el privilegio de experimentar lo que a tantos otros les es negado? ¿Acaso era aquello una locura? ¿Había en ello algún mal? Y aunque lo hubiera; ya era demasiado tarde para contener el río. Si la corriente le llevaba a la orilla, bien; pero si le arrastraba a los rápidos y se ahogaba, nada podía hacerse para remediarlo. Lo malo era que él no deseaba salvarse, como si la verdadera finalidad de la vida fuera apartarse de costumbres y tradiciones.

Gora le escuchaba en silencio. En muchas noches de luna como aquella, en medio del silencio, los dos amigos hablaron de muchas cosas —de libros, de la gente, del bienestar de los pobres, de sus planes para el futuro—, pero nunca de nada tan íntimo. Gora jamás escuchó una revelación tan auténtica ni una tan vivida expresión de la verdad más escondida del corazón humano. Siempre consideró estas cosas como tontos desahogos poéticos, pero hoy le tocaban tan de cerca que no podía seguir cerrando los ojos. Y no era eso sólo, sino que la violencia de su explosión despertaba ecos en su cerebro, aquel arrobamiento hacía vibrar todo su ser electrizándole como las chispas de un rayo. Por un instante, se descorrió el velo de una región insospechada de su corazón, y la luna de otoño iluminó aquella cámara oscura.

Hablando, no advirtieron que la luna se escondía detrás de los tejados y que por el Este aparecía una débil claridad, como la sonrisa de un niño dormido. Cuando, al fin, Binoy se sintió aligerado del peso que le oprimía, le invadió cierto rubor. Después de una pausa, continuó:

—Esto que me ha ocurrido te parecerá muy trivial. Tal vez te inspire desprecio hacia mí. Pero, ¿qué puedo hacer yo? Nunca te oculté nada, y ahora he tenido que desahogarme contigo, me comprendas o no.

—Binoy, no puedo decir que entienda esto a la perfección. Ni tú mismo lo hubieras entendido días atrás. Ni siquiera puedo negar que, ante la inmensidad de la vida, este afecto, a pesar de su pasión y efusividad, siempre me ha parecido completamente insustancial. Pero tal vez no sea así en realidad; es lo único que puedo admitir. Me ha parecido frívolo y vacío porque nunca medí su profundidad ni su contenido. No obstante, ahora no puedo tachar de falso algo que a ti te ha conmovido tan profundamente. Pero lo cierto es que si las verdades ajenas a nuestro trabajo no nos parecieran menos importantes, no habría hombre capaz de llevar a cabo su misión. Por eso Dios no confunde al hombre haciéndole ver todas las cosas con la misma claridad. Hemos de elegir por nuestros propios medios el campo al que queremos enfocar nuestra atención, y renunciar a todo lo demás; de lo contrario, nunca hallaremos la verdad. Yo no puedo rendir culto al relicario donde tú ves la imagen de la verdad; si lo hiciera, perdería la íntima verdad de mi propia vida. Hay que elegir uno u otro camino.

—Comprendo. El camino de Binoy o el camino de Gora. Yo, en busca de mi propia felicidad; tú, a sacrificarte por los demás.

Gora le interrumpió con impaciencia.

—Binoy, ¡no trates de ser epigramático! Comprendo perfectamente que en estos momentos te enfrentas a una gran verdad, con la que no se debe jugar. Tienes que entregarte a ella por entero si quieres alzarla sobre tu vida; no hay otro camino. No pido más que la mía se me ofrezca alguna vez con igual claridad. Hasta hoy te has contentado con saber del amor lo que leías en los libros; yo tengo sólo un conocimiento literario de lo que es el amor a la patria. Ahora que experimentas por ti mismo lo que es aquello, te das cuenta de la gran diferencia que existe entre los libros y la realidad. Y esa realidad te exige nada menos que todo tu universo; y no hay lugar al que puedas escapar de ella. Cuando mi amor a la patria se me aparezca tan evidente, tampoco yo tendré escapatoria; me sorberá la fortuna, la vida, la sangre y hasta la medula de los huesos; mi firmamento, mi luz, mi todo. ¡Qué maravillosa, qué diáfana será entonces la verdadera faz de mi tierra! ¡Qué agudo su dolor y qué avasalladora su alegría, sobrepujando en un momento la vida y la muerte con turbulenta inundación! Mientras te escuchaba, la he entrevisto. Esta experiencia que enriquece tu vida, también a mí me infunde nuevos ánimos. No sé si algún día podré llegar a comprender lo que sientes, pero a través de ti he podido gustar las primicias de algo que siempre anhelé conseguir.

Mientras hablaba, Gora abandonó la estera y se puso a pasear por la terraza. Las luces del alba parecían enviarle un mensaje; se sentía conmovido hasta lo más profundo de su alma, como si hubiera oído el cántico de *mantras védicas* en algún vetusto santuario de los bosques. Por un momento, se quedó inmóvil, emocionado, mientras experimentaba una sensación como si el tallo de una flor de loto le hubiera taladrado el cerebro y florecido esplendorosamente, llenando de pétalos el firmamento. Su vida, sus sentidos, su fuerza quedaron anulados por el éxtasis que le produjo su suprema belleza.

Cuando Gora volvió a la realidad, dijo súbitamente:

—Binoy, hasta ese amor tuyo vas a tener que superar. Escucha lo que te digo: no vas a poder detenerte ahí. Algún día te demostraré lo grande y verdadero que es El que me llama con irresistible fuerza. Hoy me siento lleno de una gran alegría: sé que nunca te entregaré a otras manos que no sean las Suyas.

Binoy se puso en pie y se acercó a Gora, quien, con desusado entusiasmo, le estrechó entre sus brazos y añadió:

—Hermano, nuestro destino es la muerte, una misma muerte. Los dos somos uno: nadie nos separará, ni se interpondrá en nuestro camino.

La tumultuosa emoción de Gora se transmitió en oleadas incontenibles al corazón de Binoy que, sin una palabra, se rindió totalmente a la influencia de su amigo. Pasaron juntos por la terraza, mientras, por Oriente, el cielo se teñía de rojo. Gora volvió a hablar:

—Hermano, la diosa a la que yo adoro no es bella. La encuentro donde hay pobreza y hambre, dolor y oprobio. No se le rinde culto con flores y cánticos, sino con sangre. Sin embargo, mi mayor alegría es que no ofrezca ningún elemento de simple placer; no, hay que prepararse a luchar con todas las fuerzas y a renunciar a todo. Su imagen se nos manifiesta con crudo realismo y sin paliativos, es un despertar irresistible e insoportable, cruel y terrible que pulsa con tal violencia las fibras de nuestro ser que todas las notas de la escala se quiebran en un sonido desgarrador. Cuando pienso en ello, el corazón me salta en el pecho, la alegría que siento es una alegría de hombre; es la danza de la vida de Shiva. Lo que busca el hombre es la visión de lo nuevo apareciendo en toda su belleza sobre la llameante cresta de lo viejo, que es destruido. Sobre el fondo de este cielo rojo de sangre, distingo un futuro radiante, libre de ataduras; lo estoy viendo ahora, en este amanecer; escucha, en mi pecho resuena el batir de sus tambores.

Y cogiéndole una mano a Binoy, Gora la puso sobre su corazón.

—Gora, hermano —dijo su amigo, profundamente conmovido—, siempre seré tu compañero, pero, te lo ruego, no me dejes vacilar. Como el mismo destino, arrástrame sin compasión. Los dos estamos en la misma senda, pero nuestras fuerzas no son iguales.

—Es cierto, nuestros caracteres son distintos; pero una dicha suprema nos identificará. Un amor más sublime que el que nos une el uno al otro nos dará fuerzas. Mientras este amor no sea una realidad para ambos, a cada paso habrá roces y divergencias. Sin embargo, llegará un día en que, olvidando nuestras diferencias, olvidando, incluso, nuestra amistad, podremos permanecer firmes, inmovibles en nuestro puesto, entregados totalmente a la tarea. En esa austera alegría hallaremos la verdadera culminación de nuestra amistad.

—Que así sea, Gora.

—Pero, entretanto, tendré que hacerte sufrir. Deberás soportar mi tiranía, pues no debemos considerar nuestra amistad como un fin en sí misma; no podemos deshonrarla queriendo preservarla a toda costa. Si nuestra amistad tuviera que acabar, en bien del otro amor más sublime, tendremos que resignarnos a ello; pero si puede subsistir, entonces quedará colmada.

Ambos se sobresaltaron al oír pasos que se acercaban, y al volverse, vieron que Anandamoyi había subido a la azotea. Les tomó de la mano y se los llevó hacia el dormitorio.

—¡Vamos, a la cama!

—¡No, madre, no podemos dormir ahora! —exclamaron ambos al unísono.

—¡Oh, claro que podéis! —dijo Anandamoyi obligándoles a acostarse.

Luego cerró la puerta, se sentó a la cabecera de la cama, y empezó a abanicarles.

—Por mucho que abaniques será inútil, madre. El sueño no acudirá —dijo Binoy.

—¿Que no? ¡Lo veremos! De todos modos, si me quedo no podréis volver a empezar con vuestras discusiones.

Cuando los dos se hubieron quedado dormidos, Anandamoyi salió sigilosamente de la habitación. Al bajar la escalera, encontró a Mohim que subía.

—No vayas ahora —le dijo—. Estuvieron despiertos toda la noche. Acabo de acostarles.

—¡Caramba, hay amistades que matan! —comentó Mohim—. ¿Sabes si hablaron de la boda?

—No; no lo sé.

—Tienen que haber tomado alguna decisión. ¿Cuándo despertarán? A menos que el matrimonio se celebre en seguida, pueden surgir innumerables complicaciones.

—No habrá complicaciones por dejarles dormir un poco —dijo Anandamoyi—. No tardarán muchas horas en despertar.

CAPÍTULO XVI

—¿Es que no piensas casar a Sucharita? —preguntó la señora Baroda.

Paresh Babu se mesó la barba, sin perder su apacible expresión, y preguntó con voz suave:

—¿Dónde está el novio?

—¡Pero si está prácticamente decidido que se case con Panu Babu! —exclamó su esposa—. Por lo menos eso creemos nosotras. Y la misma Sucharita lo sabe.

—No estoy seguro de que Sucharita vea a Panu Babu con buenos ojos —aventuró Paresh Babu.

—¡Estas cosas me hacen perder la paciencia! Siempre la hemos tratado como si fuera hija nuestra; pero no tiene por qué darse tanta importancia. Si un hombre educado y religioso como Panu Babu la pretende, no es cosa de despreciarle. Digas lo que quieras, mi Labonya, a pesar de ser mucho mejor parecida, nunca se negará a tomar el marido que le destinemos. Si sigues alimentando la vanidad de Sucharita, será difícil encontrar novio para ella.

Paresh Babu nunca discutía con su mujer, y menos aún acerca de Sucharita, por lo que guardó silencio.

Cuando, al nacer Satish, murió la madre de Sucharita, la niña tenía siete años. El padre, Ram-sharan Haldar, se unió al Brahma Samaj a la muerte de su esposa y, para escapar a la persecución de sus vecinos, se refugió en Dacca. Fue mientras trabajaba en la oficina de Correos cuando trabó amistad con Paresh Babu. Los dos llegaron a ser grandes amigos y desde entonces Sucharita amaba a Paresh Baba como a su propio padre. Ram-sharan Babu murió repentinamente, dejando a sus dos hijos cuanto dinero había conseguido ahorrar, y nombrando tutor a Paresh Babu. Desde entonces, los dos huérfanos vivían con la familia de Paresh Babu.

El lector ya sabe cuán acérrimo brahma era Haran. Intervenía en todas las actividades del Samaj. Maestro de la escuela nocturna, director del periódico, secretario de la escuela de niñas... en realidad, era infatigable. Todos estaban convencidos de que aquel joven llegaría muy lejos. Su fama se extendía incluso fuera del Brahma Samaj, a través de sus alumnos, por sus conocimientos de filosofía y su dominio de la lengua inglesa.

Por todas estas razones, Sucharita demostró especial respeto hacia Haran, como

hacia todos los buenos brahmos. Al instalarse la familia en Calcuta, la muchacha tuvo vivos deseos de conocerle.

En cuanto a él, no dudó en hacerla objeto de una marcada preferencia. No es que Haran declarase abiertamente estar enamorado, pero se dedicó con tal ahínco a la tarea de pulir todas las imperfecciones de la muchacha, a avivar su entusiasmo y a guiarla en todo, que resultaba evidente que deseaba hacerla digna de ser su esposa. En cuanto a Sucharita, cuando advirtió que había conquistado el corazón de aquel hombre famoso, no pudo menos que sentirse orgullosa.

Aunque no había mediado ninguna proposición de matrimonio, como todos daban por sentado que Haran se casaría con Sucharita, también ella lo aceptaba como cosa hecha, y se impuso la tarea de mostrarse, con su estudio y su trabajo, digna del hombre que había dedicado su vida al Brahma Samaj. Aquel matrimonio le parecía una pétrea fortaleza de temores y responsabilidades, una promesa, no de felicidad, sino de sacrificio, no un acontecimiento familiar, sino una hazaña histórica.

Si el matrimonio se hubiera celebrado en aquella coyuntura, cuanto menos la parte de la novia lo hubiera considerado un acierto. Por desgracia, Haran consideraba que las responsabilidades de su importante vida eran tan enormes que creyó indigno de él obrar a impulsos de la simple atracción personal. No quiso dar aquel paso sin considerar, primeramente, hasta qué punto aquel matrimonio beneficiaría al Brahma Samaj. Y con este propósito decidió poner a prueba a Sucharita.

Pero al arriesgarse a probar a los demás, uno tiene que resignarse a ser probado. Así, pues, cuando en aquella casa se le empezó a llamar con familiaridad Panu Babu, resultó imposible seguir viendo en él tan sólo al erudito en lengua inglesa y receptáculo de ciencias metafísicas, encarnación de todos los bienes del Brahma Samaj, debía vérselo también como hombre, y en ese aspecto, dejaba de ser simple objeto de reverencia para convertirse en un sujeto que puede inspirar simpatía o antipatía.

Lo extraño del caso fue que precisamente aquel aspecto, que a distancia había suscitado la reverencia de Sucharita, la impresionó desfavorablemente, visto de cerca. La forma en la que Haran se constituía en guardián y protector de todo lo bueno y hermoso del Brahma Samaj, le hacía parecer pequeño y ridículo. La actitud del hombre ante la verdad debe ser humilde. Cuando el hombre se muestra arrogante y altanero, entonces se aprecia su pequeñez. A este respecto, Sucharita no pudo menos que advertir la diferencia existente entre Paresh Babu y Haran. Mirando el rostro sereno de Paresh Babu, inmediatamente se observaba que en su interior alentaba una noble verdad. Con Haran sucedía todo lo contrario, pues su vanidad y su acometividad oscurecían todo lo demás y se manifestaban en cada una de sus frases.

Cuando, obsesionado por sus propias ideas, Haran osaba contradecir incluso a Paresh Babu, Sucharita se retorció como una serpiente herida. En aquella época, en Bengala, las gentes educadas a la inglesa no leían el *Bhagavadgita*, pero Paresh Babu solía leersele de vez en cuando a Sucharita, y ya le había terminado casi todo el *Mahabharata*.

Esto no fue aprobado por Haran, que deseaba suprimir todas aquellas lecturas de los hogares brahmos. El nunca cogía aquellos libros, en su afán por apartarse de la clase de literatura que gustaba a los ortodoxos. De entre las escrituras de todas las religiones, sólo leía la *Biblia*. El que Paresh Babu no hiciera distinciones entre lo que era brahmo y lo que no lo era, en cuestiones tales como el estudio de las escrituras y otras cosas que consideraba secundarias, era una espina clavada en el costado de Haran. Pero Sucharita no podía soportar que nadie tuviera la arrogancia de poner reparos a la conducta de Paresh Babu, ni siquiera interiormente. Y con aquel derroche de arrogancia, Haran desmerecía a los ojos de la muchacha.

Pero aunque la intransigencia de Haran la alejaba de él, ninguna de las dos partes dejaba de pensar en el matrimonio como en algo probable. En una comunidad religiosa, el hombre que se arroga un precio exagerado acaba por conseguir que todos le atribuyan el valor que él señala. Tanto era así, que ni siquiera Paresh Babu le discutía sus derechos, y como todo el mundo le consideraba como uno de los futuros pilares del Samaj, también él dio su tácito consentimiento a la idea. Lo que es más, llegó a preguntarle si Sucharita sería lo bastante buena para semejante marido; nunca se le ocurrió indagar hasta qué punto él agradaba a Sucharita.

Como nadie creyó necesario consultar la opinión de la muchacha, también ella se habituó a hacer caso omiso de sus inclinaciones. Como el resto del Brahma Samaj, dio por descontado que cuando a Haran le pareciera bien pedirla en matrimonio tenía la obligación de aceptar lo que sería el más alto deber de su vida.

Así estaban las cosas cuando Paresh Babu, al oír las ásperas frases que Sucharita intercambió con Haran en defensa de Gora, empezó a dudar de que la muchacha le respetara lo suficiente. «Tal vez exista alguna razón más profunda para sus divergencias», se dijo. Por eso, cuando Baroda volvió a hablarle del matrimonio de Sucharita, ya no mostró su antigua complacencia.

Aquel mismo día, la señora Baroda se llevó aparte a Sucharita.

—Has causado a tu padre honda preocupación.

Sucharita se sobresaltó. El solo pensamiento de haber ocasionado, aun involuntariamente, el más mínimo malestar a Paresh Babu le causaba gran aflicción. Muy pálida, preguntó:

—Pues ¿qué es lo que he hecho?

—¿Cómo voy a saberlo, querida? —replicó Baroda—. Se imagina que no te gusta Panu Babu. Prácticamente, todo el Brahma Samaj está seguro de que tu unión con él es cosa decidida, y si ahora tú...

—Pero, madre —interrumpió Sucharita, sorprendida—; nunca hablé de ello con nadie.

Tenía motivos para estar asombrada. La conducta de Haran la irritaba muchas veces, pero nunca, ni con el pensamiento, se rebeló contra la idea de casarse con él, pues, como hemos visto, se le había inculcado el principio de que su felicidad personal no contaba en absoluto.

Entonces recordó que, sin darse cuenta, se había mostrado en desacuerdo con Haran en presencia de Paresh Babu, y creyendo que ésta era la causa de la inquietud de su padre adoptivo, se sintió profundamente apenada. Nunca se había permitido protestar como lo hizo aquel día, y se prometió a sí misma que no volvería a ocurrir.

Precisamente aquella tarde, recibieron la visita de Haran. En cuanto le vio llegar, la señora Baroda se lo llevó a su habitación y le dijo:

—A propósito, Panu Babu, todos dicen que vas a casarte con nuestra Sucharita, pero aún no he oído nada de tus labios. Si tal es tu intención, ¿por qué no hablas con claridad?

Después de esto, Haran no pudo seguir callado. Comprendió que debía ir a lo seguro y hacer para siempre cautiva a Sucharita. Si sería o no útil a Brahma Samaj y si le quería o no, podría verse más adelante. Así, pues, respondió:

—Ni que decir tiene; pero esperaba que ella cumpliera los dieciocho años.

—No seas tan remilgado —dijo Baroda—. Basta con que haya cumplido los catorce^[13].

Paresh Babu observó con asombro el comportamiento de Sucharita durante el té. Hacía tiempo que no recibía a Haran con tanta cordialidad. Incluso cuando él iba ya a despedirse, le obligó a sentarse de nuevo para que pudiera admirar un nuevo bordado de Labonya.

Paresh Babu sintió gran alivio. Se dijo que estaba equivocado y sonrió para sus adentros, pensando que, con toda seguridad, la pareja tuvo una pelea de enamorados y ya se había reconciliado.

Aquella tarde, antes de marcharse, Haran pidió formalmente a Paresh Babu la mano de Sucharita, y añadió que no deseaba que la boda se retrasara demasiado.

Paresh Babu no estaba del todo convencido.

—Tú siempre has dicho —objetó— que las muchachas no debían casarse antes de los dieciocho años. Y hasta publicaste artículos en los periódicos sobre el tema.

—Eso no va con Sucharita —dijo Haran—; su inteligencia está extraordinariamente desarrollada para su edad.

—Tal vez tengas razón —contestó Paresh Babu, firme a pesar de su aparente

blandura—; pero, a menos de que existan razones especiales, debes obrar de acuerdo con tus convicciones, Panu Babu, y esperar a que cumpla su mayoría de edad.

Haran, avergonzado por haber demostrado semejante debilidad, se apresuró a rectificar:

—Desde luego; ése es mi deber. Mi propósito era no demorar los esponsales, pues deseo formalizar cuanto antes nuestras relaciones, en presencia de nuestros amigos y de Dios.

—Excelente sugerencia —aprobó Paresh Babu.

CAPÍTULO XVII

Cuando, tras haber descansado dos o tres horas, Gora se despertó y vio a Binoy durmiendo a su lado, su corazón se llenó de alegría. Sintió el alivio que experimenta el que, después de haber soñado que perdía algo precioso, al despertarse comprueba que sólo fue un sueño. Al ver a Binoy, comprendió que, de haberle abandonado, su vida habría quedado mutilada. Gora se sentía tan eufórico que no pudo menos que despertar a su amigo, sacudiéndole de un hombro, al tiempo que le fritaba:

—Vamos, tenemos trabajo.

—Todas las mañanas, Gora se dedicaba a sus obras sociales, visitando a los pobres de la vecindad. No iba a predicarles ni a socorrerles; iba, simplemente, en busca de su compañía. En realidad, estaba más estrechamente unido a aquella gente que a sus amigos de la clase educada. Todos le llamaban tío y le ofrecían una *hookah*, que reservaban exclusivamente para las personas de rango. Gora había adquirido la costumbre de fumar por el solo propósito de acercarse más a ellos.

El más entusiasta admirador de Gora era un muchacho llamado Nanda, hijo de un carpintero. Tenía veintidós años y trabajaba en el taller de su padre; hacía cajas. Era un deportista de primera clase, el mejor *bolero* del equipo de *cricket* de la localidad. Gora había formado un club para la práctica del *cricket* y otros deportes, en el que introdujo a muchachos de condición humilde, hijos de carpinteros, herreros, etc., en un plano de igualdad con los miembros más adinerados. En todos los ejercicios, Nanda era siempre el mejor. Por ello, los jóvenes de las clases elevadas estaban celosos; pero, bajo la rigurosa disciplina impuesta por Gora, tuvieron que acceder a elegir a Nanda como capitán.

Pocos días antes, Nanda se había clavado el escoplo en un pie, y dejó de concurrir al campo de *cricket*. Gora, preocupado por Binoy, no pudo interesarse por el muchacho, por lo que aquella mañana se encaminaron al barrio de los carpinteros a visitar a Nanda.

Al llegar a la puerta de la casa, oyeron llantos de mujer en el interior. Ni el padre de Nanda ni ninguno de los otros hombres de la casa estaban allí. Por un tendero de la vecindad se enteraron de que el muchacho había muerto aquella misma mañana y se acababan de llevar su cadáver al crematorio.

¡Muerto! ¡Tan sano y fuerte, tan vigoroso y bueno! ¡Y tan joven! ¡Y había muerto aquella misma mañana! Gora se quedó helado. Nanda era solamente el hijo de un pobre carpintero; entre los suyos, pocos notarían su falta, y aún por poco tiempo. Para Gora, sin embargo, la muerte de Nanda significaba una pérdida cruel e incongruente. Él sabía la inmensa vitalidad que poseía el muchacho: «hay mucha gente que vive —pensó—, pero

¿dónde encontrar tal superabundancia de vida?»

Al preguntar la causa de su muerte les dijeron que fue el tétanos. El padre hubiera querido llamar a un médico, pero la madre se empeñó en decir que Nanda estaba poseído del demonio y fue a buscar a un hechicero, el cual se pasó la noche recitando fórmulas mágicas y atormentando al enfermo con hierros candentes. Al principio, Nanda pidió que informaran a Gora; pero, temiendo que éste mandara llamar al médico, la madre de Nanda no envió el recado.

—¡Qué estupidez y qué terrible castigo! —musitó Binoy cuando dejaron la casa.

—No intentes consolarte tachándolo de estupidez y manteniéndote al margen. Si tuvieras una clara visión de lo enorme que es la estupidez de esta gente y del alcance del castigo, no podrías desechar el asunto con una simple exclamación de dolor.

Gora apretaba el paso a medida que aumentaba su excitación y Binoy, sin decir palabra, se esforzaba en seguirle. Tras un breve silencio, Gora prosiguió, bruscamente:

—Binoy, no puedo consentir que la cosa termine aquí. El tormento infligido a Nanda por ese charlatán me tortura, y tortura a todo mi país. No puedo considerarlo como un hecho intrascendente o aislado.

Como Binoy siguiera sin responder, Gora rugió:

—Binoy, ¡sé perfectamente lo que estás pensando! Que no hay remedio o que está muy lejos. Pero yo no puedo pensar de ese modo. Si hubiera podido pensar así, no estaría vivo. Sea cual sea la enfermedad que aqueja a mi país, por grave que sea, tiene remedio, y el remedio está en mi mano. Y porque lo creo así puedo soportar la visión del dolor, la desesperación y la iniquidad que hay a mi alrededor.

—Me falta valor para conservar mi fe intacta ante tanta desdicha.

—Nunca llegaré a creer que las desdichas sean eternas. El pensamiento y la voluntad de todo el universo las atacan desde dentro y desde fuera. Binoy, una y mil veces te he de pedir que ni en sueños creas imposible el que la India alcance la libertad. Con la firme convicción de que ha de obtenerla, hemos de mantenernos siempre dispuestos. Tú quisieras echarte a descansar, tan tranquilo, con la vaga idea de que en el momento propicio se iniciará la lucha. Yo digo que la lucha ha empezado ya y no cesa en ningún momento. Y seríamos unos cobardes si no nos mostrásemos ansiosos y vigilantes.

—Mira, Gora, entre tú y el resto de nosotros veo esta diferencia: nuestros sucesos cotidianos parecen conmoverte cada vez con renovada violencia, incluso aquellas cosas que vienen sucediendo desde tiempo inmemorial. Para nosotros, en cambio, son tan naturales como el aire que respiramos; no nos empujan ni a la esperanza ni a la desesperación, ni al abatimiento ni a la euforia. Nuestros días van deslizándose vacíos, y, en medio de los acontecimientos que nos envuelven, no conseguimos comprender ni al país ni a nosotros

mismos.

De pronto, Gora enrojeció violentamente y las venas de la frente se le hincharon bruscamente. Apretó los puños con fuerza y echó a correr detrás de un hombre que conducía un coche tirado por dos caballos.

—¡Alto! ¡Detente! —gritó con una voz que resonó en toda la calle, sobresaltando a los transeúntes. El babu bengalí, gordo y peripuesto, que conducía el lujoso carruaje, volvió la cabeza un momento y luego tras fustigar a los briosos animales, desapareció.

Un viejo cocinero musulmán, con un voluminoso cesto de provisiones en la cabeza, destinado sin duda a algún cliente europeo, cruzaba la calle en el preciso instante en que iba a pasar el presumido babu. Éste le gritó que se apartara, pero el viejo era sordo y poco le faltó para ser atropellado. El hombre logró ponerse a salvo, pero dio un traspies y el contenido del cesto —frutas, verduras, huevos y mantequilla— quedó esparcido en el arroyo. El del coche, enfurecido, se revolvió en su asiento y le gritó: «¡Maldito cerdo!», al tiempo que le golpeaba con el látigo, haciéndole sangrar.

—¡Alá! ¡Alá! —suspiró el viejo mientras, mansamente, recogía todo del suelo.

Gora, volviendo sobre sus pasos, se puso a ayudarlo. El pobre cocinero estaba abrumado al ver a aquel elegante caballero tomarse tantas molestias, y le dijo:

—¿Por qué haces eso, babu? Ninguna de estas cosas se puede aprovechar.

Gora sabía que no ayudaba en nada, y que tan sólo conseguía cohibir al pobre hombre, pero deseaba demostrar a los circunstantes que por lo menos un caballero se esforzaba por remediar el daño causado por la brutalidad de otro, dándose por insultado.

Cuando el cesto estuvo lleno, Gora dijo:

—La pérdida es demasiado fuerte para ti. Ven a nuestra casa y te resarciré. Pero oye lo que te digo: Alá no te perdona que sufras semejante insulto sin una palabra de protesta.

—Alá castigará al que obró mal —contestó el musulmán—. ¿Por qué había de castigarme a mí?

—El que se somete al mal obra mal, también, pues es causa de toda la maldad que hay en la tierra. Tal vez no me comprendas, pero recuerda que la religión no consiste simplemente en ser piadoso; con eso sólo se consigue dar aliento al malvado. Vuestro Mahoma lo supo comprender así, y por eso no fue por el mundo predicando sumisión.

Como la casa de Gora quedaba bastante apartada, llevaron al hombre a la de Binoy. Plantándose ante el escritorio, Gora ordenó:

—Saca el dinero.

—Aguarda un momento. Necesito la llave.

Pero Gora había ya tira del cajón, con impaciencia, y la cerradura no resistió. Lo primero que apareció fue una fotografía de la familia de Paresh Babu, que Binoy había conseguido por mediación de su joven amigo Satish. Gora entregó al viejo una cantidad adecuada y le despidió. De la fotografía no dijo ni una palabra y, viéndole tan silencioso, Binoy ni quiso tocar el tema, aunque se hubiera quedado tan tranquilo si hubiera hablado de ello con Gora.

—Bueno. Me voy —dijo bruscamente.

—¡Muy amable! ¡Te vas! ¿No sabes que madre me invitó a desayunar? ¡Yo también me voy!

Salieron juntos de la casa. Durante todo el camino, Gora no dijo ni una palabra. La fotografía le había recordado que la corriente que atravesaba el corazón de Binoy le llevaba en dirección opuesta a la que él quería seguir.

Binoy comprendía la causa de aquel silencio, pero no se atrevía a franquear la barrera tras la que se encerraba Gora, porque sabía que allí se encontraba el verdadero obstáculo para su amistad.

Al llegar a la casa, encontraron a Mohim en la puerta.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó al ver a los dos amigos—. Creí que, después de haber pasado la noche en blanco, estarías durmiendo en algún callejón. Pero es tarde. Ve a tomar tu baño, Binoy.

Y, habiéndose deshecho de él, se volvió hacia Gora y le dijo:

—Mira, Gora, tienes que pensar seriamente en el asunto de que te hablé. Aunque Binoy no sea todo lo ortodoxo que tú quisieras, ¿dónde hallaríamos a otro mejor? No basta con asegurarse de la ortodoxia; hay que buscar también buena educación. Reconozco que educación y ortodoxia no caen muy bien desde el punto de vista de nuestras escrituras; pero tampoco puede decirse que sean incompatibles. Si tuvieras una hija, estoy seguro de que serías de mi misma opinión.

—Está bien, *Dada* —contestó Gora—. No creo que Binoy tenga inconveniente.

—Pero ¿qué estás diciendo? —exclamó Mohim—. ¡Como si tuviera importancia el que Binoy ponga o no inconvenientes! Lo que temo es lo que opines tú. Me doy por satisfecho con que formules a Binoy la petición con tus propios labios. Si no da resultado, dejémoslo correr.

—Lo haré —prometió Gora.

Por lo que Mohim pensó que no restaba ya más que encargar el banquete.

En la primera oportunidad, Gora dijo a Binoy.

—*Dada* empieza a presionar fuertemente para que te cases con Sasi. ¿Qué dices a ello?

—Dime antes qué te parece a ti.

—Que no sería mala idea.

—¡Pero si siempre opinaste lo contrario! ¿Acaso no convinimos en que ninguno de los dos se casaría? Creí que era cosa decidida.

—Bueno, convengamos ahora en que te casas tú y yo no.

—¿Por qué? ¿Por qué fijar distintas metas para una misma peregrinación?

—Es precisamente por mi temor de que pueda haber distintas metas por lo que sugiero esta solución. A algunos hombres, Dios los pone en el mundo cargados de lastre, mientras otros pueden moverse con deliciosa ingravidez. Si unces juntas a esas dos clases de criaturas, tendrás que poner más peso a una que a la otra para equilibrar sus fuerzas. Nosotros sólo podremos marchar a compás cuando tú tengas que arrastra el peso del matrimonio.

—De acuerdo —sonrió Binoy—. Pon todo el peso de este lado. Pues ¡no faltaba más!

—Y por lo que se refiere a la carga en sí. ¿Tienes algún inconveniente?

—Puesto que es de cargar de lo que se trata, ¿qué más da piedra que ladrillos?

No escapaba a Binoy cuál era la verdadera razón por la que Gora apoyaba aquel matrimonio; aquella ansiedad de su amigo por rescatarle de un posible compromiso con las muchachas de Paresh Babu le divertía.

Invirtieron la tarde en una larga siesta, para recuperar el sueño perdido la noche anterior. No volvieron a hablar hasta que cayeron las primeras sombras de la noche y salieron nuevamente a la azotea.

—Quisiera decirte una cosa, Gora —dijo Binoy mirando al cielo—. Me parece que en nuestro amor a este país existe una grave imperfección. Sólo pensamos en la mitad de la India.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Consideramos a la India como tierra de hombres; no pensamos para nada en las mujeres.

—Eres igual que los ingleses, quisieras ver mujeres en todas partes: dentro de casa y fuera de ella; en la tierra, en el agua y en el aire; en la mesa, en las diversiones y en el trabajo. Entonces en tus apreciaciones las mujeres acabarían por eclipsar a los hombres y tu perspectiva seguiría siendo incompleta.

—No, no —respondió Binoy—. No puedes desechar mi razonamiento de ese modo. ¿Por qué compararme con los ingleses? Lo que yo digo es que no ponemos a las mujeres de nuestra tierra en el lugar que les corresponde. Por ejemplo, estoy seguro de que tú ni por un momento pensaste en ellas; para ti, como si no existieran. Mientras pienses de este modo, no podrás dar con la verdad.

—Desde el momento en que vi y conocí a mi madre, vi y conocí a todas las mujeres de nuestra tierra, y supe el lugar que deben ocupar.

—Con esas frases tratas de engañarte a ti mismo. No se puede decir que se conoce a las mujeres porque uno se haya familiarizado con ellas viéndolas trabajar en la casa. Sé que sólo conseguiré ponerte furioso si me atrevo a comparar a la sociedad inglesa con la nuestra; tampoco deseo hacerlo, ni pretendo saber con exactitud la forma en que nuestras mujeres deberían mostrarse en público, para no rebasar los límites de la corrección; lo que sostengo es que mientras nuestras mujeres sigan escondidas detrás del *purdah*, nuestro país será para nosotros una verdad a medias y no podrá ganarse todo nuestro amor y devoción.

—Así como el tiempo tiene dos aspectos, el día y la noche, también la sociedad tiene sus dos secciones, hombre y mujer. En una sociedad natural, la mujer permanece oculta a nuestra mirada, como la noche, trabajando en silencio, entre bastidores. Cuando la sociedad degenera, la noche usurpa el puesto del día, y trabajo y frivolidad se prolongan con luz artificial. ¿Y cuál es el resultado? El secreto laborar de la noche cesa, la fatiga aumenta progresivamente, la recuperación se hace imposible y el hombre recurre a la intoxicación para poder seguir adelante. Si tratamos de hacer salir a nuestras mujeres a trabajar en las cosas exteriores, su labor callada se verá entorpecida, la paz y felicidad de la sociedad serán destruidas y en su lugar reinará el frenesí. A primera vista, este frenesí puede parecer potencia, pero es una potencia que lleva a la ruina. De los dos aspectos de la sociedad, el hombre es el patente; si intentas sacar a la superficie la fuerza latente que es la mujer, entonces la sociedad tendrá que vivir de su capital y no tardará en estar en quiebra. Yo digo que si nosotros, los hombres, asistimos a la fiesta mientras las mujeres guardan las provisiones, la fiesta será un éxito completo, aunque ellas permanezcan invisibles. Sólo los atolondrados pueden desear invertir todas sus fuerzas en la misma dirección y en la misma forma.

—Gora, no deseo discutir lo que dices; pero tampoco tú has demostrado que fuera falso mi argumento. La cuestión en sí es...

—Mira, Binoy —le interrumpió Gora—, si seguimos con esto acabaremos peleando.

Confieso que las mujeres no se han proyectado en mi mente con la misma fuerza con que se han proyectado en la tuya recientemente. No conseguirás hacerme pensar en ellas del mismo modo en que piensas tú. Por el momento, pues, acordemos discrepar.

Gora descartó el tema; pero una semilla desechada puede también caer al suelo y esperar el momento propicio para germinar. Hasta aquel momento, había excluido de su campo visual a las mujeres y nunca se le ocurrió pensar que en su vida faltase algo. Hoy, la exaltación de Binoy le había recordado su existencia y su influjo en la sociedad. Pero como no sabía con exactitud cuál era su sitio ni su finalidad, no deseaba prolongar aquella discusión. No conseguía dominar el tema ni descartarlo por inútil; por eso prefería no hablar de él.

Aquella noche, cuando Binoy se despidió, Anandamoyi le llamó a su habitación y le dijo:

—¿Se ha decidido ya tu matrimonio con Sasi?

Binoy se echó a reír, ligeramente turbado.

—Sí, madre. Gora ha hecho de casamentero.

—Sasi es una buena muchacha; pero no cometas ninguna niñería, Binoy. Te conozco, hijo. Has tomado una decisión precipitada porque no sabías qué hacer. Piénsalo bien. Eres ya lo bastante mayor para juzgar por ti mismo: no decidas una cosa tan grave sin consultar tus verdaderos sentimientos.

Mientras hablaba, le golpeó ligeramente en su hombro. Él se alejó lentamente, sin responder.

CAPÍTULO XVIII

Binoy meditó las palabras de Anandamoyi. Nunca desatendía sus consejos, ni en las cosas más insignificantes; y durante toda la noche se sintió oprimido por un gran pesar.

A la mañana siguiente, sintióse relevado de toda obligación, pues había pagado, al fin, un precio adecuado por la amistad de Gora. Sintió que aquel compromiso contraído de por vida le daba derecho a tomarse ciertas libertades en otros aspectos. Su compromiso matrimonial le eximía para siempre de la infundada sospecha de que fuera a abandonar la ortodoxia para casarse con una mujer brahmo. De este modo, Binoy empezó a hacer sin el menor escrúpulo constantes visitas a la casa de Paresb Babu. Nunca le resultó difícil sentirse como en su casa cuando estaba rodeado de personas de su agrado. Vencidas las dudas que sintiera en un principio a causa de Gora, no tardó en ser considerado por los de la casa como de la familia.

En un principio, Lolita se levantó en armas contra Binoy, pero sólo mientras creyó que Sucharita se sentía atraída por el muchacho. Cuando vio claramente que ella no albergaba tiernos sentimientos hacia él, dejó de mostrarse huraña y admitió de buen grado que Binoy era muy simpático.

Ni siquiera Haran le demostraba antagonismo; al contrario, parecía deseoso de subrayar el hecho de que Binoy sabía lo que eran buenos modales, para dar a entender que Gora no lo sabía. Y como Binoy no litigaba con él, táctica en la que le secundaba Sucharita, nunca dio motivo para que se turbara la paz a la hora del té.

Pero, cuando Haran no estaba presente. Sucharita instaba a Binoy a exponer sus opiniones sobre cuestiones sociales. La muchacha no se explicaba que dos personas educadas, como Gora y Binoy, justificaran las antiguas supersticiones del país. De no conocerlos personalmente, sus puntos de vista no la habrían intrigado; los hubiera rechazado con desdén; pero conociendo a Gora eso era imposible. Y siempre que surgía la oportunidad, ella llevaba la conversación hacia las opiniones y forma de vida de Gora y, con sus preguntas y objeciones, ahondaba más y más en el tema. Paresb Babu consideraba útil para Sucharita el que la muchacha conociera las opiniones de todas las sectas, y no temía que aquellas conversaciones le apartaran de sus creencias.

En cierta ocasión, Sucharita preguntó:

—Dime, ¿es que Gourmohan Babu cree realmente en la casta, o sólo dice creer en ella por amor al país?

—Tú admites que una escalera ha de tener peldaños, ¿verdad? Y no te importa que

unos tengan que ser más altos que otros.

—No me importa; porque tengo que subirlos. Pero en terreno llano no los admitiría.

—Exactamente —dijo Binoy—. La escalera, que es la sociedad, tiene por objeto permitir que los hombres alcancen las alturas, donde se encuentra su meta. Si considerásemos a la sociedad, o al mundo en sí, como nuestro objetivo, entonces no habría necesidad de admitir todas esas diferencias, entonces el concepto europeo de la sociedad, atropellarse unos a otros para ocupar el máximo espacio posible, sería asimismo bueno para nosotros.

—Temo no acabe de comprenderte —objetó Sucharita—. Lo que yo pregunto es esto: ¿Insinúas que el fin por el que según dices, se crearon las castas en nuestra sociedad ha sido alcanzado?

—En este mundo, no resulta fácil afirmar que se ha alcanzado un fin. La India ofreció una gran solución al problema social, y esta solución es el sistema de castas, que en estos momentos sigue desarrollándose ante los ojos del mundo. Europa todavía no ha podido ofrecer nada mejor. Allí, la sociedad es una lucha incesante. La sociedad humana espera todavía ver el resultado de la solución ofrecida por la India.

—Te ruego que no te enfades —dijo Sucharita con timidez—. Pero dime, ¿estás repitiendo las opiniones de Gourmohan Babu o crees realmente todo eso?

—A decir verdad, no tengo la convicción de Gora. Cuando veo los defectos de nuestra sociedad y los abusos que se cometen bajo nuestro sistema de castas, no puedo menos que expresar mis dudas. Pero dice Gora que la duda es sólo el resultado de querer ver con demasiado detalle las cosas grandes; ver en las ramas despedazadas y las hojas muertas lo esencial del árbol es, simplemente, el resultado de la impaciencia intelectual. Dice Gora que no pide alabanza para las ramas mustias; lo que él quiere es que miremos al árbol en sí y tratemos de comprender su finalidad.

—Dejemos a un lado las ramas muertas —dijo Sucharita—; no me negarás que tenemos derecho a considerar los frutos. ¿Qué fruto ha dado la casta a nuestro país?

—Lo que tú llamas el fruto de la casta no es eso sólo; es el resultado de la totalidad de las condiciones de vida. Si quieres morder con un diente que se mueve, sientes dolor; pero no echas la culpa a toda la dentadura, sino al hecho de que uno de los dientes se mueve. Porque nos hayan atacado, por diferentes causas, la enfermedad y la debilidad, lo único que se nos ocurre hacer es deformar el ideal de la India y no dejarlo fructificar. Es por eso por lo que Gora nos exhorta a mantenernos sanos y fuertes.

—Muy bien. Entonces consideras al brahmán como una especie de divinidad. ¿Crees realmente que el polvo de sus pies purifica?

—¿Acaso no es creación nuestra la mayor parte de la pleitesía que rendimos en este

mundo? ¿Hubiera sido poca cosa para la sociedad si hubiéramos conseguido crear verdaderos brahmanes? Queremos hombres divinos, superhombres, y los tendremos, si sabemos desearlos con toda nuestra fuerza. Pero si los deseamos de mentirijillas, tendremos que contentarnos con ensuciar la tierra con granujas que saben de todas las maldades y a los que nosotros mismos permitimos que se ganen la vida sacudiendo sobre nuestras cabezas el polvo de sus pies.

—Pero ¿se encuentran en algún sitio esos superhombres de los que tú hablas?

—Se encuentran en lo más íntimo del corazón de la India, de la misma forma en que el árbol se encuentra en la semilla. Otros países desean generales como Wellington, científicos como Newton o millonarios como Rotschild; el nuestro desea al brahmán, al brahmán que no conoce el miedo, que odia la avaricia, que alivia las penas y que no repara en las pérdidas; el ser que está unido al Ser Supremo. La India desea al brahmán de mente firme, libre y despejada. Cuando lo tenga alcanzará la libertad. Ni inclinamos la frente ante reyes porque sean reyes ni nos sentamos al yugo de los opresores porque les tengamos miedo. No; nuestras cabezas se inclinan porque nos sentimos atrapados en las redes de nuestra codicia. Somos esclavos de nuestra insensatez. No queremos que nadie luche ni comercie por nosotros ni se afane por procurarnos bienes materiales.

Paresh Babu se había limitado a escuchar, pero, en este momento, dijo:

—Yo no puedo decir que conozca la India; y, desde luego, no sé qué es lo que la India quiere ni si lo ha conseguido nunca... Pero ¿se puede volver atrás? Hemos de luchar por lo que nos puede ofrecer el presente. ¿Qué objeto tiene alargar los brazos en vana llamada al pasado?

—A menudo he pensado y hablado como vos —dijo Binoy—; pero, como dice Gora, ¿podemos abandonar este pasado, dándolo por muerto? Está siempre con nosotros; pues nada que haya sido verdad puede alejarse.

—La forma en que tu amigo habla de estas cosas no es la misma en que habla el pueblo —objetó Sucharita—. ¿Cómo podemos, pues, estar seguros de que habláis en nombre del país?

—No vayas a creer que mi amigo es de los que se ufanan de ser estrictos hindúes. Él observa el íntimo significado del hinduismo, y de tal modo que nunca se le ha ocurrido considerar que la vida de un verdadero hindú sea tan baladí que se contamine al más ligero contacto y se rompa si es tratada con brutalidad.

—No obstante —sonrió Sucharita—, me pareció bastante escrupuloso por lo que respecta al contacto.

—Estos escrúpulos son característicos. Cuando alguien le interroga, contesta: «Sí; creo firmemente que la casta puede perderse mediante el contacto, que ciertos alimentos hacen perder la pureza...; todo es verdad.» Pero yo sé bien que esto no es más que su

dogmatismo. Cuanto más absurdas parecen sus opiniones, tanto más firmemente las expresa. Insiste en que es indispensable una rígida y estricta observancia de todas las reglas, pues teme que si cediera en los puntos de poca importancia los necios podrían creerse con derecho a quebrantar los más vitales, o los adversarios ufanarse de una victoria. Por eso no quiere aflojar, ni siquiera conmigo.

—También entre los brahmos hay muchos como él —dijo Paresh Babu—. Quieren romper completamente con el hinduismo, por temor que los de fuera caigan en el error de creer que disculpan sus malas costumbres. Para esa gente resulta difícil llevar una vida natural, pues o simulan o exageran, y creen que la verdad es tan frágil que es un deber protegerla con la fuerza o con el engaño. Son los fanáticos cuya obsesión es: «La verdad depende de mí. Yo no dependo de la verdad.» Por lo que a mí respecta, ruego a Dios que me permita ser siempre un sencillo y humilde seguidor de la verdad, ya sea en un templo brahmo ya en una capilla hindú; que no haya obstáculo externo que me impida seguirla.

Pronunciadas estas palabras, Paresh Babu guardó silencio un rato, como dejando reposar a su mente en lo más profundo de su ser.

Aquellas últimas palabras parecieron elevar el tono de la conversación; no por las palabras en sí, sino por la paz que emanaba del anciano. Los rostros de Lolita y Sucharita resplandecían de veneración. Tampoco Binoy sintió deseos de decir más. Comprendía que Gora era arbitrario; aquella paz simple y confiada que envuelve los pensamientos, palabras y actos de los que poseen la verdad, no se hallaba en Gora. Y, al oír hablar a Paresh Babu, Binoy se sintió apesadumbrado.

Aquella noche, cuando Sucharita se había ya acostado, Lolita fue a sentarse en el borde de su cama. Sucharita comprendió que Lolita estaba preocupada por algo y que Binoy no era ajeno a ello. Así, pues, para darle pie, empezó:

—Realmente, Binoy Babu me agrada muchísimo.

—Será porque siempre está hablando de Gourmohan Babu —observó Lolita.

Aunque Sucharita comprendió la intención de estas palabras, prefirió no darse por enterada y dijo, con aire de inocencia:

—Es verdad. Me divierte enormemente oír de sus labios las opiniones de Gourmohan Babu. Casi me da la sensación de que es a éste a quien estoy oyendo.

—¡Pues a mí no me divierte en absoluto! —exclamó Lolita airadamente—. ¡Me pone furiosa!

—¿Por qué? —preguntó Sucharita, sorprendida.

—Siempre Gora, Gora y Gora, un día y otro. Tal vez su amigo Gora sea un gran hombre, pero ¿no lo es él, también?

—Es verdad; pero no creo que su afecto le impida serlo.

—Su amigo le ha eclipsado de tal modo que Binoy Babu no tiene ninguna oportunidad para salir a la luz. Es como si una cucaracha se hubiera tragado a un mosquito; me subleva que el mosquito se deje coger, y no por eso respeto más a la cucaracha.

Sucharita, a la que la furia de Lolita divertía extraordinariamente, no hizo ningún comentario y se limitó a echarse a reír.

—Ríete, si quieres, *Didi* —prosiguió Lolita—, pero te aseguro que si alguien intentara hacerme sombra a mí, no lo aguantaría ni un solo momento. Tú misma, por ejemplo, digan lo que digan, nunca has querido relegarme a segundo lugar; no va con tu carácter, y por eso te tengo tanto cariño. En realidad es una lección que hemos aprendido de nuestro padre; él tiene para cada uno un lugar.

Las dos muchachas eran, de toda la casa, las que más admiraban a Paresh Babu. A la sola mención de la palabra padre parecía esponjarseles el corazón.

—¡Vaya idea! ¡Comparar a nadie con nuestro padre! —exclamó Sucharita—. Pero digas lo que digas, Binoy Babu habla divinamente.

—Pero mujer, ¿no comprendes que tus ideas suenan tan bien precisamente porque no son tuyas? Si hablara de lo que él piensa realmente sus palabras serían sencillas y sensatas; no sonarían a cosa prefabricada, y me gustaría mucho más.

—Y ¿por qué enfadarse, querida? Eso sólo quiere decir que ha hecho tuyas las ideas de Gourmohan Babu.

—Si fuera verdad sería horroroso. ¿Es que Dios nos ha dotado de inteligencia para que esponjemos las ideas ajenas y de boca para que repitamos las frases de los demás?

—¿No te das cuenta de que es porque Binoy Babu quiere tantísimo a Gourmohan Babu por lo que han llegado a pensar de la misma forma?

—¡No, no, no! —exclamó Lolita—. No es eso lo que ha ocurrido. Simplemente, Binoy Babu ha adquirido la costumbre de repetir todo lo que dice Gourmohan Babu. Esto no es amistad, es esclavitud. Quiere engañarse diciéndose que tiene las mismas opiniones de su amigo. Y cuando entre dos personas existe un gran cariño pueden ir juntas sin estar de acuerdo, uno puede rendirse con los ojos abiertos. ¿Por qué no admite que acepta las opiniones de Gourmohan Babu porque le quiere? ¿Acaso no es evidente? Con sinceridad, *Didi*, ¿no lo crees tú así?

Sucharita nunca había pensado en ello. Toda su curiosidad se centraba en Gora y nunca sintió el deseo de estudiar a Binoy por separado. Por lo que, sin dar una respuesta directa a la pregunta de Lolita, dijo:

—Bien. Supongamos que tienes razón. ¿Qué se puede hacer?

—Me gustaría desatar esos lazos y librarle de su amigo.

—¿Por qué no lo intentas?

—Yo no podría hacer gran cosa; pero si tú te lo propusieras sería distinto.

Sucharita no ignoraba que había adquirido cierto ascendiente sobre Binoy, pero trató de tomarlo a broma. Lolita continuó:

—Lo único que me gusta de él es la forma en que lucha por sustraerse al control de Gourmohan Babu desde que siente tu influencia. Otro cualquiera, en su lugar, hubiera empezado a escribir una comedia contra las muchachas brahmo; pero él conserva un criterio amplio, como lo demuestran sus atenciones hacia ti y su respeto hacia nuestro padre. Tenemos que tratar de ayudarle a mantenerse sobre sus propios pies. Es insoportable pensar que viva tan sólo para predicar las opiniones de su amigo.

En aquel momento, entró Satish en la habitación, gritando:

—¡*Didi!* ¡*Didi!*

Binoy le había llevado al circo y, a pesar de que era ya tarde, Satish no pudo contener su entusiasmo por el espectáculo, presenciado por primera vez en su vida. Después de describir cuanto había visto, dijo:

—Hubiera querido convencer a Binoy Babu para que pasase la noche aquí, pero después de entrar en casa, volvió a marcharse, despidiéndose hasta mañana. *Didi*, le dije que un día tendría que llevaros a vosotras.

—¿Y qué te contestó él? —preguntó Lolita.

—Que las chicas se asustan de los tigres. Pero yo no me asusté —y Satish arqueó el pecho con orgullo.

—¡Vaya!, ¿eso dijo? —comentó Lolita—. Ya sé la clase de valiente que es tu amigo, Binoy Babu. Oye, *Didi*, hemos de obligarle a que nos lleve al circo.

—Mañana dan función de tarde —dijo Satish.

—¡Magnífico! Iremos mañana —decidió Lolita.

Al día siguiente, cuando llegó Binoy, ella exclamó.

—Llegas a tiempo, Binoy Babu. Vámonos.

—¿Dónde? —preguntó él, sorprendido.

—Al circo, naturalmente.

¡Al circo! ¡Sentarse delante de todo el mundo, a la luz del día, rodeado de mujeres! Binoy estaba petrificado.

—Supongo que Gourmohan Babu se enfadará, ¿verdad? —prosiguió Lolita.

Binoy se puso en guardia.

—Gourmohan Babu tiene opiniones muy claras respecto a acompañar a las muchachas al circo, ¿no es cierto? —insistió Lolita.

Él repuso con firmeza:

—Desde luego, las tiene.

—Haznos una exposición de ellas, te lo ruego. Voy en busca de mi hermana para que pueda oírlas también.

Binoy sintió el alfilerazo, pero se echó a reír.

—¿De qué te ríes, Binoy Babu? —continuó Lolita—. Ayer dijiste a Satish que las chicas tienen miedo de los tigres. ¿Tú no tienes nunca miedo de nadie?

Después de esto, no tuvo más remedio que acompañarlas al circo. Y no fue lo peor: mientras se dirigían hacia allí, le sobró tiempo para reflexionar sobre el concepto que debía de merecer no sólo a Lolita, sino a las demás muchachas de la casa, a causa de sus relaciones con Gora.

Cuando a los pocos días, Lolita volvió a ver a Binoy, le preguntó, con aire de inocente curiosidad:

—¿Hablaste con Gourmohan Babu de nuestra visita al circo?

Esta vez, la pregunta le hirió visiblemente, haciéndole sonrojarse.

—No; todavía no —respondió con expresión dolorida.

CAPÍTULO XIX

Una mañana, mientras Gora estaba trabajando, Binoy se presentó inesperadamente y le dijo con brusquedad:

—La otra tarde llevé al circo a las hijas de Paresh Babu.

—Eso me han dicho —contestó Gora, sin dejar de escribir.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Binoy con asombro.

—Abinash os vio —repuso Gora, y siguió escribiendo sin añadir ningún comentario.

Que Gora se hubiera enterado y precisamente por Abinash, que no había regateado adornos de su propia cosecha, hizo que se despertaran los viejos instintos de Binoy, para avergonzarle. Al mismo tiempo, recordó que la noche anterior no pudo conciliar el sueño hasta muy tarde por haber estado peleándose mentalmente con Lolita. «Lolita se imagina que temo a Gora como un colegial a su maestro. ¡Qué injustos somos al juzgarnos unos a otros! Es cierto que respeto a Gora por sus extraordinarias cualidades, pero no del modo que cree ella. Es injusta con él y conmigo. ¡Ni que yo fuera un niño y Gora mi preceptor!»

Gora seguía escribiendo, y Binoy volvió a recordar las dos o tres intencionadas preguntas que le disparara Lolita. No conseguía apartarlas de su pensamiento. De pronto, en su corazón se irguió un sentimiento de rebeldía. «¿Qué hay de malo en haber ido al circo? —pensó—. ¿Quién es Abinash para hablar de mis cosas con Gora? ¿Y por qué consiente Gora que ese idiota discuta mis actos? ¿Es Gora mi guardián, para que tenga que rendirle cuentas de dónde voy y con quién? Esto es un insulto para nuestra amistad.»

Binoy no se hubiera mostrado tan indignado con Gora y Abinash si no hubiera descubierto en aquel momento su propia cobardía. Trataba de culpar a su amigo para tranquilizar su conciencia. Si Gora le hubiese dicho unas cuantas frases duras, los dos amigos hubieran quedado al mismo nivel y Binoy se habría consolado. Pero el solemne silencio de Gora le hacía sentirse como el reo ante su juez. Y eso hacía que el recuerdo de las hirientes palabras de Lolita le escociera más aún.

En aquel momento, entró Mohim en la habitación, con su *hookah* en la mano, y, después de ofrecer a Binoy la cajita del *pan*, dijo:

—Binoy, hijo, por nuestra parte todo está arreglado. Ahora, si tu tío da su consentimiento, todos nos sentiremos tranquilos. ¿Le has escrito ya?

Aquel día, a Binoy le resultó desagradable que le hablaran de su matrimonio. Desde luego, sabía que Mohim no tenía la culpa, ya que Gora le había dado a entender que él estaba de acuerdo, pero se sentía malhumorado por haber dado el consentimiento. Anandamoyi, prácticamente, trató de disuadirle; y tampoco su futura esposa le atraía. ¿Cómo pudo tomar semejante decisión en medio de aquel caos? No podía decirse que Gora le hubiese apremiado, pues si Binoy hubiera puesto el menor reparo, Gora nunca le habría forzado, y, no obstante, ¿por qué...? Aquel no obstante le hizo volver a sentir el aguijón de las palabras de Lolita. En realidad, no había sucedido nada; pero el completo ascendiente adquirido por Gora sobre él a lo largo de los años se le aparecía más tangible que nunca. Binoy se acostumbró a aquel ascendiente, pues su carácter, afectuoso y complaciente, no le dejaba rebelarse. Y así la amistad fue cediendo paso a la sumisión. Binoy se acababa de percatar de ello. ¡Y por eso debía casarse con Sasi!

—No; aún no he escrito a mi tío —fue su respuesta a la pregunta de Mohim.

—La culpa es sólo mía —dijo Mohim—. A mí es a quien corresponde escribir la carta. ¿Cuál es el nombre completo de tu tío, hijo?

—¿Por qué tienes tanta prisa? En los meses de *aswin* y *kartik* no pueden celebrarse bodas. En *aghran*... Aunque tampoco va a poder ser en *aghran*; es un mes nefasto para mi familia, y nunca celebramos ceremonias durante este mes.

Mohim dejó su *hookah* en un rincón, apoyada en la pared, y dijo:

—Mira, Binoy, si tienes que hacer caso de todas esas supersticiones, ¿de qué te sirve haber sido educado a la moderna? En este desgraciado país resulta ya bastante difícil encontrar días faustos en el calendario para que cada familia tenga que consultar su historia particular.

—En tal caso, ¿por qué descartas tú los meses de *aswin* y *kartik*? —preguntó Binoy.

—Personalmente no tengo nada contra ellos. Pero, ¿qué puedo hacer? En esta tierra nuestra, aunque no honras a Dios no te ocurre nada; pero si no observas las reglas que se refieren a los meses de *bhadra*, *aswin* y *kartik*, a los jueves y sábados y a determinadas fases de la luna, no se te permite ni entrar en tu casa. Y te confieso que aunque diga que todo esto me parece una tontería, cuando no me rijo por el calendario me siento incómodo; nuestro ambiente favorece a la propagación del miedo de igual forma que favorece a la propagación de la malaria. Y no puedo sustraerme a esa sensación.

—Lo mismo ocurre en mi familia. No pueden vencer el miedo que les inspira *aghran*. Por lo menos mi tía se opondría.

Así consiguió Binoy demorar el asunto, cuando menos por el momento, y Mohim, desconcertado, se retiró.

Al oír las excusas, Gora adivinó que su amigo empezaba a vacilar. Hacía varios días

que no aparecía por allí, y Gora sospechaba que sus visitas a Paresb Babu eran más frecuentes que nunca. Y ahora, que Binoy trataba de aplazar el hablar de matrimonio, Gora empezó a sentirse realmente inquieto. Así, pues, soltando la pluma, dijo:

—Binoy, ¿por qué, después de dar tu palabra a mi hermano, quieres sumirle en ese mar de innecesarias confusiones?

En un arrebato de mal humor, Binoy le contestó, con aspereza:

—¿Di mi palabra o me fue arrancada?

Este inesperado exabrupto cogió a Gora desprevenido.

—¿Quién te la arrancó, si puede saberse? —preguntó con voz dura y cortante.

—¡Tú!

—¿Yo? ¡Pero si apenas te dije media docena de palabras! ¿Llamas a eso arrancar una promesa?

En realidad, Binoy no tenía pruebas muy convincentes de su acusación; lo que Gora afirmaba era cierto: intercambiaron poquísimas frases, y no podía decirse que le hubiera presionado mucho. Pero, no obstante, en cierto modo, Gora le había robado su consentimiento. Cuanto más pequeña es la prueba aparente, tanto más insistente se pone el acusador.

Y Binoy, con injustificada violencia, dijo:

—¡No son necesarias muchas palabras para extraer una promesa!

—¡Te devuelvo tu palabra! —vociferó Gora poniéndose en pie—. Tu promesa no vale tanto como para inducirme a robarla o a implorarla. ¡*Dada!* —aulló entonces a Mohim, que se encontraba en la habitación contigua y que entró precipitadamente—. *Dada*, ¿no te dije en un principio que el matrimonio entre Binoy y Sasi era imposible? ¿Que yo no lo aprobaba?

—Desde luego; lo dijiste. Muy propio de ti. ¡Cualquier otro tío hubiera demostrado más interés en el matrimonio de su sobrina!

—¿Por qué recurriste a mí para obtener el consentimiento de Binoy?

—Sencillamente, creí que era el mejor medio para conseguirlo —contestó Mohim con voz lastimera.

Gora enrojeció.

—Te suplico que me dejes al margen de todo esto. No soy ningún casamentero profesional; tengo otras cosas que hacer.

Y con estas palabras salió de la habitación.

Antes de que el infortunado Mohim pudiese volver a la carga, Binoy estaba ya en la calle. A Mohim no le quedaba más consuelo que su *hookah*, que recogió del rincón donde la había depositado.

Binoy había tenido muchas peleas con Gora, pero ninguna tan volcánica como aquella, y en los primeros momentos quedó aterrado ante el resultado de su obra. Cuando llegó a su casa, sentía como si su conciencia estuviera atravesada por dardos. Al pensar en el golpe que en aquel breve momento había asestado a su amigo, perdió el apetito y el sueño; estaba arrepentido de la injusticia con que le había acusado.

«¡Hice mal! ¡Hice mal!», se repetía a sí mismo.

Aquel mismo día, en el preciso momento en que Anandamoyi se sentaba a coser, terminada su comida, compareció Binoy y se sentó a su lado. Ella sabía por Mohim algo de lo ocurrido y, al ver la cara de Gora a la hora de la comida, comprendió que había habido temporal.

—Madre —dijo Binoy—, he obrado mal. Lo que esta mañana dije a Gora sobre mi matrimonio con Sasi fue una insensatez.

—Binoy, esas cosas han de suceder irremediablemente cuando te empeñas en ahogar el dolor que te atormenta el espíritu. Y me alegro de que haya ocurrido. Dentro de poco ninguno de los dos se acordará de la pelea.

—Pero, madre, quiero que sepas que no tengo inconveniente en casarme con Sasi.

—Criatura, no empeores las cosas por querer hacer las paces precipitadamente. El matrimonio es para toda la vida, y las peleas no duran más que una temporada.

Sin embargo, Binoy no podía aceptar aquel consejo.

Fue en busca de Mohim, y le comunicó que no había ya ningún obstáculo para el matrimonio, el cual podría celebrarse al cabo de cuatro meses, y que él se ocuparía de que su tío no pusiera inconvenientes.

—¿Quieres que celebremos la ceremonia del compromiso inmediatamente?

—De acuerdo. Prepara lo necesario, cuando hayas hablado con Gora.

—¿Qué? ¿Consultar con Gora otra vez? —se lamentó Mohim, irritado.

—Sí, sí; es absolutamente indispensable.

—Bueno, si no hay más remedio... Pero...

Mohim se cerró él mismo la boca, llenándosela de *pan*.

Aquel día no dijo nada, pero a la mañana siguiente, entró en la habitación de Gora, temiendo tener que luchar fieramente para obtener de nuevo su consentimiento. Pero en el mismo instante en que le comunicó que Binoy le había hablado la tarde anterior de sus deseos de casarse con Sasi y había dicho que le pidiera consejo sobre la ceremonia de los esponsales, Gora expresó inmediatamente su aprobación, diciendo:

—¡Bien! ¡Que se celebren los esponsales en buena hora!

—Te veo muy complaciente; pero, por lo que más quieras, no vuelvas a poner inconvenientes.

—No fue el haber puesto inconvenientes, sino el haber formulado la petición que provocó el desacuerdo —dijo Gora.

—Conforme —dijo Mohim—; entonces te suplico humildemente que no pongas inconvenientes ni formules más peticiones. Ya procuraré arreglarme yo solo. ¿Cómo iba a saber que tu petición iba a ser tan contraproducente? Lo único que quisiera saber es si realmente deseas que se celebre la boda.

—Sí; lo deseo.

—Entonces, con el deseo es suficiente; y no vuelvas a mezclarte en el asunto.

CAPÍTULO XX

Gora llegó a la conclusión de que sería difícil mantener a raya a Binoy si no le vigilaba de cerca, allí donde se encontraba el peligro. El mejor medio para impedir que Binoy se descarriase sería visitar con frecuencia a Paresh Babu. Así, pues, al día siguiente a la pelea se fue a casa de Binoy.

El que Gora fuese a verle tan pronto era más de lo que Binoy se hubiera atrevido a esperar, y se quedó tan asombrado como complacido. Su asombro fue en aumento cuando Gora se puso a hablar de las hijas de Paresh Babu sin el menor signo de hostilidad hacia ellas. No era necesario esforzarse mucho para despertar el interés de Binoy por el tema, y los dos amigos debatieron sobre él desde todos los ángulos, hasta bien entrada la noche.

Al dirigirse hacia su casa, Gora seguía pensando en lo mismo, y mientras estuvo despierto le fue imposible alejar de su mente aquellos pensamientos. Nunca hasta entonces experimentó tal perturbación en su cabeza; en realidad, las mujeres no fueron para él objeto de meditación. Binoy acababa de demostrarle que ellas eran una parte del problema del mundo que debía resolverse de una u otra forma, pero que en modo alguno podía desecharse.

Así, pues, cuando, al día siguiente, Binoy le dijo: «Acompáñame a casa de Paresh Babu. Siempre me pregunta por ti», accedió inmediatamente. Y no con la indiferencia que antaño demostrara. Al principio, ni Sucharita ni las hijas de Paresh Babu atrajeron su atención; luego, despertaron en él un sentimiento de desdeñosa antipatía, pero desde la noche anterior sentía verdadero interés por conocerlas. Deseaba descubrir cuál era la causa que tanto había influido en el corazón de Binoy.

Había oscurecido ya cuando llegaron a la casa. En el salón del piso superior, Haran estaba leyendo a Paresh Babu, a la luz de una lámpara de sobremesa, uno de sus artículos en inglés. Su verdadero propósito, sin embargo, no era informar a Paresh Babu, sino impresionar a Sucharita. Ella escuchaba en silencio, desde un extremo de la mesa, protegiéndose los ojos de la luz de la lámpara con un abanico de palma. Hacía todos los posibles por prestar atención, pero de vez en cuando no podía evitar distraerse.

Cuando el criado anunció la llegada de Binoy y de Gora, ella se dispuso a salir inmediatamente de la habitación, pero Paresh Babu la detuvo, diciendo:

—¿Dónde vas, Radha? Son nuestros amigos.

Sucharita volvió a sentarse, algo confusa, pero contenta de que la lectura del fatigoso artículo de Haran quedara interrumpida. La idea de volver a ver a Gora la excitaba,

pero el que Haran estuviera presente le hacía sentirse violenta, no sabía si por el temor de que volvieran a discutir, o por otra causa.

El solo nombre de Gora puso a Haran en vilo. No se dignó apenas corresponder a su saludo y, luego, permaneció silencioso y malhumorado. En cuanto a Gora, en el preciso instante en que vio a Haran, sintió que se despertaban todos sus instintos batalladores.

La señora Baroda había salido de visita con sus tres hijas, y Paresh Babu debía ir a buscarlas. Cuando llegaron Gora y Binoy estaba ya a punto de marcharse, por lo que encomendó a Haran y a Sucharita la misión de atender a los visitantes; y se fue, después de susurrar que procuraría estar de vuelta lo antes posible.

Al momento, se inició una reñida batalla. El tema que se debatía era el siguiente: Vivía cerca de Calcuta cierto magistrado de distrito llamado Brownlow, con el que Paresh Babu trabó amistad en Dacca. Tanto el magistrado como su esposa demostraron siempre gran aprecio hacia Paresh Babu porque no tenía a su mujer y a sus hijas sometidas al *zenana*. Anualmente, con motivo de su cumpleaños, el *sahib* solía organizar una feria. Desde hacía algún tiempo, la señora Baroda visitaba con cierta frecuencia a la esposa del magistrado. Como sea que, en sus visitas, según su costumbre, no regateaba elogios al talento de sus hijas y a su afición por la literatura inglesa, la *mem-sahib* propuso, entusiasmada, que, dado que el gobernador y su esposa iban a asistir a las fiestas de aquel año, las hijas de Paresh Babu podrían representar alguna comedia corta en inglés. Baroda aceptó la idea encantada, y aquella tarde llevó a sus hijas a casa de una amiga para que ensayaran. Cuando le preguntaron si asistiría a la fiesta, Gora respondió con un rotundo «¡No!», a lo que siguió una acalorada discusión sobre ingleses y bengalíes y sus mutuas relaciones.

—La culpa es de los nuestros —afirmó Haran—. Tenemos tantas supersticiones y malas costumbres que no somos dignos.

—Aunque eso fuera verdad; por muy indignos que seamos, debería darnos vergüenza mendigar la amistad de los ingleses.

—Pero las personas realmente dignas son recibidas con el mayor respeto. Por ejemplo, estos amigos.

—Esa clase de respeto hacia determinadas personas, que sólo sirve para acentuar la humillación que se inflige a los demás, a mi modo de ver no es más que un insulto.

Haran se puso fuera de sí, y Gora continuó hostigándole hasta que lo tuvo a su merced.

Entretanto, Sucharita no apartaba los ojos de Gora. Las palabras que oía no hacían mella en su cerebro. Si se hubiera dado cuenta de que le estaba mirando con tanta atención, se habría sentido confusa, pero se había olvidado de sí misma. Él estaba sentado frente a ella, apoyado en la mesa, con sus poderosos brazos extendidos hacia delante. La luz de la

lámpara daba de lleno en su amplia y blanca frente, mientras reía con desdén o fruncía el ceño con enojo. Pero en su rostro había un reflejo de dignidad que demostraba que no se recreaba en un simple juego de palabras, sino que sus opiniones eran fruto de muchos años de reflexión. Y no hablaba tan sólo con la voz; su expresión y todos los movimientos de su cuerpo subrayaban sus palabras con profunda certeza. Sucharita se sentía subyugada. Le parecía que, por primera vez en su vida, se hallaba frente a un hombre de verdad, imposible de confundir con los hombres vulgares. A su lado, Haran Babu parecía tan insignificante que sus facciones, sus gestos y hasta el traje que llevaba resultaban ridículos. Sucharita había hablado tantas veces de Gora con Binoy que había llegado a considerarle, simplemente, como el líder de un partido especial, con opiniones muy marcadas que, en el mejor de los casos, tal vez pudiera hacer algún bien al país. Ahora, mirándole a la cara, veía, no sus opiniones ni su posible utilidad para la India, sino a Gora, al hombre. Por primera vez en su vida veía lo que era un hombre y lo que era el alma de un hombre y, ante el gozo que le produjo aquel descubrimiento, se olvidó de sí misma.

El encantamiento de Sucharita no pasó desapercibido a Haran, quien, en consecuencia, no conseguía concentrarse por completo en la discusión. Al fin, levantándose con impaciencia, dijo a la muchacha, con la familiaridad de un pariente cercano.

—Sucharita, ¿quieres venir un momento? Tengo que hablarte.

Sucharita se encogió como si la hubieran golpeado, pues aunque Haran fuera recibido en la casa con la mayor cordialidad y tal vez en cualquier otro momento su brusquedad no la hubiera molestado, el oírse interpelada así en presencia de Gora y de Binoy, le produjo el efecto de un insulto, especialmente al observar la rápida mirada que le dirigió Gora, que daba a entender que él consideraba las palabras de Haran como una ofensa imperdonable. Al principio, la muchacha hizo como si no le hubiera oído. Entonces, Haran, enojado, repitió:

—¿No me has oído, Sucharita? Tengo que hablarte. Haz el favor de venir conmigo a la habitación de al lado un momento.

—Espera a que vuelva mi padre —replicó Sucharita sin mirarle—; entonces podrás decirme lo que sea.

—Me temo que estemos estorbado —dijo Binoy—. Nos vamos.

—No, Binoy Babu —dijo Sucharita precipitadamente—. No podéis marcharos tan pronto. Mi padre dijo que le esperaseis. Ya no puede tardar mucho.

En su voz había tal nota de ansiedad que se hubiera dicho que era un cervatillo al que amenazaban con entregarle a un cazador.

Haran salió de la habitación dando grandes zancadas.

—Yo no puedo esperar más. Tengo que marcharme —dijo.

Una vez en la calle, se arrepintió de su impetuosidad; pero no pudo encontrar ninguna excusa para volver.

Sucharita, roja de vergüenza, bajó la cabeza, sin saber qué hacer ni qué decir.

Fue entonces cuando Gora tuvo ocasión de estudiar su rostro. ¿Dónde estaban la presunción y el descaro que él asociara siempre con las muchachas educadas? Sí, su expresión era de viva inteligencia, pero dulcificada por la modestia y la timidez. Su frente era pura e inmaculada como el cielo de otoño; sus labios, callados, parecían un tierno capullo en el que estaban impresas las suaves curvas de la palabra no pronunciada. Gora nunca había mirado de cerca el traje de una mujer moderna. Lo condenó sin verlo. Pero, en aquel momento, el nuevo *sari* que envolvía la figura de Sucharita le pareció admirable.

La muchacha tenía una mano descansando sobre la mesa. Aquella mano, que asomaba a la fruncida manga de su corpiño, fue, a los ojos de Gora, como el gracioso mensaje de un corazón amigo. A la suave luz de la lámpara que envolvía a Sucharita, toda la habitación, con sus sombras, los cuadros de las paredes y su sobrio mobiliario, le pareció de pronto la imagen del hogar embellecido por los hábiles toques de una mano de mujer.

Poco a poco, bajo su mirada, la muchacha fue cobrando realidad y vida propia, desde los rebeldes rizos que se escapaban de su sien, hasta el borde del *sari*. La vio, al mismo tiempo, completa y en detalle.

Durante un rato, todos observaron un violento silencio; luego, Binoy, dirigiéndose a Sucharita, volvió sobre cierta discusión que habían tenido días atrás.

—Como te decía el otro día —empezó—, hubo un tiempo en que creía que no quedaba la menor esperanza para nuestro país ni para nuestra sociedad, que siempre se nos consideraría menores de edad, y a los ingleses, tutores nuestros. Ésta es aún la opinión de la mayoría de nuestros compatriotas. Con este criterio, la gente o se mantiene sumergida en su egoísmo, o permanece indiferente a su destino. En cierto momento, pensé seriamente en solicitar un cargo oficial valiéndome de la influencia de que goza el padre de Gora. Pero Gora, con sus protestas, me hizo recobrar el sentido.

Y Gora, al ver que Sucharita hacía un leve gesto de extrañeza, añadió, por su parte:

—No creas que mis palabras nacieran de tu sentimiento de odio contra el Gobierno. Pero, por regla general, los que trabajan para él acaban por sentirse tan orgullosos de la fuerza del Gobierno que cualquiera diría que es la suya, y tienden a formar una clase aparte del resto de sus compatriotas. Y esta tendencia se manifiesta cada día con mayor claridad. Yo tengo un pariente que fue magistrado-delegado. El magistrado del distrito solía censurarle: «Babu, ¿por qué absuelve tu tribunal a tanta gente?» Y él contestaba: «Existe un buen motivo para ello, *sahib*: aquellos a quienes tú condenas a ir a la cárcel no son para ti más que gatos o perros; pero los que yo tengo que condenar son hermanos míos.» En aquel tiempo había muchos compatriotas capaces de decir tan nobles palabras, y tampoco faltaban los ingleses que supieran escucharlas; pero hoy a los funcionarios se les ha subido

el poder a la cabeza, y los magistrados-delegados han llegado a considerar a sus compatriotas poco menos que como perros. Y la experiencia nos enseña que cuanto más ascienden en el servicio peores se vuelven. Quien se coloca sobre los hombros de otras personas, tiene que mirarlas con condescendencia, y en el mismo momento en que las considere inferiores a él, empezará a ser injusto. Y esto no puede traer consigo nada bueno.

Y descargó sobre la mesa tal puñetazo que hizo temblar la lámpara.

—Gora —sonrió Binoy—, la mesa no es propiedad del Gobierno, y la lámpara pertenece a Pares Babu.

Gora soltó una sonora carcajada que llenó la casa, y Sucharita se sintió agradablemente sorprendida, al comprobar que aquel hombre sabía reírse con la alegría de un chiquillo aun de un chiste hecho a costa suya. A Sucharita nunca se le había ocurrido que los hombres de grandes ideas pudieran reír con alegría.

Aquella noche, Gora habló de muchos temas y aunque Sucharita permanecía callada, se observaba en su rostro tan calurosa aprobación que él se enardecía más y más. Al fin, dijo, dirigiéndose especialmente a la muchacha.

—Recuerda esto: si creemos que porque los ingleses sean fuertes nosotros nunca podremos llegar a serlo a menos que les imitemos en todo, no iremos a ninguna parte; sólo te pido una cosa: penetra en la India, acepta de ella todo lo bueno y todo lo malo. Si hallas males, trata de curarlos desde dentro; pero contémploslos con tus propios ojos, compéndelos, piensa en ellos, identifícate con quienes los padecen. Si te mantienes en actitud de oposición, imbuida de ideas cristianas, mirándolos desde fuera, nunca los comprenderás; herirás sin conseguir ningún bien.

Gora llamaba a esto una petición; pero más parecía una orden. Eran tan impetuosas sus palabras que no admitían réplica.

Sucharita le escuchaba con la cabeza inclinada y el corazón palpitante al verse interpelada con tanta vehemencia. Poniendo a un lado su timidez, preguntó con sencilla modestia:

—Nunca pensé de ese modo. Pero quisiera preguntarte una cosa: ¿Cuál es la relación entre patria y religión? ¿Es que la religión no va más allá de la patria?

Esta pregunta, en aquella voz suave y bien timbrada, sonó dulce en los oídos de Gora, y la expresión con que le miró Sucharita la dulcificó más todavía.

—Aquello que es más grande que la patria sólo puede revelárenos a través de ella. Dios ha manifestado su naturaleza única y eterna en distintas formas. Pero quienes dicen que la verdad es una y, por consiguiente, sólo hay una religión verdadera, aceptan tan sólo esta verdad, es decir: que la verdad es ilimitada. La unidad infinita se manifiesta en la multiplicidad infinita. Yo te aseguro que verás el sol en el claro cielo de la India; por lo

tanto, no tienes necesidad de cruzar el océano para contemplarlo desde el ventanal de una iglesia cristiana.

—¿Quieres decir que para la India existe un camino especial que lleva hasta Dios? ¿En qué consiste su especialidad?

—Consiste en esto: Está reconocido que el Ser Supremo, del que no existe definición, se manifiesta dentro de ciertos límites; todas las cosas, grandes y pequeñas, sutiles y groseras, son de Él. Él tiene todos los atributos y, al mismo tiempo, carece de atributo; todas las formas y carece de forma. En otros países se ha intentado confinar a Dios dentro de una sola definición. También en la India, ¡qué duda cabe!, se ha intentado comprender a Dios en uno u otro de sus aspectos especiales, pero tales intentos nunca han sido considerados como definitivos, ni a ninguno se ha atribuido la exclusiva de la verdad. No ha habido apóstol que no reconociera que Dios, por ser infinito llega más lejos de los límites dentro de los que él, personalmente, le coloca.

—El sabio apóstol tal vez lo reconozca, pero ¿y los demás? —preguntó Sucharita.

—Yo siempre he afirmado que, en todos los países, los ignorantes tergiversan la verdad —repuso Gora.

—Pero, ¿es que en nuestro país la tergiversación no llega más lejos que en ningún otro? —insistió Sucharita.

—Tal vez. Pero eso es sólo porque la India ha querido admitir plenamente los dos aspectos opuestos: lo útil y lo grosero, lo interno y lo externo, el espíritu y la materia, para que aquellos que no alcancen a comprender el aspecto sutil puedan quedarse con el grosero, que, reformado por su ignorancia, acaba en horribles monstruosidades. De todos modos, no debemos desgajarnos de esa forma grande, variada y maravillosa en que la India ha tratado de encontrar la única verdad, en lo temporal y en lo espiritual, desde todos los puntos de vista, con formas y sin ellas, con los sentidos y con el entendimiento; ni cometer la insensatez de aceptar, en su lugar, como única religión, ese combinado de teísmo y ateísmo árido, estrecho e insustancial preparado por la Europa del siglo dieciocho.

Sucharita permaneció sumida en sus pensamientos y, al verla callada, Gora prosiguió:

—Por favor, no me tomes por un fanático, ni mucho menos por uno de esos que de repente se convierten a la ortodoxia; mis palabras no van con ellos. Mi espíritu está en éxtasis ante esa unidad profunda y grandiosa que he descubierto bajo todas las manifestaciones y las luchas de la India, y esto me impide caer en el polvo donde se encuentran mis compatriotas más pobres e ignorantes. Algunos comprenderán este mensaje y otros no; pero eso no importa, ni me impide sentirme fundido con mi patria y con su pueblo; y no me cabe la menor duda de que en el interior de todos ellos nuestro espíritu va trabajando, secreta pero constantemente.

Las palabras de Gora, pronunciadas en su voz recia y profunda, parecían vibrar en las paredes y en los muebles de la habitación. No eran aquéllas palabras que Sucharita pudiera comprender plenamente; pero se sentía sobrecogida y acongojada al vislumbrar que la vida no puede encerrarse dentro del marco de la familia o de una secta.

No hablaron más, pues de la escalera llegaba ruido de risas y carreras. Paresh Babu volvía con sus hijas, y Sudhir les estaba haciendo objeto de algunas de sus bromas.

Al ver a Gora, Lolita y Satish recobraron su compostura y se quedaron en la habitación, pero Labonya salió precipitadamente. Satish se acercó a Binoy y empezó a cuchichearle cosas al oído; Lolita se sentó detrás de Sucharita, en la semioscuridad.

A continuación, entró Paresh Babu.

—Me he retrasado —dijo—. Panu Babu se ha marchado, por lo que veo.

Como Sucharita no respondiera, Binoy explicó:

—Sí; no pudo quedarse.

Gora se levantó y haciendo a Paresh Babu una respetuosa reverencia, dijo:

—También nosotros tenemos que irnos.

—No hemos podido hablar mucho —dijo Paresh Babu—. Confío que vengas a vernos de vez en cuando, si tienes tiempo para ello.

Cuando Gora y Binoy iban a salir de la habitación, llegó la señora Baroda.

—Pero, ¿es que ya os vais? —exclamó.

—Sí —respondió Gora secamente.

Pero Baroda se volvió hacia Binoy y le dijo:

—Binoy Babu, no puedes marchar; tienes que quedarte a cenar con nosotros. Deseo hablar contigo.

Al oír la invitación, Satish saltó de alegría y, cogiendo la mano de Binoy, exclamó:

—¡Sí, sí, que se quede, que se quede! No dejes que se marche, madre. Y esta noche tiene que dormir conmigo.

Al ver que Binoy vacilaba, Baroda se volvió hacia Gora y le dijo:

—¿Tienes que llevarte a Binoy Babu? ¿Lo necesitas para algo urgente?

—No, no; para nada en absoluto —se apresuró a decir Gora—. Binoy, quédate; yo me marcho.

Y salió rápidamente.

Cuando la señora Baroda pidió consentimiento a Gora, Binoy no pudo evitar lanzar una mirada furtiva a Lolita, la cual volvió el rostro sonriendo. Binoy no podía darse por ofendido por aquellas pequeñas burlas de Lolita y, no obstante, le herían como alfilerazos. Cuando se hubo sentado de nuevo, Lolita le dijo:

—Binoy Babu, más te hubiera valido escapar.

—¿Por qué?

—Mi madre está tramando colocarte en una situación comprometida —explicó Lolita—. Nos falta un actor para la función de cumpleaños del magistrado, y madre se ha propuesto que tú llenes el vacío.

—¡Cielos! —exclamó Binoy—. Eso es imposible.

—Ya le advertí a madre que no podrías —rió Lolita—. Le dije que tu amigo nunca te permitiría tomar parte en la comedia.

Binoy se encogió bajo el golpe y dijo:

—No se trata de discutir la opinión de mi amigo; no he actuado nunca. ¿Por qué elegirme a mí, precisamente?

—¿Y nosotras? —se lamentó Lolita—. ¿Crees que nos hemos pasado la vida en un escenario?

En aquel momento volvió a entrar la señora Baroda, y Lolita le dijo:

—Madre, será inútil que trates de convencer a Binoy Babu para que tome parte en la comedia, a menos que antes consigas la autorización de su amigo...

—No hay por qué mezclar en esto a mi amigo —interrumpió Binoy, angustiado—. Sencillamente, no sé hacer teatro.

—No te preocupes por eso —exclamó Baroda—. Ya aprenderás. ¿Es que no eres capaz de hacer lo que pueden hacer ellas? ¡Tonterías!

Y a Binoy no le quedó ninguna escapatoria.

CAPÍTULO XXI

Al salir de la casa, Gora no echó a andar a su tren acostumbrado y, en lugar de dirigirse directamente hacia su casa, fue a pasear por la orilla del río. Por aquel entonces, el Ganges no había sido infectado por la avaricia del comercio. Ni circulaban trenes por su orilla, ni lo cruzaban puentes, ni, en las noches de invierno, el hollín empañaba el aliento de la populosa ciudad. Entonces el río traía su mensaje de paz desde las immaculadas cumbres del lejano Himalaya hasta el mismo corazón de la polvorienta Calcuta.

La naturaleza nunca había encontrado la oportunidad de atraer la atención de Gora, pues éste estaba siempre absorto en sus propios pensamientos, y no advertía del mundo que le rodeaba sino aquello que era para él objeto de inquietud.

En cambio, aquella noche, el mensaje que le enviaba el firmamento desde su estrellada oscuridad, conmovió su corazón con toda una gama de suaves notas. El río parecía dormido. Las luces de las barcas amarradas a los embarcaderos parpadeaban, ahuyentando la oscuridad, concentrada en el denso follaje de los árboles que poblaban la orilla opuesta. En lo alto, el planeta Júpiter, conciencia de la noche en perpetua vigilancia, montaba la guardia.

Hasta entonces, Gora había vivido aislado en su mundo de pensamiento y acción. ¿Qué era lo que le había sucedido de pronto? Estableció contacto con la naturaleza y, al momento, las negras y tranquilas aguas del río, las calladas y densas orillas y el cielo infinito le daban la bienvenida. Aquella noche se sentía rendido a las insinuaciones de la naturaleza.

Desde el jardín de la casa de un comerciante, situada en el paseo, le llegaba la fragancia de una exótica enredadera que apaciguaba el tumulto de su corazón. El río le invitaba a alejarse de aquel mundo de incesante trabajo, hacia una región oscura e inexplorada, situada a orillas de aguas desconocidas, en la que los árboles daban maravillosas flores y proyectaban sombras misteriosas; donde, bajo un cielo purísimo, los días eran como la mirada franca de unos ojos muy despiertos y las noches como la sombra que la turbación hace temblar bajo el velo de unas pestañas.

Una vorágine de dulzura envolvía a Gora y parecía arrastrarle hacia profundidades desconocidas. Todo su ser estaba invadido, a un mismo tiempo, por oleadas de gozo y zozobra. Aquella noche de otoño, en la orilla del río, olvidándose por completo de sí mismo, en sus ojos, la pálida luz de las estrellas y en sus oídos, el apagado murmullo de los ruidos de la ciudad, tuvo la sensación de hallarse en posesión del velado y huidizo misterio que impregna al universo. Puesto que, hasta entonces, Gora no rindió tributo a la naturaleza, ahora ella tomaba venganza envolviéndole en sus redes mágicas y atándole

estrechamente a la tierra, al agua y al cielo, lejos de sus preocupaciones cotidianas.

Desconcertado por su propio estado, se sentó en la desierta escalera que bajaba hasta el desembarcadero. Una y otra vez se preguntaba a qué se debía aquella repentina revelación, cuál era su significado, qué efecto podría tener sobre el plan de vida trazado. ¿Era algo que él debía combatir y vencer?

Apretó los puños belicosamente; pero en aquel mismo instante recordó unos ojos hechiceros que le miraban inquisitivamente, unos ojos en los que se reflejaban una sincera modestia y una brillante inteligencia, creyó sentir el contacto de unas manos suaves y delicadas. Una dicha inefable le conmovió hasta lo más hondo, y todas sus preguntas y celos se disiparon instantáneamente por efecto de aquella experiencia vivida en la oscuridad. Y Gora no encontraba el momento de marcharse de allí, por miedo a perderla.

Cuando volvió a su casa, Anandamoyi le preguntó:

—¿Por qué llegas tan tarde, hijo? La cena está fría.

—¡Oh, no sé, madre! Estuve en el río.

—¿Con Binoy?

—No; solo.

Anandamoyi quedó asombrada. Era la primera vez que Gora iba al Ganges a meditar. No era propio de él pensar en silencio. Anandamoyi no dejaba de observarle, mientras él comía, distraído, y no se le escapó la expresión de desasosiego y excitación que había en sus facciones. Después de una pausa, le preguntó suavemente:

—Supongo que habrás ido a ver a Binoy.

—No; esta tarde hemos coincidido en casa de Pares Babu.

Esto dio que pensar a Anandamoyi. Al cabo de un rato, se aventuró a hacer preguntas.

—¿Has conocido a toda la familia?

—Sí.

—Me imagino que esas muchachas no tienen inconveniente en dejarse ver de todo el mundo.

—No; ninguno.

En otro tiempo, hubiera subrayado enfáticamente su respuesta. La suavidad de su

tono dejó muy pensativa a Anandamoyi.

A la mañana siguiente, Gora no realizó los preparativos para el trabajo de la jornada con su acostumbrada rapidez. Se quedó un buen rato mirando por la ventana de su dormitorio, orientada hacia el Este. Al final del sendero, al otro lado de la calle en la que éste desembocaba, se levantaba una escuela. En el jardín había un árbol de los llamados *jambolan*, sobre cuyo follaje flotaba un tenue velillo de bruma que filtraba los rojos rayos del sol. Pero a poco, la bruma se fundió y brillantes saetas de luz taladraron la maraña de hojas como relucientes bayonetas, mientras la calle se iba llenando de gente y de ruido.

De pronto, la mirada de Gora tropezó con Abinash y algunos condiscípulos de éste que subían por la senda en dirección a la casa. Haciendo un esfuerzo, Gora salió de su abstracción. «¡No, no puede ser!», se dijo a sí mismo con una furia que le aturdió, lanzándose fuera de la habitación.

Se reprochaba amargamente no estar dispuesto para recibir a sus colegas, cosa insólita. Decidió no volver a casa de Pares Babu y buscar el medio de no pensar más en aquella familia, aunque para ello tuviera que dejar de ver a Binoy durante algún tiempo.

En el curso de la conversación que sostuvo con sus amigos, se decidió hacer una marcha a lo largo de la carretera principal. No llevarían consigo ningún dinero, y se acogerían a la hospitalidad que se les brindara por el camino.

Una vez tomada la decisión, Gora desplegó un entusiasmo desbordante. Se apoderó de él una gran alegría, al pensar que de aquel modo escapaba a toda tentación. Sentía como si la sola idea de aquella aventura le librara de las redes en las que se había prendido. Como niño que sale de la escuela, Gora salió de su casa poco menos que corriendo para preparar el viaje, mientras se decía que sólo en el trabajo estaba la verdad y que aquellos sentimientos que le abrumaban no eran sino ilusión.

En el preciso instante en que Krishnadayal entraba en casa, transportando un recipiente lleno de las sagradas aguas del Ganges envuelto en un chal en el que figuraban inscritos los nombres de todos los dioses y recitando sagradas *mantras*, salía Gora, que, en su apresuramiento, tropezó con él. Desolado, Gora se inclinó inmediatamente a tocarle los pies en señal de contrición; pero Krishnadayal retrocedió, rehuyendo su contacto, y murmurando: «Es igual, es igual», se alejó a toda prisa. Aquel encuentro con Gora había destruido todos los méritos adquiridos con el baño matutino.

Gora no advirtió que los escrúpulos de Krishnadayal tenía por objeto evitar todo contacto con él; supuso que la remilgada actitud de su padre estaba motivada por su manía de evitar el contacto con todo el mundo. ¿Acaso no se alejaba de su misma esposa, Anandamoyi, como si fuera una mujer sin casta, y ni siquiera veía a Mohim, que andaba siempre tan atareado? La única persona de la familia que se acercaba a él era su nieta Sasi, a la que obligaba a aprender de memoria textos sánscritos y le enseñaba todos los sagrados ritos.

Así, pues, cuando Krishnadayal retrocedió ante él, Gora se limitó a sonreír mentalmente. Las manías de su padre le habían alejado de él hasta tal punto que, a pesar de que no aprobaba las poco ortodoxas costumbres de Anandamoyi, había depositado todo su cariño en su madre.

Después de desayunar, Gora, colgándose un hatillo de ropa a la espalda, al modo de los viajeros ingleses, fue al encuentro de Anandamoyi y le dijo:

—Desearía marcharme por unos cuantos días. Dame tu permiso.

—¿Adónde vas, hijo?

—Ni yo mismo lo sé.

—¿Negocios?

—No, madre. El objeto de mi viaje es el viaje en sí.

Como Anandamoyi permaneciera callada, Gora suplicó con vehemencia:

—Madre, no me niegues tu consentimiento. Me conoces bien. No tengas miedo de que me haga asceta y me quede para siempre por esos caminos. No podría mantenerme lejos de ti durante muchos días. Lo sabes, ¿verdad?

Nunca había expresado su cariño con tan claras palabras, por lo que, de pronto, se sintió confuso.

Anandamoyi, aunque complacida interiormente, no dejó de advertir su turbación, y le dijo, para hacerle recobrar el aplomo:

—Binoy va contigo, ¿verdad?

—¡Muy propio de ti, madre! Sin Binoy a su lado para protegerle, alguien podría raptar a tu Gora. Binoy no viene conmigo, y yo me propongo curarte de esa fe supersticiosa que has depositado en él volviendo sano y salvo incluso sin su protección.

—Pero me darás noticias tuyas de vez en cuando, ¿no es cierto?

—Será mejor que te hagas a la idea de que no vas a recibir ninguna noticia; así, si la recibes, te llevarás mayor alegría. Nadie va a robarte a tu Gora, no temas. No es tan valioso como tú crees. Si alguien se encapricha por mi pequeño equipaje, se lo regalo. No creas que vaya a defenderlo con la vida.

Se inclinó para tomar el polvo de los pies de Anandamoyi, y ella le bendijo, besando sus propios dedos después de haberle tocado la cabeza. No trató de disuadirle de su propósito. Anandamoyi no se oponía nunca a nada porque le causara dolor o porque

temiera alguna desgracia. En su vida, tuvo que atravesar muchas dificultades y peligros y sabía lo que era el mundo. Ella no conocía el miedo, y experimentaba cierta ansiedad no porque temiese que pudiera ocurrirle una desgracia a Gora, sino porque, desde la noche anterior, sospechaba que algo le atormentaba; tenía además la completa seguridad de que era eso lo que le empujaba a emprender aquel repentino viaje.

En el mismo instante en que Gora ponía los pies en la calle, apareció Binoy llevando en la mano, con sumo cuidado, dos rosas rojas.

—Binoy, pronto se verá si eres ave de buen o mal agüero.

—¿Es que te vas de viaje?

—Sí.

—¿Dónde vas?

—Donde el eco me llame.

—¿No tienes mejor respuesta?

—No. Madre te contará. Ahora tengo que irme.

Y con estas palabras, Gora se alejó a buen paso.

Al entrar en la habitación de Anandamoyi, Binoy depositó las dos rosas a sus pies. Recogiéndolas, ella le preguntó:

—¿De dónde las has sacado?

Binoy, eludiendo darle una respuesta concreta, dijo:

—Cuando tengo algo bueno, ante todo deseo ponerlo a tus pies. Pero, ¿estás preocupada, madre?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Has olvidado ofrecerme la hoja de *betel*.

Subsanada la omisión, los dos siguieron hablando hasta mediodía. Binoy no pudo arrojar ninguna luz sobre el objeto del viaje de Gora; pero cuando, en el curso de la conversación, ella le preguntó si el día anterior no había llevado a Gora a casa de Paresh Babu, Binoy le refirió con todo detalle lo sucedido allí. Anandamoyi le escuchó con gran atención.

Al despedirse, Binoy dijo:

—Madre, ¿puedo llevarme las flores, ahora que han recibido tu bendición?

Anandamoyi se echó a reír y le devolvió las rosas. Comprendía que las flores no eran objeto de tantas atenciones simplemente por su belleza; encerraban un significado mucho más hondo que un simple interés botánico.

Cuando Binoy se hubo marchado, ella reflexionó largamente sobre lo que había oído, y suplicó a Dios con todo fervor que Gora no tuviera que ser desdichado y que nada pudiera truncar su amistad con Binoy.

CAPÍTULO XXII

Aquellas dos rosas tenían historia.

La noche antes, cuando Gora salió de la casa de Paresh Babu, el pobre Binoy se encontró en un tremendo aprieto ante la proposición de que tomara parte en la obra que se iba a representar en la fiesta de cumpleaños del magistrado.

A Lolita no le hacía ninguna gracia la comedia; antes al contrario, la aburría, pero se había propuesto que Binoy formara en el reparto, a toda costa. Gora la sacaba de sus casillas y decidió servirse de Binoy para contrariar sus deseos. Ni ella misma comprendía por qué le resultaba tan insoportable ver a Binoy doblegarse siempre a los deseos de su amigo; pero fuera cual fuera la razón que la movía en tal empeño, iba a respirar libremente el día en que lograra librar del yugo a Binoy.

Así, pues, moviendo la cabeza con picardía, le preguntó:

—¿Y qué hay de malo en la comedia?

—Tal vez no haya nada malo en ella —contestó Binoy—; lo que me parece mal es representarla en casa del magistrado.

—Esta opinión ¿es tuya o de... cierta persona?

—No es mi cometido expresar las opiniones de los demás; aparte de que no son fáciles de explicar. Aunque te cueste creerlo, siempre te doy mis propias opiniones, a veces con palabras mías y a veces, quizá, con palabras de otro.

Lolita no respondió, y se limitó a sonreír. Al poco rato, dijo:

—Tu amigo Gourmohan Babu imagina sin duda que es prueba de gran heroísmo no atribuir ningún valor a la invitación de un magistrado y que eso es un modo de luchar contra los ingleses.

—No sé lo que imaginará mi amigo; pero, desde luego, es lo que yo creo. ¿No es una forma de luchar? ¿Cómo podemos conservar la propia estimación si no renunciamos a rendir acatamiento a los que creen que nos dispensan un señalado favor al llamarnos con un gesto de su dedo meñique?

Lolita era de temperamento orgulloso, y le agradaba oír a Binoy hablar de la necesidad de conservar la propia estimación; pero, consciente de la fragilidad del

argumento que ella esgrimía, continuó hiriéndole con sus burlas innecesarias.

—¿Por qué te empeñas en discutir? —dijo Binoy al fin—. ¿Por qué no me dices: «Quiero que tomes parte en la comedia»? En tal caso yo podría hallar algún placer en sacrificar mis opiniones en atención a tus deseos.

—¡Bah! ¿Por qué tengo que decir eso? ¿Por qué has de obrar en contra de tus convicciones por complacerme? ¡Siempre que esas convicciones sean realmente tuyas, por supuesto!

—Sea como tú quieras. Admitamos que no tengo ideas propias; aunque no me permitas sacrificarlas por complacerte, déjame al menos reconocer mi derrota a manos de tus argumentos y consentir en tomar parte en la comedia.

En aquel momento, entró en la habitación la señora Baroda. Binoy se levantó inmediatamente y le dijo:

—¿Tienes la bondad de decirme en qué consiste mi papel?

—¡Oh, no te preocupes! —contestó Baroda, triunfalmente—. Ensayaremos bien. Lo único que tienes que hacer es no faltar a los ensayos.

—Está bien. Ahora debo marcharme.

—No, no. Tienes que quedarte a cenar —dijo Baroda.

—¿No podríais excusarme esta noche?

—No, Binoy Babu. Debes quedarte.

Así, pues, Binoy se quedó, pero no se sintió tan a gusto como de costumbre. Hasta Sucharita estaba silenciosa, sumida en sus pensamientos. Tampoco tomó parte en la conversación cuando discutieron Lolita y Binoy, sino que se levantó y empezó a pasear por la terraza. De pronto, parecía haberse interrumpido la corriente que les mantenía en contacto.

Al despedirse de Lolita, Binoy dijo, mirando el sombrío rostro de la muchacha:

—¡Es terrible! Ni admitiendo mi derrota consigo complacerte.

Lolita se alejó sin responder.

No era muchacha que llorase con facilidad, pero aquella noche no pudo reprimir el llanto. ¿Qué le ocurría? ¿Qué era lo que le hacía obstinarse en herir a Binoy lastimándose ella misma?

Mientras Binoy rehusó tomar parte en la comedia, la insistencia de Lolita fue en aumento, pero tan pronto como él cedió, el entusiasmo de la muchacha se evaporó. Comprendía que él tenía razón al negarse, y le atormentaba la idea de que no hubiera debido ceder por darle gusto a ella. ¿Qué importancia tenían sus deseos para él? ¿Lo haría por cortesía? ¿Como si a ella le importara su cortesía!

Pero, ¿por qué se mostraba ahora tan contraria a aquella idea? ¿Acaso no había hecho todos los posibles por arrastrar al pobre Binoy a la comedia? ¿Qué derecho tenía a enfadarse con él porque hubiera accedido a sus insistentes demandas aunque sólo fuera por delicadeza? Era evidente que aquella cuestión la atormentaba más de lo normal.

En otras ocasiones en que se sintió inquieta acudió a Sucharita en busca de consuelo, pero aquella noche no. Y es que no acababa de comprender por qué le latía de aquel modo el corazón y se obstinaban las lágrimas en acudir a sus ojos.

A la mañana siguiente, Sudhir llevó a Labonya un ramo de flores en el que había dos rosas rojas que Lolita separó al instante. Cuando le preguntaron la causa, respondió:

—No puedo soportar ver flores tan bonitas apretujadas en un ramillete. Es de bárbaros juntar las flores así.

Y deshizo el ramo, distribuyendo las flores en distintos lugares de la habitación.

Entonces entró corriendo Satish y le preguntó a voz en grito:

—*Didi*, ¿de dónde has sacado todas esas flores?

Sin contestar a su pregunta, Lolita le dijo:

—¿No vas hoy a casa de tu amigo?

Hasta aquel momento, Satish no se había acordado de Binoy, pero al oír su nombre, empezó a danzar y dijo:

—Pues claro que sí.

Y se dispuso a marchar en aquel mismo momento.

—¿Qué hacéis allí? —preguntó Lolita, reteniéndole.

Pero Satish respondió, conciso:

—Hablamos.

—Él siempre te da grabados, ¿por qué no le regalas algo a cambio?

Binoy recortaba toda clase de ilustraciones de las revistas inglesas y se las daba a Satish, que las pegaba en un álbum. El niño adquirió tal afición a ese trabajo que al ver un grabado, aunque fuera en un libro valioso, la tijera se le iba tras él, práctica que más de una vez había atraído sobre su cabeza la cólera de sus hermanas.

La idea de tener que corresponder a los regalos fue para Satish una revelación repentina y desagradable. No le parecía fácil desprenderse de ninguno de los tesoros que guardaba en una vieja caja de hojalata, y en su rostro se dibujó una expresión de alarma. Lolita le pellizcó una mejilla y, echándose a reír, le dijo:

—Bueno, no te preocupes. Dale estas dos rosas. Encantado de poder resolver el problema con tanta facilidad, Satish cogió las flores y se fue a saldar la deuda que tenía con su amigo.

Vio a Binoy en la calle y le gritó:

—¡Binoy Babu! ¡Binoy Babu! —Y ocultando las rosas dentro de la chaqueta, preguntó—: ¿Sabes lo que te traigo?

Cuando Binoy, como de costumbre, se hubo dado por vencido, Satish le enseñó las dos rosas.

—¡Qué bonitas! —exclamó Binoy—. Pero, dime, Satish Babu, ¿son tuyas esas flores? Supongo que no voy a caer en manos de la policía por aceptar objetos robados.

Satish no supo si, en justicia, podía decir que aquellas flores fuesen suyas, por lo que, después de meditar un momento, confesó:

—¡Desde luego que no! Mi hermana Lolita me las dio para ti.

La incógnita quedó despejada, y Binoy se despidió de Satish con la promesa de ir a verle aquella tarde.

No había conseguido olvidar el dolor que experimentara la noche antes a manos de Lolita. Él, que rara vez se peleaba con la gente, nunca esperó escuchar palabras tan duras. En un principio, consideró a Lolita como una segunda Sucharita, pero, últimamente, Binoy se veía a sí mismo como un elefante hostigado constantemente por el pincho del conductor. Su mayor deseo era complacer a Lolita a toda costa, para poder conseguir un poco de paz. Pero aquella noche, sus palabras, incisivas y burlonas, le martillaron en el cerebro impidiéndole dormir.

«No soy más que la sombra de Gora. No tengo opiniones propias. Lolita me desprecia porque lo cree así; pero se equivoca por completo», murmuró entre dientes mientras ordenaba en su cerebro un sinfín de argumentos destinados a rebatir la idea. Pero no encontraba ninguno, pues Lolita nunca le formulaba acusaciones concretas y siempre rehuía la discusión en toda regla. Binoy se preparaba infinidad de respuestas, pero no

lograba colocarlas, y esto le enfurecía. Y, para colmo de males, ni siquiera cuando se dio por vencido consiguió aplacar a Lolita. Aquello le desmoralizó: «¿Tan despreciable soy?», se preguntaba con amargura.

Así, pues, cuando se enteró por Satish de que las flores procedían de Lolita, le invadió una profunda sensación de júbilo. Las consideró una ofrenda de paz que ella le hacía a cambio de su rendición. Al pronto pensó llevárselas a su casa, pero luego decidió santificarlas poniéndolas a los pies de madre Anandamoyi.

Aquella tarde, cuando Binoy llegó a casa de Paresch Babu, Lolita estaba tomando las lecciones a Satish.

Las primeras palabras de Binoy fueron:

—El rojo es el color de la guerra; las flores de la reconciliación hubieran debido ser blancas.

Lolita le miró sin comprender sus palabras. Entonces él sacó de debajo de su chal un ramo de adelfas blancas y se lo tendió, diciendo:

—Por muy hermosas que sean tus flores, tienen el color de la ira. Estas mías no pueden compararse a ellas en cuanto a belleza, pero son dignas de que las aceptes porque vienen envueltas en el blanco ropaje de la humildad.

—¿De qué flores estás hablando? —preguntó Lolita sonrojándose violentamente.

—¿Es que me equivoco? —tartamudeó Binoy, confuso—. Satis Babu, ¿de quién eran las flores que me diste?

—Pues de Lolita *Didi*, que me pidió que te las llevara —dijo Satish, en tono de dignidad ofendida.

Lolita, más roja que nunca, dio un empujón a Satish, diciendo:

—En mi vida he visto mayor estupidez. ¿No querías las flores para dárselas a Binoy Babu a cambio de sus grabados?

—¡Sí; pero tú me dijiste que se las diera! —exclamó Satish, perplejo.

Lolita comprendió que discutiendo con Satish sólo conseguiría comprometerse más; pues Binoy sabía ya que era ella quien le mandó las rosas y que, además, no deseaba que él se enterase.

—Da lo mismo —dijo Binoy—. Renuncio a todo derecho sobre tus flores; pero en mi ofrenda no hay malentendido. Que sea el símbolo de nuestra reconciliación.

Lolita le interrumpió con un movimiento de cabeza.

—¿Cuándo nos hemos peleado y de qué reconciliación me estáis hablando?

—Entonces, ¿es que todo fue una ilusión, desde el principio hasta el fin? ¿No hubo pelea, ni flores, ni reconciliación? Y al hablar de la obra...

—Tampoco en eso quiero que haya un malentendido —interrumpió Lolita—. Nadie se peleó con motivo de la comedia. ¿Qué te hace pensar que se ha urdido una conspiración para obtener tu consentimiento? Tú accediste, yo te lo agradezco y eso es todo.

Pero si tenías algún grave escrúpulo no debiste acceder.

Y con estas palabras salió de la habitación.

Aquella misma mañana, Lolita decidió reconocer su derrota ante Binoy y pedirle que abandonara la idea de tomar parte en la obra. Y sucedió todo lo contrario.

Binoy tuvo que pensar que Lolita seguía ofendida porque él no accedió a entrar en el reparto desde el principio y porque creía que, en su fuero interno, él continuaba oponiéndose a la representación. Le causaba hondo pesar que ella tomara tan a pecho la cuestión; y decidió no volver a poner el menor inconveniente, ni siquiera bromear con el tema. Tomaría su papel con tanto interés que nadie podría acusarle de indiferente.

Sucharita, desde muy temprano, estaba en su dormitorio tratando de leer la *Imitación de Cristo*. Aquella mañana no se había ocupado de sus quehaceres habituales. De vez en cuando, su imaginación echaba a volar y las páginas del libro se tornaron borrosas. Entonces volvía a la lectura con redoblado empuje, esforzándose en concentrarse y en no admitir su debilidad.

De pronto, le pareció oír la voz de Binoy. Dejó el libro sobre la mesa y fue a salir hacia el salón. Pero, enojada consigo misma por aquella falta de interés en el tema, volvió a sentarse y a tomar el libro, tapándose los oídos con las manos para que ningún sonido pudiera distraerla.

Como algunas veces Gora acompañaba a Binoy en sus visitas, Sucharita no pudo evitar preguntarse si estaría allí. Temía que hubiese venido y, al mismo tiempo, la inquietaba pensar lo contrario.

Mientras se debatía en esta duda, entró Lolita en la habitación.

—Pero, ¿qué te ocurre, querida? —dijo, al ver su rostro.

—Nada —respondió Lolita, sacudiendo la cabeza.

—¿Dónde has estado?

—Ha venido Binoy Babu. Creo que desea hablar contigo.

Sucharita no se atrevió a preguntar si había venido alguien más. Aunque, de ser así, Lolita lo hubiera dicho; pero, no obstante, seguía intranquila y, al fin, se decidió a salir al salón y cumplir con los deberes de la hospitalidad, abandonando sus tentativas de recogimiento.

—¿Vienes conmigo? —preguntó a Lolita.

—Ve tú delante. Yo salgo en seguida —respondió Lolita con cierta impaciencia.

En la sala no había nadie más que Binoy y Satish.

—Nuestro padre no está —dijo Sucharita—, pero no tardará en volver. Nuestra madre llevó a Labonya y a Lila a casa de la profesora a ensayar sus papeles. Nos dejó el encargo de que, si venías, te pidiésemos que la esperaras.

—Y tú, ¿no vas a tomar parte en la comedia? —inquirió Binoy.

—Si actuásemos todos, ¿dónde estaría el público?

Por regla general, cuando estaban juntos Binoy y Sucharita, la conversación no decaía, pero aquella tarde parecía como si algo les cohibiera. Sucharita estaba decidida a no hablar de Gora, y tampoco a Binoy le resultaba grato sacar a relucir el tema, pues estaba convencido de que Lolita, y quizá también el resto de la familia, le consideraban como un satélite de su amigo.

Después de intercambiar unas cuantas frases triviales con Binoy, Sucharita, a falta de otro escape, se puso a discutir con Satish las virtudes y defectos de su álbum de recortes. Al fin, consiguió hacerle rabiarse criticando la forma en que estaban clasificados los grabados, y Satish se defendió a grito pelado.

Entretanto, Binoy miraba con desconsuelo el despreciado ramillete de adelfas blancas que yacía sobre la mesa, mientras pensaba, herido en su amor propio, que Lolita hubiera debido aceptar las flores, aunque sólo hubiese sido por amabilidad.

De pronto, se oyeron unos pasos y Sucharita se sobresaltó visiblemente al ver entrar a Haran. Avergonzada por no haber sabido dominarse, la muchacha se sonrojó bajo su mirada.

Haran dijo a Binoy, tomando asiento:

—¿Cómo es que no ha venido hoy tu Gora Babu?

Binoy no pudo disimular su irritación ante tan ociosa pregunta.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Es que le necesitas para algo?

—Es raro verte a ti y a él no. Por eso pregunté.

Binoy se sintió tan enojado que, temiendo demostrar su furor, dijo bruscamente:

—Gora no está en Calcuta.

—¿Es que ha salido a predicar? —preguntó Haran con sarcasmo.

El enojo de Binoy fue en aumento, pero deseaba evitar una discusión y no respondió.

Sucharita salió de la habitación sin decir una sola palabra. Haran la siguió inmediatamente, gritando:

—¡Sucharita, tengo que hablar contigo!

—No me encuentro bien —repuso ella.

Y se encerró en su habitación.

En aquel momento entró en escena la señora Baroda, que se llevó a Binoy a la pieza contigua para darle algunas instrucciones relacionadas con su papel en la comedia. Cuando, al poco rato, Binoy volvió a la sala, advirtió que sus flores habían desaparecido.

Aquella tarde, Lolita no acudió al ensayo.

Sucharita permaneció sentada en un rincón de su dormitorio hasta bien entrada la noche, con la *Imitación de Cristo* cerrada sobre el regazo y la mirada perdida en la oscuridad.

Le parecía tener ante sus ojos un país desconocido y maravilloso, completamente distinto a todo lo que viera hasta entonces, lleno de luces que brillaban como guirnaldas de estrellas en la oscuridad de la noche. La visión le produjo temor y respeto.

«¡Qué insignificante ha sido mi vida! —pensó—. Lo que hasta ahora me pareció cierto ha sido atacado por la duda; lo que estuve haciendo día tras día ha perdido su significado. En ese reino místico quizá sea posible alcanzar la verdad; quizás el trabajo sea siempre noble, y el verdadero significado de la vida aparezca con claridad. ¿Quién me ha traído hasta el umbral de esa tierra maravillosa, desconocida y terrible? ¿Por qué tiembla mi corazón? ¿Por qué me fallan los miembros cuando trato de avanzar?»

CAPÍTULO XXIII

Sucharita dedicaba mucho tiempo a la oración y buscaba, cada día con más ansia, el consuelo de Paresh Babu. Cierta día, estando Paresh Babu en su cuarto, dedicado a la lectura, entró Sucharita y, sin decir ni una palabra, se sentó junto a él.

—¿Qué te ocurre, mi querida Radha? —preguntó el anciano, dejando el libro.

—Nada, padre —contestó Sucharita, haciendo como si quisiera ordenar los papeles de encima del escritorio, a pesar de que estaban ya perfectamente ordenados. Luego, tras breves momentos de vacilación, dijo—: Padre, ¿por qué no leemos juntos como hacíamos antes?

—Mi discípulo ha dejado mi escuela —dijo Paresh Babu sonriendo afectuosamente—. Ahora ya puedes comprender las cosas por ti misma.

—No; no comprendo nada en absoluto —exclamó Sucharita—. Quisiera leer contigo, como antes.

—Está bien. Mañana empezaremos.

—Padre —dijo Sucharita, de pronto, después de un corto silencio—, ¿por qué no me explicaste qué quiso decir Binoy Babu el otro día con aquello de la casta?

—Ya sabe que siempre deseé que os acostumbraseis a pensar por vosotras mismas en vez de recoger las opiniones de los demás. Ofrecer instrucción sobre cualquier tema antes de que se nos plantee su necesidad, es como dar comida al que no tiene hambre; estropea el apetito y es causa de indigestión. Pero si tú me haces una pregunta yo te diré todo lo que sepa.

—Pues bien, ahora te pregunto: ¿Por qué condenamos las distinciones de castas?

—No hay ningún mal en que un gato se ponga a comer a tu lado —explicó Paresh Babu—, pero si determinadas personas entran en la habitación, hay que tirar la comida. ¿Cómo no condenar el sistema de castas, que da lugar a semejante insulto? ¿no comprendes que esto es una iniquidad...? Los que hasta tal punto desprecian al prójimo no pueden ser auténticamente grandes; ellos, a su vez, se hacen acreedores al desprecio de los demás.

—La degeneración de nuestra sociedad es causa de muchas faltas —dijo Sucharita, recordando algo que oyera decir a Gora— y estas faltas se manifiestan en todos los órdenes de nuestra vida. Pero, ¿es que ello nos justifica a condenar a la sociedad en sí?

—A eso podría contestar si supiera dónde está el mal. Lo que veo es esa intolerable aversión que divide a las gentes de nuestro país. ¿Es que podemos buscar consuelo en la excusa de que servimos a la sociedad?

—Pero, ¿acaso no es el mirar con imparcialidad a todos los hombres uno de los atributos fundamentales de nuestro pueblo? —preguntó ella, haciéndose eco nuevamente de las palabras de Gora.

—Esa imparcialidad es atributo de la inteligencia, no del corazón. En ella no entran ni el odio ni el amor; está por encima de todo sentimiento. Pero el corazón humano nunca podrá hallar reposo en una abstracción desprovista de todo aquello que el corazón necesita. Y así, a pesar de la existencia de esta igualdad filosófica, vemos que al hombre sin casta se le niega hasta la entrada en el templo. Y, si no se observa la igualdad en la casa de Dios, ¿qué importa que su concepto se encuentre o no en nuestra filosofía?

Sucharita meditó en silencio las palabras de Paresh Babu, tratando de comprenderlas y, al fin, preguntó:

—Padre, entonces, ¿por qué no se lo explicaste así a Binoy Babu y a su amigo?

Sonriendo ligeramente, Paresh Babu respondió:

—Ellos no lo comprenden; no porque carezcan de inteligencia; al contrario, se consideran demasiado inteligentes para querer comprender. Prefieren explicar las cosas a los demás. Cuando conciben el deseo de comprender la vida desde el punto de vista más sublime, el de la bondad, no tendrán necesidad de que tu padre se lo explique. En este momento contemplan la vida desde un ángulo totalmente distinto y nada de lo que yo pudiera decirles les serviría de ayuda.

Aunque Sucharita escuchaba a Gora con respeto, la diferencia que observaba entre sus puntos de vista y los de él la afligía. Mientras oía hablar a Paresh Babu, la muchacha se sintió interiormente aliviada. Ni por un momento admitiría la idea de que Gora, ni Binoy, ni nadie fuera capaz de comprender las cosas mejor que Paresh Babu. Al contrario, nunca pudo evitar enojarse con todo aquel que expresara opiniones diferentes. No obstante, las ideas de Gora no podían menospreciarse. Y era por esto por lo que buscaba refugio junto a Paresh Babu como cuando era niña.

Sucharita se levantó y llegó hasta la puerta; luego, volvió sobre sus pasos y, poniendo una mano en el respaldo de la silla de Paresh Babu, dijo:

—Padre, ¿me permites que esta noche esté contigo a la hora de la meditación?

—Desde luego, hija.

Después de esto, Sucharita se retiró definitivamente a su dormitorio, cerró la puerta y se sentó. Deseaba desterrar de su mente todas las palabras de Gora.

Pero al momento apareció ante sus ojos el rostro del muchacho, irradiando confianza y seguridad en sí mismo.

«Las palabras de Gora no son simples palabras —se dijo—; son el mismo Gora. Su lenguaje tiene forma y movimiento: tiene vida. Está lleno de la fuerza que le da la fe y del dolor que le causa su amor a esta tierra. No son las suyas opiniones a las que se pueda aniquilar mediante la oposición. Tienen el mismo vigor que él; y él no es un hombre vulgar.»

¿Cómo tener valor para enfrentársele? Sucharita sentía en su interior una feroz batalla, y al fin prorrumpió en llanto. Que él hubiera sido capaz de ponerla en aquel estado de ánimo y, luego, abandonarla sin más, le dolía cruelmente. Y aquel dolor la avergonzaba.

CAPÍTULO XXIV

Se había acordado que Binoy recitara el poema de Dryden *The Power of Music*, mientras las muchachas, con trajes apropiados, representaban escenas del poema. Ellas completarían luego la velada con canciones y poesías.

La señora Baroda aseguraba repetidamente a Binoy que le prepararían bien para la fiesta, pues aunque ella sabía muy poco inglés, contaba con la ayuda de dos o tres amigas cuyas versadas en este idioma; pero en el primer ensayo, Binoy asombró a las expertas con su dicción, y Baroda tuvo que renunciar al placer de enseñar al neófito. Incluso quienes nunca consideraron a Binoy con demasiada deferencia, se sintieron impulsados a respetarle al comprobar su perfecto dominio del inglés; el mismo Haran le pidió su colaboración para el periódico, y Sudhir le instó a que diera alguna conferencia en la Sociedad de Estudiantes.

Lolita se encontraba en una situación extraña. Por un lado, le complacía que Binoy no tuviera que depender de la ayuda de nadie; pero, por el otro, se sentía mortificada. Le disgustaba pensar que Binoy, una vez consciente de su valor, renunciara a toda idea de aprender algo de ellos.

Ni la misma Lolita sabía a ciencia cierta qué era lo que quería de Binoy, ni de qué forma conseguiría recobrar su antigua tranquilidad. En consecuencia, su descontento empezó a traslucirse en infinidad de pequeños detalles, que siempre tenían por blanco al muchacho. Lolita comprendía que su actitud no era justa ni cortés, y este pensamiento la apesadumbraba; pero, pese a todos sus esfuerzos por dominarse, al menor pretexto se desataba su furor sin que ella pudiera hacer nada por remediarlo.

De igual modo que en un principio le importunó hasta conseguir que accediera, después le instaba a que se retirara. Pero, ¿cómo podía Binoy negarse a intervenir sin desbaratar todos los planes? Además, descubiertas sus dotes de actor, la idea le ilusionaba.

Cierto día, Lolita dijo a su madre:

—No puedo tomar parte en la fiesta.

La señora Baroda conocía bien a su hija, por lo que preguntó, desolada:

—Pero, ¿por qué no?

—Sencillamente, porque no podría.

Desde el mismo día en que Binoy reveló sus grandes facultades, Lolita se negó a

ensayar en su presencia. Lo hacía a solas, en su habitación, con lo que ocasionaba una gran extorsión a los demás; pero como resultaba imposible razonar con ella, al fin tuvieron que conformarse.

Pero cuando, en el último momento, declaró su intención de abandonarles, la señora Baroda no supo ya qué decir. Sabía bien que nunca lograría convencer a Lolita, por lo que decidió acudir a Paresh Babu en busca de ayuda.

Aunque él nunca intervenía en los asuntos de sus hijas, como quiera que en aquel caso mediaba la promesa hecha al magistrado y no quedaba tiempo para cambiar el programa, Paresh Babu hizo llamar a Lolita y, poniéndole una mano sobre la cabeza, le preguntó:

—Lolita, ¿tú crees que estaría bien que te retirases ahora?

—No puedo actuar, padre —dijo la muchacha, ahogada en llanto—. Es superior a mí.

—No será tuya la culpa si lo haces mal; pero si ni tan sólo quieres intentarlo, entonces sí tendrás culpa.

Lolita bajó la cabeza y su padre prosiguió:

—Hija, cuando se acepta una responsabilidad hay que cumplirla. No se debe rehuir por temor de que nuestro orgullo quede lastimado. ¿Qué importa que se resienta nuestro amor propio con tal que cumplamos con nuestro deber? ¿No quieres intentarlo, hija?

—Sí; lo intentaré —respondió Lolita acercando el rostro al de su padre.

Aquella misma tarde, venciendo toda vacilación, y a pesar de la presencia de Binoy, Lolita ensayó su papel con brío, casi con aire de reto. Era la primera vez que Binoy la oía recitar y quedó asombrado por la claridad y la fuerza de su dicción, y por su certera visión del significado del poema. El muchacho quedóse maravillado, y, mucho después de que ella terminara, su voz seguía resonando en sus oídos. El buen rapsoda ejerce una extraña fascinación sobre el oyente; el poema presta encanto a su espíritu, como las flores a las ramas donde florecen. Y desde aquel momento, para Binoy, Lolita quedó envuelta en poesía.

Hasta entonces, Lolita no había hecho sino martirizarle con su afilada lengua; y del mismo modo que nuestra mano busca de continuo el lugar donde el dolor aprieta; así, también Binoy fue incapaz de distinguir de Lolita más que sus palabras mordaces y sus sonrisas irónicas. Sólo pensaba en ella para tratar de descubrir qué le habría inducido a decir esto o aquello, y cuanto más misteriosa parecía la causa de su desagrado, tanto más cavilaba él. A menudo era éste el primer pensamiento que le asaltaba al despertarse por las mañanas, y cada vez que se dirigía a casa de Paresh Babu se preguntaba con ansiedad de qué humor encontraría a Lolita. Cuando estaba amable sentía como si le quitaran un peso

de encima, y entonces, el problema consistía en la forma de conseguir mantenerla en aquel estado, problema cuya solución se encontraba fuera de su alcance.

Después de tantos días de zozobra, al oírla recitar se sintió profundamente conmovido, hasta el punto de no encontrar palabras para expresar su parecer. Pero no se atrevió a hacer ninguna observación a Lolita, por temor a que el elogio no le agradara o que una secuencia tan normal de causa y efecto no fuera con ella... lo más probable sería que no, puesto que se trataba de una cosa normal. Así, pues, Binoy se deshizo en elogios ante la señora Baroda, por lo que la opinión que ésta tenía del muchacho, de sus gustos y de su inteligencia quedó notablemente mejorada.

El efecto producido en Lolita no fue menos curioso. En cuanto advirtió que el éxito le sonreía y que había capeado la marejada de sus dificultades como un buen navío, todo su resquemor desapareció sin dejar rastro y olvidó su deseo de mortificar a Binoy. A partir de aquel día, asistió a los ensayos con gran entusiasmo, lo que motivó un estrechamiento de relaciones entre los dos. Ni siquiera tenía ya reparo en pedirle consejo.

Al advertir este cambio en la actitud de Lolita para con él, Binoy se sintió como si le hubieran quitado un gran peso de encima. Estaba tan contento que le entraron ganas de ir a ver a Anandamoyi y gastarle sus viejas bromas. A su mente acudían multitud de ideas que le hubieran gustado discutir con Sucharita, a la que, por otra parte, apenas veía.

Aprovechaba todas las oportunidades que se le ofrecían de charlar con Lolita; pero no se le ocultaba que debía obrar con mucho tacto. Sabía que ella les juzgaba, tanto a él como a Gora, con agudo espíritu crítico, y su conversación no fluía con su natural facilidad.

Lolita solía decirle:

—¿Por qué hablas como un libro?

A lo que Binoy contestaba:

—Me he pasado la vida leyendo. Supongo que mi cerebro debe ser como una página impresa.

O bien:

—Por favor, no te esfuerces en hablar tan correctamente. Límitate a decir lo que piensas. Dices unas frases tan hermosas que parece que estás exponiendo las ideas de otra persona.

Por esta razón, cuando a la mente de Binoy acudía una idea envuelta en una frase bonita y adecuada, antes de expresársela a Lolita, procuraba condensarla y simplificarla, y si por casualidad se le escapaba una metáfora, se sentía abochornado.

Lolita brillaba como si acabara de salir de una nube. Hasta la señora Baroda estaba

asombrada por aquel cambio. Ya no les llevaba la contraria, ni gruñía por todo, como antes, sino que colaboraba con gran entusiasmo, llegando incluso a abrumarles con la superabundancia de sus ideas y sugerencias para la fiesta. En esta cuestión, la exuberante fantasía de la señora Baroda se veía considerablemente reprimida por su amor al ahorro; de modo que el presente entusiasmo de su hija le asustaba tanto como su anterior desgana.

Lolita, llevada de su nuevo fervor, a menudo acudía a Sucharita con ánimo de compartir su gozo, pero aunque Sucharita charlaba y reía con ella, Lolita se sentía cohibida en su presencia, y se iba de su lado decepcionada.

Cierto día dijo a Paresh Babu:

—Padre, no es justo que *Didi* se pase el día a solas con sus libros mientras las demás trabajamos como esclavas preparando la representación. ¿Por qué no ha de unirse a nosotros?

Paresh Babu había advertido también que Sucharita se mantenía apartada, y temía que aquella soledad no fuera beneficiosa para la muchacha. Al oír las palabras de Lolita, llegó a la conclusión de que, a menos que se la convenciera para que se sumara a las diversiones de las demás, aquel aislamiento podía convertirse en hábito. Así, pues, dijo a Lolita:

—¿Por qué no hablas con tu madre?

—Hablaré con mi madre, pero tú serás quien deberá convencer a *Didi*.

Cuando, al fin, Paresh Babu habló con Sucharita, se vio gratamente sorprendido, pues la muchacha no hizo ninguna objeción, e inmediatamente aceptó la tarea que se les asignaba.

Tan pronto como Sucharita salió de su retiro, Binoy trató de reanudar sus cordiales relaciones con ella; pero algo parecía haber ocurrido que le impedía llegar hasta la muchacha. Al ver en sus ojos aquella mirada ausente y en su expresión aquella reserva, Binoy no se atrevió a imponerle su compañía. A pesar de que tomaba parte en los ensayos, sus modales eran más distantes que nunca. Ensayaba su papel y luego salía inmediatamente de la habitación. Y así se fue alejando de Binoy más y más.

Estando Gora ausente, Binoy gozaba de plena libertad para estrechar sus relaciones con la familia de Paresh Babu, y cuando más natural se mostraba él, más simpatía le demostraban y más satisfecho se sentía de sí mismo, al experimentar aquella libertad nueva. Fue precisamente entonces cuando advirtió que Sucharita iba apartándose de él. En cualquier otro momento, aquella pérdida le hubiera producido un dolor insoportable; pero pudo sobrellevarla con facilidad.

Lo más curioso era que Lolita, a pesar de que se daba perfecta cuenta del cambio que se había operado en Sucharita, no se lamentaba, como hubiera hecho días atrás. ¿Hasta

tal punto la dominaba el entusiasmo que la función había despertado en ella?

Haran, por su parte, al enterarse de que Sucharita iba a participar en la fiesta, no disimuló su contento. Él mismo se brindó a recitar un fragmento de *El Paraíso perdido* y a dar una breve conferencia sobre el tema «El encanto de la música», como preludeo al poema de Dryden. La sugerencia disgustó a la señora Baroda y a Lolita; pero Haran había escrito ya al magistrado y dio el asunto por concluido. Cuando Lolita insinuó que tal vez la función resultara demasiado larga, Haran la hizo callar sacando del bolsillo, con aire de triunfo, una carta en la que el magistrado le daba las gracias por su ofrecimiento.

Nadie sabía cuándo iba a regresar Gora de su expedición. Aunque Sucharita estaba decidida a desterrarlo de su mente, día tras día se preguntaba si aquel sería el de su regreso. Precisamente cuando más trastornada se sentía por la indiferencia de Gora y por la indocilidad de sus propios sentimientos, y buscaba ansiosamente el modo de serenarse, Haran volvió a solicitar de Paresh Babu la celebración, en nombre de Dios, de la ceremonia de sus esponsales con Sucharita.

—Falta todavía mucho tiempo para la boda —objetó Paresh Babu—. ¿Consideras que es prudente comprometeros tan pronto?

—Lo estimo esencial para los dos —respondió Haran—. Será un bien para nuestras almas el que durante algún tiempo estén atadas por esta especie de lazo espiritual, que será como un puente que unirá la época de nuestro encuentro con nuestra vida de matrimonio; un vínculo sin la carga de unos deberes.

—Será mejor que se lo preguntes a Sucharita —sugirió Paresh Babu.

—¡Pero si ella ya ha dado su consentimiento! —insistió Haran.

Sucharita sólo deseaba encontrar un asidero para no seguir yendo a la deriva. Y accedió con tal firmeza que las dudas de Paresh Babu se desvanecieron. No obstante, el anciano insistió en que meditara debidamente sobre las responsabilidades que entrañaban unas relaciones prolongadas y, en vista de que la muchacha seguía sin poner ningún reparo, se decidió que cuando terminara la fiesta de Mr. Brownlow se fijaría fecha para la ceremonia de los esponsales.

Después de esta conversación, Sucharita sintió, durante algún tiempo, como si sus pensamientos hubieran sido rescatados de las fauces de un dragón, y se decidió a prepararse con todo rigor a servirle al Brahma Samaj. Se propuso tener diariamente una sesión de lectura con Haran, para el estudio de libros ingleses sobre materia religiosa, y a fin de amoldar su vida a las ideas de su futuro esposo; y así, por haber aceptado aquella tarea, difícil y hasta desagradable, se sintió redimida.

Últimamente había dejado de leer el periódico del que Haran era redactor jefe. Al día siguiente de haber tomado su decisión, recibió un ejemplar recién salido de prensa, que sin duda le enviaba el mismo Haran. Sucharita se llevó el periódico a su habitación y se

sentó a leerlo de cabo a rabo, como si cumpliera con un deber religioso, decidida a aprovecharse de todas sus enseñanzas.

Pero fue como si un barco a toda vela chocara contra una roca.

En el periódico aparecía un artículo titulado *La manía de mirar atrás*, en el que se atacaba furiosamente a quienes, a pesar de vivir en la época moderna, se obstinaba en volver el rostro hacia el pasado. El razonamiento no estaba desprovisto de lógica y Sucharita esperaba ya encontrar aquellos argumentos; pero cuando acabó de leerlo comprendió que el objeto del ataque era Gora. Desde luego, ni se mencionaba su nombre ni se aludía a sus artículos, pero era evidente que, del mismo modo que el soldado se complace en comprobar que cada bala que sale de su fusil mata a un hombre, así también se advertía en aquellas líneas una alegría malévol, porque cada palabra hería a un ser viviente.

El espíritu de aquel periódico le resultó intolerable. Sucharita se hubiera complacido en hacer pedazos cada uno de sus argumentos. «¡Gourmohan Babu puede pulverizar este artículo!», se dijo. Y en aquel momento le pareció que brillaba ante sus ojos el rostro radiante de Gora y que resonaba en sus oídos aquella voz recia y vibrante. En presencia de aquella imagen, y comparados con la extraordinaria calidad de sus palabras, el artículo y su amor resultaban mediocres y despreciables. Sucharita arrojó el periódico al suelo.

Por primera vez en muchos días, Sucharita fue, entonces, a sentarse junto a Binoy.

—¿Qué ha sido de los ejemplares del periódico en los que aparecen tus escritos y los de tu amigo? —le preguntó en el curso de la conversación—. Me prometiste mandármelos.

Binoy no se atrevió a decirle que no tuvo el suficiente valor para cumplir su promesa a causa del cambio que había observado en ella; se limitó a señalar:

—Los tengo todos separados. Mañana te los traeré.

Al día siguiente, Binoy compareció con un fajo de periódicos y revistas, que entregó a Sucharita. Pero ella no se decidió a leerlos, y los guardó en una caja. No los leyó, porque su deseo de hacerlo era demasiado fuerte. Una vez más, trató de dominar su rebelde corazón esforzándose por rehuir las ocasiones de expansionarse, y obligándose a acatar sumisamente las normas que dictara Haran.

CAPÍTULO XXV

Un domingo por la mañana, mientras Anandamoyi preparaba *pan* y Sasi, a su lado, cortaba *betel*, entró Binoy en la habitación. Sasi, ruborosa, salió huyendo y las nueces de *betel* que tenía en el regazo quedaron esparcidas por el suelo.

Binoy solía hacer buenas migas con todo el mundo, y sus relaciones con Sasi fueron siempre muy afectuosas. De continuo se gastaban bromas mutuamente. Sasi acostumbraba a esconderle los zapatos y, antes de devolvérselos le hacía prometer que le contaría un cuento. Binoy, para vengarse, inventaba relatos basados en episodios reales de la vida de Sasi. Ésta empezaba por acusarle de embustero, luego, le contradecía a voz en grito y, al fin, salía huyendo a la desbandada. Algunas veces, trataba de tomarse revancha urdiendo historias similares acerca de Binoy, pero en cuanto a inventiva no podía equipararse a su adversario.

De modo que siempre que Binoy iba a la casa, Sasi lo dejaba todo y salía corriendo a su encuentro. Algunas veces, se ponía tan pesada que Anandamoyi tenía que reprenderla; pero la culpa no era del todo suya, pues Binoy siempre andaba buscándole las vueltas.

Al verla huir de la habitación, Anandamoyi sonrió; pero no con una sonrisa de felicidad.

El mismo Binoy quedó tan desolado por el incidente, que permaneció algún tiempo sin decir palabra. De pronto, comprendió lo antinaturales que eran en realidad sus relaciones con Sasi.

Cuando accedió al matrimonio, lo hizo pensando únicamente en su amistad con Gora, sin perfilar las consecuencias que aquella unión traería en otros aspectos. Binoy había dicho con frecuencia en el periódico, «en nuestro país, el matrimonio es una cuestión social, no personal», por lo que, en su propio caso, no tuvo en cuenta sentimientos personales. Al ver a Sasi retirarse llena de turbación, atisbo lo que iban a ser sus relaciones futuras.

Al darse cuenta de hasta qué punto Gora le había impulsado a obrar en contra de sus propias inclinaciones, se enfureció con su amigo y consigo mismo. Y al recordar cómo, desde el principio, Anandamoyi había tratado de hacerle desistir, sintió asombro y admiración por su clarividencia.

Anandamoyi comprendió lo que en aquel momento pasaba por la mente de Binoy y, para distraerle, dijo:

—Ayer tuve carta de Gora.

—¿Qué te dice? —preguntó Binoy, distraído.

—De él, muy poco; pero está muy afectado por la triste situación en que se hallan las pobres gentes de esos pueblos. Hace una larga descripción de las injusticias cometidas por el magistrado en un lugar llamado Ghosepara.

En aquel estado de exacerbado antagonismo contra Gora, Binoy dijo con impaciencia:

—Los ojos de Gora no ven más que las faltas ajenas; en cambio, está dispuesto a disculpar las iniquidades que nosotros perpetramos a diario contra nuestra propia gente.

Anandamoyi sonrió al ver a Binoy erigirse en paladín de las huestes contrarias a Gora, pero no dijo nada.

—Madre, sonríes y te preguntas a qué se debe mi repentina indignación. Voy a decirte qué es lo que me subleva. El otro día, Sudhir me llevó a casa de un amigo suyo que vive en el campo. Al salir de Calcuta empezó a llover. Cuando el tren se detuvo en la estación de empalme, vi a un bengalí, vestido a la europea, cubriéndose con un paraguas, esperando a que su mujer descendiera del vagón. Ella llevaba a un niño en brazos al que apenas conseguía proteger con su chal, y avanzaba por el andén, calada por la lluvia y encogida por el frío y la timidez, mientras el marido seguía impertérrito debajo de su paraguas, sin que ni la mujer ni nadie de los que estaban en la estación parecieran ver nada malo en ello. De pronto, me pareció como si en todo Bengala no hubiera ni una sola mujer, pobre o rica, que estuviera protegida del sol ni de la lluvia. En aquel momento me juré a mí mismo no volver a incurrir en la mentira de decir que nosotros tratamos a la mujer con gran reverencia, considerándola nuestro ángel, nuestra diosa y todas esas majaderías que se nos ocurren.

Binoy se interrumpió bruscamente al darse cuenta de que su indignación le hacía levantar con exceso la voz. Y en su tono habitual concluyó:

—Madre, tal vez estés pensando que quiero darte una conferencia, como las que doy a veces a los estudiantes. Tal vez haya adquirido la costumbre de hablar sentenciosamente; lo hice sin querer. Hasta ahora no me he dado cuenta de lo mucho que las mujeres representan para nuestro país. Ni siquiera pensaba en ellas. Pero no quisiera hablar más, madre. Hablo tanto que nadie cree que mis palabras expresen ideas mías. En el futuro tendré más cuidado.

Y Binoy se marchó tan bruscamente como había llegado, inundado por aquella nueva emoción.

Anandamoyi llamó entonces a Mohim y le dijo:

—Binoy no se casará con Sasi.

—¿Por qué? ¿Te opones tú?

—Sí; me opongo porque estoy convencida de que esa unión nunca llegaría a efectuarse.

—Gora dio su consentimiento, y también Binoy. ¿Por qué no ha de efectuarse? Aunque, por descontado, si tú te opones, Binoy no se casará.

—Conozco a Binoy mejor que tú.

—¿Mejor que Gora?

—Sí, mejor que Gora; y, por lo tanto, después de considerar el proyecto desde todos los puntos de vista, opino que no puedo dar mi consentimiento.

—Bueno; esperemos a que vuelva Gora.

—Mohim, escucha. Si tratas de forzar las cosas crearás conflictos. No quiero que Gora vuelva a hablar del asunto con Binoy.

—Está bien. Veremos lo que ocurre —dijo Mohim llenándose la boca de *pan*, al tiempo que salía de la habitación.

CAPÍTULO XXVI

Al iniciar el viaje, Gora llevaba consigo a cuatro compañeros: Abinash, Motilal, Basanta y Ramapati. Pero pronto empezó a resultarles difícil mantenerse al paso de Gora. Abinash y Basanta regresaron a Calcuta a los pocos días, pretextando estar enfermos. Lo único que retenía a los otros dos era su profunda devoción hacia Gora. Mantenerse a su lado suponía no pocos sacrificios, pues no había caminata capaz de fatigarle ni espera que lograra aburrirle; pasaba días y más días en casa de los que brindaban hospitalidad a aquellos viajeros brahmanes, a despecho de todas las incomodidades. Las gentes de los pueblos se apiñaban a su alrededor para escucharle, y no encontraban el momento de separarse de él.

Aquella era la primera vez que Gora veía con sus propios ojos cuáles eran las condiciones de vida de su país, fuera de la sociedad oculta y adinerada de Calcuta. ¡Qué divididas, estrechas y débiles estaban aquellas enormes extensiones de la India rural! ¡Qué inconscientes de su fuerza, qué ignorantes y qué indiferentes a su propio bienestar! ¡Qué insondables abismos sociales se abrían entre pueblos situados a escasas millas de distancia! ¡Qué cúmulo de obstáculos imaginarios y estúpidos les impedían ocupar un puesto en el comercio del mundo! Las cosas más insignificantes se les antojaban enormes; la más mínima de sus tradiciones les parecía inmovible. Si no lo hubiera visto, jamás hubiera podido ni imaginar que sus mentes fueran tan inertes, sus vidas tan miserables y sus esfuerzos tan débiles.

Cierto día, se declaró un incendio en uno de los pueblos mientras Gora estaba en él, y quedó atónito al comprobar que ni siquiera para combatir tamaña calamidad acertaba aquella gente a coordinar sus recursos. Todo era confusión, y la gente corría de acá para allá llorando y gimiendo sin hacer nada útil. Por los alrededores no había ninguna fuente, y las mujeres de la vecindad tenían que traer desde muy lejos el agua para los trabajos de la casa. Ni siquiera los que disfrutaban de una posición relativamente desahogada habían soñado en perforar un pozo para mitigar aquella incomodidad. No era aquél el primer incendio que devastaba al pueblo, pero, como en las otras ocasiones, la gente lo consideró una visita de la Desgracia, y no se les ocurrió buscar el medio de disponer de cierto caudal de agua.

Gora empezaba a considerar absurdo hablar a aquella gente de las condiciones del país cuando ni siquiera sabían comprender las más perentorias necesidades de sus propias casas. Y lo que más le asombraba era que ni Motilal ni Ramapati demostraban la menor inquietud ante tal estado de cosas; al contrario, les parecía que Gora exageraba.

—Así es como está acostumbrados a vivir los pobres —decían entre sí—. Lo que para nosotros sería una gran penalidad, para ellos no es nada.

Creían que el deseo de procurarles una vida mejor no era más que sentimentalismo. Pero para Gora era una angustia constante enfrentarse con aquel horrible lastre de ignorancia, desgana y sufrimiento que arrastraban pobres y ricos, sabios e ignorantes por un igual y que les impedía avanzar.

Motilal recibió la noticia de que uno de sus familiares estaba enfermo y regresó a su casa, dejando solos a Gora y a Ramapati.

Éstos siguieron adelante y llegaron a un pueblo mahometano, situado a orillas de un río. Después de buscar durante mucho tiempo algún lugar en el que pudieran aceptar hospitalidad, hallaron una casita hindú, algo apartada de las demás, habitada por un barbero. Cuando éste hubo dado la bienvenida a los huéspedes brahmanes, entraron todos en la casa y lo primero que vieron fue un niño mahometano, adoptado por el barbero y su esposa. El ortodoxo Ramapati se mostró escandalizado, y cuando Gora señaló al barbero que aquello era impropio de un hindú, el hombre respondió:

—¿Dónde está la diferencia? Ellos le llaman Alá y nosotros Hari. Eso es todo.

El sol estaba ya muy alto y calentaba atrocemente. El río estaba lejos, al otro lado de una ancha franja de arena abrasadora. Ramapati, atormentado por la sed, se preguntaba dónde podría hallar agua potable para un hindú. Cerca de la casa del barbero había un pequeño pozo, pero el agua estaba contaminada por aquel renegado y él no podía bebería.

—¿No tiene padres ese niño? —preguntó Gora.

—Tiene padre y madre, pero puede considerársele prácticamente huérfano —contestó el barbero.

—¿Qué quieres decir?

Las tierras donde vivían habían sido arrendadas a los plantadores de índigo, que continuamente disputaban a los agricultores los derechos a cultivar las fértiles tierras aluviales de ambas riberas. Todos los agricultores habían cedido ante los *sahibs* a excepción de los que habitaban aquel pueblo de Ghosepara, que se negaron a dejarse expulsar. Todos eran mahometanos y su líder, Faru Sardar, no temía a nadie. Durante las disputas con los plantadores, fue encarcelado dos veces por pelear contra la policía, y reducido a la más absoluta miseria; pero, a pesar de ello, se negaba a claudicar.

Aquel año, los agricultores consiguieron recoger en las tierras aluviales una cosecha temprana, pero después apareció el plantador en persona con una cuadrilla de hombres armados de trancas y les requisó todo el grano. Fue en aquella ocasión cuando Faru Sardar, en defensa de sus convecinos, descargó tal golpe en la mano derecha del *sahib* que tuvieron que amputársela. Semejante atrevimiento era algo inaudito.

A partir de entonces, la policía se dedicó a asolar aquellas tierras. No hubo casa que se librara del saqueo ni mujer que fuera respetada. Además de Faru, muchos hombres

fueron encarcelados y otros huyeron del pueblo. En casa de Faru no había comida, y su esposa no tenía otro *sari* que un trapo, tan deteriorado que con él no podía presentarse en público. Su único hijo, Tamiz, el niño que ellos habían visto en la casa, solía llamar tía a la esposa del barbero, y cuando la mujer le vio a punto de morir de hambre se lo llevó consigo.

A unas dos o tres millas de distancia se encontraban las oficinas de la factoría de índigo, y allí estaban acuartelados el inspector de policía y sus hombres. Nadie sabía cuándo volverían a abatirse sobre el pueblo ni las atrocidades que cometerían con el pretexto de realizar investigaciones. El día anterior, sin ir más lejos, aparecieron en casa del viejo Nazim, vecino del barbero. Con Nazim estaba su cuñado que vivía en otro distrito y había ido a visitar a su hermana. Al verle, el inspector de policía exclamó: «¡Vaya, aquí tenemos a un gallito de pelea! ¡Y cómo saca el pecho!», y le asestó un bastonazo que le hizo saltar varios dientes. Cuando, al ver tal brutalidad, la hermana fue a socorrerle, la derribaron de un golpe. Antes, la policía no se hubiera atrevido a cometer tales atrocidades en aquel distrito, pero todos los hombres fuertes estaban en la cárcel o habían huido, lo que les permitía maltratar a los vecinos con la mayor impunidad, y nadie sabía hasta cuándo su sombra seguiría oscureciendo el cielo.

Gora no encontraba el momento de dejar al barbero, pero Ramapati estaba desesperado por la sed, y antes de que el hombre terminara su relato, insistió:

—¿A qué distancia está la casa hindú más próxima?

—El recaudador de impuestos de la factoría de índigo es un brahmán. Se llama Madhav Chatterjee —dijo el barbero—. Es el hindú que vive más cerca de aquí. Habita en el mismo edificio de las oficinas, a unas dos o tres millas.

—¿Qué clase de persona es? —inquirió Gora.

—Un esbirro, ni más ni menos —respondió el barbero—. No encontrarás granuja más cruel, ni de modales más suaves. Tiene alojado en su casa al inspector de policía desde hace muchos días, pero con lo que nos saquen a nosotros se resarcirá de los gastos con creces.

—Vámonos ya, Gora —terció Ramapati con insistente impaciencia—. No puedo aguantar más.

El ver a la esposa del barbero sacar agua del pozo para bañar a aquel repugnante mahometano fue demasiado para sus nervios. No deseaba permanecer ni un minuto más en aquella casa.

Gora preguntó al barbero al marcharse:

—¿Por qué sigues aquí, a pesar de todos los abusos que se cometen? ¿No tienes parientes en algún otro lugar?

—He vivido aquí toda mi vida —repuso el hombre—, y he tomado cariño a mis vecinos. Soy el único barbero hindú de estos contornos y, como no tengo tierras, los de la factoría no se meten conmigo. Además, soy casi el único hombre que queda en el pueblo, y si me marchara, las mujeres se morirían de miedo.

—Bueno, nos vamos —dijo Gora—; pero cuando hayamos comido algo, volveré.

El efecto que produjo aquella larga historia de opresión en el desfallecido Ramapati fue de indignación contra los recalcitrantes campesinos por haber atraído sobre sus cabezas todo aquel cúmulo de calamidades. Sublevarse contra los que tenían toda la fuerza le parecía el colmo de la estupidez y de la terquedad. Consideraba que aquellos brutos de mahometanos tenían la lección bien merecida. «Esta clase de gentuza siempre se busca conflictos con la policía —pensaba—. ¿Por qué no han de doblegarse ante sus señores? ¿De qué sirve este alarde de independencia?» En suma, las simpatías de Ramapati estaban del lado de los *sahibs*.

Mientras caminaban sobre la candente arena, achicharrados por el sol de mediodía. Gora no pronunció ni una palabra. Cuando, al fin, a través de los árboles, asomó el tejado de las oficinas de la factoría, se detuvo y dijo:

—Ramapati, ve a comer. Yo vuelvo a casa del barbero.

—¡Qué dices! —exclamó Ramapati—. ¿Es que no vas a comer nada? ¿Por qué no tomas antes algo en casa de este brahmán?

—No te preocupes por mí. Tú ve a comer y regresa a Calcuta. Tendré que quedarme unos días en Ghosepara; tú no podrías permanecer aquí.

Ramapati sintió que, de pronto, el sudor se le quedaba frío. No podía dar crédito a sus oídos. ¿Cómo un buen hindú como Gora hablaba de convivir con aquella chusma? ¿Se había vuelto loco, o quería morir de hambre? Pero no era momento adecuado para pensar demasiado; los segundos le parecían siglos; y Gora no tuvo que hablar mucho para convencerle de que regresara a Calcuta. Antes de entrar en las oficinas, Ramapati se volvió a mirar la alta figura de Gora que caminaba sobre la arena desierta y abrasadora.

¡Qué solo se le veía!

Gora estaba sediento y desfallecido, pero la sola idea de tener que preservar su casta comiendo en casa del desaprensivo Madhav Chatterjee se le hacía insoportable. Tenía el rostro encendido, los ojos inyectados en sangre y el cerebro en llamas a causa de la indignación que había en su interior. «¡Qué error el nuestro —pensaba— al considerar la pureza un elemento externo! ¿Permanecería pura mi casta si yo comiera en casa de ese verdugo de los pobres mahometanos, y la perdería en la del hombre que no sólo comparte sus penas sino que brinda protección a uno de ellos, a riesgo de convertirse en proscrito de la sociedad hindú? Sea cual fuere la solución final, ahora no me es posible aceptar esta conclusión.»

El barbero se sorprendió al ver volver a Gora solo. Lo primero que hizo éste al llegar a la casa fue coger el vaso del barbero, y después de limpiarlo cuidadosamente, llenarlo con agua del pozo. Cuando hubo bebido, dijo:

—Si tienes en casa arroz y *dal* puedes darme un poco, yo mismo me lo prepararé.

Su anfitrión se apresuró a disponer todo lo necesario para que Gora pudiera cocer el alimento.

Después de comer, Gora dijo:

—Pienso quedarme algún tiempo en tu casa.

El barbero, fuera de sí, juntó las manos en ademán suplicante.

—Es un honor para mí; pero esta casa está vigilada por la policía, y si te encuentran aquí no sé lo que puede ocurrir.

—La policía no se atreverá a tocarte mientras esté yo aquí; si lo intentan, yo te protegeré.

—No, no —imploró el barbero—. Te lo ruego, no pienses en ello. Si tratas de protegerme estoy perdido. Pensarán que quiero perjudicarles y que he hecho venir a un testigo para que informe de sus fechorías. Hasta ahora, he conseguido que me dejaran en paz, pero si empiezan a desconfiar tendré que marcharme y entonces el pueblo estará irremisiblemente perdido.

A Gora, que siempre había vivido en la ciudad, le costaba trabajo comprender los temores de aquel hombre. Siempre creyó que aguantar firmemente en el lado del derecho, bastaba para aniquilar el mal. Su sentido del deber no le permitía abandonar a su suerte a aquellas pobres gentes. Pero el barbero se postró de rodillas y le oprimió los pies, suplicando:

—Tú eres un brahmán, señor, y te has dignado pedirme hospitalidad; cometo un delito pidiéndote que te marches. Pero porque veo que sientes lástima de nosotros, me atrevo a decirte que estando en mi casa no conseguirás remediar la opresión de la policía, sino que, al contrario, me pondrás en un compromiso.

Gora, disgustado por lo que él creía insensata cobardía, se marchó aquella misma tarde. Incluso se arrepintió de haber comido bajo el techo de aquel inútil. Cansado y asqueado, llegó a las oficinas de la factoría al caer la noche. Ramapati no se había entretenido, y en cuanto acabó de comer emprendió el regreso a Calcuta.

Madhav Chatterjee recibió a Gora con grandes muestras de respeto y le invitó a quedarse en su casa, pero Gora, furioso, le espetó:

—¡No quiero ni tocar tu agua!

Cuando el asombrado Madhav le preguntó la razón, Gora le reprochó duramente la escandalosa tiranía de que hacía víctimas a los campesinos y se negó a tomar asiento.

El inspector de policía estaba recostado en una *tukta* provista de una enorme almohada, dando fuertes chupadas a su *hookah*. Al oír las airadas palabras de Gora, se incorporó bruscamente y le preguntó con rudeza:

—¿Quién diablos eres tú y de dónde vienes?

—¡Ah! El inspector, si no me equivoco —dijo Gora, sin contestar a sus preguntas—. Te diré que he tomado buena nota de todos tus desmanes. Si no te corriges...

—Nos harás ahorcar, ¿no? —dijo el hombre con sarcasmo volviéndose a su amigo—. Nos ha caído un árbitro algo exaltado, por lo que veo. Al pronto creí que se trataba de un mendigo, pero ¡fíjate en sus ojos! ¡Sargento! —gritó a uno de sus hombres.

Madhav, intranquilo, cogió una mano al inspector y le suplicó:

—¡Inspector, calma! ¡No insultemos a un caballero!

—¡Valiente caballero! —farfulló el inspector—. ¿Quién es él para hablarte en ese tono? ¿Acaso no fue eso un insulto?

—No se puede decir que lo que ha dicho no sea cierto —respondió Madhav suavemente—. ¿Por qué enfadarse entonces? Para mi desgracia, soy el agente de los plantadores de índigo, ¿se puede ser algo peor? Y no lo tomes a mal, amigo mío, pero, ¿es acaso un insulto llamar emisario de Satán a un inspector de policía? Cosa de tigres es matar y devorar la presa, ¿tendría sentido decir de ellos cosas dulces? ¡Bueno, bueno, de algún modo hay que ganarse la vida!

Madhav nunca perdía la calma a menos que con ello pudiera beneficiarse. ¿Quién era capaz de decir de antemano de dónde podía venir la ayuda y de dónde el daño? Por eso, antes de insultar a alguien, sopesaba cuidadosamente los pros y los contras. No le gustaba malgastar energías.

—Mira, Babu —dijo el inspector a Gora—. Estamos aquí para ejecutar las órdenes del Gobierno. Si intentas mezclarte en nuestros asuntos vas a salir mal parado, te lo aseguro.

Gora se marchó sin contestar, pero Madhav fue tras él y le dijo:

—Tienes razón. Nuestro trabajo es propio de carniceros; y por lo que se refiere a ese sinvergüenza de inspector, hasta sentarse en su banco es pecado. ¡No quieras saber las injusticias que he tenido que ordenar por culpa suya! Pero pronto se acabará. Dentro de

pocos años habré reunido lo suficiente para pagar los gastos de la boda de mi hija, y entonces mi esposa y yo podremos retirarnos a Benarés, y hacer vida religiosa. Me estoy cansando de todo esto. A veces me dan ganas de ahorcarme para terminar de una vez. En fin, ¿dónde piensas pasar la noche? ¿Por qué no cenas aquí y te quedas a dormir? Dispondré lo necesario para que no tengas que tropezarte con ese bandido.

Gora disfrutaba de un apetito de colosales proporciones; además, apenas había comido en todo el día. Pero todo el cuerpo le ardía de indignación y no hubiera podido quedarse en aquella casa, por lo que se excusó diciendo que le aguardaban en otro lugar.

—Permíteme que, por lo menos, te dé una linterna —dijo Madhav.

Pero Gora se alejó rápidamente, sin contestarle siquiera. Al volver a la casa, Madhav dijo al inspector:

—Seguro que ese individuo nos denuncia. Si estuviera en tu lugar, procuraría adelantarme a él enviando un mensaje al magistrado.

—¿Para qué? —preguntó el inspector.

—Sólo para avisarle de que un joven babu anda por estos alrededores recogiendo testimonios contra ti.

CAPÍTULO XXVII

El magistrado, Mr. Brownlow, estaba dando un paseo vespertino por la orilla del río, y Haran b acompañaba. A cierta distancia, su esposa paseaba en coche con las hijas de Paresh Babu.

Mr. Brownlow acostumbraba a invitar a algunos de sus más distinguidos amigos de la buena sociedad bengalí a algún que otro *garden-party* ofrecido en su casa, y también presidía el reparto de premios de la Escuela Superior. Si se le pedía que honrara con su presencia alguna boda de rango, amablemente se sacrificaba y aceptaba tan enojosa invitación. Incluso asistía de vez en cuando a algún *jatra* y, arrellanado en su sillón, escuchaba con paciencia unas cuantas canciones. El año anterior, en una fiesta de *jatra* celebrada en casa de un abogado, se mostró tan complacido de la actuación de dos de los muchachos que, a petición suya, repitieron su diálogo para él.

Su esposa era hija de un misionero, y a menudo invitaba a las esposas de los misioneros a tomar el té. Había fundado en el distrito una Escuela para niñas y se esforzaba en aumentar el número de alumnas. Al ver lo muy estudiosas que eran las hijas de Paresh Babu, constantemente las estimulaba a seguir trabajando e incluso, a pesar de que vivían a cierta distancia, no dejaba de escribirles, y cada año, en Navidad, les regalaba libros religiosos.

La Feria que se celebraba con motivo del cumpleaños del magistrado había comenzado, y la señora Baroda había entrado en escena con las muchachas, Haran, Sudhir y Binoy. Estaban alojados en el *bungalow* del Gobierno. Paresh Babu, incapaz de soportar tanto ajeteo, se quedó en Calcuta. Sucharita trató por todos los medios de quedarse con él, pero Paresh Babu consideraba un deber aceptar la invitación del magistrado y la obligó a ir con los demás.

Se acordó que la función se daría en el curso de una fiesta de noche que debía celebrarse dos días después. Asistirían el comisario del distrito y el teniente-gobernador acompañado de su esposa, y el magistrado había invitado a muchos amigos ingleses, no sólo de los distritos vecinos sino incluso de Calcuta. Asistirían también unos cuantos bengalíes cuidadosamente escogidos, para los que se instalaría en el jardín una tiende, aparte, en la que se serviría un refrigerio ortodoxo.

Haran se ganó casi inmediatamente el favor del magistrado por el alto nivel de su conversación y dejó asombrado al *sahib* con sus profundos conocimientos de las escrituras cristianas, hasta tal punto que Mr. Brownlow le preguntó, por qué, ya que había profundizado tanto en la materia, no se convertía al cristianismo.

Aquella noche, mientras paseaban por la orilla, discutían muy gravemente sobre los métodos del Brahma Samaj y sobre los mejores medios para reformar el sistema social hindú. De pronto, apareció Gora, que abordó al *sahib* con un:

—Buenas noches, señor.

El día antes, fue a solicitar una entrevista con el magistrado, pero al enterarse de que para conseguir una audiencia tenía que pagar un derecho de peaje a los criados del *sahib*, prefirió acercarse a él durante el paseo, en vez de prestarse a costumbre tan vergonzosa. Durante la entrevista, ni Haran ni Gora dieron a entender que se conocían.

El magistrado quedó sorprendido por aquella súbita aparición. No recordaba haber visto nunca aquella figura de metro noventa, huesos grandes y expresión dura. Ni su complexión se parecía a la del bengalí corriente. Llevaba una camisa *khaki* y un *dhuti* tosco y bastante sucio. En la mano sostenía un bastón de bambú y, arrollado en la cabeza, el chal, a modo de turbante.

—Acabo de llegar de Ghosepara —empezó Gora.

El *sahib* emitió un leve silbido. El día antes había recibido la noticia de que cierto desconocido estaba tratando de inmiscuirse en las investigaciones de Ghosepara. ¡De modo que aquél era el individuo! Miró a Gora de pies a cabeza y preguntó:

—¿De qué parte del país es usted?

—Soy brahmán de Bengala.

—¡Oh! ¿Trabaja para algún periódico?

—No.

—Entonces, ¿qué estaba haciendo en Ghosepara?

—Acerté a pasar por allí en el curso de una jira a pie y al advertir síntomas de opresión y ante el temor de que se acentuaran, decidí venir a verle con la esperanza de que remediara la situación de aquella gente.

—¿Es que no sabe que los de Ghosepara son un atajo de bandidos?

—No son bandidos; son hombres valientes, con sentido de la independencia, que se revelan ante las injusticias.

Estas palabras enfurecieron al magistrado. Ahí estaba uno de esos jóvenes modernos a los que la educación había trastornado la mente.

«Insoportable», masculló entre dientes, y en voz alta añadió:

—No sabe usted nada de lo que pasa allí.

Su tono era severo y tajante; no admitía réplica; pero Gora replicó con su vozarrón:

—¡Usted sabe todavía mucho menos que yo!

—Mire, permítame que le advierta que si se mezcla en este asunto de Ghosepara le costará caro.

—En vista de que está lleno de prejuicio contra los campesinos y decidido a no remediar la injusticia, no me queda otra alternativa que volver a Ghosepara y hacer cuanto esté en mi mano para animar a la gente a resistirse contra la opresión de la policía.

El magistrado se detuvo bruscamente y volviéndose hacia Gora con la rapidez de un rayo le gritó:

—¡Esto es una abominable insolencia!

Gora se alejó lentamente, sin contestar.

—¿Qué síntomas son esos que se advierten ahora en sus compatriotas? —preguntó el *sahib* con desdén.

—Son síntomas de que su educación no ha calado lo suficiente —respondió Haran en tono de condescendencia—. No han asimilado enseñanzas morales. A esa gente se le escapa lo mejor de la cultura inglesa. Esos ingratos han aprendido la lección de rutina y no poseen formación moral, y por eso no admiten que la dominación británica en la India es un don de la providencia.

—No adquirirán esa cultura moral hasta que acepten a Cristo —observó el magistrado sentenciosamente.

—En cierto modo, tiene usted razón —admitió Haran.

Y se enfrascó en un minucioso análisis de sus concordancias y discrepancias con la doctrina cristiana.

El magistrado estaba tan cautivado por aquella disertación que su esposa, después de acompañar a las hijas de Paresch Babu hasta el *bungalow*, tuvo que recordarle lo avanzado de la hora.

—¡Por Júpiter! —exclamó él mirando el reloj—. ¡Las ocho y veinte! —Al subir al coche estrechó efusivamente la mano de Haran diciendo—: Ha sido una tarde muy agradable gracias a su interesante charla.

Haran, al regresar al *bungalow*, refirió con todo detalle la conversación sostenida

con el magistrado, pero sin mencionar la súbita aparición de Gora.

CAPÍTULO XXVIII

Cuarenta y siete de los infortunados campesinos habían sido encarcelados sin juicio, simplemente para que su suerte sirviera de advertencia a los demás.

Al dejar al magistrado, Gora se fue en busca de un abogado. Le dijeron que Satkori Haldar era uno de los mejores de aquella localidad, y Gora se dirigió a su casa. El abogado resultó ser un antiguo condiscípulo de Gora.

—¡Vaya, pero si es Gora! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo por estas tierras?

Gora le explicó que deseaba presentar al Tribunal una solicitud de libertad bajo fianza para los prisioneros de Ghosepara.

—¿Quién depositará la fianza? —preguntó Satkori.

—Yo, desde luego.

—¿Puedes salir fiador de cuarenta y siete individuos?

—Si los *mukhtears* responden, yo estoy dispuesto a pagar las costas.

—Subirá un pico...

Al día siguiente, se formuló la solicitud ante el Tribunal. Pero en cuanto el magistrado reconoció al larguirucho de la víspera en el hombre del traje polvoriento, denegó automáticamente la solicitud. Y en la cárcel quedaron, entre otros, viejos de ochenta años y muchachos de catorce.

Gora pidió a Satkori que los defendiera, pero éste respondió:

—¿De dónde ibas a sacar testigos? Todos los que estaban allí se encuentran ahora en la cárcel. Además, toda la comarca está aterrorizada por las investigaciones que siguieron a la agresión contra la persona del *sahib*. El magistrado sospecha que se trata de una conspiración de sediciosos educados. Si demuestro demasiado interés por esa gente, tal vez llegue a sospechar de mí. Los periódicos angloindios no se cansan de lamentarse de que las vidas de los ingleses que habitan las zonas rurales peligrarán si se tolera la soberbia de los nativos. Pero la realidad es que las cosas han llegado a un extremo en que resulta difícil para los nativos vivir en su propia tierra. Sé que la opresión alcanza terribles proporciones, pero no se puede hacer nada para combatirla.

—¿Que no se puede hacer nada? —exclamó Gora—. ¿Es que no podríamos...?

—Veo que no has cambiado desde nuestros tiempos de estudiantes —rió Satkori—. No podemos hacer nada por la sencilla razón de que tenemos mujer e hijos que alimentar. Se morirían de hambre sin nosotros. ¿Cuántos hombres hallarás dispuestos a jugarse la vida de su familia, por tomar sobre sus hombros la responsabilidad de otro, teniendo en cuenta que en nuestro país las familias no son pequeñas precisamente? Los que tienen ya a su cargo a más de una docena de personas no pueden permitirse el lujo de tomar bajo su techo a una docena más.

—Entonces, ¿no vas a hacer nada por esa pobre gente? —insistió Gora—. ¿No podrías apelar al Supremo o...?

—¿Es que no te das cuenta de la situación? —interrumpió Satkori con impaciencia—. El que ha sido herido es un inglés. Todos los ingleses son de la raza del rey. Una afrenta que se inflija al más insignificante de los hombres blancos es como una pequeña rebelión contra el rajá inglés. No querrás que me granjee la antipatía del magistrado por atacar este sistema sin la menor posibilidad de éxito.

Al día siguiente, Gora decidió salir para Calcuta en el tren de las diez y treinta, para tratar de conseguir la ayuda de algún abogado de la ciudad. Iba camino de la estación cuando tropezó con un obstáculo.

Se había organizado para el último día de las fiestas un partido de *cricket* entre un equipo de estudiantes de Calcuta y el de la localidad. El equipo visitante se estaba entrenando cuando uno de sus jugadores quedó lesionado por haber recibido un fuerte pelotazo en una pierna. Junto al campo había una cisterna de agua. Dos de sus compañeros llevaron al herido al borde de la cisterna y estaban vendándole la pierna con un paño empapado en el agua cuando, de pronto, apareció a su lado un alguacil que empezó a golpearles e insultarles furiosamente.

Los estudiantes de Calcuta no sabían que la cisterna fuera propiedad privada ni que estuviera prohibido utilizarla; aunque lo hubieran sabido, no estaban acostumbrados a que la policía les insultara sin razón. Todos eran muchachos fuertes, por lo que respondieron al insulto como merecía. Al ruido de la pelea acudieron más alguaciles, y en aquel momento apareció también Gora.

Conocía a aquellos muchachos, pues en varias ocasiones le había llevado a jugar a distintas localidades. Al verles maltratados por la policía, no pudo impedir acudir en su ayuda.

—¡Tened cuidado! —gritó a los alguaciles—. ¡No les pongáis las manos encima a esos muchachos!

Pero los alguaciles le contestaron con palabras soeces, y no tardó en desencadenarse una violenta pelea. Empezó a arremolinarse la gente, y al momento acudieron estudiantes a

docenas. Animados por el apoyo de Gora, lanzaron un furioso ataque y consiguieron poner en fuga a las fuerzas de la policía. Para los espectadores, el incidente resultó muy divertido; pero ni que decir tiene que para Gora, no.

Entre tres y cuatro de la tarde, mientras Binoy, Haran y las muchachas estaban ensayando en el *bungalow*, se presentaron dos estudiantes conocidos de Binoy a decirle que Gora y algunos de sus compañeros habían sido detenidos y se encontraban en el calabozo de la estación de policía, esperando el juicio, que debía celebrarse al día siguiente, bajo la presidencia del magistrado.

¡Gora detenido! La noticia asombró a todos excepto a Haran. Binoy se fue a toda prisa en busca de su antiguo condiscípulo Satkori Haldar y le llevó a la estación de policía.

Satkori sugirió solicitar la libertad provisional, pero Gora se negó rotundamente a utilizar los servicios de un defensor y a aceptar fiadores.

—¿Qué te parece? —exclamó Satkori dirigiéndose a Binoy—. ¿Quién diría que Gora ha dejado atrás sus tiempos de estudiante? No parece tener ahora mucho más sentido común que en aquella época.

—No quiero conseguir la libertad con dinero ni con influencias. Según nuestras escrituras, al rey pertenece el derecho de administrar justicia. Ante él retrocede toda injusticia. Pero si, bajo este Gobierno, la gente tiene que comprar su libertad, gastando todo lo que posee para hacer prevalecer sus derechos, yo, por lo que a mí respecta, no daré ni un céntimo por obtener semejante justicia.

—Con los mahometanos, hubieras tenido que empeñar la cabeza para sobornar a los jueces —dijo Satkori.

—El defecto era de quienes dispensaban justicia, no del rey —respondió Gora—. Incluso ahora existen malos jueces que se dejan sobornar. Pero, con este sistema, el desgraciado que tiene que presentarse a juicio ante el rey, ya sea demandante o demandado, inocente o culpable, acaba en la ruina. Por añadidura, cuando es la Corona la parte demandante y una persona como yo la demandada, entonces todos los fiscales y todos los abogados son para el rey y a mí se me deja solo con mi sino. Si basta con que la causa sea justa, ¿por qué ha de tener la Corona un defensor? Sí, por el contrario, el sistema requiere la defensa de los abogados, ¿por qué no ha de poder tenerlos, también, la parte contraria? ¿Es esto un sistema de gobierno o la guerra contra el individuo?

—No te sulfures, camarada —rió Satkori—. La civilización no es mercancía barata. Si tienes que pronunciar juicios difíciles, tendrás que hacer leyes difíciles, y si las leyes son difíciles se convierten en una profesión mercantil en la que interviene la compraventa. Por consiguiente, los tribunales civilizados son mercados de justicia, y los que carecen de dinero se exponen a que se les estafe. ¿Qué harías tú si estuvieras en el lugar del rey, pregunto yo?

—Si mis leyes fueran tan difíciles que ni los jueces mejor pagados supieran interpretarlas, proveería a ambas partes de expertos abogados, o no me jactaría de ser superior a los mogoles y a los partos mientras obligara a mis súbditos a comprar justicia.

—¡Ah, ya comprendo! —dijo Satkori—. Pero como ese día bienaventurado no ha llegado aún ni tú eres el rey, sino el acusado de un emperador civilizado, tendrás que gastar tu dinero o procurarte la ayuda de algún amigo abogado. De lo contrario, esto no acabará bien.

—Que acabe como quiera —dijo Gora enfáticamente—. Deseo correr la misma suerte que mis compatriotas desheredados.

Binoy le suplicó que entrara en razón, pero Gora se negó a escucharle, y le preguntó:

—¿Cómo es que estás aquí?

Binoy se sonrojó ligeramente. Si Gora no hubiese estado en el calabozo, Binoy seguramente le hubiera explicado el motivo de su visita con aire de reto, pero en aquellas circunstancias no supo qué decir.

—En otro momento te lo explicaré. Ahora se trata de ti...

—Hoy estoy invitado por el rey —interrumpió Gora—. El rey en persona se ocupa de mí; no tenéis por qué atormentaros.

Binoy comprendió que no le sería posible convencer a su amigo, por lo que desistió de contratar los servicios de un abogado defensor. No obstante, le dijo:

—Sé que no podrás comer el rancho de la cárcel. Dispondré que te traigan la comida.

—Binoy —exclamó Gora con impaciencia—, ¿por qué malgastas de ese modo tus energías? No quiero nada de fuera. Quiero correr la misma suerte que mis compañeros de prisión.

Binoy regresó al *bungalow* presa de gran agitación. Sucharita espiaba su regreso desde la ventana de su habitación, donde la muchacha se había encerrado, incapaz de soportar la compañía ni la conversación de los demás.

Cuando vio a Binoy acercarse al *bungalow* con expresión de tristeza y abatimiento, sintió que la angustia le atenazaba el corazón, pero, haciendo un esfuerzo, consiguió dominar sus sentimientos. Cogió un libro y salió de su habitación. Lolita estaba en un rincón de la sala ocupada en una labor de bordado, trabajo que detestaba. Labonya jugaba con Sudhir a las adivinanzas y Lila les escuchaba. Haran estaba ultimando los detalles de la función con la señora Baroda.

Sucharita escuchó, conteniendo el aliento, el relato que hizo Binoy del encuentro de Gora con la policía. A Lolita le subió la sangre a las mejillas y la labor en que había estado trabajando cayó de su regazo.

—No te preocupes, Binoy Babu —dijo la señora Baroda—. Esta noche hablaré de Gourmohan Babu con la esposa del magistrado.

—Te ruego que no lo hagas —suplicó Binoy—. Si Gora se enterase, nunca me lo perdonaría.

—Pero habrá que hacer algo por defenderle —dijo Sudhir.

Binoy les explicó entonces que Gora se había negado a aceptar la fianza y a utilizar los servicios de un defensor.

—¡Qué estúpida afectación! —exclamó Haran despectivamente, sin poder contener su impaciencia.

Hasta aquel momento, a pesar del menosprecio que Haran le inspiraba, Lolita nunca le había faltado al respeto. Pero, entonces, sacudiendo la cabeza con vehemencia, exclamó:

—¡No es afectación! Gour Babu ha hecho muy bien. ¿Es que es deber del magistrado acosarnos para que tengamos que defendernos de él? ¿Acaso no basta con que le demos un buen sueldo, que además hemos de pagar a un abogado para que nos libre de sus garras? Antes que aceptar esta clase de justicia, es mejor ir a la cárcel.

Haran se la quedó mirando, sorprendido. Siempre la consideró una niña, incapaz de tener opiniones propias. Severamente, la reprendió:

—¿Qué sabes tú de esas cosas? Por lo visto, te han trastornado las baladronadas irresponsables de algunos de esos colegiales aprendices de político que se empollan unos cuantos libros de rutina, pero que carecen de ideas y de cultura...

A continuación, les describió el encuentro que presenciara la noche antes entre Gora y el magistrado y lo que éste le dijo después. El asunto de Ghosepara alarmó a Binoy, pues le hizo comprender que el *sahib* no soltaría a Gora con facilidad.

La historia no surtió el efecto que Haran esperaba. Sucharita se sintió herida por la mezquindad demostrada por Haran al no haber dicho nada de aquella entrevista hasta entonces, y todos empezaron a despreciarle por la mala voluntad que alimentaba hacia Gora.

Sucharita permaneció callada; por un momento, pareció que también ella iba a protestar, pero logró dominarse. Cogió el libro y se puso a hojearlo con mano temblorosa.

—No me importa que Haran Babu se ponga de parte del magistrado —dijo Lolita

con aire de desafío—. A mi modo de ver, todo ello sólo demuestra la nobleza de carácter de Gour Babu.

CAPÍTULO XXIX

Como quiera que aquel día era esperada la llegada del gobernador, el magistrado hizo su entrada en la audiencia con toda puntualidad, a las diez y media, con la esperanza de acabar temprano con el trabajo de dispensar justicia.

Satkori Babu, que defendía a los estudiantes, trató de aprovechar la oportunidad para ayudar a su amigo. Al ver cómo estaban las cosas, llegó a la conclusión de que lo mejor sería reconocer la culpabilidad de sus defendidos y pedir clemencia, habida cuenta de la juventud e inexperiencia de los muchachos.

El magistrado los sentenció a penas que oscilaban entre los cinco y los veinticinco latigazos, según la edad y grado de la culpa de cada cual. Gora no tenía defensor y, en su propia defensa, trató de demostrar que la actuación de la policía había sido de inexcusable violencia, pero el magistrado le atajó bruscamente y le sentenció a un mes de prisión mayor por entorpecer la labor de la policía, añadiendo que podía darse por satisfecho de salir tan bien librado.

Sudhir y Binoy estaban en la sala, pero este último no pudo mirar a Gora a la cara. Salió de la sala apresuradamente, pues le parecía que iba a ahogarse. Sudhir le pidió que volviera con él al *bungalow*, tomara un baño y comiera algo; pero Binoy no le escuchaba. Atravesó el jardín de la Audiencia y se sentó bajo un árbol.

—Regresa al *bungalow*. Yo iré después.

Binoy no hubiera podido decir cuánto rato permaneció allí sentado. Pero el sol había pasado ya el meridiano cuando advirtió que un carruaje se detenía ante él. Al levantar la vista, vio que Sudhir y Sucharita bajaban del coche y se dirigían hacia donde él estaba. Binoy se levantó presurosamente y oyó que Sucharita le decía con voz cargada de emoción:

—Binoy, ¿no vienes?

Binoy no tardó en advertir que estaban llamando la atención, por lo que inmediatamente se fue con ellos hacia el coche. Durante todo el trayecto, ninguno de los tres habló.

Al llegar al *bungalow*, Binoy vio que se estaba desarrollando una seria pelea. Lolita había declarado que aquella noche no pensaba asistir a la fiesta. La señora Baroda se hallaba ante un grave dilema, y liaran estaba furioso por la insubordinación de aquella chiquilla. Una y otra vez se lamentó de que los jóvenes y muchachas de aquella generación hubieran sido atacados por el virus de la indisciplina. ¡Aquel era el resultado de

permitírseles hablar de tonterías con según qué clase de gente!

Cuando llegó Binoy, Lolita le dijo:

—Binoy Babu, te pido perdón. Fui injusta contigo al no comprender la razón de tus objeciones. Pero es porque nunca hemos salido de un estrecho círculo por lo que no conseguimos comprender muchas cosas. Aquí, Panu Babu afirma que la administración de este magistrado es una fuente de providencia para la India. Si eso es cierto, lo único que puedo decir es que nuestros fervientes deseos de maldecir esa administración son también fuente de providencia.

—¡Lolita, tú...! —empezó Haran, furioso.

Pero Lolita, volviéndole la espalda, le dijo:

—¡Cállate, por favor! No estoy hablando contigo. Binoy Babu, no te dejes convencer por nadie. Esta noche no debe haber función. ¡Por nada del mundo!

—¡Lolita! —gritó la señora Baroda tratando de poner fin a aquellos comentarios—. ¡Qué falta de consideración para con nuestro amigo! ¿Es que no vas a permitir a Binoy Babu tomar un baño y comer algo? Es ya la una y media. ¡Fíjate en lo pálido y cansado que está!

—No me es posible comer en esta casa —dijo Binoy—. Somos huéspedes del magistrado.

La señora Baroda trató de apaciguar los ánimos y humildemente pidió a Binoy que se quedara; pero al ver que todas sus hijas guardaban silencio, les gritó, enojada:

—¿Se puede saber qué os pasa? Suchi, ¿quieres hacer el favor de explicar a Binoy Babu que hemos dado nuestra palabra, que se ha invitado a mucha gente y que, sea como sea, tenemos que dar la función? ¿Qué dirían de nosotros, si no lo hiciéramos? ¡Nunca más podría mirarles a la cara!

Pero Sucharita permaneció callada, con la vista clavada en el suelo.

Binoy se dirigió a las oficinas de la Compañía de Navegación Fluvial, donde se enteró de que al cabo de dos horas salía para Calcuta un vapor que tenía su llegada a aquella capital a las ocho de la mañana siguiente.

Haran se desató en improperios contra Gora y Binoy. Sucharita se retiró rápidamente a su habitación. Al poco rato, entró Lolita, quien la encontró tendida en la cama, con el rostro entre las manos.

Lolita corrió el cerrojo, se acercó lentamente a Sucharita y, sentándose en el borde de la cama, empezó a acariciarle el cabello. Al cabo de un rato, cuando Sucharita estuvo ya

más calmada, le apartó las manos del rostro y, mirándole fijamente, le susurró al oído:

—*Didi*, marchémonos del *bungalow*. Volvamos a Calcuta. No debemos ir a casa del magistrado esta noche.

Sucharita no contestó; pero cuando Lolita le hubo repetido varias veces la proposición, se sentó en la cama y dijo:

—¿Cómo quieres que nos vayamos? Yo no quería venir; pero puesto que nuestro padre me mandó, no debo marcharme sin haber cumplido el objetivo del viaje.

—Pero nuestro padre no sabe nada de lo que ha ocurrido últimamente —arguyó Lolita—. Si lo hubiera sabido, nunca nos habría mandado venir.

—¿Cómo saberlo con seguridad?

—Pero, dime, *Didi*, ¿es que vas a poder representar tu papel? ¿Y puedes siquiera pensar en poner los pies en la casa de ese hombre? ¿Y luego, salir al escenario, disfrazada, a recitar? Yo no podría decir una palabra ni aunque me mordiera la lengua hasta hacerla sangrar.

—Lo sé, querida —dijo Sucharita—. Pero hay que soportar incluso los peores tormentos. No podemos volver atrás. ¿Crees acaso que yo olvidaré este día mientras viva?

Enojada por la mansedumbre de Sucharita, Lolita fue en busca de su madre y le dijo:

—¿Tú no vas, madre?

—¿Qué le ocurre a esta muchacha? —exclamó la señora Baroda, desconcertada—. Todos tenemos que estar allí a las nueve.

—Yo me refería a Calcuta —dijo Lolita.

—¡Qué tontería!

—Y tú, Sudhir-dada —dijo Lolita, volviéndose hacia él—, ¿piensas seguir aquí?

Sudhir estaba indignado por la sentencia dictada contra Gora, pero no tenía la suficiente fuerza de voluntad para resistir la tentación de lucir su talento ante un público compuesto por distinguidos *sahibs*. Dijo que tenía sus dudas, pero que creía que acabaría quedándose.

—No perdamos más tiempo en discusiones —dijo la señora Baroda—. Vayamos a descansar un poco, o esta noche estaremos extenuados y dará asco vernos. Que nadie se levante hasta las cinco y media.

Y con estas palabras los mandó a la cama.

Todos se durmieron, a excepción de Sucharita, que no consiguió conciliar el sueño, y de Lolita, que permaneció sentada, muy erguida, en la cama.

La sirena del vapor llamaba insistentemente a los pasajeros. Al fin, llegó la hora de zarpar. Cuando los marineros se disponían a retirar la pasarela, Binoy, desde la cubierta superior, vio a una dama bengalí que a toda prisa se dirigía hacia el barco. Su traje y su figura le recordaron a Lolita, pero Binoy no podía dar crédito a sus ojos; y cuando la tuvo cerca ya no le cupo ninguna duda. Por un momento, pensó que iría a buscarle, pero, luego, recordó que Lolita también se había negado a asistir a la fiesta del magistrado.

Cuando ella subió a bordo, los marineros iban ya a soltar amarras.

Binoy, muy alarmado, bajó a recibirla.

—Subamos a la cubierta superior —dijo ella.

—Pero el vapor va a zarpar —dijo Binoy, con espanto.

—Ya lo sé —dijo Lolita.

Y, sin esperarle, empezó a subir la escalera.

El vapor empezó a moverse y Binoy, después de instalar a Lolita en una butaca de la cubierta superior, la miró con muda interrogación en los ojos.

—Me voy a Calcuta —explicó Lolita—. He descubierto que no podía seguir aquí.

—¿Y qué dicen los demás?

—No saben nada. Les dejé una nota.

Binoy estaba asombrado ante aquel alarde de genio y empezó, dubitativamente:

—Pero...

Lolita le atajó diciendo:

—Ahora, que el barco ya ha salido, ¿de qué sirven los peros? No estoy de acuerdo en que, por el hecho de ser mujer, tenga que soportarlo todo sin protestar. También para nosotras existen las palabras posible e imposible, bueno y malo. Antes que tomar parte en la función hubiera preferido suicidarme.

Binoy comprendió que lo hecho ya no tenía remedio y que de nada serviría discutir.

Después de unos momentos de silencio, Lolita prosiguió:

—He sido muy injusta con tu amigo Gourmohan Babu. No sé por qué, desde el primer día que le oí hablar me fue antipático. Decía las cosas con aquella vehemencia... y todos vosotros asentáis invariablemente a todo con tanta sumisión, que me ponía furiosa. Nunca he podido soportar que nadie me viniera con imposiciones. Pero ahora veo que Gourmohan Babu no sólo impone sacrificios a los demás sino también se los exige a sí mismo. Ahí reside su fuerza. Nunca vi hombre como él.

Así hablaba y hablaba Lolita, no sólo porque le doliera haber juzgado mal a Gora, sino también para acallar el malestar suscitado en su interior por lo que acababa de hacer; no se había detenido a pensar lo violento de hacer aquel viaje sin más compañía que Binoy. Pero consciente de que cuanta más vergüenza se demuestra más vergonzoso resulta todo, no paraba de charlar.

Binoy, por el contrario, no sabía qué decir. Por un lado, pensaba en Gora y en la afrenta que le había causado el magistrado, y por otro, en su propia deshonra, por haber hecho aquel viaje con el propósito de actuar en la fiesta de aquel mismo magistrado. Y, para acabar de enredar las cosas, allí estaba Lolita. Todas estas circunstancias se combinaban para dejarle sin habla.

En otro tiempo, aquella escapada de Lolita le hubiera parecido censurable; pero en aquel momento, en cambio, le produjo gran admiración, pues veía en ella prueba de gran valentía. Además, le satisfacía pensar que Lolita y él fueron los únicos en protestar abiertamente por el insulto lanzado contra Gora.

Por su gesto de desafío, no sufriría consecuencias desagradables; Lolita, por el contrario, seguramente tendría que lamentarlo durante mucho tiempo. Era extraño que hubiera considerado siempre a Lolita como enemiga de Gora. Cuanto más lo pensaba, más crecía su admiración por la intolerancia demostrada por la muchacha y la valentía de sus convicciones, que no supeditaba a los dictados de la prudencia. Y al muchacho le costaba un gran esfuerzo contener sus sentimientos.

Binoy comprendió que Lolita tenía razón al tacharle de débil. El nunca hubiera prescindido de las opiniones de su gente para hacer lo que consideraba justo. ¡Cuántas veces había dejado de ser sincero por temor de incomodar a Gora o de que Gora le considerase apocado, engañándose a sí mismo con complicadas razones para llegar al convencimiento de que las opiniones de Gora eran las suyas propias!

Comprendía que la independencia de criterio demostrada por Lolita la hacía superior a él, y sintió que su admiración por ella crecía más y más. Hubiera querido pedirle perdón por haberla juzgado mal; pero no supo encontrar las palabras adecuadas. El valiente gesto de Lolita le hizo concebir un nuevo respeto hacia la mujer, y le pareció que aquel sentimiento colmaba su vida.

CAPÍTULO XXX

Tan pronto llegaron a Calcuta, Binoy acompañó a Lolita a casa de Paresh Babu.

Antes de haber estado juntos en el vapor, Binoy no sabía cuáles eran en realidad sus sentimientos hacia Lolita. Sus disputas le absorbían por completo, y cuando estaba con ella no pensaba más que en el modo de concertar la paz con la indomable muchacha.

Sucharita surgió en el horizonte de Binoy como la estrella de la tarde, irradiando la dulzura de la femineidad, y él sintió que su espíritu se ensanchaba y completaba ante aquella maravillosa manifestación. Pero después aparecieron otras estrellas; no podía recordar con claridad el momento en que la primera, la que le había anunciado aquel derroche de luz, había vuelto a desaparecer tras la línea del horizonte.

En el mismo instante en que la rebelde Lolita subía al vapor, Binoy se dijo: «Lolita y yo estamos ahora solos, uno al lado de otro, frente al resto de la sociedad», y no conseguía desterrar de su mente el pensamiento de que, en su tribulación, Lolita había abandonado a todos para unirse a él. Fueran cuales fueran sus razones o sus propósitos, era evidente que, para Lolita, Binoy no era ya simplemente un amigo. Solo junto a ella; su familia estaba lejos y él, cerca, y este sentido de la proximidad hacía estremecer su corazón como el parpadeo de una chispa entre nubes cargadas de electricidad.

Cuando Lolita se retiró a su camarote, Binoy, completamente desvelado, se descalzó y se puso a pasear silenciosamente por cubierta. En realidad, no había ninguna necesidad de guardar a Lolita durante el viaje, pero Binoy se sintió incapaz de renunciar al placer que le brindaba aquella inesperada responsabilidad que había caído sobre sus hombros, y se aprestó a montar la guardia.

Había una inefable profundidad en lo oscuro de la noche. El cielo, limpio de nubes, estaba lleno de estrellas. Los árboles que bordeaban la orilla formaban una masa negra, como sólido plinto sobre el que se asentara el firmamento. A los pies de Binoy, rápidas y silenciosas fluían las aguas del ancho río.

Y en medio de todo aquello, dormía Lolita. Sólo esto: Lolita le había confiado su hermoso y tranquilo sueño; nada más. Y Binoy había aceptado el cargo como si fuera el más precioso de los dones, y la custodiaba como se merecía.

Ni su padre ni su madre ni nadie de su familia estaban allí; y, no obstante, Lolita podía confiar su hermoso cuerpo a aquella cama extraña y dormir sin cuidado ni temor, moviendo el pecho al compás del ritmo del poema de su sueño; ni un solo mechón de sus perfectas trenzas fuera de lugar; sus manos, suaves y femeninas, descansando sobre la

colcha en confiado abandono; sus inquietos pies, inmóviles al fin, como la cadencia recién apagada de la música de un festival que acabara de concluir... Ésta era la imagen que llenaba la mente de Binoy.

Como una perla de su concha, Lolita yacía envuelta en la silenciosa oscuridad, matizada de estrellas, y para él su reposo era lo único que importaba en aquellos momentos. «¡Estoy despierto! ¡Estoy despierto!», eran las palabras que, como triunfante clamor de trompetas, surgían de las profundidades de su naciente virilidad, entremezcladas con el silencioso mensaje del Novio que, en perpetua vela, guarda todo el universo.

Pero, en la oscuridad de aquella noche sin luna, otro pensamiento se le ofrecía insistentemente: ¡Gora está en la cárcel! Hasta aquel momento, Binoy compartió siempre todas las penas y todas las alegrías de su amigo; aquélla era la primera vez que no ocurría así. Él sabía bien que, para un hombre del temple de Gora, ir a la cárcel no suponía una gran penalidad, pero en aquel importante episodio de la vida de Gora, Binoy no intervino en absoluto. Cuando sus vidas volvieran a discurrir por el mismo cauce, ¿podría llenarse el vacío creado por aquella separación? ¿No sería aquél el fin de su íntima amistad?

Y así, bajo el transcurrir de la noche, él se sentía a un tiempo colmado y vacío, entre la creación y la destrucción, con la mirada perdida en la oscuridad.

Cuando el coche se detuvo ante la puerta de la casa de Paresh Babu y Lolita descendió de él, Binoy vio que la muchacha estaba temblando y que le costaba un gran esfuerzo dominarse. En realidad, hasta aquel momento Lolita no se había percatado de la enormidad de la falta cometida contra la sociedad. Sabía que su padre nunca la reprendería con palabras, pero precisamente su silencio era lo que ella más temía en el mundo.

Binoy dudaba sobre si debía o no debía acompañarla. A fin de tantear el deseo de la muchacha, dijo titubeando:

—Supongo que será mejor que me marche.

—No, no. Entra a ver a mi padre —respondió Lolita apresuradamente.

Binoy se sintió muy complacido por la vehemencia de sus palabras. Así, pues, su deber no se limitaba a llevarla a su casa. A causa de aquel accidente, su vida había quedado unida a la de Lolita por un vínculo especial. Comprendió que debía permanecer a su lado con mayor firmeza que nunca. El pensar que Lolita imaginaba que podía confiar en él le conmovió profundamente, y sintió como si ella le hubiera cogido la mano en demanda de ayuda. Si Paresh Babu se enojaba con Lolita por su atolondrado proceder, él cargaría con toda la responsabilidad y aceptaría las culpas para protegerla de toda censura.

Pero Binoy no comprendía bien a Lolita. La muchacha no deseaba utilizarle como barrera protectora; la verdad era que nunca le gustó ocultar nada y que quería que Paresh Babu supiera lo ocurrido con todo detalle, y recibir de lleno el impacto de su juicio, fuera cual fuera.

Desde primeras horas de la mañana estaba enojada con Binoy. Sabía que no tenía razón, pero esto, en vez de calmarla, aumentaba su mal humor.

A bordo del vapor, su estado de ánimo era distinto. Desde niña, la viveza de su genio la indujo a cometer tonterías. Pero esta escapada era algo más grave. Y el que Binoy se encontrara mezclado en ella acababa de complicar las cosas; y, no obstante, la muchacha sentía también, una íntima felicidad, como si estuviera disfrutando de un goce prohibido.

El haber acudido a un extraño en busca de amparo y haber establecido aquella intimidad, prescindiendo de todas las trabas de la familia y de la sociedad, era un gesto que se prestaba al abuso, pero la delicadeza natural de Binoy envolvió a la situación con un velo de pureza, y la muchacha se sentía libre para recrearse en la innata modestia que él revelaba. Aquél no parecía el mismo Binoy que tomaba parte en sus diversiones, que bromeaba con todos y hasta mostraba familiaridad con los criados. Ahora hubiera podido arrogarse ciertos derechos, so pretexto de protegerla, y no lo hizo; y porque se mantuvo a distancia, ella le sintió más cerca de su corazón.

Aquella noche, estos pensamientos no la dejaban dormir; después de dar vueltas en la cama durante varias horas, le pareció que iba a amanecer. Abrió sigilosamente la puerta del camarote y miró por la rendija. La noche tocaba a su fin, pero la oscuridad cargada de rocío se aferraba aún a la orilla y a los árboles que la bordeaban. Se había levantado una brisa fresca que rizaba la superficie del agua, y de la sala de máquinas llegaban los ruidos de los primeros trabajos del día.

Lolita, al salir del camarote, descubrió a Binoy dormido en una otomana de cubierta, envuelto en su chal. El corazón le latió apresuradamente al comprender que había estado velándola durante toda la noche. ¡Tan cerca, y, al mismo tiempo, tan lejos! Volvió a entrar en el camarote con paso trémulo y se le quedó mirando desde la puerta. Binoy durmiendo en el desconocido escenario del río, al amanecer... Aquella figura se convirtió de pronto para ella en el centro de la galaxia de estrellas que montan la guardia del mundo.

Lolita sintió que una indescriptible dulzura inundaba su corazón y que los ojos se le llenaban de lágrimas. Parecía que el Dios que su padre le había enseñado a adorar hubiera ido hacia ella con la mano extendida para bendecirla; y en aquel sublime momento en que sobre la adormilada orilla del río, arropada con el follaje de sus densos bosques, se verificaba la secreta unión entre la luz que llegaba y la oscuridad que partía, pareció resonar la vibrante música de una celestial *vina* despertando ecos en la bóveda de aquel universo.

Binoy movió una mano y Lolita se encerró de nuevo en el camarote. Volvió a tenderse en la cama. Tenía las manos y los pies fríos, y durante un buen rato no pudo controlar los latidos de su corazón.

La oscuridad fue fundiéndose poco a poco y el barco empezó a moverse. Lolita, terminado su arreglo personal, salió a cubierta. Binoy se había despertado ya, al oír el silbido del vapor, y, con los ojos puestos en oriente, aguardaba los primeros destellos del día.

Cuando vio salir a Lolita, se levantó y se dispuso a entrar en su camarote, pero ella le saludó diciendo:

—Temo que no habrás dormido mucho.

—Pues he pasado una buena noche.

El rocío que cubría los bambúes de la orilla empezó a brillar con luz dorada bajo los primeros rayos del sol. Ninguno de los dos había presenciado nunca un amanecer como aquél; nunca la luz les había conmovido de aquella forma. Por primera vez, se dieron cuenta de que el cielo no está vacío, sino que, extasiado y lleno de gozo, contempla cada una de las nuevas revelaciones de la creación. Se sentían íntimamente identificados con el espíritu que anida en todas las cosas del universo. Y por eso ninguno de los dos pudo pronunciar ni una palabra más.

El vapor llegó a Calcuta. Binoy alquiló un coche y, después de instalar a Lolita en su interior, tomó asiento en el pescante, al lado del cochero. ¿Quién sabe por qué, mientras atravesaban las calles de Calcuta, cambió tan bruscamente el estado de ánimo de Lolita? El que Binoy hubiera estado con ella en el vapor, en aquel difícil momento, y se hubiera visto envuelto en su vida y, después de todo ello, la llevara a casa como si fuera su protector, atormentaba el cerebro de la muchacha. Le parecía insoportable que Binoy, obligado por las circunstancias, pareciera tener sobre ella derechos de autoridad. ¿Por qué ocurrían estas cosas? ¿Por qué la música de la noche anterior acababa en una nota desafinada tan pronto como ella volvía al mundo que le era familiar?

Por eso, cuando, al llegar ante la puerta de su casa, Binoy dijo: «Creo que debo marcharme», ella sintió que su irritación iba en aumento. ¿Se figuraba que tenía miedo de presentarse con él ante su padre? Quería demostrar bien a las claras que no estaba avergonzada de sí misma, y se sentía dispuesta a contárselo todo a Paresch Babu. Por eso no quería que Binoy se escabullera en la puerta, como si ella fuera un reo. Sus relaciones con Binoy debían seguir siendo tan diáfanas como hasta entonces; no quería desmerecer a sus ojos permitiendo que las ilusiones y dudas de la noche anterior persistieran a la luz del sol.

CAPÍTULO XXXI

En el mismo instante en que Satish descubrió a Binoy y Lolita, echó a correr hacia ellos y, tomando a cada uno de una mano preguntó:

—¿Dónde está Sucharita? ¿No viene con vosotros?

Binoy echó mano al bolsillo y miró a su alrededor.

—¡Sucharita! —gritó—. ¿Dónde puede estar? ¡Por Júpiter, se ha perdido!

—¡No seas tonto! —exclamó Satish dándole un empujón—. Dime, Lolita *Didi*, ¿dónde está?

—Sucharita llegará mañana —contestó Lolita, dirigiéndose al gabinete de Paresh Babu.

Satish trató de arrastrarles consigo, mientras decía:

—Venid a ver quién está aquí.

—Déjanos ahora —dijo Lolita, desasiéndose—. Quiero ver a padre.

—Padre ha salido —explicó Satish— y tardará en volver.

Al oír esto, Binoy y Lolita agradecieron el respiro.

—¿Quién dices que ha venido? —preguntó Lolita.

—¡No os lo digo! Binoy Babu, vamos a ver si lo adivinas. ¡Pero no podrás! Estoy seguro.

Binoy empezó a sugerir una serie de nombres a cual más imposible, como Nawab Surajuddaula, el rey Nabakrishna e incluso Nandakumar. Satish negaba con voz chillona, dando pruebas concluyentes de la imposibilidad de que aquellos personajes estuvieran en la casa. Binoy reconoció su derrota, y dijo humildemente:

—Tienes razón; se me olvidaba que Nawab Surajuddaula encontraría muchos inconvenientes en esta casa. Deja que vaya tu hermana a investigar el misterio y, después, si es necesario, me llamas.

—No; tenéis que venir los dos.

—¿A qué habitación hemos de ir? —preguntó Lolita.

—Al último piso.

En un rincón de la azotea de la casa había un cuartito con un porche orientado a mediodía. Obedientes, subieron la escalera en pos de Satish y, al llegar a la terraza, vieron, debajo del porche, sentada en una alfombrilla a una mujer ya madura, con lentes, que leía el *Ramayana*. Una de las varillas de sus lentes estaba rota y ella la había sustituido por un cordel, que le colgaba sobre la oreja. Aparentaba tener unos cuarenta y cinco años. Su cabello empezaba a escasear sobre la frente, pero su tez era lozana y su rostro redondo como una fruta madura. Tenía entre las cejas una marca indeleble, pero no llevaba adornos y su traje era como el de las viudas.

Al ver a Lolita, la mujer se quitó inmediatamente las gafas, dejó el libro y la miró fijamente. Luego, al distinguir a Binoy, se levantó apresuradamente, echándose el *sari* por la cabeza e iba a retirarse al interior de la habitación, cuando Satish la detuvo, diciendo:

—Tía, ¿por qué te marchas? Son mi hermana Lolita y Binoy Babu. Mi hermana mayor llegará mañana.

Esta breve presentación pareció suficiente, pues era indudable que Satish había hecho ya una minuciosa descripción de su amigo ya que cuando encontraba un tema de su agrado no se reservaba nada.

Lolita no sabía qué decir, ni se imaginaba quién podía ser aquella tía de Satish. Pero al ver que Binoy la saludaba sin vacilar inclinándose a coger el polvo de sus pies, ella le imitó.

La tía sacó una alfombra grande y mientras la extendía les dijo:

—Siéntate, hijo; siéntate, madrecita.

Cuando Binoy y Lolita estuvieron sentados, ella volvió a instalarse en su alfombra y Satish se le echó sobre el regazo. Rodeando al niño con un brazo, dijo a los recién llegados:

—Probablemente no me conoceréis. Soy tía de Satish. Su madre era hermana mía.

En la expresión de su rostro y en el tono de su voz, más que en aquellas breves palabras, se advertía que la vida de aquella mujer había sido purificada por las lágrimas.

Cuando dijo: «Soy tía de Satish», estrechando al niño contra su pecho, Binoy, sin saber por qué, sintió por ella una profunda compasión, y le dijo:

—No está bien que seas tía sólo de Satish. Tendré que enfadarme con él si insiste en

monopolizarte de ese modo. Ya es bastante que se empeñe en llamarme Binoy Babu, en lugar de *Dada*, para que encima me escamotee una tía.

Binoy sabía ganarse a la gente, y, al momento, aquel muchacho simpático y de rostro inteligente fue con Satish copropietario del corazón de la mujer.

—¿Y dónde está, pues, mi hermana, tu madre, hijo?

—Murió hace ya largos años —respondió Binoy—, pero no puedo decir que no tenga madre.

Y al pensar en Anandamoyi sintió que las lágrimas acudían a sus ojos.

Pronto estuvieron hablando tan animadamente que nadie hubiera dicho que acababan de conocerse. Satish metía baza en la conversación de vez en cuando, pero Lolita permanecía callada.

Lolita fue siempre una muchacha muy reservada; le costaba dar familiaridad a las personas que no conocía bien. Además estaba intranquila. No acababa de gustarle la franqueza con que Binoy trataba a la desconocida. Le reprochaba aquella volubilidad y el que no comprendiera la difícil situación en que ella estaba colocada. Claro que tampoco le hubiera parecido bien que él se mostrase silencioso y taciturno. En tal caso le habría reprochado la impertinencia de querer cargar con una responsabilidad que sólo incumbía a ella y a su padre.

Lo cierto era que lo que por la noche le había parecido música, le crispaba los nervios, y nada de lo que pudiera hacer Binoy le sentaba bien. ¡Sólo Dios sabía el remedio a este mal! ¿Por qué tachar de insensatas a las mujeres cuya vida es toda desasosiego porque el corazón les haga marchar por extraños derroteros? Si el fundamento del amor es bueno, el mandato del corazón resulta tan dulce y tan sencillo que el intelecto tiene que esconder la cabeza, avergonzada; pero si existe algún defecto en este fundamento, el intelecto no consigue corregirlo y resulta ocioso pedir explicaciones sobre la atracción o la repulsa, la risa o el llanto.

Pasaba el tiempo y Paresh Babu no volvía. El impulso de levantarse y marcharse a casa era cada vez más fuerte en Binoy, que procuraba dominarlo impidiendo que la conversación con la tía de Satish decayera ni un instante. Al fin Lolita no pudo aguantar más y le interrumpió bruscamente, diciendo:

—¿A quién estás esperando? ¡Quien sabe a la hora que volverá mi padre! ¿No sería mejor que fueras a ver a la madre de Gourmohan Babu?

Binoy se encogió visiblemente. Conocía bien aquel tono. Lanzó una rápida mirada al rostro de Lolita y se puso en pie de un salto con la misma rapidez con que se endereza el arco al ser disparada la flecha. ¿A quién estaba esperando? Nunca presumió que su presencia fuera indispensable; se hubiera despedido en la puerta si Lolita no le hubiese

invitado a entrar. ¡Y que le preguntase a quién esperaba...!

Lolita se sorprendió de la presteza con que se levantó Binoy. Vio que de su rostro se había borrado su habitual sonrisa al igual que se apaga la llama de una vela a un soplo de aire. Nunca le había visto tan alicaído, tan dolido, y al mirarle sintió como un latigazo de remordimiento.

Satish se levantó de un brinco y colgándose de la manga de Binoy se puso a rogar y suplicar:

—Binoy Babu, siéntate, no te vayas... Tía, por favor, pide a Binoy que se quede a desayunar... Lolita ¿por qué le has dicho que se fuera?

—No, Satish, muchacho, hoy no —dijo Binoy—. Si la tía es tan amable que no se olvida de mí, en otra ocasión vendré a tomar algo. Hoy es demasiado tarde.

Incluso la tía de Satish advirtió el dolor que había en su voz y sintió lástima del muchacho. Miró tímidamente a Binoy y a Lolita y se dijo que entre bastidores aquellos muchachos estaban representando algún drama.

Lolita se excusó y se retiró a su habitación, a llorar.

CAPÍTULO XXXII

Binoy marchó a casa de Anandamoyi, humillado y furioso consigo mismo. ¿Por qué no habría ido directamente a ver su madre? ¡Qué necio fue al pensar que Lolita le necesitaba! Dios le había castigado por no haberlo dejado todo para ir a ver a Anandamoyi en cuanto llegó a Calcuta... Y la pregunta tuvo que salir de labios de Lolita. «¿No deberías ir a ver a la madre de Gour Babu?» ¿Sería posible que por un momento Lolita hubiera podido pensar en la madre de Gora más que el propio Binoy? Lolita sólo sabía de ella que era la madre de Gour Babu; pero para Binoy era la imagen de todas las madres del mundo. Anandamoyi acababa de tomar un baño y estaba sentada en su habitación, meditando a solas, cuando entró Binoy y se postró a sus pies:

—¡Madre!

—¡Binoy! —dijo ella acariciándole el cabello.

¿Qué voz más sublime que la de una madre? Su nombre, pronunciado por Anandamoyi tuvo la virtud de calmarle. Haciendo un esfuerzo por dominar su emoción dijo suavemente:

—Madre, he tardado mucho en venir.

—Lo sé todo, Binoy —dijo Anandamoyi quedamente.

—¿Te has enterado de la noticia?

Gora le había escrito desde el cuartel de la policía, mandando la carta por mediación de un abogado. En ella, le comunicaba que tal vez tuviera que ir a la cárcel. Al final, escribía:

«La cárcel no hará ningún daño a tu Gora, pero él no podrá soportarla si a ti te causa el más leve dolor. Tu aflicción es su único castigo...; el magistrado no podría infligirle otro. Pero, madre, no debes pensar tan sólo en tu hijo. En la cárcel hay otros muchos hombres que tienen madre y que no están encerrados porque hayan delinquido. Yo he querido ponerme a su lado y compartir sus penas. Si este deseo mío se cumple ahora, que ello no te entristezca.

»Tú tal vez no lo recuerdes, pero en el año del hambre, un día dejé la bolsa del dinero encima de la mesa de mi habitación que da a la calle. Cuando volví, a los pocos minutos, la bolsa había desaparecido. Estaban en ella las cincuenta rupias de mi beca, que yo tenía destinadas para comprarte un lavapiés de plata. Mientras ardía de cólera contra el

ladrón, Dios me hizo recobrar el sentido y me dije: “Ese dinero es mi donativo al infeliz que, acuciado por el hambre, lo ha robado.” Al momento se desvaneció mi furia y mi mente quedó en paz. Así, hoy me digo, también: ”Voy a la cárcel por mi voluntad, sin pesadumbre ni enojo; simplemente, a acogerme a su asilo.” Existen ciertas incomodidades en cuanto a comida y otras cosas, pero durante mi último viaje he aceptado la hospitalidad de gentes de todas las clases y condiciones, en cuyas casas a menudo tuve que prescindir de lujos e incluso de cosas necesarias. Lo que aceptamos de buen grado deja de ser una molestia. Ten la seguridad de que nadie me lleva a la cárcel a la fuerza, sino que voy a ella por mi voluntad.

»Mientras disfrutamos de las comodidades de nuestra casa, no podemos darnos cuenta del inmenso privilegio que es tener el aire y la luz del exterior y nos olvidamos de los que, con culpa o sin ella, son sometidos a insulto y a encierro y quedan privados de este don de Dios. No pensamos en esas gentes ni nos sentimos ligados a ellas. Yo quiero ahora ser marcado con el mismo estigma que ellos, en lugar de escapar pasándome a esa mayoría de pazguatos disfrazados de personas respetables.

»Madre, durante estos últimos días he aprendido mucho. Quienes se dan por satisfechos adoptando la postura de jueces son, en su mayoría, dignos de lástima. Los que están en la cárcel pagan las culpas de quienes juzgan al prójimo, pero no a sí mismos. Muchos son los que tienen parte en la perpetración de un delito, pero sólo unos pocos desgraciados lo purgan. Cuándo, cómo y dónde expiarán su culpa los que ahora viven cómodamente es algo que no sabemos. Pero, por lo que a mí respecta, yo denuncié esa falsa respetabilidad y prefiero llevar en mi pecho la marca de la infamia humana.

»Madre, dame tu bendición, y no llores por mí. Sree Krishna llevó en el pecho la señal de la coza de Bhriгу durante toda su vida, y, del mismo modo, los embates de la arrogancia van dejando una huella más y más profunda en el pecho de Dios. Si El acepta este señal como si fuera un ornato, ¿por qué habías de sufrir por mí, qué causa tienes para afligirte?»

Al recibir esta carta, Anandamoyi intentó convencer a Mohim para que fuese a ver a Gora, pero él respondió:

—¿Y la oficina? El *sahib* no me daría permiso.

Y la emprendió con Gora, por su atolondramiento e insensatez.

—Uno de estos días me voy a encontrar en la calle, simplemente a causa de nuestro parentesco —dijo para terminar.

Anandamoyi no consideró necesario ni siquiera abordar a Krishnadayal, pues en lo referente a Gora procuraba evitar hasta el más leve roce con su esposo. Sabía que Krishnadayal nunca le quiso como a un hijo; al contrario, le miraba con cierta hostilidad. Gora se interpuso entre los dos, como la cordillera Vindhya, separando su vida conyugal. A un lado, Krishnadayal con el aparato de su estricta ortodoxia; al otro, Anandamoyi con su

intocable Gora. Era como si entre las dos únicas personas que sabían la verdad del origen de Gora hubiera acabado todo contacto.

Y de este modo, el cariño que Anandamoyi profesaba a Gora se había convertido en su propio tesoro. Ella procuraba por todos los medios que la vida del muchacho en el seno de aquella familia, donde él no podía menos que sentirse a disgusto, fuera llevadera. Deseaba evitar a toda costa que alguien pudiera decir: «Esto nos ha ocurrido por culpa de tu Gora, nos calumnian por culpa de tu Gora o hemos sufrido esa pérdida por culpa de tu Gora.» Sentía que todo el peso de su hijo gravitaba sobre ella. ¡Y no era precisamente fácil de soportar! Era toda una hazaña impedir que su presencia se hiciera notar violentamente.

Hasta entonces, ejerciendo constante vigilancia, había conseguido educarle en aquel ambiente antagónico. Rodeada de la hostilidad de su familia, tuvo que sufrir insultos y pesadumbres, sin poder compartirlos con nadie.

Cuando Mohim salió de la habitación, Anandamoyi permaneció sentada en silencio junto a la ventana, y vio a Krishnadayal volver de su baño matutino, con la sagrada arcilla del Ganges esparcida por la frente, el pecho y los brazos, recitando sagradas *mantras*. Cuando estaba así purificado, nadie, ni siquiera Anandamoyi, podía acercársele. ¡Prohibición, prohibición y nada más que prohibición!

Dando un suspiro, se apartó de la ventana y entró en la habitación de Mohim; estaba sentado en el suelo, leyendo el periódico, mientras un criado le friccionaba el pecho con aceite, operación que precedía al baño matinal. Anandamoyi le dijo:

—Mohim, busca a alguien que pueda acompañarme. Quiero ir a ver a Gora. Parece decidido a ir a la cárcel; pero supongo que me dejarán verle antes de que se dicte la sentencia.

A pesar de su aparente brusquedad, Mohim profesaba a Gora verdadero afecto.

—¡Maldito individuo! —gritó—. ¡Por mí, puede ir a la cárcel! ¡El vagabundo ese...! Lo que me sorprende es que no le encerraran hasta ahora.

No obstante sus palabras, se apresuró a llamar a Ghosal, su hombre de confianza, al que despachó al momento con algún dinero para gastos legales; decidió también que si su jefe le daba permiso y la señora de su casa consentía, él mismo se desplazaría.

Anandamoyi sabía que Mohim era incapaz de ver a Gora en un apuro sin hacer algo para ayudarle, y cuando le vio dispuesto a hacer lo poco que podía hacerse, no tuvo más que decir. Sería imposible convencer a un miembro de aquella ortodoxa familia para que la acompañara, a ella, la señora de la casa, al calabozo donde se encontraba Gora, a arrostrar las miradas de curiosidad y los comentarios de la gente. Así, pues, renunció a insistir en su propósito y volvió a su habitación con los labios apretados y la sombra de un dolor contenido en los ojos. Cuando Lachmiya prorrumpió en sonoros lamentos, la reprendió y la echó fuera. Siempre fue su costumbre sufrir en silencio. La alegría y el dolor la encontraban

tranquila. Sólo Dios conocía las fatigas de su corazón.

Binoy no acertaba a descubrir qué consuelo podía ofrecer a Anandamoyi y, después de pronunciar las primeras frases, guardó silencio. Y es que ella no buscaba el consuelo de los demás; al contrario, rehuía hablar de todo aquello que no tenía remedio. Por lo que, evitando volver sobre el tema, dijo tan sólo:

—Binu, veo que aún no has tomado tu baño. Ve a prepararte, pues se hace tarde para el desayuno.

Cuando Binoy se hubo bañado, se sentó a desayunar. Al ver el sitio que quedaba vacío a su lado, Anandamoyi sintió que se le partía el corazón. Pensó en Gora, que tendría que comer la bazofia de la cárcel y, sin poderlo resistir, salió de la habitación dando una excusa.

CAPÍTULO XXXIII

Al llegar a casa y encontrar allí a Lolita, Paresch Babu supuso que su voluntariosa hija se habría metido en un lío más que regular. Contestando a la mirada de interrogación que le dirigió él, la muchacha le dijo:

—Padre, me escapé de allí. No me era posible seguir en aquella casa. El magistrado ha metido en la cárcel a Gour Babu.

Paresch Babu quedó perplejo. ¿Qué tendría que ver Gora Babu con todo aquello? Pero cuando ella le hubo relatado lo ocurrido, quedó unos minutos ensimismado. Su primer pensamiento fue para la madre de Gora. Se dijo que para el magistrado resultaba tan fácil sentenciar a Gora como sentenciar a un vulgar ladrón, y aquella indiferencia era el resultado de la falta de respeto por la justicia. La tiranía del hombre sobre el hombre era la peor de todas las crueldades; y cuando las fuerzas de la sociedad se combinaban con las del Gobierno resultaba del todo intolerable. Mientras escuchaba la historia del encarcelamiento de Gora, estos pensamientos no se apartaban de su mente.

Al ver a Paresch Babu silencioso y pensativo, Lolita le preguntó con ansiedad:

—Padre, ¿no es terrible esta injusticia?

Él respondió con su habitual ponderación:

—No sabemos con exactitud hasta dónde llegó el muchacho, pero lo cierto es que aunque se dejase llevar por sus convicciones más allá de sus derechos legales, es incapaz de cometer lo que los ingleses llaman un delito. Pero, ¿qué le vamos a hacer, hija? En nuestro tiempo, el sentido de la justicia no ha alcanzado la madurez que da la sabiduría. Se aplica el mismo castigo al delito que a la falta leve. No se puede culpar de ello a un solo hombre. Todos los hombres son responsables. —Y cambiando de tema bruscamente, preguntó—: ¿Con quién has venido?

—Con Binoy Babu.

Pero, a pesar del énfasis, se advertía en su voz una nota de debilidad. No supo pronunciar la frase con sencillez, y el rubor insistió en asomar a sus mejillas.

Paresch Babu sentía por aquella hija caprichosa y rebelde mayor afecto que por sus otros hijos, y su valiente sinceridad le admiraba tanto más cuanto a menudo la arrastraba a conflictos con el resto de la familia. Los defectos de Lolita eran evidentes y no se le escapaba que impedían que aquella cualidad resaltara debidamente; por eso él ponía

especial cuidado en cultivarla, por temor de que, al intentar dominar la indocilidad de la muchacha, se destruyera su nobleza de carácter.

La belleza de sus otras hijas era reconocida por todos, pues sus facciones eran armoniosas, y su tez, clara. Pero Lolita era más morena y su rostro admitía diferencias de opinión. Por este motivo, la señora Baroda a menudo expresaba a su esposo el temor de no poder encontrar marido adecuado para su hija mediana. Pero la belleza que Paresh Babu veía en ella no estaba en el color de la piel ni en el trazo de sus facciones, sino en la expresión; no en la perfección de las líneas, sino en la pureza de los sentimientos que asomaban a su rostro, cualidades que atraen a unos cuantos elegidos, pero que repelen a la mayoría.

Comprendiendo que Lolita nunca sería popular, pero sí genuina, Paresh Babu la atrajo hacia sí con solicitud casi dolorosa; era benévolo con sus errores porque nadie más que él se los perdonaba. En un momento, comprendió todo lo que la muchacha tendría que sufrir en días sucesivos, y cuando Lolita le dijo que había hecho el viaje sola con Binoy, pensó que la sociedad reservaría para aquella leve transgresión de sus normas un castigo desproporcionadamente duro.

Mientras él cavilaba en esto, Lolita prosiguió:

—Padre, comprendo que he hecho mal, pero ahora consigo ver algo con claridad. Las relaciones entre el magistrado y nuestro pueblo son de tal naturaleza que la hospitalidad que él se digna ofrecernos como si fuera un gran honor no nos enaltece. ¿Crees que, aun comprendiéndolo así, hubiera debido permanecer en su casa?

Paresh Babu no trató de contestar a tan difícil pregunta, y se limitó a propinar a su díscola hija una cariñosa palmadita en la cabeza.

Aquella tarde, mientras Paresh Babu paseaba por delante de su casa, reflexionando sobre lo ocurrido, se le acercó Binoy y le hizo una respetuosa reverencia. Paresh Babu departió con él acerca del encarcelamiento de Gora y de su significado; pero no hizo ningún comentario sobre el viaje de Lolita. Cuando empezó a oscurecer dijo:

—Entremos ya, Binoy.

Pero Binoy se excusó diciendo:

—Es hora de ir a casa.

Paresh Babu no insistió en su invitación, y Binoy, después de lanzar una rápida mirada a la tribuna del segundo piso, se alejó lentamente.

Lolita le había visto desde el mirador, y cuando oyó entrar a su padre, bajó al gabinete, pensando encontrar allí a Binoy. Pero Binoy no estaba, y después de jugar con unos instantes con los papeles que había encima de la mesa, iba a salir de la habitación

cuando Paresb Babu, mirando con afecto su ensombrecido semblante, la detuvo diciendo:

—Lolita, ¿querrías cantarme un himno?

Y cambió la lámpara de lugar para que la luz no diera en el rostro de la muchacha.

CAPÍTULO XXXIV

Al día siguiente, regresó la señora Baroda con el resto del grupo.

Haran se sentía tan indignado por el comportamiento de Lolita que, incapaz de contenerse, entró directamente a hablar con Paresh Babu, sin pasar siquiera por su propia casa.

Baroda cruzó junto a Lolita sin dirigirle ni una mirada y se encerró en su habitación.

Labonya y Lila estaban también muy ofendidas con Lolita pues al tener que prescindir de ella y de Binoy el programa tuvo que ser muy reducido, lo que les causó honda humillación.

Sucharita, sin compartir la furia de Haran ni la indignación de Baroda ni el sentido de humillación de Labonya y Lila, no dejó de observar un helado silencio. Entró, como siempre, en último lugar y empezó a ocuparse de sus quehaceres como una autómatas.

Sudhir se sentía tan avergonzado del papel desempeñado por él que se negó a entrar. Labonya, molesta por su actitud, prometió no volver a dirigirle la palabra.

—¡Esto excede la medida! —exclamó Haran irrumpiendo en la habitación de Paresh Babu.

Lolita, al oírle desde la habitación contigua, entró inmediatamente y, colocándose detrás de su padre, con ambas manos apoyadas en el respaldo de su sillón, miró a Haran fijamente a la cara.

—La misma Lolita me ha explicado todo lo ocurrido —dijo Paresh Babu—, y no creo que sirva de nada seguir hablando del asunto.

Haran consideraba la habitual calma de Paresh Babu como un signo de debilidad, por lo que, con aire de altanería replicó:

—Desde luego, lo hecho ya no tiene remedio, pero el defecto de carácter que lo ha causado persiste todavía, y por eso se hace necesario seguir hablando del asunto. Lolita nunca hubiera podido hacer semejante cosa si no hubiera sido educada con excesiva indulgencia. El daño que ha causado lo comprenderá cuando sepa todos los detalles de esta escandalosa historia.

Paresh Babu, sintiendo en el respaldo de su sillón los síntomas de una amenazadora

tormenta, atrajo a Lolita hacia sí y, cogiendo la mano de la muchacha entre las suyas, dijo a Haran con amable sonrisa:

—Panu Babu, cuando te llegue el turno comprenderás que para educar a un hijo es necesario el cariño.

Lolita, inclinándose hacia su padre, y pasándole un brazo por el cuello, le susurró al oído:

—Padre, el agua se enfría. Ve a tomar tu baño.

—Iré dentro de un minuto —respondió Paresch Babu significativamente, refiriéndose a la presencia de Haran—. No es tan tarde.

—No te preocupes, padre —insistió Lolita suavemente—. Nosotras atenderemos a Panu Babu mientras tú te bañas.

Cuando Paresch Babu hubo salido, Lolita tomó posesión de su silla y mirando fijamente a Haran le dijo:

—Por lo visto te has creído que tienes derecho a decir lo que se te antoje a todos los de la casa.

Sucharita conocía bien a Lolita, y en otro tiempo la hubiera alarmado la expresión que en aquel momento había en su rostro. Sin embargo, se limitó a sentarse junto a la ventana y, con toda tranquilidad, clavó la mirada en el libro que tenía entre las manos. Estaba acostumbrada a dominar sus emociones, y los repetidos golpes sufridos durante los últimos días habían aumentado su natural reserva. Pero aquel silencio empezaba ya a pesarle como una losa y mentalmente agradeció el desafío de Lolita que le permitiría dar salida a las emociones acumuladas en su interior.

—Supongo que te figurarás conocer los deberes de nuestro padre para con nosotras mejor que él —continuó Lolita—. ¡Si pretendes ser maestro de todo el Brahma Samaj!

Haran estaba estupefacto ante el atrevimiento de Lolita; sin darle tiempo a reaccionar, ella prosiguió:

—Ya hemos soportado tus aires de superioridad durante bastante tiempo. Y permíteme que te diga que si te propones sermonear a nuestro padre, ni una sola persona de la casa, ni siquiera los criados, lo soportarán.

—¡Lolita! —balbuceó Haran—. Verdaderamente...

Pero Lolita no le dejó continuar.

—Escucha, por favor, que bastante hemos tenido que escucharte a ti. Si no quieres

creerme, pregúntale a Suchi. Nuestro padre es para nosotras mucho más grande de lo que tú te imaginas ser; que quede bien claro. Ahora, si tienes algo que decir, adelante.

Haran estaba lívido de ira.

—¡Sucharita! —gritó poniéndose en pie—. ¿Vas a consentir que Lolita me insulte delante de ti?

Sucharita levantó la mirada del libro.

—Ella no quiso insultarte —dijo lentamente—. Lo único que pide es que muestres el debido respeto hacia nuestro padre. A nuestros ojos, no hay nadie que pueda comparársele.

Por un momento, pareció que Haran iba a salir de la habitación, pero se quedó. Volvió a hundirse en su asiento, con expresión solemne. Cuanto más veía que los de la casa iban perdiéndole el respeto, más luchaba por mantener su posición, olvidando que cuanto más se aferra uno al apoyo que está debilitándose tanto más pronto cede.

Viendo a Haran reducido a un hosco silencio, Lolita fue a sentarse al lado de Sucharita y se puso a hablar con ella, como si nada hubiera pasado.

Entonces entró corriendo Satish y, cogiendo a Sucharita de la mano, la obligó a levantarse mientras gritaba:

—¡Ven, *Didi*! ¡Corre! ¡Ven!

—¿Dónde tengo que ir? —preguntó Sucharita.

—¡Oh, ven! Tengo que enseñarte una cosa. Lolita, no le habrás dicho nada, ¿verdad?

—No —dijo Lolita. Prometió no hablar a Sucharita de su tía, y había cumplido su promesa.

Pero, como no podían dejar solo al visitante, Sucharita dijo:

—Está bien, señor *Cháchara*. Iremos después. Deja que padre acabe de tomar su baño.

Satish daba muestras de nerviosismo. Cuando se trataba de escapar de Haran, no dejaba piedra por remover; pero, porque le temía, no se atrevió a insistir en su presencia. Haran, por su parte, nunca demostraba gran interés por Satish excepto cuando se proponía corregirle. Satish, no obstante, quedó a la espera y en el momento en que Paresh Babu salió del baño se llevó a las dos muchachas.

Haran dijo:

—Con respecto a mis esponsales con Sucharita, no quisiera demorarlos más. Fijémoslos para el próximo domingo.

—No tengo ningún inconveniente —dijo Paresh Babu—; pero que decida Sucharita.

—Pero ¡si ya tienes su consentimiento! —insistió Haran.

—Entonces, sea como tú quieras —dijo Paresh Babu.

CAPÍTULO XXXV

Binoy no se vio con ánimo de volver a casa de Paresh Babu; pero la soledad de su alojamiento le deprimía de tal modo que a la mañana siguiente fue a casa de Anandamoyi.

—Madre, quisiera pasar aquí unos cuantos días —le dijo.

Pensaba, también, que su presencia la consolaría de la ausencia de Gora. Anandamoyi se sintió conmovida por el gesto. Le puso cariñosamente una mano sobre un hombro y guardó silencio.

En cuanto estuvo instalado, Binoy empezó a importunar jocosamente a Anandamoyi con toda clase de exigencias y reclamaciones, con el propósito de distraerla y distraerse de los tristes pensamientos que les acongojaban. Y cuando, al llegar la noche, resultaba difícil controlar la imaginación, la hostigaba hasta que, dejando los trabajos de la casa, iba a sentarse con él en el mirador de su habitación y le contaba cosas de su niñez, de cuando era la niña mimada de los estudiantes que asistían a la escuela de su abuelo, y, como todos coincidían en halagar a la pobre niña sin padre, su madre temía que se malcriara.

—¡Madre! —exclamó Binoy una noche—. No puedo figurarme que haya habido un tiempo en el que tú no eras mi madre. Seguramente que los estudiantes de la escuela de tu abuelo te considerarían su pequeña madrecita. A veces, creo que fuiste tú quien educó a tu abuelo, y no él a ti.

Otra noche, tendido en la estera, con la cabeza reposando en el regazo de Anandamoyi, dijo Binoy:

—Madre, algunas veces quisiera devolver a Dios toda la ciencia que he aprendido en los libros y poder refugiarme de nuevo en tu regazo como cuando era niño, solos tú y yo en el mundo... y nadie más.

El tono de Binoy revelaba tanta fatiga y tanta emoción que Anandamoyi quedó sorprendida e intranquila. Acariciándole suavemente la cabeza, le preguntó:

—Binu, ¿marcha todo bien en casa de Paresh Babu?

Al oír esta pregunta, Binoy se sintió confuso y sobresaltado. «A la madre no se le puede ocultar nada —pensó—. Ella lee el pensamiento.» En voz alta, balbuceó:

—Sí...; todos están bien.

—Me gustaría mucho conocer a las hijas de Paresh Babu —continuó Anandamoyi—. En un principio, Gora no tuvo de ellas muy buena opinión; pero por el modo en que supieron ganarle la voluntad no parece tratarse de personas vulgares.

—He deseado muchas veces poder presentártelas —dijo el muchacho con vehemencia—. Pero no me atrevía a proponerlo, por temor a que Gora se opusiera.

—¿Cómo se llama la mayor? —preguntó Anandamoyi.

Y siguió preguntando durante un rato y Binoy fue contestando, pero cuando salió a colación Lolita, él trató de escabullirse con evasivas. Anandamoyi, sin embargo, sonriéndose de sus tácticas, no se dio por vencida.

—Me han dicho que Lolita es una joven muy inteligente.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¡Pues tú, desde luego!

Y es que hubo un tiempo en que a Binoy no le costaba ningún esfuerzo hablar de Lolita. Había olvidado las alabanzas que expresara Anandamoyi acerca de la brillantísima inteligencia de la joven.

Anandamoyi, después de sortear todos los escollos como un experto capitán, llevó la conversación por el rumbo que quiso y al poco rato estuvo al corriente de las relaciones existentes entre Lolita y Binoy con todo detalle. Binoy le habló incluso de la indignación demostrada por Lolita con motivo del arresto y encarcelamiento de Gora que le impulsó a tomar el vapor de regreso a Calcuta sin más compañía que la suya. Y, mientras hablaba, desaparecía todo vestigio de fatiga. Estaba contento de poder hablar con libertad de persona tan maravillosa.

Cuando, por fin, fue anunciada la cena y tuvo que interrumpirse la conversación, pareció despertar de un sueño. Entonces se dio cuenta de que había revelado a Anandamoyi todo lo que había en su mente. Y ella le escuchó con tanta complacencia que en ningún punto del relato experimentó Binoy la menor turbación.

Hasta aquel momento, ningún episodio de su vida era desconocido por Anandamoyi. Se había acostumbrado a acudir a ella incluso con las más insignificantes nimiedades. Pero desde que conoció a Paresh Babu se había infiltrado entre Binoy y Anandamoyi dudas y vacilaciones que en nada beneficiaron el estado de ánimo del muchacho. Después de verter todas sus tribulaciones en los comprensivos oídos de la mujer, se sintió gozoso. Estaba seguro de que su última experiencia le hubiera parecido menos pura si no hubiese podido ponerla a los pies de Anandamoyi...; su amor habría quedado empañado por un vaho de indignidad.

Durante la noche, Anandamoyi estuvo reflexionando sobre las confidencias que

había escuchado. El enigma que envolvía la vida de Gora era cada vez más intrincado, pero tal vez se hallaba la solución en casa de Paresh Babu. Al fin, decidió que, pasara lo que pasara, tendría que ir a conocer a aquellas muchachas.

CAPÍTULO XXXVI

Mohim y su familia daban por descontado el matrimonio de Sasi con Binoy. Sasi, con sus recién adquiridos rubores, ya no se acercaba a él, y a la madre de Sasi, Lakshmi, Binoy apenas la veía.

Y no porque la señora Lakshmi fuera una mujer tímida; pero su carácter era extraordinariamente retraído, y la puerta de su habitación estaba casi siempre cerrada. Guardaba bajo llave todas y cada una de sus posesiones, excepto a su marido; y ni siquiera él, bajo el estricto régimen impuesto por su esposa, disfrutaba de toda la libertad que hubiera deseado, pues tanto el círculo de sus amistades como la órbita de sus movimientos estaban cuidadosamente restringidos, Lakshmi ejercía un severo control sobre su pequeño mundo, y a los de fuera les resultaba tan difícil entrar en él como a los de dentro salir. Ni siquiera Gora era bien recibido en el ala de la casa ocupada por Lakshmi.

Este reino de la señora Lakshmi jamás se veía dividido por conflictos internos entre el poder legislativo, el judicial y el ejecutivo, pues ella misma hacía las leyes y las ponía en práctica, y en su persona se combinaban el tribunal de primera instancia y el supremo. Fuera de su casa, Mohim era considerado hombre de carácter, pero dentro de la jurisdicción de Lakshmi ese carácter de nada le servía, ni siquiera para las cosas más insignificantes.

Lakshmi, desde detrás de su *purdah*, había observado a Binoy y le había marcado con el sello de su aprobación. Mohim, que conocía a Binoy desde que éste era un niño, se había acostumbrado a considerarle, simplemente, como el amigo de Gora. Fue su esposa quien le hizo ver en él a un posible yerno, y entre sus muchos méritos destacaba el de que no exigiría dote.

Mohim estaba sobre ascuas, pues a pesar de que Binoy vivía en la casa, no podía intercambiar con él ni una sola palabra referente al matrimonio, a causa de la depresión que aquejaba al muchacho por la desgracia de Gora.

Sin embargo, cuando llegó el domingo, la exasperada señora de su casa, tomó el asunto en sus manos, interrumpió la siesta dominical de Mohim y le facturó, junto con su caja de *pan*, hacia el lugar donde se encontraba Binoy, el cual, en aquel momento, estaba leyendo a Anandamoyi el último número del *Bangadarshan*, que a la sazón acababa de lanzar Bankim-chandra.

Mohim, después de ofrecer *pan* a Binoy, empezó con una homilía de las irrepresibles locuras de Gora; luego, se puso a contar los días que restaban de la sentencia, lo que le llevó a observar, con toda naturalidad, que el mes de *aghran* tocaba ya a su fin; y, entonces, consideró que ya podía ir al grano.

—Mira, Binoy. Esa idea tuya de no celebrar bodas en *aghran* me parece una tontería. Como te dije el otro día, si añadimos un calendario familiar a todas nuestras reglas y prohibiciones, en este país no se celebrará ni una boda.

Observando lo violento que estaba Binoy, Anandamoyi acudió en su ayuda y terció en la conversación, diciendo:

—Binoy conoce a Sasi desde que era muy niña y no acaba de hacerse a la idea de casarse con ella. Por eso te dio la excusa de que en el mes de *aghran* no se celebraban matrimonios en su familia.

—Entonces debiera haber hablado con claridad desde el principio.

—A veces se necesita algún tiempo para llegar a comprender los propios sentimientos —replicó Anandamoyi—. Pero, Mohim, ¿qué es lo que te apremia? Novios no han de faltarle a tu hija. Deja que vuelva Gora. El conoce a muchos jóvenes en edad de casarse y podrá concertar la boda con alguno de ellos.

—¡Hum! —gruñó Mohim haciendo una mueca. Luego, tras un corto silencio, dijo con brusquedad—: Madre, si tú no hubieras intervenido, Binoy nunca hubiera puesto inconvenientes.

Binoy iba a protestar con vehemencia, pero Anandamoyi se le adelantó diciendo:

—No te equivocas, Mohim. En este asunto no me ha sido posible alentar al muchacho. Es muy joven todavía y tal vez hubiera accedido; pero este matrimonio era un error.

Y así, cargando con toda la culpa, Anandamoyi protegía a Binoy del ataque de Mohim. Binoy se sentía avergonzado de su debilidad, pero Mohim se marchó sin darle tiempo a expresar sus inconvenientes por sí mismo. «Una madrastra nunca es como una verdadera madre», fue el comentario que éste se hizo mentalmente al salir de la habitación.

Anandamoyi sabía que Mohim no vacilaría en formular esta acusación. Sabía, también, que todos los disgustos de las familias se achacaban siempre a la madrastra, según el código de la sociedad, pero ella nunca supeditaba su conducta a la opinión de la gente. El día en que por primera vez cogió a Gora en brazos se apartó para siempre de la tradición y de las costumbres y emprendió un camino que la enfrentaba de continuo a la sociedad.

Pero los reproches que no dejaba de hacerse a sí misma por la mentira que tenía que tolerar la hacían insensible a los cáusticos comentarios de la gente. Cuando los vecinos la acusaban de cristiana, ella respondía, estrechando a Gora contra su pecho:

—¡Dios sabe que llamarme cristiana no es ninguna acusación!

Y así se fue acostumbrando a hacer caso omiso de los dictados de la sociedad y a

dejarse llevar de sus sentimientos. Por eso, las acusaciones de Mohim, de pensamiento o de palabra, no tenían fuerza para hacerla desviar del camino que ella consideraba recto.

—Binu —dijo de pronto Anandamoyi—, hace mucho que no vas a casa de Paresh Babu, ¿verdad?

—No, madre.

—Bueno, lo cierto es que no has vuelto desde la mañana en que regresaste a Calcuta.

De eso no hacía muchos días, pero Binoy no podía negar que antes de su viaje sus visitas a casa de Paresh Babu eran tan frecuentes que apenas le quedaba tiempo para ver a Anandamoyi.

Se puso a tirar de un hilo que asomaba por el borde de su *dhuti* y guardó silencio.

En aquel momento entró la criada y anunció la visita de unas señoras. Binoy se puso en pie, con intención de marcharse para no estorbar, pero mientras estaban preguntándose quién podrían ser las visitantes, entraron en la habitación Sucharita y Lolita, y ya no pudo retirarse. De modo que se quedó, pero guardaba un violento silencio.

Las muchachas tomaron el polvo de los pies de Anandamoyi. Lolita hizo como si no le viera, pero Sucharita le saludó con una inclinación, diciendo:

—¿Cómo estás? —Y volviéndose hacia Anandamoyi explicó, a modo de presentación—: Somos de la casa de Paresh Babu.

Anandamoyi las recibió afectuosamente.

—No necesitáis presentaros, queridas. Nunca os había visto, es verdad, pero ya os conozco como si fuerais de mi familia.

Y a los pocos momentos, ellas se sentían como en su casa.

Sucharita se esforzó por atraer a la conversación a Binoy, que se había sentado algo distante y en silencio, diciéndole:

—Hace tiempo que no vas a visitarnos.

Binoy dirigió una rápida mirada hacia Lolita y respondió:

—Es que temo abusar de vuestra cordialidad.

—¿Acaso no sabes que el verdadero afecto engendra abusos?

—¿Que no lo sabe? —exclamó Anandamoyi echándose a reír—. ¡Si supierais cómo me tiraniza durante todo el día! No me deja ni un momento de reposo, con sus caprichos.

Y dirigió a Binoy una cariñosa mirada.

—Dios se sirve de mí para probar tu paciencia —replicó Binoy.

A esto, Sucharita dirigió una significativa mirada a Lolita y le dijo:

—¿Has oído, Lolita? ¿No habremos sido nosotros puestos también a prueba, y con resultado negativo?

Al ver que Lolita no hacía el menor caso de la observación, Anandamoyi se echó a reír y dijo:

—Esta vez Binu está poniendo a prueba su propia paciencia. Estoy segura de que no sabéis lo que significáis para él. Por las noches, no sabe hablar de otra cosa, y el solo nombre de Paresh Babu es suficiente para sumirle en el éxtasis.

Mientras hablaba, miraba a Lolita que, a pesar de sus esfuerzos por fingir naturalidad, no podía evitar que le asomaran los colores a la cara. Anandamoyi prosiguió:

—¡No podéis imaginaros las veces que ha tenido que pelearse por defender a Paresh Babu! Todos sus amigos ortodoxos le tildan de brahmo y algunos incluso han tratado de proscribirle. No estés violento, Binu, no hay de qué avergonzarse. ¿Qué dices a esto, madrecita?

Lolita bajó los ojos y fue Sucharita quien respondió por ella:

—Binoy Babu nos distingue con su amistad; pero no es nuestro todo el mérito, sino de la generosidad de su corazón.

—Ahí difiero —sonrió Anandamoyi—. Le conozco desde que era niño, y durante todos estos años no ha trabado amistad con nadie más que con mi Gora. Ni siquiera congenia con los demás jóvenes de su grupo. Pero desde que os conoce nos tiene abandonados. Yo estaba ya decidida a pelearme con vosotras; pero ahora me encuentro en su misma situación..., sois irresistibles, queridas.

Y Anandamoyi acarició a las muchachas pasándoles las puntas de los dedos por debajo de la barbilla y llevándoselas, luego, a los labios.

Binoy parecía estar tan violento que Sucharita, apiadándose de él, dijo:

—Nuestro padre vino con nosotras y se quedó abajo, hablando con Krishnadayal Babu.

Esto dio a Binoy la oportunidad de escapar y dejar solas a las mujeres. Anandamoyi les habló, entonces, de la extraordinaria amistad que existía entre Gora y Binoy, y no tardó en advertir el interés con que las jóvenes la escuchaban.

Para Anandamoyi nada había en el mundo tan querido como ellos dos, a los que había dedicado toda su adoración. Los modeló con sus propias manos, como las muchachas se fabrican las imágenes de Shiva a las que luego rinden culto, y ellos se adueñaron de todo su cariño.

La historia de aquellos dos ídolos de Anandamoyi sonaba tan tierna y tan interesante al ser contada por ella que Sucharita y Lolita no se cansaban de escucharla. Apreciaban ya a Gora y a Binoy, pero en aquellos momentos creían verlos bajo el magnífico resplandor que irradiaba el cariño de la madre.

Al conocer a Anandamoyi, Lolita sintió que su indignación contra el magistrado se recrudecía.

—Querida —dijo la madre, sonriéndose de sus ásperas palabras—, sólo Dios sabe lo que el encarcelamiento de Gora me hace sufrir; pero no puedo enojarme con el *sahib*. Conozco a Gora. No permite que ninguna ley hecha por los hombres se oponga a lo que considera justo. Él cumplió con su deber; las autoridades están cumpliendo con el suyo. Aquéllos a quienes afectan las consecuencias tienen que doblegarse. Si lees la carta de mi Gora, madrecita, verás que ni rehúye las penalidades ni muestra enojo. Sopesó bien las consecuencias de lo que hacía.

Sacó la carta de la caja donde la había guardado y se la tendió a Sucharita, diciendo:

—¿Tienes la bondad de leerla en voz alta, querida? Me gustaría volver a oírla.

Una vez leída la hermosa carta de Gora, las tres mujeres guardaron silencio. Anandamoyi se enjugó las lágrimas que no eran sólo de pena sino de gozo y orgullo. ¡Qué muchacho, el suyo! No era un pusilánime que suplicara clemencia al magistrado, sino que aceptaba la plena responsabilidad de sus actos, conociendo de antemano los sufrimientos que le esperaban en la cárcel. A nadie culpaba de lo que le sucedía, y si él podía soportarlo sin lamentarse, también su madre lo soportaría.

Lolita contempló llena de admiración el rostro de Anandamoyi. En la muchacha estaban profundamente arraigados los prejuicios de una familia brahmo. Nunca profesó gran respeto hacia las mujeres educadas conforme a lo que ella consideraba la superstición ortodoxa. Desde muy niña, oyó a la señora Baroda reprenderla por sus defectos diciendo que eran propios de una niña hindú. Y ella siempre se sintió humillada.

Las palabras de Anandamoyi la llenaron de estupor. ¡Qué serenidad! ¡Qué fuerza! ¡Qué sensatez! ¡Qué discernimiento! Lolita se veía a sí misma muy pequeña a su lado, al pensar que ella ni siquiera podía dominar sus emociones; su agitación incluso la impidió mirar a Binoy. La serenidad que veía en el rostro de Anandamoyi tuvo la virtud de calmarla

y hacerle ver las cosas con naturalidad.

—¡Ahora comprendo de dónde saca la fuerza Gour Babu! —exclamó.

—Mucho me temo que no lo comprendas con bastante claridad —sonrió Anandamoyi—. Si Gora fuera para mí como un hijo corriente, ¿de dónde hubiera yo sacado mi fuerza? ¿Crees, acaso, que podría sobrellevar esta desgracia con tanta entereza?

CAPÍTULO XXXVII

Para comprender la causa de la agitación que conmovía a Lolita durante su visita a Anandamoyi, es necesario que retrocedamos un poco.

Hacia varios días que lo primero que pensaba Lolita al despertar por la mañana era: «Hoy no vendrá Binoy.» Y, no obstante, durante todo el día no dejaba de esperarle. A veces, imaginaba que quizás estuviera ya en la casa y que, en lugar de subir al salón, había entrado en la habitación de Paresch Babu. Y cuando esta idea se posesionaba de ella, tenía que recorrer toda la casa. Luego, al acostarse, no sabía cómo interpretar los pensamientos que se agolpaban en su cerebro. En un momento dado, no conseguía contener el llanto, e inmediatamente se sentía furiosa no sabía con quién; probablemente consigo misma. Lo único que podía hacer era exclamar para sí: «¿Qué es eso? ¿Qué va a ser de mí? No veo la salida. ¿Cuánto tiempo podré seguir de este modo?»

Lolita sabía que Binoy vivía en la sociedad ortodoxa y que era inútil soñar en casarse con él. Y, a pesar de todo, no lograba dominar sus sentimientos. ¡Qué vergüenza... y qué situación más terrible la suya! Se daba cuenta de que Binoy la quería y eso acrecentaba más su angustia. Y mientras esperaba ardientemente la visita de Binoy, la consumía el temor de volver a verle.

Aquella mañana sintió que ya no podía resistir más. Se dijo que si la ausencia de Binoy era la causa de aquel tormento, tal vez viéndole se sintiera aliviada. Llevó, pues, a Satish a su habitación y le dijo:

—Veo que te has peleado con Binoy Babu.

Satish, indignado, negó la acusación, aunque tuvo que reconocer que la llegada de su tía le hizo olvidar a su amigo durante algunos días.

—¿Amigo, dices? —continuó Lolita—. ¡Valiente amigo, ese! Tú estás todo el día con Binoy Babu por aquí y Binoy Babu por allá; él, en cambio, ni siquiera se acuerda de ti.

—¿Que no? ¡Tú que sabes! ¡Claro que se acuerda!

Por regla general, Satish, para poner a salvo su dignidad, se apoyaba tan sólo en el énfasis con que subrayaba sus afirmaciones. En este caso, no obstante, comprendió que necesitaba pruebas tangibles, por lo que al momento se encaminó hacia la casa de Binoy. Y no tardó en volver con la noticia:

—Binoy no está en su casa. ¡Por eso no ha venido!

—¿Y por qué no vino antes? —insistió Lolita.

—Porque hace mucho tiempo que no está.

Entonces ella fue en busca de Sucharita y le dijo:

—*Didi*, ¿no te parece que deberíamos ir a ver a la madre de Gour Babu?

—Pero, ¿si no la conocemos! —objetó Sucharita.

—¡Bah! ¿Acaso el padre de Gour Babu no es un antiguo amigo del nuestro?

—Sí; es cierto —exclamó Sucharita, y entusiasmada añadió—: Ve a hablar con él, querida.

Pero Lolita se negó y tuvo que ser Sucharita quien hablara con Paresh Babu.

—¡Desde luego! —dijo él inmediatamente—. Debimos hacerlo mucho tiempo antes.

Acordaron ir después del desayuno. Pero en cuanto se hubo tomado la decisión, Lolita cambió de parecer. Sintió dudas, sintió su orgullo herido y quiso escabullirse.

—Tú acompañarás a nuestro padre —dijo a Sucharita—. Yo no voy.

—¡De ninguna manera! —exclamó Sucharita—. ¿Cómo quieres que vaya yo sola? Vamos, cariño, no seas obstinada ni desbarates las cosas.

Al fin, Lolita consintió. Pero, ¿no era aquello admitirse derrotada frente a Binoy? A él no le costó ningún esfuerzo mantenerse apartado. ¿Por qué tenía ella que correr en su busca? Se sintió furiosa contra él. Trató por todos los medios de convencerse a sí misma de que no iba a ver a Anandamoyi porque quisiera ver a Binoy. Y fue por mantener esta actitud por lo que no quiso ni mirarle.

Binoy, por su parte, llegó a la conclusión de que la conducta de la muchacha obedecía a que, habiendo descubierto los secretos sentimientos que él alimentaba, quería demostrarle su repulsa; que Lolita pudiera estar enamorada de él era algo que su modestia hacía inconcebible.

Se acercó tímidamente a la puerta para decir que Paresh Babu estaba ya dispuesto a volver a casa. El muchacho hizo pantalla con la puerta para que Lolita no pudiera verle.

—¿Qué? —exclamó Anandamoyi—. ¿Crees acaso que les dejaré marchar sin ofrecerles un refrigerio? No tardo ni un minuto, Binoy. Entra y siéntate, mientras me ocupo de ello. ¿Por qué te quedas en la puerta?

Binoy entró y se sentó tan lejos de Lolita como pudo. Pero Lolita había recobrado la

compostura y, sin rastro de su antigua timidez, le dijo:

—Binoy Babu, ¿sabes que tu amigo Satish fue esta mañana a tu casa, para comprobar si te habías olvidado de él?

Tuvo un sobresalto, como si acabara de oír una voz celestial, y se quedó cortado por no haber podido ocultar su asombro. Perdió su habitual facilidad de palabra.

—¿Que Satish fue a mi casa? —repitió enrojando hasta las orejas—. Hace varios días que faltó de allí.

Aquellas palabras de Lolita le llenaron de alegría y, en un momento, se disiparon las dudas que ensombrecían su mundo convirtiéndolo en una agobiante pesadilla. Sintió que no le quedaba ya nada por desear. «¡Estoy salvado! ¡Salvado! —gritó su corazón—. Lolita no duda de mí. ¡No está enfadada!»

En un momento se desplomaron las barreras que los separaban y Sucharita dijo, echándose a reír:

—En un principio, Binoy Babu ha debido de tomarnos por temibles monstruos, o tal vez ha creído que veníamos a tomar la plaza por asalto.

—El que calla parece siempre culpable —dijo Binoy—. En este mundo, los primeros en protestar son los que ganan las causas. Pero no esperaba semejante veredicto de ti, *Didi*. Tú empiezas por apartarte de la gente y luego acusas a los demás de despego.

Era la primera vez que Binoy llamaba a *Didi* a Sucharita, reconociendo con ello sus fraternales relaciones. La palabra sonó dulcemente en los oídos de la muchacha, pues daba forma concreta a la deliciosa intimidad que existió entre ellos desde el momento en que se conocieron.

En aquel momento entró Anandamoyi, y se hizo cargo de las muchachas, después de enviar a Binoy a ocuparse de Pares Babu.

Empezaba ya a anochecer cuando ellas se marcharon. Binoy dijo entonces a Anandamoyi:

—Madre, no te consiento que trabajes hoy. Ven, vayamos arriba.

Binoy apenas podía contenerse. Condujo a Anandamoyi a la azotea y, después de extender una estera, la obligó a sentarse.

—Bien, Binu, te escucho. ¿Qué es lo que quieres decirme?

—Nada. Quiero que seas tú la que hable.

Binoy estaba sobre ascuas, deseando saber lo que Anandamoyi pensaba de las hijas de Paresh Babu.

—¡Habrás visto! —exclamó ella—. ¿Y para eso me has obligado a abandonar el trabajo? Creí que tenías algo importante que decirme.

—Si no te hubiera hecho salir, no habrías podido ver esta maravillosa puesta de sol.

Desde luego, el sol de noviembre estaba a punto de ocultarse tras los tejados de Calcuta, pero el espectáculo no tenía nada de grandioso. Toda su belleza y colorido estaba borrado por una nube de humo que oscurecía el horizonte. Pero aquella tarde, hasta la insipidez de aquella tristonía puesta de sol era para Binoy una apoteosis de luz. Se sentía como mecido en el regazo del universo y le parecía que el cielo se inclinaba para acariciarle.

—Las muchachas son encantadoras —observó Anandamoyi.

Pero a Binoy no le bastaba aquello. No se resignaba a dejar el tema y se puso a referir pequeños detalles de sus relaciones con la familia de Paresh Babu.

Nada de lo que relataba tenía importancia, pero el vivo interés del muchacho, la complacencia con que le escuchaba su madre, el completo aislamiento que les brindaba la azotea y el misterio de las sombras que poco a poco iban invadiendo aquel atardecer de noviembre, se combinaban para dar un profundo significado al más nimio detalle.

De pronto, Anandamoyi suspiró y dijo:

—¡Cómo me gustaría ver a Gora casado con Sucharita!

Binoy se irguió.

—¡Cuántas veces lo he pensado, madre! Sucharita es la esposa ideal para Gora.

—Pero, ¿podrá ser?

—¿Por qué no? —dijo él, muy excitado—. No estoy seguro de que Gora no se sienta atraído por Sucharita.

Anandamoyi había advertido que Gora estaba bajo el influjo de alguien y por alguna que otra observación hecha por Binoy, sospechaba que ese alguien era precisamente Sucharita. Después de un corto silencio, dijo:

—Lo que no sé es si Sucharita se avendría a entrar en una familia ortodoxa.

—Al contrario: el problema está en si Gora se avendría en entrar en una familia brahmo. ¿Tú no tendrías inconveniente?

—Ninguno.

—¿Estás segura?

—Desde luego, ¿por qué había de tenerlo? El matrimonio consiste en la unión de dos corazones. Si esto se consigue, ¿qué importa la clase de *mantras* que recen? Es suficiente con que la ceremonia sea celebrada en nombre de Dios.

Binoy sintió que se le quitaba un gran peso de encima y exclamó, entusiasmado:

—Madre, me maravilla oírte decir eso. ¿De dónde has sacado ideas tan liberales?

—De Gora, por supuesto —contestó Anandamoyi echándose a reír.

—Pero, ¡si Gora dice exactamente todo lo contrario!

—¿Qué importa lo que él diga? Todo lo que yo sé lo he aprendido de Gora. Sé que en el hombre está la verdad y que todo aquello que le separa de sus semejantes es falso. Hijo, a fin de cuentas, ¿dónde está la diferencia entre un brahmo y un hindú ortodoxo? El corazón no entiende de castas, y Dios une a los hombres por el corazón, y es el corazón de los hombres donde Él está. ¿Acaso está bien mantenerle a Él alejado y confiar la unión de los hombres a determinados credos o fórmulas?

—Tus palabras son para mí como la miel, madre —dijo Binoy inclinándose para coger el polvo de los pies de Anandamoyi—. ¡A tu lado, este día ha sido verdaderamente fructífero!

CAPÍTULO XXXVIII

Con la llegada de la tía de Sucharita, Harimohini, la paz se vio totalmente turbada en casa de Paresh Babu. Antes de entrar en detalles, digamos algo de Harimohini, con las mismas palabras que ella empleó al referir su vida a Sucharita.

—Yo tenía dos años más que tu madre. El cariño con que se nos trataba en casa de nuestro padre está por encima de toda ponderación. En la casa no había más que niños, y nuestros tíos nos adoraban.

»Cuando cumplí los ocho años, por mi matrimonio, entré a formar parte de una familia de Palsha, la de los Roy Chowdhuries, tan rica como noble. Pero estaba escrito que yo no había de ser feliz, pues entre mi padre y mi suegro se produjo cierto malentendido con motivo de mi dote, y durante mucho tiempo, la familia de mi esposo no nos perdonó lo que ellos llamaban la tacañería de mi padre. Solían amenazarme diciendo: “¿Qué ocurriría si nuestro niño vuelve a casarse? ¡Nos gustaría ver cuál sería entonces tu situación!”

»Cuando mi padre advirtió mi desgracia, juró que no casaría a su otra hija con familia opulenta, y he aquí por qué no buscó para tu madre marido rico.

»En casa de mi marido, la familia era muy numerosa y, a pesar de que yo no contaba más que nueve años de edad, se me obligaba a ayudar a guisar para sesenta o setenta personas. No podía comer hasta que todos estaban servidos, y a menudo tenía que contentarme con un plato de arroz o arroz con *dal*. Rara vez tomaba mi primera colación antes de las dos, y muchos días estaba sin comer hasta la noche. Y tan pronto terminaba mi almuerzo tenía que empezar a preparar la cena, que yo no podía probar hasta las once o las doce de la noche. No se me destinó lugar para dormir, y tenía que pasar la noche con el que buenamente me hacía un hueco, y muchas veces, sin colchón.

»Aquel desprecio de que deliberadamente se me hacía objeto no dejó de surtir efecto en mi esposo, que durante mucho tiempo se mantuvo alejado de mí.

»Yo tenía diecisiete años cuando nació mi hija Monorama. El haber dado a luz una niña empeoró todavía más mi situación. No obstante, la pequeña fue una gran alegría y un consuelo para mí, privada la criatura del afecto de su padre y despreciada por toda la familia, la consideré algo más valioso que la vida misma.

»Al cabo de tres años tuve un hijo varón, y entonces mi situación mejoró y pasé a ocupar el puesto de señora de la casa. No conocí a mi suegra, y el padre de mi esposo murió dos años después del nacimiento de Monorama. Después de su muerte, mi esposo y sus hermanos menores recurrieron a la ley para dividir los bienes de la familia, y, al fin,

gastados en litigios una parte de las propiedades, se separaron.

Cuando Monorama estuvo en edad de casarse, me entró tal pánico a perderla que la di en matrimonio a una familia que vivía en Shimula, pueblo situado a diez millas de Palsha. El novio era un muchacho guapísimo, un verdadero *kartik*^[14]. Sus facciones eran tan bellas como clara su tez, y, además, pertenecía a una familia acomodada.

»La providencia me permitió entonces gustar la felicidad. Aquel breve espacio de tiempo en que me vi libre de tribulaciones me recompensó de los años de sufrimiento que antes tuve que soportar. Al fin, conquisté el amor y el respeto de mi esposo, hasta el punto de que no tomaba ninguna decisión importante sin antes consultar conmigo. Pero aquello era demasiado bueno para que pudiera durar. En la región se declaró una epidemia de cólera y en el plazo de cuatro días perdí a mi esposo y a mi hijo. Dios debió conservarme la vida para enseñarme que el hombre puede soportar hasta aquello que parece más insoportable.

»Poco a poco fui conociendo a mi yerno. ¿Quién hubiera podido imaginar que tras aquel físico tan agradable se escondía una víbora? Mi hija me ocultaba que su marido se emborrachaba junto con otros compinches, y cuando él venía a pedirme dinero con algún pretexto, yo me sentía halagada, pues no tenía a nadie más en el mundo para quien ahorrar.

»Pero muy pronto mi hija me prohibió que le diera una moneda más.

»«Le estás pervirtiendo —me dijo—. Nadie sabe cómo gasta lo que le das.»

»Pensé que Monorama temía que la familia de su marido se disgustaría con él por aceptar dinero de los parientes de su esposa, y fui lo bastante necia para seguir dándole dinero en secreto.

»Cuando mi hija se enteró, vino a contármelo todo, deshecha en llanto. Ya puedes imaginarte cuál fue mi desesperación. ¡Y pensar que era uno de los hermanos de mi esposo el que le daba mal ejemplo!

»Cuando no quise darle nada más, él dedujo que mi hija me había puesto al corriente de todo, y dejó de disimular. Entonces le dio por maltratar a Monorama cruelmente. Llegaba a insultarla en presencia de extraños, por lo que, sin que mi hija se enterara, tuve que volver a darle dinero, aun sabiendo que le ayudaba a condenarse. Pero, ¿qué podía hacer yo? ¡No iba a consentir que siguiera atormentando a Monorama!

»Y un día... ¡Qué bien lo recuerdo! Estábamos a finales de febrero. Aquel año, el buen tiempo había empezado muy pronto. Los mangos del jardín de detrás de la casa estaban cargados de flor. A mediodía, un palanquín se detuvo delante de nuestra puerta. De él bajó Monorama que, con la sonrisa en los labios, se acercó a mí y tomó el polvo de mis pies.

»»Bien, Monu —dije yo al verla—, ¿qué noticias traes?»

»»¿Es que no puedo venir a ver a mi madre sin que tenga que traerle una noticia?»
—replicó Monorama sin dejar de sonreír.

»La suegra de mi hija, una buena mujer, me mandó un mensaje que decía: “Monorama está encinta, y creo que será mejor que esté con su madre hasta que haya nacido la criatura.” Naturalmente, yo creí que ésta era la verdadera razón de la visita. ¿Cómo iba a figurarme que, a pesar de su estado, mi hija era maltratada por su marido, y que su suegra la mandaba a mi casa para evitar una desgracia?

»Monorama obró, pues, de acuerdo con su suegra para mantenerme en la ignorancia. Y cada vez que yo pretendía unirla con aceites o ayudarla a tomar el baño, ella me despedía con una excusa. ¡No quería que viera las señales de los golpes de su marido!

»Mi yerno fue varias veces a mi casa a reclamar a su mujer, pues sabía que mientras estuviera conmigo le sería difícil sacarme dinero. Pero incluso esto dejó pronto de ser obstáculo para él y no dudaba ya en pedir hasta en presencia de Monorama. Mi hija se mostraba firme y me decía que no le escuchara, pero el temor de que él la hiciera objeto de su cólera no me dejaba ser fuerte.

»Al fin, Monorama dijo:

»—Madre, permite que me encargue de tu dinero.

—Y tomó posesión de mi cofre y mis llaves. Cuando mi yerno descubrió que ya no había posibilidad de sacarme más dinero y que no le era posible quebrantar la voluntad de Monorama exigió que su esposa volviera con él. Yo traté, entonces, de persuadir a Monorama.

»—Dale lo que pida, querida —le dije—, para que nos deje tranquilas. De lo contrario, quién sabe de lo que puede ser capaz.

»Pero Monorama era tan firme como cariñosa.

»—Nunca, madre. No puede ser.

»Un día, vino su esposo con los ojos inyectados en sangre y dijo:

»—Mañana por la tarde enviaré un palanquín, y si no dejas que mi mujer vuelva a casa tendrás que atenerte a las consecuencias, te lo advierto.

»Cuando, al día siguiente, al caer la tarde, llegó el palanquín, dije a Monorama:

»—Sería arriesgado resistirse ahora, querida; pero la semana que viene mandaré a alguien a buscarte.

»—Deja que me quede un poco más —suplicó ella—. No me atrevo a marcharme

esta noche. Diles que vuelvan dentro de unos días.

»—Querida, si ahora despido al palanquín, ¿quién podrá contener la furia de tu turbulento marido? No, Monu; será mejor que te vayas hoy.

»—Madre, otro día —insistió ella—. Mi suegro regresa de viaje a mediados de *phalgun*. Entonces me marcharé.

»Yo seguí insistiendo y, al fin, Monorama accedió. Mientras ella se preparaba, yo me ocupé de los criados que habían venido con el palanquín, y ni siquiera tuve tiempo de ayudarla a arreglarse, de hacerle su pastel favorito ni de cambiar unas palabras con ella. Antes de subir al palanquín, Monorama se inclinó a mis pies y me dijo:

»—¡Madre..., adiós!

»Yo no sabía que aquel adiós era el último. Aún hoy se me parte el corazón al pensar que ella no quería marchar y que yo la obligué. Es una herida que nunca se cicatrizará.

»Aquella misma noche, Monorama murió de un aborto, y antes de que la noticia llegara a mí su cuerpo fue apresuradamente incinerado en secreto.

»No puedes imaginarte la agonía que es sufrir un dolor sin poder hacer ni decir nada. Ni el llanto de toda una vida puede diluirlo. Pero mis penas no acabaron con la pérdida de mis seres queridos.

»Después de la muerte de mi esposo y de mi hijo, mis cuñados empezaron a codiciar mis bienes. Sabían que a mi muerte iban a pasar a sus manos, pero no tenían paciencia para esperar tanto. No se lo reprocho, pues ¿acaso no es un crimen que una desdichada como yo siga viviendo? ¿Cómo puede esperarse de los que tienen un sinfín de necesidades, que soporten al que no tiene ya ninguna, y que les cierra el paso a conseguir aquello que puede satisfacerlas?

»Mientras vivió Monorama, yo defendí mis derechos con firmeza, pues deseaba ahorrar para ella. Pero mis cuñados no lo soportaban; les parecía un robo. Yo tenía un buen aliado, un antiguo y fiel servidor de mi esposo, llamado Nilkanta. Cuando, para que me dejasen en paz, le propuse que buscara una fórmula de compromiso, él dijo:

»—Ya veremos quién nos priva de nuestros justos derechos.

»Fue mientras yo luchaba por esos derechos con mayor brío cuando murió Monorama. Y ya al día siguiente al de su muerte, vino a verme uno de mis cuñados y me aconsejó que renunciara a mis propiedades y me dedicara a la vida ascética.

»—Hermana —me explicó—, es evidente que Dios no desea que lleves una vida mundana. ¿Por qué no te retiras a algún lugar sagrado y te consagras a la religión? Nosotros

nos ocuparemos de tu sustento.

»Entonces, mandé llamar a mi preceptor espiritual y le pregunté:

»—Dime, maestro, qué tengo que hacer para sobrellevar esta desgracia. Me consume un fuego insaciable, y no puedo escapar de esta angustia.

»Mi *guru* me llevó entonces al templo y, señalando la imagen de Krishna, me dijo:

»—He aquí a tu esposo, a tu hijo. Sírvele y adórale, y tus deseos quedarán satisfechos y el vacío de tu alma será colmado.

»Y empecé a pasar los días en el templo, tratando de dar a Dios todos mis pensamientos. Pero ¿cómo podía yo dárselos si Él no los aceptaba? ¡Y todavía, ay, no los ha aceptado!

»Llamé a Nilkanta y le dije:

»—Nil-Dada, he decidido renunciar al usufructo de los bienes de mi esposo, en beneficio de mis cuñados, a cambio de una pequeña pensión.

»Pero Nilkanta respondió:

»—No; eso no puede ser. Tú eres una mujer; no te ocupes de negocios.

»—Pero ¿qué falta me hace a mí la propiedad?

»—¡Vaya idea! —exclamó Nilkanta—. ¡Renunciar a nuestros derechos! No sueñes siquiera en semejante locura.

»Para Nilkanta no había nada más sagrado que los propios derechos. Pero yo me encontraba ante un atroz dilema. Había llegado a detestar los bienes materiales y, no obstante, renunciar a ellos era contrariar a Nilkanta, el único amigo que me quedaba.

»Al fin, un día, sin que se enterara Nilkanta, puse mi firma en un documento. No acababa de comprender su significado, pero como no deseaba nada no temía que me estafaran. Pensé que era justo que el patrimonio de mi suegro pasara a sus hijos.

»Cuando el documento estuvo registrado, llamé a Nilkanta y le dije:

»—Nil-Dada, no te enfades conmigo, te lo suplico. He renunciado a la propiedad. Ya, ¿para qué la quiero?

»—¿Qué dices? —exclamó Nilkanta, escandalizado—. ¿Qué es lo que has hecho?

»Cuando leyó la copia del documento y vio que en realidad había renunciado a todo,

su indignación no tuvo límites. Desde la muerte de su amo, el único objeto de su vida fue defender mis derechos. A ello consagró todos sus pensamientos y todos sus desvelos. Visitar a jurisconsultos y escarbar en las leyes había llegado a ser el único aliciente de su vida. El buen hombre había descuidado hasta sus propios negocios para ocuparse de los míos. Cuando vio que, de un plumazo, esta necia había deshecho toda su obra, no pudo contener su indignación.

»—Bien, bien —dijo al cabo—. He terminado con los negocios de esta hacienda. Me marcho.

»Que Nil-Dada se marchara enojado era el colmo de mis desventuras. Yo le rogué que no me dejara.

»—*Dada*, no te enfades. Tengo algún dinero ahorrado. Toma estas quinientas rupias y con mi bendición dáselas a tu hijo el día de su boda para que pueda comprarle alhajas a su esposa.

»—¿Para qué quiero el dinero? —exclamó Nilkanta—. ¿Qué son quinientas rupias si he perdido la hacienda de mi señor? Quédate con ellas.

»Y con estas palabras, mi último amigo me abandonó.

»Me refugié en el templo, pues mis cuñados me repetían continuamente:

»—Retírate a algún lugar sagrado.

»Al principio, yo respondía:

»—La casa ancestral de mi esposo es mi lugar sagrado. La morada del dios de mi familia será mi refugio.

»Pero mi presencia les estorbaba. Llevaron sus muebles a la casa y se distribuyeron todas las habitaciones. Al fin, me dijeron:

»—Llévate al dios de la familia, si lo deseas; no tenemos inconveniente. —Y, al ver que todavía dudaba, preguntaron—: ¿De qué piensas vivir?

»—La pensión que me habéis asignado bastará para mi sustento —respondí yo.

»Pero ellos simulaban no comprender.

»—¿A qué te refieres? Nunca se habló de ninguna pensión.

»Y un día, treinta y cuatro años después de mi matrimonio, abandoné la casa de mi marido, llevando conmigo a mi dios. Fui en busca de Nil-Dada, pero me dijeron que se había ya retirado a Brindaban.

»Me uní entonces a un grupo de peregrinos que se dirigían a Benarés; pero tampoco con ellos encontré la paz. Cada día, le pedía a mi dios que se hiciera tan real como mi esposo y mis hijos; pero él no escuchaba mi súplica. Mi corazón no ha encontrado aún el consuelo, y mi alma y mi cuerpo están anegados en llanto. ¡Dios mío, qué dura y cruel es la vida!

»Desde el día en que, a los ocho años de edad, salí de casa de mi padre para ir a la de mi marido, no había vuelto a ella.

»Supliqué que me dejaran asistir a la boda de tu madre, pero en vano. Luego me enteré de tu nacimiento y, años más tarde, de la muerte de mi hermana: pero Dios no me permitió abrazaros hasta este momento en que, habiendo perdido a vuestra madre, puedo llamaros hijos.

»Cuando vi que, a pesar de haber recorrido muchos lugares de peregrinación, mi espíritu seguía sediento de afecto, empecé a buscaros. Me enteré de que vuestro padre había abandonado la religión ortodoxa, pero ¿qué importancia tenía eso? ¿Acaso no fue vuestra madre hermana mía?

»Al fin descubrí vuestro paradero y vine desde Benarés con unos amigos. Me han dicho que Pares Babu no honra a nuestros dioses, pero basta con mirarle para darse cuenta de que los dioses le honran a él. Para agradar a Dios no basta con ofrecerles ofrendas, bien lo sé. Quisiera descubrir cómo ha conseguido Pares Babu ganarse su favor.

»Lo cierto es, hija, que todavía no me ha llegado la hora de retirarme del mundo. No estoy dispuesta a vivir en soledad. Cuando Él quiera, podré hacerlo; pero, entretanto, no puedo soportar la idea de separarme de vosotros, pues me parece que he vuelto a encontrar a mis hijos.»

CAPÍTULO XXXIX

Paresh Babu tomó en su casa a Harimohini estando ausente la señora Baroda, y dispuso que ocupara el cuartito del último piso para que pudiera vivir a su manera y observar sus preceptos de discriminación de castas.

Pero cuando, al volver a casa, Baroda encontró su administración doméstica complicada por la recién llegada, se sintió furiosa y, en lenguaje bien claro, hizo patente a Paresh Babu que aquello era mucho pedir de ella.

—Puesto que puedes soportar el peso de toda la familia —dijo su esposo—, podrás soportar también a esa pobre viuda.

La señora Baroda consideraba que Paresh Babu carecía de sentido práctico y que no sabía del mundo. Como no tenía idea de los problemas que entrañaba el gobierno de una casa, estaba segura de que cualquier decisión que tomara sin consultar con ella resultaría mal. Pero la señora Baroda sabía también que cuando su marido tomaba una decisión, ni discutiendo, ni enfadándose, ni deshaciéndose en llanto se conseguía retractarle. ¿Qué podía hacerse con un hombre así? ¿Qué mujer sería capaz de soportar a una persona con la que resultaba imposible hasta pelearse? La señora Baroda sabía que tendría que darse por vencida.

Sucharita era de la misma edad que Monorama y, al decir de Harimohini, de parecida apariencia, incluso en el carácter; ambas tenían el temperamento apacible y una firme voluntad. Algunas veces, al ver a Sucharita de improviso por la espalda, a Harimohini le daba un vuelco el corazón.

Una noche, mientras Harimohini lloraba en silencio y a oscuras, Sucharita se acercó a ella. Estrechando a su sobrina contra su pecho, murmuró Harimohini con los ojos cerrados:

—¡Mi hija ha vuelto a mi lado! Ella no quería marchar y yo la obligué. ¿Podré llegar a purgar mi culpa? Aunque quizás haya sufrido bastante y por eso ahora ella vuelve a mí. Aquí está, con su misma sonrisa. ¡Oh, mi madrecita, mi tesoro, mi vida!

Y empezó a acariciarle el rostro, y a besarla, llenándola de lágrimas.

Sucharita se echó a llorar y le dijo entre sollozos:

—Tía, tampoco yo pude gozar mucho tiempo del cariño de mi madre; pero ahora me parece haber recobrado a la madre que perdí. ¡Cuántas veces, cuando, en mi aflicción, me

sentía sin fuerzas para llamar a Dios, llamé a mi madre! ¡Hoy, ella me ha oído y ha vuelto!

—¡No digas eso, hija, no lo digas! Me haces tan feliz que siento miedo. ¡Dios mío, no me quites también esto! He tratado de prescindir de todos los afectos; he tratado de endurecer mi corazón, pero no he podido; soy demasiado débil. Ten compasión de mí, Dios mío. No vuelvas a castigarme, Radharani, hija, vete de mi lado. Déjame. No te aferres a mí. Señor de mi vida, mi Krishna, mi Gopal, ¿qué nueva calamidad me preparas?

—Tía, digas lo que digas, no conseguirás apartarme de tu lado. No pienso dejarte nunca. Siempre estaré contigo.

En pocos días surgió entre las dos mujeres un afecto tan profundo que no podía medirse por el tiempo.

Esto exacerbaba el enojo de la señora Baroda.

—¡Mírenla! —exclamaba—. Como si nunca hubiera recibido afecto de nosotros. ¿Dónde ha estado su tía durante todos estos años? Me gustaría saberlo. Nosotros la hemos educado desde niña, y ahora, todo el cariño es para la otra. Nadie se cansa de poner a Sucharita por las nubes; pero a mí no me engaña. Parece que en toda su vida haya roto un plato, y es de cuidado. Todos nuestros desvelos han resultado inútiles.

Baroda sabía muy bien que Paresch Babu no escucharía sus quejas; al contrario, perdería su estimación si se mostraba incomodada con Harimohini. Este pensamiento la irritaba aún más, por lo que decidió que, sin hacer caso de lo que pensara su marido, lo mejor sería demostrar que todas las personas sensatas estaban de su parte. Y empezó a hablar de Harimohini con todos los miembros del Brahma Samaj, grandes y pequeños, para ganarlos a su causa. No acababa nunca de lamentarse de lo pernicioso que podía resultar para los niños tener en la casa el ejemplo de aquella idólatra supersticiosa y agorera.

El contenido enojo de Baroda no sólo halló expresión fuera de casa; dentro de ella, tuvo como resultado hacer la vida imposible a Harimohini. El criado de casta alta que había sido designado para sacar el agua que Harimohini precisaba para hacer su comida, nunca estaba disponible cuando eran requeridos sus servicios. Si el caso se mencionaba a Baroda, ésta decía:

—¿Pues qué es lo que ocurre? ¿Es que no está Ramdin?

Pero no ignoraba que Harimohini no podía usar el agua tocada por Ramdin, que era de baja casta. Si alguien se lo hacía observar, ella replicaba:

—Si esa mujer tiene tan pura casta, ¿quién la hace venir a una casa brahma? Aquí no podemos tolerar esas ridículas distinciones.

En tales momentos, su sentido del deber rayaba en el fanatismo.

—El Brahma Samaj se está volviendo muy blando en las cuestiones sociales; he aquí por lo que hace menos que antes en pro de la sociedad.

Y continuaba hablando hasta que dejaba bien sentado que ella, por su parte, no estaba dispuesta a mostrarse tan blanda. No y mil veces no, mientras le quedase un átomo de fuerza. Si su actitud era mal interpretada, tanto peor; si su propia familia se alzaba contra ella, estaba dispuesta a soportarlo. Y en conclusión, no olvidaba recordar a su auditorio que todos los santos del mundo que hicieron algo grande tuvieron que soportar insultos y vejaciones.

Pero Harimohini no se incomodaba por nada: al contrario, parecía gozarse en aquella penitencia. Las penalidades que le causaba aquel ascetismo voluntario estaban en consonancia con el tormento que le devastaba el espíritu. Vencía al dolor recibéndolo con los brazos abiertos.

Cuando Harimohini descubrió que el suministro de agua para su cocina era causa de discordia, renunció a guisar, y se alimentaba de leche y fruta que previamente ofrecía a su dios. Sucharita estaba muy apenada por ello, pero su tía le dijo, para consolarla:

—Pero si esto es muy bueno para mí, querida. Es una necesaria disciplina que me produce gran contento, no dolor.

—Tía —repuso Sucharita—, si yo dejara de tomar agua y alimentos de manos de los criados de baja casta, ¿me permitirías que te sirviera?

—Tú debes obrar conforme a tus creencias. No quiero que por mi causa emprendas un camino distinto. Con sólo tenerte a mi lado estoy contenta. Pares Babu ha sido como un padre, como un *guru* para ti. Debes honrar sus enseñanzas. Dios te bendecirá por ello.

Harimohini, por su parte, soportaba con tal placidez todas las molestias que el infligía la señora Baroda que no parecía ni percibirse de ellas, y cuando, cada mañana, subía Pares Babu a interesarse por ella, contestaba invariablemente:

—No; muchas gracias. Estoy perfectamente.

Pero aquellas desatenciones mortificaban a Sucharita. No era persona dada a quejarse, y en presencia de Pares Babu ponía especial cuidado en que no se escapara de sus labios ni una palabra en contra de Baroda. Pero aunque sufría en silencio, sin mostrar el menor resentimiento, aquella situación la acercaba más a su tía, y al fin, a pesar de las protestas de Harimohini, poco a poco fue encargándose de satisfacer las necesidades de la mujer.

Cuando Harimohini vio las molestias que ocasionaba a Sucharita, decidió volver a prepararse la comida ella misma, y Sucharita le dijo entonces:

—Tía, regularé mi conducta de acuerdo con lo que tú me digas; pero has de

permitirme que te traiga el agua. No admito negativas.

—Hija —dijo Harimohini—, no te ofendas; pero tendré que ofrecer esa agua a mi dios.

—¿Es que tu dios pertenece también a la sociedad ortodoxa? —protestó Sucharita—. ¿También él puede contaminarse?

Al fin, Harimohini tuvo que darse por vencida, y aceptó sin reservas los servicios de su sobrina. También Satish, en imitación de su hermana, se empeñó en compartir la comida de su tía, y al fin los tres llegaron a formar como una pequeña familia en un rincón de la casa de Pares Babu. Lolita era el único puente que existía entre las dos divisiones, pues la señora Baroda ponía buen cuidado en que ninguna de sus otras hijas se acercara al aposento de Harimohini, y también a Lolita se lo hubiera prohibido de buena gana, si se hubiese atrevido.

CAPÍTULO XL

La señora Baroda solía invitar a sus amigas brahmo. Algunas veces, las invitadas se congregaban en la terraza, delante de la habitación de Harimohini. En tales ocasiones, dada la simplicidad de su carácter, la buena mujer trataba de agasajarlas; pero ellas, por su parte, apenas disimulaban su desdén. Algunas incluso la miraban con descaro, mientras Baroda hacía sarcásticas observaciones acerca de los modales y costumbres ortodoxos, que algunas de ellas coreaban.

Sucharita, que siempre estaba con su tía, tenía que sufrir en silencio aquellos ataques. Lo único que podía hacer era demostrar con sus actos que aquellos insultos la herían también a ella, dado que imitaba sus costumbres. Cuando se servía la merienda, Sucharita rehusaba comer con ellas diciendo:

—No acostumbro a comer de esas cosas, gracias.

A lo que la señora Baroda replicaba, con brusquedad:

—Te niegas a comer con nosotros, ¿ch?

Y cuando Sucharita persistía en su negativa, Baroda decía con sorna:

—¿No sabéis? Sucharita se nos ha vuelto de altísima casta. Nuestro contacto la contamina.

—¿Qué? ¡Sucharita convertida a la ortodoxia! Las maravillas no se acaban —decían, entonces, las amigas.

Harimohini estaba muy preocupada porque no podía tolerar que su sobrina soportara aquellos sarcasmos por su culpa, y decía a la muchacha:

—No, Radharani; eso no, querida. Ve a comer con ellas.

Pero Sucharita se mantenía firme.

Cierto día, una de las invitadas fue a entrar, por curiosidad, en la habitación de Harimohini sin quitarse los zapatos; pero Sucharita le cerró el paso, diciendo:

—En esta habitación, no, por favor.

—¿Por qué no?

—Se guarda en ella al dios de la familia de mi tía.

—¡Ah, un ídolo! ¿De modo que adoras a los ídolos?

—Sí, desde luego —repuso Harimohini.

—¿Cómo puedes tener fe en los ídolos?

—¡Fe! ¿De dónde va a sacar la fe una miserable criatura como yo? Si la hubiese tenido, ella me habría salvado.

Aquel día estaba allí Lolita. Con el rostro encendido se volvió a la que había preguntado, e inquirió:

—Y tú, ¿tienes fe en Aquel a quien adoras?

—¡Qué tontería! ¡Cómo no iba a tenerla! —fue la respuesta.

Lolita, moviendo desdeñosamente la cabeza, dijo entonces:

—No sólo no tienes fe, sino que, lo que es peor, ni siquiera sabes que no la tienes.

Así se consumó la separación entre Sucharita y su familia adoptiva, a pesar de los esfuerzos de Harimohini por impedir que la joven contrariara a Baroda.

Hasta entonces, Baroda y Haran nunca se llevaron bien, pero de pronto, parecía que hubieran concertado una alianza contra el resto de la familia. La señora Baroda no tenía, pues, ningún inconveniente en afirmar que si alguien luchaba por conservar la pureza de los ideales del Brahmo Samaj, ese alguien era Panu Babu, dijeran lo que dijeran. Haran, por su parte, proclamaba a los cuatro vientos que la señora Baroda era espejo de las virtudes de la mujer brahmo, y que, con intrépida abnegación, trataba de preservar de toda mancha el nombre de su sociedad. En esta alabanza había, desde luego, una velada insinuación en contra de Paresch Babu.

Cierto día, dijo Haran a Sucharita en presencia de Paresch Babu:

—Me han dicho que sólo tomas alimentos santificados que han sido ofrecidos a los ídolos. ¿Es verdad eso?

Sucharita enrojeció, pero trató de hacer como si no hubiera oído la observación y empezó a jugar con las plumas y el tintero que había sobre la mesa. Paresch Babu, dirigiendo a la muchacha una mirada compasiva, dijo:

—Panu Babu, todo lo que comemos son alimentos santificados por la gracia de Dios.

—Pero parece ser que Sucharita está dispuesta a alejarse de nuestro Dios —contestó Haran.

—Aunque tal cosa fuera cierta, ¿remediaría algo el abrumarla a reproches?

—Si vemos que la corriente se lleva a alguien, ¿no hemos de procurar atraerle de nuevo hacia la orilla?

—No es lo mismo arrojarle piedras que atraerle a la orilla —dijo el anciano—. Pero, no te alarmes, Panu Babu. Conozco a Sucharita desde que no levantaba un palmo del suelo y si hubiera caído al agua me habría enterado antes que ninguno de vosotros, y no habría permanecido inactivo.

—Aquí está Sucharita. Que conteste por sí misma. Me han dicho que se niega a comer con según quién. Pregúntale si es verdad.

Sucharita, abandonando la contemplación del tintero, respondió:

—Mi padre sabe que he dejado de comer los alimentos que toca todo el mundo, y si él puede tolerarlo, no pido más. Si a alguno de vosotros le desagrada, puede insultarme como le parezca, pero no es necesario que importune a mi padre. ¿Es que olvidáis la inmensa tolerancia que tiene para cada uno de vosotros? ¿Así se la agradecéis?

La claridad de aquel lenguaje dejó asombrado a Haran. «Hasta Sucharita ha aprendido a hablar por sí misma», pensó, sorprendido.

Paresh Babu era un hombre amante de la paz, y no le agradaba discutir ni acerca de sí mismo ni acerca de los demás. Había vivido plácidamente, sin ambicionar ningún puesto importante en el Brahma Samaj; Haran achacaba esta actitud a falta de entusiasmo, y en más de una ocasión se lo reprochó, pero, por toda respuesta, Paresh Babu decía:

—Dios creó dos clases de cuerpos: los móviles y los inertes. Yo pertenezco a estos últimos. Dios utilizará a los hombres como yo para las tareas que seamos capaces de desempeñar. No ganaremos nada obstinándonos en hacer aquello que no sabemos. Ya voy siendo viejo, y hace muchos años que quedé decidido lo que puedo y lo que no puedo hacer. Nada conseguirás tratando de azuzarme.

Haran se jactaba de poder infundir entusiasmo hasta en el corazón del más refractario. Estaba convencido de poseer una fuerza irresistible para despertar a la vida activa a los cuerpos inertes y para excitar al arrepentimiento a quienes caían en el pecado. Nadie podía resistirse a su vigoroso verbo. Había llegado a la conclusión de que todas las mejoras que se observaban en la conducta de los individuos del Samaj debían serle atribuidas.

Estaba convencido de que su influencia operaba de modo permanente entre bastidores, y cuando alguien alababa a Sucharita en su presencia, resplandecía, satisfecho

de sí mismo. Él creía estar modelando el carácter de la muchacha con sus consejos, su ejemplo y su compañía, y empezaba a abrigar la esperanza de que la vida toda de Sucharita fuera una de las más gloriosas realizaciones de su apostolado. No se sentía lastimado en su orgullo por aquel deplorable retroceso de Sucharita, pues, a su modo de ver, toda la culpa era de Paresh Babu.

Nunca logró unirse sinceramente al coro de alabanzas en loor del anciano, y se felicitaba de ello. Pronto se vería cuán justificado estuvo su sabio silencio.

Podía perdonarlo casi todo, menos el que una persona se obstinase en obrar de acuerdo con un criterio propio, haciendo caso omiso de sus atinados consejos. Le resultaba casi imposible dejar escapar a sus víctimas sin lucha, y cuanto más evidente era que sus consejos no surtían efecto, tanto más insistía él. Al igual que un mecanismo al que no se le hubiese acabado la cuerda, no conseguía contenerse, y se obstinaba en seguir machacando sobre lo mismo, sin saber reconocer su derrota.

Este rasgo de Haran preocupaba hondamente a Sucharita, no por ella misma, sino por Paresh Babu. Paresh Babu se había convertido en tema de discusión de todo el Brahma Samaj. ¿Y qué podía hacerse para contrarrestar aquello?

Estaba también Harimohini, que, a medida que iban pasando los días, se daba cuenta de que aun procurando pasar desapercibida, creaba serios conflictos a la familia; y las humillaciones que se le infligían herían más y más a Sucharita. Harimohini no encontraba la solución de aquel problema.

Y, para acabar de complicar las cosas, la señora Baroda instaba a Paresh Babu para que adelantase la fecha de la boda de Sucharita.

—No podemos seguir haciéndonos responsables de esta criatura —argüía—, y menos ahora que le da por obrar a su antojo. Si la boda se retrasa, tendré que llevarme de aquí a las niñas, pues el execrable ejemplo de Sucharita es muy pernicioso para ellas. Vas a tener que arrepentirte de tu benevolencia para con ella, te lo advierto. Mira a Lolita. Nunca fue tan rebelde. ¿Quién crees que se encuentra detrás de su perversa conducta, de sus desobediencias y excentricidades? Ese asunto del otro día, que casi me hizo morir de vergüenza... ¿Te imaginas que Sucharita no tuvo parte en él? Hasta hoy nunca me quejé porque tú quieres a Sucharita más que a tus propias hijas, pero ahora permite que te diga claramente que esto no puede continuar.

Paresh Babu se sentía muy preocupado, no por Sucharita, sino por el malestar que se advertía en la casa. No albergaba ninguna duda de que, cuando la señora Baroda se proponía una cosa, no dejaba piedra sobre piedra para conseguirla, y si veía que sus esfuerzos eran inútiles, los redoblaba. El anciano comprendió que, dadas las circunstancias, la boda de Sucharita tendría la ventaja de poner paz en el espíritu de la muchacha. Y dijo a Baroda:

—Si Panu Babu la convence para que fije la boda, yo no pondré inconveniente

alguno.

—Quisiera saber cuántas veces habrá que pedirle el consentimiento —exclamó la señora Baroda—. Tu conducta me asombra. ¿A qué viene tanta deferencia? ¿Quieres decirme dónde encontraría ella otro partido como ése? Enfádate si quieres, pero, a decir verdad, no se merece a Panu Babu.

—Aún no he conseguido entender con claridad cuáles son los verdaderos sentimientos que Panu Babu despierta en *Didi*. De modo que hasta que ellos dos no lleguen a un acuerdo, prefiero no intervenir.

—¡Ah, vamos! ¡No lo entiendes! —subrayó la señora Baroda—. ¡Al fin lo reconoces! Cuando yo te digo que esa muchacha no es fácil de comprender... Y oye bien esto: interiormente es muy distinta de lo que aparenta ser.

CAPÍTULO XLI

En el periódico apareció un artículo acerca de un cierto entibamiento del entusiasmo entre los miembros del Brahma Samaj. En él se aludía claramente a la familia de Paresh Babu y, aunque no se mencionaban nombres, todos supieron inmediatamente a quién se refería el autor, cuya personalidad tampoco resultaba difícil de descubrir. Sucharita, haciendo un gran esfuerzo, consiguió leer el artículo en menudos fragmentos. Por el brío que demostraba en la tarea parecía decidida a no descansar hasta ver los pedazos reducidos a su más mínima expresión.

Fue en aquel momento cuando entró Haran en la estancia y se sentó a su lado, pero Sucharita estaba tan absorta en su trabajo que ni siquiera le miró.

—Sucharita —empezó Haran—, hoy tengo que hablarte de algo muy importante, y es preciso que me atiendas.

Sucharita continuó desmenuzando el periódico, y cuando no pudo ya seguir haciéndolo con los dedos, lo hizo con sus tijeras. Antes de que terminara, entró Lolita en la habitación.

—Lolita —dijo Haran—, tengo que hablar con Sucharita.

Pero cuando Lolita dio media vuelta para marcharse, su hermana la detuvo cogiéndola del vestido, a lo que Lolita protestó:

—¡Pero si Panu Babu quiere hablar contigo en privado!

Sucharita, sin hacer caso de sus palabras, la obligó a sentarse a su lado.

Haran era incapaz de captar una indirecta, por lo que abordó el tema sin más preámbulos.

—Creo que nuestra boda no debe demorarse ya más. He hablado con Paresh Babu, y él dice que en cuanto des tu consentimiento podemos fijar la fecha. Así, pues, he decidido que el próximo domingo...

Pero Sucharita, sin darle tiempo a terminar la frase, dijo, sencillamente.

—No.

Haran quedó desconcertado por tan tajante y concisa respuesta. La muchacha le

pareció siempre un modelo de obediencia, y en ningún momento imaginó que pudiera rechazar su proposición antes de que él hubiera tenido tiempo de formularla, y con aquella palabra tan escueta, además.

—¿No? —repitió él airadamente—. ¿Qué quieres decir con ese no? ¿Deseas que fijemos fecha más lejana?

—No.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres decir? —balbuceó él, aturdido.

—No consiento en el matrimonio —respondió Sucharita, con la cabeza profundamente inclinada.

—¿Que no consientes? Pero ¿qué significan esas palabras?

Haran estaba estupefacto.

—Panu Babu —torció Lolita sarcásticamente—, al parecer, has olvidado tu lengua materna.

Haran lanzó a Lolita una mirada fulminante y le dijo:

—Más fácil me parece confesar que no entiendo ya mi lengua materna que admitir que durante todo este tiempo he interpretado mal las reiteradas frases de una persona que siempre me ha inspirado respeto.

—Requiere tiempo entender a la gente —observó Lolita—. Quizá esto rece también contigo.

—Nunca hubo la menor discrepancia entre mis palabras y mis actos —dijo Haran—. Puedo afirmar categóricamente que, por lo que a mí se refiere, no di ocasión a malas interpretaciones. Que diga Sucharita si no tengo razón.

Lolita iba a replicar cuando Sucharita la contuvo, diciendo:

—Lo que afirmas es cierto. Ni por un momento se me ocurrió echarte la culpa.

—Si comprendes que no tengo la culpa, ¿por qué me tratas de modo tan indigno?

—Tienes pleno derecho a llamarlo indigno —dijo Sucharita con firmeza—; pero acepto la indignidad porque...

En aquel momento, sonó una voz fuera:

—*Didi*, ¿puedo pasar?

—¡Oh! ¿eres tú, Binoy Babu...? Pasa, pasa.

—Te equivocas, *Didi*. No es Binoy Babu. Es Binoy a secas. No me abrumes con tanta ceremonia —dijo él al entrar en la habitación. Luego, cuando vio a Haran y observó la expresión que había en su rostro, añadió jocosamente—: ¡Ah, ya veo que estáis enfadados conmigo porque estuve tantos días sin venir!

—Buena razón para enfadarse —dijo Haran, tratando de seguir la broma; pero añadió—: Aunque siento que llegues en un momento algo inoportuno: estaba hablando de un asunto importante con Sucharita.

—¡Mala suerte! —exclamó Binoy levantándose apresuradamente—. Uno nunca sabe cuál será el momento propicio para venir; por eso es por lo que uno no viene casi nunca.

Iba ya a salir de la habitación cuando Sucharita le dijo:

—No te vayas, Binoy Babu. Ya habíamos terminado nuestra conversación. Siéntate.

Binoy adivinó que su llegada había librado a Sucharita de una situación difícil, por lo que volvió a sentarse, diciendo con jovialidad:

—Yo nunca desprecio una amabilidad. Cuando se me ofrece un asiento, lo acepto con presteza. Es mi carácter. Por lo tanto, *Didi*, ten cuidado; no me digas nunca nada que no sientas, o te pesará.

Haran quedó reducido al silencio; pero su conducta anunciaba que no se daba por vencido, y que no pensaba salir de la habitación hasta haber dicho todo lo que tenía que decir.

Cuando Lolita oyó la voz de Binoy, sintió que la sangre le corría con más fuerza por todo el cuerpo, dando al traste con todos sus esfuerzos para conservar la naturalidad. Por consiguiente, cuando él entró en la habitación, le resultó imposible tratarlo como a un amigo corriente, y no supo pensar más que en dónde poner los ojos y qué hacer con las manos. De buena gana hubiera salido de la habitación, si Sucharita no hubiera conservado su vestido entre las manos.

Binoy, por su parte, dirigió la conversación a Sucharita, sin atreverse a hablarle a ella directamente. El joven trataba de ocultar su confusión hablando sin cesar.

A pesar de todo, aquella nueva timidez existente entre Lolita y Binoy no pasó desapercibida a Haran. Le mortificaba ver que Lolita, que últimamente le hablaba a él con indecente descaro, se mostrara tan mansa en presencia de Binoy. Su furor contra Pares Babu fue en aumento, ante aquella prueba de los males que el anciano había atraído sobre su familia dejando que sus hijas se mezclaran con gentes extrañas al Brahmo Samaj. Y, con la fuerza de una maldición, le asaltó el pensamiento de que Pares Babu tendría que

arrepentirse de su insensatez.

Cuando se hizo evidente que Haran no tenía intención de marcharse, Sucharita dijo a Binoy:

—Hace tiempo que no has visto a mi tía. A menudo pregunta por ti. ¿No te gustaría subir a saludarla?

—No vayas a creer que necesito que me la recuerdes —dijo Binoy poniéndose en pie—. Estaba ya en mi pensamiento.

Cuando Sucharita hubo salido, en compañía de Binoy, Lolita se levantó.

—Panu Babu, no creo que tengas nada especial que decirme.

—No —repuso Haran—, y como presumo que estarán echándote de menos, tienes mi venia para marcharte.

Lolita comprendió la insinuación y, para demostrarle que aquellas palabras no la intimidaban, replicó, fríamente:

—Hacía tanto tiempo que no veía a Binoy Babu que, realmente, tengo ganas de charlar con él. Entretanto, si deseas leer tus propios artículos...; pero se me olvidaba que mi hermana acaba de hacer pedazos tu periódico. No obstante, si puedes soportar lo que escriben los demás, aquí tienes esto.

Y cogiendo unos artículos de Gora, cuidadosamente doblados, los puso delante de Haran; después, salió de la habitación.

Harimohini estaba encantada de ver a Binoy. Y no sólo por el cariño que le profesaba, sino porque era distinto de las otras visitas que recibía la mujer, que la miraban como si perteneciese a otra especie. Eran todos gente de Calcuta y su cultura, tanto inglesa como bengalí, era superior a la de ella, por lo que su despego la hacía replegarse sobre sí misma.

En Binoy, Harimohini hallaba un apoyo. También él era un hombre de Calcuta y su cultura, según le habían dicho, era vastísima. No obstante, nunca tuvo más que atenciones para con ella. Y era principalmente por esto por lo que en poco tiempo le cobró gran afecto.

A Lolita no le hubiera sido fácil subir a la habitación de Harimohini en pos de Binoy de no haberse sentido herida en su amor propio por el sarcasmo de Haran. Esto no sólo la impulsó a subir, sino que le infundió valor para hablar con Binoy sin vacilaciones. El eco de sus risas llegaba hasta los oídos del abandonado Haran, crispándole los nervios.

Haran se cansó pronto de su propia compañía y decidió ir junto a la señora Baroda a calmar el dolor de las heridas que acababa de recibir. Cuando ésta se enteró de que

Sucharita se negaba a casarse con él, su indignación no tuvo límites.

—Panu Babu —le exhortó—, debes mostrarte inflexible. Ella dio ya su consentimiento. Todo el Brahma Samaj lo sabe desde hace tiempo. No dejes ahora que todo se desbarate porque a ella se le antoje decir que no. No renuncies a tus derechos. Mantente firme, y ya veremos lo que ella puede hacer.

Era superfluo animar a Haran a mostrarse firme. Él no hacía más que repetirse a sí mismo: «Debo hacerlo por principio. Personalmente, no me costaría ningún esfuerzo renunciar a Sucharita, pero está en juego la dignidad del Brahma Samaj.»

Binoy, para prescindir de toda formalidad en sus relaciones con Harimohini, le pidió algo de comer. Harimohini, muy halagada, se apresuró a disponer frutas, dulces y grano cocido en una bandeja de cobre que ofreció a Binoy, junto con un vaso de leche.

Echándose a reír, dijo él:

—Creí poner a la tía en un aprieto al decir que tenía hambre a estas horas, pero veo que tengo que darme por vencido.

Y se disponía a empezar a comer, haciendo alarde de gran apetito, cuando, de pronto, apareció la señora Baroda.

Binoy le hizo una profunda inclinación y le dijo:

—¿Cómo es que no te he visto abajo? He estado allí bastante tiempo.

Pero Baroda no hizo el menor caso de sus explicaciones ni de su saludo y, volviéndose hacia Sucharita, exclamó:

—¡De modo que aquí está la señorita! Lo suponía. Aquí puede hacer lo que le venga en gana. Y el pobre Panu Babu esperándola toda la mañana. Es la primera vez que ocurre cosa igual. Me pregunto quién le dará las alas a esa muchacha para comportarse así. Y pensar que esto ocurre en nuestra familia... ¿Cómo vamos a presentarnos ante el Brahma Samaj?

Harimohini, desolada, dijo a Sucharita:

—No sabía que alguien te esperaba. ¡Cómo siento haberte entretenido! ¡Ve, querida, ve inmediatamente! Debí figurármelo.

Lolita iba a protestar diciendo que Harimohini no tenía la culpa, pero Sucharita le oprimió una mano para que callara y, sin pronunciar palabra, bajó a la planta baja.

Ya hemos relatado la forma en que Binoy conquistó el favor de Baroda. Ella estaba segura de que, gracias a la influencia de su familia, aquel muchacho no tardaría en hacerse

miembro del Brahma Samaj, y pensaba con orgullo que ella habría sido su principal bienhechora; precisamente se había ufano ya de su proeza ante sus amigas. Era, pues, una amarga decepción ver a Binoy establecido en campo enemigo con Lolita como aliada.

—Lolita, ¿tienes algo especial que hacer aquí? —preguntó Baroda agriamente.

—Sí; Binoy Babu subió y yo...

—Deja que agasajen a Binoy Babu aquellos a quienes ha venido a visitar. ¡Te necesito abajo!

Lolita se dijo que Haran habría estado asociando el nombre de ella y el de Binoy de una forma a la que no tenía derecho. Este pensamiento la sublevó, y le hizo terminar con excesiva vehemencia lo que anteriormente empezara a decir titubeando:

—Hacía tiempo que no veía a Binoy Babu. Deseo charlar un rato con él antes de bajar.

La señora Baroda comprendió que Lolita no se dejaría intimidar y, temiendo verse derrotada en presencia de Harimohini, no añadió ni una palabra y salió de la habitación sin mirar a Binoy.

Cuando Baroda se hubo marchado, de los deseos de charlar con Binoy que Lolita acababa de expresar, no quedó el menor rastro. Durante largo rato los tres observaron un violento silencio y, después, Lolita se levantó y fue a encerrarse en su habitación.

Binoy comprendió cuál era la situación de Harimohini en aquella casa y, enfocando la conversación hacia aquel punto, poco a poco fue enterándose de la historia de la desdichada mujer.

Harimohini dijo, para terminar:

—Hijo, el mundo no es lugar a propósito para una desventurada como yo. Hubiera sido preferible retirarme a algún lugar sagrado. Tenía ahorrado algo de dinero con el que podía sustentarme durante una temporada, y quizá me hubiera ganado la vida guisando para alguna familia. En Benarés vive mucha gente de esta labor.

»Pero mi alma es tan pecadora que no supo resignarse. Cuando me quedo sola, el dolor me abruma impidiéndome hasta pensar en Dios. A veces creo volverme loca. Radharani y Satish son para mí lo que un madero para el náufrago. La sola idea de perderlos me ahoga. Y de día y de noche me atormenta el temor de tener que dejarlos. ¿Tor qué, si no, después de perderlo todo, he podido llegar a quererlos tanto en tan poco tiempo?

»No me importa abrirte mi corazón hijo, y por eso te digo que desde que los tengo a ellos dos he podido volver a adorar a Dios con toda el alma..., y, si los pierdo, mi Dios no será para mí más que una piedra.

Y, con estas palabras, Harimohini se enjugó los ojos.

CAPÍTULO XLII

Sucharita bajó al salón y, parándose frente a Haran, le dijo:

—¿Qué es lo que tienes que decirme?

—Siéntate —dijo Haran.

Pero Sucharita permaneció de pie.

—Sucharita, me has hecho daño.

—Tú también me lo has hecho.

—La palabra que yo empeñé sigue...

—¿Es que bastan las palabras para hacer daño a la gente? —preguntó Sucharita sin dejarle terminar—. ¿Me obligarías a obrar en contra de mi voluntad sólo por una palabra? ¿Acaso la verdad no es más grande que todas las palabras falsas? ¿Simplemente porque yo haya reincidido en un error tiene que prevalecer el error? Me he dado cuenta de mi equivocación y no puedo mantener mi consentimiento; hacerlo estaría mal.

Haran no comprendía aquel cambio. Carecía de la suficiente modestia para pensar que era su falta de consideración lo que había impulsado a la muchacha a romper su habitual reserva, y mentalmente echó la culpa a sus amistades.

—¿En qué consiste ese error que dices haber descubierto?

—¿Por qué quieres saberlo? ¿No te basta con que te diga que retiro mi consentimiento?

—Pero tendremos que dar alguna explicación al Brahma Samaj... ¿Qué quieres decir y qué diré yo?

—No pienso decir nada. Si tú crees tener que decir algo, diles que Sucharita es demasiado joven o demasiado necia o demasiado inconsciente. Di lo que quieras. Pero entre nosotros no hay más que hablar.

—No puede acabar así. Si Paresh Babu...

En aquel momento, apareció en la puerta Paresh Babu.

—Bien, Panu Babu, ¿deseas decirme algo?

Sucharita fue a salir de la habitación, pero Haran la llamó:

—No, Sucharita, no puedes irte ahora. Hablemos de esto en presencia de Paresh Babu.

Sucharita se volvió hacia él y permaneció donde estaba.

—Paresh Babu —dijo Haran—, después de todo este tiempo, Sucharita dice ahora que no consiente en nuestro matrimonio. ¿Crees tú que hizo bien en jugar con cosa de tanta importancia? ¿No aceptas tú parte de la responsabilidad de este feo asunto?

Paresh Babu acarició el cabello de Sucharita y le dijo suavemente:

—Querida, no es preciso que te quedes. Puedes marcharte.

Al oír tan comprensivas palabras, Sucharita sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y salió precipitadamente de la habitación.

Entonces prosiguió Paresh Babu:

—Porque temía que Sucharita no comprendía sus verdaderos sentimientos dudé en acceder a la celebración de los esponsales.

—¿Y no se te ocurre que sea ahora cuando no comprenda sus verdaderos sentimientos?

—Cabe dentro de lo posible —admitió el anciano—. Pero ante la duda, no es posible el matrimonio.

—¿Te niegas a aconsejar a Sucharita en su propio bien?

—Deberías saber que no podría aconsejar a Sucharita más que en su propio bien.

—Si eso fuera cierto, no habría obrado de este modo —estalló Haran—. Deja que te diga que todo lo que está ocurriendo en tu casa se debe a tu falta de juicio.

Paresh Babu respondió con una leve sonrisa:

—Sí; en eso tienes razón. Si yo no asumo la responsabilidad de lo que ocurre en mi casa, ¿quién lo hará?

—Te aseguro que algún día te arrepentirás.

—El arrepentimiento es un don de Dios. Yo temo obrar mal, Panu Babu, pero no

temo arrepentirme.

En este momento volvió a entrar Sucharita y, tomando de la mano a Paresh Babu, le dijo:

—Padre, es la hora de tu oración.

—¿Quieres aguardar un poco, Panu Babu? —preguntó Paresh Babu.

—No —respondió Haran secamente.

Y, al fin, se marchó.

CAPÍTULO XLIII

Sucharita estaba llena de zozobra al intuir la lucha que se le avecinaba; lucha consigo misma y con los demás. Durante todo aquel tiempo, sus sentimientos hacia Gora se habían ido robusteciendo sin que ella lo advirtiera y, de pronto, cuando se enteró de su encarcelamiento, se le velaron con una claridad diáfana y una fuerza irresistible. La muchacha no tenía idea de cómo acabaría aquello. No osaba sincerarse con nadie y hasta se resistía a admitir lo que llevaba en su interior.

No encontró la soledad que necesitaba para aliviar su conflicto en alguna fórmula de compromiso, pues Haran consiguió azuzar contra ella a los iracundos miembros de su Samaj. Y hasta amenazaba con echar al vuelo las campanas de su periódico.

Además, Sucharita estaba preocupada por su tía. El problema de su permanencia en aquella casa parecía querer acabar en tragedia. Comprendió que su vida entraba en un período de crisis, y que ya no podría seguir por el mismo camino ni pensar de la misma forma que hasta entonces.

Su único consuelo era Paresch Babu. Y no porque le pidiese consejo. Su delicadeza le impedía hablar de ciertas cosas con su padre adoptivo. Pero junto al anciano se sentía protegida; era como si él sólo le brindara los cuidados de un padre.

Aquellas tardes de otoño, Paresch Babu no bajaba al jardín a meditar, sino que se retiraba a una pequeña habitación orientada a Poniente. Por la ventana abierta, los últimos rayos del sol iluminaban su blanco cabello y su sereno semblante. Sucharita solía ir a sentarse a su lado, en silencio. Su corazón inquieto y torturado se tranquilizaba en aquella compañía. Y, al abrir los ojos, Paresch Babu veía junto a sí a aquella discípula callada e inmóvil, y la inefable dulzura de que ella estaba impregnada le impulsaba a bendecirla desde lo más hondo de su corazón.

Paresch Babu buscaba continuamente la unión con el Ser Supremo; he aquí por qué su espíritu estaba siempre vuelto hacia la verdad y la bondad; las cosas temporales nunca fueron importantes para él. La libertad que de este modo había conquistado para sí le impedía imponer a los demás determinadas creencias o líneas de conducta. Su natural confianza en la bondad y su paciencia para con las cosas del mundo le acarrearán las censuras de los secretarios fanáticos. Pero aunque tales censuras le dolían, no lograban destruir su ecuanimidad. A menudo se repetía a sí mismo: «Nada aceptaré de manos de los otros; de las manos de Él lo aceptaré todo.»

Sucharita buscaba mil pretextos para poder gozar de aquella profunda serenidad que encontraba en compañía de Paresch Babu. Cuando el conflicto, de su corazón y el conflicto

de la casa amenazaban con trastornarla, ella sentía que, dejando reposar un momento su cabeza a los pies de su padre, su espíritu quedaba en paz.

En un principio, Sucharita creyó que si conseguía resistir con tesón, el enemigo llegaría a cansarse. Pero no fue así, y al fin, tuvo que aventurarse por senderos desconocidos.

Cuando la señora Baroda descubrió que con sus reproches no conseguía que Sucharita cambiase de actitud ni que Paresh Babu la apoyara, toda su furia recayó sobre Harimohini. Sólo de pensar que aquella mujer estaba en su casa, se sentía fuera de sí.

Binoy fue invitado a la ceremonia religiosa que Baroda celebraba anualmente en memoria de su padre. Mientras ella adornaba el salón para el acto, ayudada por Sucharita y sus hijas, el muchacho subió a la habitación de Harimohini. Como lo más insignificante cobra terrible importancia cuando el espíritu está trastornado, el que Binoy fuera a saludar a Harimohini le resultó a Baroda tan insoportable que no pudo continuar con lo que estaba haciendo, y se sintió impulsada a seguirle. Cuando llegó arriba, le encontró sentado en la estera y conversando amigablemente con Harimohini.

—Escucha esto —estalló Baroda—, no me importa que permanezcas en esta casa todo el tiempo que desees; pero no podemos consentir que guardes aquí a tu ídolo.

Harimohini había vivido siempre en el campo, y, a sus ojos, los brahmos no eran sino una secta de cristianos. Para ella, el problema estaba en hasta qué punto podía uno mezclarse con ellos sin temor. El que a ellos no les gustara su compañía era algo que acababa de descubrir y estaba dándole mucho qué pensar.

Las claras palabras de la señora Baroda le hicieron ver que había llegado el momento de pasar a la acción. Al pronto, pensó en mudarse a alguna residencia de Calcuta, a fin de poder seguir viendo a Sucharita y a Satish, pero luego se preguntó si sus medios le permitirían vivir en la ciudad.

Cuando, como una súbita tormenta, se fue la señora Baroda, Binoy permaneció sin moverse, con la cabeza inclinada.

Entonces, Harimohini rompió el silencio para decir:

—Quisiera hacer una peregrinación. Hijo, ¿podría alguno de vosotros acompañarme en el viaje?

—Me gustaría ir contigo; pero hasta dentro de unos días no estaríamos dispuestos para salir. Entretanto, ¿por qué no vas a casa de mi madre?

—Hijo, no sabes el estorbo que soy. Dios ha puesto sobre mis hombros un peso tan grande que nadie es capaz de aguantarme. Cuando vi que mi presencia se hacía insoportable incluso en la casa de mi esposo, debí comprenderlo. Pero la comprensión no se

me alcanza con facilidad. He vagado de un lado para otro durante todos estos años, tratando de llenar el vacío de mi corazón y dondequiera que me detuve llegó conmigo la desgracia. Basta ya, hijo, déjame. ¿Por qué invadir otro hogar? Me refugiare a los pies de Aquel que soporta al mundo entero. Ya no puedo seguir luchando.

Y mientras hablaba Harimohini se enjugaba repetidamente las lágrimas.

—No, no, tía —dijo Binoy—. No puedo consentir que digas eso. No puedes comparar a mi madre con los demás. El que puede dedicar a Dios todos sus pesares podrá también soportar el dolor ajeno. Así es mi madre, como así es también Paresh Babu. No se hable más. Acompañame a mi santuario, y, luego, yo te acompañaré al tuyo.

—Pero tendremos que avisar —objetó ella.

—Nuestra llegada será el mejor aviso.

Entonces apareció Sucharita, que dijo a Binoy:

—Mi madre me envía a decirte que va a empezar la ceremonia.

—Lo siento mucho. No puedo ir ahora. Tengo que hablar con la tía —dijo Binoy.

Pero lo cierto era que, después de lo ocurrido, Binoy no deseaba ya aceptar la invitación de Baroda. Todo aquello parecía una burla. Pero Harimohini, muy agitada, le rogó que fuera, diciendo:

—Después hablaremos. Ve ahora a la ceremonia y luego vuelve a subir.

—A mí me parece que sería mejor que bajaras —añadió Sucharita.

Binoy comprendió que si no asistía al oficio contribuiría a que estallase la revolución que estaba ya latente en la casa. Así, pues, bajó al salón. No obstante, su aquiescencia no surtió plenamente el efecto deseado.

Al terminar la ceremonia, se ofreció un refrigerio a los asistentes, pero Binoy se excusó diciendo:

—Lo siento. No tengo apetito.

—No culpes al apetito, después de haber estado comiendo toda clase de golosinas —dijo Baroda con sarcasmo.

Binoy se echó a reír y admitió su falta:

—Es el castigo de los ansiosos; se pierden el futuro por ceder a la tentación del presente.

Y con estas palabras se dirigió hacia la puerta.

—Por lo que veo, subes otra vez —dijo Baroda.

—Sí —contestó él lacónicamente.

Al pasar junto a Sucharita, susurró:

—*Didi*, sube un momento. La tía te necesita.

Lolita estaba sirviendo a los invitados. Cuando pasó junto a Haran, éste observó, sin que viniese a cuento:

—Binoy Babu no está. Se fue arriba.

Lolita se detuvo y, mirándole fijamente, le dijo:

—Ya lo sé. Pero no se marchará sin despedirse de mí. Además, en cuanto termine mi trabajo, yo subiré también.

Haran observó que Binoy, al salir, decía algo a Sucharita y que ésta salía tras él. Poco antes, Haran intentó varias veces trabar conversación con la muchacha, sin conseguirlo, y la frialdad con que ella le trataba delante de sus correligionarios le hería mortalmente. Su amargura llegó al diapasón cuando Lolita se negó a dejarse intimidar.

Cuando Sucharita llegó a la habitación de la azotea, encontró a su tía sentada y con todos sus efectos empacados, dispuesta a marcharse.

Al preguntarle qué ocurría, ésta no pudo responder, y rompió a llorar.

—¿Dónde está Satish? —dijo al fin—. ¿Quieres decirle que venga a verme un momento, madrecita?

Sucharita miró a Binoy interrogativamente y éste explicó:

—Si la tía permanece en esta casa se producirán conflictos. Por eso la llevo a casa de mi madre.

—Después me marcharé a algún lugar de peregrinación —dijo Harimohini—. Las personas como yo no debemos quedarnos en casa de los demás. ¿Por qué obligarles a que carguen conmigo?

Sucharita había estado pensando sobre este asunto durante los últimos días, y llegó a la conclusión de que, permaneciendo en la casa, Harimohini sólo cosecharía insultos. Por eso no contestó, sino que se sentó al lado de su tía sin pronunciar una sola palabra. Era ya casi de noche, pero aún no se habían encendido las lámparas. Las estrellas brillaban

débilmente en el brumoso cielo otoñal, y en aquella oscuridad no se sabía cuál de las dos estaba llorando.

De pronto, desde la escalera llegó la chillona voz de Satish, gritando:

—¡Tía! ¡Tía!

Harimohini se levantó apresuradamente.

—Tía —dijo Sucharita—, no puedes marcharte esta noche. Mañana hablaremos. ¿Cómo vas a desaparecer de improviso, sin despedirte siquiera de mi padre? Piensa en lo apenado que se sentiría.

Binoy, excitado por el insulto proferido por la señora Baroda, no se había detenido a reflexionar; se dijo que Harimohini no podía seguir allí ni una noche más, y que era preciso demostrar a Baroda que Harimohini no tenía por qué aguantar sus insultos por falta de otro techo que la cobijara. Por eso sólo pensó en sacarla de allí lo antes posible.

Al oír a Sucharita, comprendió Binoy que en aquella casa la hospitalidad de Paresch Babu tenía más importancia que los insultos de Baroda, y dijo:

—Tiene razón. No puedes marcharte sin despedirte de Paresch Babu.

Entonces entró Satish gritando:

—Tía, ¿sabes que los rusos van a invadir la India? ¡Qué divertido!

—¿Tú con quién estarás? —le preguntó Binoy.

—¡Con los rusos!

—¡Ah!, entonces ya no tienen que preocuparse.

Cuando Sucharita vio que la crisis había pasado y que Binoy volvía a ser el de siempre, bajó nuevamente al salón.

CAPÍTULO XLIV

Paresh Babu, a solas en su habitación, leía un libro de Emerson a la luz de un quinqué. Cuando entró Sucharita y, silenciosamente, arrimó una silla a su lado, él dejó el libro y la miró a los ojos.

Sucharita no se atrevió a abordar el tema de que venía a hablarle. Se sentía incapaz de hablar de cosas materiales, por lo que dijo:

—Padre, léeme algo, te lo ruego.

Paresh Babu estuvo leyéndole y explicándole la lectura hasta que dieron las diez. Al terminar, Sucharita decidió no hablar entonces de cosas desagradables que pudieran turbar el reposo de su padre. Iba ya a retirarse a su habitación cuando Paresh Babu la llamó y le dijo:

—Has venido para hablarme de tu tía, ¿no es verdad?

Sucharita, asombrada de que él hubiera podido leerle el pensamiento, respondió:

—Sí, padre; pero no te preocupes de eso esta noche. Mañana tendremos tiempo de hablar.

Pero Paresh Babu la obligó a sentarse y le dijo:

—Me doy cuenta de que tu tía no se sienta a gusto en esta casa. No me figuré que sus creencias religiosas y sus costumbres chocaran tan violentamente con las ideas y los hábitos de tu madre. Ahora, que he visto cómo la repelen, estoy seguro de que tu tía no puede encontrarse bien con nosotros.

—La tía está ya preparada para marcharse.

—Sabía que querría hacerlo, pero sé también que, siendo vosotros los únicos parientes que le restan, no podéis permitir que se quede en la calle. Lleva ya algún tiempo pensando en ello.

Sucharita nunca se figuró que Paresh Babu hubiese descubierto las dificultades de Harimohini y se hubiese ocupado de ellas. La muchacha se mostraba siempre muy circunspecta, temiendo darle un disgusto, y cuando le oyó expresarse en estos términos, asomaron a sus ojos lágrimas de gratitud.

—He encontrado la casa que le conviene —continuó Paresh Babu.

—El caso es que no sé si ella... —balbuceó Sucharita.

—¿Si ella podrá pagar el alquiler? Pero, ¿por qué tiene que pagarlo? Tú no se lo vas a cobrar, ¿verdad?

Sucharita le miró con asombro mientras el anciano, echándose a reír, prosiguió:

—Que viva en tu casa y así no tendrá que pagar alquiler.

Tras estas palabras, el asombro de Sucharita fue en aumento, por lo que Paresh Babu explicó:

—¿No sabías que poseéis dos casas en Calcuta? Una de ellas es tuya, y la otra, de Satish. Al morir vuestro padre, me dejó algún dinero en custodia. Yo lo presté con interés y, cuando aumentó lo suficiente, lo invertí en la compra de esas dos casas en la ciudad. Durante todos estos años las he tenido alquiladas, y el producto del alquiler también os lo he apartado. El inquilino que ocupaba la tuya se marchó tiempo atrás y, como la casa está desocupada, tu tía no hallará en ella nada que la moleste.

—Pero, ¿podrá vivir allí sola? —preguntó Sucharita.

—Mientras te tenga a ti, su propia sobrina, ¿por qué tiene que estar sola?

—¡Esto es precisamente lo que vine a decirte esta noche! Mi tía está decidida a marcharse de esta casa, y yo me pregunto si puedo dejar que se vaya sola. Quisiera que tú me dijeras lo que tengo que hacer.

—¿Conoces la calle de al lado de nuestra casa? —preguntó Paresh Babu—. Pues tu casa se encuentra en esa misma calle, tres puertas más abajo. Puedes verla desde el mirador. Allí no te sentirás sola, pues podremos vernos tan a menudo como si viviéramos juntos.

Sucharita sintió que se le quitaba un gran peso de encima, pues el pensamiento de tener que dejar a Paresh Babu le resultaba insoportable, y había llegado a la convicción de que su deber la empujaría a ello muy pronto.

Demasiado emocionada para poder hablar, Sucharita permaneció sentada junto a Paresh Babu, que también estaba perdido en sus propios pensamientos. Sucharita era su discípula, su hija y su mejor amiga; era una parte de su propia vida. Sin ella, hasta sus plegarias estarían incompletas. Cuando Sucharita se unía a él durante la hora de la meditación, le parecía que sus devociones eran más fructíferas y que, de igual forma que su afecto procuraba elevar el pensamiento de la muchacha hasta la Suprema Bondad, así su propia vida era elevada.

Nadie acudió a él con aquella devoción y aquella sincera humildad. Igual que la flor

mira al cielo, el espíritu de Sucharita se volvía hacia él y florecía. Semejante devoción tiene que provocar una respuesta adecuada, haciendo que el alma derrame sus dones, como la nube cargada de lluvia.

¿Qué más maravilloso que poder dar diariamente lo mejor de uno mismo a una persona que sepa recibirlo? Ésta era la relación que tan íntimamente unía a Paresh Babu y a Sucharita.

Llegaba el momento de separarse. El árbol había madurado al fruto con su savia, pero debía soltarlo. Y Paresh Babu ofrecía su dolor a Aquel que habitaba en su corazón.

Desde tiempo atrás, se había percatado de que a Sucharita le llegaba la hora de obrar por su cuenta. Estaba seguro de que la muchacha iba con un buen bagaje a la peregrinación, y con él, debía emprender la marcha por el camino real del mundo, en el que sacaría nueva experiencia de las penas y de las alegrías, de las pruebas que tendría que soportar y de los esfuerzos que habría de realizar.

—Adelante, hija —le dijo emocionado—. No puedes quedarte para siempre bajo mi sombra; ni siquiera bajo mi mirada vigilante. Dios te libra de mí y te conducirá, a través de toda clase de experiencias, hasta tu destino fatal. Que tu vida se vea colmada en Él.

Y con estos pensamientos, Paresh Babu dedicaba a Dios, como una ofrenda sagrada, a la Sucharita que cuidó desde niña con todo el caudal de su cariño.

Paresh Babu no se permitió albergar ningún rencor o resentimiento contra Baroda por las diferencias surgidas en el seno de su familia. Él sabía que cuando las lluvias aumentaban de improviso el caudal del río, se originaba una turbulenta inundación, y el único remedio consiste en dejar que el agua se esparciera libremente por los campos. Veía que las tradiciones y las costumbres de su familia acababan de ser desquiciadas por los acontecimientos imprevistos que se habían centrado en Sucharita, y que sólo podría volver a implantarse la paz librando a la muchacha de las trabas que la sujetaban, y dejándola descubrir por sí misma cuáles debían ser sus verdaderas relaciones con el mundo exterior. Así, pues, él fue disponiendo, en silencio, todo lo necesario para dar a Sucharita la libertad de escoger su camino.

Permanecieron sentados, sin hablar, hasta que el reloj dio las once. Entonces Paresh Babu se levantó y, tomando de la mano a la muchacha, la condujo hasta el mirador. Las estrellas brillaban en el cielo, limpio de nubes. Teniendo a su lado a Sucharita. Paresh Babu pronunció esta oración en el silencio de la noche:

—Líbranos de toda mentira, y haz que la verdad derrame su luz purísima sobre nuestras vidas.

CAPÍTULO XLV

A la mañana siguiente, cuando Harimohini, al despedirse de Paresh Babu, le hizo la reverencia que se debe a un anciano, él retiró los pies, apresuradamente.

—¡No hagas eso! —exclamó, muy confuso.

Harimohini, con lágrimas en los ojos, le dijo:

—Nunca, ni en esta vida ni en ninguna otra, podré saldar mi deuda de agradecimiento. Tú has hecho que sea posible la vida hasta para una desventurada criatura como yo. Nadie más que tú hubieras podido hacerlo; ni aun proponiéndoselo. Pero Dios es amable contigo y por eso incluso a mí puedes socorrerme.

Paresh Babu se sintió turbado.

—Yo no he hecho nada extraordinario —murmuró—. Todo lo ha hecho Sucharita.

—Lo sé, lo sé —interrumpió Harimohini—. Pero la misma Radharani te pertenece a ti. Todo lo que ella hace es obra tuya. Cuando quedó huérfana, creí que estaba sentenciada a no ser dichosa. ¿Cómo iba yo a saber que Dios iba a bendecirla en la desgracia? Y cuando, después de tanto vagar, llegué a esta casa y te conocí, comprendí que Dios se apiadaba también de mí.

En este momento entró Binoy y anunció:

—Tía, mi madre ha venido a buscarme.

—¿Dónde está? —preguntó Sucharita y se apresuró a bajar.

—Yo voy delante, a poner en orden tu nueva casa —dijo Paresh Babu a Harimohini.

Cuando se hubo marchado, Binoy dijo con asombro:

—¡Tía, no sabía que tuvieras una casa!

—Tampoco yo lo supe hasta hoy, hijo —dijo Harimohini—. Sólo lo sabía Paresh Babu. Parece ser que pertenece a Radharani.

Cuando Binoy estuvo al corriente de todo, comentó:

—Creí que Binoy podría, al fin, ser útil a alguien; pero veo que se me niega ese placer. Hasta ahora nunca pude hacer nada por nadie, ni siquiera por mi madre; siempre es ella la que hace algo por mí. Tampoco por mi tía puedo hacer nada, y tengo que contentarme con ser objeto de su amabilidad. Ya veo que mi destino es aceptar, no dar.

Al poco rato, llegó Anandamoyi, acompañado de Lolita y Sucharita.

Harimohini se adelantó a saludarle, diciendo:

—Cuando Dios se pone a conceder gracias, no se muestra avariento. *Didi*, desde este día te tengo también para mí.

Y con estas palabras tomó de la mano a Anandamoyi y la hizo sentar a su lado.

—*Didi* Binoy no habla más que de ti.

—Es una costumbre que adquirió siendo niño —respondió Anandamoyi sonriendo—: Cuando se entusiasma por alguien, no sabe hablar de nada más. Te aseguro que pronto le tocará a su tía.

—¡Es verdad! —exclamó Binoy—. ¡Ya estás advertida! He encontrado a mi tía siendo ya mayor. Y me la he apropiado yo solito. Así, pues, prepárate. Tengo que recuperar el tiempo perdido.

Anandamoyi, volviéndose hacia Lolita, dijo con una sonrisa significativa:

—Nuestro Binoy no sólo sabe encontrar lo que desea, sino que, además, sabe conservarlo. ¡Si supierais como habla de vosotros! Estoy contentísima de que os haya conocido. Habéis hecho de él un hombre distinto. Y él lo sabe.

Lolita trató de buscar una respuesta, pero no pudo decir ni una palabra. Sucharita, al ver su turbación, acudió en su ayuda.

—Binoy encuentra buenas cualidades en todo el mundo, y así conquista el derecho de gozar de lo mejor que hay en sus amigos; todo el mérito es suyo.

—Madre —intervino él—, el mundo no considera a tu Binoy tan interesante como para merecer vuestra insistente atención. A menudo he sentido la tentación de decírtelo, pero mi vanidad me lo impidió. Ahora veo que no puedo seguir ocultándote esta decepcionante revelación. Y ahora, madre, vamos a hablar de otra cosa.

En este momento entró Satish llevando en brazos un cachorrillo, su última adquisición. Al ver el perro, Harimohini retrocedió, horrorizada.

—Satish, cariño —suplicó—, llévate a ese animal. Anda, hazme el favor.

—No te hará ningún daño, tía —aseguró Satish—. Ni siquiera entrará en tu habitación. Se quedará quietecito. Basta con que le acaricies un poco.

Harimohini se alejaba más y más del intocable animal mientras decía al muchacho:

—No, cariño, no. Por favor, llévatelo.

Entonces Anandamoyi atrajo hacia sí a Satish, con perro y todo y, poniendo el cachorrillo en su regazo, dijo:

—De modo que tú eres Satish, el amigo de Binoy.

Satish contestó que sí, sin la menor timidez, y se quedó mirando fijamente a Anandamoyi mientras ella le explicaba que era la madre de su amigo.

Sucharita reprendió a su hermano, diciendo:

—Satish, haz tu *pronam* a la madre.

Y el niño hizo una precipitada reverencia.

En aquel momento, entró en escena la señora Baroda que, sin dirigir ni una mirada a Harimohini, preguntó a Anandamoyi si quería tomar algo.

—No tengo ningún escrúpulo en cuestiones de comida, pero ahora prefiero no tomar nada. Cuando vuelva Gourmohan Babu, mi hijo, si nos lo permites, haremos honor a tu hospitalidad.

Así dijo Anandamoyi, pues no quería hacer nada en contra de los deseos de Gora, durante su ausencia.

Baroda se volvió entonces hacia Binoy y dijo:

—¡Oh, Binoy Babu está también aquí! No sabía que hubieses venido.

—Iba precisamente a saludarte, y dispuesto a desquitarme.

—Ayer te escabulliste, a pesar de estar invitado. ¿Querrás quedarte hoy a desayunar, sin que se te invite?

—Eso lo hace aún más tentador. Una propina da más alegría que los honorarios habituales.

Harimohini escuchaba con asombro aquella conversación. Era evidente que Binoy comía en casa. Y tampoco Anandamoyi parecía preocuparse en su casta. Nada de aquello le agradaba.

Cuando Baroda hubo salido de la habitación, se aventuró a decir con timidez:

—*Didi*, es que tu esposo...

—Mi esposo es un estricto hindú —atajó Anandamoyi. Y como Harimohini demostrara gran perplejidad, explicó—: Hermana, mientras la sociedad me pareció lo más importante del mundo, respeté las reglas. Pero cierto día Dios se me reveló de tal forma que no me permitió seguir acatando el código de la sociedad. Puesto que Él fue quien me quitó la casta, he dejado de temer lo que otros puedan pensar de mí.

—¿Y qué dice tu esposo? —preguntó Harimohini, a la que aquella explicación había dejado en ayunas.

—A mi esposo no le gusta mi proceder.

—¿Y tus hijas?

—Tampoco a ellas les gusta. Pero, ¿acaso es el único objeto de mi vida complacer a mi esposo y a mis hijos? Hermana, ésta no es cosa que pueda explicar fácilmente. Sólo Aquel que todo lo sabe puede comprenderlo.

Y al pronunciar estas palabras, Anandamoyi juntó sus manos en muda salutación.

Harimohini pensó que tal vez alguna misionera habría seducido a Anandamoyi al cristianismo, y en su interior sintió aversión hacia ella.

CAPÍTULO XLVI

Labonya, Lolita y Lila no dejaban a Sucharita ni un momento. Y aunque la ayudaban a arreglar su nueva casa con grandes demostraciones de entusiasmo, era el suyo un entusiasmo que encubría lágrimas.

Durante todos aquellos años, Sucharita se ocupó de hacer pequeños servicios a Paresh Babu. Ponía flores en su habitación, ordenaba sus papeles, cuidaba de su ropa y, cuando su baño estaba preparado, iba a recordárselo. Ninguno de los dos dio nunca importancia a aquellas cosas.

Pero cuando se acercaba el momento de la separación, aunque otras personas pudieran ocuparse de aquellas nimiedades, y si nadie se ocupaba de ellas no ocurriría nada, al pensar en el vacío que produciría la ausencia de Sucharita, ambos sentían profundo malestar.

Si Sucharita entraba, con cualquier pretexto, en la habitación de Paresh Babu, hasta lo más insignificante alcanzaba enormes proporciones. El anciano sentía una opresión en el pecho que le hacía lanzar un suspiro, y la muchacha, un dolor que le llenaba los ojos de lágrimas.

El día en que Sucharita debía trasladarse a su nueva casa, Paresh Babu, al entrar en su cuarto para la oración de la mañana, vio que las flores estaban ya dispuestas y que ella le estaba esperando. Labonya y Lila pensaron acudir también a la oración, pero Lolita las disuadió; sabía lo mucho que para Sucharita significaba poder compartir las devociones de su padre, y se figuraba que aquel día sentiría especial necesidad de su bendición, por ello, no quiso que la presencia de otras personas impidiera la perfecta comunión de aquellos dos seres.

Cuando, al final de las oraciones, Sucharita prorrumpió en llanto, Paresh Babu le dijo:

—No mires atrás, hija. No sientas vacilaciones. Enfréntate valientemente con todo cuanto el destino te depare. Camina con alegría, siempre dispuesta a elegir el bien. Entrégate plenamente a Dios. Acéptale a El como tu única ayuda y así, aun en medio del error y de la desgracia, podrás seguir por el buen camino. Pero si vives dividida, ofreciendo a Dios sólo una parte de tu ser, todo se te hará más difícil. Que El te asista para que no necesites y la pobre ayuda nuestra.

Al salir del oratorio encontraron a Haran, que les estaba esperando, Sucharita no deseaba que aquel día la dominara el resentimiento y le saludó con serena cordialidad.

Haran se irguió en su silla y dijo, con voz solemne:

—Hoy, Sucharita, en que te apartas de la verdad que has profesado todos estos años, es día de luto para nosotros.

Sucharita no contestó, pero aquellas palabras resonaron en su cerebro como una nota discordante que deshiciera la armonía reinante.

—Sólo la propia conciencia puede decir quién se aparta de la verdad y quién se acerca a ella —observó Paresh Babu—. A menudo nos damos malos ratos sin necesidad, juzgando erróneamente las cosas desde el exterior.

—¿Quieres decir que el futuro no te inspira temor? —preguntó Haran—, ¿y que no te arrepientes del pasado?

—Panu Babu, yo nunca albergo en mi mente temores imaginarios, y si ha ocurrido algo de lo que me tenga que arrepentir lo sabré cuando llegue el arrepentimiento.

—¿Es mi imaginación el que tu hija Lolita se escapara y tomara el vapor sola con Binoy Babu? —insistió Haran.

Sucharita enrojeció y Paresh Babu repuso:

—Pareces estar obrando bajo el influjo de la excitación, Panu Babu, y no sería justo pedirte que hablaras de estas cosas en el estado de ánimo en que te encuentras.

—Yo nunca me dejo dominar por la excitación —replicó Haran sacudiendo la cabeza—. Yo siempre acepto la responsabilidad de mis palabras. Así, pues, no tengas escrúpulos en ese aspecto. No hablo por mí sino por todo el Brahma Samaj y porque callar sería un error. Y si tú no hubieras estado ciego habrías visto en el hecho de que Lolita viajara sola con Binoy la prueba tangible de que tu familia empieza a soltar las firmes amarras que la sujetaban. Eso no sólo ha de darte a ti motivos de pesadumbre, sino que atraerá el descrédito al Samaj.

—Si es tu objeto la censura, baste con esa opinión; pero si lo que te propones es formular un juicio, entonces habrás de penetrar en la materia. El que ocurra un suceso no es suficiente para demostrar la culpabilidad de determinadas personas.

—Pero las cosas no ocurren porque sí —replicó Haran—. Algo se ha dislocado en vuestro interior, y han empezado a ocurrir esas cosas. Tú has introducido a extraños en la familia y ellos están intentando sacarla de su cauce. ¿Es que no puedes ver por ti mismo hasta dónde os han arrastrado?

—Panu Babu, mucho me temo que en ciertas cosas nunca podríamos estar de acuerdo. —Había en el tono de Paresh Babu un deje de impaciencia.

—Tú puedes negarte a abrir los ojos, pero yo pido a Sucharita que aporte su testimonio. Que nos diga si las relaciones entre Lolita y Binoy son puramente externas. ¿No han penetrado profundamente en sus vidas? No, Sucharita, no puedes marcharte: antes tienes que contestarme. El asunto es grave.

—Por muy grave que sea, a ti no te importa —respondió severamente Sucharita.

—Si así fuera, no hubiera pensando en ello, y mucho menos hubiera insistido en hablar del caso. Aunque el Samaj no os importe, mientras pertenezcáis a él tenéis que ateneros a su criterio.

Lolita irrumpió de pronto en la habitación, con la furia de un vendaval, y dijo:

—¡Si el Brahmo Samaj te ha designado a ti como juez, es mejor salir de él!

—Lolita, celebro que estés aquí. —Haran se levantó de su silla—. Es de ley que la acusación sea formulada en presencia tuya.

Sucharita no pudo contener su enojo y, con ojos llameantes, le dijo:

—Haran Babu, si deseas administrar justicia, ve a hacerlo a tu casa. No te reconocemos este derecho que te has arrogado de insultar a la gente en su propio domicilio. Lolita, vámonos.

Pero Lolita no se movió.

—No, *Didi*. No quiero escapar. Estoy dispuesta a escuchar todo lo que Panu Babu tenga que decir. Vamos, continúa, ¿qué estabas diciendo?

Como Haran no supiera continuar, intervino Paresh Babu:

—Lolita, querida, Sucharita nos deja hoy; que no haya peleas esta mañana. Panu Babu, cualesquiera que sean nuestras faltas, por hoy debes excusarnos.

Haran se encerró en un solemne silencio, pero cuanto más demostraba Sucharita que no quería nada con él, más se obstinaba en hacerla suya. Y era precisamente porque aún no había renunciado a ella por lo que le desesperaba pensar que no podría seguirla a su nueva casa.

Por ello, aquel día afiló sus más mortíferas armas, con el propósito de que aquella misma mañana se formalizara el compromiso. Ni soñó que Sucharita y Lolita se atrevieran a presentarle batalla con armas no menos afiladas.

Pero aquel recibimiento no le desanimó. Al final vencería la verdad, es decir él; por lo menos, éste era su lema. Desde luego, tendría que batallar, y se aprestó al combate con renovados bríos.

Sucharita, entretanto, fue a ver a su tía y le dijo:

—No te enfades, tía; pero hoy quisiera comer con ellos.

A esto Harimohini no contestó. Creía que Sucharita había abrazado definitivamente la ortodoxia, máxime cuando iba a vivir independiente en su propia casa. Pero no le gustó en absoluto aquella súbita recaída de Sucharita.

Sucharita, comprendiendo lo que estaba pasando por la imaginación de su tía, dijo:

—Yo te aseguro, tía, que tu Dios se alegrará de ello. Aquel que es dueño de mi corazón me ha ordenado que hoy coma con ellos. Si no obedezco su mandato, se enojará conmigo, y su enojo me inspira más temor que el suyo.

Harimohini no entendía aquello. Mientras tuvo que soportar los insultos de la señora Baroda, Sucharita se pasó a la ortodoxia y compartió las humillaciones con ella; ¿por qué, pues, cuando les llegaba la liberación, no la aprovechaba Sucharita desde el primer momento?

Era evidente que Harimohini no tenía idea de la profundidad del carácter de la muchacha; quizá no alcanzara nunca a comprenderla.

Aunque no se opuso abiertamente a la idea de Sucharita, se sintió enojada. «¿De dónde habrá sacado la chica ese gusto por la comida impura? —gruñó para sí—. ¡Y pensar que nació en casa de brahmanes!» Después de un corto silencio, dijo, en alta voz:

—Permíteme una palabra, querida. Come con ellos si quieres, pero por lo menos no bebas el agua servida por aquel criado.

—¡Pero, tía! —exclamó Sucharita—. ¿Te refieres a Ramdin, el que ordeña su vaca para ti y cada mañana te trae la leche?

Harimohini abrió mucho los ojos y respondió:

—¡Me dejas asombrada, querida! ¡Comparar el agua con la leche...! ¡Como si las mismas reglas pudieran servir para las dos cosas!

—Está bien, tía —dijo Sucharita echándose a reír—. Hoy no aceptaré agua de Ramdin. Pero te aconsejo que no se lo prohíbas a Satish, pues hará todo lo contrario de lo que le digas.

—¡Oh!, Satish es distinto —dijo Harimohini—. El sexo fuerte tiene el privilegio de quebrantar todas las reglas y rehuir toda disciplina, incluso la que impone la ortodoxia.

CAPÍTULO XLVII

Haran buscaba pelea.

Habían transcurrido dos semanas desde el día en que Lolita tomó el barco en que iba Binoy. Unas cuantas personas conocían en lance y era de esperar que, en días sucesivos, lo conocerían algunas más; pero, de improviso, en pocas horas, la noticia se extendió como fuego sobre paja seca.

Haran fue explicando a mucha gente lo muy importante que era poner coto a la mala conducta de ciertos individuos de interés de la estructura misma de la familia brahmo. Y no fue la suya tarea difícil, pues siempre resulta cómodo obedecer con prontitud los dictados del deber que nos inducen a condenar y castigar las transgresiones ajenas. Y a la mayoría de los miembros importantes del Samaj la falsa modestia no les impedía unirse a Haran con el debido entusiasmo para cumplir tan penoso deber. Aquellos pilares de la secta no repararon en gastos de transporte para ir de casa en casa denunciando el peligro que amenaza al Brahmo Samaj si se toleraban semejantes inmoralidades.

Además, pronto empezó a circular la noticia —con aderezos al gusto de cada cual— de que Sucharita no sólo se había convertido a la ortodoxia sino que se había refugiado en la casa de una tía hindú y se pasaba el día adorando ídolos, ofreciendo sacrificios y practicando toda clase de supersticiosas mortificaciones.

Entretanto, después de la marcha de Sucharita, en el interior de Lolita se estaba librando una dura batalla. Cada noche, al acostarse, se prometía a sí misma no darse por vencida, y cada mañana, al levantarse, repetía su promesa. Pero Binoy no se apartaba de su pensamiento. Si le oía hablar en la habitación de la planta baja, el corazón empezaba a latirle con violencia; si el muchacho estaba dos o tres días sin aparecer por la casa, Lolita se sentía herida en su amor propio; entonces, con cualquier pretexto, enviaba a Satish a casa de su amigo, y, cuando el niño volvía, trataba de sonsacarle todo lo que Binoy le había dicho.

Y cuando más incontrolable se hacía aquella obsesión, más la angustiaba el temor de la inminente derrota. Hasta tal punto, que algunas veces incluso se sentía enojada con su padre por no haber puesto fin a aquella amistad con Binoy y Gora.

De todos modos, estaba decidida a luchar hasta el amargo final y se decía que era preferible morir a darse por vencida. Empezó a imaginar toda clase de modos en los que podría pasar las horas; hasta pensó en emular las hazañas de las mujeres europeas, de las que hablaban los libros, dedicándose a la filantropía. Cierta día, fue al encuentro de Paresh Babu.

—Padre, ¿no podría dedicarme a la enseñanza en alguna escuela para niñas?

Paresh Babu escrutó el rostro de su hija y vio en sus ojos la súplica de un alimento para el hambre que le roía el corazón. Con voz suave, le dijo:

—¿Y por qué no, querida? Pero, ¿existe alguna escuela adecuada?

En aquella época no había muchas escuelas, y para niñas sólo existían un par de instituciones elementales; además, las muchachas de las clases altas no se dedicaban a la enseñanza.

—¿No existe? —preguntó Lolita con una nota de desesperación en la voz.

—Que yo sepa, no.

—Entonces, padre, ¿por qué no fundamos una?

—Necesitaríamos mucho dinero, y gente que quisiera ayudarnos.

Lolita creía que la principal dificultad estaba en alentar el deseo de hacer el bien; nunca pensó en las dificultades que podrían oponerse a la realización de este deseo. Tras un corto silencio, la muchacha se levantó y salió de la habitación, dejando a Paresh Babu ocupado en preguntarse cuál sería la causa del dolor que afligía a aquella hija a la que tanto amaba.

De pronto, recordó la insinuación hecha por Haran respecto a Binoy, y, lanzando un suspiro, se preguntó: «¿Habré obrado realmente mal?» Si se hubiese tratado de alguna de sus otras hijas, la cosa no hubiera tenido tanta importancia; pero para Lolita la vida era algo muy real. Ella no sabía hacer las cosas a medias, y sus penas y sus alegrías no eran medio imaginarias y medio auténticas.

Aquella misma tarde, Lolita fue a casa de Sucharita. La casa estaba parcamente amueblada. Un *durry* de confección cubría el suelo de la habitación principal. A un lado, estaba la cama de la muchacha, y al otro, la de Harimohini. Como ésta no usara catre, la muchacha seguía su ejemplo y se hacía la cama en el suelo de la misma habitación. De la pared colgaba el retrato de Paresh Babu. En un pequeño cuarto contiguo estaba la cama de Satish. Sus libros, libretas, plumas y tintero yacían en desorden sobre una mesita colocada junto a la pared. Satish estaba en la escuela. En la casa reinaba un profundo silencio.

Harimohini, terminada su comida, se preparaba para la siesta. Sucharita, con el cabello suelto sobre los hombros, se hallaba sentada en la cama, con una almohada en el regazo que sostenía el libro en cuya lectura estaba sumida. Delante de ella había algunos libros más. Al ver entrar a Lolita de improviso, Sucharita, confusa, cerró el libro, pero casi inmediatamente dominó su confusión y volvió a abrirlo por la misma página. Eran los volúmenes de Gora.

Harimohini se incorporó en el lecho y exclamó:

—Entra, entra, madrecita. Sé muy bien que Sucharita os echa de menos con todas sus fuerzas. Cuando está triste siempre lee esos libros. Estaba pensando que ojalá viniese alguno de vosotros y, al momento, apareciste tú. Vivirás muchos años, querida.

Lolita entró inmediatamente en materia. En cuanto se hubo sentado, dijo:

—Suchi *Didi*, ¿qué te parecería la idea de fundar una escuela para las niñas de la vecindad?

—Pero ¿habéis oído eso? —exclamó Harimohini, aterrada—. ¿Qué piensas hacer con una escuela?

—¿Cómo íbamos a fundarla, querida? —preguntó Sucharita—. ¿Quién nos ayudaría? ¿Has hablado de ello con nuestro padre?

—Tú y yo podríamos dar clase, desde luego —dijo Lolita—, y quizá Labonya también.

—Pero no se trata únicamente de dar clase —observó Sucharita—. Tendrá que haber unas normas y un reglamento; tenemos que contar con un local apropiado, reclutar alumnas y recaudar fondos. ¿Qué sabemos nosotras de todas esas cosas?

—*Didi*, no hables de ese modo —exclamó Lolita—. ¿Es que por haber nacido mujeres tenemos que consumimos entre las cuatro paredes de nuestra casa? ¿No hemos de procurar prestar algún servicio?

El dolor que se adivinaba en aquellas palabras encontró eco en el corazón de Sucharita. Empezó a pensar seriamente en la idea.

—En esta vecindad hay infinidad de niñas —continuó Lolita—. Sus padres estarían encantados de que asistieran a una escuela gratuita, como la nuestra. Y, por lo que se refiere a local, podríamos acomodar a las pocas niñas que vendrían al principio en esta misma casa. El dinero no sería problema.

Harimohini se alarmó realmente al pensar que toda clase de niñas desconocidas iban a invadir la casa. Ella concentraba todos sus esfuerzos en regular su conducta y realizar sus creencias religiosas según indicaban las escrituras, al abrigo de toda posibilidad de contaminación. Y, al ver en peligro su aislamiento, no pudo reprimir una decidida protesta.

—No temas, tía —le dijo Sucharita—. Si las niñas llegaran a venir, procuraríamos arreglarnos en la planta baja. No les dejaríamos que subieran a molestarle. Así, pues, Lolita, si conseguimos alumnas, estoy dispuesta a secundarte.

—No hay ningún mal en probar —dijo Lolita.

Harimohini continuó gruñendo en tono menor.

—¿Por qué os empeñáis en imitar a los cristianos, madrecitas? Jamás oí de ninguna dama hindú que deseara hacer de maestra de escuela. ¡Jamás!

Desde la azotea de la casa de Paresh Babu se celebraban animados cambios de impresiones con las azoteas de las casas vecinas, a cargo de sus más jóvenes moradoras. Existía, sin embargo, un obstáculo que impedía que las hijas de Paresh Babu llegaran a intimar con las otras muchachas, y era el que, a pesar de ser ya tan mayores, no estuvieran casadas, circunstancia que excitaba la sorpresa y la curiosidad de las vecinas. En realidad, ésta era la causa por la que Lolita rehuía aquellas conversaciones.

Labonya, por el contrario, era la más entusiasta mantenedora de aquellos coloquios, pues sentía infinita curiosidad por las vidas ajenas. Por las tardes subía a peinarse a la azotea e intercambiar con sus vecinas toda clase de noticias y comentarios por vía aérea.

Por ello, Lolita encomendó a Labonya la tarea de reclutar alumnas para su escuela, y, cuando la idea corrió de tejado en tejado, las muchachas mostraron gran entusiasmo. Entretanto, Lolita empezó a preparar la planta baja de la casa de Sucharita, barriendo, fregando y decorando con gran afán.

Pero la clase permanecía vacía. Los cabezas de familia se mostraron furiosos ante aquel intento de atraer a sus hijas con engaño a una casa brahmo, so pretexto de darles clase. Incluso creyeron un deber prohibir a sus hijas dirigir la palabra a las muchachas de Paresh Babu, por lo que no sólo se vieron privadas de sus cotilleos en la azotea sino que tuvieron que oír bastantes cosas acerca de sus amigas, y no precisamente cumplidos. La pobre Labonya, cuando, por las tardes, subía a la azotea, peine en mano, encontraba las azoteas vecinas pobladas de personas mayores, sin rastro de gente joven ni de los cordiales saludos que podía recibir.

Pero Lolita no se desanimó.

—En el Brahma Samaj hay muchas niñas pobres que no pueden asistir a la escuela de Bethune por falta de recursos. Haríamos una buena obra ocupándonos de su enseñanza.

Y, no contenta con buscar alumnas por su cuenta, pidió a Sudhir que le ayudara.

La fama de la sabiduría de las hijas de Paresh Babu estaba muy extendida. En realidad, lo que se rumoreaba excedía con mucho la verdad. Así, pues, cuando se supo que aquellas muchachas estaban dispuestas a enseñar gratuitamente, muchos padres se sintieron encantados.

A los pocos días, la escuela de Lolita contaba ya con media docena de alumnas, y la muchacha estaba tan ocupada redactando el reglamento con ayuda de Paresh Babu que no tenía ni un momento para dedicar a sus propios pensamientos. Tuvo incluso un altercado con Labonya acerca de los premios de fin de curso y de quién debería examinar a las niñas.

Aunque entre Labonya y Haran no existía gran afecto, la muchacha estaba impresionada por la reputación de sabio de que él gozaba, y, convencida de que si él las ayudaba, ya fuera en calidad de profesor o en la de examinador, la escuela saldría enormemente beneficiada. Pero Lolita no quiso ni hablar de ello. No podía soportar la idea de que Haran interviniese en aquella obra.

Sin embargo, a poco de iniciarse las clases, las alumnas empezaron a disminuir en número hasta que, un día, la clase quedó completamente vacía. Lolita, sentada en la silenciosa aula, se sobresaltaba cada vez que oía pasos esperando que al fin compareciera alguna alumna, pero no fue así. Cuando dieron las dos, abandonó toda esperanza. Comprendiendo que algo anormal había ocurrido, se encaminó hacia la casa de una de las alumnas, que vivía muy cerca. Encontró a la niña al borde del llanto.

—Mi madre no quiso dejarme ir —exclamó.

—Es que se revoluciona la casa —dijo la madre, sin aclarar en qué consistía la revolución.

Lolita era una muchacha sensible y no le gustaba pedir explicaciones, por lo que se limitó a decir:

—Si no es conveniente, no hay por qué preocuparse.

En la casa siguiente le dieron otra excusa:

—Sucharita se ha hecho ortodoxa. Observa castas y adora a ídolos.

—Si es ése el único inconveniente, podríamos montar la escuela en nuestra casa —sugirió Lolita.

Pero la idea no sirvió para hacerles cambiar de parecer. Lolita, comprendió entonces que había algo más. Así, pues, volvió a su casa, mandó llamar a Sudhir y le preguntó:

—Dime, Sudhir, ¿qué es lo que ha ocurrido en realidad?

—Panu Babu se ha levantado en armas contra vuestra escuela.

—¿Por qué? ¿Porque hay un ídolo en casa de *Didi*?

—No es eso sólo —empezó Sudhir, pero no se atrevió a continuar.

—¿Qué más puede haber? —preguntó Lolita con impaciencia—. ¿No vas a decírmelo?

—¡Oh!, es una larga historia.

—¿Una historia relacionada conmigo? —y como Sudhir guardaba silencio, Lolita continuó, roja de indignación—: ¡Ya comprendo! Es mi castigo por el incidente del vapor. ¿Entonces en el Samaj no existe el medio de reparar una indiscreción? ¡Se me niega la facultad de hacer una buena obra para nuestra comunidad! ¿Es éste el método que habéis adoptado para enderezar mis pasos por el buen camino y robustecer la moralidad del Samaj?

Sudhir trató de suavizar la acusación diciendo:

—No es eso exactamente. Lo que temen es que Binoy Babu y su amigo intervengan en la enseñanza.

Esto tuvo la virtud de exacerbar la cólera de Lolita.

—¿Con que es eso lo que temen? —replicó—. ¡Pues sería una suerte para nosotras! ¿Se han creído podernos procurar ayuda más competente?

—Sí; tienes razón. El caso es que Binoy Babu no es...

—No es brahmo, ya lo sé —interrumpió Lolita—, y por esto el Samaj lo ha declarado tabú. No creo que en semejante Samaj haya mucho de que enorgullecerse.

Sucharita adivinó inmediatamente la verdadera razón por la que la escuela quedó sin alumnas. Salió de la clase sin decir ni una palabra y subió a la habitación de Satish, para preparar a su hermano para los exámenes que se avecinaban.

Allí la encontró Lolita después de dejar a Sudhir.

—¿Sabes la noticia? —le preguntó.

—No sé ninguna noticia, pero comprendo lo ocurrido.

—¿Y tenemos que aguantar esto con paciencia?

Sucharita cogió de la mano a Lolita y le dijo:

—Soportemos con paciencia los reveses, que no hay deshonra en el sufrimiento. ¿No te has fijado con qué calma los soporta nuestro padre?

—Pero, Suchi *Didi*, yo siempre he creído que soportar el mal sin protestar es alentarlo. Luchar es el mejor modo de combatirlo.

—¿Y cómo quieres luchar, querida? —preguntó Sucharita.

—Todavía no lo sé. Ni sé tampoco hasta dónde llegarán mis fuerzas. Pero hay que hacer algo. Quienes atacan a mujeres como nosotros de forma tan vil no son más que unos

cobardes, por muy grandes que se crean ellos. Pero no estoy dispuesta a aceptar de sus manos la derrota. ¡Nunca! No me importa lo que puedan hacer contra nosotras.

Y golpeó el suelo con el pie.

Sucharita, sin contestar, le dio unas suaves palmadas en la mano y, al cabo de un rato, dijo:

—Lolita, veamos primero lo que piensa nuestro padre.

—Voy a hablar con él —contestó Lolita, poniéndose en pie.

Al acercarse a la casa, vio salir a Binoy con cara de pena. Al ver a Lolita, el muchacho se detuvo, como preguntándose si debía hablarle o no, pero, conteniéndose, la saludó con una ligera inclinación de cabeza y se marchó sin mirarla.

Lolita sintió su corazón atravesado por flechas candentes. Entró rápidamente en la casa y se dirigió directamente a la habitación de su madre. Allí encontró a la señora Baroda aparentemente absorta en las cuentas de su diario.

Al ver el rostro de Lolita, Baroda se alarmó y, rápidamente, volvió a fijar la mirada en sus cuentas. Por la atención con que las estudiaba se hubiera dicho que la solvencia de la familia dependía exclusivamente de que cuadrasen las sumas.

Arrimando una silla a la mesa, Lolita se sentó; pero su madre no levantaba la vista.

Al fin, la llamó:

—¡Madre!

—Espérate, criatura. ¿No ves que estoy...?

Y se inclinó todavía más sobre los números.

—No te robaré mucho tiempo. Sólo quiero saber una cosa. ¿Ha estado aquí Binoy Babu?

Sin levantar la vista, la señora Baroda respondió:

—Sí.

—¿Qué le has dicho?

—¡Oh!, es muy largo de contar.

—Sólo deseo saber si habéis hablado de mí.

Viendo que no tenía escapatoria, la señora Baroda soltó la pluma y, levantando la cabeza, dijo:

—Sí, hija, hemos hablado de ti. ¿Crees que no me doy cuenta de que las cosas han llegado demasiado lejos? Todo el Samaj habla de lo mismo, y he creído necesario hacerle una advertencia.

Lolita enrojeció de vergüenza y sintió que la sangre le subía a la cabeza.

—¿Ha prohibido mi padre que siga viniendo Binoy Babu?

—¿Te imaginas que él se preocupa de esas cosas? —replicó Baroda—. Si lo hiciera, nada de esto habría ocurrido.

—¿Y va a permitírsele a Panu Babu seguir frecuentando esta casa?

—¡Vaya pregunta! ¿Por qué no ha de venir Panu Babu?

—Entonces, ¿por qué no ha de venir Binoy Babu?

La señora Baroda volvió a sus números, diciendo:

—Lolita, no puedo discutir contigo. No me molestes ahora. Tengo mucho trabajo.

Baroda había aprovechado la ausencia de Lolita para llamar a Binoy y decirle lo que pensaba. «Lolita se encontraba en su escuela y no se enterará de la visita», pensó. Se sentía muy disgustada, al comprobar que su pequeña estratagema había sido descubierta. Comprendió que la solución pacífica que trató de conseguir ya no sería posible; al contrario, la situación estaba más embrollada que antes. ¡Y todo por culpa de su irresponsable marido! ¡Qué martirio el de la mujer que ha de compartir con semejante calamidad los quebraderos de cabeza que ocasiona la familia!

Lolita salió de la habitación de su madre llevando en su corazón una devastadora tormenta. Encontró a Paresch Babu escribiendo cartas en su gabinete, y le preguntó a bocajarro:

—Padre, ¿es que Binoy Babu es indigno de nuestra amistad?

Paresch Babu comprendió inmediatamente cuál era la situación. No le había pasado desapercibida la agitación que conmovía al Samaj, agitación que le hizo reflexionar seriamente. Si no hubiera sospechado la naturaleza de los sentimientos que albergaba Lolita, no habría hecho el menor caso de lo que decían los extraños. Pero si Lolita amaba a Binoy, se preguntaba el anciano una y otra vez, ¿cuál era su deber para con ellos?

Era la primera vez que se planteaba una crisis en la familia desde que él se apartara de la ortodoxia para abrazar al brahmoísmo. Así, pues, mientras, por un lado, le asaltaban

toda clase de temores, por otro, su conciencia le aconsejaba que, del mismo modo que al abandonar su religión original miró únicamente a Dios, así también en aquel momento de prueba debía colocar la verdad por encima de los dictados de la sociedad y de la prudencia, para llegar a la victoria.

Por esto, en respuesta a la pregunta de Lolita, dijo:

—Considero a Binoy un hombre buenísimo; su carácter es inestimable, y él, tan culto como inteligente.

—La madre de Gour Babu ha venido a vernos dos veces en pocos días —insinuó Lolita, después de un breve silencio—. Estaba pensando en ir con Suchi *Didi* a devolver la visita.

Paresh Babu no contestó en seguida; sabía que en aquellos momentos se espiaban todos los movimientos de su familia, y que aquella visita daría nuevo motivo de escándalo. Pero no viendo nada de malo en ella, no podía negarse, por lo que dijo:

—Está bien. Id las dos. Me hubiese gustado acompañaros, pero tengo trabajo.

CAPÍTULO XLVIII

Binoy nunca imaginó que sus frecuentes visitas a casa de Paresh Babu pudieran ocasionar semejante erupción volcánica en la sociedad a la que pertenecía la familia. Al principio, sintió cierta timidez y, como no sabía hasta qué límites podía llegar, se comportaba con prudencia. Pero, poco a poco, su timidez fue desvaneciéndose, y al muchacho no se le ocurrió pensar que pudiera existir algún peligro. Al enterarse de que su conducta puso en entredicho a Lolita ante los miembros del brahmo Samaj, se sintió anonadado. Y lo que más le dolía era darse cuenta de que Lolita le inspiraba mucho más que una buena amistad. En aquellas circunstancias, Binoy consideraba un crimen albergar semejantes sentimientos hacia una mujer de la que le separaban infranqueables barreras sociales. A menudo pensó que le resultaría difícil definir su situación respecto a aquella familia que con tanta confianza le recibía. Se llamaba a sí mismo hipócrita, al pensar que si les expusiera claramente cuáles eran sus verdaderos sentimientos, tendría que avergonzarse.

En esto, cierto día recibió una carta de Bordashundari^[15] en la que ésta le suplicaba que fuera a visitarla precisamente a mediodía. Al verle entrar le preguntó:

—Binoy Babu, tú eres hindú, ¿verdad?

A lo que él dijo que sí. Entonces ella quiso saber:

—¿Estás dispuesto a abandonar la sociedad hindú?

Él contestó que no.

—Entonces, ¿por qué...?

Bordashundari dejó la frase sin terminar y Binoy no supo qué decir. No se atrevió ni a mirarla, sintiéndose cogido en falta. ¡Su secreto, que él no deseaba revelar ni al sol ni a la luna, ni al aire, era, pues, conocido! Sólo pudo decirse: «¿Qué pensará de esto Paresh Babu? ¿Y Lolita? ¿Qué pensará de mí Sucharita?» Por el error de algún ángel, se le había dejado entrar en aquel paraíso; pero por poco tiempo. ¡Y tenía que salir de allí, lleno de vergüenza!

Y cuando, al dejar la casa, vio a Lolita, pensó en destruir el último vestigio de su antigua amistad confesándole su grave falta; pero no supo hacerlo, y se limitó a saludarla con una ligera inclinación, sin mirarla siquiera.

Poco tiempo atrás, Binoy era un extraño para la familia de Paresh Babu. Volvía a ser un extraño. ¡Pero qué distinto! ¿Por qué sentía aquel vacío? Antes no echaba nada de

menos; tenía a Gora y a Anandamoyi. Pero ahora se sentía como el pez fuera del agua, y se volviera hacia donde se volviera, en ningún sitio encontraba consuelo. En medio de aquella concurrida calle de la populosa ciudad, se le apareció la amenazadora imagen de la destrucción dispuesta a cebarse en su vida. Aquella tremenda sensación de vacío y soledad llegaba a sorprenderle, y una y otra vez preguntaba al insensible y hermético firmamento por qué, cuándo y cómo había podido ocurrir aquello.

De pronto, oyó que le llamaban.

—¡Binoy Babu! ¡Binoy Babu!

Al volver la cabeza, vio a Satish que corría hacia él. Cogiendo al niño entre sus brazos, exclamó:

—¡Bien, hermanito! ¿Qué le ocurre a mi amigo?

Había lágrimas en su voz; nunca advirtió como en aquel momento cuánto quería al hijo adoptivo de Paresh Babu.

—¿Por qué no vienes a nuestra casa? —preguntó Satish—. Mañana comerán con nosotros Labonya y Lolita *Didi*, y mi tía me manda para invitarte.

Binoy comprendió que Harimohini no sabía nada aún, por lo que contestó:

—Satish Babu, da mis *pronams* a la tía, pero dile que no podré ir.

Satish cogió la mano de Binoy y suplicó:

—Tienes que ir. No puedes faltar.

Satish tenía sus motivos para insistir. En el colegio le pusieron una redacción sobre el tema «Amor a los Animales», y el niño obtuvo por ella cuarenta y dos puntos sobre cincuenta, por lo que estaba deseoso de mostrársela a Binoy. Sabía que su amigo era hombre instruido y de buen gusto, y no dejaría de aquilatar el indiscutible valor de su obra. Y si Binoy confirmaba las excelencias de su ensayo, Satish no temería las faltas de respeto de la ignorante Lolita. Él fue quien indujo a Harimohini a formular la invitación, pues deseaba que sus hermanas estuvieran presentes cuando Binoy emitiera su juicio acerca del ensayo.

Ante la negativa de Binoy, Satish se desalentó y al verle tan alicaído, Binoy le rodeó los hombros con su brazo y le dijo:

—Vamos, Satish, acompáñame a casa.

Como Satish llevaba el ensayo en el bolsillo, no pudo rehusar la invitación, de modo que el literato en ciernes fue a casa de Binoy, a pesar de que aquella visita le hacía perder

un tiempo precioso, pues los exámenes estaban ya muy próximos.

Binoy parecía incapaz de dejar marchar al muchacho, y no sólo escuchó la lectura de su trabajo, sino que lo ponderó con una escandalosa falta de discriminación. Además, mandó a su criado a comprar dulces para obsequiar a su amigo.

Luego, le acompañó hasta cerca de la casa de Paresh Babu y, al despedirse, dijo, confuso:

—Bueno, Satish, ahora tengo que marcharme.

Satish le cogió una mano y trató de arrastrarle hacia la casa.

—No, no. Tienes que entrar.

Pero aquel día sus súplicas no surtieron efecto.

Binoy dirigió sus pasos, como un sonámbulo, hacia la casa de Anandamoyi; pero ella no estaba. El muchacho subió a la solitaria habitación de la azotea donde solía dormir Gora. ¡Cuántos días y noches felices pasaron juntos allí durante los años de su adolescencia! ¡Qué alegres conversaciones sostuvieron! ¡Qué firmes propósitos formularon! ¡Qué graves discusiones, qué amistosas peleas y qué afectuosas reconciliaciones! Binoy deseaba perderse en el recuerdo de aquellos tiempos y olvidar el presente; pero las nuevas amistades le cerraban la entrada a su mundo antiguo. Hasta aquel momento, Binoy no advirtió que el eje de su vida había cambiado de lugar y que ya no giraba en la misma dirección. Y, al darse cuenta de ello, sintió miedo.

Anandamoyi había tendido su túnica en la azotea y cuando a mediodía, subió a recogerla, se sorprendió al ver a Binoy en la habitación de Gora. Se acercó presurosa a él y, poniéndole la mano en el hombro, le preguntó:

—¿Qué te ocurre, Binoy? ¿Por qué estás tan pálido?

Binoy se irguió en su asiento y dijo:

—Madre, cuando empecé a ir a casa de Paresh Babu, Gora se enfadaba conmigo. Yo, entonces afirmaba que no tenía razón; ahora comprendo que estaba equivocado. Fui un estúpido.

—No diré que seas una lumbrera —repuso Anandamoyi con una leve sonrisa—, pero quisiera saber en qué te fundas para afirmar que fuiste un estúpido.

—Madre, ni por un momento pensé en la enorme diferencia que existía entre sus costumbres y las mías. Sólo pensé en el placer y el provecho que su trato me proporcionaba. Nunca se me ocurrió pensar que iba a tener que arrepentirme.

—Por lo que tú me has explicado, tampoco a mí se me hubiera ocurrido.

—Madre, por mi culpa su sociedad ha desatado una auténtica tempestad contra ellos y ha promovido tal escándalo que nunca más podré ir a su...

—Gora solía decir algo que siempre consideré una gran verdad —dijo Anandamoyi sin dejarle terminar—: lo peor que puede ocurrir es que reine una paz aparente donde se oculta el mal. Si hay tempestad en el Samaj, tanto mejor. Ya verás como surtirá buenos efectos. Mientras tu conducta sea sincera no tienes nada que temer.

Pero esto era lo que preocupaba a Binoy. No estaba seguro de que su conducta fuera enteramente intachable. Lolita pertenecía a una sociedad distinta a la suya y no podían casarse; debido a ello, Binoy consideraba que su amor era como un pecado oculto, del que tendría que cumplir la penitencia.

—Madre —exclamó impulsivamente—, ¡ojalá me hubiese casado con Soshimukhi...! Necesito un lazo fuerte que me mantenga unido a mi mundo, y estar de tal modo ligado que nunca pueda soltarme.

—En otras palabras —dijo Anandamoyi, echándose a reír—, en vez de convertir a Soshimukhi en tu esposa quisieras convertirla en tu cadena. ¡Vaya suerte la de Soshi!

En aquel momento entró la criada anunciando la visita de las hijas de Paresh Babu. El corazón de Binoy empezó a latir descompasadamente. Estaba seguro de que iban a quejarse de él a Anandamoyi y a pedirle que le aconsejara prudencia. Se levantó precipitadamente y dijo:

—Entonces, yo me marchó, madre.

—No te vayas aún, Binoy —respondió ella cogiéndole una mano—. Espera abajo.

Mientras bajaba la escalera, Binoy iba repitiendo: «Este paso es superfluo. Lo hecho ya no tiene remedio, pero preferiría morir a volver a poner los pies en su casa. Cuando el castigo de una culpa quema como el fuego, no se extingue ni siquiera después de haber reducido a cenizas el cadáver del pecador.»

Al ir a entrar en la habitación de la planta baja donde Gora solía trabajar, se cruzó con Mohim, que volvía de su oficina, con el *chapka* desabrochado, para dar libertad a su curvilíneo abdomen.

—Bien, bien, aquí está Binoy —dijo, cogiéndole una mano—. Quería verte.

Le introdujo en la habitación y le ofreció una hoja de *betel*.

—¡Que me traigan tabaco! —gritó, y fue derecho al asunto que le preocupaba—. Todo está ya prácticamente resuelto, ¿verdad? Así, pues...

En el acto vio que Binoy no se mostraba tan refractario como antes. Tampoco parecía entusiasmado, cierto, pero que no se negara categóricamente era ya algo positivo, y cuando Mohim trató de fijar una fecha, Binoy se limitó a decir:

—Deja que vuelva Gora, y entonces podremos señalar el día.

—¡Ya falta poco! —exclamó Mohim, satisfecho—. ¿Deseas tomar algo, Binoy? No tienes buen semblante. ¡No irás a ponerte enfermo!

Binoy declinó la invitación, y mientras Mohim iba al interior de la casa a calmar su apetito, cogió el primer libro que le vino a mano y se puso a hojearlo. Al poco rato, lo dejó y empezó a pasear por el aposento, hasta que entró un criado a decirle que le llamaban en el piso de arriba.

—¿A quién llaman?

—Te llaman a ti.

—¿Están todas arriba?

—Sí.

Binoy subió la escalera en pos del criado, con cara de estudiante camino del tribunal examinador. En la puerta se detuvo un momento, pero Sucharita le llamó con su habitual franqueza y cordialidad:

—¡Adelante, Binoy Babu!

Al oírla hablar en aquel tono, Binoy se sintió como si acabara de encontrar un tesoro.

Sucharita y Lolita le miraron con asombro, pues en el rostro del muchacho se advertían las huellas del doloroso e inesperado golpe que acababa de recibir, y su semblante, tan risueño de ordinario, estaba descompuesto. Lolita se sintió conmovida, pero al mismo tiempo no pudo disimular cierta alegría.

En cualquier otro momento no hubiera resultado fácil para ella dirigirse a Binoy; pero en aquella ocasión, tan pronto le vio entrar, exclamó:

—¡Oh, Binoy Babu! Queremos consultar contigo una cosa.

Estas palabras fueron para Binoy como una repentina lluvia de felicidad.

Tuvo un sobresalto de placer y, al momento, su triste y pálido rostro estuvo radiante.

—Las tres hermanas quisiéramos fundar una pequeña escuela para niñas —explicó

Lolita.

—¡Soberbio! Siempre fue el sueño de mi vida fundar una escuela para niñas.

—Deseamos que nos ayudes —prosiguió Lolita.

—No vais a poder tacharme de remiso en todo aquello que yo pueda hacer; pero tendréis que señalarme mi trabajo.

—Los preceptores hindúes no se fían de nosotras porque somos brahmos. De modo que vas a tener que ayudarnos a vencer su resistencia.

—¡Oh, no tenéis que preocuparos! —exclamó Binoy muy excitado—. Yo sabré convencerles.

—Que no os quepa la menor duda de eso —dijo Anandamoyi—: Binoy no tiene rival en el arte de ganarse a la gente con sus persuasivas palabras.

—Tendrás que ayudarnos a redactar el reglamento —continuó Lolita—, a trazar el plan de estudios, a dividir las clases... en todo, vamos.

Aunque aquello resultaba fácil para él, Binoy estaba desconcertado. ¿Ignoraba Lolita que Bordashundari le había prohibido volver a su casa, y que el Brahma Samaj hervía de indignación contra ellos? Se preguntaba si con su ayuda no comprometería a Lolita aún más, pero ¿tenía la suficiente fuerza de voluntad para negarse a contribuir a una obra de caridad propuesta por la muchacha?

También Sucharita estaba asombrada. Nunca soñó que Lolita fuera capaz de hacer semejante proposición a Binoy. Bastante complicadas estaban ya sus relaciones con él. Que Lolita, sabiéndolo, hiciera deliberadamente aquella súplica, le dio miedo. Comprendía que su espíritu estuviera sublevado; sin embargo, no tenía derecho a complicar al pobre Binoy. Por esto, dijo con cierta ansiedad:

—Primero hemos de hablar con nuestro padre; de modo que no te envanezcas demasiado, Binoy Babu, por el nombramiento de inspector de la Escuela para niñas.

Binoy comprendió que con aquella observación Sucharita trataba de frenar el entusiasmo de Lolita, y su intranquilidad fue en aumento. Entonces vio claramente que Sucharita estaba al corriente de las dificultades que habían surgido en la familia y le pareció inconcebible que Lolita no supiera nada de ellas. En tal caso, ¿por qué...? Aquello era, para él, un enigma.

—Desde luego, primero hablaremos con nuestro padre —asintió Lolita—. Y ahora que Binoy Babu nos ha prometido su ayuda es el momento. Le obligaremos a que nos ayude, y tampoco tú —dijo volviéndose hacia Anandamoyi— quedarás excluida.

—Yo podría barrer la clase, desde luego —contestó Anandamoyi echándose a reír—; no se me ocurre otro modo de ayudaros.

—Será más que suficiente, madre —repuso Binoy—. Así tendremos la seguridad de que la escuela estará perfectamente limpia.

Cuando las dos muchachas se hubieron marchado, Binoy se dirigió hacia los Jardines del Edén dando un paseo, y Mohim fue a Anandamoyi y le dijo:

—Veo que Binoy está mucho más tratable. Por lo tanto, hay que procurar concretar el asunto lo antes posible. ¡Quién sabe cuándo puede volver a cambiar de idea!

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Anandamoyi, asombrada—. ¿Desde cuándo está conforme Binoy? No me ha dicho ni una palabra.

—¡Pero si hoy mismo ha hablado conmigo! Dijo que cuando volviese Gora podríamos fijar la fecha.

—No, Mohim, no le habrás entendido bien, estoy seguro de ello.

—Por muy torpe que yo sea —protestó Mohim—, soy en cambio lo bastante viejo para entender el significado de las palabras.

—Hijo —dijo Anandamoyi—, sé que vas a enfadarte conmigo, pero veo que sólo conseguirás enredar las cosas.

—Si tú te empeñas en enredarlas, no hay duda de que lo conseguirás.

—Mohim, puedes decirme lo que quieras, pero no daré mi consentimiento a algo que sólo disgustos puede ocasionar. Es por vuestro bien por lo que me niego.

—Deja que seamos nosotros los que nos ocupemos de nuestro bien; así no tendrás que escuchar nuestras lamentaciones. ¿Qué te parece la idea de desentenderte de nosotros hasta que Soshimukhi esté casada?

Anandamoyi no supo qué contestar; sólo lanzó un suspiro. Mohim sacó del bolsillo su caja de *pan*, saliendo de la habitación mientras masticaba la inevitable hoja de *betel*.

CAPÍTULO XLIX

Lolita fue en busca de Paresh Babu y le dijo:

—Como somos brahmos, las niñas hindúes no quieren venir a nuestra clase, por esto he pensado que sería una buena idea que nos ayudara algún hindú. ¿Qué opinas, padre?

—¿Y dónde está ese hindú? —preguntó Paresh Babu.

Lolita iba preparada para pronunciar el nombre de Binoy; pero cuando llegó el momento de hacerlo sintió una repentina timidez. Sin embargo, hizo un esfuerzo.

—No es difícil encontrarlo. Tenemos a Binoy Babu o...

En realidad, el «o» era superfluo, y la frase quedó sin terminar.

—¡Binoy! Pero ¿por qué iba Binoy a prestarse a ello?

Lolita se sintió herida en su orgullo. ¡No querer Binoy Babu...! ¿No sabía Paresh Babu que Lolita tenía el poder de convencerle? Dijo tan sólo:

—No existe razón por la que deba negarse.

Después de un breve silencio, el anciano comentó:

—Si lo piensa bien, no podrá acceder.

Lolita enrojeció violentamente y se puso a jugar con el manojito de llaves que llevaba colgado del *sari*. Paresh Babu sintióse apenado al ver la tristeza que asomaba al rostro de su hija, pero no supo qué decir para consolarla. A los pocos momentos, Lolita levantó lentamente la vista hasta su padre y dijo:

—Entonces, ¿la escuela es un imposible?

—En estos momentos veo infinidad de dificultades. Si seguís adelante sólo conseguiréis provocar desagradables críticas.

Nada más penoso para Lolita que tener que someterse en silencio a aquella injusticia y observar la victoria de Haran. No hubiera aceptado la orden de retirada si no se la hubiera dado su propio padre. Ella no temía las críticas, pero ¿cómo iba a soportar la injusticia? Lentamente se puso en pie y salió del gabinete.

En su habitación encontró una carta. Era de Shailabala, una antigua condiscípula, ya casada, que a la sazón vivía en Rankipure. Entre otras cosas, decía:

Mi espíritu está intranquilo a causa de unos rumores que me han llegado acerca de todos vosotros. Te hubiera escrito antes, pero no he tenido tiempo. No obstante, anteayer recibí una carta de cierta persona (cuyo nombre no te diré) que me dejó estupefacta, y no he podido demorarlo por más tiempo. Si la persona que me la envió no mereciera mi más absoluta confianza, no creería lo que de ti me cuenta. ¿Cómo es posible que pienses en casarte con un hindú? Si esto es verdad..., etc., etc.

Lolita se puso furiosa. Sin perder un momento, se sentó a redactar la respuesta, que decía así:

Me asombra que escribas sólo para preguntarme si la noticia que sobre mí te han dado es cierta o no. ¿Tan escasa es tu fe, que tienes que poner a prueba las afirmaciones hechas por un miembro del Brahma Samaj? Me dices que te deja estupefacta el que yo piense en casarme con un hindú. Permite que te diga, por mi parte, que existen en el Brahma Samaj ciertos elementos en los que me daría miedo pensar como posibles maridos y, en cambio, conozco a un par de hindúes con los que cualquier muchacha brahma se casaría muy orgullosa. Por el momento, no tengo más que decirte.

Paresh Babu renunció a seguir trabajando y se sumió en una profunda meditación. Luego, fue a ver a Sucharita, que, al advertir la inquietud que reflejaba su semblante, se sintió muy alarmada. Ella sabía lo que atormentaba a su padre, pues desde varios días antes no dejaba de preocuparla el mismo problema.

Después de tomar asiento en la solitaria estancia de Sucharita, Paresh Babu dijo:

—*Didi*, ha llegado el momento de pensar seriamente en Lolita.

—Lo sé, padre —contestó ella mirándole cariñosamente.

—No me preocupa la polvareda que se ha levantado en nuestra sociedad. Lo que quisiera saber es si..., en fin, si Lolita...

Al ver que Paresh Babu dudaba, Sucharita trató de expresar claramente sus propios pensamientos y dijo:

—Lolita siempre fue franca conmigo; pero últimamente he observado en ella cierta reserva. Comprendo perfectamente que...

—Lolita está abrumada por una carga de tal peso que ni siquiera ella misma quiere

reconocerla. Me pregunto cuál es el mejor camino. ¿Qué opinas? ¿Hice mal al permitir que Binoy Babu entrara y saliera de nuestra casa con toda libertad?

—Padre, tú sabes bien que Binoy Babu es un buen muchacho. Su carácter es irreprochable. En realidad, hay pocas personas como él en el círculo de nuestras educadas amistades.

—¡Cierto, Radha! ¡Tienes razón! —exclamó Paresch Babu con vehemencia, como si acabara de hacer un gran descubrimiento—. Y lo que importa es la bondad. Es lo que Dios tiene en cuenta. Binoy es bueno; de eso no hay duda. Debemos dar gracias a Dios, porque no nos hemos equivocado.

Paresch Babu respiró aliviado; parecía haberse librado de un peso abrumador. Nunca era injusto con Dios, y aceptaba las balanzas con que Él pesaba a los hombres, porque eran las balanzas de la verdad eterna, y como no utilizaba pesos falsos, fabricados por ninguna secta, nunca tenía que reprocharse nada. Se sintió simplemente asombrado de sí mismo por no haber sabido comprender mucho antes algo tan evidente. Poniendo una mano sobre la cabeza de Sucharita, dijo:

—Madrecita, hoy he aprendido de ti una lección.

Sucharita se inclinó inmediatamente a sus pies y exclamó:

—¡No! ¡No! ¿Qué estás diciendo, padre?

—El sectarismo hace olvidar la sencilla verdad de que el hombre es hombre. Crea una especie de remolino y en él las distinciones establecidas por la sociedad entre brahmos e hindúes asumen una importancia mayor que la verdad universal. Y durante todo este tiempo yo he estado girando en este torbellino de falsedad. —Paresch Babu guardó silencio unos minutos y, luego, dijo—: Lolita no puede renunciar a su idea sobre la Escuela de niñas. Hoy ha venido a pedirme que le permitiera solicitar la ayuda de Binoy Babu.

—¡No, no, padre, espera un poco!

El anciano recordó con pena el apesadumbrado semblante con que su hija se marchó cuando él quiso disuadirla de su propósito de pedir ayuda a Binoy. Sabía bien que su enérgica hija se sentía enojada más que por la injusticia de que su sociedad la hacía objeto por no poderla combatir y porque fuera precisamente su padre quien se lo impedía. Él deseaba rectificar inmediatamente, y preguntó:

—¿Por qué esperar, Radha?

—Porque ahora nuestra madre se enfadaría.

Paresch Babu comprendió que Sucharita tenía razón; antes de que pudiera contestar, entró Satish y cuchicheó algo a la muchacha.

—No, ahora no —dijo ella—. Mañana.

—Pero mañana tendré que ir a la escuela —protestó Satish, disgustado.

—¿Qué ocurre, Satish? ¿Qué es lo que quieres? —preguntó Paresh Babu con afectuosa sonrisa.

—¡Oh!, cosas de Satish. Es...

Pero el niño la interrumpió apresuradamente.

—¡No, no se lo digas! ¡No se lo digas!

—¿Se trata de un secreto?

—No, padre —contestó Sucharita—. En realidad está deseando que tú te enteres.

—¡No! ¡Eso nunca! —gritó Satish escapando a todo correr.

La verdad era que Binoy ensalzó de tal modo su redacción que el niño prometió enseñársela a Sucharita, y es superfluo añadir que el motivo por el cual le habló de ella en presencia de Paresh Babu estaba clarísimo a los ojos de la joven. El pobre Satish no comprendía que pudieran descubrirse sus más íntimos pensamientos con tanta facilidad.

CAPÍTULO L

Cuatro días después, Haran fue a ver a Bordashundari llevando una carta en la mano. A la sazón, había abandonado ya toda esperanza de influir sobre Paresh Babu.

Alargando la carta a Bordashundari, observó:

—¡Desde el primer momento he tratado de aconsejaros prudencia! Tú llegaste a enojarte conmigo por ello. Ahora, por esta carta, podrás ver cómo están las cosas entre bastidores.

Y le entregó la respuesta de Lolita a su amiga Shailabala.

Cuando hubo terminado la lectura, Bordashundari exclamó:

—¡Quién iba a prever esto! No me hubiera atrevido ni a soñarlo. Pero deja que te diga que no puedes echarme a mí la culpa. Todos vosotros os pusisteis de acuerdo para entonar alabanzas sobre Sucharita. No es de extrañar que se le hayan subido los humos a la cabeza. ¡No había muchacha que pudiera compararse a ella en todo el Brahma Samaj! Ahora, a vosotros os toca poner coto a las alabanzas de esa niña modelo. Fue mi esposo quien me trajo a casa a Binoy y a Gour Babu, y, a pesar de que yo hice cuanto pude para atraer a Binoy a nuestro lado, el asunto de su «tía», que apareció en esta casa como por arte de magia y le fueron toleradas sus idólatras adoraciones, le trastornó de tal manera que ahora en cuanto me ve echa a correr. Sucharita tiene la culpa de todo. Yo siempre supe qué clase de muchacha era, pero no dije nada; incluso la eduqué de modo que nadie pudiera pensar que no fuera hija mía. ¡Y ésta es la recompensa que obtengo por mis desvelos! No tenías necesidad de enseñarme esta carta. Puedes hacer lo que creas apropiado.

Haran Babu, generosamente, admitió su error y con toda candidez confesó que hubo un tiempo en que no comprendía a Bordashundari. Al fin, se reclamó la presencia de Paresh Babu.

—¿Qué dices a esto? —exclamó Bordashundari arrojando la carta sobre la mesa.

Después de leerla dos veces, Paresh Babu levantó la vista y dijo:

—Bien, ¿qué tiene de particular?

—¡Qué tiene de particular...! —repitió Bordashundari, enojada—. ¿Qué más quieres? ¿Es que te hacen falta más pruebas? Has tolerado la idolatría, la observancia de castas, en fin, prácticamente, todo. ¡Lo único que te falta es casar a tu hija con un hindú!

Después de esto, supongo que harás penitencia e ingresarás en la sociedad hindú. Pero deja que te diga...

—No tienes que decirme nada —dijo Paresh Babu echándose a reír—. Todavía no ha llegado el momento de hablar sobre ciertas cosas. Lo que quisiera saber es por qué os empeñáis en que Lolita quiere casarse con Binoy. En esta carta no hay nada que lo haga suponer; por lo menos, yo no leo nada en tal sentido.

—No sé qué se necesita para hacerte abrir los ojos —exclamó Bordashundari con impaciencia—. Si desde el principio no hubieras estado ciego, esto no habría ocurrido. La carta no puede estar más clara.

—Creo que deberíamos pedir a Lolita que nos explicara lo que quiso decir con esta carta —intervino Haran—. Yo mismo se lo podría preguntar, si me dais vuestro permiso.

Pero antes de que nadie pudiera añadir nada, Lolita irrumpió en la habitación con la fuerza de un vendaval, diciendo:

—¡Padre, mira esto! Es de nuestro Brahma Samaj de donde vienen los anónimos.

Paresh Babu leyó la epístola que su hija le tendía. En ella, su autor, dando por descontado que el matrimonio entre Lolita y Binoy había sido ya concertado en secreto, no regateaba insultos ni consejos. Además, atribuía al muchacho los más viles propósitos e indicaba que no tardaría en cansarse de su esposa brahma y en abandonarla para casarse con una hindú.

Haran Babu cogió la carta de manos de Paresh Babu y, después de leerla, la devolvió a Lolita con estas palabras:

—Lolita, comprendo que esta carta te haya enojado, pero ¿acaso no eres tú quien ha dado lugar a que se escribiera? ¡Explícanos cómo has sido capaz de mandar esta otra, escrita de tu puño y letra!

—¿De modo que es contigo con quien Shaila ha estado cruzando cartas acerca de mí? —exclamó Lolita, tras un momento de sorpresa.

Haran Babu no contestó directamente, sino que se limitó a decir:

—Al mandarme tu carta no ha hecho sino cumplir con su deber para con el Brahma Samaj.

—Dime de una vez lo que Brahma Samaj tenga que decir, y terminemos —dijo Lolita, mirándole fijamente.

—En nuestro Samaj circulan ciertos rumores relacionados contigo y con Binoy Babu, a los que yo, por mi parte, no doy ningún crédito; pero me gustaría que tú los

desmintieras.

Lolita le contestó con ojos centelleantes, aferrándose con manos temblorosas al respaldo de una silla:

—¿Y por qué no les das crédito?

—Lolita —dijo Paresh Babu, poniéndole una mano sobre el hombro—, ahora estás demasiado excitada para hablar de esto. Luego lo discutiremos con calma. Dejémoslo.

—No trates de echar tierra al asunto, Paresh Babu —dijo Haran—, ahora que, al fin, hemos empezado a hablar claro.

Al oír estas palabras, Lolita acabó de enfurecerse.

—¿Te has creído que mi padre tiene miedo a la verdad, como vosotros? Si me lo permites, te diré que para él la verdad es más grande que tu Brahma Samaj. ¡Y la idea de casarme con Binoy no me parece ningún disparate!

—¿Es que ha decidido abrazar la religión brahma? —preguntó Haran Babu.

—No ha decidido nada. ¿Y qué falta hace que se convierta al brahmaísmo?

Hasta aquel momento, Bordashundari había observado absoluto silencio, pues deseaba que Haran saliera triunfador y que Paresh Babu reconociera su falta y se mostrara contrito. Pero, al oír a su hija, no pudo contenerse y entró en liza, diciendo:

—Lolita, ¿te has vuelto loca? ¿Sabes lo que dices?

—No estoy loca, madre, y he medido bien mis palabras. No quiero dejar que me acorralen. ¡Estoy decidida a librarme de Haran Babu y de su camarilla!

—¡Supongo que tú llamas libertad al descoco! —observó Haran sarcásticamente.

—No —respondió Lolita—; para mí la libertad es sustraerse a la esclavitud de la mentira y a los ataques de la mezquindad. Donde yo no veo ningún mal ni nada contrario a mi religión, ¿por qué tiene que poner obstáculos el Brahma Samaj?

Con gran despliegue de arrogancia, Haran Babu se volvió hacia Paresh Babu y le dijo:

—¡Ya lo estás viendo, Paresh Babu! Siempre pensé que esto acabaría así. Hice lo que pude por evitarlo dándote buenos consejos; no lo he conseguido.

—Mira, Panu Babu —dijo Lolita—, te voy a dar un consejo yo a ti: no tengas la presunción de querer aconsejar a los que son más grandes que tú en todos los aspectos.

Y con este papirotazo de despedida, la muchacha salió de la habitación.

—¡Ved que alboroto! —exclamó Bordashundari—. Ahora consideremos lo que hemos de hacer.

—Sencillamente, cumplir con nuestro deber —dijo Paresh Babu—, pero con este desasosiego no sabremos ver cuál es nuestro deber. Tendréis que perdonarme; no puedo hablar ahora de este asunto. Quisiera estar solo unos momentos.

CAPÍTULO LI

Al enterarse de lo ocurrido, Sucharita empezó a pensar que Lolita había enmarañado terriblemente las cosas, y después de reflexionar breves instantes, le dijo, rodeándole los hombros con un brazo:

—Hermana, esto me da miedo.

—¿Qué es lo que te da miedo?

—El revuelo que se ha armado en el Brahmo Samaj. Imagina por un momento que, después de todo, Binoy Babu no quisiera...

—Sí querrá —dijo Lolita, muy segura, pero bajando la cabeza.

—Ya sabes que Panu Babu ha hecho creer a nuestra madre que Binoy no consentiría en la boda si para casarse tenía que abandonar su sociedad. Lolita, ¿por qué no pensaste en todas estas dificultades antes de hablar de aquel modo delante de Panu Babu?

—¡No creas que lo siento! Si Panu Babu y los suyos se imaginan que persiguiéndome hasta la orilla del mar van a poder capturarme, pronto descubrirán su equivocación. No saben que a mí no me da miedo zambullirme en el agua. Y lo haré, antes de caer entre las fauces de esa jauría de aulladores.

—Hablemos primero con nuestro padre —dijo Sucharita.

—Puedo asegurarte que él no se unirá a los cazadores. El nunca nos encadenó a sus ideas. ¿Se ha enfadado alguna vez cuando nuestras opiniones han diferido de las suyas? ¡Y cómo se enojaba, en cambio, madre! El único temor de nuestro padre era que pudiésemos perder la facultad de pensar por nosotras mismas. Después de habernos educado así, ¿crees que va a ponernos en manos de un carcelero como Panu Babu?

—Está bien. Supongamos que nuestro padre no se opone, ¿qué piensas hacer ahora?

—Si ninguno de vosotros quiere hacer nada, yo misma...

—No, no, querida —la atajó Sucharita con decisión—. No es preciso que tú hagas nada. Tengo un plan.

Aquella tarde, precisamente cuando Sucharita se disponía a ir a ver a Paresh Babu, recibió su visita. A aquella hora, Paresh Babu solía pasear a solas por el jardín, en actitud

pensativa. Entonces, rodeado de las primeras sombras de la noche, alisaba los pliegues que el trabajo de la jornada había marcado en su espíritu y se preparaba para el descanso llenando de paz su corazón. Al verle entrar con semblante preocupado, a la hora en que de ordinario se recreaba en meditar, Sucharita se sintió apenada como la madre que ve silencioso y enfermo al niño que debiera estar jugando alegremente.

—Te has enterado, ¿verdad, Radha? —preguntó Paresh Babu.

—Sí, padre, me he enterado; pero, ¿por qué esta preocupación?

—Sólo una cosa me inquieta: que Lolita no sepa capear el temporal que ella misma ha ayudado a levantar. Cuando el ardor nos domina, el orgullo oscurece nuestro cerebro, pero cuando, uno a uno, van madurando los frutos de nuestras acciones, perdemos las fuerzas y no nos es posible enfrentarnos con las consecuencias de nuestros actos. Después de calcular las consecuencias de su acción, ¿sabe ya Lolita qué camino tiene que seguir?

—Puedo asegurarte una cosa, padre, y es que Lolita no se dejará vencer por las penalidades que pueda infligirle el Samaj.

—Sólo quisiera estar seguro de que no muestra este espíritu de rebeldía en un momento de enojo.

—No, padre —dijo Sucharita con la vista baja—, si ése fuera el caso, yo no la habría escuchado ni un momento. Lo que durante mucho tiempo estuvo pensando muy seriamente salió a la superficie cuando ella recibió un inesperado golpe. Ahora, no es posible tratar de dominar a una muchacha como ella. Además, padre, Binoy Babu ¡es tan bueno...!

—Pero, ¿está dispuesto Binoy a hacerse miembro del Brahma Samaj? —preguntó Paresh Babu.

—No lo sé. ¿Qué te parece si fuéramos a ver a la madre de Gour Babu?

—Creo que es una buena idea. Debéis ir.

CAPÍTULO LII

Aunque vivía en casa de Anandamoyi, Binoy solía ir a la suya todas las mañanas. En cierta ocasión, al entrar en su aposento, encontró una carta. Era un anónimo que subrayaba los inconvenientes que se oponían a su enlace con Lolita. Binoy no sería feliz con aquel matrimonio, que, además, para Lolita significaría un desastre, decía el anónimo. Sin embargo, si Binoy se obstinaba en no hacer caso de aquellas advertencias, debía saber que Lolita estaba delicada del pecho y que los médicos llegaron incluso a sospechar que se trataba de tuberculosis.

Binoy se quedó helado. Nunca hubiera podido imaginar que existieran seres capaces de inventar tales falsedades. Nadie debía ignorar que la diferencia existente entre sus respectivas costumbres imposibilitaba el matrimonio. Y ésta era precisamente la causa de que le remordiera la conciencia por aquel amor. Pero si alguien pudo escribir aquella carta, en los círculos del Brahma Samaj la boda se consideraba un hecho. Binoy se afligió al pensar en los reproches que estaría soportando Lolita. Le parecía una vergüenza que el nombre de la muchacha se asociara con el suyo en los comadreo de los corrillos del Brahma Samaj. Pensó que Lolita se arrepentiría de haberle conocido y no podría ya soportar su presencia.

Pero, ¡lo que es el corazón humano! A pesar de todo ello, Binoy sintióse invadido por una profunda alegría. No podía reparar en insultos ni amenazas. En vano trató de sustraerse a esta sensación mientras paseaba rápidamente por el mirador. Era como si con la luz de la mañana se hubiera mezclado una especie de locura, y hasta los gritos de los vendedores ambulantes despertaban en su interior un profundo nerviosismo. ¿Acaso aquella marea de insultos no arrastraba a Lolita hasta el seguro refugio de su corazón? Binoy no acertaba a desterrar de su mente la imagen de la muchacha dejando su mundo, empujada por la corriente, y viniendo hacia él, y se repetía una y otra vez: «¡Lolita es mía, sólo mía!» Hasta entonces nunca tuvo valor para confesárselo, pero, al ver que sus deseos hallaban eco en el mundo exterior, no pudo seguir conteniéndose.

Mientras, agitado por estos pensamientos, paseaba por el mirador, vio acercarse a la casa a Haran Babu. Inmediatamente comprendió lo que se ocultaba detrás de aquel anónimo.

Después de ofrecer asiento a Haran Babu, Binoy aguardó, sin demostrar su habitual placidez. Al fin, su visitante empezó:

—Binoy Babu, tú eres hindú, ¿verdad?

—Sí, soy hindú.

—No te enfades por mi pregunta. A veces, al no considerar las cosas desde todos los puntos de vista, andamos a ciegas y, sin darnos cuenta, ocasionamos sinsabores a los demás; en estos momentos hemos de escuchar de buen grado al que nos pregunta dónde iremos a parar con nuestra conducta y si obramos con prudencia.

—Tan largo preámbulo es innecesario —dijo Binoy, tratando de sonreír—. No va con mi carácter enfadarme al oír preguntas desagradables ni violentar al interrogador. Puedes preguntarme lo que quieras sin miedo, sea lo que sea.

—No deseo acusarte de transgresión deliberada, y no necesito decirte que el fruto de la indiscreción suele estar cargado de veneno.

—Lo que no necesites decirme puedes suprimirlo —dijo Binoy con ligera impaciencia en la voz—. Dime tan sólo lo que debas decirme.

—¿Es correcto que un hindú, que no puede abandonar su sociedad, entre y salga en la casa de Paresh Babu de tal modo que suscite comentarios acerca de las hijas de éste?

—Mira, Panu Babu, yo no puedo aceptar la responsabilidad de lo que a la gente de determinada sociedad se le antoje urdir en relación con cualquier hecho. Esto depende en su mayor parte del carácter de esa gente. Si a los miembros de tu Brahma Samaj les es posible hablar de las hijas de Paresh Babu con escándalo, la vergüenza es para el Brahma Samaj, no para ellas.

—Si una muchacha es capaz de dejar la protección de su madre y marcharse con un extraño, en un barco, ¿no tiene la sociedad derecho a hablar de ello? ¡Contéstame a esto!

—Si tú sitúas un hecho externo, perfectamente inocente al nivel de un vergonzoso delito del alma, ¿qué necesidad tenías de abandonar la sociedad hindú y hacerte brahmo? Dejando aparte lo ocurrido, Panu Babu, no veo la necesidad de discutir de estas cosas. Yo puedo perfectamente decidir por mí mismo cuál es mi deber, y en esto tú no vas a poder ayudarme en absoluto.

—No tengo mucho que decirte —contestó Haran Babu—. Sólo una palabra: De ahora en adelante debes mantenerte apartado de aquella casa, pues de lo contrario obrarías muy mal. Con tus visitas, no has conseguido sino ocasionar disgustos, y ninguno de vosotros sabe el daño que les has hecho.

Cuando Haran Babu se hubo marchado, Binoy sintió que la duda le atormentaba. El amable y bondadoso Paresh Babu le había recibido con inconfundibles muestras de afecto; tal vez él había abusado, pero en ningún momento se vio falto de consideración y afecto. En aquel hogar, Binoy encontró un refugio único y tan adecuado a su modo de ser que con la amistad de aquella familia su carácter parecía haberse robustecido. Y aquéllos con los que él se hallara tan a gusto, ¿iban a tener que recordarle con pesar? El tuvo la culpa de que cayera sobre el nombre de las hijas de Paresh Babu la mancha del reproche. Y también él atrajo la humillación sobre Lolita. ¿Existía remedio para semejante delito? ¡Ay, qué

tremendos obstáculos levanta ante la verdad eso que se llama sociedad! Ciertamente, nada se oponía a su matrimonio con la muchacha. Dios, el Señor de sus corazones sabía que Binoy estaba dispuesto a sacrificar toda su vida en bien de Lolita. ¿Acaso no se sentían atraídos? Ningún obstáculo había en sus eternas leyes. ¿Es que el Dios que adoraban en el Brahma Samaj las personas como Panu Babu era un ser distinto? ¿No era acaso el Dueño de los corazones humanos? Una horrenda prohibición pesaba sobre aquel matrimonio. Pero si, para obedecer los mandatos de la sociedad, Binoy quebrantaba los preceptos del Señor de todos los corazones, ¿no incurriría, entonces, en delito? Pero quizá Lolita no pensara igual. Además, la muchacha no podía sentir por Binoy más que... Y las dudas no acababan.

CAPÍTULO LIII

Abinash visitó a Anandamoyi para notificarle que Binoy iba a casarse con Lolita.

—No puede ser cierto —contestó Anandamoyi.

—¿Por qué no? ¿Es que Binoy no accederá a la unión? —preguntó Abinash.

—Eso no lo sé. Pero estoy segura de que me lo hubiera dicho.

Pero Abinash insistió. Dijo que lo había oído de fuentes dignas de crédito en el Brahma Samaj, y que debía ser verdad. Dijo, también, que desde mucho tiempo atrás había previsto aquel triste final y que incluso habló de ello con Gora. Cuando dejó a Anandamoyi, bajó a contar el caso a Mohim, con gran lujo de detalles.

Al regresar Binoy, Anandamoyi vio que estaba muy preocupado. Después de comer, le hizo entrar en su habitación y le preguntó:

—Bueno, Binoy, ¿qué ha ocurrido?

—Madre, lee esto.

Cuando ella acabó de leer, Binoy continuó:

—Esta mañana ha ido a verme Panu Babu para darme una soberana reprimenda.

—¿Por qué?

—Dice que mi conducta ha provocado escándalo en el Brahma Samaj, en relación con las hijas de Pareshe Babu.

—La gente cree que vas a casarte con Lolita. No veo en eso motivo de escándalo.

—No lo habría si el matrimonio fuera posible. Pero ante esta imposibilidad no está bien esparcir ese rumor. Es una cobardía hacerle esto a Lolita.

—Cobardía es no salvarla de las murmuraciones.

—¿Dime cómo! —exclamó Binoy asombrado.

—¿Pues casándote con ella, naturalmente!

—¿Qué estás diciendo, madre? No alcanzo a comprender lo que piensas de tu Binoy. ¿Supongo que basta con que diga: «Me caso» para que la gente se calle? ¿Que si yo moviera afirmativamente la cabeza todo se arreglaría?

—No veo la necesidad de hablar tanto. Todo puede arreglarse con que tú hagas simplemente aquello que puedas hacer. Di que estás dispuesto a casarte.

—¿Es que proposición tan descabellada no sería un insulto para Lolita?

—¿Por qué dices que es descabellada? Si la gente comenta que vas a casarte con ella es que el matrimonio entra dentro de lo posible. Hazme caso, no lo dudes ni un momento.

—Pero, madre, tenemos que pensar en Gora, ¿no?

—No, hijo —dijo Anandamoyi con firmeza—. Éste no es asunto que debas consultar con Gora. Sé que, se enfadará, y me sabe mal que se enfade contigo. Pero, ¿qué podemos hacer? Si tú quieres a Lolita no puedes consentir que sea toda su vida objeto de escándalo en su Samaj.

Pero aquello costaba menos de decir que de hacer. Desde que Gora estaba en la cárcel, Binoy le quería mucho más que antes. ¿Cómo iba a depararle tan desagradable sorpresa? Además, había que pensar en la sociedad. Es fácil quebrantar sus leyes con la imaginación; pero cuando llega el momento de obrar, ¡en cuántas partes no aprieta el zapato! El horror a lo desconocido y la pereza de cambiar de costumbres nos hacen mirar atrás sin motivo.

—¡Cuanto mejor te conozco, madre, mayor es mi asombro! ¿Cómo puedes tener ideas tan claras? Me da la impresión de que no necesitas andar. ¿Te ha dotado Dios de alas? Nada parece capaz de detenerte.

—¡Dios no puso en mi camino ningún obstáculo! —exclamó Anandamoyi echándose a reír—. Todo me lo reveló con gran claridad.

—Pero, madre, diga lo que diga con los labios, mi mente no puede marchar al compás de mis palabras. A pesar de mi educación, mi inteligencia y mis polémicas, ahora me doy cuenta de que no soy más que un necio.

En esto entró Mohim en la estancia y empezó a interrogar bruscamente a Binoy acerca de sus relaciones con Lolita. El muchacho casi no pudo soportar sus ofensas, pero permaneció mudo, con los ojos bajos, hasta que Mohim salió de la pieza, después de insultar groseramente a ambas partes. Dio a entender que en casa de Paresh Babu se había urdido un infame complot para atrapar a Binoy y que él fue lo bastante tonto para dejarse coger.

—¡Ya veremos si son capaces de engañar a Gora con esas artes! —exclamó—. Les va a resultar bastante más duro de pelar.

Viéndose acosado a reproches por todas partes, Binoy, acongojado, guardó silencio hasta que Anandamoyi, sorprendiéndole, dijo:

—¿Sabes lo que tendrías que hacer, Binoy? Tendrías que ir a ver a Paresh Babu. Si pudieses hablar con él, todo se arreglaría.

CAPÍTULO LIV

Al ver a Anandamoyi, Sucharita exclamó, sorprendida:

—¡Ahora mismo me disponía a ir a verte!

—No sabía que pensaras ir a verme, pero sé cuál era el motivo de tu visita —sonrió Anandamoyi—: el mismo que a mí me trae a tu casa; desde el momento en que me enteré de la noticia, me entraron deseos de hablar contigo.

Sucharita se sorprendió al oír que Anandamoyi estaba al corriente de todo, y escuchó con toda atención lo que ésta le decía:

—Madrecita, siempre consideré a Binoy como a un hijo. Cuando me dijo cómo le apreciabais todos vosotros, no puedes figurarte con qué cariño os bendije desde el fondo de mi corazón. ¿Cómo iba, pues, a permanecer inactiva sabiendo que algo os aflige? No sé si podré hacer algo por ayudaros, pero no he podido menos que venir corriendo. Dime, querida, ¿es Binoy el causante de lo que ocurre?

—¡Ni pensarlo! Lolita es la única responsable de la agitación que se ha levantado. Binoy no pudo ni soñar que ella fuera a subir al vapor sin decir ni una palabra a nadie, y no obstante, la gente murmura como si los dos hubieran tramado el viaje de antemano. Además, Lolita es tan orgullosa que no se aviene a dar explicaciones de lo ocurrido.

—Pero habrá de hacer algo. Desde que Binoy se ha enterado no ha tenido un momento de reposo, y quiere cargar con toda la culpa.

Sucharita enrojeció levemente y, bajando la cabeza, preguntó:

—Bueno, ¿crees que Binoy Babu...?

—Mi querida niña —atajó Anandamoyi al verla titubear—, yo te aseguro que Binoy haría cualquier cosa por Lolita. Le conozco desde que era niño y puedo decirte que cuando se entrega lo hace sin reservas. Esto me dio siempre miedo, pues temía que su corazón le llevase hasta un lugar del que no pudiera volver.

—No temas que Lolita no dé su consentimiento —dijo Sucharita, aliviada—. Conozco sus sentimientos. Pero, ¿crees que Binoy Babu querrá abandonar su sociedad?

—Desde luego, lo haría si fuera necesario; pero, ¿por qué hablas ahora de eso? ¿Lo estimas necesario?

—¿Qué quieres decir, madre? ¿Es que Binoy Babu podría casarse con una muchacha brahmo, sin dejar de ser hindú?

—Si él está dispuesto a hacerlo, ¿qué inconveniente hay en ello?

—No creo que tal cosa fuera posible —observó Sucharita, confusa.

—Pues a mí me parece lo más sencillo del mundo, *Didi*. Por ejemplo, en mi casa, yo no puedo observar las costumbres que observa el resto de la familia. Por esto es por lo que tanta gente me llama cristiana. Cuando ha de celebrarse alguna ceremonia, yo me mantengo apartada. Ríete si quieres, querida, pero ni siquiera Gora acepta beber agua en mi habitación. Pero no por esto aquella casa deja de ser mi hogar y la sociedad hindú mi sociedad. Permanezco en la casa y en la sociedad, soportando los insultos que quieran dedicarme, y no creas que me mortifican demasiado. Si llega un día en que los obstáculos se hacen imposible, entonces tomaré el camino que Dios quiera señalarme; pero hasta el final diré que si me aceptan o no, es cosa suya.

—Mira..., tú sabes ya cómo piensa el Brahma Samaj —dijo Sucharita, algo perpleja—. Suponiendo que Binoy Babu...

—Sus opiniones no difieren mucho de las vuestras —interrumpió Anandamoyi—. Las doctrinas del Brahma Samaj no son nada del otro mundo. Binoy suele leerme los artículos que aparecen en vuestros periódicos, y no encuentro nada extraordinario en ellos.

En esto entró Lolita que iba en busca de su hermana. Al ver a Anandamoyi se sonrojó, pues, por la expresión de Sucharita, comprendió que estaban hablando de ella. De buena gana hubiera escapado, pero no se le ocurrió ninguna excusa para hacerlo.

—Ven aquí, Lolita. Ven, madrecita, ven —exclamó Anandamoyi cogiéndola de la mano y obligándola a sentarse cerca de ella, como si Lolita fuera de su exclusiva propiedad. Después volvióse hacia Sucharita y dijo—: Mira, madrecita, una de las cosas más difíciles de este mundo es armonizar lo bueno con lo malo, y, no obstante, a veces se les encuentra juntos, y de esta unión nacen penas y alegrías. Porque no siempre brilla el mal, sino que brilla el bien, a veces. Y si tal cosa es posible, no comprendo por qué no han de poder unirse felizmente dos personas de opiniones diferentes. ¿Es que la verdadera unión de dos seres no es más que cuestión de opiniones?

Sucharita permaneció con la cabeza baja y Anandamoyi continuó:

—¿Es que vuestro Brahma Samaj no permite que se unan dos personas, si lo desean? ¿Quiere vuestra sociedad que se mantengan alejados dos seres unidos ya espiritualmente por Dios? Madrecita, ¿es que en ningún lugar del mundo existe sociedad que pase por alto pequeñas diferencias de opinión y una a sus miembros en las cosas que realmente importan? ¿Es que los hombres han de estar siempre peleándose con su Dios? ¿Es que sólo para eso se ha creado la sociedad?

Aquel encendido entusiasmo con que hablaba Anandamoyi, ¿tenía como único objeto vencer la oposición al matrimonio de Binoy y Lolita? ¿No pensaría disipar con sus palabras las vacilaciones que pudiera tener Sucharita en aquel sentido? La muchacha no debía albergar tales escrúpulos. Si opinaba que el matrimonio entre Lolita y Binoy no era factible a menos que éste se hiciera brahmo, entonces la esperanza que abrigara Anandamoyi durante aquellos días de zozobra quedaría reducida a polvo. Pocas horas antes, Binoy le había preguntado:

«—Madre, ¿tendré que inscribirme en el Brahma Samaj? ¿Voy a tener que aceptar eso, también?

»—No, no lo creo necesario.

»—¿Y si me obligan?

»—No pueden obligarte —dijo Anandamoyi después de un breve silencio.»

Pero Sucharita no estaba de acuerdo y, al ver que no contestaba, así lo comprendió Anandamoyi.

Pensó, entonces: «Fue mi amor por Gora lo que me dio fuerzas para dejar de observar las tradiciones de mi sociedad. ¿No se siente Sucharita atraída por Gora? En este caso, seguramente no habría dado importancia a una cosa tan trivial.»

Anandamoyi se sintió deprimida. Faltaban sólo dos o tres días para que Gora fuera puesto en libertad, y ella hubiera querido que hallase, aguardándole, la felicidad. Comprendía que era el momento de atar a Gora; si no lo lograba, nadie sabía en qué lances iba a meterse. Pero atraer a Gora y conservarlo no era tarea al alcance de cualquier muchacha. Además, no estaría bien dejar que se casara con una muchacha hindú; he aquí por qué Anandamoyi tuvo que rechazar tantas peticiones como continuamente le hacían los padres de muchachas casaderas. Gora afirmaba que no quería casarse, y la gente se asombraba de que ella no protestara de semejante decisión. Luego, cuando advirtió en él los primeros síntomas de debilidad, se sintió muy contenta: por esto le dolía tanto la silenciosa oposición de Sucharita. Pero Anandamoyi no era mujer que se desanimara fácilmente y dijo para sí: «Bien. Ya veremos lo que ocurre.»

CAPÍTULO LV

Paresh Babu estaba diciendo:

—Binoy, no quiero que obres a la ligera y cometas una temeridad para salvar a Lolita. La agitación que existe en nuestra sociedad no tiene gran importancia. Dentro de pocos días se habrán olvidado de lo que ahora tanto les apasiona.

Binoy estaba convencido de que iba dispuesto a sacrificarse por Lolita. Sabía que aquel matrimonio no era aconsejable; además, no olvidaba que ello suponía reñir con Gora. No obstante, quería cumplir con su deber, sin reparar en sacrificios. Y cuando Paresh Babu rechazó su ofrecimiento, no estuvo dispuesto a retroceder.

—Nunca podré pagaros todo el afecto que me habéis demostrado, y se me hace insoportable pensar que yo haya podido ser causa de disgustos de vuestra familia.

—Binoy, no me has comprendido. Personalmente, estoy encantado de que nos aprecies hasta este extremo; pero el que me propongas casarte con Lolita para demostrar tu respeto no es muy halagador para mi hija. Por esto te he dicho que la dificultad que ahora nos aqueja no es tan grave como para que tengas que hacer el menor sacrificio.

Ahora, por lo menos, Binoy estaba libre de toda responsabilidad, pero su espíritu no huyó veloz por la franca senda de la libertad con la misma ansia con que levanta el vuelo el pájaro que encuentra abierta la jaula. Binoy no sentía el menor deseo de moverse, a pesar de que la presa que le hiciera levantar su sentido del deber para contener sus habituales inclinaciones resultaba innecesaria. El camino por el que hasta hacía poco avanzaba lenta y temblorosamente, retrocediendo a cada momento, estaba ahora ocupado en toda su magnitud, y a Binoy le costaba un gran esfuerzo ceder terreno. En el mismo lugar al que fuera arrastrado por el sentido del deber, donde éste ahora le gritaba: «Atrás, hermano; no hay necesidad de que sigas por aquí», su corazón le decía: «Si tú quieres, vuelve atrás; pero yo me quedo.»

Ahora que Paresh Babu acababa de dejarle sin excusa, Binoy dijo:

—No pensaba en mi sentido del deber al pedirlos a Lolita por esposa. Nada podría hacerme más feliz que... Sólo temía...

—No tienes nada que temer —interrumpió Paresh Babu sin vacilar. Hasta tal extremo amaba la verdad que llegó a decir—: Por Sucharita he sabido que Lolita no te mira con indiferencia.

Una oleada de alegría invadió el corazón de Binoy al enterarse de que Lolita había revelado su secreto a Suchi *Didi*. Hubiera querido saber cuándo y cómo habló de ello. Sintió un inmenso gozo al pensar que él fuese objeto de confianzas entre las dos muchachas.

Al momento, dijo:

—Si me considerarais digno de ella, sería dichoso.

—Te ruego que aguardes un momento. Deja que suba a hablar con mi esposa.

Cuando Bordashundari le hubo escuchado inquirió:

—Habrá de iniciar a Binoy en las doctrinas del Brahma Samaj.

—Eso por descontado.

—Es lo primero que hay que aclarar. Por lo tanto, hazle subir.

—Tenemos que fijar fecha para la ceremonia de tu iniciación —dijo Bordashundari, sin más preámbulos tan pronto vio entrar a Binoy.

—¿Es requisito indispensable la iniciación? —preguntó Binoy vacilando.

—¡Absolutamente indispensable! —replicó Bordashundari—. ¿Cómo, si no, ibas a entrar en una familia brahma?

Binoy bajó la cabeza sin contestar. ¿De manera que Paresch Babu, al oírle decir que deseaba casarse con su hija, supuso que entraría en el Brahma Samaj?

—Yo..., tengo el mayor respeto por el Brahma Samaj —balbuceó—, y hasta este momento no hubo nada en mi conducta contrario a sus doctrinas. Pero, ¿es necesario que me asocie?

—Si tus opiniones están de acuerdo con las nuestras, ¿qué mal hay en que entres a formar parte del Samaj? —preguntó Bordashundari.

—Me es imposible decir que la sociedad hindú no significa nada para mí.

—Entonces has hecho mal en suscitar la cuestión —dijo Bordashundari en tono quejumbroso—. ¿Querías casarte con nuestra hija por compasión o para hacernos un favor?

Éste fue un fuerte golpe para Binoy, pues comprendió que sus palabras les parecían ofensivas.

Aproximadamente un año antes, había entrado en vigor la nueva ley sobre

Matrimonio Civil, y, en aquella época, tanto Gora como él la atacaron duramente desde los periódicos. A Binoy le resultaba ahora sumamente difícil declarar que no era hindú y contraer matrimonio civil.

Binoy comprendió que Paresch Babu nunca daría su consentimiento si él no abjuraba de su religión. Dando un suspiro, se levantó para marcharse y, después de inclinarse profundamente, dijo en tono de disculpa:

—Os ruego que me perdonéis. No diré más para no agravar mi falta.

Y, con estas palabras, salió del aposento.

Al bajar, vio a Lolita escribiendo unas cartas en el mirador. Al oír sus pasos, ella levantó la vista y le miró un momento con expresión agitada. Lolita y Binoy se conocían desde hacía mucho tiempo. ¡Cuántas veces le miró ella a los ojos! Sin embargo, aquel día su mirada parecía expresar un misterioso secreto. El secreto, que sólo Sucharita conocía, acababa de ser revelado a Binoy desde debajo de unas negras pestañas, y la ternura que él vio en aquellos ojos le pareció reconfortante como una nube que anuncia la llegada de lluvia fresca en un día de calor. Pero la rápida mirada con que él correspondió hirió a Lolita profundamente. Sin decir una palabra, Binoy se inclinó y siguió bajando la escalera.

CAPÍTULO LVI

En la puerta de la cárcel Gora encontró a Paresh Babu y a Binoy esperándole.

Un mes no es mucho tiempo. El viaje de Gora, hasta el momento de su arresto, le mantuvo apartado de su familia y amigos durante un período más largo; pero, cuando al cumplirse el mes de encarcelamiento, vio a Binoy y a Paresh Babu, le pareció como si hubiera nacido de nuevo a aquel viejo mundo de sus amigos. Cuando, a la primera luz de la mañana, vio el afecto que se reflejaba en el bondadoso rostro del anciano, se inclinó profundamente y tomó polvo de sus pies con una alegría como nunca experimentara. Paresh Babu abarcó en un brazo a los dos amigos. Después, Gora cogió de la mano a Binoy y dijo, echándose a reír:

—Binoy, desde que éramos dos colegiales nos hemos educado juntos, pero yo te he sacado ventaja viniendo a estudiar a otra escuela.

Binoy no se sentía con ánimo de compartir el gozo de su amigo y guardó silencio. Le parecía que, después de sufrir las misteriosas penalidades de la cárcel, su amigo salía más Gora que nunca. Observó un silencio solemne y casi reverente, hasta que Gora preguntó:

—¿Cómo está nuestra madre?

—Madre está bien.

—Vamos, amigo. El coche aguarda.

Cuando iban a subir al carruaje, llegó corriendo Abinash, jadeante, seguido de un grupo de estudiantes.

Al verle, Gora trató de esquivarle, pero Abinash fue más rápido y, cortándole el paso, le pidió que se detuviera un momento.

Mientras formulaba la petición, los estudiantes empezaron a cantar ruidosamente:

Después de la oscura noche de dolor,

¡Llegó el amanecer!

Rotas quedaron las cadenas.

¡Llegó el amanecer!

—¡Callad! —gritó Gora, enrojando.

Los estudiantes dejaron de cantar en el acto y le miraron sorprendidos.

—Abinash, ¿qué significa esto?

Abinash, sin contestar, sacó de debajo de su chal una gruesa guirnalda de flores cuidadosamente envuelta en hojas de plátano, mientras un muchacho empezaba a leer, con voz de falsete y a gran velocidad, unas aleluyas escritas en letras de oro, dedicadas a Gora, con motivo de su salida de la cárcel.

Rechazando las flores, Gora preguntó con voz colérica:

—¿A qué viene esta pantomima? ¿Os habéis estado preparando durante todo el mes para disfrazarme al pie de la carretera?

Sí, Abinash lo había estado preparando durante mucho tiempo. Pensó que semejante recibimiento causaría gran sensación, y se abstuvo de poner a Binoy al corriente, pues quería toda la gloria para sí.

Abinash estaba convencido de que una representación tan fuera de lo normal no podía menos que reportarle grandes plácemes, pues en la época a que nos referimos tales formas de fastidio aún no estaban generalizadas. Escribió, incluso, un reportaje, que se proponía entregar a un periódico en cuanto llegara a Calcuta.

—Eres injusto al hablar así. Lo que ocurre es que mientras has estado en la cárcel hemos sufrido contigo. Tenemos las costillas abrasadas por el fuego que el dolor ha encendido en nuestros corazones y que no ha dejado de arder ni un solo momento durante todo este mes.

—Te equivocas, Abinash —dijo Gora—. Si miras con atención verás que el fuego sigue apagado y que vuestras costillas no han sufrido ningún daño irreparable.

Pero Abinash insistió sin amilanarse:

—El Gobierno ha tratado de deshonrarte, pero nosotros, como representantes de nuestra tierra madre, la India, te imponemos esta guirnalda de honor...

—¡Esto pasa de la raya! —exclamó Gora.

Y apartando de un empujón a Abinash y a sus seguidores volvióse hacia Paresh Babu, invitándole a subir al coche.

Paresh Babu lanzó un suspiro de alivio al tomar asiento.

Gora llegó a su casa a la mañana siguiente, pues hizo el viaje hasta Calcuta en barco. A la puerta de su casa encontró una multitud que aguardaba para aclamarle. Después de librarse de sus tentáculos, entró en la casa y fue directamente a ver a Anandamoyi. Aquella mañana ella se había bañado pronto y estaba ya esperándole. Al entrar Gora y postrarse a sus pies, la mujer no pudo contener las lágrimas.

Cuando Krishnadayal volvió a bañarse en el Ganges, Gora entró a verle, pero le saludó desde lejos y sin tocarle los pies. Krishnadayal tomó asiento a una distancia más que prudencial.

—Padre, quiero hacer penitencia.

—No lo creo necesario.

—No he sentido en la cárcel más penalidades que la de no poder evitar la contaminación. Ni siquiera ahora puedo dejar de reprocharme ciertas cosas. Es por esto por lo que deseo celebrar la ceremonia de penitencia.

—No, no —dijo Krishnadayal, asustado—. Eso sería exagerar. No puedo consentirlo.

—Está bien —suspiró Gora—; entonces permite que pida consuelo a los pandits.

—No tienes por qué consultar con ningún pandit. Puedo garantizarte que en tu casa no hay necesidad de hacer penitencia.

Gora no comprendía cómo un hombre escrupuloso como su padre se mostraba siempre tan refractario a que él observase las reglas de la ortodoxia; y no sólo no le daba su aprobación, sino que se oponía resueltamente a ello.

Aquel día, a la hora de comer, Anandamoyi puso a Binoy al lado de Gora, pero éste protestó:

—Madre, por favor, pon a Binoy un poco más lejos.

—¿Qué tienes contra Binoy?

—Nada en absoluto. Lo que ocurre es que estoy contaminado.

—No importa. A Binoy estas cosas le tienen sin cuidado.

—Pero a mí, no.

Después de comer, los dos amigos se instalaron en la habitación del último piso; en

el primer momento no supieron qué decir. Binoy no encontraba forma de abordar el tema que no había dejado de preocuparle durante todo el mes. También Gora hubiera querido saber de la familia de Paresh Babu, pero esperaba que fuera Binoy el primero en mencionarla. Preguntó a Paresh Babu por sus hijas, sí, pero aquella fue una pregunta de cortesía. No se daba por satisfecho con saber que estaban bien de salud; quería muchos más detalles.

En esto entró Mohim en la habitación y se sentó jadeando tras el esfuerzo que para él suponía subir hasta allí. Tan pronto hubo recobrado el aliento, dijo:

—Binoy, puesto que Gora ya ha vuelto, no tenemos por qué seguir esperando. Fijemos el día inmediatamente. ¿Qué dices tú, Gora? Sabes ya a lo que me refiero, por supuesto.

Gora contestó con una carcajada y Mohim continuó:

—Te ríes, ¿verdad? ¡Piensa que tu *Dada* es obstinado! Pero deja que te diga que la existencia de una hija no se olvida fácilmente. No te rías, Gora. Esta vez tenemos que dejar el asunto decidido definitivamente.

—¡Aquí está el hombre de quien todo depende! —dijo Gora.

—¡Oh, rayos! —exclamó Mohim—. ¿Qué va a decidir un hombre que no sabe lo que quiere? Ahora que has vuelto, tienes que ocuparte de ello.

Binoy observaba un solemne silencio, a pesar del tono festivo que empleaban los otros dos. Gora, percibiendo algo raro en su actitud, dijo:

—Yo puedo ocuparme de mandar las invitaciones y, si es necesario, incluso de comprar los pasteles. Hasta estoy dispuesto a ofreceros mis servicios para la fiesta, pero no puedo responder de que Binoy se case con tu hija. No estoy en íntimas relaciones con el que se encarga de todos esos manejos del amor. Me mantengo a prudencial distancia y le saludo desde lejos.

—No vayas a creer que porque te mantengas a distancia se olvide de ti —dijo Mohim—. El día menos pensado, llamará a tu puerta. No tengo la menor idea de cuáles son sus planes con respecto a ti, pero por lo que se refiere a Binoy puedo decirte que buena la está armando. Deja que te diga que vas a tener que arrepentirte si no intervienes activamente en el asunto, en lugar de dejarlo todo en manos de Cupido.

—Estoy siempre dispuesto a arrepentirme por no haber aceptado una responsabilidad que no fuera mía —rió Gora—; si la aceptara tendría que arrepentirme más aún. Y no quisiera que éste fuera mi destino.

—¿Serías capaz de quedarte con los brazos cruzados si vieras que un brahmán echa por la borda su honor, su casta y su respetabilidad? ¿Tú, que ni comes ni duermes en tu

ansiedad de hacemos a todos buenos hindúes, vas a ver cómo tu mejor amigo sacrifica su casta y se casa con una mujer brahmo? Nunca más vas a poder mirar a la gente a la cara. Binoy, supongo que te enfadarás conmigo, pero hay mucha gente que está deseando decirle esto a Gora en cuanto vuelvas la espalda; se atropellan unos a otros, pues todos quieren ser el primero en darle la noticia. Yo, por lo menos, lo digo delante de ti, pues así es mejor para todas las partes interesadas. Si el rumor es falso, dilo y asunto terminado; pero si no lo es, entonces decide de una vez.

Cuando Mohim se hubo marchado, Binoy siguió callado; pero Gora dijo:

—Bien, Binoy, ¿qué es lo que ocurre?

—Es difícil explicarlo todo debidamente refiriendo sólo unos cuantos hechos; por esto hubiese querido ir explicándotelo poco a poco. Pero en este mundo las cosas no ocurren como nosotros quisiéramos. Primero te rondan sigilosamente, como el tigre en acecho, y luego, de pronto, sin que tú sepas cómo, te saltan al cuello. También las noticias, al principio son como una hoguera apagada; pero se prende fuego y nadie puede extinguirlo. Por esta razón a veces pienso que el único medio de ser libre es mantenerse absolutamente estacionario.

—¿Y dónde está la libertad si tú eres el único que permanece estacionario? —preguntó Gora echándose a reír—. Si el resto del mundo opta por mantenerse en movimiento, ¿por qué va a permitirle permanecer estática? Eso sería contraproducente, pues cuando la marcha hubiese comenzado y te quedases solo no podrías por menos que considerar a tu inmovilidad como un engaño. Así, pues, has de permanecer siempre alerta; de lo contrario, cuando todo avance, tú no estarás parado.

—Tienes razón —asintió Binoy—. Yo nunca estoy preparado. También esta vez me pilló desprevenido. Nunca sé en qué sentido van a rodar las cosas; pero cuando ocurre algo hay que estar dispuesto a cargar con la responsabilidad. No se puede retroceder ante lo desagradable simplemente porque uno hubiese preferido que no sucediera.

—Sin saber qué es lo que ha sucedido, se me hace difícil responderte —observó Gora.

Armándose de valor para la confesión, Binoy empezó:

—Como consecuencia de una serie de circunstancias inevitables, me siento obligado a casarme con Lolita. Si no lo hiciera, ella tendría que soportar los infundados reproches de su sociedad durante el resto de su vida.

—Explícame mejor esas circunstancias.

—Es una larga historia. Te lo contaré todo poco a poco; por el momento, has de contentarte con lo que te he dicho.

—Está bien. Me contento. Sólo te diré una cosa: Si las circunstancias fueron inevitables, las consecuencias deben serlo también. Si Lolita tiene que soportar insultos, ¿qué se le va a hacer?

—¡Pero en mi mano está el medio de impedirlo! —protestó Binoy.

—Entonces, tanto mejor. Pero no por pregonarlo así va a resultar más sencillo. Cuando el hombre tiene hambre, en su mano está remediarlo robando y matando; pero, ¿deja de ser esto un delito? Tú dices que quieres cumplir con tu deber para con Lolita casándote con ella; pero, ¿estás seguro de que es ése tu deber? ¿No tienes ningún otro mayor para con la sociedad?

Binoy no contestó que había renunciado al matrimonio con una mujer brahmo precisamente por querer cumplir con su sociedad, sino que empezó a discutir acaloradamente, diciendo:

—En esto nunca estaremos de acuerdo. No voy contra la sociedad porque me sienta atraído por una mujer. Lo que quiero decir es que hay algo que está por encima de la sociedad y del individuo; pero tampoco lo es salvar a la sociedad. Mi mayor deber consiste en respetar la única religión.

—Yo no puedo respetar una religión que niega los derechos del hombre y de la sociedad, y lo reclama todo para ella.

—¡Pues yo sí! —exclamó Binoy, enardecido—. No es la religión lo que descansa sobre el fundamento de sociedad e individuo; son éstos los que dependen de la religión. Pero si te da por llamar religión a aquello que más conviene a la sociedad, entonces la misma sociedad acabará por derrumbarse; si levanta obstáculos en el camino de la justa libertad religiosa, salvando estos obstáculos cumpliremos con nuestro deber para con la sociedad. Si al casarme con Lolita no cometo ningún delito, sino que, al contrario, obro bien, es faltar a la religión desistir de ello simplemente porque ese matrimonio no convenga a la sociedad.

—¿Eres tú quien debe decidir lo que está bien y lo que está mal hecho? —preguntó Gora—. ¿No tienes en cuenta la situación en que colocas a tus hijos?

—Si piensas así, lo único que conseguirás es dar carácter de permanencia a las injusticias sociales. Entonces, ¿por qué te enojas con el pobre empleado que soporta los insultos y puntapiés de sus amos europeos? Sin duda, también él piensa en la situación de sus hijos, ¿no te parece?

Binoy nunca había ido tan lejos en ninguna de sus anteriores disputas con Gora. Tan sólo escasas semanas antes, la sola idea de separarse de la sociedad le hubiera llenado de horror. Sobre este tema, no se arriesgaba a discutir ni siquiera consigo mismo, y si Gora no hubiese hablado de aquel modo, las cosas hubieran tomado otro rumbo muy distinto, más en consonancia con las viejas ideas de Binoy. Pero a medida que se sumergía en la

controversia, sus inclinaciones, empujadas por su sentido del deber, se hacían cada vez más fuertes.

La disputa fue furiosa y acalorada. En casos como aquél, Gora nunca recurría a la razón. Se limitaba a exponer sus opiniones con una violencia que pocas personas podían igualar. Una vez más, trató de reducir a polvo cada uno de los argumentos esgrimidos por su amigo; pero pronto advirtió ciertos obstáculos en su camino. Mientras lo que se enfrentaba eran las opiniones de Gora contra las de Binoy, Gora salía siempre vencedor; pero en aquella ocasión se enfrentaban dos hombres. Gora no pudo detener los golpes del adversario con las armas de su dialéctica; los dardos que le lanzó Binoy hicieron blanco en su corazón sensible y dolorido.

Al fin, Gora exclamó:

—¿A qué seguir malgastando palabras? Aquí poco hay que discutir: son cuestiones del corazón. Pero el que tú desees separarte de los tuyos para casarte con una muchacha brahmo es algo que me produce intenso dolor. Tú quizá puedas hacerlo; yo no podría. En esto somos distintos. No es cuestión de entendimiento ni de prudencia. Tú has depositado tu afecto en un lugar y yo en otro. No debes querer mucho a tu sociedad cuando estás dispuesto a asestarle semejante puñalada en el punto donde yo siento latir su vida. Aquella a quien yo amo es la India, a pesar de todos los defectos que tú puedas sacarle y de los insultos que pueda merecerte. No quiero que nadie sea más grande que ella. ¡Ni yo ni nadie! ¡No haré nada que pueda separarme un ápice de ella! —Y, antes de que Binoy pudiera replicar, prosiguió—: No, Binoy, es inútil discutir esto conmigo. Cuando todos abandonan a la India, llenándola de afrentas, yo sólo pido poder compartir su deshonor. ¡La mía es esta India abrumada por las distinciones de castas, esta India supersticiosa, esta India idólatra! Si quieres separarte de ella, entonces también tendrás que separarte de mí.

Gora se levantó y, saliendo a la terraza, empezó a pasear, mientras Binoy permanecía sentado, en silencio. Al cabo de un rato, apareció un criado que anunció a Gora que una multitud reclamaba su presencia a la puerta de la casa. Gora, aprovechando aquella oportunidad para escapar, se dirigió a la planta baja.

Al asomarse a la calle, vio que, entre el grupo de personas que le aguardaba, se encontraba Abinash. Gora estaba casi seguro de que Abinash se había incomodado con él, pero en aquel momento no lo demostraba. Al contrario, con lenguaje altisonante, empezó a alabar la conducta de Gora al rehusar la guirnalda que le ofreciera el día anterior. Enfáticamente, declaró:

—Mi respeto por Gourmohan Babu ha aumentado muchísimo. Desde tiempo atrás, sabía que era un hombre extraordinario; pero ayer me di cuenta de que es un gran personaje. Ayer quisimos ofrecerle honores; pero él los rechazó como pocas personas sabrían hacer en estos días. ¿No es una actitud admirable?

Gora estaba confuso y furioso.

—Mira, Abinash —exclamó con impaciencia—, me insultas con tus palabras. ¿Es que no te figuraste que tendría modestia suficiente para no unirme a la danza que pretendíais representar al pie de la carretera? ¿Y llamas a esto actitud de gran personaje? ¿Es que te has propuesto formar una compañía de cómicos ambulantes? ¿No hay nadie dispuesto a trabajar en serio? Si queréis trabajar conmigo, bien; si queréis luchar contra mí, bien. Lo único que os pido es que no vayáis por el mundo gritando: «¡Bravo! ¡Bravo!»

Pero esto sólo sirvió para robustecer el entusiasmo de Abinash. Se volvió hacia los presentes con la cara radiante, como deseando atraer la atención de todos sobre el maravilloso espíritu de las palabras de Gora.

—Nos felicitamos de poder presenciar tales pruebas de desinterés en favor de nuestra madre patria. A ti entregamos nuestras vidas.

Y con estas palabras se inclinó a tocar los pies de Gora, pero éste los retiró bruscamente.

—Gourmohan Babu —continuó Abinash—, te niegas a aceptar nuestro homenaje, pero no puedes negarnos tu asistencia a una fiesta que pensamos celebrar. Llevamos algún tiempo planeándola.

—Mientras no haga penitencia no podré sentarme a comer con ninguno de vosotros —contestó Gora.

¡Penitencia! A Abinash le brillaron los ojos.

—A ninguno de nosotros se le hubiera ocurrido semejante idea; pero Gourmohan Babu no descuida ninguno de los preceptos de la religión hindú.

Todos se mostraron de acuerdo en que sería una gran idea reunirse para la fiesta con motivo de la ceremonia de la penitencia. Se invitaría a algunos de los grandes pandits del país, para demostrarles palpablemente que la religión hindú seguía viva.

Acto seguido, se trató de la fecha y lugar de la ceremonia y cuando Gora declaró que no podría celebrarse en su casa, uno de sus adictos seguidores, que poseía una casa con jardín a orillas del Ganges, se apresuró a ponerla a su disposición. Se decidió también que los gastos fueran satisfechos por todos los miembros del partido, a partes iguales.

Antes de despedirse, Abinash empezó una elocuente arenga, moviendo mucho los brazos:

—Aunque Gourmohan Babu se enfade conmigo, voy a hablar, pues cuando el corazón está rebosante, no es posible contener los sentimientos. Para el rescate de los *vedas*, han nacido avatares en esta tierra santa de la India. Y así, hoy hemos visto a un avatar que ha nacido para preservar la religión hindú. Nuestro país es el único del mundo que tiene seis estaciones. Y en nuestro país nacieron, nacen y nacerán avatares.

¡Felicitémonos de que se nos haya dado prueba de ello! Hermanos, gritemos: «¡Llor a Gourmohan Babu!»

Enfervorizados por la elocuencia de Abinash, los presentes empezaron a aclamar a Gora ruidosamente; pero él huyó, muy confuso.

Aquel día, el primero que Gora pasaba entre los suyos después de su encarcelamiento, un inmenso cansancio se apoderó de él. En la prisión, a menudo soñó con trabajar por su país con renovado entusiasmo; pero hoy sólo se preguntaba, una y otra vez: «¿Dónde está mi país? ¿Seré yo el único que lo ve? Mi mejor amigo, aquel con el que solía hablar de mis planes y esperanzas, se dispone a romper todo contacto con el pasado y el futuro, indiferentemente, para casarse con una muchacha por la que se ha encaprichado. Y los que forman lo que todos llaman mi partido, después de haber escuchado infinidad de veces mis opiniones, llegan a la conclusión de que yo soy un avatar, nacido con la misión de preservar la religión hindú, que soy una personificación de las escrituras. Y a la India, ¿no se le reserva ningún lugar? ¡Seis estaciones! ¡En la India tenemos seis estaciones! Si todo el fruto que son capaces de dar esas seis estaciones es como Abinash, nada se perdería aunque tuviéramos dos o tres estaciones menos.»

En aquel momento entró el criado a decirle que su madre le llamaba. Al oírle, Gora tuvo un ligero sobresalto y repitió para sí: «¡Mi madre me llama!», y le pareció que estas palabras tenían para él un nuevo significado. Dijo mentalmente: «Pase lo que pase, tengo a mi madre. Y me llama. Ella me unirá a los demás. No permitirá que me mantenga apartado de nadie. Con ella, en su habitación, están los míos. También me llamaba cuando yo estaba en la cárcel. Allí no podía verla. Ahora, fuera de los muros de la prisión, me llama y yo voy a ella.» Y mientras pensaba esto contemplaba el frío cielo de aquel mediodía de invierno. De pronto, sus diferencias con Binoy y Abinash le parecieron insignificantes. Bajo el sol, la India parecía abrirle los brazos. Gora vio ante sí todos sus ríos y montañas, sus ciudades y océanos. Del infinito se derramaba a raudales una luz clara y purísima que hacía resplandecer a toda la India. Gora se sintió emocionado, y a sus ojos asomaron las lágrimas. La sensación de fatiga que un momento antes le agobiara se desvaneció. Se preparaba con alegría para aquel trabajo interminable e ingrato al servicio de la India. Aunque con sus ojos no podía ver su grandeza, tal como se le había aparecido durante sus meditaciones, no por eso se desanimaba. Una y otra vez se repetía: «¡Mi madre me llama! Voy hacia donde se halla el que nos da el alimento, el que rige el universo..., infinitamente lejos y, al mismo tiempo, tan cerca; más allá de la muerte y en medio de la vida, el que ilumina con la luz gloriosa del futuro este presente imperfecto y miserable. Voy a Él. Mi madre me lleva hacia donde Él se encuentra..., tan lejos y tan cerca.» Transportado por aquella alegría, Gora sintió la presencia de Binoy y Abinash —como si tampoco ellos estuvieran lejos de él— y todas las diferencias surgidas entre ellos quedaron eclipsadas por un sentimiento de perfecta armonía.

Al entrar en la habitación de Anandamoyi, Gora estaba casi transfigurado por la felicidad. Detrás de todo lo que se ofrecía a su vista adivinaba una maravillosa presencia. De momento, no reconoció a la persona que estaba al lado de su madre.

Era Sucharita, que se levantó y le saludó con una inclinación.

—¿Eres tú quien está aquí? —le dijo Gora—. Siéntate, por favor.

Estas palabras, «Eres tú quien está aquí», no parecían referirse a un suceso corriente sino a un acontecimiento sensacional.

Hubo un tiempo en que Gora evitaba a Sucharita. Mientras estuvo en el viaje, trabajando y padeciendo penalidades, logró dejar de pensar en ella algunas veces. Pero durante su cautiverio, el recuerdo de la joven no le dejaba ni un momento. Tiempo atrás, Gora ni siquiera se acordaba de que en la India hubiera mujeres; pero, de pronto, Sucharita le reveló esta verdad tan grande y tan antigua, haciéndole temblar como bajo el impacto de un golpe. Cuando penetraban en su celda el sol y el aire del mundo exterior, llenándose de añoranza, Gora no se representaba aquel mundo como un campo de acción reservado a los hombres; durante sus meditaciones, lo veía presidido por dos deidades, iluminadas por un resplandor hecho con la luz del sol, la luna y las estrellas, y, recortándose sobre el azul del firmamento una de ellas rebosaba amor maternal, el amor conocido por él desde siempre; la otra tenía el rostro hermoso y dulce de su nueva revelación.

En medio de los sinsabores de la vida de presidio, Gora no consiguió experimentar ningún antagonismo contra aquella imagen. Su recuerdo le producía una íntima sensación de libertad, y los sufrimientos parecían formar parte de un sueño remoto. Las ondas que se escapaban de su alma palpitante atravesaban los muros de la cárcel, se fundían con el firmamento, ponían destellos en los árboles y en las flores e iban a romper en la orilla de su mundo de cada hora.

Gora se convenció a sí mismo de que no había por qué temer a una imagen de su fantasía, y durante todo el mes dejó vagar libremente sus pensamientos por este campo diciéndose que sólo de las cosas reales hay que tener miedo.

Pero cuando, al salir de la cárcel, vio a Paresh Babu, el corazón se le llenó de gozo. Al pronto, Gora no advirtió que no era la sola presencia de Paresh Babu lo que le alegraba; con aquella presencia se mezclaba el encanto de la imagen cuyo recuerdo no se apartó de su mente durante tantos días. Poco a poco, cuando se encontraba ya a bordo del vapor que le llevaba a Calcuta, fue comprendiendo que Paresh Babu no le atraía hasta aquel extremo por sus solas virtudes.

Se preparó nuevamente para la lucha, prometiéndose a sí mismo que no se dejaría derrotar. Sentado en la cubierta del vapor, tomó la decisión de volver a marchar lejos y no permitir que su espíritu quedara cautivo ni por el más tenue de los hilos.

Éste era su estado de ánimo cuando discutió con Binoy. Teniendo en cuenta que aquélla era la primera vez que los dos amigos se reunían después de tan larga separación, el altercado no hubiera sido tan violento si, en realidad, Gora no hubiese estado discutiendo consigo mismo. Cada vez estaba más convencido de que era su propio honor lo que se dirimía, y por esto habló con tanta vehemencia; su vehemencia fue una necesidad. Pero, al

ver que su violencia suscitaba en Binoy análoga violencia, y su amigo refutaba todos sus argumentos y los tachaba además de estúpida mojigatería, sintió que su espíritu se sublevaba. Binoy no imaginó ni por un momento que Gora no le habría asestado golpes tan duros si, en realidad, no hubiese estado descargándolos sobre sí mismo.

Después de la discusión, Gora comprendió que no debía abandonar el campo, y pensó: «Si porque temo por mi vida, suelto a Binoy, entonces Binoy estará perdido.»

CAPÍTULO LVII

Gora estaba pensativo; no veía a Sucharita como mujer, sino como idea. Las mujeres de la India se le revelaron en la figura de Sucharita, y él la consideraba como la manifestación de todo lo que era dulce, puro, amante y virtuoso en los hogares de su país. Su corazón rebotaba felicidad al ver sentada junto a su madre a aquella encarnación de la gracia que brillaba sobre los hijos de la India, cuidaba a los enfermos, consolaba a los afligidos y consagraba con amor hasta lo más insignificante. Vio en ella la manifestación de la fuerza que nunca abandona en el dolor ni al más desvalido, que a nadie desprecia y que, aunque con derecho a ser adorada, ofrece su devoción hasta al más indigno. A sus ojos, era ella la que, con manos hábiles y hermosas, pone en nuestras obras el sello del sacrificio; era como un don de amor, paciencia y fuerza inagotables otorgado por Dios, y dijo para sí: «Hemos dejado que este don pasara desapercibido; lo hemos relegado al final, lo hemos puesto detrás de todo. ¿Qué mejor prueba de nuestra miseria espiritual puede pedirse?» Pensó que es la mujer la que debe ser figura representativa de la madre patria; ella es la que se sienta sobre el loto de cien pétalos, en lo más íntimo del corazón de la India. Nosotros somos sus siervos. Las desgracias que afligen al país son insultos para ella, y si estos insultos nos dejan indiferentes, deberíamos avergonzarnos de nuestra hombría.

Gora estaba asombrado de sus propios pensamientos. Hasta aquel momento no vio con claridad lo imperfecta que había sido su percepción de la India mientras no pensó en sus mujeres. ¡Qué irreal su concepto del deber para con su patria! Era como si su idea tuviera fuerza, pero no vida; tuviera músculos, pero no nervios. Gora comprendió, de pronto, que cuanto más alejamos a las mujeres de nuestro lado y menos importancia les concedemos, más débiles nos vamos convirtiendo.

Por esto, cuando Gora dijo a Sucharita: «¡Tú has venido!», puso en sus palabras algo superior a la simple delicadeza; su saludo reflejaba la alegría y admiración que acababa de producirle su descubrimiento.

Gora llevaba huellas de su encarcelamiento. Su aspecto era menos saludable que antes, pues la comida de la cárcel le resultaba tan repugnante que le obligó a ayunar durante casi todo el mes. Su tez había perdido brillo. Estaba pálido y su cráneo rasurado hacía resaltar la delgadez de su rostro.

Al verle en aquel estado, Sucharita sintió que se despertaba en ella un nuevo afecto, en el que había mucho de dolor. Hubiera querido inclinarse a cogerle el polvo de los pies. Gora se le apareció como una llama brillante que ardiera sin humo y sin combustible, y la embargó tal emoción que las palabras se ahogaron en su garganta.

Anandamoyi fue la primera en hablar.

—Ahora comprendo cuál hubiera sido mi dicha si hubiese tenido una hija. No puedo decirte el consuelo que ha sido Sucharita para mí mientras tú no estabas. Antes de conocerla, no sospechaba que una de las glorias del dolor es que nos hace conocer cosas nuevas. A menudo nos afligimos porque no sabemos encontrar el consuelo que Dios nos brinda. Aunque sufra tu modestia, madrecita, quiero decir delante de ti lo mucho que tu compañía me consoló durante las horas de abatimiento.

Gora se volvió hacia Sucharita con una expresión agradecida en el rostro y, dirigiéndose a Anandamoyi, dijo:

—Madre, vino en los días de tristeza a compartir tu dolor, y viene hoy a aumentar tu dicha en este día feliz. Quienes poseen un corazón grande son desinteresados.

—*Didi* —exclamó Binoy al advertir la turbación de Sucharita—, cuando el ladrón es atrapado todos están prestos a castigarle. Hoy te han atrapado a ti y vas a llevar tu merecido. ¿Dónde puedes huir? Yo te conozco desde hace tiempo, pero nunca te delaté. He callado, a pesar de que sabía que el secreto pronto dejaría de serlo.

—¡Así que tú has callado! —exclamó Anandamoyi echándose a reír—. ¡Claro! ¡Cómo que eres callado por temperamento...! Has de saber que desde el día que te conocí no ha dejado de cantar tus alabanzas sin tasa.

—¿Lo estás oyendo, *Didi*? —exclamó Binoy—. He aquí la prueba y testimonio de que sé apreciar los méritos de la gente y no soy desagradecido.

—Y ahora estás cantando tus propias alabanzas —sonrió Sucharita.

—Pero nunca conseguirás hacerme proclamar mis virtudes —protestó Binoy—. Si quieres saberlas, tendrás que preguntárselas a mi madre. Quedarás estupefacta. Hasta yo llego a asombrarme cuando la oigo. No me importaría morir joven con tal que ella pudiera escribir mi biografía.

—Pero, ¿habéis oído esto? —exclamó Anandamoyi.

Y de este modo se venció la timidez.

Al despedirse, Sucharita dijo a Binoy:

—Ve a vernos.

A Gora no se atrevió a invitarle. El no supo comprender la causa y se sintió herido. El que Binoy pudiera encontrarse en todas partes como en su casa, al contrario que él, nunca fue motivo de su pesar, pero en aquella ocasión tuvo que reconocer que ello era un verdadero defecto de su carácter.

CAPÍTULO LVIII

Binoy pensó que Sucharita le invitaba para hablar del matrimonio de Lolita. ¡Así, pues, a pesar de que él había tomado ya una decisión, el asunto no estaba terminado! Mientras le quedara un soplo de vida no se vería libre del acoso de una u otra parte.

Hasta aquel momento, la mayor preocupación de Binoy consistió en cómo dar la noticia a Gora. Al pensar en Gora no se refería tan sólo al individuo, pues Gora representaba ciertas ideas y ciertas creencias que hasta entonces fueron suyas. Las constantes relaciones entre los dos amigos habían creado un hábito tan arraigado que para Binoy pelearse con Gora era como pelearse consigo mismo.

Pero el golpe había sido ya descargado y vencidas las vacilaciones. Después de hablar con Gora, Binoy se sentía más fuerte. Antes de la operación, el temor del paciente no tiene límite, pero cuando el cuchillo empieza a cortar, el enfermo, a pesar del dolor, siente un gran alivio, y lo que parecía muy grave, en realidad no lo es tanto.

Hasta aquel momento, Binoy ni siquiera se había atrevido a discutir consigo mismo; pero la discusión estaba iniciada y a su mente no dejaban de acudir respuestas a los argumentos de Gora. Y desde distintos puntos de vista, reducía a pedazos todas las objeciones que Gora pudiese hacer. Lo malo era que no pudo acabar su disputa con Gora; esto le hubiera permitido llegar a alguna conclusión; pero Gora no quería discutir hasta el final. Binoy se indignaba: «Gora no quiere entender ni quiere explicar —pensaba—. El sólo quiere emplear la violencia. ¡La violencia! Pero ¿cómo podría yo ni siquiera inclinar la cabeza ante la violencia? ¡Pase lo que pase, la verdad está conmigo!» Y esta palabra: «verdad», parecía aprisionarle el corazón como si fuera una cosa viva. Para enfrentarse con Gora había que contar con firmes puntales; Binoy se apoyaba en la verdad; no cesaba de repetírselo. Cuando se convenció de que estaba luchando con y por ella, empezó a sentir gran respeto por sí mismo. Al dirigirse a casa de Sucharita, caminaba, pues, con la cabeza muy erguida. Binoy no hubiera podido decir si iba tan confiado porque sus inclinaciones le llevaban hacia la verdad o le llevaban hacia alguna otra cosa.

Harimohini estaba ocupada en cocinar. Binoy se asomó a la puerta de la cocina y pidió que se le preparase una comida digna de un hijo de brahmán.

Cuando entró en el aposento de Sucharita, encontró a la muchacha cosiendo. Sin levantar la vista de la labor, ella abordó inmediatamente el tema que la preocupaba.

—Escucha, Binoy Babu, donde no existe ningún obstáculo de orden interno, ¿hemos de acatar una oposición que se basa en cosas puramente externas?

En su disputa con Gora, Binoy defendió un punto de vista y ahora, al hablar con Sucharita, apoyó el punto de vista contrario. Oyéndole hablar, ¿quién hubiera dicho que discrepaba de Gora?

—¿No estarás menospreciando los obstáculos externos? —preguntó.

—Tengo buenos motivos, Binoy Babu —explicó Sucharita—. Nuestros impedimentos no son exclusivamente, externos, pues la sociedad Brahma está fundada sobre principios religiosos, mientras que la hindú está cercada por barreras sociales. En otras palabras, si Lolita tiene que apartarse de su sociedad habrá de hacer un gran sacrificio; si tú dejaras la tuya, no perderías mucho.

Entonces empezó una controversia sobre si la religión puede lícitamente depender de una sociedad.

Mientras estaban hablando, entró Satish con una carta y un periódico.

Al ver a Binoy, Satish se llevó una gran alegría, y deseó ardientemente conocer el modo de convertir un viernes en domingo. Al momento, Satish y su amigo Binoy estuvieron charlando alegremente, mientras Sucharita leía el periódico y la carta que lo acompañaba, que era de Lolita.

En aquel periódico, publicado por brahmos, aparecía un comentario acerca del peligro de que una hija de una conocida familia brahma contrajera matrimonio con un joven hindú. El peligro, al parecer, había pasado, pues el joven abandonó el campo. Acto seguido, el autor del artículo comparaba la deplorable debilidad de la familia brahma con la firmeza demostrada por el hindú, comparación que no resultaba muy halagadora para aquélla.

Sucharita pensó que, costase lo que costase, aquel matrimonio debía celebrarse. Comprendiendo que de nada serviría discutir con Binoy, envió una nota a Lolita en la que le indicaba fuera a verla inmediatamente, sin aludir a la presencia de aquél.

Puesto que no existe calendario lo bastante acomodaticio como para permitir hacer un domingo de un viernes, Satish no tuvo más remedio que ir a preparar sus lecciones. Sucharita se levantó también y, después de rogar a Binoy que la disculpara unos instantes, fue a tomar su baño.

Cuando el calor de la discusión se hubo enfriado y Binoy pudo reflexionar a solas en aquella estancia, sintió que se despertaba su joven virilidad. Serían alrededor de las nueve y media y en la callejuela el tránsito era aún escaso. Sólo se oía el tictac del pequeño reloj colocado sobre la mesa de trabajo de Sucharita. El ambiente del cuarto empezó a ejercer su influjo sobre Binoy, y, de pronto, a éste le pareció que todos los detalles del mobiliario le resultaban familiares. La ordenada mesa, las primorosas fundas de las sillas, la piel de gamo extendida a sus pies, los cuadros que colgaban de las paredes y los libros forrados de tela roja que llenaban una estancia, ejercían sobre su espíritu una profunda fascinación. Un

hermoso misterio parecía impregnar aquella pieza, y el eco de las charlas que a mediodía solían sostener las dos amigas parecía vibrar en los rincones, como una tímida y hermosa presencia. Binoy trató de imaginarse dónde se sentaría cada una de ellas, y mentalmente las vio en el momento de hacerse las confidencias a que aludió Paresh Babu cuando dijo: «Sé por Sucharita que Lolita no te mira con indiferencia.» Una corriente indescriptible, como las dulces notas de una canción, entonada por un juglar, traspasaba el alma de Binoy, y de lo más íntimo de su corazón brotó un inefable sentimiento que, al no encontrar modo de expresarse, le llenó de un extraño desasosiego. Pensó que si pudiera hacer algo se sentiría más calmado, pero era incapaz de obrar. Era como si un velo le separase de algo que estaba muy cerca, haciéndoselo ver infinitamente lejos, y no pudiera rasgarlo.

Harimohini entró en la estancia y le preguntó si quería tomar algo. Como Binoy respondiera que no, la mujer se sentó a hacerle compañía.

Mientras Harimohini vivió en casa de Paresh Babu sintió un gran cariño por Binoy, pero desde que habitaba con Sucharita, en un hogar que prácticamente consideraba suyo, las visitas dejaron de agradaarle. Harimohini estaba convencida de que las recientes recaídas de Sucharita en lo tocante a su conducta social eran imputables a sus amigos. Aunque sabía que Binoy no era brahmo, no se le ocultaba que el muchacho no observaba con mucho rigor las costumbres hindúes, y ya no le causaba placer invitar a aquel hijo de un brahmán a compartir los sagrados alimentos que ella ofrendaba a sus dioses.

Aquel día, en el curso de la conversación, le preguntó:

—Hijo, a pesar de pertenecer a una familia de brahmanes, no rezas las oraciones de la noche, ¿verdad?

—Tía —respondió Binoy en tono de disculpa—, he aprendido de memoria tantas cosas que he llegado a olvidar los textos de las oraciones.

—También Paresh Babu ha estudiado mucho —contestó Harimohini—; pero, dentro de su religión, no descuida sus oraciones ni por la mañana ni por la tarde.

—Lo que él hace no puede emularse recitando unos textos determinados. Si algún día llego a ser como él, haré lo mismo.

—Y mientras no eres como él —dijo Harimohini con cierta aspereza—, ¿por qué no imitas a tus antepasados? ¿Crees que está bien no ser ni una cosa ni la otra? El hombre, después de todo, es religioso por naturaleza. ¡Pero ni Aries ni el Ganges! ¿Cómo puede ser eso?

En este momento la interrumpió la entrada de Lolita, quien, al ver a Binoy, se sobresaltó violentamente, y preguntó dónde estaba Sucharita.

—Radharani está bañándose.

Lolita, como si considerara necesario explicar su

presencia, dijo:

—Ha sido Sucharita quien me ha llamado.

—Bien. Siéntate hasta que ella venga —dijo Harimohini—. No puede tardar.

Harimohini tampoco sentía gran cariño por Lolita, pues deseaba alejar a Sucharita de sus antiguos amigos para tenerla bajo su exclusivo control. Las otras hijas de Paresch Babu no eran tan íntimas. Harimohini no veía con agrado que Lolita entrara y saliera a todas horas, y siempre trataba de hallar algún pretexto para interrumpir sus conversaciones, ya fuera ordenando a Sucharita que hiciera algún trabajo de la casa, ya lamentándose de que la muchacha se olvidara de estudiar. Pero tan pronto como Sucharita cogía un libro, nunca se olvidaba de señalar que la educación era no sólo innecesaria para las jóvenes, sino muy perjudicial. Lo cierto era que como no conseguía dominar a la muchacha, unas veces echaba la culpa a sus amistades y otras, a sus estudios.

No le gustaba en absoluto permanecer junto a Binoy y Lolita; pero como se sentía enojada con ellos, continuó allí. No se le ocultaba que existían entre los dos unas misteriosas relaciones, por lo que dijo para sí: «No me importa lo que digan las reglas de vuestra sociedad; yo no estoy dispuesta a consentir en mi casa esta desvergonzada intimidad. Es una conducta propia de cristianos.»

Lolita se hallaba, también, a disgusto. El día anterior debía haber acompañado a Sucharita a casa de Anandamoyi; pero a última hora no tuvo valor. Sentía por Gora un profundo respeto; pero, al mismo tiempo, abrigaba hacia él una marcada hostilidad, pues no conseguía sustraerse a la idea de que Gora no tenía buen concepto de ella. Además, desde el día en que Gora salió de la cárcel, los sentimientos que hacia Binoy albergaba la muchacha habían experimentado un cambio. Hasta entonces, siempre se vanaglorió de su influencia sobre Binoy, y la sola idea de que éste no supiera librarse de las garras de su amigo, la llenaba de furor.

Binoy, por su parte, desde el momento en que vio entrar a Lolita, se sintió muy agitado. Con respecto a ella nunca tuvo ideas muy claras, y desde que empezaron las murmuraciones, en cuanto la veía, su cerebro se agitaba como una aguja magnética movida por un temporal.

Lolita se sintió furiosa con Sucharita cuando vio allí a Binoy. Comprendió que la había llamado para aclarar aquella confusa situación y convencer al recalcitrante muchacho. De modo que, volviéndose hacia Harimohini, dijo:

—Dile a *Didi* que no puedo esperar y que vendré en otro momento.

Y sin mirar siquiera a Binoy, salió del aposento.

Harimohini se marchó también, puesto que su presencia no era ya necesaria.

Aquella expresión, como de fuego contenido, que asomara al rostro de Lolita, no era desconocida para Binoy; pero desde mucho tiempo atrás éste no la veía en la joven. Hasta entonces, él se sintió libre de la zozobra que le afligía cuando Lolita le lanzaba sus afilados dardos; pero ahora se daba cuenta de que la muchacha había vuelto a empuñar las armas, y en ellas no se advertía el menor signo de enmohecimiento. Es duro tener que soportar el enojo, pero para una persona como Binoy era aún más duro tener que soportar el desdén. Recordó con cuánta hostilidad le miraba ella cuando le consideraba un simple satélite del planeta Gora, y pensó con dolor que, a los ojos de Lolita, su vacilación podía parecer cobardía. Le resultaba insoportable que ella viese un signo de timidez en lo que no era más que una duda nacida del sentido del deber, y que no le dejase decir ni una palabra al respecto. El peor castigo que podía infligirse a Binoy era privarle de la oportunidad de argumentar, pues Binoy sabía discutir, sabía ordenar hábilmente sus palabras, mostraba una ecuanimidad poco común. Pero Lolita nunca le daba ocasión de hacerlo.

Con un brusco movimiento, Binoy cogió el periódico que había sobre la mesa. Inmediatamente, su vista tropezó con unos párrafos marcados con lápiz. Al leerlos, comprendió que se referían a Lolita y a él. No se le ocultaba que Lolita estaría siempre expuesta a insultos de esta índole por parte de los miembros de su comunidad. Consideró perfectamente natural que una muchacha de genio vivo como ella mirara desdeñosamente al que perdiera el tiempo discutiendo cuestiones sociales en lugar de intentar ahorrarle semejante humillación. Binoy se sintió avergonzado al compararse con la intrépida muchacha que sabía enfrentarse a la sociedad con coraje e indiferencia.

Cuando Sucharita volvió a entrar en la estancia, después de bañarse y haber dado de comer a Satish, al que, a continuación, había mandado a la escuela, encontró a Binoy taciturno y deprimido por lo que no volvió a abordar el tema de su anterior controversia.

Antes de sentarse a comer, Binoy omitió la ceremonia del lavado, y Harimohini dijo:

—Binoy, puesto que no observas ninguna de las costumbres hindúes, ¿por qué no te haces brahmo?

Binoy, ligeramente ofendido, contestó:

—El día que el hinduismo no sea para mí más que una serie de prohibiciones, reglas y preceptos, ese día me haré brahmo, cristiano, musulmán o cualquier otra cosa por el estilo. Pero por ahora aún conservo fe en mi religión.

Al salir de casa de Sucharita, Binoy estaba apesadumbrado. Le parecía como si llovieran golpes de todas partes y no encontraba dónde resguardarse.

Se preguntó por qué se hallaría precisamente él en postura tan incómoda. Siguió caminando, pensativo, hasta llegar a una plazoleta en la que tomó asiento, debajo de un árbol. Hasta aquel momento, siempre que había tenido algún problema, fuera grande o

pequeño, fue a discutirlo con su amigo y halló la solución; pero aquel camino estaba ya cerrado y Binoy tenía que resolverlo sin ayuda.

Cuando los rayos del sol empezaron a invadir la sombra donde Binoy se hallaba sentado, el muchacho se levantó y reanudó su camino. No pudo andar mucho; la voz de Satish a su espalda, le detuvo:

—¡Binoy Babu! ¡Binoy Babu!

Y un segundo después el niño se había cogido de su mano. Era viernes, y Satish se dirigía hacia su casa después de dejar la escuela hasta el lunes.

—¡Binoy Babu, ven a casa conmigo!

—No puede ser.

—¿Por qué no?

—Si voy tan a menudo, tu familia acabará por no poder aguantarme.

Satish consideró que el motivo no era digno de ser tenido en cuenta y dijo, simplemente:

—No; vamos.

Satish no se acordaba ya del disgusto que su familia estaba pasando a causa de Binoy, y éste se sintió conmovido al pensar en el puro afecto que le profesaba el niño. El gozo que Binoy encontraba en lo que para él fue el paraíso de la casa de Paresh Babu seguía hallándolo intacto tan sólo en compañía de Satish. En aquellos momentos de calamidad, él era el único que no abrigaba dudas y el único al que la sociedad había respetado. Rodeándole el cuello con un brazo, dijo Binoy:

—Vamos, hermanito, te acompaño hasta la puerta de tu casa.

Y le pareció que en el abrazo que daba a Satish percibía algo de la dulzura que el afecto de Sucharita y Lolita habían depositado en el niño.

El incesante parloteo de Satish sonaba dulcemente en los oídos de Binoy y por un momento le hizo olvidar sus conflictos.

Para ir a casa de Sucharita tenían que pasar por delante de la de Paresh Babu; desde la calle se veía el gabinete del anciano. Al llegar a ella, Binoy no pudo resistir la tentación de mirar al interior. Paresh Babu estaba sentado detrás de su mesa. Era imposible distinguir si hablaba o no, pero a su lado, sentada en un escabel, de espaldas a la calle, como una atenta alumna, estaba Lolita.

La agitación que se apoderó de Lolita al salir de la casa de Sucharita le produjo tal nerviosismo que, al no hallar otro medio de contenerse, fue a sentarse en silencio junto a Paresh Babu. Se reflejaba en él tan profunda verdad que la impaciente joven solía ir a su lado, en silencio, para dominar su inquietud.

Aquel día, Paresh Babu le dijo:

—¿Qué ocurre, Lolita?

A lo que ella respondió:

—Nada, padre; pero se está bien aquí contigo.

Paresh Babu comprendió que su hija iba en busca de consuelo; pues también en su propio corazón sentía él un dolor sordo. De modo que se puso a hablar de cosas que hicieran más llevadero el peso de las penas y alegrías de los dos.

Al ver al padre y a la hija en tan confidencial charla, Binoy quedóse un momento inmóvil, sin escuchar las palabras de Satish. El niño acababa de plantearle un complicado problema de táctica militar. La pregunta era si colocando un ejército de tigres amaestrados en primera línea no estaría asegurada la victoria. Hasta aquel momento, la corriente de preguntas y respuestas había avanzado suavemente y sin interrupción. Ante aquel inesperado atascamiento, Satish levantó la vista hacia Binoy para ver qué ocurría. Cuando, al seguir la dirección de su mirada, descubrió a Lolita, gritó inmediatamente:

—¡Mira, Lolita *Didi!* ¡Lolita *Didi!* Al salir del colegio encontré a Binoy Babu, y me lo llevo a casa.

Lolita dio un brinco en su asiento y Paresh Babu miró hacia la calle, Binoy sintióse enojecer violentamente. Sin embargo, despidiendo a Satish, entró en casa de Paresh Babu.

Cuando llegó al gabinete, Lolita no estaba ya en él. Sintiéndose como un intruso, Binoy, tras tímida vacilación, tomó asiento.

Después del obligado preámbulo de preguntas acerca del respectivo estado de salud, etc., Binoy, sin más dilaciones, empezó:

—Dado que no observo las reglas y costumbres de la sociedad hindú con mucho fervor, y, en realidad, las quebranto casi a diario, he pensado que es mi deber refugiarme en el Brahma Samaj. Deseo que tú te encargues de iniciarme.

No hacía ni un cuarto de hora que Binoy había concebido este deseo. Paresh Babu quedó tan sorprendido que tardó en contestar. Al fin, dijo:

—Pero, ¿lo has pensado bien?

—No hay mucho que pensar. La cosa está clara. Después de las enseñanzas que he recibido, no me es posible aceptar sinceramente como religión un cúmulo de prohibiciones y costumbres. Es por esto por lo que a cada paso surgen incongruencias, y mientras permanezca con los que veneran el hinduismo con auténtico celo no dejaré de escandalizarles, y no me cabe la menor duda que esto sería obrar muy mal. Sin preocuparse de nada más, debo buscar los medios para escapar de este error; de lo contrario, no podría seguir respetándome a mí mismo.

Esta explicación era totalmente innecesaria para Paresh Babu; pero Binoy la necesitaba para robustecer su decisión. Sintió el pecho henchido de orgullo al pensar en la batalla entre el bien y el mal en la que él tomaba parte, y en la que el bien, a cuyo lado luchaba, habría de salir victorioso. Estaba en juego su honor.

—¿Concuerdan tus opiniones con las del Brahma Samaj?

—A decir verdad —empezó Binoy tras ligera vacilación—, hubo un tiempo en el que creí tener fe, y hasta me peleé por ella con mucha gente; pero ahora veo que en cuestiones religiosas no estoy preparado en absoluto. Lo comprendí al conocerte. No he necesitado de la religión, y como en mí no ha nacido la fe, hasta este momento no he hecho sino seguir la de mi sociedad y mantenerla con hábiles y rebuscados argumentos. Nunca sentí la necesidad de descubrir cuál era la verdadera religión, sino que traté de demostrar la verdad de la religión que me daría la victoria. Y cuanto más difícil resultaba demostrarlo, mayor era mi empeño. Ni siquiera ahora podría decir si algún día llegaré a tener verdadera fe; pero estoy seguro de que si me sitúo dentro de un marco propicio y me rodeo de personas que puedan darme buenos ejemplos, progresaré. De todos modos, me libraré de la humillación de ir por el mundo desplegando, como si fuera bandera de victoria, algo que repugna a mi inteligencia.

A medida que hablaba con Paresh Babu, Binoy encontraba su decisión cada vez más acertada, y al final, demostró tal entusiasmo que parecía haberla estado meditando durante muchos días.

No obstante, Paresh Babu le aconsejó que siguiera reflexionando y Binoy vio en ello la prueba de que dudaba de la firmeza de su propósito. Esto tuvo la virtud de aumentar su tenacidad. Declaró una y otra vez que estaba perfectamente seguro de sí mismo y que nada le haría retroceder. Ninguno de los dos hizo alusión al matrimonio entre Binoy y Lolita.

De pronto, entró Bordashundari en la estancia, con el pretexto de ocuparse de ciertos trabajos de la casa. Cuando hubo terminado, fue a salir sin haber siquiera mirado a Binoy. Éste pensó que Paresh Babu la llamaría para comunicarle la noticia, pero el anciano permaneció mudo. En realidad, no creía llegado el momento de hablar de ello. Pero Binoy, al ver el desdén con que le trataba Bordashundari, no pudo contenerse. La siguió e, inclinándose profundamente ante ella, dijo:

—He venido para deciros que deseo ingresar en el Brahma Samaj. Sé que no soy digno de ello, pero espero que vosotros lograréis que llegue a serlo.

Bordashundari le oyó, asombrada. Lentamente, volvió a entrar en el gabinete y dirigió una inquisitiva mirada a su marido.

—Binoy me ha pedido que le inicie —explicó Paresh Babu.

Al oír estas palabras, Bordashundari sintió el orgullo del conquistador. Pero, ¿por qué no era completa su alegría? Ella deseaba ardientemente dar una buena lección a Paresh Babu. Una y otra vez, declaró, con la suficiencia de una profetisa, que su marido tendría que arrepentirse amargamente de su proceder; por eso, al verle tan indiferente ante la agitación que reinaba en su sociedad, sentía un intenso desasosiego, y cuando todas sus dificultades iban a quedar felizmente resueltas, tampoco le era posible darse por plenamente satisfecha. Así, pues, dijo en tono solemne:

—Si lo hubieras propuesto unos días antes, nos habrías ahorrado muchas fatigas y humillaciones.

—No se trata ahora de nuestras humillaciones —observó Paresh Babu—. Binoy desea ser iniciado, esto es todo.

—¿Nada más? —inquirió Bordashundari.

—¡Bien sabe Dios que yo he sido la causa de todas vuestras penas y humillaciones! —exclamó Binoy.

—Mira, Binoy, no des este paso sin saber bien a lo que te comprometes. Ya te dije en cierta ocasión que no debes hacer nada que pueda acarrear graves consecuencias sólo porque creas que nos encontramos en mal lugar dentro de nuestra sociedad.

—Esto es cierto —intervino Bordashundari—, pero lo que yo digo es que no tiene derecho a quedarse con los brazos cruzados después de habernos metido en este embrollo.

—Si en lugar de quedarte con los brazos cruzados, pierdes los estribos, entonces no consigues más que empeorar las cosas. No sirve de nada decir que uno tiene el deber de hacer algo; a veces nuestro principal deber consiste precisamente en no hacer nada.

—Sí, claro —se lamentó Bordashundari—. Lo que ocurre es que yo soy una necia que no sabe comprender las cosas. Pero decidme pronto lo que habéis decidido. Tengo mucho trabajo.

—Quisiera que la ceremonia de mi iniciación tuviera lugar el domingo, esto es, pasado mañana. De modo que si Paresh Babu...

—No —interrumpió Paresh Babu—. No puedo ocuparme de una iniciación que beneficie a mi familia. Tienes que dirigirte al Brahma Samaj.

Binoy se desanimó, pues aún no había llegado al convencimiento de que deseaba

solicitar en debida forma su ingreso a las autoridades del Brahma Samaj... especialmente cuando era aquella comunidad la que murmuraba de él y de Lolita. ¿De dónde sacar el valor necesario para escribir una solicitud de ingreso, y en qué términos redactarla? ¿Cómo atreverse a salir a la calle cuando la carta hubiera sido publicada en todos los periódicos brahmos? Gora la leería, y también Anandamoyi. Además, con toda seguridad no sería publicada íntegramente, y los lectores hindúes sólo verían que Binoy deseaba ser admitido en el Brahma Samaj, nada más. Binoy no podría soportar la vergüenza a menos que se diera publicidad a las restantes circunstancias.

Al ver que Binoy callaba. Bordashundari se alarmó y dijo:

—Naturalmente, Binoy Babu no conoce a nadie más que a nosotros en el Brahma Samaj. Pero no te preocupes. Nosotros nos ocuparemos de todo. Llamaré inmediatamente a Panu Babu. No hay tiempo que perder. El domingo se nos echa encima.

En esto, pasó Sudhir por delante de la puerta del gabinete, camino del piso superior. Al verle, Bordashundari le gritó:

—Sudhir, Binoy ingresará el domingo en nuestro Samaj.

Sudhir se alegró, pues admiraba profundamente a Binoy.

Siempre creyó que era una lástima que un hombre que escribía tan excelente inglés, tan inteligente y tan culto no perteneciera al Brahma Samaj. Sintió su corazón henchido de orgullo al comprobar que los hombres del templo de Binoy no podían sentirse a gusto fuera de aquella comunidad.

—¿Cómo va a poder disponerse la ceremonia para el domingo? —preguntó—. No hay tiempo de hacerlo saber a todos.

Así hablaba Sudhir porque era su deseo que la entrada de Binoy fuera anunciada con bombo y platillo, a modo de ejemplo.

—¡No, no! —exclamó Bordashundari—. Puede arreglarse con facilidad. Sudhir, ve a buscar en seguida a Panu Babu.

El desventurado, en cuya actitud el enardecido Sudhir veía la prueba del inmenso poder del Brahma Samaj, se sentía muy pequeño. Lo que teóricamente parecía no tener gran importancia, ahora, llegado el momento de pasar a la acción, le hacía sentirse muy incómodo.

Cuando oyó el nombre de Panu Babu, se levantó apresuradamente para marcharse, pero Bordashundari no estaba dispuesta a soltarle sin protestas, y le pidió que se quedara. Panu Babu no tardaría. Pero Binoy se disculpó diciendo:

—No; hoy tendréis que perdonarme...

Le parecía que si le dejaban respirar, si podía salir de aquel cerco que le ahogaba y pensar con más claridad, se sentiría mucho mejor.

Cuando Binoy se levantó, Paresh Babu lo hizo también, y puso su mano sobre el hombro del muchacho.

—No obres precipitadamente, Binoy. Busca paz y quietud y reflexiona antes de tomar una decisión. No des un paso tan trascendental si saber a ciencia cierta qué es lo que quieres.

Bordashundari, furiosa con su esposo, dijo:

—Los que emprenden una aventura sin pensar, los que permanecen cruzados de brazos hasta verse a sí mismos y a otras personas en un buen aprieto, te dicen, cuando no encuentran solución: «¡Siéntate y reflexiona!» Quizás tú puedas hacerlo, pero, entretanto, nuestras vidas están en peligro.

Sudhir salió de la casa con Binoy, pues se sentía impaciente, como el que desea probar los manjares del festín antes de sentarse a la mesa. Hubiera querido llevar inmediatamente a Binoy a casa de sus amigos del Brahma Samaj para anunciarles la fausta noticia y dar rienda suelta a su regocijo, pero al ver el ruidoso entusiasmo de Sudhir, Binoy se sentía más y más deprimido. Cuando Sudhir le propuso ir inmediatamente a casa de Panu Babu, Binoy, sin contestar, se desasíó de la mano de Sudhir y huyó.

Al poco rato, tropezó con Abinash y dos o tres de los suyos que caminaban a gran velocidad. Al ver a Binoy, se detuvieron y Abinash exclamó:

—¡Estupendo! ¡Aquí está Binoy Babu! ¡Ven, Binoy Babu, ven con nosotros!

—¿Adónde vais?

—Al jardín de Kashipore, a disponerlo todo para la ceremonia penitencial de Gourmohan Babu.

—¡No! —exclamó Binoy—. No tengo tiempo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Abinash—. ¿Te das cuenta de la importancia que revestirá el acto? Si se hubiera tratado de algo de poca monta no lo habría propuesto Gourmohan Babu. En estos momentos, es necesario que los hindúes proclamen su fuerza, y la penitencia de Gourmohan Babu va a causar sensación. Vamos a invitar a los mayores pandits del país, y toda la sociedad hindú se beneficiará del acontecimiento. ¡Así verá la gente que todavía existimos! ¡Así se dará cuenta de que el hinduismo no está moribundo!

Al fin, Binoy consiguió escapar de Abinash y continuar su camino.

CAPÍTULO LIX

Cuando Haran Babu acudió a la llamada de Bordashundari, dijo, después de grave reflexión:

—Es nuestro deber hablar de este asunto con Lolita.

Cuando apareció Lolita, Haran Babu empezó con portentosa solemnidad.

—Mira, Lolita, ha llegado para ti un momento crucial. Tienes que escoger entre dos caminos: a un lado, está tu religión, y al otro, tus inclinaciones. Tú verás hacia qué lado debes ir.

Haran hizo una pausa, para ver el efecto que sus palabras producían a Lolita. Estaba convencido de que ante el afán de justicia desplegado por él se echarían a temblar los cobardes y los hipócritas quedarían reducidos a cenizas. ¡La rectitud moral de Haran era un valioso tesoro para el Brahma Samaj!

Pero Lolita no respondió ni una palabra, y, al verla silenciosa, Haran prosiguió:

—Sin duda estarás enterada de que Binoy Babu, en vista de la situación en que te hallas, o por otras razones, ha expresado el deseo de entrar en el Brahma Samaj.

Lolita no estaba enterada de esto, y aunque siguió quieta y silenciosa como una estatua de piedra, sus ojos adquirieron nuevo brillo.

—Por supuesto —continuó Haran—, Paresch Babu está encantado de la complacencia demostrada por Binoy; pero a ti corresponde decidir si ha de haber en esto motivo de regocijo. Por lo tanto, en nombre del Brahma Samaj, yo te conmino a que, dejando a un lado todo deseo innoble, examines tu corazón desde el punto de vista exclusivamente religioso y te preguntes: ¿Tengo realmente algún motivo para sentirme satisfecha?

Como Lolita siguiera callada, Haran Babu pensó que sus palabras estaban produciendo gran efecto, por lo que, con redoblado entusiasmo, prosiguió:

—¡Iniciación! ¿Es necesario que te recuerde que la ceremonia de la iniciación es algo sagrado? ¿Y vas a permitir que sea profanada? ¿Hemos de sacrificar a nuestro Samaj en aras de la felicidad personal o de la conveniencia del individuo y acoger con grandes honores la mentira y la falsedad? Dime, Lolita, ¿vas a consentir que tu nombre quede asociado a este lamentable incidente de la historia del Samaj?

Ni siquiera para contestar a esta pregunta abrió la boca Lolita. Permaneció inmóvil en su asiento, pero sus manos se crisparon en torno a los brazos del asiento.

Haran Babu insistió:

—A menudo he observado como los deseos personales debilitan el carácter del hombre. Sé también que hay que perdonar estas debilidades; pero cuando está en juego no sólo la vida espiritual del individuo, sino la de toda una comunidad, ¿crees tú que se pueden perdonar? ¿Nos ha dado Dios este derecho?

—¡No, no! ¡Panu Babu! —exclamó Lolita levantándose y colocándose delante de él—. ¡No tienes necesidad de perdonarnos! ¡Todos estamos acostumbrados a tus ataques, y con toda seguridad no podríamos soportar el perdón que tú nos ofrecerías!

Y con estas palabras salió del aposento.

Bordashundari estaba muy disgustada por las palabras de Haran Babu, pues de ningún modo quería dejar escapar a Binoy. Discutió acaloradamente con Haran, pero en vano, y al fin se marchó furiosa. Se encontraba en un dilema, después de no haber conseguido la ayuda de Paresh Babu ni la de Haran. Su situación era inconcebible, y Haran Babu había perdido toda su estima.

En cuanto a Binoy, mientras su ingreso en el Brahma Samaj no fue más que un vago proyecto se mostró firmemente decidido, pero al enterarse de que tendría que presentar una petición al Brahma Samaj y que Haran Babu sería consultado, se sintió arrepentido. ¿A quién acudir en demanda de consejo? Ni siquiera se atrevía a ir a ver a Anandamoyi. No deseaba permanecer en la calle, por lo que se fue a su casa y se echó sobre la cama.

Cuando se hizo de noche, entró su criado con una lámpara. Binoy iba ya a despedirle cuando oyó que Satish le llamaba desde la planta baja.

—¡Binoy Babu! ¡Binoy Babu!

En aquel momento, se sintió más optimista. Era como si, en medio de un desierto, acabase de encontrar un charco de agua. Satish era la única persona capaz de consolarle y, al oír su voz, sintió que se evaporaba su abatimiento.

—¿Qué hay, pequeño?, ¿qué te trae por aquí? —gritó saltando de la cama.

Y sin ponerse los zapatos, bajó corriendo la escalera; con él estaba Bordashundari. ¡De modo que tenía que volver a la lucha!

Cuando estuvieron en el piso superior, Bordashundari ordenó a Satish que saliera a la terraza, pero Binoy, para librarle de tan triste destierro, le dio unos libros ilustrados y lo llevó al cuarto contiguo, en el que había una lámpara.

Bordashundari abrió el fuego, diciendo:

—Binoy, como tú no conoces a nadie en el Brahma Samaj, lo mejor será que escribas una carta que yo llevaré mañana al ministro de nuestra comunidad, para que el domingo pueda tener lugar tu iniciación.

Y ya no tendrás que preocuparte más.

Binoy quedó tan asombrado que no pudo articular palabra. No obstante, escribió la carta, entregándola, después a Bordashundari. Pensó que tenía que hallar a toda costa un remedio a sus problemas, aunque más tarde le resultara imposible retroceder.

Bordashundari hizo también referencia al matrimonio de Binoy y Lolita.

Tan pronto ella se hubo marchado, el muchacho empezó a sentirse asqueado. Hasta el recuerdo de Lolita pulsaba en su interior una nota desafinada. ¡Cómo si ella hubiera inducido a Bordashundari a demostrar aquella prisa tan poco decorosa! A medida que disminuía su propio respeto, disminuía, también, el que le inspiraban los demás.

Bordashundari, por su parte, iba pensando que Lolita se llevaría una buena sorpresa. Había descubierto que su hija estaba enamorada de Binoy, y éste era el motivo por el que su matrimonio provocó tal revuelo en el Samaj. Bordashundari culpaba de ello a todos menos a sí misma. Llevaba varios días sin dirigirle la palabra a su testaruda hija, pero ahora que, gracias a sus esfuerzos, todo parecía arreglado, estaba deseosa de hacer las paces con ella, dándole la feliz noticia. Paresh Babu lo echó todo a perder, y ni la misma Lolita supo guiar los pasos de Binoy. Panu Babu le negó su ayuda. A pesar de estar sola, Bordashundari había conseguido cortar el nudo. ¡Sí, una simple mujer consigue lo que media docena de hombres no son capaces de realizar!

Al llegar a su casa, Bordashundari se enteró de que Lolita se había acostado ya porque no se encontraba bien. Sonriendo, se dijo: «¡Yo la pondré buena en seguida!» Cogiendo una lámpara, se dirigió a la habitación de su hija. Ésta no estaba acostada aún, sino leyendo, reclinada en el sofá.

—Madre, ¿dónde estuviste? —preguntó irguiéndose.

Le habló con brusquedad, pues estaba enterada de que Bordashundari había ido con Satish a casa de Binoy.

—A ver a Binoy.

«¡Por qué!», exclamó para sí Bordashundari, enojada. «Lolita ve en mí a una enemiga. ¡Desagradecida!»

—¡Por esto! —exclamó arrojando a Lolita la carta de Binoy.

Al leerla, Lolita enrojeció violentamente, y mucho más cuando Bordashundari, para exagerar su triunfo, le dio a entender que tuvo que realizar un gran esfuerzo para conseguir la carta. Sin falsa modestia, dijo que nadie más que ella hubiera podido resolver el caso favorablemente.

Lolita cubriéndose el rostro con las manos, se dejó caer en el sofá, y su madre salió de la habitación, convencida de que era la timidez lo que abrumaba a la muchacha.

Cuando fue a buscar la carta para llevarla al Brahma Samaj, vio que la habían hecho pedazos.

CAPÍTULO LX

A la tarde siguiente, cuando Sucharita se disponía a ir a casa de Paresh Babu, entró la criada a anunciarle la visita de un caballero.

—¿Qué caballero? —preguntó Sucharita—. ¿Es Binoy Babu?

La criada respondió que no era Binoy Babu, sino un caballero de rostro blanco. Al oír esto, Sucharita tuvo un sobresalto y dijo a la sirvienta que le hiciera subir.

Aquel día, Sucharita no había dedicado ninguna atención a su atavío y, al mirarse al espejo, no quedó muy satisfecha de su aspecto. Pero no tenía tiempo para cambiarse, por lo que, después de retocar ligeramente el peinado y el traje, entró en la sala. En aquel momento recordó que sobre su mesa había varios ejemplares de los escritos de Gora, ¡y Gora estaba sentado al lado mismo de la mesa! Los libros yacían desvergonzadamente ante sus ojos, y ya no era posible retirarlos de allí ni cubrirlos de algún modo.

—Mi tía siente grandes deseos de conocerte —dijo Sucharita—. Voy a avisarle de que has venido.

Y se marchó, pues no tenía valor para enfrentarse a solas con Gora.

A los pocos minutos volvió con Harimohini.

Binoy había contado a Harimohini muchas cosas de Gora, de su vida, sus opiniones y sus creencias, y ella a menudo pedía a Sucharita que le leyera algunos de sus escritos, no porque los comprendiera con toda claridad, sino porque veía en ellos una protesta contra la corrupción de las costumbres y porque consideraba a Gora como un decidido defensor de las escrituras. En último extremo, ayudaban eficazísimamente para atraer al sueño, a la hora de la siesta. Harimohini admiraba a Gora porque a sus oídos era magnífico que un muchacho moderno, educado a la inglesa, defendiera de aquel modo la ortodoxia. Cuando conoció a Binoy, en aquella casa brahmo, le encontró encantador, pero a medida que fue conociéndole, y sobre todo desde que vivía en casa propia, advirtió en su conducta detalles que la molestaron. Como confió en él demasiado, ahora le reprochaba sin razón. Por ello, había crecido su deseo de conocer a Gora.

Al verle, quedó asombrada. ¡Aquél sí que era un auténtico brahmán! ¡Era blanco como la llama de un fuego de sacrificio! ¡Su rostro era tan radiante como el de Madadev! Harimohini sintió por aquel joven un profundo respeto, y cuando él se inclinó para hacerle su *pronam*, la mujer retrocedió, confusa.

—He oído hablar mucho de ti —dijo—, y ahora que te he visto no me explico cómo alguien ha podido ser capaz de mandarte a la cárcel.

—Si los jueces fueran personas como tú —respondió Gora sonriendo—, las cárceles albergarían tan sólo a murciélagos y ratas.

—No, hijo. En este mundo no faltan ladrones ni estafadores. Pero ¿estaba ciego el magistrado? Con sólo mirar tu rostro se comprende que no eres un ser vulgar. Tú eres del pueblo de Dios. ¿Es que hay que mandar a la gente a la cárcel simplemente para que la cárcel no esté vacía? ¡Señor Todopoderoso! ¿Qué clase de justicia es ésta?

—Los magistrados —explicó Gora—, temiendo que si miran al rostro de la gente puedan ver la gloria de Dios, hacen su trabajo sin levantar la vista de los libros de leyes. ¿Crees que, de otro modo, podrían comer y dormir mientras condenan a centenares de seres a la flagelación, al destierro y al patíbulo?

—En mis ratos de ocio, me gusta que Radharani me lea tus escritos, y hacía ya tiempo que ansiaba oírte hablar. Soy una pobre mujer ignorante y desdichada. No comprendo las cosas ni me resulta fácil concentrarme; pero tengo el firme convencimiento de que de ti podré aprender algo.

Gora, sin contradecirla, observó un modesto silencio.

—Debes comer algo antes de marcharte —continuó Harimohini—. Hace mucho tiempo que no puedo obsequiar a un brahmán como tú. Hoy tendrás que conformarte con unos dulces, pero otro día te invitaré a una buena comida.

Sucharita, cuando su tía la dejó sola, se sintió muy agitada.

—¿Ha venido a verte Binoy? —preguntó Gora bruscamente.

—Sí.

—Aunque no he hablado con él, sé a qué ha venido —Gora hizo una pausa; pero Sucharita no dijo nada y él prosiguió—: ¡Estáis intentando obligarle a que se case según los ritos brahmo! ¿Te parece noble?

Molesta por la observación, Sucharita olvidó su timidez y, mirándole fijamente a la cara, contestó:

—¿Esperas que diga que el matrimonio brahmo no es lícito?

—Ten la seguridad que de ti no espero trivialidades. Espero de ti mucho más que de una sectaria vulgar. Estoy convencido de que no perteneces a esa clase de gentes que trabajan como *coolies* para aumentar el número de miembros de su secta. Quiero que comprendas cómo eres en realidad, sin dejarte equivocar por los demás. Tienes que hacerte

a la idea de que no eres simplemente un miembro de un partido determinado.

Sucharita, haciendo acopio de valor, preguntó:

—Entonces, ¿tú no perteneces a ningún partido?

—No. ¡Yo soy un hindú! El hindú no pertenece a ningún partido. Los hindúes son una nación y una nación tan grande que no puede dirigirse con unas pocas palabras. Así como el océano no es lo mismo que las olas, tampoco los hindúes son lo mismo que las sectas.

—Si no formáis ningún partido, ¿por qué el partidismo está tan arraigado en vosotros?

—¿Por qué se defiende el que es golpeado? Porque tiene vida. Sólo una piedra puede soportar toda clase de golpes sin protestar.

—Si los hindúes consideran una amenaza lo que es para mí la esencia de la religión, ¿que es lo que tengo que hacer? ¡Contéstame a esto!

—Voy a contestarte. Cuando lo que tú consideras un deber asesta un golpe cruel a ese ser ingente que es la nación hindú, has de pensar seriamente si no estás ciega o equivocada, si has estudiado esas ideas desde todos los ángulos. No es lícito recurrir a la violencia, dando por descontado, por la fuerza de la costumbre o por simple apatía, que las creencias de tu sociedad son las únicas verdaderas. Cuando una rata hace un agujero en el casco de un buque, lo hace por conveniencia y por instinto; no comprende que las ventajas que a ella le reporta su agujero no son nada comparadas con las pérdidas que ocasiona a las muchas personas que van en el barco. Así, pues, piensa bien si obras en beneficio de tu secta o en el de toda la Humanidad. ¿Sabes lo que quieren decir estas palabras: toda la Humanidad? ¡Qué distintas necesidades, qué diferencias de carácter, qué multitud de tendencias! Todos los hombres no están en la misma etapa del camino; unos están al pie de las montañas, otros frente a los mares y otros al borde de las llanuras; pero ninguno puede permanecer estacionario, todos deben mantenerse en movimiento. ¿Quieres imponer a todos tu secta? ¿Pretendes cerrar los ojos e imaginar que todos los hombres son iguales y que han venido al mundo con el objeto de hacerse miembros de la secta conocida con el nombre de Brahma Samaj? Si ésta es tu idea, entonces dime: ¿en qué te diferencias de esas naciones ladronas que, a causa de su culto a la fuerza física, se niegan a reconocer que las diferencias entre los pueblos son de un valor incalculable para toda la Humanidad, y creen que la mayor ventura imaginable sería que ellas conquistaran a todas las demás naciones del mundo poniéndolas bajo su yugo y reduciendo a todos los hombres a la esclavitud?

Por un momento, Sucharita olvidó que Gora estaba discutiendo con ella. El solemne sonido de su poderosa voz la conmovía profundamente. No parecía estar discutiendo, y las verdades que expresaba despertaban eco en el interior de la muchacha.

—¡Observa a la India y ámala con la sinceridad de tu corazón! Pero si observas a la

India a través de la gente fuera de sus castas, verás su imagen desfigurada y la despreciarás; no la comprenderás ni la verás en su integridad. Dios creó a los seres humanos diferentes en sus concepciones y en sus acciones y en sus creencias y en sus costumbres, pero en el fondo de su humanidad todos son iguales. En todos ellos hay algo que también es mío, algo que es de la India en su totalidad, algo que lo apreciamos en toda su verdad, vencería todo lo mezquino e imperfecto para revelarnos el misterio de aquello que durante siglos ha sido objeto de adoración. Veríamos que el fuego ofertorio de tiempos idos aún arde por debajo de las cenizas, y con seguridad llegará el día en que esta llama, traspasando los límites del tiempo y del espacio encenderá un fuego que alumbrará al mundo entero. Afirmar, aunque no sea más que con la imaginación, que los grandes hechos y palabras debidos a generaciones pasadas son falsos es faltar a la verdad, no es más que ateísmo.

Sucharita le escuchaba con la cabeza inclinada, pero levantó la vista y preguntó:

—Entonces, ¿qué me aconsejas que haga?

—No tengo otra cosa que decir sino esto: Recuerda que la religión hindú toma sobre su regazo, como una madre, a gentes de distintas ideas y opiniones; en otras palabras, la religión hindú considera al hombre simplemente como hombre, no como miembro de un partido determinado. No sólo honra a los sabios sino también a los necios, y no respeta únicamente una forma determinada de sabiduría sino todas sus formas. Los cristianos no admiten diversidad de opiniones. Ellos dicen que a un lado está la religión cristiana y al otro la condenación eterna, sin término medio. Y, como hemos sido enseñados por estos cristianos, ahora sentimos vergüenza ante la variedad de credos que existe en el hinduismo. No sabemos ver que es mediante esta diversidad, cómo el hinduismo realiza la unidad de todos los hombres. Mientras no salgamos de la vorágine de enseñanzas cristianas no seremos dignos de las gloriosas verdades de nuestra propia religión.

Sucharita no sólo escuchaba lo que Gora decía, sino que creía estar viendo cómo las ideas se materializaban ante ella, y a aquel lejano mañana que el muchacho le pintaba aparecía ante sus ojos al conjuro de aquellas palabras. Olvidando su timidez, olvidándose incluso de sí misma, clavó los ojos en el radiante rostro de Gora, iluminado por el entusiasmo. Sucharita vio allí reflejada una fuerza capaz de haber realizado, por poder esotérico, las mayores proezas del mundo. En su sociedad, Sucharita había oído muchas polémicas entre eruditos e intelectuales, pero las palabras de Gora no eran simples argumentos; eran una creación. Tenían la virtud de hacerse evidentes a los sentidos y de posesionarse, a un mismo tiempo, del cuerpo y del espíritu. Aquel día, Sucharita creyó ver a Indra con su rayo; cuando aquella voz grave y recia llegaba a sus oídos, la muchacha sentía que le temblaba el alma y que chispas eléctricas le bailaban por las venas. Sucharita no hubiera podido decir dónde discrepaba y dónde coincidía con Gora.

En aquel momento entró Satish. El niño sentía por Gora profundo temor y respeto, por lo que, manteniéndose todo lo alejado que pudo, se acercó a su hermana y cuchicheó:

—Panu Babu está aquí.

Sucharita se sobresaltó como si hubiese recibido, un golpe, pues se encontraba en un estado de ánimo en el que hubiera dado cualquier cosa por librarse de aquel desagradable visitante. Pensando que Gora no habría oído el cuchicheo de Satish, se levantó y salió apresuradamente de la habitación. Fue directamente al encuentro de Panu Babu y le dijo:

—Tendrás que perdonarme, pero hoy no puedo hablar contigo.

—¿Por qué no puedes?

—Si vas a casa de mi padre mañana por la mañana podrás verme allí:

—Por lo visto, hoy tienes visita.

—No puedo perder tiempo ahora —dijo Sucharita eludiendo de nuevo dar una respuesta—. Te ruego me disculpes.

—Pero desde la calle he oído la voz de Gourmohan Babu —insistió Haran—. Está aquí, ¿verdad?

Sin poder esquivar pregunta tan directa, Sucharita dijo, ruborizándose:

—Sí, está aquí.

—¡Magnífico! También deseo hablar con él. Si tienes algo que hacer, puedes dejarme un rato con Gourmohan Babu.

Sin esperar respuesta, empezó a subir la escalera, seguido de Sucharita, quien, al entrar en la habitación, dijo a Gora, sin dignarse siquiera mirar a Haran Babu:

—Mi tía fue a prepararte un ligero refrigerio. Voy a ver si está dispuesto.

Y salió, mientras Haran Babu, con expresión solemne, tomaba posesión de su silla.

—Pareces algo enfermo —observó éste.

—Sí —respondió Gora—. Últimamente he seguido un tratamiento muy eficaz para hacer perder la salud.

—Es verdad —dijo Haran Babu en tono más suave—. Has debido sufrir mucho.

—No mucho más de lo que algunos esperaban —replicó Gora con sarcasmo.

—Tengo que hablar contigo acerca de Binoy Babu.

Ya sabrás que se está preparando para ser admitido en el Brahma Samaj el domingo.

—No; no sabía nada.

—¿Apruebas este paso?

—Binoy no me ha pedido mi aprobación.

—¿Consideras que la fe de Binoy Babu es lo bastante robusta para que pueda ser iniciado en el Brahma Samaj?

—Si él ha expresado el deseo de ser iniciado, la pregunta es completamente superflua.

—Cuando sentimos una fuerte tendencia hacia algo no nos paramos a considerar qué es lo que creemos y lo que no creemos. Ya conoces la naturaleza humana.

—No estoy dispuesto a entrar en inútiles disquisiciones acerca de la naturaleza humana —dijo Gora bruscamente.

—A pesar de que ni mis opiniones ni mi sociedad están de acuerdo con las tuyas, siento por ti profundo respeto, y sé perfectamente que, sean falsas o verdaderas tus creencias, nada te haría renegar de ellas. Pero...

—¡Desde luego, sería una pérdida terrible para Binoy verse privado de la poca estima que puedas sentir por mí! En este mundo, saber distinguir entre el bien y el mal es cosa muy necesaria, claro que si te empeñas en determinar el valor relativo de las cosas según tus propias tablas, nadie te lo impedirá, pero no pretendas que todos aceptemos tu veredicto.

—Está bien. Aunque esta incógnita quede sin despejar no ocurrirá nada grave. De todos modos, quisiera que me contestaras a esto: ¿No piensas oponerte a ese intento de Binoy de entrar en la familia de Paresh Babu?

—¡Haran Babu! —exclamó Gora rojo de indignación—. ¿Cómo puedes pensar que me avenga a hablar contigo de los asuntos de Binoy? Puesto que siempre andas a vueltas con la naturaleza humana, deberías comprender, por lo menos, que Binoy es amigo mío, no tuyo.

—Lo pregunto porque afecta al Brahma Samaj. De lo contrario...

—¿Y qué tengo yo que ver con tu Brahma Samaj? —preguntó Gora con impaciencia—. ¿Qué me importan a mí tus preocupaciones?

En este momento, entró Sucharita. Haran Babu, volviéndose hacia ella, le dijo:

—Sucharita, deseo hablar contigo de algo muy importante.

No había necesidad de hacer semejante observación, pero Haran Babu quería demostrar a Gora que podía permitirse tener con Sucharita cierta familiaridad.

Ella, por su parte, no le contestó, y Gora continuó inmovible en su asiento sin dar señales de dejar el campo libre a Haran Babu.

—Sucharita —insistió Haran Babu—. Ven al cuarto contiguo. Tengo algo que decirte.

Sin hacerle caso, Sucharita se volvió hacia Gora y preguntó:

—Tu madre, ¿está bien?

—¡Mi madre siempre está bien! —dijo Gora sonriendo.

—Sí —convino Sucharita—; por mí misma he podido ver lo fácil que para ella resulta.

Gora recordó inmediatamente que Sucharita visitó varias veces a Anandamoyi mientras él estaba en la cárcel.

Entretanto, Haran Babu había cogido un libro de encima de la mesa y, después de buscar en la portada el nombre del autor, empezó a leer algunos pasajes.

Sucharita daba muestras de nerviosismo y Gora, que sabía se trataba de uno de sus libros, reía suavemente para sí.

—Gourmohan Babu —inquirió al fin Haran—, supongo que éstos serán algunos de los escritos de tu juventud.

—Todavía estoy en mi juventud. Para ciertas especies de animales, la juventud pasa pronto. A otras, en cambio, les dura mucho tiempo.

Poniéndose en pie, dijo Sucharita:

—Gourmohan Babu, tu comida debe de estar ya preparada. ¿Tienes la bondad de pasar al otro aposento? Mi tía no vendrá a avisarte estando aquí Panu Babu. De modo que quizá esté esperándote.

Esta última observación estaba hecha con el propósito de molestar a Haran Babu. Sucharita había tenido que soportar muchas impertinencias, y no pudo resistir a la tentación de devolver por lo menos un golpe.

Gora se levantó, pero Haran Babu, impertérrito, dijo:

—En tal caso, os esperaré aquí.

—¿Por qué esperar inútilmente? —preguntó Sucharita—. Ya es tarde.

Pero Haran Babu no se movió, por lo que Sucharita y Gora salieron de la estancia.

Al ver a Gora en aquella casa y observar su actitud hacia Sucharita, Haran Babu sintió que se despertaba su espíritu combativo. ¿Sería posible que Sucharita fuera a escapar con tanta facilidad de la custodia del Brahma Samaj? ¿Es que no había nadie capaz de rescatarla? ¿De un modo u otro, tenía que evitarlo!

Tomando una hoja de papel, Haran Babu escribió una carta a Sucharita. Era hombre de ideas fijas; una de ellas, que cuando quiera que, en nombre de la verdad, administraba a alguien una reprimenda, sus vigorosas palabras jamás podían dejar de surtir efecto. Nunca se le ocurrió pensar que las palabras no lo son todo y que existe una cosa muy real conocida con el nombre de corazón.

Cuando, después de una larga charla con Harimohini, Gora volvió a entrar en el gabinete de Sucharita para recoger su bastón era ya de noche. Sobre la mesa de la muchacha había una lámpara encendida. Haran Babu no estaba ya, pero encima de la mesa, bien a la vista, dejó una carta dirigida a Sucharita.

Al ver la carta, Gora sintió un peso en el corazón; era fácil adivinar el autor. No desconocía que Haran Babu deseaba casarse con Sucharita, pero nadie le dijo que sus pretensiones hubieran chocado con la oposición de la muchacha. Aquella tarde, cuando Satish anunció a Sucharita la llegada de Haran Babu y ella, sobresaltándose, fue a su encuentro, volviendo a subir con él, Gora sintió como si se hubiera pulsado una nota falsa. Luego, cuando Sucharita le acompañó a tomar el refrigerio, dejando solo a Haran Babu, se dijo que aquella aparente falta de cortesía era signo de la intimidación que existía entre los dos. Y, finalmente, aquella carta le hizo el efecto de un duro golpe. Una carta es un objeto misterioso. Como en su exterior sólo se escribe el nombre y lo más importante queda encerrado, tiene un poder peculiar para torturar.

—Volveré mañana —dijo Gora mirando a Sucharita.

—Está bien —respondió ella, desviando la mirada.

Cuando ya iba a salir, Gora se detuvo bruscamente y exclamó:

—Tu sitio está en el sistema solar de la India. Tú perteneces a mi país. No debes permitir que la estela de un cometa vagabundo te arrastre hacia el vacío. Cuando esté firmemente colocado en el lugar que te corresponde, podré soltarte. La gente te ha hecho creer que en ese lugar tu religión te abandonará; pero yo tengo que advertirte que tu verdad y tu religión no consisten en las opiniones de unos pocos; están entrelazadas con hilos incontables con las de todo tu pueblo; no puedes arrancarlas y plantarlas en un tiesto si quieres que conserven todo su vigor; si deseas que fructifiquen has de ocupar tu puesto en el lugar que tu pueblo señaló para ti, mucho antes que tú nacieras. Nunca debes decir: Yo no soy nada para ellos ni ellos son nada para mí. Si hablas de este modo, se desvanecerá

como una sombra la verdad de tu religión y te quedarás sin fuerzas. Puedo asegurarte que si tus opiniones te apartan del lugar que Dios te ha designado, esté donde esté, esas opiniones nunca podrán salir victoriosas.

Cuando él hubo salido de la habitación, hasta el aire pareció temblar durante mucho rato. Sucharita permaneció sentada, inmóvil como una estatua.

CAPÍTULO LXI

—Mira, madre —decía Binoy a Anandamoyi—, si quieres que te diga la verdad, cada vez que me inclino delante de un ídolo me siento un poco avergonzado. Hasta ahora hice todo lo que pude por ocultar este sentimiento; es más, he escrito excelentes artículos en defensa de la idolatría. Pero a ti tengo que confesarte que cuando hago una reverencia a un ídolo mi espíritu se rebela.

—Tienes un espíritu demasiado fino —exclamó Anandamoyi—. ¿Es que no eres capaz de ver las cosas en conjunto? ¿Tienes que medir hasta los más pequeños detalles? He aquí por qué eres tan exigente.

—Tienes razón. Mi entendimiento es tan agudo que me permite probar con los más sutiles argumentos hasta aquello en lo que yo no puedo creer. He estado defendiendo todos esos principios religiosos no desde un punto de vista religioso sino desde un punto de vista partidista.

—Eso es lo que ocurre cuando nos falta religiosidad. Entonces la religión se convierte en algo de lo que deseamos envanecernos, como la riqueza, el poder o la raza.

—Sí; no pensamos en ello como en nuestra religión; pero vamos por el mundo defendiéndola simplemente porque es la nuestra. Esto es lo que estuve haciendo durante todo este tiempo, aunque sin conseguir engañarme por completo. Y porque simulaba tener fe en lo que no conseguía acabar de creer, me sentía avergonzado de mí mismo.

—¿Crees que no lo sé? Exageramos más que la otra gente, y por esto era fácil comprender que había un vacío en tu alma y que querías llenarlo con mortero. No hubieras necesitado tomar tantas precauciones si tu fe hubiera sido sincera.

—Por eso he venido a preguntarte si he de fingir que tengo fe en algo en lo que no creo.

—¿Consideras necesaria esa pregunta?

—Madre —dijo Binoy bruscamente—, mañana ingresaré en el Brahma Samaj.

—¿Qué dices, Binoy? —preguntó Anandamoyi, asombrada—. ¡Pero si no es necesario!

—Ahora mismo te he explicado que lo es, madre —repuso Binoy.

—Con la fe que ahora tienes, ¿no puedes continuar en nuestra sociedad?

—Hacerlo sería una hipocresía.

—¿No tienes valor para seguir en tu comunidad sin pecar de hipócrita? —preguntó Anandamoyi—. Serás atacado, no hay duda; pero, ¿no puedes soportar los ataques?

—Madre —empezó Binoy—, si no puedo vivir según la sociedad hindú, entonces...

—Si trescientos millones de personas pueden vivir en la comunidad hindú, ¿por qué no has de poder tú?

—Pero, madre, si los miembros de la sociedad hindú reniegan de mí, ¿basta con que yo afirme categóricamente que soy un hindú para seguir siéndolo?

—Los miembros de mi comunidad me llaman cristiana. No me siento a comer con ellos en las fiestas, pero no veo el motivo por el que tenga que aceptar su definición. No estaría bien que tratase de escapar del lugar que considero me corresponde. —Binoy fue a decir algo, pero Anandamoyi prosiguió, sin dejarle hablar—: Binoy, no quiero discutir sobre esto. ¿Te has creído que puedes ocultarme algo? Me doy cuenta de que lo único que intentas es engañarte a ti mismo. Pero no quieras echarte tierra a los ojos en una cuestión tan importante.

—Madre —dijo Binoy sin mirarla—, escribí una carta y di mi palabra de que ingresaría en el Samaj el domingo.

—No puedo consentirlo —dijo Anandamoyi, frunciendo el entrecejo—. Si te sinceraras con Paresh Babu, él no te obligará.

—Paresh Babu no mostró mucho entusiasmo por mi iniciación. No va a tomar parte en la ceremonia.

—Entonces no tienes per qué preocuparte —dijo Anandamoyi, aliviada.

—No, madre. No puedo volverme atrás, después de dar mi palabra.

—¿Se lo has dicho a Gora?

—No lo he visto.

—¿Es que no está en casa?

—No; me han dicho que está en casa de Sucharita.

—¡Pero si ya estuvo ayer! —exclamó Anandamoyi con asombro.

—Pues hoy también.

En aquel momento entró un palanquín en el zaguán de la casa. Binoy se retiró, creyendo que la recién llegada sería alguna amiga de su madre.

Pero fue Lolita quien se inclinó ante Anandamoyi. Su visita era totalmente inesperada, pero cuando Anandamoyi vio su rostro comprendió que iba a hablarle de sus dificultades con Binoy.

Intentó abordar el tema sin demasiada violencia.

—Me alegro de que hayas venido, madrecita. Hace un momento estaba aquí Binoy diciéndome que mañana ingresa en vuestra comunidad.

—¿Por qué tiene que ingresar? —preguntó Lolita con impaciencia—. ¿Lo cree necesario?

—Entonces, ¿no es necesario? —exclamó Anandamoyi asombrada.

—¡A mi entender, no!

Como no acabara de penetrar en el significado de las palabras de Lolita, Anandamoyi la miró interrogativamente, en silencio.

—Ingresar en el Samaj tan repentinamente sería una humillación —continuó la joven, desviando la mirada—. ¿Por qué ha de sufrir tal humillación?

«¿Por qué? —se preguntó Anandamoyi—. ¿Es que Lolita no está enterada? ¿No se alegra de esta decisión?» Y en voz alta:

—Mañana es el día señalado para ello; dice que ha dado su palabra y no puede volverse atrás.

Con los ojos brillantes, Lolita se volvió hacia Anandamoyi y dijo:

—En estas cosas no cuentan las palabras. Si hay que mudar de opinión, se hace.

—Querida, no te muestres tímida conmigo. Voy a hablarte con toda franqueza. Si he comprendido bien a Binoy, sean cuales fueran sus ideas religiosas, no veo la necesidad de que abandone su comunidad; al contrario, no debería hacerlo. El puede decir lo que quiera, pero estoy segura de que también lo cree así. Pero tú ya sabes cuáles son sus pensamientos. Tiene la impresión de que si no deja su sociedad no podrá unirse a ti. No te sientas avergonzada, madrecita, y dime con franqueza si no es esto cierto.

—Madre —contestó Lolita, clavando los ojos en los de Anandamoyi—, no voy a ocultarte nada. Te aseguro que yo no acepto todas esas ideas. Después de mucho meditar,

he llegado al convencimiento de que un hombre no tiene necesidad de romper todos los lazos que le unen a su religión y a su sociedad, sean cuales sean éstas, para unirse a otras personas. Si esto fuera necesario, no podría existir amistad entre hindúes y cristianos y habría que rodear a cada secta de una muralla para impedir todo contacto.

—¡Ah! —exclamó Anandamoyi, con cara radiante—. Me das una alegría. Eso es precisamente lo que yo opino. Si pueden unirse sin dificultad personas de distinta virtud, belleza o carácter, ¿por qué no han de poder unirse personas de distinta fe? Madrecita, ¡tú me has devuelto la vida! Me sentía muy preocupada por Binoy. Sé que te ha entregado todo su corazón y que no podría soportar verte padecer. ¡Sólo Dios sabe lo que me ha hecho sufrir tener que contrariarle! Pero, ¡qué suerte la de ese muchacho! ¡Poder resolver su problema con tanta facilidad! Permite que te haga una pregunta. ¿Has hablado con Paresh Babu?

—No —respondió Lolita con timidez—, pero estoy segura de que lo comprenderá.

—Si no hubiera de comprenderlo, ¿de dónde habrías sacado tú ese vigoroso carácter? Voy a llamar a Binoy, pues es preciso que habléis vosotros dos. Y permite que te diga que conozco a Binoy desde que era niño y que merece todos los sinsabores que puedas padecer por su causa. He pensado muchas veces que la mujer que se casara con él sería verdaderamente afortunada. Se ha hablado de matrimonio en alguna ocasión, pero nunca me pareció bien. Hoy he comprendido que también él ha tenido suerte.

Y con estas palabras Anandamoyi besó a Lolita en la mejilla y fue a llamar a Binoy. Luego, dejando a la criada con la pareja se fue a otra habitación, con el pretexto de preparar algo de comer para la muchacha.

Aquel día no hubo tiempo para la timidez. Ante el grave problema que afectaba a la vida de ambos, Lolita y Binoy vieron en sus relaciones algo grandioso, que había de ser tomado muy en serio. Ningún vaho de emoción hizo de pantalla entre los dos. Admitieron tácita y humildemente, sin discutir y sin vacilar, el hecho de que sus respectivos corazones iban en armonía y que las corrientes de sus vidas se aproximaban la una a la otra como el Ganges y el Jumna, para fundirse en algún lugar sagrado. Ni les atraía una sociedad ni les unía una opinión determinada; el vínculo que existía entre ellos no era artificial. Entonces comprendieron que aquella armonía tenía que fundarse en la religión, una religión profunda y sincera a la que no afectaban trivialidades ni las prohibiciones de ningún *panchayat*. Lolita, con la cara y los ojos brillantes, empezó:

—No podía soportar el pensamiento de que para unirme a mí te prestabas a un acto que te rebajaba ante ti mismo. Yo deseo que permanezcas donde estás, sin retroceder.

—Tampoco tú debes moverte del lugar que ahora ocupas —dijo Binoy—. Si el amor no sabe de diferencias, ¿por qué han de existir?

Siguieron hablando durante casi veinte minutos. En síntesis, decidieron olvidar que eran brahmo e hindú y recordar únicamente que eran dos almas. Este pensamiento brillaba

en sus mentes como una llama, firme y sin parpadeos.

CAPÍTULO LXII

Paresh Babu estaba en el mirador de su gabinete. Pocos momentos antes había terminado su meditación de la tarde. El sol estaba a punto de ocultarse cuando se acercó Binoy, acompañado de Lolita, y se inclinó ante Paresh Babu para coger el polvo de sus pies.

Paresh Babu se sorprendió al ver llegar a él a los dos jóvenes. Como en el mirador no había más silla que la suya, les dijo:

—Venid. Entremos en mi aposento.

—No —respondió Binoy—. No te levantes.

Y se sentó en el suelo. Lolita hizo lo mismo, a los pies de Paresh Babu.

—Hemos venido a pedirte que nos bendigas —dijo Binoy—. Ésa será nuestra verdadera iniciación.

Paresh Babu le miró sorprendido y Binoy continuó:

—No pienso formular votos que me ligen a sociedad alguna. Tu bendición es lo único que necesitamos para unir nuestras vidas con lazos de verdadera humildad. Con recogimiento nos postramos a tus pies y que Dios nos conceda lo que más nos convenga a través de tus manos.

—Entonces, Binoy, ¿no piensas hacerte brahmo? —preguntó Paresh Babu, después de unos momentos de silencio.

—No.

—¿Deseas permanecer en la comunidad hindú?

—Sí.

Paresh Babu miró a Lolita. Ella adivinó sus pensamientos.

—Padre, la que hoy es mi religión siempre seguirá siéndolo. Quizá me cause sinsabores y disgustos, pero no puedo creer que ella me ordene apartarme de los que profesan distintas creencias.

Al ver que el anciano callaba, la muchacha dijo:

—Yo creía que el Brahma Samaj era lo único bueno del mundo, que todo lo demás era una sombra, que separarme de él sería separarme de la verdad. Pero últimamente estas ideas se han desvanecido por completo.

Paresh Babu sonrió tristemente. Lolita prosiguió:

—No sabría explicarte el cambio que se ha operado en mí. Me he dado cuenta de que en el Brahma Samaj hay mucha gente con la que no puedo sentirme en armonía, a pesar de que nuestra religión es la misma, y no creo que tenga sentido decir que los que conmigo se han acogido a la protección de una comunidad llamada Brahma son hermanos míos y que el resto del mundo debe serme completamente ajeno.

Dando a su rebelde hija una cariñosa palmada en la espalda, Paresh Babu dijo:

—Cuando nos sentimos excitados por alguna cuestión personal, ¿podemos juzgar las cosas imparcialmente? Existe en el mundo una continuidad entre las generaciones pretéritas y las venideras cuya preservación incumbe a la sociedad. Esto es una realidad. ¿No has pensado que es tu sociedad la que debe responder del lejano futuro de vuestros descendientes?

—Existe también la sociedad hindú —intervino Binoy.

—¿Y si la sociedad hindú se niega a hacerse responsable de vosotros? —preguntó Paresh Babu.

—Tendremos que obligarla a aceptar esa responsabilidad —contestó Binoy, recordando las palabras de Anandamoyi—. La sociedad hindú siempre acogió en su seno a las nuevas sectas, y podría convertirse en la sociedad de todas las comunidades religiosas.

—Lo que en teoría parece una cosa se convierte en algo muy distinto cuando hay que pasar a la acción. De lo contrario, ¿se arriesgaría alguien a abandonar voluntariamente su sociedad? Si empiezas a honrar a una que desea mantener el sentido religioso del hombre ligado a un determinado lugar por las cadenas de costumbres externas, toda vuestra vida no seréis más que simples muñecos de madera.

—Si la sociedad hindú es tan estrecha —contestó Binoy—, entonces hemos de imponernos la tarea de hacerla rectificar. Nadie deseará reducir a escombros una buena casa para tener más luz y más aire, cuando bastaría con ensanchar puertas y ventanas.

—¡Padre! —terció Lolita—. Yo no entiendo todos esos argumentos. Personalmente, nunca me impuse la tarea de perfeccionar ninguna sociedad. Pero por todas partes me hiere la injusticia y ya no puedo ni respirar. No hay razón por la que tenga que soportar todos esos golpes sin protestar. No sé con exactitud lo que debería hacer y lo que no debería hacer; lo único que sé es que no puedo más.

—¿No sería lo más prudente reflexionar un poco? —preguntó Paresh Babu con suavidad—. Ahora vuestro espíritu está conmocionado.

—No tengo inconveniente en esperar —contestó Lolita—, pero temo que la injusticia y la mentira no vayan sino en aumento, y me da miedo que la desesperación me empuje a obrar irreflexivamente. Padre, no creas que no lo he pensado bien. Veo claramente, después de mucho meditar, que las enseñanzas e impresiones que he recibido hasta ahora pueden ser para mí causa de sufrimiento y vergüenza fuera del Brahma Samaj; pero no siento ninguna duda en mi interior; al contrario, me noto más fuerte y más confiada. Lo único que me preocupa, padre, es hacer algo que pueda ocasionarte dolor.

Y Lolita puso suavemente sus manos sobre los pies de Paresh Babu.

—Madrecita —dijo Paresh Babu con una leve sonrisa—, si yo confiara tan sólo en mi propia inteligencia, tendría que lamentar todo lo que fuera contrario a mis deseos y opiniones. No te diré que ese disgusto que estás pasando sea del todo malo para ti. También yo salí un día de mi casa con gesto rebelde, sin detenerme a pensar si lo que hacía era conveniente o no. Por los continuos embates que, de uno y otro lado, conmueven hoy a la sociedad, es fácil deducir que Dios está realizando su obra. ¿Cómo voy yo a saber lo que El piensa obtener con esta labor purificadora? ¿Qué representa para El el Brahma Samaj o la sociedad hindú? El sólo ve al Hombre.

Durante unos momentos dejó de hablar y cerró los ojos con recogimiento.

—Mira, Binoy —continuó—, el sistema social de nuestro país está estrechamente vinculado con las opiniones religiosas; por lo tanto, todas nuestras prácticas religiosas tienen alguna relación con nuestras reglas sociales. Sin duda comprenderás que no te será posible introducir en el círculo de tu sociedad a los que no comulgan con tus opiniones religiosas.

Lolita no acababa de comprender el razonamiento, pues nunca observó las diferencias que existían entre su sociedad y las demás. Creía que no eran demasiado grandes. Del mismo modo que la discrepancia entre su familia y Binoy era prácticamente nula, también lo sería entre las respectivas sociedades. Ni siquiera imaginaba que existiera algún obstáculo para que la ceremonia se celebrara según los ritos hindúes.

—¿Quieres decir que en nuestra boda tendremos que adorar a un ídolo? —preguntó Binoy.

—Sí —respondió Paresh Babu dirigiendo a Lolita una rápida mirada—. ¿Podría Lolita avenirse a ello?

Binoy se volvió hacia Lolita y vio por su expresión que la idea le repugnaba.

Lolita se había dejado arrastrar por sus sentimientos hasta unos parajes desconocidos, llenos de peligros. Al advertirlo, Binoy sintió una profunda ternura y

comprendió que, para salvarla, tendría que soportar él todos los golpes. Le resultaba intolerable que las flechas de la muerte hicieran blanco en aquel indomable espíritu de victoria. Pero Binoy, no sólo le daría el triunfo sino que la salvaría.

Lolita reflexionó unos instantes, con la cabeza inclinada, y luego, volviendo sus dulces ojos hacia Binoy, preguntó:

—¿Crees firmemente en los ídolos? ¿Con todas tus fuerzas?

—No —respondió Binoy sin dudarle ni un segundo—. Para mí, el ídolo no es ningún dios; es, simplemente, un símbolo de mi sociedad.

—¿Y tienes que reconocer exteriormente como a un dios lo que en tu interior consideras sólo un símbolo?

—Suprimiremos el ídolo en la ceremonia —dijo Binoy mirando a Pares Babu.

—Binoy —dijo Pares Babu levantándose de su silla—, no lo has pensado bien. No es sólo tu opinión lo que cuenta, ni la de nadie. El matrimonio no es un asunto personal, sino un contrato social. No lo olvides. Reflexiona con calma durante unos cuantos días. No quieras decidir apresuradamente.

Y Pares Babu salió al jardín y comenzó a pasear.

Lolita iba también a marcharse; pero, de pronto, se volvió hacia Binoy y le dijo:

—Si nuestro deseo no es malo, no hay motivo para que retrocedamos cabizbajos y avergonzados. Simplemente no concuerda con los preceptos de la sociedad. ¿Es que la sociedad acoge sólo la mentira y cierra sus puertas a la verdad?

Binoy se acercó lentamente a Lolita y, colocándose delante de ella, dijo:

—No temo a ninguna sociedad, y si tú y yo nos unimos al amparo de nuestros sentimientos, ¿dónde encontraremos una sociedad mejor?

En aquel momento, apareció Bordashundari hecha una furia y, encarándose con la pareja, exclamó:

—Binoy, me han dicho que te niegas a ingresar en el Brahma Samaj. ¿Es verdad?

—Buscaré un buen preceptor espiritual para que me guíe; no una sociedad —contestó Binoy.

—¿Qué significan estos embustes y estas maquinaciones? Dime qué persigues engañándonos a mí y a los miembros del Samaj. ¿Es que no te das cuenta de que esto es la ruina para Lolita?

—No todos los miembros del Samaj aprueban el ingreso de Binoy Babu —interrumpió Lolita—. ¿No has leído los periódicos? ¿Qué falta hace que ingrese?

—¿Cómo, si no, va a celebrarse el matrimonio?

—¿Y quién lo impide? —preguntó Lolita.

—¿Vas a casarte según los ritos hindúes?

—Puede hacerse —contestó Binoy—. Yo venceré todos los obstáculos que pueda haber.

Bordashundari quedó estupefacta unos instantes; luego, dijo ásperamente:

—¡Binoy, márchate! ¡Sal de esta casa y no vuelvas nunca más!

CAPÍTULO LXIII

Sucharita esperaba la visita de Gora, y desde muy temprano se sentía nerviosa. Con el entusiasmo que la visita le producía se mezclaba cierto temor, pues al considerar a cada paso la diferencia existente entre las creencias y costumbres inculcadas desde la niñez y la nueva vida hacia la que Gora la arrastraba, se sentía inquieta.

El día anterior, por ejemplo, cuando Gora se postró ante el ídolo de Harimohini, ella sintió como una cuchillada. En vano trató de consolarse diciendo: «¿Qué importa que Gora adore a los ídolos? ¿Qué importa que sea ésa su fe?»

Cuando veía en la conducta de Gora algo incompatible con su propia fe, se sentía estremecer de horror. ¿Es que Dios no quería dejarla gozar de un poco de paz?

Harimohini volvió a llevar a Gora ante su ídolo, para que la actitud del joven sirviera de ejemplo a Sucharita, que tanto se ufanaba de sus ideas modernas. Y Gora volvió a inclinarse.

Tan pronto como la joven estuvo a solas con él en la sala de la planta baja, le preguntó:

—¿Tienes fe en ese ídolo?

—¡Sí; desde luego! —contestó Gora, tal vez con demasiada vehemencia.

Sucharita no respondió y bajó la cabeza. El muchacho, al verla tan humilde y apenada, se sintió profundamente conmovido, por lo que se apresuró a añadir:

—Mira, voy a decirte la verdad. No sé a ciencia cierta si tengo o no fe en los ídolos; pero respeto la fe de mi país. El culto que ha prevalecido en esta tierra a través de los siglos me inspira veneración. Nunca podré mirarlo con amargura, como lo miran los misioneros cristianos.

Sucharita clavó sus ojos, pensativa, en el rostro de Gora, y éste prosiguió:

—Sé que te resultará muy difícil comprenderme; después de haber pertenecido a una secta durante tantos años, has perdido la facultad de ver claramente las cosas. Cuando tú miras el ídolo de tu tía, no ves más que una piedra; yo, en cambio, veo el tierno corazón de tu tía henchido de fervor. ¿Cómo quieres, pues, que sienta enojo o desdén? ¿Imaginas que puedo confundir un corazón con un trozo de piedra?

—Entonces, ¿basta el fervor? —preguntó Sucharita—. ¿No hay que tener en cuenta el objeto de este fervor?

—En otras palabras, tú crees que adorar un objeto limitado es un error. Pero, ¿es que los límites han de determinarse desde el punto de vista de tiempo y espacio? Recuerda esto: cuando acude a tu memoria algún pasaje de la escritura, sientes una gran devoción y no mides su grandeza por el tamaño de la página ni por el número de letras que componen el texto. La idea es infinitamente más grande que el espacio material que ocupa. Esa figurilla es, a los ojos de tu tía, mucho mayor que el firmamento, con el sol, la luna y las estrellas. Llamáis a eso el infinito, porque es infinito en sus dimensiones, por eso tenéis que cerrar los ojos para representároslo. No sé si eso os hace o no algún bien; pero el infinito de un corazón puede verse reflejado en una cosa tan pequeña como es un ídolo, sin necesidad de cerrar los ojos. De otro modo, ¿por qué iba tu tía a conservarlo con tanto cariño, después de haberlo perdido todo en este mundo? ¿Crees que hubiera podido llenar ese vacío inmenso con un pedacito de piedra si su devoción hubiera sido cosa de juego? El vacío del corazón sólo puede llenarlo un sentimiento ilimitado.

A Sucharita le resultaba imposible responder a tan sutiles argumentos; pero, no obstante, no podía aceptarlos como verdaderos. Se limitaba, pues, a sufrir en silencio, sin encontrar remedio.

Cuando discutía Gora no sentía nunca la menor piedad por su adversario, sino más bien una malévola crueldad, como la de una bestia de presa. Pero aquel día, al ver que, aparentemente, Sucharita aceptaba su derrota sin la menor protesta, se sintió apenado y con suavidad, prosiguió:

—No quiero decir nada contra tus convicciones religiosas. Sólo quiero decir que lo que vosotros despectivamente llamáis ídolo es algo que no puede abarcarse a simple vista. Los que lo contemplan con la mente serena, con el corazón dispuesto a hallar tranquilidad en él y con el ánimo pronto a buscar refugio, son los que saben si el ídolo es mortal o inmortal, limitado o ilimitado. Yo te aseguro que en nuestro país no queda ya ni un solo fiel que adore lo que es limitado. Su devoción se recrea haciéndoles salvar esa barrera.

—Pero no todo el mundo es tan devoto.

—¿Qué importa a nadie lo que adoren los apáticos? ¿Qué es lo que hacen esos del Brahma Samaj que no son buenos creyentes? Sus devociones se pierden en el vacío. O, lo que es mucho peor, en algo más terrible que el vacío; su dios es el partidismo y su sacerdote, el orgullo. ¿No has visto nunca a nadie adorar a esta sanguinaria divinidad en tu Samaj?

—Eso que dices de la religión —dijo Sucharita, sin contestar a la pregunta de Gora—, ¿lo dices por propia experiencia?

—En otras palabras —rió Gora—, quieres saber si yo he buscado a Dios. No, por desgracia, mis inclinaciones no apuntan en esa dirección.

Gora no lo dijo para complacer a Sucharita, y, no obstante, ella no pudo reprimir un suspiro de alivio. Era un consuelo saber que, por lo menos de aquel tema, Gora no tenía derecho a hablar con autoridad.

—No puedo alardear de grandes conocimientos en materia religiosa —continuó él—, pero me subleva oír vuestras burlas contra la devoción de las gentes de mi país. Tacháis a vuestros compatriotas de necios e idólatras, pero yo quisiera llamarles a todos y decirles: «No, no sois necios ni idólatras; sois sabios, sois verdaderos creyentes.» Con mi respeto quiero despertar el alma del pueblo para que comprenda que hay grandeza en nuestros principios religiosos y profundidad en nuestras devociones. Quiero que se enorgullezcan de la riqueza que poseen. No quiero verlos humillados, ni permitiré que cierren los ojos a la verdad que llevan dentro, ni los miraré con desdén. Éste es mi propósito. Y es por esto por lo que he venido a verte. Desde que te conocí, un nuevo pensamiento no ha dejado de agitarse en mi cerebro, un pensamiento que nunca, hasta entonces, me inquietó. Creo que la India nunca se nos revelará completa si sólo miramos a sus hombres. Su difusión alcanzará plenitud cuando se revele a nuestras mujeres. Abrigo el ferviente deseo de poder contemplar a mi país, a tu lado, con una mirada idéntica a la tuya. Por mi India, siendo hombre, no puedo sino trabajar, y morir, si es necesario; pero, ¿quién, sino tú, puede encender la luz de bienvenida? Si tú te mantienes apartada, el servicio a la India nunca podrá ser hermoso.

¡Ay! ¿dónde está la India? ¡Qué lejos se encuentra Sucharita! ¿De dónde viene este fanático de la India, este asceta abnegado? ¿Por qué aparta a todo el mundo para situarse a su lado? ¿Por qué se olvida de todos y la llama precisamente a ella? Sin demostrar vacilación ni reparar en obstáculos, le dice: «Sin ti todo será inútil. Vine a llevarte conmigo; si te mantienes alejada, el sacrificio no será completo.» A Sucharita se le llenaron los ojos de lágrimas, sin que ella pudiera explicarse la causa. El rostro de la muchacha le pareció a Gora una flor salpicada de rocío.

Sucharita sostuvo la mirada de Gora sin pestañear, olvidándose por completo de sí misma, y ante aquella mirada valiente y resuelta, el alma de Gora tembló como un palacio de mármol durante un terremoto. Haciendo un gran esfuerzo para dominarse, desvió la vista hacia la ventana. Era ya de noche. Sobre la estrecha callejuela brillaban las estrellas en un pedazo de cielo oscuro como una piedra negra. Aquellas estrellas y aquel pedazo de cielo transportaron a Gora muy lejos. Durante siglos y siglos, presenciaron el encumbramiento y la caída de innumerables dinastías, los afanes y los esfuerzos de incontables generaciones. Y, no obstante, cuando desde las insondables profundidades de la vida un corazón amaba a otro corazón, aquellas estrellas y aquel cielo parecían vibrar, desde el confín del mundo, callados y sobrecogidos. En aquel momento, el bullicio de las concurridas calles de Calcuta le pareció a Gora algo lejano e insustancial; apenas llegaba a sus oídos, porque Gora contemplaba su propia alma. Allí, todo estaba sereno, oscuro y silencioso, como el cielo; allí, mirando desde un eterno pasado hacia un futuro infinito, había dos dulces ojos, llenos de lágrimas, pero de mirada valiente y resuelta.

De pronto, al oír la voz de Harimohini que le invitaba a tomar unos dulces, Gora se volvió, sobresaltado.

—No, hoy no puedo —dijo atropelladamente—. Perdóname, pero tengo que marcharme inmediatamente.

Y, sin esperar respuesta, Gora se fue con paso rápido. Harimohini se volvió hacia Sucharita, asombrada, pero también ésta se marchó sin dar explicaciones. Harimohini sacudió la cabeza y se preguntó: «¿Qué pasa aquí?»

Al poco rato llegó Paresh Babu y, al no encontrar a Sucharita en su habitación, fue en busca de Harimohini para preguntarle dónde estaba la muchacha.

—¿Qué sé yo! —exclamó Harimohini, enojada—. Ha charlado un buen rato en la sala con Gourmohan Babu, y, después, se ha ido; creo que debe de estar en la azotea, paseando.

—¿En la azotea con el frío que hace esta noche? —exclamó Paresh Babu, sorprendido.

—¡Déjala que tome el fresco! —dijo Harimohini con impaciencia—. A las jóvenes de hoy el frío no les hace ningún daño.

Harimohini estaba de mal humor y no llamó a Sucharita a cenar, y la muchacha, por su parte, no tenía idea de la hora que era.

Al ver aparecer a Paresh Babu en la azotea, Sucharita exclamó, acongojada:

—Padre, entra, bajemos. Vas a coger frío.

Sucharita se sintió muy impresionada cuando, a la luz de la lámpara, vio el cansancio que se reflejaba en el rostro de Paresh Babu. Durante muchos años él fue como un padre y un *guru* para la huérfana; Sucharita sentía que algo la alejaba de él, rompiendo todos los vínculos que les habían unido desde que ella era niña. Sucharita no se perdonaba aquella deserción. Paresh Babu se sentó pesadamente en una silla y, para que no la viese llorar, Sucharita se quedó detrás de él, acariciándole su canoso cabello.

—Binoy se niega ahora a ser iniciado en nuestra religión —dijo el anciano; y, como Sucharita no respondiera, prosiguió—: Siempre tuve mis dudas al respecto, de modo que no me disgusta que las cosas tomen este rumbo... Pero, por lo que dice Lolita, me parece que ella no cree que exista ningún inconveniente que la impida casarse con Binoy, aunque él no ingrese en el Brahma Samaj.

—¡No! —exclamó Sucharita casi violentamente—. No, padre, no puede ser. Eso no. ¡Nunca!

Sucharita no acostumbraba a hablar con tanta vehemencia, por lo que Paresh Babu preguntó, algo asombrado por su violencia:

—¿Qué es lo que no puede ser?

—Si Binoy no se hace brahmo, ¿qué rito se empleará para la ceremonia?

—El rito hindú.

—¡No, no, no! —exclamó Sucharita, sacudiendo violentamente la cabeza—. ¿Cómo puedes decir eso? Ni pensarlo. ¿Permitirías que Lolita se casara ante un ídolo? No podría soportarlo.

¿Era porque se sentía atraída por las ideas de Gora por lo que Sucharita reaccionaba con tanta violencia? Ella luchaba consigo misma para mantenerse al lado de Paresh Babu, y con aquellas palabras quería decir: «Nunca me apartaré de ti. Sigo siendo miembro de tu Samaj y profesando tus opiniones: nada me hará romper con tus enseñanzas.»

—Binoy se muestra dispuesto a prescindir del ídolo en la ceremonia —dijo Paresh Babu—. Cuando surge un conflicto entre el individuo y la sociedad, hay que tener en cuenta dos factores. Primero, quién tiene razón, y segundo, quién es el más fuerte; por lo tanto, todo el que se rebele contra ella tendrá que padecer. Lolita me ha repetido una y otra vez que no sólo está dispuesta a aceptar el sufrimiento, sino que se alegra de tener que soportarlo. Si esto es verdad, si yo no puedo en conciencia condenar su proceder, ¿cómo voy a negarme?

—Pero, padre, ¿cómo va a ser posible?

—Sé que va a crearnos grandes complicaciones, pero si no hay ningún mal en que Lolita se case con Binoy, si, por el contrario, es lo mejor que puede hacer, no creo que yo deba respetar los obstáculos que levante la sociedad. No me parece bien que, para respetar las normas de la sociedad, el hombre viva encerrado y cohibido. Al contrario, es la sociedad la que, para respetar al individuo, debe hacerse más liberal. Por lo tanto, nada reprocho a los que están dispuestos a afrontar las consecuencias de sus actos.

—Padre, tú eres quien más tendrá que sufrir —repuso Sucharita.

—No hay necesidad de preocuparse por eso.

—¿Has dado tu consentimiento?

—Todavía no. Pero voy a tener que darlo. En el camino que ha emprendido Lolita, ¿quién, sino Dios, podría ayudarla y quién, sino yo, bendecirla?

Cuando se marchó Paresh Babu, Sucharita permaneció inmóvil. Sabía cuánto amaba el anciano a su hija Lolita y no se le ocultaba cual debía de ser su ansiedad al dejarla partir hacia lo desconocido. Y, no obstante, a pesar de su avanzada edad, Paresh Babu no vacilaba en ayudar a la rebelde, sin mostrar el menor signo de alarma. El nunca hacía alarde de fuerza y, no obstante, ¡qué fuerza la suya!

En cualquier otro momento, este descubrimiento no hubiese parecido tan extraordinario a la muchacha; pero aquel día en que acababa de sentir en su propia alma los aldabonazos de Gora, no pudo menos que reconocer la diferencia que mediaba entre los dos hombres. ¡Con qué violencia dominaba a Gora su propia voluntad! ¡Y cuán implacablemente la imponía a los demás! Todo aquel que quisiera ir al lado de Gora tenía que dejarse dominar por completo, humillarse ante su voluntad. Aquel día, Sucharita se humilló, gozando incluso en la humillación, pues sentíase ennoblecer con el sacrificio. Pero ahora, al ver salir a Paresh Babu pensativo y cabizbajo, no pudo evitar comparar aquella serenidad con el fogoso entusiasmo de Gora, y puso su corazón, como una ofrenda de flores, a los pies del anciano. Sucharita permaneció largo rato sentada, con las manos cruzadas sobre el regazo, inmóvil como la imagen de un cuadro.

CAPÍTULO LXIV

Desde primeras horas de la mañana, la estancia de Gora fue escenario de agitadas discusiones. Primero, entró Mohim, *hookah* en mano, lanzando bocanadas de humo, y preguntó a Gora:

—Con que, al fin, Binoy ha roto las cadenas, ¿eh?

Y como Gora le mirase sin acabar de comprender, explicó:

—No disimules, los asuntos de tu amigo no son ya ningún secreto; están siendo propagados a los cuatro vientos. ¡Lee esto!

Tendió a Gora un periódico bengalí. En él aparecía un venenoso artículo acerca del ingreso de Binoy en el Brahma Samaj. Su autor atacaba duramente la conducta de ciertos brahmos, bien conocidos, que, aprovechándose de la ausencia de Gora, habían tentado con malas artes al débil muchacho para que contrajera matrimonio con una de sus hijas.

—No sabía nada de esto.

Al principio, Mohim no quiso creerle. Luego, expresó gran asombro por la hipocresía demostrada por Binoy.

—Cuando, después de haber prometido casarse con Soshimukhi, empezó a titubear, debimos darnos cuenta de que su caída era inminente.

Llegó Abinash, excitado y jadeante.

—Gourmohan Babu, ¡qué cosas! ¡Quién se lo hubiera imaginado! Que Binoy Babu, después de...

Pero no pudo terminar la frase. Era tal el placer que le producía murmurar de Binoy que ni siquiera fue capaz de fingir ansiedad.

En un momento, se reunieron en la habitación los miembros más destacados del grupo de Gora y empezaron a discutir acaloradamente la conducta de Binoy.

La mayoría afirmaba que aquello era de esperar, pues todos habían notado signos de debilidad en el carácter del muchacho; en realidad, aseguraban, Binoy nunca se entregó al partido en cuerpo y alma. Otros decían que siempre les resultó intolerable la forma en que Binoy pretendía situarse al mismo nivel de Gourmohan. Mientras los demás se mantuvieron

a respetuosa distancia, Binoy impuso su amistad a Gora y se apartó de ellos para dar a entender que se consideraba igual a aquél. Como Gora le apreciaba, todos hicieron cuanto pudieron por tolerar tan extraordinaria arrogancia. ¡Ésas eran las consecuencias de aquella desmedida vanidad!

—Tal vez nosotros no seamos tan cultos como Binoy —decían— ni tan inteligentes; pero siempre hemos observado el principio de no decir una cosa y pensar otra. Para nosotros, es imposible hacer mañana lo contrario de lo que hoy hacemos. ¡Puedes llamar a esto necedad, estupidez o lo que tú quieras!

Gora guardaba absoluto silencio.

Cuando, uno a uno, se hubieron marchado todos, Gora vio que Binoy iba a subir la escalera sin entrar a verle, por lo que salió rápidamente de la habitación y le llamó.

—¡Binoy!

Y cuando éste dio media vuelta y se dirigió hacia él, Gora le dijo:

—Binoy, ¿qué te he hecho yo para que me abandones?

Binoy, que iba preparado a pelearse con Gora, sintió que toda su combatividad se esfumaba al ver la sombría expresión de su amigo y oír en su voz aquella nota de afecto.

—Gora, hermano, debes comprender que eso no es cierto. En nuestra vida se producen muchos cambios y hemos de renunciar a muchas cosas; pero no he renunciado a nuestra amistad.

—Binoy —dijo Gora, después de una pausa—, ¿has entrado en el Brahma Samaj?

—No; ni he entrado ni entraré; pero no quiero dar al caso mucha resonancia.

—¿Qué significa eso?

—Significa que, a mi modo de ver las cosas, no importa en absoluto el que yo ingrese en el Brahma Samaj o no.

—Quisiera que me dijeras lo que pensabas antes y lo que piensas ahora.

Al oír el tono de Gora, Binoy volvió a prepararse para la lucha, y dijo:

—Antes, cuando me enteraba de que alguien se hacía brahma, me sentía indignado y esperaba que se le castigara debidamente. Ahora ya no pienso así. Creo que es posible refutar una opinión con otra opinión, un argumento con otro argumento; pero es absurdo que, en cuestiones del entendimiento, se quiera emplear la cólera como castigo.

—Ahora, cuando veas que un hindú se hace brahmo, ya no te sentirás indignado, pero si vieras que un brahmo hacía penitencia para abrazar el hinduismo, hervirías de ira; he aquí la diferencia entre tu postura de antes y la de ahora.

—No crees lo que dices.

—Te lo digo con todos mis respetos. Eso es lo que deberían hacer. Así es como obraría yo. Si tuviéramos en la piel algo que nos permitiera cambiar de ideas religiosas como el camaleón cambia de color, iba a ser distinto; pero no puedo encogerme de hombros ante nada que arranque del alma. Si no existieran obstáculos, si no se tuviera que ofrecer una reparación de una u otra forma, ¿por qué, en una cosa tan grave como es el aceptar o rectificar las opiniones religiosas, recurre el hombre a toda su inteligencia? Hemos de pasar por alguna prueba que determine si aceptamos sin reserva o no la verdad. Hay que cargar con sus consecuencias por amargas que sean. En el comercio de la verdad no se puede coger la joya y eludir el pago.

La disputa avanzó a toda máquina. Empezaron a saltar chispas en el aire a medida que las palabras chocaban entre sí, como chocan las flechas que se cruzan en plena trayectoria.

Al fin, cuando la guerra de palabras entraba en su frase crítica, Binoy se levantó y encarándose con Gora, dijo:

—Gora, entre tu carácter y el mío hay una diferencia fundamental. Hasta ahora esta diferencia ha sido anulada; siempre que amenazaba con provocar un conflicto yo la aplasté, porque sabía que a ti no te era posible buscar una fórmula de compromiso, que siempre ibas espada en mano. Por lo tanto, para preservar nuestra amistad, yo tuve que violentarme continuamente. Ahora, al fin, he comprendido que eso no podía conducir a nada bueno.

—Bien, entonces dime claramente cuáles son tus intenciones.

—¡Hoy descanso sobre mis propios pies! No reconozco a la sociedad el demoníaco derecho a ser apaciguada con el sacrificio diario de víctimas humanas. Aunque tenga que morir, me niego a caminar por este mundo con el collar de sus preceptos atado al cuello.

—¿Quieres salir a matar al diablo con una paja, como el brahmán de que nos habla el *Mahabharata*? —preguntó Gora con desdén.

—No sé si podré o no matarlo con mi paja —contestó Binoy—; pero le niego el derecho a devorarme; se lo niego, aunque haya empezado ya a masticarme.

—¡Si empiezas con alegorías, va a resultarme difícil comprenderte!

—No es que te resulte difícil, es que te duele aceptar lo que digo. Sabes tan bien como yo que todas esas limitaciones que nos impone la sociedad en la comida, en el contacto y hasta en el modo de sentarnos, cosas en que la religión nos concede plena

libertad, no tienen ningún sentido. Pero tú pretendes admitir estas arbitrariedades con tu propia arbitrariedad. ¡Permite que te diga que yo no voy a someterme a la tiranía de nadie! Reconoceré los derechos de la sociedad sobre mí cuando la sociedad reconozca mis derechos sobre ella. Si se niega a mirarme como a un hombre y quiere hacer de mí un muñeco, también yo me negaré a hacerle ofrenda de mis flores y mi sándalo, y la miraré como a una máquina de hierro.

—En otras palabras, ¿dentro de poco te harás brahmo!

—¡No!

—¿Te casarás con Lolita?

—Sí.

—¿De acuerdo con los ritos hindúes?

—Sí.

—¿Ha dado Paresh Babu su consentimiento?

—Aquí tengo su respuesta.

Binoy tendió a Gora un pliego que éste leyó atentamente dos veces. Al final de la carta, Paresh Babu escribía:

«No pretendo discutir si esto va a ser bueno o malo para mí personalmente; ni siquiera deseo suscitar la cuestión de si ha de causaros sinsabores a vosotros dos. Ya sabéis cuáles son mis creencias y mis opiniones y cuál mi comunidad; tampoco ignoras, Binoy, cuáles son las enseñanzas que ha recibido Lolita desde la niñez y las normas sociales según las que ha sido educada. Elegís vuestro camino después de meditarlo bien, y yo no tengo nada que añadir. Pero no creáis que suelto el timón sin pensar o porque no sea capaz de llegar a una conclusión. He pensado en esto con todo detenimiento y he comprendido, Binoy, por el gran afecto que te profeso, que desde el punto de vista religioso no existe ningún obstáculo que impida vuestro matrimonio. En estas circunstancias, no estáis obligados a retroceder ante los impedimentos levantados por vuestras sociedades. Una cosa he de deciros a este respecto: Para rebasar sus limitaciones hay que hacerse más grande que cualquiera de ellas. Que vuestro amor y vuestra vida en común no denoten tan sólo el nacimiento de una fuerza disolutiva, sino que sean al mismo tiempo símbolo de un principio de creación y estabilidad. No basta con hacer alarde de una repentina temeridad, tenéis que prepararos para afrontar con heroísmo todas las tareas de vuestra vida cotidiana; de lo contrario, os envileceríais. La sociedad ya no os ayudará a manteneros a flote en la corriente de la vida, y si vosotros, por vuestro propio esfuerzo, no lo conseguís, os hundiréis irremisiblemente. Vuestro futuro me inspira honda inquietud, pero no tengo derecho a cerraros el camino con mis temores, pues aquellos que tienen el valor de resolver los nuevos problemas que se plantean en su vida son los que elevan a la sociedad a la

grandeza. Los que se limitan a vivir según las normas establecidas no hacen avanzar a la sociedad, simplemente, la mantienen. Por lo tanto, no voy a poner obstáculos en vuestro camino, movido por la ansiedad o la timidez. Haced lo que creáis justo, a pesar de todos los obstáculos, y que Dios os ayude. Dios jamás ata a sus criaturas con cadenas; Él las despierta a una nueva vida mediante continuos cambios. Como mensajeros de ese despertar de Dios, emprendéis el camino difícil haciendo antorchas de vuestras vidas. Aquel que dirige el mundo os mostrará el camino. No puedo obligaros a tomar por mi misma senda. Cierta día, cuando tenía vuestra edad, también yo solté amarras y lancé mi bote hacia la tempestad, sin prestar oído a advertencias. Y nunca me he arrepentido de haberlo hecho. Si algún día tuviera que arrepentirme, ¡qué se le va a hacer! El hombre puede cometer errores, puede engañarse, puede encontrarse con el dolor, pero no puede permanecer inmóvil; el hombre sacrificará su vida por aquello que él considera su deber. Así es como las aguas sagradas de este río que es la sociedad conservan su pureza, gracias a una corriente que no cesa. Esto trae consigo que, a veces, por poco tiempo el río salga de sus márgenes y ocasione pérdidas; pero tratar de represar la corriente a perpetuidad por temor a las inundaciones sería exponerse al estancamiento y a la muerte. Porque lo sé con certeza, puedo entregaros en manos de esa fuerza que os atrae con irresistible magnetismo lejos de la vida fácil. Con toda mi devoción me inclino ante ella, pidiéndole que os compense por las calumnias y las injurias que tendréis que padecer y por la separación de vuestros seres queridos. Aquel que os obliga a tomar por ese camino difícil habrá de conducirlos a vuestro destino.»

—Así como Paresh Babu ha dado su consentimiento, desde su punto de vista, dalo tú también, desde el tuyo —dijo Binoy cuando Gora hubo leído la carta y meditado sobre ella en silencio.

—Paresh Babu puede dar su consentimiento porque se encuentra en esa corriente que hace salir al río de sus márgenes. Yo no puedo darlo porque la corriente en la que me encuentro es la que trata de impedir que el río se desborde. No sabemos qué reliquias de siglos pasados hay en nuestra orilla; sólo queremos, de momento, realizar nuestra obra de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Insúltanos o haz con nosotros lo que te parezca. Nosotros reforzamos la orilla con piedras, pero en este lugar sagrado en el que las aguas han ido depositando aluvi6n, año tras año, no consentiremos que hundan su arado los agricultores. Si hemos de perder, no importa. En este sitio queremos nuestra casa, no queremos ningún campo. Y cuando tu departamento de agricultura nos injurie y nos recrimine por el empleo de tan dura piedra, no vamos a avergonzarnos.

—En otras palabras, mi matrimonio no te parece bien.

—Desde luego, no.

—Y... —empezó Binoy.

Pero Gora no le dejó terminar:

—Y no quiero saber nada más de vosotros.

—¿Y si yo fuera uno de tus amigos musulmanes?

—Sería muy distinto. Cuando una rama se rompe y cae al suelo, el árbol no puede recogerla, pero puede dar abrigo a una enredadera que vaya a él desde el exterior, y aunque una tormenta la arranque, nadie puede impedir vuelva a enroscarse en el tronco. Si tú rompes con nosotros, nosotros tendremos que separarnos de ti por completo. Es por esto por lo que la sociedad tiene reglas y prohibiciones tan estrictas.

—Es por eso por lo que las causas de la separación no debieran ser tan insignificantes y las reglas para la separación tan sencillas. Los huesos del brazo son fuertes, pero cuando se rompen tardan mucho tiempo en soldarse, y por eso las fracturas del brazo son poco corrientes. ¿No te das cuenta de la infinidad de obstáculos que existen en una sociedad en la que el más pequeño golpe causa una ruptura definitiva?

—No tengo que preocuparme por eso. La sociedad asume la tarea de pensar por mí. Seguramente habrá estado pensándolo desde hace miles de años y eso será lo que preserva su integridad. Igual que nunca me he preocupado de si la tierra gira alrededor del sol siguiendo un curso derecho o torcido, o de si comete errores o no, y por no pensarlo nunca me he visto envuelto en ninguna dificultad; tampoco me he preocupado de la estructura de mi sociedad.

—Gora, hermano —rió Binoy—, eso mismo he estado diciendo yo durante mucho tiempo. ¿Quién iba a figurarse que yo tendría que escucharlo de tus labios? Es mi castigo por haber soltado tan largos discursos. Pero de nada sirve discutir, pues hoy he visto de cerca una cosa que nunca había distinguido con tanta claridad. He comprendido que el curso de la vida humana es como el de un río que, empujado por la fuerza de la corriente, discurre por lechos insospechados. Estos cambios imprevistos ocurren por la voluntad de Dios. La vida no es como un canal artificial, de trazado inmutable; una vez comprendemos esto, no podemos ya dejarnos engañar por la ficción.

—Cuando la mariposa está a punto de caer en la llama emplea los mismos razonamientos que hoy estás empleando tú. Pero no voy a perder el tiempo tratando de hacerte comprender.

—Eso está bien —dijo Binoy poniéndose en pie—. En tal caso subiré a ver a la madre.

Cuando Binoy hubo salido, entró Mohim en la habitación, andando lentamente y masticando, como siempre, su *betel*.

—¡De modo que no hay nada de lo dicho! No es conveniente, ¿eh? Hace tiempo que te estoy advirtiéndote que tengas cuidado; pero tú no quieres hacerme caso. Ojalá entonces hubiéramos tenido el valor de obligarle a que se casara con Soshimukhi. Ahora no tendríamos tantas preocupaciones. Pero ¿quién piensa en eso? ¿Y en quién puedo confiar? Tú nunca querrás comprender lo que no veas con tus propios ojos, ni aunque te hagan un agujero en el cráneo. ¿No es una lástima que un muchacho como Binoy deshaga vuestro

grupo? —Mohim hizo una pausa y, al ver que Gora permanecía callado, prosiguió—: ¡Con que no hay esperanza de recobrar a Binoy! En fin, ya nos ha dado bastantes quebraderos de cabeza con su indecisión. No conviene perder más tiempo. Ya sabes cómo es la gente de nuestra sociedad. Si alguien cae en sus garras se ceban en él. Y para buscar un novio... No te asustes; no voy a pedirte tu ayuda para eso. Lo he arreglado todo yo solo.

—¿Quién es él? —preguntó Gora.

—Tu amigo Abinash.

—¿Está él de acuerdo?

—¡No va a estarlo! —exclamó Mohim—. Él no es como Binoy. No; di lo que quieras, pero se ve claramente que de todos los miembros de tu grupo, Abinash es el único que siente verdadera devoción por ti. Si cuando ha oído que le proponía entrar a formar parte de tu familia le ha faltado poco para bailar de contento... Me ha dicho: «¡Qué alegría! ¡Qué gran honor!» Cuando he mencionado la cuestión de la dote, se ha tapado los oídos con las manos y ha exclamado: «¡Tendrás que perdonarme; pero no quiero hablar de eso!» Yo le he contestado: «Está bien. Hablaré con tu padre.» Y luego he ido a ver al padre. Éste es muy distinto de su hijo. No se ha tapado los oídos cuando le he hablado de dinero; al contrario, me ha dejado frío con su facilidad de palabra. También me he dado cuenta de que el muchacho profesa a su padre un profundo respeto, y que no me sería posible utilizarle como intermediario. Si no vendemos algunas obligaciones del Gobierno, no podremos llegar a un acuerdo satisfactorio. No obstante, si tú quisieras animar un poco a Abinash. Unas palabras tuyas...

—No reducirán la cuantía de la dote, ni en una rupia.

—Lo sé. Cuando el respeto hacia nuestro padre nos reporta un beneficio, es difícil faltar a él.

—¿Se ha cerrado el trato?

—Sí.

—¿Se ha fijado la fecha?

—Desde luego. El día de luna llena de *Magh*. No está lejos. El padre del muchacho dice que no hay necesidad de joyas ni brillantes, pero quiere ornamentos muy pesados. Tendré que consultar al orfebre sobre la forma de aumentar el peso del oro sin aumentar su precio.

—¿Qué necesidad tenemos de hacer las cosas con tanta precipitación? No creo que Abinash piense hacerse brahmo.

—Esto es cierto. Pero ¿no te has dado cuenta de que la salud de nuestro padre está

muy quebrantada? Cuando más protestan los médicos, más duras hace él sus mortificaciones. Ahora ese *sannyasi* del que se ha hecho tan amigo le obliga a bañarse tres veces al día y, además, le recomienda unos ejercicios de yoga que casi le obligan a volverse del revés. Sería muy conveniente que pudiera celebrarse la boda de Soshi mientras vive nuestro padre. Si puedo dejar resuelta la cuestión antes de que sus ahorros vayan a parar a manos de Oshkarananda Swami, no tendré que preocuparme demasiado. Ayer le hablé de ello, y comprendo que no va a resultar cosa fácil. Estoy viendo que voy a tener que hipnotizar a ese maldito *sannyasi* y servirme de él para convencer a nuestro padre. Puedes estar seguro de una cosa, y es que nosotros, los hombres de familia, que estamos cargados de obligaciones y necesitamos dinero con gran urgencia, no seremos quienes disfruten de los ahorros de nuestro padre. Lo más triste es que el padre de otro hombre me acosa sin piedad, y mi propio padre, en cuanto le hablo de dinero, se entrega a la meditación y a ejercicios respiratorios. ¿Es que voy a tener que arrojarme al mar con esta hija de once años atada al cuello?

CAPÍTULO LXV

—¿Por qué no cenaste anoche, Radharani? —preguntó Harimohini.

—¿Qué dices? ¡Pero si cené! —exclamó Sucharita, sorprendida.

—¿Qué es lo que cenaste? ¡Ahí está todo, intacto! —dijo Harimohini señalando las fuentes, aún sin destapar.

Entonces Sucharita se dio cuenta de su olvido.

—¡Esto no puede ser! —continuó Harimohini con voz áspera—. Estoy segura de que a Paresh Babu no le gustaría que llegaras a esos extremos. Su sola presencia infunde paz. ¿Qué crees que diría si se enterase de tus actuales inclinaciones?

Lo que Harimohini quería decir estaba claro, y por un momento Sucharita sintió que su ánimo se encogía. Nunca pensó que sus relaciones con Gora pudieran ser motivo de escándalo y aquella insinuación de Harimohini le hizo sentir miedo. Pero al momento dejó lo que estaba haciendo, se sentó y miró a Harimohini, decidida. Se dijo que ante nadie se avergonzaría nunca de sus relaciones con el muchacho.

—Como ya sabes, tía, anoche estuvo aquí Gourmohan Babu. El tema de nuestra conversación se adueñó hasta tal punto de mi mente que olvidé por completo venir a cenar. Si hubieras estado presente, habrías escuchado cosas muy interesantes.

Pero la conversación de Gora no era precisamente lo que Harimohini deseaba escuchar. Ella estaba ansiosa de oír palabras de piedad, y cuando Gora hablaba de las cosas de la fe, sus palabras no sonaban del todo sinceras. Gora parecía estar siempre frente a un adversario. Luchaba con los que no pensaban como él hasta obligarles a aceptar sus ideas, pero ¿y los que tenían idénticas opiniones? La vehemencia que Gora ponía en sus discusiones la dejaba impasible. Si los del Brahma Samaj preferían seguir sus propias opiniones y no mezclarse con la comunidad hindú, a ella le tenía sin cuidado, mientras nadie la separase de aquellos a quienes quería. Por lo tanto, no encontraba ningún placer en la conversación de Gora, y cuando advirtió que Sucharita se dejaba influenciar por sus palabras, le resultó francamente desagradable. En cuestiones monetarias Sucharita era completamente independiente, y en sus opiniones, creencias y conducta gozaba de absoluta libertad, por lo que Harimohini no podía ejercer sobre ella ninguna autoridad. Y, no obstante, como era su único consuelo para la vejez, Harimohini se sentía muy intranquila si alguien que no fuera Paresh Babu intentaba influenciar a la muchacha. Harimohini estaba convencida de que Gora era un rematado hipócrita que se había propuesto atraer a Sucharita con cualquier pretexto. Sospechaba, además, que el verdadero objetivo de Gora era

apropiarse de los bienes de Sucharita. Así, pues, viendo en Gora a su peor enemigo, Harimohini se impuso la tarea de llevarle la contraria en todo.

No se había hablado de que Gora volviera aquella mañana ni existía motivo especial para su visita; pero no era propio de él andarse con vacilaciones. Al imponerse una tarea jamás pensaba en las consecuencias, sino que seguía adelante, decidido como una flecha.

A primera hora de la mañana, cuando Gora llegó a la casa, Harimohini estaba entregada a sus devociones y Sucharita poniendo en orden sus libros y papeles. Cuando Satish entró a anunciarle la visita de Gora, la muchacha no se sorprendió.

—Al fin, Binoy nos ha abandonado —dijo Gora cuando se hubo sentado.

—¿Por qué? —preguntó Sucharita—. ¿Por qué había de abandonarnos? ¡Si no ha entrado en el Brahma Samaj!

—En el Brahma Samaj estaría más cerca de nosotros de lo que está ahora. Es ese empeño suyo en mantenerse dentro de la sociedad hindú lo que más daño hace. Hubiera hecho mejor apartándose por completo de nuestra comunidad.

—¿Por qué das tanta importancia a la sociedad? —preguntó Sucharita, muy apenada—. ¿Es para ti natural depositar implícitamente tanta fe en ella? ¿O tienes que esforzarte?

—Para mí es perfectamente natural esforzarme para dar importancia a la sociedad, en estas circunstancias. Cuando el suelo empieza a temblar bajo tus pies, cada paso que das te cuesta un esfuerzo mayor. Ahora que la oposición ataca por todas partes, es natural que exageremos en lo que decimos y en lo que hacemos; natural y lógico.

—¿Por qué crees que la oposición que encontráis en todas partes es mala e innecesaria? Si la sociedad levanta obstáculos en el camino del progreso, es natural que deba recibir algún que otro golpe.

—El progreso es como las olas del mar. Las olas destruyen la orilla, pero no creo que el principal deber de la orilla sea aguantar los embates de las olas. No imagines que nunca me detenga a considerar lo que es bueno y lo que es malo para la sociedad. En realidad, hoy en día eso lo puede hacer hasta un muchacho de dieciséis años. Es muy sencillo. Pero lo difícil es ver las cosas en conjunto, a la luz de la fe.

—¿Es tan sólo la verdad lo que obtenemos con la fe? La fe también nos hace a veces errar el juicio. Dime una cosa, ¿podemos tener fe en la idolatría? ¿Crees tú en esto como en algo verdadero?

—Voy a tratar de explicarte mi actitud —dijo Gora, después de una pausa—. En un principio, aceptaba todas estas cosas como verdaderas. No me precipité a atacarlas simplemente porque fueran contrarias a las costumbres europeas o porque fuera

sencillísimo encontrar argumentos para combatirlas. En materia religiosa no he llegado muy lejos; no obstante, no estoy dispuesto a cerrar los ojos y decir de carretilla, como si fuera un tema aprendido de memoria, que la adoración de las formas es lo mismo que la idolatría, o que el culto que se tributa a las imágenes es el objetivo principal de las devociones. Existe un lugar para la fantasía en el arte, en la literatura e incluso en las ciencias y en la historia, ¿por qué no ha de haberlo en la religión? La religión nos revela lo perfectas que son las facultades del hombre, ¿vas a decirme que los intentos que se hacen en la India para armonizar la fantasía con el saber y la devoción en el culto a los ídolos no revelan a la humanidad una verdad mucho más grande que la de cualquier otro país?

—También en Grecia y en Roma se adoraba a los ídolos —apuntó Sucharita.

—En el culto de aquellas naciones existía un espíritu más estético que religioso: mientras que para nosotros la imaginación está íntimamente ligada con nuestra filosofía y nuestra fe. Krishna, Radha, Shiva y Durga no son simplemente objetos de fervor histórico, sino formas de la antigua filosofía de nuestra raza. Por consiguiente, la devoción de nuestro Ramprashad y nuestro Chaitanyadev se manifestó con la ayuda de todas esas imágenes. ¿En qué momento de la historia de Grecia o de Roma se reveló semejante cosa?

—¿Te niegas a admitir que, igual que cambian las épocas, pueden cambiar también la religión y la sociedad?

—¿Por qué había de negarme? Pero esos cambios no deben ser disparatados. El niño va creciendo hasta hacerse hombre, pero el hombre no se convierte de pronto en gato o en perro. Yo quiero que los cambios entren en la India por el camino del desarrollo natural; pues si de pronto pretendes hacerla marchar por el camino de Inglaterra, todo lo que conseguirás será un tremendo fracaso. Yo sacrifico mi vida para demostraros a todos vosotros que la fuerza y la grandeza de nuestra nación se encuentra en la nación misma. ¿Lo has comprendido?

—Sí; lo he comprendido. Pero todo cuanto me dices es nuevo para mí. Hasta conocerte nunca se me ocurrió pensar en esto. Igual que para habituarnos a otro ambiente necesitamos algún tiempo, así también me ocurre a mí ahora. Supongo que, por ser mujer, no tengo el entendimiento muy despierto.

—¡Eso nunca! He hablado de estas cosas con muchos hombres durante bastante tiempo. A ellos no les cabe duda que han captado la idea perfectamente, pero yo puedo asegurarte que ni uno ha sabido ver lo que has visto tú. Al conocerte, advertí en seguida que tenías un discernimiento excepcional. He aquí por lo que he venido a verte tantas veces y he hablado contigo sin reservas. No he vacilado ni un instante en exponerte todas las esperanzas de mi vida.

—Cuando te oigo hablar así me siento incómoda, pues no acierto a comprender qué es lo que esperas de mí, qué es lo que yo puedo dar, en qué consiste mi trabajo y de qué modo puedo expresar los sentimientos que acuden en tropel. Lo único que temo es que algún día te des cuenta del error que cometiste al creer en la pobre muchacha.

—¡No puede existir ningún error! —exclamó Gora con voz de trueno—. Yo te mostraré la tremenda fuerza que hay en ti. No tengas cuidado. La tarea de demostrar tu valía, me incumbe. Lo único que has de hacer es tenerme confianza.

Sucharita no contestó, pero incluso en su silencio se advirtió que estaba dispuesta a confiar plenamente en él. Gora también permaneció callado, y durante un buen rato no se produjo el menor ruido en la habitación. Fuera, se oyó la voz de un vendedor ambulante y el tintineo de las vasijas de cobre que constituían su mercancía; poco a poco, el hombre se alejó.

Harimohini, terminadas sus devociones matutinas, se dirigía a la cocina, cuando, al pasar por delante de la habitación de Sucharita vio con asombro que su sobrina y Gora estaban allí juntos y sin hablar. Harimohini sintió un intenso furor pero, controlándose lo mejor que pudo, se dirigió hacia la puerta y llamó:

—¡Radharani!

Cuando Sucharita se levantó y fue hacia ella, le dijo con voz melosa:

—Hoy es mi día de ayuno lunar y no me encuentro muy bien. Por favor, ve a la cocina y prepara el fogón mientras yo hago compañía a Gourmohan Babu.

Sucharita comprendió la intención de su tía y se marchó intranquila. Entretanto, Gora saludaba respetuosamente a Harimohini, que se sentó sin decir palabra. Permaneció algunos minutos con los labios apretados y al fin rompió el silencio para decir:

—Tú no eres brahmo, ¿verdad?

—No.

—¿Y respetas nuestra sociedad hindú?

—Desde luego.

—Entonces, ¿qué te propones con esa conducta? —preguntó Harimohini ásperamente.

Incapaz de imaginar a qué se refería, Gora permaneció callado, mirándola inquisitivamente.

—Radharani es una muchacha mayor —prosiguió Harimohini— y tú no eres pariente suyo, ¿por qué tienes, pues, que hablar tanto con ella? Es una mujer y ha de atender a los trabajos de la casa, ¿qué necesidad tiene de perder tanto tiempo chismorreando? Eso sólo servirá para desequilibrar su espíritu. Tú eres una persona inteligente; todo el mundo te alaba; pero ¿cuándo se ha permitido semejante conducta en nuestro país? ¿En qué escrituras encuentras sanción para tu proceder?

Gora quedó anonadado, pues nunca había llegado a imaginar que sus relaciones con Sucharita pudieran dar lugar a tales comentarios. Quedó unos momentos en silencio y luego explicó:

—Ella pertenece al Brahma Samaj, y como siempre la vi hablar libremente con todo el mundo, no se me ocurrió pensar que hubiera indiscreción en mi proceder.

—Bueno, aunque ella pertenezca al Brahma Samaj, sabes que esto no es recomendable. Con tus palabras has hecho abrir los ojos a muchísima gente, ¿cómo quieres que esa gente te respete viéndote obrar así? Anoche estuviste hablando con ella hasta muy tarde y, por lo visto, aún no has terminado, puesto que tienes que volver esta mañana. En todo el día, mi sobrina no se ha acercado a la despensa ni a la cocina y hasta se ha olvidado de prestarme su pequeña ayuda hoy, el undécimo día del mes. ¿Qué clase de enseñanzas son esas? En tu misma casa hay muchachas, ¿las obligas a ellas a dejar sus quehaceres para recibir instrucción? No; claro que no, y si alguien pretendiese hacerlo, ¿te parecería bien?

Gora, sin palabras para defenderse, se limitó a decir:

—En vista de la educación que ha recibido, no se me ocurrió considerar el caso bajo ese punto de vista.

—Dejemos aparte su educación. Mientras ella esté conmigo y mientras yo viva, no pienso tolerar semejante conducta. Ya he conseguido hacerla desandar una buena parte de camino. Cuando estaba en casa de Paresch Babu, la gente llegó a decir que se había convertido al hinduismo a causa de mi influencia. Después, cuando nos mudamos a esta casa, tuvo larguísimas conversaciones con Binoy y volvieron a desbaratarse las cosas. Por lo visto, él va a casarse con una muchacha brahma. Bueno, que se case si quiere. Después de muchos sinsabores, he conseguido deshacerme de Binoy. Venía también cierto individuo llamado Haran Babu; cuando llegaba, yo me llevaba a Radharani al piso de arriba y la obligaba a quedarse conmigo, por lo que él nada pudo hacer. Así, a costa de enormes esfuerzos, parece que he conseguido hacerle adoptar opiniones más razonables. El día que vino a esta casa, incluso se sentó a comer con toda la familia, pero ahora ya se ha dejado de tonterías de esas. Ayer fue a la cocina a buscar su arroz y prohibió a la criada que le llevase el agua. Yo te suplico que no vuelvas a echarlo todo a perder. Aquéllos a los que yo más quise en el mundo están muertos, ella es todo lo que me queda. ¡Por favor, déjala! En casa de Paresch Babu hay otras muchachas. Están Labonya y Lilo. Las dos son inteligentes y educadas. Si tienes algo que decir, díselo a ellas. Nadie te lo impedirá.

Gora estaba mudo de espanto. Después de una pausa, Harimohini continuó:

—Mira, ella va a tener que casarse, pues es ya lo bastante mayor. ¿Crees que va a estar siempre soltera, como ahora? El trabajo doméstico es una necesidad para la mujer.

Por lo general, Gora estaba de acuerdo en este aspecto. Era también su opinión; pero nunca se le ocurrió aplicarla a Sucharita. Nunca se la imaginó como esposa de alguien, ocupada en trabajos domésticos. La veía siempre tal como era en aquel momento.

—¿Has pensado ya en el matrimonio de tu sobrina?

—Desde luego, hay que pensar en ello. Si no me ocupo yo, ¿quién lo hará?

—¿Podrá casarse con algún hindú?

—Lo intentaremos. Si no hay más estorbos y todo va bien, creo que podré arreglarlo perfectamente. En realidad, yo había ya tomado una decisión, pero como la veía en ese estado de ánimo, no tuve valor de dar ningún paso definitivo. Ahora que, desde hace dos días, la veo menos obstinada, vuelvo a tener esperanzas.

Gora comprendió que no debía hacer más preguntas, pero, incapaz de contenerse, inquirió:

—¿Has pensado ya en alguien en particular como posible marido?

—Sí; un hombre excelente. Se trata de Kailash, el menor de mis cuñados. Su esposa murió tiempo atrás y él está buscando una muchacha ya mayor. ¿Cómo, si no, iba a estar disponible un hombre así? Sería el marido ideal para Radharani.

Cuanto más se clavaba la espina, más preguntaba Gora acerca de este Kailash.

Al parecer, de todos los cuñados de Harimohini, Kailash era el mejor educado. Ello se debía exclusivamente a su propio esfuerzo, pero la mujer no sabía hasta dónde llegaban los conocimientos de su cuñado. De todos modos, su sabiduría era celebrada por toda la familia. Cuando se formuló una queja contra el jefe de la oficina de Correos del pueblo, fue Kailash quien escribió a la central, y su inglés era tan maravilloso que uno de los jefes del Servicio de Correos se trasladó al pueblo a investigar personalmente el caso. Todos los vecinos de la localidad quedaron asombrados. Y, no obstante su cultura, la devoción de Kailash y su respeto por la sociedad no habían menguado.

Cuando estuvo al corriente de la vida y milagros de Kailash, Gora se levantó, e, inclinándose ante Harimohini, salió de la habitación sin decir palabra. Al llegar a la planta baja, vio que Sucharita estaba cocinando en el extremo opuesto del zaguán. Al oír las pisadas de Gora, la muchacha fue hacia la puerta, pero él salió sin mirar a derecha ni a izquierda. Sucharita lanzó un profundo suspiro y volvió a su trabajo.

Cuando iba a salir a la calle principal, Gora se tropezó con Haran Babu el cual, después de soltar una breve carcajada, observó:

—¡Tan pronto!

Gora no respondió, pero Haran Babu dijo:

—Supongo que vienes de la casa. ¿Está Sucharita?

—Sí.

Y se alejó a toda prisa.

Nada más entrar, Haran Babu descubrió a Sucharita en la cocina. La muchacha no podía escapar, y su tía no estaba allí.

—Acabo de ver a Gourmohan Babu. Supongo que habrá estado aquí hasta ahora mismo.

Sucharita no contestó. Se concentró en sus pucheros y sartenes. Parecía tan absorta en su trabajo que se hubiera dicho que no le quedaba tiempo ni de respirar. Pero Haran Babu no era de los que se desanimaban fácilmente. Desde el mismo zaguán, delante de la puerta de la cocina, inició la charla, a pesar de que Harimohini tosió desde al escalera un par de veces para hacer notar su presencia ante Haran Babu; pero estaba segura de que si se dejaba ver de él, aunque sólo fuera una vez, ni Sucharita ni ella podrían librarse de aquel perseverante pretendiente. De modo que cuando veía en la casa la sombra de Haran Babu, Harimohini tomaba más precauciones que una recién casada.

—Sucharita —dijo él—, ¿te das cuenta de lo que estás haciendo? ¿Adónde piensas llegar? Sabías ya que Lolita se casa con Binoy según los ritos hindúes. ¿Quién es responsable de esto?

Al no recibir respuesta a su pregunta, Haran Babu bajó la voz y dijo solemnemente:

—¡Tú eres responsable!

Haran Babu creyó que Sucharita no podría soportar la acusación, pero al ver que la muchacha seguía con su trabajo, como si tal cosa, Haran asumió un tono más solemne aún y, agitando un dedo en ademán acusador continuó:

—¡Sucharita, repito que tú eres responsable! ¿Puedes decirme, poniendo tu mano derecha sobre el corazón, si esto no te hace culpable ante todo el Brahma Samaj?

Por toda respuesta, Sucharita puso la sartén al fuego; el aceite empezó a chisporrotear estrepitosamente, Haran Babu continuó:

—Tú fuiste quien llevó a Binoy Babu y a Gourmohan Babu a aquella casa y hasta tal punto les animaste con tu actitud que ahora son a tus ojos más importantes que tus más honorables amigos del Brahma Samaj. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¡Y no dirás que no te advertí que fueras prudente, desde el principio! ¿Cuál ha sido el resultado? ¿Quién podrá ahora detener a Lolita? ¡Y no creas que el peligro acaba en ella! Hoy te arrepientes, sin duda, de la desgracia que aflige a Lolita, pero no está muy lejano el día en que no vas a poder siquiera arrepentirte de tu propia caída. Sucharita, aún estás a tiempo de volver atrás. Piensa por un momento en las esperanzas que antaño nos unieron. ¡Cómo brillaba ante nosotros la luz de nuestro deber! ¡Cómo nos invitaba el futuro del Brahma Samaj a trabajar

por él! ¡Qué propósitos los nuestros, y cómo, día tras día, hacíamos acopio de fuerzas para el viaje de la vida! ¿Crees que todo esto se destruye fácilmente? ¡Jamás! El campo de nuestras esperanzas sigue aguardando. ¡Mira hacia atrás aunque sólo sea una vez! ¡Vuelve!

En este momento, las distintas clases de verduras que estaban en la sartén empezaron a chisporrotear, y Sucharita las removió con la espátula. En vista de que Haran Babu guardaba silencio, esperando ver los efectos de su llamada al arrepentimiento, Sucharita retiró la sartén del fuego, se volvió hacia Haran Babu y dijo con voz firme:

—¡Soy hindú!

—¿Que eres hindú? —exclamó Haran Babu, completamente desconcertado.

—Sí; soy hindú —repitió Sucharita.

Y volviendo a colocar la sartén en el fuego, empezó a remover nuevamente las verduras con mucho brío.

—Supongo que Gourmohan Babu habrá estado instruyéndote mañana y tarde, ¿no es verdad? —exclamó Haran Babu con voz áspera cuando se hubo recobrado de la impresión.

—Sí —dijo Sucharita sin volverse—, él me ha enseñado. ¡Es mi *guru*!

Hasta aquel momento, Haran Babu se consideró el *guru* de Sucharita. Si ella le hubiera dicho que estaba enamorada de Gora, la noticia no le habría dolido tanto; pero oír de labios de Sucharita que Gora le había suplantado le hizo el efecto de un latigazo.

—Por muy influyente que sea tu *guru*, ¿imaginas que la sociedad hindú querrá aceptarte? —preguntó con desdén.

—No lo sé. No comprendo a lo que tú te refieres al hablar de sociedad. ¡Lo que sé es que soy hindú!

—¿Te das cuenta de que el solo hecho de haber permanecido soltera tanto tiempo es suficiente para excluirte de la sociedad hindú?

—No te preocupes por eso. Lo cierto es que soy hindú.

—Has renegado de las enseñanzas religiosas que recibiste de Paresch Babu para postrarte a los pies de tu nuevo *guru*, ¿verdad?

—El Señor de mi alma sabe cuál es mi religión, y no deseo hablar de ella con nadie. Pero puedes estar seguro de una cosa: ¡Soy hindú!

—¡Bien! —exclamó Haran Babu con impaciencia—. Deja que te diga que por muy hindú que te consideres no vas a poder sacar ningún provecho de tu nueva religión. Tu

Gourmohan Babu no es como Binoy; de modo que no podrás atraparlo, aunque sigas gritando que eres hindú hasta quedar ronca. Para él es fácil asumir el papel de *guru* y tomarte como discípula; ¡pero no sueñes siquiera que esté dispuesto a llevarte a su casa y hacerte su compañera!

Olvidando sus guisos, Sucharita giró sobre sus talones con la velocidad del rayo y exclamó:

—¿Qué estás diciendo?

—Que Gourmohan Babu nunca se casará contigo.

—¿Casarse conmigo? —Los ojos de Sucharita brillaban de un modo peligroso—. ¿No te he dicho que es mi *guru*?

—Sí; lo has dicho. Pero también sé comprender lo que no dices.

—¡Sal de esta casa! No permito que me insultes. ¡De una vez para siempre te diré que nunca más apareceré ante ti!

—¡Aparecer ante mí! —dijo él despectivamente—. Te has convertido en una dama *zenara*. ¡La perfecta dama hindú! «¡Invisible hasta para el sol!» ¡Así recoge Paresch Babu el fruto de su pecado! Que se recree en su vejez con el resultado de sus obras. Me despido de todos vosotros.

Sucharita cerró violentamente la puerta de la cocina y arrojándose al suelo trató de ahogar el sonido de sus sollozos, mientras Haran Babu salía de la casa con el rostro ensombrecido por la cólera.

Harimohini escuchó hasta la última palabra de la conversación, lo que oyó de labios de Sucharita rebasaba sus más ambiciosas esperanzas. Con el corazón henchido de gozo exclamó para sí: «¿Por qué no ha de poder ser? ¿Es que mi dios iba a desoír mis devotas súplicas?» Al momento, se fue a su oratorio y postrándose ante su ídolo cuan larga era, prometió aumentar la cuantía de sus ofrendas. Su oración que, durante muchos días, mientras se sintió afligida por el dolor, fue sumisa y tranquila, ahora, al ver que iba a lograr su deseo egoísta, se volvió ansiosa, acuciante y voraz.

CAPÍTULO LXVI

Gora nunca habló a nadie como hablara a Sucharita. Hasta entonces había ofrecido a sus oyentes simples opiniones, instrucciones y discursos; aquel día expuso ante Sucharita todo su ser. En el gozo de aquella revelación de sí mismo no había sólo un sentimiento de fuerza; todas sus opiniones y resoluciones estaban impregnadas de una sustancia emocional. Su vida estaba envuelta en belleza, y le pareció como si de pronto los dioses derramaran un néctar divino sobre sus devociones religiosas.

Fue por obedecer el impulso de este gozo por lo que Gora visitó a Sucharita con tanta asiduidad, sin pensar en las consecuencias. Pero al oír las palabras de Harimohini recordó que él mismo se había reído de Binoy por un motivo análogo. Sobresaltado, se vio a sí mismo en idéntica situación, sin saber cómo había llegado a ella. Puso alerta todos sus sentidos para resistir, igual que el durmiente que inopinadamente recibe un susto en un lugar desconocido se estremece de espanto. Decía él siempre que naciones poderosas fueron destruidas por completo y que sólo la India, merced a su continencia y a la firmeza con que supo aferrarse a sus viejas leyes, pudo combatir las fuerzas adversas de los siglos. Gora jamás admitiría la menor negligencia en la observación de esas leyes, y sostenía que aunque la India fuese despojada de todo, su alma se encontraba aún oculta detrás de esas leyes inflexibles, y no había tiranos que pudieran tocar su cuerpo. «Mientras estemos sometidos a una nación extranjera, tendremos que observar estrictamente nuestras leyes y dejar para después el decidir si son buenas o malas. El que se está ahogando, se aferra a una caña o a cualquier objeto que pueda salvarle la vida, sin pararse a considerar si es hermoso o feo.» Esto opinaba Gora. También hoy se lo repetía, y cuando Harimohini le reprochó su conducta, se sintió como un noble elefante mortificado por el pincho.

Al llegar a casa, encontró a Mohim sentado en un banco a la puerta, sin camisa y fumando, pues tenía fiesta en su oficina. Al ver entrar a Gora, le siguió diciendo.

—Gora, escucha, tengo que hablarte.

Cuando los dos estuvieron sentados en la habitación de Gora, empezó:

—No te enfades, hermano, pero permite que te pregunte si has contraído la misma enfermedad que Binoy. Observo que vas a ese barrio con mucha frecuencia y que te mezclas demasiado con esa gente.

—No tengo miedo —dijo Gora, sonrojándose.

—Según están las cosas, uno nunca sabe lo que puede pasar. Pareces haber descubierto algún manjar que crees poder engullir sin esfuerzo, y luego volver a tu casa.

Pero hay un gancho en el cebo. Para convencerte, no tienes más que mirar la triste situación de tu amigo. No, no huyas. Todavía no he terminado. Me han dicho que Binoy va a casarse con una brahmo. De ahora en adelante, no podremos volver a verle.

—Por supuesto.

—No obstante, si nuestra madre insiste, será muy desagradable. Los que somos padres de familia hemos de procurar casar bien a nuestras hijas, lo que no resulta fácil, precisamente. Si, además, se instala en nuestra casa una sucursal del Brahma Samaj, yo no tendré más remedio que irme a vivir a otra parte.

—No, no; eso no será necesario.

—El matrimonio de Soshi está ya más o menos asegurado; pero su futuro suegro no se dará por satisfecho hasta que tome posesión no sólo de la muchacha sino de su peso en oro; es de los que afirman que el ser humano está clasificado como «mercancía efímera» y que el oro dura mucho más. Le atrae más el dorado que la píldora. No le hacemos justicia llamándole padre político, pues no gasta rebozos en sus exigencias. Este negocio va a costarme caro, desde luego pero he aprendido una buena lección para el momento en que tenga que casar a mi propio hijo. No quisiera más que poder volver a nacer en estos tiempos; ya verías si no sacaba provecho al hecho de ser varón. A esto se le llama ahora hombría. Arruinar al padre de la novia. ¿Te parece poco? Digas lo que digas, hermano, no puedo hacerte coro cuando cantas las excelencias de la sociedad hindú. De pronto, siento que la voz se me ahoga en la garganta. Mi Tincowry sólo tiene catorce meses (mi esposa ha tardado bastante en rectificar el error que cometió al darme una hija), pero tú y tus amigos, Gora, tenéis que hacer cuanto esté en vuestra mano para conservar a la sociedad hindú con vida hasta que mi hijo esté en edad de contraer matrimonio. Después, el país puede hacerse mahometano, cristiano o lo que quiera; me tiene sin cuidado.

Al ver que Gora se disponía a marcharse, Mohim resumió:

—Por eso te digo que no es posible invitar a Binoy a la boda de Soshi; sería insensato dar lugar a nuevos disgustos. Y ya puedes empezar a advertir a nuestra madre que tenga cuidado.

Al entrar en la habitación de Anandamoyi, Gora la encontró sentada ante la mesa, con los anteojos calados, ocupada en hacer una lista en un dietario. Al ver a Gora, cerró el libro y quitándose las gafas le dijo:

—Siéntate. Deseo consultarte una cosa. Estarás enterado ya de que Binoy se casa, desde luego. Su tío está disgustado, y nadie de su familia asistirá a la boda. Tampoco podrá celebrarse en casa de Pares Babu, de modo que Binoy tendrá que ocuparse de disponerlo todo. Yo he pensado que podríamos utilizar el segundo piso de nuestra casa del norte de la ciudad. La planta baja está alquilada, pero en el piso superior no habita nadie, ahora.

—¿Por qué lo dices?

—¿Quién se ocupará de los preparativos, sino yo? Él se vería en un grave apuro. En cambio, si la boda pudiese celebrarse allí, yo podría disponerlo todo sin ninguna dificultad.

—Eso es imposible, madre —dijo Gora, tajante.

—¿Por qué imposible? Tengo el permiso del dueño de la casa.

—No, madre. El matrimonio no puede celebrarse allí. No insistas. Te lo ruego.

—¿Por qué no? Después de todo, Binoy no se casa según el rito de los brahmos.

—Es inútil discutir. La sociedad no lo comprendería. Que Binoy obre como quiera; pero nosotros no podemos dar nuestra aprobación a ese matrimonio. No faltan casas en Calcuta. Tiene la suya.

Anandamoyi sabía perfectamente que en Calcuta había muchas casas donde Binoy podía celebrar su matrimonio, pero no soportaba la idea de que el muchacho se encontrara solo, sin un pariente y sin un amigo, obligado a arreglarse de cualquier forma en una casa alquilada. He aquí por qué se había propuesto utilizar para la boda una casa propiedad de la familia que a la sazón se encontraba libre de inquilinos. Su mayor deseo hubiese sido disponer la ceremonia en su propio hogar, pero sabía que eso era imposible.

—Si tú te opones a esta sugerencia, tendremos que alquilar otra casa —suspiró Anandamoyi—. Pero esto va a complicar las cosas. En fin, si mi idea es disparatada, ¿de qué sirve seguir pensando en ella?

—Madre, no está bien que tú asistas a la boda.

—Pero, ¿qué estás diciendo, Gora? Si yo no asisto a la boda de nuestro Binoy, ¿quién asistirá?

—No, madre. No puede ser.

—Gora, el que no estés de acuerdo con las opiniones de Binoy no es motivo para que te conviertas en su enemigo.

—¡Madre! —exclamó Gora, bastante excitado—. No es justo que digas eso. No creas que no es triste para mí no hallar motivo de satisfacción en la boda de Binoy. Tú sabes mejor que nadie lo mucho que le quiero; pero, madre, en esto no tiene nada que ver la amistad. Binoy da este paso con los ojos abiertos a todas sus consecuencias. No somos nosotros los que le dejamos a él; es él quien nos abandona, de manera que ya sabe a lo que se expone.

—Gora, es verdad que Binoy no espera que tú vayas a la boda, pero también es verdad que está seguro de que yo no me apartaré de su lado en un momento tan trascendental de su vida. Estoy convencida de que si Binoy pensara que yo no iba a dar mi

bendición a su esposa, nada le induciría a casarse. ¿Crees que no le conozco?

Y al decir estas palabras Anandamoyi se enjugó una lágrima.

Gora se sentía muy apenado a causa de todo aquello; no obstante, observó:

—Madre, no olvides que perteneces a una sociedad a la que debes ciertas consideraciones.

—Pero, ¿no te he dicho una y mil veces que hace mucho rompí con ella? Por esto la sociedad me aborrece y yo me mantengo alejada.

—Estas palabras, madre, me hieren profundamente.

—¡Mi niño...! —exclamó Anandamoyi abarcando con una llorosa mirada toda la figura de Gora—. ¡Dios sabe que no está en mi mano librarte de ese dolor!

—Está bien —dijo Gora poniéndose en pie—. Mira lo que voy a hacer. Iré a ver a Binoy y le diré que procure arreglar su matrimonio de manera que no te obligue a separarte de la sociedad aún más, pues de lo contrario demostraría ser un egoísta.

—De acuerdo —rió Anandamoyi—, tú haz todo lo que puedas. Ve a hablar con él y ya veremos lo que ocurre.

Gora se marchó y Anandamoyi permaneció mucho rato pensativa. Luego se puso en pie lentamente y se dirigió a los aposentos de su esposo.

Aquel día era el undécimo de la luna, por lo que Krishnadayal no había hecho ningún preparativo para su comida. Se había agenciado una nueva traducción bengalí de un libro religioso hindú y se hallaba leyéndola sentado en una piel de gamo. Al ver a Anandamoyi se intranquilizó, pero ella se mantuvo a respetuosa distancia. Sentándose en el umbral de la puerta, dijo:

—Estamos obrando mal.

Krishnadayal se consideraba en un mundo al que no llegaba el bien ni el mal de las cosas terrenas, por lo que preguntó con aire de indiferencia:

—¿Qué es lo que está mal?

—No deberíamos seguir engañando a Gora ni un día más. La situación va de mal en peor.

Cuando Gora habló de hacer penitencia, Krishnadayal pensó lo mismo, pero después se absorbió en la aplicación de diferentes fórmulas de ascetismo y ya no se volvió a acordar del caso.

—Se habla ya de la boda de Soshimukhi. Seguramente se celebrará en el mes de *Phalgun*. Hasta ahora, siempre que en nuestra casa hubo alguna ceremonia, yo me llevé a Gora con algún pretexto, pero no se trataba de ceremonias importantes. ¿Qué vamos a hacer con él en la boda de Soshi? Contéstame a esto. A cada momento se complican más las cosas. Yo pido perdón a Dios dos veces al día y le ruego que me deje cumplir el castigo que sea necesario. Pero he llegado a convencerme de que no podemos seguir ocultándole la verdad. Deseo que me des permiso para hablar con él sin reservas. Así podré saber lo que el destino me depara.

¿Qué significa esta interrupción de las devociones que Indra le envía? Últimamente su ascetismo era muy riguroso. Realizaba hazañas casi increíbles con la respiración, y redujo su alimento de tal modo que su estómago no tardaría en establecer contacto con la espina dorsal. ¡Y que precisamente ahora le acechara semejante calamidad!

—¿Estás loca? —exclamó—. Si hicieras eso, yo tendría que dar muchas explicaciones. Con toda seguridad me retirarían la pensión y hasta quizá tuviéramos graves conflictos con la policía. Lo hecho, hecho está. Haz lo que puedas por evitar que las cosas vayan demasiado lejos, y si fracasas, no te preocupes.

Krishnadayal pensaba que después de su muerte podían hacer lo que quisieran, pero entretanto que le dejaran en paz. Al fin, todo se arreglaría.

Incapaz de ver claramente lo que debía hacer, Anandamoyi quedó pensativa y apesadumbrada. Luego, poniéndose en pie, miró a su esposo y le dijo:

—¿No te das cuenta de lo enfermo que estás? Tu cuerpo...

—¡Cuerpo!

Krishnadayal la interrumpió con una seca carcajada, elevando la voz con impaciencia ante la estupidez desplegada por su esposa. Y, sin haber llegado a una conclusión satisfactoria, volvió a sentarse sobre su piel de gamo y a sumirse en sus estudios.

Mohim estaba en la antesala hablando animadamente con su *sannyasi*. El tema del debate era la finalidad del hombre y otros profundos principios de la vida religiosa. Mohim preguntaba si era posible para un padre de familia alcanzar la salvación, y era su actitud tan humilde y angustiada a un mismo tiempo que se hubiera dicho que de la respuesta dependía su vida. El *sannyasi* procuraba consolarle, diciéndole que, si bien la salvación resultaba imposible para un padre de familia, este podía no obstante ir al cielo. Pero Mohim no se daba por satisfecho. Lo que él ansiaba era la salvación; no se contentaba con menos. Si por lo menos conseguía casar bien a su hija, entonces podría dedicarse a servir al *sannyasi*, para, así salvarse. ¡Nadie conseguiría apartarlo de su propósito! Pero no era fácil casar a una hija. ¡Si su *guru* quisiera apiadarse de él!

CAPÍTULO LXVII

Comprendiendo que en sus relaciones con Sucharita se engañó a sí mismo, Gora decidió ser más prudente. Se dijo que si se había desviado de su camino era porque olvidó sus obligaciones para con la sociedad, a causa de aquella poderosa fascinación.

Cuando terminó sus oraciones de la mañana, entró en su estudio y vio que Paresh Babu le estaba aguardando. Gora sintió una profunda alegría, pues sus relaciones con Paresh Babu eran especialmente íntimas. Cuando Gora le hubo saludado, Paresh Babu dijo:

—Estarás ya enterado de que Binoy se casa.

—Sí.

—Y de que no quiere que la ceremonia se celebre según los ritos brahmo.

—En tal caso, el matrimonio no debería tener lugar.

—No es necesario que discutamos eso —dijo Paresh Babu echándose a reír—. Ninguno de los miembros de nuestra comunidad asistirá a la boda, como tampoco los parientes de Binoy. De la parte de mi hija no habrá nadie más que yo, y supongo que tú serás el único que acompañará a Binoy. Por eso vengo a consultar contigo.

—¿De qué sirve consultar conmigo? —preguntó Gora sacudiendo la cabeza—. Yo me desentiendo del asunto.

—¿Que te desentiendes? —preguntó Paresh Babu asombrado.

Gora se quedó un momento avergonzado al observar el asombro de Paresh Babu, pero precisamente porque se sentía avergonzado dijo con redoblada firmeza:

—¿Cómo quieres que yo me mezcle en ello?

—Sé que eres amigo suyo, y es en estos momentos cuando más falta hace un amigo, ¿no crees?

—Soy su amigo, sí; pero no es éste el único lazo que tengo en el mundo, ni tampoco el más importante.

—Gora, ¿crees que en la conducta de Binoy hay algo malo o irreligioso?

—La religión tiene dos aspectos, el eterno y el terrenal. Cuando la religión se nos revela por medio de las leyes de la sociedad, es imposible faltar a ella sin ocasionar la ruina de la sociedad.

—Existen innumerables leyes. ¿Das por descontado que todas y cada una de ellas nos revelan la religión?

Con estas palabras, Paresh Babu pulsó una cuerda muy sensible del espíritu de Gora, y éste rompió a hablar sin reservas. En resumen, dijo que si no nos sometemos plenamente a la sociedad acatando sus leyes sin ningún reparo, obstaculizamos el cumplimiento de la verdadera misión de la sociedad; misión oculta, que no todos tienen el poder de comprender claramente. Para eso se necesita que una fuerza, aparte de nuestro entendimiento, nos empuje a demostrar nuestro respeto por la sociedad.

Paresh Babu le escuchó con atención hasta el final y cuando Gora, algo avergonzado por su osadía, se detuvo, le dijo:

—En conjunto, estoy de acuerdo contigo. Es cierto que en cada sociedad Dios se ha propuesto realizar una misión y que esta misión no suele estar muy clara para todos. Pero el deber del hombre consiste en tratar de comprenderla claramente, y no obedecer a ciegas una serie de preceptos, como si fuera tan insensible como la rama de un árbol.

—Pero si ante todo obedecemos plenamente a la sociedad entonces comprenderemos su verdadero fin. Si nos limitamos a pelear con ella no sólo entorpecemos su labor sino que nos quedamos sin conocerla.

—La verdad sólo puede probarse con obstáculos y oposición —objetó Paresh Babu—. No es cierto que haya sido descubierta para siempre por un grupo de sabios de la antigüedad; la verdad debe descubrirse en cada época mediante golpes y lucha. De todos modos, no es mi propósito iniciar una discusión sobre el tema. Yo respeto la libertad del individuo, pues con los golpes que descarga esa libertad podemos descubrir dónde se halla la verdad eterna y dónde la fantasía efímera. La salud de la sociedad depende de este descubrimiento.

Dichas estas palabras, Paresh Babu y Gora se pusieron en pie y el anciano prosiguió:

—Por respeto hacia el Brahma Samaj, pensé en mantenerme alejado de la ceremonia y que tú, por ser amigo de Binoy, podrías ocuparte de todo. En circunstancias como éstas, los amigos tienen sobre los parientes la ventaja de que no han de luchar con la oposición de la comunidad. Pero si también tú crees que es tu deber apartarte de Binoy, yo tendré que asumir toda la responsabilidad y disponer la ceremonia solo.

Gora, cuando oyó la palabra «solo», no sabía lo solo que en realidad se encontraba Paresh Babu. Bordashundari estaba contra él, sus propias hijas no le ocultaban su descontento y, por temor a suscitar la desaprobación de Harimohini, ni siquiera quiso pedir ayuda a Sucharita. También todos los miembros del Samaj le eran hostiles y, en cuanto al

tío de Binoy, Paresch Babu recibió de él dos cartas concebidas en los más ofensivos términos, en las que, entre otras cosas, le llamaba raptor de la juventud, hipócrita y mal consejero.

Al salir Paresch Babu se cruzó en la puerta con Abinash y dos o tres miembros del partido de Gora, que empezaron a hacer burla al anciano.

Gora, volviéndose hacia ellos, les gritó, indignado:

—Si no tenéis la facultad de sentir respeto por un hombre digno de todo honor, podríais por lo menos reprimir la vileza de burlaros de él.

Gora se hallaba nuevamente sumido en los asuntos de su partido, como lo estuviera antes. Pero, ¡qué desagradables los encontraba ahora! Todo le parecía insípido e insignificante. Era imposible llamar a aquello «trabajo»; carecía de vida. Dar conferencias, escribir artículos y organizar reuniones no era verdadero trabajo; al contrario, era el modo de acentuar la imposibilidad de trabajar. Nunca hasta entonces sintió Gora la futilidad de sus esfuerzos. Nada de aquello le atraía ya; él buscaba el auténtico canal por el que su vida, trémula y estremecida por aquella fuerza que acababa de adquirir, pudiese discurrir libremente.

Entretanto, se estaban realizando los preparativos para la ceremonia penitencial, y esto era lo único que conseguía despertar en Gora cierto entusiasmo. En aquella ceremonia él quedaría limpio no sólo de la inmundicia de la cárcel sino de toda otra mancha. Sería como si tomara un nuevo cuerpo para después de este segundo nacimiento. Se obtuvo una dispensa para la penitencia, se fijó la fecha, se hacían los preparativos para enviar invitaciones a famosos pandits de Oriente y Occidente, los más ricos del grupo aportaron dinero para los gastos y todos tenían la impresión de que, al fin, se iba a realizar en un país una obra verdaderamente grande. Abinash hizo en secreto algunas consultas con miembros de su grupo en torno a la posibilidad de que, en el momento de hacer las ofrendas de flores, pasta de sándalo, granos de arroz y hierbas sagradas, los pandits concedieran a Gora el título de «Luz de la Religión Hindú».

Varias *slokas* sánscritas serían impresas en letras de oro sobre un pergamino firmado por todos los pandits brahmanes que sería entregado a Gora en una caja de sándalo. También se le regalaría una lujosa edición de la obra de Max Müller sobre el *Rig Veda*, encuadrada en riquísimo cuero marroquí. El más anciano y más noble de los invitados haría la ofrenda. Así quedaría bellamente expresado el aprecio que todos profesaban a Gora, el hombre que tanto hacía por preservar las antiguas formas de la religión védica, a pesar de la postración en que había caído el hinduismo.

De este modo, sin que Gora se enterase, sus amigos conspiraban para hacer que la ceremonia resultara agradable y fructífera para todos.

CAPÍTULO LXVIII

Harimohini recibió una carta de su cuñado Kailash que decía:

«Por la bendición de tus graciosos pies, todos estamos bien, y espero que acalles nuestra ansiedad mandándonos buenas noticias tuyas.»

Esto escribía Kailash a pesar de que desde el momento en que Harimohini abandonó la casa, ni él ni sus hermanos hicieron el menor esfuerzo para enterarse de lo que había sido de ella. Después de hablar de Khudi, Potol, Bhojohari, etcétera, Kailash decía, para terminar:

«Desearía que me dieras más detalles acerca de la novia que mencionas en tu carta. Me dices que tiene doce o trece años, pero que está muy desarrollada y parece una muchacha mayor. Todo esto está muy bien, pero quisiera que hicieses minuciosas pesquisas sobre la fortuna que mencionas, si la muchacha tiene en ella un interés vitalicio o le pertenece sin limitaciones. Entonces, consultaré con mis hermanos, y creo que no podrán inconvenientes. Me satisface saber que la muchacha tiene una fe robusta en la religión hindú, pero hemos de procurar que no se sepa que ha vivido con una familia brahmo, de modo que no hables de esto con nadie. En el próximo eclipse lunar se celebrará un festival en el Ganges. Entonces procuraré pasar por Calcuta para conocerla.»

Hasta aquel momento, Harimohini soportó tener que vivir en Calcuta, pero tan pronto concibió una leve esperanza de poder volver a casa de su suegro, empezó a consumirla la impaciencia. Su destierro se le hacía cada día más insoportable, y de buena gana hubiera ido a hablar inmediatamente con Sucharita para fijar la fecha. Pero le daba miedo demostrar tanta prisa, pues cuanto más íntimamente trataba a Sucharita menos la entendía.

Harimohini se puso, pues, a acechar la oportunidad y estrechó su vigilancia. Llegó incluso a reducir el tiempo que solía dedicar a sus devociones, para no perder de vista a su sobrina.

Sucharita, al advertir la brusca interrupción de las visitas de Gora, comprendió que Harimohini le habría ahuyentado, pero se consolaba diciendo: «Aunque no venga, sigue siendo mi *guru*... Mi *guru*.»

La influencia de un *guru* ausente es a menudo mucho mayor que la del que está cercano, pues, entonces, al notar su ausencia, el espíritu se nutre desde dentro. Las cosas que Sucharita hubiera discutido a Gora si le hubiera tenido delante, las aceptaba sumisas al leerlas en sus escritos. Si no alcanzaba a comprender algo, se decía que era por falta de

explicación.

Pero el deseo de ver su rostro radiante y oír su recia voz llegó a hacerse tan irresistible que la muchacha sentía un agotamiento casi físico. A veces pensaba, con intenso dolor, cuántas personas podrían ver a Gora sin dificultad a cualquier hora del día o de la noche y no apreciaban el valor de semejante privilegio.

Una tarde, fue a verla Lolita.

—¡Bien, Suchi *Didi*! —exclamó rodeándole el cuello con un brazo.

—¿Qué hay, Lolita?

—Todo está dispuesto.

—¿Cuándo es la boda?

—El lunes.

—¿Dónde?

—No sé nada. Nuestro padre se ha ocupado de todo.

—¿Estás contenta? —preguntó Sucharita, pasando el brazo por la cintura de Lolita.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Ahora que tienes todo lo que querías y que no vas a poder pelearte con nadie, temo que tu vivacidad se enmohezca.

—¿Por qué ha de faltarme con quien pelear? —preguntó Lolita—. Ahora no tendré ni que salir de casa a buscar pelea.

—¡Con que ésas tenemos! —exclamó Sucharita dándole una palmada en la mejilla—. ¿Ya te estás preparando? Tendré que avisar a Binoy; el pobrecillo aún tiene tiempo de escapar.

—¡Ya es demasiado tarde para avisar a tu pobrecillo! ¡No tiene escapatoria! La crisis que menciona su horóscopo se le ha echado encima; no puede hacer sino sollozar y golpearse la frente.

—Hablando en serio, Lolita, no sabes cuánto me alegro. Pido al cielo que seas digna de un marido como Binoy.

—¡Bah! ¿Es que una esposa como yo es algo despreciable? ¡Habla con él y verás lo que te dice! Escucha sus opiniones y pronto te arrepentirás de no haber sabido apreciar las

excelencias de una persona tan maravillosa como yo. ¡Lo ciega que estuviste!

—¡Bien! Felicitémonos, pues, de que haya aparecido en escena un experto. Y no hay más que decir, pues se lleva lo que quiere y al precio que quiere. ¡Así no tendrás que depender del afecto de los que no sabemos apreciarte en lo que vales!

—¿Que no? Siempre necesitaré vuestro afecto. No dejaré que lo depositéis en nadie más.

—Te prometo no dar el mío a nadie —dijo Sucharita acercando su mejilla a la de Lolita.

—¿A nadie? ¿Estás segura de lo que dices?

Sucharita negó con la cabeza. Lolita se sentó a cierta distancia y, mirándola fijamente, le dijo:

—Ya debes saber que yo no hubiera podido soportar que dieras tu afecto a otra persona. Hasta este momento, he callado, pero ha llegado la hora de hablar claramente. Cuando iba a nuestra casa Gourmohan Babu... No, *Didi*, no te avergüences. Diré todo lo que tengo que decir. Hasta ahora, nunca hubo secretos entre nosotras; no me atrevía a hablarte de esto, aun sintiéndolo. Pero ahora que me despido de ti no me es posible seguir callando. Cuando Gourmohan Babu empezó a ir a nuestra casa, yo me ponía furiosa. ¿Por qué? Tú creías que yo no me daba cuenta de nada, ¿verdad? Pronto noté que nunca me hablabas de él, y esto acabó de enfurecerme. Me parecía imposible que pudieses llegar a querer a él más que a mí. No, *Didi*, déjame terminar. No sabes lo que tuve que sufrir. Tampoco ahora querrás hablarme de él, lo sé, pero ya no me importa. Sería feliz, me alegraría si tú y...

Pero Sucharita le impidió continuar tapándole la boca con la mano.

—¡Lolita, te lo suplico, no sigas! Cuando te oigo decir eso, quisiera que se me tragara la tierra.

—¿Por qué? ¿Es que él...?

—¡No, no, no! —volvió a interrumpir Sucharita—. ¡Hablas como si te hubieses vuelto loca! ¡No se debe hablar de lo que es inconcebible!

—Pero, hermana, esto es afectación —dijo Lolita, enojada—. Yo he estado observando atentamente y puedo asegurarte...

Pero Sucharita, sin dejarla terminar, desasíó sus manos de las de Lolita y salió de la habitación. Lolita corrió tras ella gritando:

—Está bien, no diré nada más.

—¡Nunca! —suplicó Sucharita.

—No puedo hacer tal promesa. Si llega mi día, hablaré; de lo contrario, no diré nada. Esto es todo lo que puedo prometer.

Últimamente, Harimohini había estado vigilando asiduamente a Sucharita. La seguía a todas partes y, al fin, la muchacha tuvo que darse cuenta de que su tía espiaba todos sus movimientos. Esto la dejó apesadumbrada e impaciente; no obstante, no dijo nada a Harimohini. Aquel día, cuando Lolita se marchó, la muchacha se dejó caer pesadamente en la silla situada detrás de su mesa de trabajo y, con el rostro entre las manos, se echó a llorar. Cuando entró la criada con la lámpara, la despidió al momento.

Harimohini, que se encontraba entregada a sus devociones de la tarde, al ver salir a Lolita, bajó inesperadamente al gabinete de Sucharita y gritó:

—¡Radharani!

La muchacha se enjugó los ojos apresuradamente y se puso en pie, mientras su tía, al ver que su llamada quedaba sin respuesta, añadía bruscamente:

—¿Qué te ocurre? No comprendo a qué vienen estas tonterías.

—Tía —sollozó Sucharita—, ¿por qué me vigilas y me sigues día y noche?

—¿No comprendes por qué te vigilo? ¿Qué síntomas son esos de quedarse sin comer y de llorar sin más ni más? No soy ninguna niña. ¿Te has creído que no me doy cuenta de lo que eso significa?

—Te aseguro que no comprendes nada. Te equivocas y tu error se me hace a cada momento más insoportable.

—Está bien. Si me equivoco, ten la bondad de explicarme las cosas con claridad.

—Sí; voy a explicártelas —dijo Sucharita, haciendo un gran esfuerzo para vencer su turbación—. He aprendido de mi *guru* algo que es totalmente nuevo para mí, algo que requiere una gran fortaleza de espíritu, fortaleza que yo no poseo. Me resulta difícil estar peleándome continuamente conmigo misma. Pero tú, tía, has interpretado mal nuestras relaciones y le has echado de aquí, después de insultarle. Lo que le dijiste fue todo un disparate y lo que piensas de mí es una falsedad. En esto obras mal. Tú no puedes llegar a rebajar a un hombre como él, pero, ¿qué te he hecho yo para que me tiranices de este modo?

Su voz se ahogó en sollozos y la muchacha tuvo que salir de la habitación.

Harimohini quedó estupefacta. «Pero, ¡qué lenguaje, Dios mío!», exclamó para sí. No obstante, dio a Sucharita tiempo de recobrarse antes de llamarla para la cena.

—Mira, Radharani, yo ya no soy una niña —empezó Harimohini tan pronto como Sucharita se hubo sentado—. He sido educada en la religión hindú y en mi vida he oído muchas opiniones acerca de ella. Tú no sabes nada de esto y Gourmohan no hace sino engañarte, al decir que él es tu *guru*. Le he oído hablar más de una vez y sus palabras no están de acuerdo con las ideas tradicionales de nuestra religión. Él se inventa sus propias escrituras. Para mí es fácil comprenderlo, pues, ¿acaso no tengo yo mi *guru*? No te dejes engañar, Radharani. Cuando llegue el momento, mi *guru* se ocupará de ti y te dará el verdadero *mantram*; en él no hay trampa. No tienes por qué preocuparte; yo te haré entrar en la comunidad hindú, aunque hayas estado viviendo con brahmos. ¿Quién va a enterarse de ello? Es cierto que tu edad es ya bastante avanzada; pero hay muchachas que se desarrollan muy pronto; además, nadie va a mirar tu certificado de nacimiento. ¡Oh, teniendo dinero todo puede arreglarse! No habrá ningún obstáculo. En cierta ocasión, vi con mis propios ojos cómo un muchacho mejoraba de casta con un poco de dinero. Te colocaré en una buena familia de brahmanes y nadie se atreverá a decir ni una palabra. Son los dueños de la comunidad hindú. Ya ves que no es necesario que malgastes tantas lágrimas y súplicas por ese *guru*.

Cuando Harimohini inició este enjundioso preámbulo, a Sucharita se le quitó el apetito; pero haciendo un gran esfuerzo siguió comiendo; sabía que, de lo contrario, se exponía a un sermón que la dejaría aún más asqueada.

Cuando Harimohini vio que sus palabras no producían el efecto que ella esperaba, se dijo: «¡Oh, esta gente es incomprensible! Por un lado, asegura que es hindú una y mil veces, y cuando se le ofrece una oportunidad como ésta, no te escucha. No habrá necesidad de hacer penitencia, ni nadie pedirá explicaciones; repartiendo unas cuantas rupias, se allanarán todos los obstáculos. Pero si la idea la deja fría, ¿por qué dice que es hindú?» Harimohini no tardó en descubrir que Gora era un farsante y, al preguntarse cuál sería la causa de aquel colosal engaño, se dijo que la belleza y el dinero de Sucharita eran lo que le atraía. Cuanto antes pudiera rescatar a la muchacha y depositarla, junto con sus obligaciones del Gobierno, en la segura fortaleza de la casa de su suegro, tanto mejor para todos. Pero mientras la muchacha no se mostrara más dócil, nada conseguiría. Y, para deslumbrarla, empezó a hablar día y noche de la familia de su suegro. Dio toda clase de ejemplos que demostraban su gran influencia. Le dijo que muchos inocentes que se atrevieron a desafiarles fueron perseguidos por la sociedad, y que otros, que llegaron incluso a comer aves preparadas por mahometanos, continuaron en la sociedad hindú sin que nadie les molestara. Y para hacer más plausible su relato, Harimohini no se recataba de mencionar nombres y lugares.

Bordashundari nunca ocultó a Sucharita el deseo de que la muchacha no menudeara sus visitas, pues se preciaba de poseer lo que ella llamaba franqueza. Siempre que tenía ocasión de administrar una buena reprimenda, aludía indefectiblemente a esta cualidad. Por consiguiente, empleando un lenguaje muy fácil de comprender, dijo a Sucharita que no esperaba ser bien recibida en aquella casa. Sucharita sabía, pues, que si iba a menudo a ver a Paresh Babu, haría peligrar la paz y el sosiego de su padre adoptivo. Por lo tanto, sin un motivo especial, la muchacha no iba a aquella casa, y era Paresh Babu quien visitaba la de Sucharita, una o dos veces al día.

Pero desde varios días atrás, el trabajo y las preocupaciones impedían a Paresh Babu realizar estas visitas. La muchacha le esperaba con creciente impaciencia, no exenta de cierto recelo. Sucharita sabía que los fuertes lazos que les unían, de los que dependía el bien de ambos, nunca podrían romperse, pero ahora tiraba de ella una nueva fuerza que le ocasionaba un agudo dolor y no la dejaba descansar. Además, Harimohini le hacía la vida imposible. De modo que aquella ocasión, sin reparar en el enojo de Bordashundari, decidió ir a ver a Paresh Babu. El edificio, de tres pisos de altura, orientado a poniente, proyectaba una sombra alargada. Paresh Babu paseaba lentamente por la sombra, cabizbajo y pensativo.

—¿Cómo estás, padre? —preguntó Sucharita uniéndose a él en el paseo.

Paresh Babu se sobresaltó al verse así interrumpido en sus meditaciones y, parándose un momento, miró a Sucharita y contestó:

—¡Estoy bien, Radha, gracias!

Empezaron a pasear los dos juntos; Paresh Babu observó:

—Lolita se casa el lunes.

Sucharita pensaba preguntarle por qué no había solicitado su ayuda, pero le faltó valor, al comprender que existía un obstáculo por su propia parte. En otro tiempo, ella no hubiese esperado que la llamaran.

Pero Fue Paresh Babu el que abordó el tema, diciendo:

—No he podido pedirte consejo esta vez, Radha.

—¿Por qué no, padre?

Él no contestó y se la quedó mirando fijamente, hasta que Sucharita, sin poder contenerse, dijo, desviando la mirada:

—Crees que se ha operado un cambio en mí...

—Sí; por eso pensé que si te pedía ayuda te pondría en una situación violenta.

—Padre, deseaba contártelo todo, pero últimamente nos hemos visto poco. Por eso he venido hoy. Temo no poder explicarme con claridad y que no me comprendas.

—Ya sé que no es fácil hablar de estas cosas con sencillez. Lo que te preocupa es algo en lo que sólo juegan las emociones y, aunque lo sientes, no cobra forma tangible dentro de ti.

—¡Sí, eso es exactamente! —exclamó Sucharita, muy aliviada—. Pero, ¿cómo

podré explicarte la fuerza de este sentir? Es como si hubiera vuelto a nacer y hubiese adquirido un nuevo entendimiento. Nunca me vi a mí misma como me veo ahora. Hasta este momento, nunca tuve relación con el pasado ni con el futuro de mi país, pero ahora veo la grandeza y la verdad que hay en esto y no puedo pasarla por alto. Mira, padre, la verdad es que soy una hindú, a pesar de que antes nunca lo hubiera reconocido. Ahora, en cambio, te digo sin vacilación y hasta con énfasis: soy hindú. Y esta confesión me llena de alegría.

—¿Has considerado el caso desde todos los ángulos y en todos sus aspectos?

—¿Es que acaso poseo la facultad de verlo desde todos sus ángulos? Lo único que puedo decir es que he leído mucho y he dialogado mucho. Cuando aún no había aprendido a ver las cosas en su justa proporción y acostumbraba a exagerar los pequeños detalles del hinduismo, sentía por él una especie de odio.

Al oírla hablar así, Paresh Babu se sintió asombrado.

Vio claramente que en el ánimo de Sucharita se estaba operando una transición de ideas, y que la muchacha se sentía libre de dudas por haber descubierto una verdad. Sucharita no era de esa clase de personas que se dejan arrastrar por la corriente de un vago sentimiento que no aciertan a comprender.

—Padre —siguió diciendo Sucharita—, ¿cómo puedo afirmar que soy un ente sin importancia, separado de mi casta y de mi patria? ¿Por qué no he de decir: soy hindú?

—En otras palabras, me preguntas por qué no me llamo a mí mismo hindú. Si bien se mira, no existe ninguna razón de peso que me lo impida, excepto que la sociedad hindú no me reconoce como a tal. Otro motivo es que aquéllos cuyas opiniones religiosas están de acuerdo con las mías no se consideran hindúes.

Al ver que Sucharita no respondía, Paresh Babu continuó:

—Como te digo, ninguna de estas razones es muy importante, son puramente externas y se puede vivir perfectamente sin admitirlas. Pero existe otra, una razón de tipo interno, y es que no hay forma de entrar en la sociedad hindú. Por lo menos, no existe ningún camino real, aunque no falten los accesos clandestinos. Esa sociedad no acoge a toda la Humanidad; tan sólo pueden pertenecer a ella aquellos que nacieron hindúes.

—Pero todas las sociedades son así.

—No, las importantes, no. Las puertas de la sociedad musulmana están abiertas de par en par; la cristiana, sea cual sea su raza, recibe también a todo el que quiere entrar. Si yo quisiese hacerme inglés, nadie podría impedírmelo, si viviese en Inglaterra un número determinado de años y respetara las costumbres de la sociedad inglesa; ni tan siquiera tendría que hacerme cristiano para eso. Es bastante fácil entrar en un laberinto, pero no lo es tanto salir de él; lo contrario que con la sociedad hindú, donde la puerta de acceso esta cerrada, pero en la que hay infinidad de salidas.

—No obstante, padre, el número de hindúes no ha disminuido a través de los siglos. La sociedad hindú permanece.

—A veces se tarda mucho tiempo en advertir las pérdidas. Siglos atrás, las puertas traseras de la sociedad hindú permanecían abiertas, y se consideraba timbre de gloria para la nación que se convirtiera al hinduismo una persona que no tuviera la nacionalidad aria. Incluso en tiempos de los mahometanos se dejaba sentir por doquier la influencia de los rajás y *zemindars* hindúes, y por lo mismo se ponían grandes obstáculos e infligían severos castigos a quienes deseaban abandonar esa sociedad. Ahora que los ingleses, con sus leyes, protegen a todo el mundo, no resulta tan fácil cerrar por la fuerza las salidas. Por esto, últimamente los hindúes han ido disminuyendo, mientras los mahometanos aumentaban. Si las cosas siguen así, con el tiempo los musulmanes predominarán en el país y no podrá seguir llamándose a esta tierra Hindustán.

—Pero, padre —exclamó Sucharita, apenada—, ¿no es nuestro deber impedir que esto ocurra? Al abandonar a los hindúes hacemos aumentar sus pérdidas. Precisamente ahora es cuando tendríamos que apoyar al hinduismo con todas nuestras fuerzas.

—¿Se puede conservar la vida a una persona sólo con desearlo y mantenerse a su lado? —preguntó Paresch Babu dando a Sucharita una afectuosa palmada en la espalda—. Existe una ley natural de protección, y el que infringe esa ley natural se ve abandonado por todos. La sociedad hindú insulta y abandona a los hombres, y por esto en nuestros días cada vez nos cuesta más trabajo conservar la propia estima. En los tiempos que corren no es posible refugiarse detrás de una cortina. Los caminos del mundo están abiertos en todas las direcciones y nuestra sociedad se ve invadida por gentes de todas las latitudes. Ya no podemos aislarlos de los demás con murallas hechas de leyes y escrituras. Si la sociedad hindú no emplea inmediatamente todas las fuerzas que tiene acumuladas para atajar el mal, el contacto con el mundo exterior le asestará, al fin, un golpe mortal.

—No comprendo nada de todo eso —dijo Sucharita con tristeza en la voz—. Si es verdad que todos la abandonan, yo, por lo menos, no la abandonaré. Puesto que somos criaturas de este tiempo aciago, es nuestro deber prestar apoyo a esta sociedad que se tambalea.

—Madrecita, no voy a decir nada en contra de esas ideas que acaban de despertar en tu mente. Busca el sosiego en la oración y procura juzgar las cosas armonizándolas con la verdad que hay en ti y con tu concepto del bien. Entonces, poco a poco, lo verás todo más claro. No rebajes a Aquel que es más grande que todo ni ante tu país ni ante nadie, pues ello no redundaría en el bien de la India, ni tampoco en el tuyo. Con este pensamiento, me propongo dedicar a El todo mi espíritu, y así hallaré el camino que verdaderamente me acerque a mi país y a mis semejantes.

En esto fue interrumpido por la llegada de un criado que le entregó una carta.

—No tengo aquí las gafas —dijo Paresch Babu—, y la luz es ya escasa; ¿quieres leérmela, por favor?

Sucharita le leyó la carta. Era de un comité del Brahma Samaj y estaba firmada por algunos de sus miembros más destacados. En la carta se decía que, en vista de que Paresh Babu había accedido a que una de sus hijas contrajera matrimonio según ritos extraños a su religión, y se disponía a tomar parte en la ceremonia, el Brahma Samaj se veía en la imposibilidad de seguir contándole entre los miembros del cuerpo de gobierno. Si tenía algo que alegar en su defensa, debía escribir una carta dando explicaciones, que habría de obrar en poder del Comité antes del domingo siguiente, día en que iba a tomarse, por votación, el acuerdo definitivo.

Paresh Babu cogió la carta y se la guardó en el bolsillo. Sucharita le tomó suavemente una mano entre las suyas y siguió paseando a su lado. Poco a poco, fue acentuándose la oscuridad hasta que, en la calle, se encendió un farol.

—Padre —dijo Sucharita suavemente—, es la hora de tu meditación. Hoy quisiera rezar contigo.

Y con estas palabras le condujo a su oratorio, en el que la alfombra estaba ya preparada y la bujía encendida. Aquella noche, la meditación duró más de lo acostumbrado. Luego, tras pronunciar un breve rezo, Paresh Babu se levantó para marcharse. Al salir de la estancia encontró a Lolita y a Binoy sentados, en silencio, al lado de la puerta. Al verle, se inclinaron hasta sus pies y le hicieron sus *pronams*. Él les bendijo poniéndoles la mano sobre la cabeza, mientras decía a Sucharita:

—Madrecita, mañana iré a tu casa. Hoy quisiera terminar mi trabajo.

Y se alejó.

Sucharita estaba llorando en silencio. Permaneció un buen rato a oscuras en el mirador, inmóvil como una estatua. Lolita y Binoy permanecieron también callados largo rato.

Cuando Sucharita se dispuso a marcharse, Binoy fue hacia ella y le dijo:

—*Didi*, ¿no nos das tú también tu bendición?

Y con estas palabras se inclinó ante ella y le hizo su *pronam*.

Sucharita contestó con voz ahogada por los sollozos, y sólo Dios supo lo que decía.

Entretanto, Paresh Babu, en su gabinete, escribía su contestación al comité del Brahma Samaj. Decía en su carta:

«La boda de Lolita va a tener que ser dispuesta por mí. Si por esta razón me expulsáis, no me sentiré ofendido con vosotros. En este asunto, sólo una súplica ofrezco a Dios, y es que, cuando la sociedad me repudie, Él me acoja a sus pies.»

CAPÍTULO LXIX

Sucharita deseaba ardientemente poder repetir a Gora las palabras de Paresch Babu. ¿Es que Gora no creía que la India hacia la que obligó a la muchacha a volver la vista y por la que trató de despertar su amor estaba abocada a la destrucción? Hasta entonces, el país se conservó vivo gracias a ciertas leyes internas, por lo que sus hijos no se vieron obligados a prodigarle sus cuidados. Pero, ¿acaso no había llegado el momento de ponerse alerta? ¿Podemos permanecer ociosos, refugiándonos en viejos códigos, como hasta el presente?

Sucharita se dijo: «También aquí hay trabajo para mí. ¿En qué consiste?» Pensó que en aquellos momentos, Gora hubiese debido darle órdenes y enseñarle el camino. Estaba segura de que si él le hubiera allanado el camino, colocándola en el lugar que le correspondía, el valor de su obra hubiera eclipsado las murmuraciones y los mezquinos insultos de la gente. Se sentía orgullosa de sí misma, y se preguntaba por qué Gora no había querido probarla, imponiéndole una tarea rayana en lo imposible. ¿Había en todo su grupo un solo hombre dispuesto, como ella, a sacrificarlo todo? ¿Es que no sabía ver la necesidad de semejante abnegación? ¿No era una pérdida para el país dejarla sumida en la ociosidad, rodeada por la barrera de las conveniencias sociales? Sucharita desechó la idea de que Gora la estimara tan poco y se dijo: «No es posible que me abandone de este modo. Volverá a buscarme; tendrá que librarme de toda sombra de duda y timidez. Por muy grande que sea él, me necesita; y así me lo dijo. ¿Cómo es posible que lo haya olvidado sólo porque murmure la gente?»

Satish entró corriendo en la habitación.

—¡*Didi!*

—¿Qué te ocurre? —preguntó Sucharita rodeándole el cuello con su brazo.

—El lunes se casa Lolita *Didi*, y Binoy me ha invitado a pasar unos días en su casa, después de la boda.

—¿Se lo has dicho a la tía?

—Sí; pero se ha enfadado y me ha dicho que no sabía nada de eso y que te lo dijese a ti. ¡Oh, *Didi*, deja que vaya! Te prometo que no me olvidaré de estudiar. Leeré todos los días y Binoy me ayudará.

—Pero vas a estorbarles. La casa estará revuelta con los preparativos.

—No, *Didi*. Te prometo no estorbar.

—¿Piensas llevar contigo a tu perro *Khudè*?

—Sí; Binoy Babu me pidió que lo llevara. Me ha enviado una invitación a su nombre, impresa en papel rojo, en la que me comunica que el perro podía llevar a su familia al almuerzo de bodas.

—¿Y quién es su familia?

—¡Pues yo, naturalmente! —exclamó Satish con impaciencia—. Y Binoy Babu dice que lleve también mi órgano. Por favor, dámelo. Te prometo no romperlo.

—Si lo rompieras, me darías una gran alegría. ¡Ahora comprendo porque Binoy se dice amigo tuyo! Pretende quedarse con tu órgano y ahorrarse así la banda de música. Con que éste es su propósito, ¿eh?

—¡No, no, eso no! —exclamó Satish muy excitado—. Binoy Babu dice que quiere que yo sea su padrino. ¿Qué tiene que hacer el padrino, *Didi*?

—Pues tiene que ayunar todo el día.

Pero Satish no se dejó engañar. Luego, Sucharita, atrayéndole hacia sí, le preguntó:

—¿Qué quieres ser cuando seas mayor?

Satish tenía preparada la respuesta. Había observado que su maestro era modelo de excepcional cultura y poder ilimitado, por lo que el niño ansiaba ser maestro de escuela.

—Vas a tener mucho trabajo —dijo Sucharita al oír su ambición—. ¿Qué te parece si nos uniésemos para trabajar los dos juntos? Tendremos que batallar mucho para que nuestro país sea grande. Aunque, ¿no lo es ya? ¿Qué país es tan grande como el nuestro? ¡Nuestra vida es lo que tendrá que ser grande! ¿Lo entiendes, Satish?

Satish no era de los que confiesan su incapacidad para comprender las cosas, por lo que respondió enfáticamente:

—¡Sí!

—¿Sabes lo grande que es nuestra patria, y nuestra raza? ¿Cómo podría explicártelo? ¡Éste es un país maravilloso! Hace miles y miles de años que Dios trabaja en él para hacerlo más grande que todos los demás países del mundo. Muchísima gente ha venido de otras tierras para cumplir este propósito divino. ¿Cuántas grandes guerras no se han librado aquí? ¿Cuántas verdades no se han expresado en esta tierra nuestra? ¡Qué hazañas de austeridad! ¡Qué variedad de puntos de vista para el estudio de la religión! ¡Cuántas soluciones del misterio de la vida, halladas aquí! ¡Ésta es nuestra India! Tienes

que comprender lo grande que es, y no olvidarla nunca, ni mirarla con desdén. Algún día verás con tus propios ojos lo que te estoy diciendo. Tal vez incluso ahora lo comprendas ya. Recuerda esto: Tú naciste en un país grande y tendrás que trabajar por él con toda tu alma.

—Y tú, ¿qué vas a hacer, *Didi*? —preguntó Satish tras irnos instantes de silencio.

—Yo también tomaré parte en la obra. ¿Querrás ayudarme?

—Sí, te ayudaré —dijo Satish, henchido de orgullo.

En la casa no había nadie a quien Sucharita pudiera comunicar lo que llevaba en su alma, y soltó el torrente de su emoción sobre su hermano. El lenguaje que empleó con él no era apropiado para un niño de su edad, pero Sucharita no se desanimó por eso. Estaba tan entusiasmada por aquellos nuevos conocimientos adquiridos que creía que, con explicar plenamente lo que ella sentía, bastaba para que todos, jóvenes y viejos, pudieran comprenderlo, cada uno según su inteligencia; guardarse algo para sí por temor de que los demás no supieran entenderlo era falsear la verdad.

Satish dio rienda suelta a su fantasía.

—Cuando sea mayor y tenga mucho dinero... —empezó.

—¡No! ¡No! ¡No! —exclamó Sucharita—. No hables de dinero. Ni a ti ni a mí nos hace ninguna falta. ¡Nuestro trabajo necesita entusiasmo y abnegación!

En esto entró Anandamoyi. Al verla, Sucharita sintió que la sangre empezaba a bailar en las venas. Se inclinó ante ella y Satish la imitó, pero sin gran soltura. Al niño no le salían las reverencias con espontaneidad.

Anandamoyi atrajo hacia sí a Satish y, después de estamparle un beso en la cabeza, se volvió hacia Sucharita y le dijo:

—Vengo a pedirte una cosa, madrecita, pues no puedo acudir a nadie más. Binoy quería celebrar su boda en mi casa, pero yo me opuse y le dije que si se creía un *nabab*^[16], para que la novia tuviera que salir de su propia casa. Como eso no era posible, he escogido una, no lejos de la tuya. Ahora vengo de allí. Por favor, habla con Paresh Babu y pídele su aprobación.

—Mi padre no tendrá inconveniente.

—Tú vas a tener que ir allí también. La boda está señalada para el lunes y habrá que arreglarlo todo. ¡No tenemos mucho tiempo! Podría arreglármelas sola, pero estoy segura de que Binoy se sentiría dolido si tú no me ayudas. Él no se atreve a pedirte; en realidad, ni siquiera ha mencionado tu nombre. Por eso comprendo que se sienta apenado. No debes mantenerte apartada; de lo contrario, también Lolita se sentiría herida.

—Madre, ¿vas a poder asistir a esa boda? —exclamó Sucharita con asombro.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué me hablas de «asistir», como si yo fuera una invitada? ¡Es la boda de Binoy! ¡Yo soy quien debe disponerlo todo! Pero ya le he dicho que en la ceremonia no estaré con él, sino con la novia. ¡Él irá a mi casa a casarse con Lolita!

Anandamoyi sentía profunda compasión por Lolita, que a pesar de tener madre, se encontraba sola en aquel momento tan trascendental. Por esto se propuso conseguir que no echara de menos su afecto. La vestiría con sus propias manos, recibiría al novio y dispensaría cordial acogida a los pocos invitados que quisieran asistir. Además, estaba decidida a que la casa quedara tan confortable que Lolita se sintiera perfectamente a gusto en cuanto se instalara en ella.

—Pero, si haces eso, ¿no vas a tener conflictos con los tuyos?

—Quizá sí. Pero, ¿qué importa eso? —exclamó Anandamoyi, recordando las protestas de Mohim—. Aunque haya un pequeño conflicto, lo único que hay que hacer es quedarse quietos una temporadita; luego, todo se olvida.

Sucharita sabía que Gora no iba a asistir a la ceremonia, y le hubiera gustado enterarse de si había tratado de impedir que asistiera su madre, pero no se atrevió a preguntarlo, y Anandamoyi ni siquiera una vez pronunció el nombre de Gora.

Harimohini oyó llegar a Anandamoyi, pero no se precipitó a dejar lo que estaba haciendo para ir a saludarla.

—Bien, *Didi*, ¿cómo estás? —dijo al entrar—. Hacía tiempo que no sabía de ti.

—He venido a llevarme a tu sobrina —dijo Anandamoyi sin hacer caso de la queja de Harimohini.

Y le explicó sus intenciones.

Harimohini la escuchó con expresión de desagrado y, tras permanecer en silencio unos minutos, dijo:

—No puedo tomar parte en este asunto.

—No, hermana. No pido que vayas tú. No pases cuidado por Sucharita. Yo estaré continuamente con ella.

—Entonces permite que te hable con claridad. Radharani dice siempre que es hindú, y, en realidad, sus inclinaciones van en ese sentido. Pero si quiere entrar a formar parte de nuestra comunidad tendrá que obrar con cautela. Tal como están las cosas, ya dará bastante que hablar, aunque yo procuraré arreglarlo. No obstante, de ahora en adelante quiero que

actúe con prudencia. Lo primero que preguntará la gente es porque sigue soltera a su edad. Ya procuraremos responder a esta pregunta de un modo u otro. Además, en seguida le encontraríamos un buen marido si nos lo propusiéramos. Pero si empieza otra vez como antes, ¿quién podrá detenerla? Si tú tuvieras una hija, ¿la obligarías a tomar parte en esa boda? ¿No habrías pensado antes en la suya propia?

Anandamoyi estaba tan sorprendida que lo único que podía hacer era mirar con asombro a Sucharita, quien, a su vez, había enrojecido violentamente.

—Yo no quiero obligarla —dijo Anandamoyi—. Si ella tiene algún inconveniente, yo...

—No os entiendo, la verdad —exclamó Harimohini—. ¡Tu propio hijo estuvo llenándole la cabeza de sus ideas sobre el hinduismo y ahora vienes tú con las tuyas! ¿Es que, de pronto, has caído del cielo?

¿Dónde estaba aquella Harimohini que, en casa de Paresh Babu, se mostraba tímida como un criminal y que, cuando observaba en alguien el menor signo de aprobación, se aferraba a él con todas sus fuerzas? Ahora parecía una tigresa defendiendo sus derechos. Estaba constantemente en vilo, sospechaba de todo el mundo. Creía que todos conspiraban para arrebatarse a Sucharita. No sabía ver quién estaba a su lado y quién estaba contra ella. Por eso se sentía intranquila. Su corazón no hallaba ya ningún consuelo en el dios en quien ella se refugiara cuando su mundo quedó vacío. Hubo un tiempo en que Harimohini tuvo gran apego a las cosas del mundo, y cuando la desgracia se cebó en ella apartándola de todo, nunca imaginó la mujer que el dinero, las casas y los parientes pudieran volver a ejercer sobre ella la menor influencia. Pero ahora sus heridas empezaban a cicatrizar y el mundo volvía a atraerla con su fatal fascinación, despertando en ella viejas esperanzas y deseos. El ansia de volver a todo lo que había abandonado la llenaba de desasosiego. Al ver el cambio que en tan breves días se había operado en Harimohini, en sus ojos, en su rostro, en sus ademanes y en sus palabras, Anandamoyi quedó asombrada y llena de ansiedad por Sucharita. De tener la menor idea sobre la existencia de semejante peligro, no hubiera ido a buscar a la joven. Y ahora el problema era cómo evitarle aquel golpe.

Cuando Harimohini hizo alusión a Gora, Sucharita se levantó y salió de la estancia, silenciosa y cabizbaja.

—No temas, hermana —dijo Anandamoyi—. No sabía nada de esto. No insistiré. Pero tú no le digas nada. Ella ha sido educada de otro modo y si ahora tratas de reprimirla demasiado no podrá soportarlo.

—¿Crees que no lo sé? Ya tengo edad para darme cuenta de muchas cosas. Que diga ella si la he molestado alguna vez. Siempre ha hecho lo que ha querido, y jamás le he dicho ni media palabra. Lo único que pido a Dios es que le conserve la vida. ¡Ay, pobre de mí! No duermo pensando que pueda ocurrirle algo.

Cuando Anandamoyi iba a salir de la casa, Sucharita fue a su encuentro y le hizo sus

pronams. Anandamoyi le puso afectuosamente la mano en la cabeza y le dijo:

—No te preocupes, hija. Vendré a contártelo todo. Con la ayuda de Dios, todo saldrá bien.

Sucharita no contestó.

A la mañana siguiente, muy temprano, Anandamoyi y su criada, Lachmyia, fueron a limpiar la nueva casa. Acababan de inundar el suelo cuando apareció Sucharita. Anandamoyi arrojó la escoba y estrechó a la muchacha contra su pecho. A continuación, con renovados bríos, reanudó las faenas de limpieza.

Paresh Babu había entregado a Sucharita dinero suficiente para comprar todo lo necesario, y la muchacha, ayudada por Anandamoyi, empezó a confeccionar la lista.

Al poco rato, llegó el propio Paresh Babu, acompañado de Lolita, que no pudo permanecer en su casa ni un minuto más, pues nadie tenía el valor de dirigirle la palabra, y aquel silencio la mortificaba. Cuando, para colmo de males, empezaron a acudir a la casa las amigas de Bordashundari a expresar su condolencia, Paresh Babu creyó llegado el momento de sacar de allí a la muchacha. Al despedirse, Lolita fue a coger polvo de los pies de su madre. Cuando salió de la habitación, Bordashundari continuó sentada, con el rostro vuelto hacia otro lado y los ojos llenos de lágrimas. Labonya y Lila se sentían interiormente muy excitadas por el matrimonio de Lolita y hubieran aprovechado cualquier pretexto para asistir a la boda, pero cuando su hermana fue a despedirse de ellas, recordaron sus deberes para con el Brahma Samaj y adoptaron una actitud de gran solemnidad. En la puerta, Lolita vio a Sudhir, pero éste tenía detrás a un grupo de personas mayores, por lo que la muchacha no pudo cambiar ni una palabra con él. Al subir al coche, encontró un paquete en un rincón. Contenía un vaso de plata en el que se leía: «Que Dios bendiga a la feliz pareja», y una tarjeta con la inicial de Sudhir. Lolita estaba firmemente decidida a no llorar aquel día, pero al recibir aquella única muestra de afecto, no pudo reprimir el llanto. También Paresh Babu se enjugó los ojos.

—¡Pasa, pasa, querida! —gritó Anandamoyi tornando a Lolita por la mano, como si hubiera estado esperándola.

—Lolita ha salido de nuestra casa para siempre —dijo Paresh Babu a Sucharita, que había salido a recibirle; su voz era temblorosa.

—Aquí no ha de faltarle cariño, padre —respondió la muchacha cogiéndole una mano.

Cuando Paresh Babu iba a marcharse, Anandamoyi, echándose el *sari* por la cabeza, salió al encuentro del anciano y le saludó con una inclinación. Paresh Babu correspondió a su saludo, aunque algo turbado.

—No abrigues ninguna inquietud por Lolita —dijo ella con firmeza—. Nunca

sufrirá ningún daño al lado de aquél a quien tú la confías. Por fin, Dios me da lo que tanto le pedí. Ya tengo una hija. Hacía tiempo que esperaba hallar en la que fuera la esposa de Binoy lo que tanto necesitaba. ¡Doy gracias a Dios por haberme concedido una hija así!

Ésta era la primera vez que Paresb Babu recibía algún consuelo desde que se empezó a hablar de la boda de Lolita. Por fin, encontró reposo su corazón.

CAPÍTULO LXX

Desde que Gora salió de la cárcel eran tan numerosas las visitas que recibía a diario y tanto lo que éstas le halagaban que, agobiado por tanta adulación, apenas podía ni respirar, y llegó a resultarle insoportable permanecer en su casa. De modo que empezó nuevamente a recorrer los pueblos, al igual que antes.

Salía de casa muy temprano, después de tomar una ligera colación y no regresaba hasta última hora de la noche. Tomaba el tren en Calcuta, se apeaba en alguna estación de las cercanías y empezaba a visitarlo todo. Aceptaba la hospitalidad de los alfareros, vendedores de aceite y otros individuos de casta baja. Aquella gente no comprendían por qué aquel joven brahmán de tez clara y gigantesca estatura se interesaba por sus tribulaciones. En realidad, no les inspiraba demasiada confianza. Pero Gora, haciendo a un lado todas sus dudas y vacilaciones, se paseaba entre ellos a su antojo, y, aunque muchas veces oía observaciones desagradables, jamás se desanimaba.

Cuanto más cosas sabía de su forma de vida, más se incrustaba en su cerebro cierto pensamiento. Gora advirtió que en los medios rurales las barreras sociales eran más difíciles de salvar que en los círculos educados. La sociedad vigilaba constantemente, noche y día, los actos de comer, beber y tocar toda clase de ceremonias. Cada individuo tenía fe ciega en las costumbres; jamás se les ocurría ponerlas en tela de juicio. Pero esta implícita fe en la tradición y en la servidumbre de la sociedad no les infundía ninguna fuerza para acometer las tareas de su vida cotidiana. En todo el mundo no podría encontrarse una especie de animal tan incapaz de juzgar lo que más le convenía, tan indefenso y tan cobarde. No pensaba en nada que no estuviera relacionado con sus tradiciones y costumbres; no sabían distinguir lo que era más ventajoso para ellos y, aunque se les explicara, seguían sin entenderlo. Respetaban las prohibiciones por temor al castigo y guiados por un espíritu sectario, y las consideraban como la gente más grande del mundo. Era como si se hubieran enredado de pies a cabeza en una maraña hecha de castigos, transgresiones y preceptos, y, sobre todo, deudas; porque no se rendía vasallaje a un rey, sino a prestamistas y acreedores. No existía en ellos la unidad que permite a los individuos mantenerse firmes, hombro con hombro, en tiempos de adversidad y de prosperidad. Gora no podía menos que ver cómo, sirviéndose del arma de la tradición y la costumbre, el hombre chupaba despiadadamente la sangre de sus semejantes hasta dejarlos exánimes... En las ceremonias sociales, nadie mostraba compasión. Un desgraciado que gastó cuanto tenía por dar a su padre enfermo el adecuado tratamiento, no sólo no recibió la menor ayuda de nadie, sino que se vio obligado a correr con los gastos de una ceremonia de penitencia, pues sus vecinos afirmaban que la enfermedad de su padre debía de ser el castigo de algún pecado oculto. Todos conocían su extrema pobreza, pero no hubo piedad para él. Lo mismo ocurría en todas las funciones sociales. Igual que la investigación policíaca en torno a un asalto de los bandidos causa mayores estragos que la fechoría que

pretende investigar, así los funerales que deben celebrarse con motivo del fallecimiento del padre o de la madre representaban una desgracia mayor que la producida por la muerte. Nadie podía eximirse alegando pobreza; sea como fuere, las exigencias de la sociedad han de ser satisfechas hasta el último ochavo. En las bodas, la familia del novio recurría a toda clase de artimañas para aumentar todo lo posible los gastos a satisfacer por el padre de la novia, sin ninguna compasión para el desventurado. Gora vio que la sociedad no socorría al necesitado ni consolaba al afligido: al contrario, acumulaba sobre sus cabezas toda clase de castigos y humillaciones.

En los círculos educados en los que vivía Gora, no se advertía aquel ensañamiento, pues la necesidad de presentar un frente unido obraba en favor de la comunidad. Se observaban acusados movimientos hacia la unidad, y lo único que se temía era que el deseo de imitar a otros hiciera estériles todos aquellos esfuerzos.

Pero en los aletargados medios rurales, donde las influencias del exterior no podían obrar con eficacia, Gora vio la suma debilidad de su país. En parte alguna se advertía el menor vestigio de esa religión que, mediante el trabajo, el amor, la caridad y el respeto mutuo, infunde a todos fuerza, vitalidad y alegría. Unas tradiciones que se limitan a dividir a los hombres por clases y separan una clase de la otra, descartando incluso el amor, no podrán nunca poner en práctica los resultados del pensamiento humano; no hacen sino levantar obstáculos en las relaciones entre los hombres. En aquellos pueblos, resaltaba con tanta claridad la crueldad de aquel sistema ciego y servil que Gora no pudo seguir engañándose con el espejismo formado en su imaginación; vio que aquel modo de vida resultaba incompatible con el trabajo, el sentido común, la salud y todos los principios religiosos de la Humanidad.

Lo primero que advirtió fue que los hombres de casta baja se veían obligados a ofrecer elevadas sumas para conseguir esposa, debido a la escasez de mujeres que afectaba a aquellos pueblos. Muchos tenían que permanecer solteros toda la vida y otros no se casaban hasta edad avanzada. Por otro lado, una rigurosa prohibición impedía a las viudas contraer nuevo matrimonio. Por este motivo, en muchos hogares, las condiciones de salud y de higiene eran pésimas. Todos debían soportar los serios inconvenientes que ocasionaba aquel estado de cosas, pero nadie hacía nada por remediarlo. El mismo Gora, que en los medios educados defendía la estricta observancia de la tradición, abogaba allí por una mayor flexibilidad. Consiguió convencer a los sacerdotes, pero no a la gente del pueblo, que alegaba, enojada:

—Todo eso está muy bien, y si vosotros, los brahmanes, admitís el nuevo matrimonio de las viudas, nosotros os imitaremos.

La causa principal de su enojo era que imaginaban que Gora les despreciaba porque eran de casta baja y quería imponerles normas de vida menos ortodoxas.

En sus visitas a los distritos rurales, Gora observó también que existía entre los mahometanos algo que les unía. Cuando les aquejaba la desgracia, se ayudaban mutuamente de una forma que parecía vedada a los hindúes. A menudo se preguntaba en

qué consistía la diferencia existente entre las dos comunidades. La respuesta que se le ofrecía no le resultaba grata; tener que reconocer que los musulmanes estaban unidos por la religión, y no tan sólo por unas costumbres y tradiciones. Por un lado, la obligatoriedad de observar determinadas costumbres no inutilizaba todos sus actos y, por otro, los preceptos de su religión, y no tan sólo por unas costumbres y tradiciones. Por un lado, la obligatoriedad de observar determinadas costumbres no inutilizaba todos sus actos y, por otro, los preceptos de su religión les hermanaban. Unidos, lograron algo positivo, algo que no les hacía deudores sino propietarios de una riqueza, algo por lo que el hombre podía llegar a sacrificar su propia vida, al lado de todos sus camaradas.

Cuando Gora, en su ambiente, escribía, discutía y discursaba, lo hacía para influir sobre los demás y, naturalmente, embellecía con su imaginación el camino al que deseaba atraerles. Envueltas en sutiles palabras, a la romántica luz de sus propias emociones, las cosas más simples aparecían como una imagen fascinadora, no siendo, en realidad, más que una ruina inútil. Dado que ciertas personas atacaban al país y renegaban de todo lo que había en él, Gora, llevado de su intenso amor a su tierra, trataba noche y día de cubrirla bajo el manto de sus fervorosos sentimientos, para salvarla de tantos insultos. Gora llevaba su lección aprendida de memoria. No era que quisiera probar, como un defensor, que todo era bueno y que lo que desde cierto punto de vista podía parecer un delito era, desde otro, una virtud; él lo creía implícitamente.

En los lugares más imposibles, se levantaba ante el adversario y hacía ondear con orgullo aquella fe, como si fuera bandera de victoria. Su lema era primero volver a encaminar al pueblo hacia la verdadera devoción a la patria; después, acometer otras empresas.

Pero cuando salía a aquellos pueblos en los que no tenía auditorio, en los que no tenía nada que demostrar, donde no precisaba recurrir a toda la fuerza de su dialéctica para derribar al adversario, le era imposible seguir contemplando la verdad a través de un velo. La misma intensidad del amor que su patria le inspiraba agudizaba su percepción.

CAPÍTULO LXXI

Con la faja atada a la cintura, una casaca de seda y llevando en la mano una bolsa de lona, Kailash se presentó a Harimohini y le hizo un *pronam*. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de baja estatura, facciones acusadas y cutis tirante; llevaba una barba de varios días, que daba a su rostro el aspecto de un campo de rastrojos.

Harimohini recibió con grandes muestras de alegría a aquel miembro de la familia de su suegro.

—¡Bien, bien, aquí está mi Thakurpo! —exclamó, radiante—. ¡Siéntate, siéntate!

Y, después de extender una estera, le preguntó si quería agua.

—No es necesario, gracias —repuso él, y observó:

—Tienes muy buen aspecto.

—¡Buen aspecto! —exclamó Harimohini, ofendida, y se enfrascó en un minucioso inventario de sus múltiples dolencias—. ¡Ojalá me vea pronto libre de este miserable cuerpo!

Kailash protestó ante aquel alarde de desprecio por la vida y, aunque su hermano hubiera fallecido para demostrar que toda la familia hacía votos para que Harimohini viviera largos años, dijo:

—No digas eso. Si no fuera por ti, yo no estaría ahora en Calcuta, ni habría encontrado albergue en tu casa.

Después de dar noticias de todos sus parientes, amigos y vecinos, sin olvidar a nadie, Kailash miró de pronto en torno suyo y preguntó:

—Ésta es la casa, ¿verdad?

—Sí

—Una casa muy *pucca*^[17], por lo que veo.

—¡*Pucca*, la mires como la mires! —exclamó Harimohini, para estimular su entusiasmo.

Kailash observó que las vigas eran de sólida madera de *shal* y que las puertas y ventanas no eran precisamente de *mango*. Tampoco se escapó a su observación el espesor de las paredes. Preguntó el número de habitaciones que había en la planta baja y en el piso superior y, al fin, se dio por satisfecho del resultado de sus averiguaciones. Era difícil calcular el valor de una casa como aquella, pues él no era ningún especialista en cuestiones de ladrillos y mortero, pero llegó a la conclusión de que su precio oscilaría entre las quince y las veinte mil rupias. Sin embargo, en voz alta dijo:

—¿Qué opinas tu, cuñada? Una casa así debe de haber costado sus buenas siete u ocho mil rupias, ¿verdad?

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Harimohini, sorprendida ante su rústica ignorancia—. ¡Esta casa vale por lo menos veinte mil rupias!

Kailash empezó a examinar con suma atención todo lo que abarcaba su vista. Sentía una gran satisfacción al pensar que le bastaría un simple movimiento de cabeza para convertirse en el dueño de aquella bonita vivienda de vigas de *shal* y puertas y ventanas de *teca*.

—Todo esto está muy bien, pero ¿qué me dices de la muchacha?

—Ha ido a pasar tres o cuatro días en casa de una tía —se apresuró a contestar Harimohini.

—Entonces, ¿cómo voy a poder verla? —preguntó Kailash en tono quejumbroso—. Dentro de dos días tengo un pleito, y he de marcharme mañana sin falta.

—Deja correr el pleito por el momento. No puedes irte sin arreglar antes este asunto.

Kailash meditó un momento y se dijo: «Si no comparezco, perderé el pleito. Pero ¿qué importa? Prefiero quedarme, a ver si puedo resarcirme.» De pronto, sus ojos tropezaron con la habitación en la que Harimohini hacía *puja*^[18], en uno de cuyos rincones se había acumulado agua. Aquella habitación carecía de desagüe, a pesar de lo cual Harimohini la inundaba a diario, y aquel rincón siempre estaba mojado. Kailash, muy disgustado, exclamó:

—Eso no está bien, cuñada.

—¿Qué es lo que no está bien?

—¡El agua del rincón! No debes dejar que se acumule de ese modo.

—¿Y qué puedo hacer?

—No, eso no puede ser. El suelo se pudriría. No, hermana, en esa habitación no debes arrojar agua.

Harimohini guardó silencio hasta que Kailash empezó a interrogarla sobre el aspecto personal Sucharita.

—¡Espera a verla! Lo único que puedo decirte es que hasta ahora jamás hubo una novia como ella en vuestra familia.

—¿Qué dices? ¿Y la esposa del segundo hermano?

—¡Bah! No se puede comparar a nuestra Sucharita. Tú dirás lo que quieras; pero la esposa de vuestro hermano menor es mucho más bonita que la del segundo hermano.

Hay que aclarar que la esposa del segundo hermano nunca fue simpática a Harimohini.

Kailash no demostró gran entusiasmo por aquel cotejo entre la belleza de sus cuñadas y se sumió en la contemplación de una beldad creada por su fantasía, de ojos en forma de almendra, nariz perfecta, cejas finamente arqueadas y melena hasta la cintura.

Harimohini se dijo que por aquel lado las cosas marchaban satisfactoriamente; tanto que quizá ni siquiera se diese mucha importancia a las tachas de índole social que existían en el pasado de la muchacha.

CAPÍTULO LXXII

Binoy sabía que Gora acostumbraba a salir de casa muy temprano. Así pues, aquel lunes, antes del amanecer subió a verle a su cuarto. Al no encontrarle allí, preguntó a un criado, quien le informó que Gora estaba en el oratorio, rezando. Binoy quedó algo sorprendido, pero se dirigió al oratorio y, efectivamente, vio que Gora estaba haciendo oración. Llevaba un *dhutie* y un chal, ambos de seda, pero su inmenso cuerpo de piel blanca quedaba casi por completo al descubierto. El asombro de Binoy fue en aumento cuando éste vio a su amigo hacer *puja* ceremonial.

Al oír ruido de pasos, Gora volvió la cabeza y dijo a Binoy, alarmado:

—¡No entres!

—No tengas miedo. No pienso entrar. Pero deseo hablar contigo.

Gora salió y, después de cambiarse de ropa, llevó a su amigo hasta su cuarto. Cuando estuvieron sentados, Binoy dijo:

—Gora, hermano, ¿sabes que hoy es lunes?

—Desde luego, es lunes —dijo Gora echándose a reír—. El calendario no miente y, en cuanto a ti, no es fácil que te equivoques. Podemos estar seguros de que no es martes, desde luego.

—Ya sé, con toda seguridad, tú no vas a asistir —balbuceó Binoy—, pero no podría dar este paso sin haber hablado contigo, por lo menos una vez. Es por lo que he venido temprano.

Gora permaneció callado y Binoy prosiguió:

—Así pues, ¿está decidido que tú no vas a poder asistir a mi boda?

—No, Binoy. No voy a poder asistir.

Binoy no contestó y Gora, tratando de ocultar el dolor que había en su corazón, dijo, riendo.

—¿Y qué importa, que yo no vaya? Tú has ganado, pues has conseguido que asista madre. Yo hice cuanto pude por impedirlo, pero no logré hacerla desistir. De modo que, al fin, tengo que confesarme derrotado por ti hasta en el caso de mi madre. Binoy, todos los

países del mapa van tiñéndose de rojo, uno a uno. En mi mapa pronto no quedará nadie más que yo.

—No, hermano, no ha sido culpa mía. Le dije repetidamente que no fuera a la boda, pero ella me contestó: «Mira, Binoy, quienes no quieran ir a tu boda no irán aunque les invites, y los que quieran ir irán aunque se lo prohíbas, de modo que será mejor que te calles.» Gora, dices que te consideras derrotado por mí, pero es tu madre la que te ha derrotado, como tantas veces. ¿Dónde encontrarías otra madre como ella?

Aunque Gora trató por todos los medios de disuadir a Anandamoyi, en el fondo no se sentía muy apenado por el hecho de que ella se hubiera negado a escucharle; en realidad, estaba contento. Al comprender que, por mucho que se ensanchara el abismo que le separaba de Binoy, su amigo no se veía nunca privado de una parte del amor que su madre derramaba sobre él como una lluvia de néctar, Gora se sintió tranquilo. En todos los demás aspectos, tal vez llegasen a separarse, pero los dos amigos estarían siempre unidos por el imperecedero amor de una madre.

—Entonces, hermano, me marchó —dijo Binoy—. Si te es del todo imposible asistir, no te esperaré, pero no abrigues hacia mí ningún sentimiento hostil. Si supieras cómo colma mi vida esta unión no consentirías que este matrimonio truncara nuestra amistad. Puedes estar seguro de ello.

Y con estas palabras, se levantó para marcharse.

—¡Binoy, anda, siéntate! El feliz acontecimiento no será hasta la noche. ¿Por qué tienes tanta prisa?

Binoy volvió a sentarse inmediatamente, alborozado ante tan afectuosa e inesperada petición.

Y entonces, los dos amigos empezaron a conversar de nuevo íntimamente como antaño. Gora pulsó la misma nota dulce y apacible, que resonaba en el corazón de Binoy, y Binoy empezó a hablar sin detenerse. Hechos insignificantes que, relatados por escritos y en lenguaje sencillo hubiera parecido hasta ridículos, cobraban con las palabras de Binoy la dulzura y majestad de un poema épico musical. Aquel drama maravilloso que se estaba representando en el corazón de Binoy fue descrito en palabras emocionadas, de insuperable belleza. ¿En qué consistía aquella experiencia sin par?, ¿es que alguien había sentido alguna vez aquella sensación indescriptible que le llenaba el corazón? ¿Tenía todo el mundo la facultad de albergarla en sí? Binoy aseguraba que en la sociedad resultaba imposible escuchar nota tan alta en las relaciones ordinarias entre hombre y mujer, e insistía una y otra vez en que aquello no podía compararse con las relaciones que existían entre otras gentes. ¡Binoy estaba casi seguro de que aquello no pudo haber ocurrido antes a nadie! Si semejantes casos se dieran con frecuencia, el género humano estaría en constante conmoción, erizado de nueva vida, igual que, al soplo de la primavera, se llenan los bosques de brotes nuevos. Entonces, la gente no pasaría la vida comiendo y durmiendo, como ahora, sino que sería capaz de ver la belleza de las cosas. Es la vara de oro a cuyo

contacto nadie puede permanecer insensible. Ella hace de los más vulgares seres excepcionales, y si el hombre prueba la fuerza de este sentimiento llegará a comprender la verdad de la vida.

—Gora —dijo Binoy, extasiado—, puedo decirte con seguridad que el único medio por el que en sólo un momento puede despertarse el espíritu del hombre en este amor. Ignoro por qué razón, este amor se nos manifiesta de una forma débil, no hay duda, y por esto nos vemos privados de una visión plena de nosotros mismos. No sabemos qué hay en nosotros, no podemos revelar lo que se oculta en nuestro interior y no nos es posible gastar lo que está acumulado en nuestro corazón; ¡por esto se advierte en todas partes esa falta de alegría! Y es por esto por lo que nadie, a excepción de uno o dos hombres como tú, sabe que haya un alma tan grande dentro de cada uno de nosotros. La mentalidad del común de las gentes permanece cerrada ante esta verdad.

La corriente de entusiasmo que brotaba de Binoy quedó cortada en este punto por los ruidosos bostezos de Mohim que acababa de levantarse de la cama e iba a lavarse la cara y las manos. Binoy se levantó y se despidió de Gora.

Gora, de pie en la azotea, vuelto hacia el punto en el que el firmamento se había teñido del rosa del amanecer, lanzó un profundo suspiro. Estuvo largo rato por la azotea. Aquel día no salió a hacer sus acostumbradas visitas a los pueblos.

Aquella mañana, Gora sentía en su corazón un anhelo y un vacío que no lograba llenar con el trabajo. No era él solamente, sino todo el trabajo de su vida, el que parecía levantar las manos en alto pidiendo luz, una luz brillante y hermosa, como si todos los materiales estuvieran dispuestos, como si los diamantes no fuesen tan costosos, como si el hierro y la malla (*mail*) no fuesen tan difíciles de obtener y sólo faltara la luz del amanecer, con sus destellos de esperanza y consuelo. Para aumentar lo que ya poseemos no es preciso realizar ningún esfuerzo; simplemente, esperar aquello que haga resaltar su brillo y su belleza.

Cuando Binoy dijo que, en ciertos momentos dichosos, se encuentra refugio en el amor entre el hombre y la mujer y un resplandor inefable ilumina nuestras vidas, Gora no pudo burlarse de él como hiciera antaño. Gora reconocía que aquello no era simplemente la unión de dos almas; era la coronación de una vida, un estado en el que todo adquiriría mayor valor; la fantasía cobraba cuerpo y el cuerpo se vigorizaba con vida nueva. No se limitaba a redoblar las fuerzas físicas y prácticas, sino que daba a la vida un nuevo sabor.

Aquel día, en el que Binoy se proscribía a sí mismo de la sociedad, su corazón despertó en el de Gora una perfecta y musical armonía. Binoy se había marchado, pero a medida que avanzaba el día, la música sonaba con más fuerza. De igual forma que se unen dos ríos, en su marcha hacia el océano, así el amor de Binoy se fundía con el amor que alentaba en Gora. Aquello que Gora trató de ocultarse a sí mismo por todos los medios, obstruyéndolo, ahogándolo y escondiéndolo a la vista, acababa de desbordarse y se le revelaba con deslumbrante claridad. Gora no podía seguir tachándolo de impropio ni condenarlo con desdén.

Gora pasó todo el día entregado a estos pensamientos y cuando la luz de la tarde empezaba a disolverse en las sombras, cogió su chal y salió a la calle diciendo para sí: «Voy a pedir lo que es mío. De lo contrario, mi vida sería estéril.»

A Gora no le cabía la menor duda de que Sucharita estaba aguardando su llamada, y decidió hacerla aquella misma noche.

Mientras cruzaba las abarrotadas calles de Calcuta. Gora no sentía el contacto de la gente ni de las cosas, pues su espíritu parecía haber dejado al cuerpo muy atrás.

Al llegar ante la casa de Sucharita, Gora recobró de pronto el sentido. Jamás encontró cerrada la puerta de aquella casa, y ahora lo estaba. Gora vaciló un momento y luego llamó fuertemente. Salió un criado quien, al reconocer a Gora dijo, sin darle tiempo a formular ninguna pregunta:

—La joven ama no está.

—¿Dónde está?

Hacía dos o tres días que Sucharita había ido a ayudar en los preparativos de la boda de Lolita.

Por un momento, Gora sintió el deseo de ir a la boda y mientras lo estaba pensando salió de la casa un desconocido que preguntó:

—¿Quién es? ¿Qué desea?

—Nada. Muchas gracias —respondió Gora después de mirarlo de pies a cabeza.

—Entra en la casa y siéntate un momento a fumar —rogó Kailash.

Kailash se aburría al no tener a nadie con quien hablar. Durante el día conseguía distraerse sentándose, *hookah* en mano, en el extremo de la callejuela, a contemplar a los transeúntes que pasaban por la calle principal, pero cuando se hacía de noche y se retiraba a la casa se sentía morir de tedio. No sabía de qué hablar con su cuñada, pues los temas de conversación de Harimohini eran poco variados. De modo que Kailash había colocado una cama en el cuartito situado al lado de la puerta principal y allí pasaba el tiempo charlando con su criado.

—No, muchas gracias. No puedo quedarme —contestó Gora.

Y antes de que Kailash pudiera insistir, había ya cruzado la calle.

Gora tenía la certeza de que la mayoría de los acontecimientos de su vida no eran accidentales ni simple resultado de sus deseos. Creía haber nacido para desempeñar una misión por encargo del Supremo Rector del destino de su país.

Así pues, hasta las más insignificantes circunstancias de su vida tenían para él un significado especial, y hoy, cuando, pese a su ardiente deseo, encontró cerrada la puerta de la casa de Sucharita y se enteró de que la muchacha no estaba allí, dedujo que en aquel obstáculo había un significado oculto. El que guiaba sus pasos quiso expresarle de este modo su desaprobación. Era evidente que aquella puerta estaba cerrada para su vida y que Sucharita no era para él. Gora no era de los que se dejan engañar por los propios deseos; él debía mostrarse indiferente al gozo y al dolor. Gora era brahmán de la India; su misión era adorar a la Divinidad en nombre de la India, y su vida, la austeridad religiosa; en ella no cabían afectos ni deseos personales, y Gora se dijo: «Dios me ha revelado claramente que esta forma de unión no es pura, y que en ella no hay paz. Como el vino, es rosa y picante, no permite que el espíritu viva en paz y confunde las cosas. Yo soy un *sannyasi*, en mi vida no hay lugar para ella.»

CAPÍTULO LXXIII

Después de haber tenido que soportar durante tanto tiempo la tiranía de Harimohini, Sucharita sintió, al lado de Anandamoyi, un alivio indescriptible. Le resultaba difícil creer que hubo un tiempo en que no se conocían. Anandamoyi parecía adivinar todos sus pensamientos, e incluso, sin decir nada la hacía sentirse a gusto. Sucharita nunca pronunció con tanto cariño como entonces la palabra «madre». Inventaba toda clase de pretextos para poder llamar así a Anandamoyi. Cuando, terminados todos los preparativos, se tendió en la cama para descansar, empezó a pensar en lo mucho que iba a costarle dejar a Anandamoyi, y murmuró sin darse cuenta:

—¡Madre, madre, madre!

Sintió que las lágrimas empezaban a brotar, y al momento vio a Anandamoyi junto a su cama.

—¿Me llamabas? —le preguntó, acariciándole el cabello.

Cuando Sucharita advirtió que había hablado en voz alta no supo qué decir y ocultando el rostro en el regazo de Anandamoyi prorrumpió en llanto, mientras Anandamoyi, sin pronunciar palabra, trataba de consolarla. Aquella noche, durmió con ella.

Anandamoyi no se marchó inmediatamente después de la ceremonia.

—Esos dos son novatos. ¿Cómo voy a dejarlos antes de que estén al corriente de las cosas de la casa?

—Madre, entonces yo también me quedaré unos días —dijo Sucharita.

—¡Sí, sí, madre! Deja que Suchi *Didi* se quede con nosotros unos cuantos días —rogó Lolita.

Satish, al oír aquellos planes, entró bailando de alegría y, arrojándose al cuello de Sucharita, exclamó:

—Sí, y yo también me quedaré, *Didi*.

—¿Y tus lecciones? —objetó Sucharita.

—¡Binoy Babu puede ser mi maestro!

—Binoy no va a poder enseñarte ahora —dijo Sucharita.

—¡Desde luego que sí! —gritó Binoy desde la habitación vecina—. ¿Cómo quieres que en un día pueda olvidar lo que tantas noches de estudio me ha costado?

—¿Querrá tu tía? —preguntó Anandamoyi.

—Le escribiré una carta —dijo Sucharita.

—No, no escribas. Escribiré yo —dijo Anandamoyi. Comprendía que si era Sucharita quien expresaba el deseo de quedarse, Harimohini podía ofenderse; pero si se lo pedía ella, se enfadaría con ella, no con Sucharita.

Anandamoyi decía en su carta que, a fin de dejar la casa en perfecto orden, tenía que quedarse unos días más, y si Sucharita pudiera permanecer allí, sería una gran ayuda.

Cuando Harimohini leyó la carta se sintió no sólo enojada sino recelosa. Pensó que como ella puso fin a las visitas de Gora, la madre deseaba coger a Sucharita en sus redes. Estaba bien claro que aquello era una conjura entre madre e hijo. Tuvo razón al desconfiar de Anandamoyi desde el principio, cuando advirtió sus inclinaciones.

Pero si podía conseguir que Sucharita entrara a formar parte de la poderosa familia Roy se sentiría aliviada de una grave preocupación. ¿Cuánto tiempo querría seguir aguardando Kailash? El pobre estaba ahumando todas las paredes de la casa, de tanto fumar.

A la mañana siguiente del día en que recibió la carta, Harimohini tomó a un criado y se dirigió en palanquín a casa de Binoy.

Cuando llegó allí encontró a Sucharita, Lolita y Anandamoyi preparando la comida en la planta baja. Del piso superior llegaba la voz de Satish que repetía a gritos palabras en inglés y su traducción en bengalí; en su casa, lo hacía en voz más bajo pero ahora deseaba demostrar que no descuidaba sus lecciones.

Anandamoyi recibió a Harimohini con gran cordialidad, pero ésta, sin prestar la menor atención a la cortesía de que se le hacía objeto, dijo sin preámbulos.

—Vengo a buscar a Radharani.

—Está bien, pero, ¿no quieres sentarte un momento? —preguntó Anandamoyi.

—No, muchas gracias. Aún tengo que rezar mis oraciones, por lo que he de volver a casa en seguida.

Sucharita estaba ocupada en cortar una calabaza y no dijo ni una palabra hasta que Harimohini, dirigiéndose a ella, le dijo:

—Vamos, ¿no me has oído? Es tarde.

Lolita y Anandamoyi guardaron silencio. Sucharita, dejando el trabajo, se puso en pie y dijo:

—Ven tía.

La condujo a una habitación contigua y, con voz firme, le dijo:

—Puesto que has venido a buscarme no te obligaré a marcharte sin mí. Ahora te acompañaré, pero volveré aquí antes de mediodía.

—Pero ¿qué modo de hablar es ése? —exclamó Harimohini, enojada—. ¿Por qué no dices que quieres quedarte en esta casa para siempre?

—No puedo quedarme para siempre; por esto no quiero dejarla mientras me sea posible estar en ella.

Esta respuesta enfureció a Harimohini; pero, advirtiendo que no era el momento de hacer objeciones, no dijo nada.

—Voy a casa por un par de horas, madre —dijo Sucharita a Anandamoyi, con una sonrisa—, pero volveré pronto.

—Está bien, querida —contestó Anandamoyi, sin hacer preguntas.

—Volveré al mediodía —susurró Sucharita al oído de Lolita.

Antes de subir al palanquín, dijo con una mirada de interrogación:

—¿Satish?

—No; deja a Satish donde está —rezongó Harimohini, pensando que sería mejor mantener a distancia al bullicioso Satish.

Cuando estuvieron las dos instaladas en el palanquín, Harimohini trató de abordar el tema del matrimonio.

—¡Bien, Lolita ya está casada! Excelente. Paresh Babu no tiene ya que preocuparse por esa hija.

Y con esta introducción se extendió en consideraciones acerca de la carga que representa en una casa la existencia de hijas solteras y las intolerables preocupaciones que ocasionan a las personas encargadas de su tutela.

—¡Y si no, que me pregunten a mí! Ésa es mi única ansiedad. Incluso cuando estoy

orando me atormenta este pensamiento. Sinceramente, no me es posible dedicarme por entero al servicio de Dios como hacía antes. Y siempre digo: ¡Oh, Dios! Tú, que me quitaste todo lo demás, ¿por qué me envías ahora esta nueva prueba?

Por lo visto, esto era no sólo una preocupación mundana para Harimohini, sino un impedimento para su eterna salvación. ¡Y, a pesar de ello, Sucharita no reaccionaba! Harimohini no entendía claramente las ideas de la muchacha, pero diciéndose que: «quien calla, otorga», interpretó su silencio como un signo favorable y pensó que su víctima empezaba a ceder.

Harimohini insinuó, acto seguido, que había realizado la difícil tarea de abrir las puertas de la sociedad hindú a una muchacha como Sucharita, y, con tanto éxito, que incluso podría asistir a las fiestas de los brahmanes *Kulin* y sentarse junto a los demás invitados sin que nadie se atreviera a poner el menor inconveniente.

Cuando el discurso de Harimohini llegó a este punto, el palanquín se detuvo ante la casa. Al ir a subir la escalera, Sucharita vio que, en la habitación situada al lado de la puerta, el criado estaba ungiendo con aceite a un desconocido que se disponía a tomar un baño. El huésped no dio muestras de timidez al ver a Sucharita; al contrario, se la quedó mirando con intensa curiosidad.

Mientras subían la escalera, Harimohini explicó que su cuñado había ido a hacerles una visita. Sucharita, recordando las anteriores palabras de su tía, comprendió inmediatamente. Harimohini trató de hacerle ver que, teniendo a un huésped en la casa, era una descortesía volver a marcharse, pero Sucharita, moviendo violentamente la cabeza, exclamó:

—No, tía. Tengo que irme.

—Está bien. Entonces, vete mañana.

—Cuando me haya bañado, iré a comer con mi padre y desde allí a casa de Lolita
—insistió Sucharita.

—¡Pero si ha venido a verte a ti! —soltó, al fin, Harimohini.

—¿Para qué tiene que verme? —preguntó Sucharita, enrojeciendo.

—¡Vaya pregunta! Ahora estas cosas no se arreglan sin verse antes. En mis tiempos era distinto. Tu tío no me vio hasta el mismo instante de la boda.

Y después de tan diáfana insinuación, Harimohini pasó a dar toda clase de detalles de los preparativos que precedieron a su boda. Explicó que, al concertarse su matrimonio, fueron a verla, a la casa de su padre, dos viejos servidores de la famosa familia Roy, acompañados de dos lacayos, tocados con enormes turbantes, que empuñaban sendos báculos. Describió, luego, la excitación de sus preceptores y los preparativos que se

hicieron para recibir dignamente a los representantes de la familia Roy. Y, con un profundo suspiro, terminó:

—Hoy todo es muy diferente. Pero tú no tienes que preocuparte por nada. Sólo has de estar con él cinco minutos. Eso es todo.

—¡No! —dijo Sucharita enfáticamente.

Harimohini quedó desconcertada por tan rotunda negativa.

—Está bien. No es necesario que os veáis. No obstante, Kailash es un joven moderno, bien educado... Igual que tú, no tiene respeto por nada y ha dicho que quería ver a la novia con sus propios ojos. Y como tú apareces en público delante de todo el mundo, yo le he dicho que no habría inconveniente. De todos modos, si sientes vergüenza, que no te vea. No importa.

A continuación, Harimohini se extendió en pormenores de la maravillosa educación de Kailash, el cual, de un plumazo, había puesto en un grave aprieto al jefe de la oficina de Correos del lugar. Cuando alguien de su pueblo o de los pueblos vecinos se encontraba en algún litigio, no daba un solo paso sin consultar con Kailash. Y en cuanto a su carácter, no había nada que decir. Muerta su primera esposa, decidió no volver a casarse y, pese a las reiteradas demandas de amigos y parientes, prefirió obedecer los mandatos de sus *gurus*. Harimohini tuvo que insistir mucho para que Kailash accediera a tomar en consideración su ofrecimiento. ¿Imaginaba Sucharita que, al principio, quería escucharla? ¡Y qué familia tan buena! ¡Qué bien conceptuada!

Sucharita, sin embargo, no deseaba ser causa de desprestigio para aquella familia, pues no era tan egoísta como para no buscar más que su propia gloria. Por el contrario, dio a entender que si en la comunidad hindú no había lugar para ella, esto no le causaría ningún dolor. Aquella insensata no veía el honor que Kailash le dispensaba al consentir en casarse con ella; incluso parecía considerarlo como un insulto. Harimohini estaba escandalizada ante tal desobediencia de Sucharita.

Entonces, llevada de su enojo, empezó a hacer toda clase de insinuaciones insultantes contra Gora. Preguntó cuál era, al fin y al cabo, su posición en la sociedad, a pesar de creerse tan buen hindú. ¿Quién le profesaba el menor respeto? ¿Y quién podría protegerle de los castigos que le impondría su comunidad si, llevado de la codicia, se casaba con alguna muchacha rica del Brahma Samaj? ¡Todo su dinero no bastaría para cerrar la boca de sus amigos! Etcétera, etcétera...

—Tía, ¿por qué dices esas cosas? —protestó Sucharita—. Sabes perfectamente que no tienen fundamento.

—Cuando se llega a mi edad se ven con claridad las intenciones de la gente —dijo Harimohini con desdén—. Tengo los ojos y los oídos bien abiertos. Lo veo, lo oigo y lo entiendo todo, y si callo es porque el asombro me hace enmudecer.

Entonces expresó su convencimiento de que Gora tramaba, con ayuda de su madre, casarse con Sucharita, y que su propósito no era noble. Añadió que si ella no podía salvar a Sucharita haciéndola entrar en la familia Roy, Gora acabaría por salirse con la suya.

Esto acabó con la paciencia de Sucharita.

—Esas personas de quienes tú estás hablando merecen todo mi respeto, y puesto que te resulta imposible comprender la naturaleza de mis sentimientos hacia ellos, sólo una cosa puedo hacer. Me marchó de esta casa y no volveré a ella hasta que te muestres razonable.

—Si no te sientes atraída por Gourmohan y no piensas casarte con él, ¿qué tiene de malo el marido que te he buscado? No pensarás quedarte soltera, ¿verdad?

—¿Por qué no? No pienso casarme.

Harimohini, abriendo mucho los ojos, exclamó con gran asombro:

—¿Y, hasta que seas vieja, vas a seguir...?

—¡Sí; hasta la muerte! —dijo Sucharita.

CAPÍTULO LXXIV

La ausencia de Sucharita, precisamente cuando tanto deseara verla, provocó un cambio en el espíritu de Gora. Se dijo que si Sucharita llegó a ejercer semejante influencia sobre él era porque frecuentó su trato con excesiva asiduidad. Llevado de su orgullo, había rebasado los límites prescritos y, haciendo caso omiso de las prohibiciones, violó las costumbres de su país. Y no es sólo que, al salirse de los límites, las personas se hagan daño a sí mismas, ya sea consciente o inconscientemente, sino que pierden la facultad de hacer bien a los demás. Con el contacto con la gente, nacen ciertos sentimientos que acaban por enturbiar nuestra fe y nuestro entendimiento.

Pero Gora no había descubierto esta verdad por haber trabado amistad con las hijas de una familia brahmo, pues ya cuando visitaba a la gente de clase humilde empezaba a sentirse perdido en una vorágine. A cada paso experimentaba una profunda compasión que le hacía pensar constantemente que todo aquello era malo e injusto y que merecía ser destruido. Tal vez aquella compasión le deformaba la facultad de juzgar lo bueno y lo malo. Cuanto más nos inclinamos hacia la compasión más nos alejamos de la verdad; la compasión oscurece nuestro entendimiento como el humo oscurece el fuego.

«Por consiguiente —se dijo Gora—, aquéllos sobre cuyos hombros recae la responsabilidad del bien de todos, siempre se mantuvieron apartados en nuestro país. La idea de que un rey puede proteger a sus súbditos mezclándose entre ellos carece de fundamento. La sabiduría que necesita el rajá para gobernar a su pueblo se envilecería si el rajá entrase en contacto con la plebe. Por esto, los súbditos, por propia voluntad, ponen a su rey muy por encima de ellos, pues comprenden que si el rey se convierte en camarada, desaparece su razón de ser.»

También el brahmán debe mantenerse apartado. El brahmán que se mezcla con la plebe y se mancha con el cieno del comercio, el que, llevado de la codicia se ata al cuello el nudo corredizo de la *sudra*^[19] y muere ahorcado, a juicio de Gora no merecía sino desprecio. Lo consideraba inferior a los *sudras*, pues éstos, por lo menos, eran fieles a su casta, mientras que semejante brahmán era impuro, pues no hacía honor a su clase. Y por su culpa, la India atravesaba ahora este período de corrupción.

Gora se aprestó, pues, a dedicarse al estudio del *mantram* vivificador de los brahmanes. Se dijo que debía guardarse de la contaminación. «No me encuentro al mismo nivel que los demás —se dijo—. No necesito de la amistad ni pertenezco a la clase de seres que pueden disfrutar de la compañía de una mujer. También tendré que evitar toda relación con el vulgo. Igual que la tierra mira al cielo en espera de la lluvia, así miran ellos a los brahmanes; si me acerco demasiado, ¿quién les dará fuerzas para vivir?»

Hasta entonces, Gora nunca se dedicó a las prácticas religiosas, pero a la sazón era tal su zozobra que le resultaba completamente imposible controlarse; su trabajo le parecía vacío y su vida anegada en lágrimas, por lo que decidió probar el consuelo de la oración. Se sentaba ante su ídolo en absoluta inmovilidad, tratando de concentrarse, pero no lograba despertar en su interior un fervor auténtico. Podía explicarse a su dios con el entendimiento, pero le resultaba imposible captar la idea si no recurría a alguna figura retórica para hacer el cotejo. Y las figuras retóricas no inspiran fervor, ni se puede adorar a la divinidad por medio de una exposición metafísica. Gora advirtió que era cuando discutía con alguien, más que cuando trataba de orar en el templo, cuando su espíritu se sentía alegre y encendido. No obstante, no se rendía. Diariamente realizaba los ritos de rigor según las escrituras. Se decía que cuando no es posible unirnos a los demás por la fuerza de nuestros sentimientos, siempre podemos unirnos por medio del respeto a las costumbres y preceptos. Cuando llegaba a un pueblo, entraba en el templo y, sentándose en actitud meditativa, se decía que aquél era su sitio (a un lado, el dios; al otro, el adorador y, entre los dos, el brahmán, sirviendo de puente). Poco a poco, Gora llegó a la conclusión de que el fervor no es un sentimiento indispensable para el brahmán; es más propio del pueblo; en cambio, el puente que une al fiel con su fe es un puente de sabiduría que, además de unirlos, establece unos límites. Si entre el fiel y la deidad no hubiese una zona de sabiduría compacta, todo sería tergiversado. Por consiguiente, no es para el brahmán el disfrute de la ciega devoción; su puesto está en el pináculo de la sabiduría; su misión es preservar, con la austeridad de su conducta, la pureza del misterio de la fe para goce del pueblo. Al igual que no puede hallar reposo en el mundo, el brahmán tampoco puede solazarse en la religión. He aquí la gloria del brahmán: en el mundo, continencia y respeto a las reglas; en la religión, sabiduría. En vista de que en una oportunidad su alma se sublevó contra él, Gora condenó al rebelde al destierro. Pero ¿quién podría encargarse de hacerle cumplir la condena? ¿Dónde estaba el soldado capaz de llevar a cabo esta misión?

CAPÍTULO LXXV

En un jardín, a orillas del Ganges, se preparaba la ceremonia penitencial de Gora. Abinash lamentaba que el lugar quedara tan alejado del centro de Calcuta, pues no atraería mucha atención. Él sabía que Gora no necesitaba hacer penitencia (el que lo necesitaba era el país, y el pueblo debía sentir su efecto moral). Por consiguiente, en su opinión, la ceremonia debía celebrarse ante una multitud.

Pero Gora no accedió, pues el centro de una ciudad como Calcuta no le parecía lugar apropiado para encender la hoguera del sacrificio ni cantar los *mantrams* védicos que él deseaba. Gora hubiera preferido una ermita en medio del bosque. En la solitaria orilla del Ganges, con acompañamiento de cantos védicos y a la luz del fuego sacrificial, Gora invocaría a la vieja India, maestra del mundo, y, después de bañarse y purificarse, entraría, de su mano, en una nueva vida. A Gora le tenía sin cuidado el «efecto moral».

A falta de un medio mejor para satisfacer su afán de publicidad, Abinash recurrió a la Prensa y, sin que Gora lo supiera, envió a todos los periódicos un anuncio de la ceremonia. No contento con esto, escribió varios artículos de fondo en los que afirmaba que un brahmán tan puro y espiritual como Gora no podía quedar contaminado por ningún pecado y por esto tomaba sobre sus hombros todas las culpas de la India, caída y maltrecha, haciendo penitencia en nombre de todo el país.

«Así como nuestro país padece la opresión de una raza extranjera por culpa de su propia infamia, también Gourmohan Babu experimentó en su propia vida el dolor del cautiverio. Y de igual modo que él sufrió por su país y ahora se disponía a hacer penitencia, también vosotros, hermanos bengalíes, desventurados millones de hijos de la India...», etcétera, etcétera.

Al leer estas efusiones, Gora se enfureció violentamente; pero Abinash siguió impertérrito. Ni siquiera cuando Gora le insultó se inmutó lo más mínimo; al contrario, pareció alegrarse. Se dijo que su *guru* vivía en un mundo más elevado y que no comprendía las cosas de éste. Fue el celeste Narod quien encantó a Vishnu con las notas de su vina, haciéndole crear el sagrado Ganges, pero que discurriera por el mundo de los mortales fue obra del mundano rey Bhagiratha. Las dos tareas eran completamente distintas; por esto, cuando Gora se enfureció ante las barbaridades de Abinash, éste no hizo sino sonreírse y aumentar sus lisonjas. «El rostro de nuestro *guru* es como el de Shiva —pensaba—, y su cerebro como el de Bholanath. No comprende nada, no tiene sentido común, se enfada por cualquier tontería; pero cuesta poco apaciguarlo.»

Gracias a los esfuerzos de Abinash, la ceremonia penitencial de Gora empezó a causar sensación, y el número de personas que acudían a verle era fabuloso. Su

correspondencia llegó a alcanzar volumen tan colosal que, al fin, optó por no leerla. En opinión de Gora, aquella publicidad destruía la solemnidad de la ceremonia, pues la convertía en una especie de acto social. Éste era el mal de la época.

Krishnadayal jamás tocaba los periódicos, pero hasta su retiro llegó el rumor de aquellos preparativos; sus acólitos hablaban con ilusión de sus esperanzas de que aquel digno hijo de su venerado amigo llegase un día a ocupar un lugar igual al de su santo progenitor. Llevaba ya su mismo camino. Y se hacían lenguas del esplendor que revestiría la ceremonia.

Sería difícil decir desde cuánto tiempo antes Krishnadayal no ponía los pies en el cuarto de Gora. Pero aquel día, despojándose de sus vestiduras de seda, se vistió con ropa corriente y llegó incluso a entrar en él. Gora no estaba allí. El criado le dijo que estaba en el templo de la casa.

—¡Cielos! ¿Y qué hace en el templo? —exclamó Krishnadayal.

Cuando se enteró de que Gora había ido al templo para orar, se alarmó aún más, y se fue hacia allí rápidamente. Desde la puerta vio que, efectivamente, Gora estaba realizando sus ritos religiosos.

—¡Gora!

Gora se levantó, sorprendido, al ver a su padre.

Krishnadayal había establecido en su parte de la casa el culto a su dios particular. La familia eran *vishnabs*, pero él se había hecho *shakta* y hacía mucho tiempo que no tomaba parte en las devociones de la familia.

—¡Vamos, Gora, sal de ahí! —Y, cuando salió Gora, le increpó—: ¿Qué significa esto? ¿Qué has venido a hacer aquí? Tenemos brahmanes para el culto. Ellos se encargan de hacer diariamente las ceremonias necesarias, y rezan por toda la familia. ¿Por qué estás tú aquí?

—No hay nada malo en ello, ¿verdad?

—¡Malo!, ¿a quién te refieres? No está bien que entren en este lugar quienes no tienen derecho a estar aquí. ¡Es un delito! Y cae sobre toda la familia.

—Si miras las cosas desde el punto de vista de la verdadera devoción, pocos son los que tienen derecho a entrar en este lugar. Pero, ¿quieres decir por qué no puedo hacer yo lo que hace nuestro sacerdote Ramhari?

Krishnadayal no supo, de momento, qué responder y, al fin, dijo:

—Mira, esos ritos son privativos de la casta de Ramhari. Los dioses no lo

consideran un pecado, en su caso, pues si no pudieran dedicarse a estos ritos quedarían sin ocupación y la labor de la sociedad no podría avanzar. Pero tú no tienes excusa. ¿Qué necesidad tienes de entrar aquí?

En boca de Krishnadayal no sonaba del todo disparatado el que un brahmán puro como Gora entrara en el templo de la familia, de modo que Gora no protestó.

—Me han dicho algo más, Gora. ¿Es verdad que has invitado a todos los pandits a tu ceremonia penitencial?

—Sí.

—¡No lo consentiré mientras viva! —exclamó Krishnadayal, muy excitado.

—¿Por qué? —preguntó Gora, sublevándose.

—¡Por qué! ¿No te dije el otro día que tú no podías tomar parte en una ceremonia penitencial?

—Sí, me lo dijiste; pero no me diste ninguna razón.

—No tengo que darte explicaciones. Somos tus mayores y maestros y nos debes respeto. Además, es bien sabido que sin nuestro permiso no puedes tomar parte en ceremonias religiosas. Supongo que sabes ya que has de realizar ciertos ritos en memoria de tus antepasados.

—¿Qué me lo impide? —preguntó Gora, con asombro.

—¡Eso es imposible! —exclamó Krishnadayal en tono enojado—. ¡No te consiento que lo hagas!

—Mira —protestó Gora, muy ofendido—, esto es cosa mía. Quiero hacer penitencia para purificarme. ¿Por qué discutes inútilmente y te preocupas tanto?

—Escucha, Gora, no te empeñes en discutirlo todo. Esto no es tema de discusión. Hay muchas cosas que aún no puedes comprender. Deja que te diga una vez más que te equivocas al pensar que se te ha dado entrada en el hinduismo. No está en tu poder conseguirlo, pues hasta la última gota de la sangre que corre por tus venas y todo tu cuerpo, de pies a cabeza, se resiste a ello. No puedes convertirte en hindú de la noche a la mañana por mucho que lo desees. Has de serlo desde la cuna.

—¿Es que no puedo reclamar para mí el derecho que me da la sangre de tu linaje?

—¡Ya estás discutiendo otra vez! ¿No te da vergüenza llevarme la contraria de ese modo? Dices que eres hindú, pero ¿cuándo vas a librarte de esos modales extranjeros? Tú escucha bien mis palabras y termina con todo esto.

—Si no hago penitencia, no podré sentarme con los invitados en la boda de Soshimukhi —dijo Gora, después de guardar silencio unos instantes, pensativo.

—¡No hay nada que objetar! —exclamó Krishnadayal con vehemencia—. Dispondremos para ti un asiento aparte.

—Y también tendré que mantenerme apartado de nuestra comunidad.

—¡Está bien! —exclamó Krishnadayal, encantado.

Y, al ver el asombro de Gora añadió:

—Fíjate en mí. Nunca me siento a comer con los demás, aunque esté invitado. ¿Qué relaciones tengo yo con mi comunidad? Si, como dices, deseas que tu vida sea pura, lo mejor que puedes hacer es imitarme en todo. Te lo digo por tu bien.

A mediodía Krishnadayal mandó llamar a Abinash y le dijo:

—¿Qué es lo que os proponéis con esa danza a la que queréis arrastrar a Gora?

—¿Qué dices? —preguntó Abinash—. Es más bien Gora el que nos arrastra a todos. Él es quien menos baila.

—No sigáis adelante con esa ceremonia de penitencia. Nunca lo consentiré. ¡Tenéis que acabar con todo inmediatamente!

Abinash pensó que aquello era testarudez de viejo. Conocía muchos ejemplos de padres de grandes hombres que no supieron comprender a sus hijos, y supuso que Krishnadayal era uno de ellos. Si, en vez de pasar los días y las noches rodeado de un grupo de *sannyasis* hipócritas, hubiera prestado atención a las palabras de su propio hijo, mayor hubiera sido su provecho.

Pero Abinash era hombre de mucho tacto y, cuando vio que de nada serviría discutir y que no podría lograr ningún «efecto moral», decidió no perder tiempo. Así, pues, convino:

—Está bien: si tú no lo apruebas, no puede celebrarse. Pero como todo está dispuesto y se han mandado muchas invitaciones no hay tiempo para aplazarlo. Hagamos una cosa. Celebremos la ceremonia sin Gora, pues no faltan en nuestro país pecados que expiar.

Y así apaciguó a Krishnadayal.

Gora nunca demostró mucho respeto por las palabras de Krishnadayal, y tampoco aquel día se resignaba a obedecerle. En las cosas que eran más grandes que la sociedad no se consideraba obligado a acatar las prohibiciones de sus mayores. No obstante, esta vez

estaba intranquilo. Algo le martilleaba en su interior que tras las palabras de Krishnadayal había un secreto. Era como una pesadilla informe, obsesionante y opresiva. Sentía como si alguien le hiciera retroceder a empujones de todos los caminos que emprendía. Se veía atrozmente solo. Delante de él, un vastísimo campo que había que trabajar; a su lado, nadie.

CAPÍTULO LXXVI

Se acordó que, dado que la ceremonia debía empezar al día siguiente, Gora se trasladara aquella misma noche a la casa en cuyo jardín iba a celebrarse; pero cuando se disponía a salir llegó inesperadamente Harimohini. Gora no se alegró en absoluto al verla, y le dijo:

—¡Oh, has venido...! Tengo que marcharme inmediatamente. Mi madre no está en casa. Si quieres hablar con ella...

—No, gracias —contestó Harimohini—. Vengo a verte a ti. Siéntate un momento. No te robaré mucho tiempo.

Gora se sentó, y Harimohini empezó inmediatamente a hablar de Sucharita. Dijo que la muchacha había sacado gran provecho de las enseñanzas de Gora. Ahora no tomaba ya el agua que manipulaban según qué personas, y se mostraba bien dispuesta hacia todo el mundo.

—No puedes imaginarte los quebraderos de cabeza que me ha ocasionado. Si tú pudieras conducirla hacia el buen camino, te lo agradecería infinitamente. ¡Que Dios te haga gobernante de un gran reino! ¡Que encuentres una muchacha de buena familia digna de tu noble linaje, que tu casa prospere y que goces de buena suerte, fortuna y muchos hijos!

Dijo, luego, que Sucharita era ya una mujer y que habría que casarla cuanto antes. Si hubiera vivido con una familia hindú, sería ya madre de varios hijos. Harimohini estaba segura de que Gora sería de su misma opinión. Harimohini, después de haber tenido que soportar largo tiempo la intolerable ansiedad que le causaba el problema del matrimonio de Sucharita, había conseguido, a costa de grandes esfuerzos y súplicas, que su cuñado Kailash se trasladara a Calcuta. Por la gracia de Dios, se allanaron los obstáculos que tanto la preocupaban. Todo estaba dispuesto. No se exigiría dote a la novia ni se le pondrían reparos, a causa de su pasado, puesto que ella, Harimohini, con gran habilidad, había solucionado todas las dificultades; pero precisamente ahora, aunque costara trabajo crearlo, Sucharita se obstinaba en negarse. Harimohini no se explicaba semejante comportamiento. Sólo Dios sabía si alguien estuvo tratando de influir, sobre ella, o si se sentiría atraída por alguna otra persona.

—Pero, con franqueza, esa muchacha no es digna de ti. Si se casa y se va a vivir a un pueblo, nadie sabrá nada de ella y todo marchará bien. Pero tú vives en una ciudad. ¡Si te casaras con ella, no podrías volver a presentarte en público!

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Gora, irritado—. ¿Quién te ha dicho que yo quiera casarme con ella?

—No sé... —empezó Harimohini en tono de disculpa—. Cuando me enteré de que se hablaba de ello en los periódicos poco me faltó para morir de vergüenza.

Gora dedujo que Haran Babu o alguno de sus compañeros se habría dedicado a chismorrear y, apretando los puños, gritó:

—¡Es mentira!

—Ya lo sé —dijo Harimohini, intimidada por la potencia de la voz de Gora—. Ahora quisiera pedirte algo que no debes negarme. Tienes que hablar con ella.

—¿Por qué?

—Tienes que hacerle ver las cosas.

Gora escuchó alborozado estas palabras y se sintió dispuesto a partir inmediatamente. Su corazón le dijo: «Ve a verla por última vez. Mañana es el día de tu penitencia; después, tendrás que ser un asceta. Esta noche sólo queda un momento. No hay ningún mal en ir a verla; y, aunque lo hubiera, mañana quedaría reducido a cenizas.»

—¿Qué es lo que tengo que decirle? —preguntó Gora, después de un breve silencio.

—Nada más que esto: que según los preceptos hindúes, una muchacha mayor, como ella, debería casarse sin demora y que, para entrar en la comunidad hindú, un hombre como Kailash es para ella un regalo del cielo.

Gora sentía su corazón traspasado y, al pensar en el hombre que viera a la puerta de la casa de Sucharita, le pareció que le mordía un escorpión. No podía soportar la idea de que un hombre como aquél pudiera casarse con Sucharita. Su espíritu se sublevó y él exclamó para sí: «¡No, eso jamás!»

Era imposible que Sucharita se uniera a otro hombre. Su corazón, callado y profundo, lleno a rebosar de sublimes sentimientos, nunca podría revelarse a nadie como se le revelara a él. ¡Qué maravilloso fue! ¡Qué maravilloso! ¡Qué indescriptible presencia se manifestó en lo más íntimo de aquella morada de misterio! ¡Cuántos son los hombres que han visto tales maravillas? El hombre que había podido contemplar así el modo de ser de Sucharita, el que había sentido su presencia con todo su ser, ése había obtenido a Sucharita. ¿Cómo era posible que otro hombre tomara posesión de ella?

—¿Es que Radharani va a tener que quedarse soltera? ¿Es ése su destino?

¡Cierto! ¡Al día siguiente, Gora debía cumplir su penitencia! ¡Después de eso habría de ser un brahmán puro! ¿Tendría que quedarse soltera Sucharita? ¿Quién tenía derecho a

imponerle para siempre este estado? ¿Podía una mujer soportar semejante carga?

Harimohini seguía hablando, pero Gora no la escuchaba. Estaba pensando: «Mi padre me ha prohibido repetidamente que haga penitencia. ¿Acaso no vale nada su prohibición? Quizá me equivoque al creer que mi destino es ése. Quizá no esté de acuerdo con mi modo de ser. Quedaré inválido para toda la vida, si me ato con unos lazos artificiales, y si me siento continuamente agobiado por esa carga no podré realizar mi misión. Empiezo a ver que mi corazón está envenenado por el deseo. ¿Cómo librarme de este, peso que me aprisiona? Mi padre ha descubierto que en el fondo no soy brahmán, no soy asceta. Por eso me prohíbe hacer penitencia.»

Gora decidió ir a hablar con Krishnadayal aquella misma noche, para enterarse de qué era lo que su padre veía en él para cerrarle el paso hacia el camino de la penitencia. Si conseguía hacerle hablar, tal vez encontrara una puerta de escape. ¡Escape...!

—Por favor, aguarda un momento. En seguida vuelvo —dijo Gora a Harimohini.

Y se dirigió con paso rápido hacia los aposentos de su padre. Tenía la impresión de que Krishnadayal sabía algo que podía significar para él la liberación inmediata.

La puerta de la habitación de su padre estaba cerrada. Gora llamó dos, tres veces, pero fue inútil; nadie respondió a su llamada. Del interior, salía aroma de incienso y de sándalo. Aquel día, Krishnadayal estaba dedicado, junto con uno de sus *sannyasis*, a complicados ejercicios de yoga y había cerrado todas las puertas para evitar intrusiones del exterior. En toda la noche, nadie podría entrar bajo ningún pretexto.

CAPÍTULO LXXVII

«¡No! —exclamó Gora para sí—. Mi penitencia no comienza mañana. ¡Ha empezado ya! Hoy arde un fuego mayor que el que se encenderá mañana. Al iniciar mi nueva vida, tengo que ofrecer un gran sacrificio. He aquí por qué despierta Dios en mi alma un deseo tan violento. ¿Por qué, si no, tenía que ocurrir una cosa tan inesperada? No existía la menor probabilidad de que yo frecuentara su casa, y la unión de caracteres tan dispares no es cosa normal. Además, nadie hubiera podido ni soñar que se despertara un deseo tan avasallador en un ser indiferente como yo. Hasta ahora no me costó gran trabajo servir a mi país; nunca tuve que sacrificar algo que representara mucho para mí. No comprendía por qué la gente se muestra tan avariciosa cuando se trata de ofrecer renunciaciones por la patria, pero ahora yo debo rendir un tributo especial. El sacrificio precisa dolor, y mi segundo nacimiento sólo puede tener lugar después de que mi corazón haya sido atravesado. Mañana por la mañana, se celebrará mi penitencia ante los miembros de mi comunidad. Esta noche, el Señor de mi vida ha venido a llamar a mi puerta. A menos que en lo más profundo de mi alma arda la llama del sacrificio, ¿cómo he de purificarme mañana? Cuando haya hecho la ofrenda más difícil, entonces quedaré verdaderamente santificado. Entonces seré un brahmán.»

Cuando Gora volvió, Harimohini le dijo:

—Por favor, ven conmigo. Sólo esta vez. Con una palabra tuya todo se arreglará.

—¿Por qué tengo que ir? ¡No soy nada suyo!

—¡Eso no! Ella te venera como a un dios y te respeta como a su *guru*.

Gora sintió cómo su corazón se llenaba de alegría; pero no quiso acceder.

—No hay motivo para ir. No creo que vuelva a verla nunca más.

—Es verdad. —Harimohini sonrió complacida—. No es bueno ver con demasiada frecuencia una muchacha como ella. Pero tienes que complacerme por esta vez. Si algún día vuelvo a pedirte que lo hagas, puedes negarte.

Pero Gora siguió diciendo que no. ¡No; nunca más! Todo había terminado. El sacrificio estaba cumplido. No quería manchar su pureza. No quería ver más a Sucharita.

Cuando Harimohini comprendió que sería imposible convencerle, le dijo:

—Está bien. Si no puedes ir, entonces escríbele una caria.

Gora negó con la cabeza. Imposible. No podía escribir una carta.

—Sólo dos líneas. Tú estás versado en las escrituras y he venido a pedirte consejo.

—¿Qué clase de consejo?

—¿No es el primer deber de una muchacha hindú casarse y cuidar de su familia?

—Escucha —dijo Gora, tras un momento de silencio—, no me mezcles en este asunto. No soy ningún pandit para dar esa clase de consejos.

—¿Por qué no hablas con claridad? —dijo Harimohini con aspereza—. Tú fuiste quien tendió el lazo y, ahora, cuando llega el momento de deshacer el nudo, dices «no me mezcles en esto». ¿Quieres decirme qué significa tu actitud? La verdad es que no tienes el menor deseo de abrirle los ojos.

En cualquier otro momento, Gora se hubiera indignado. Nunca hubiese podido soportar semejante acusación, a pesar de que estaba justificada. Pero aquel día había empezado su penitencia y no podía enojarse. Además, comprendía que Harimohini estaba en lo cierto. Él era lo bastante fuerte para cortar los lazos que le unían a Sucharita, pero quería conservar un tenue hilillo, casi invisible. ¿Es que aún no estaba dispuesto a separarse de Sucharita total y definitivamente?

Pero era preciso acabar con todo rastro de vacilación. No se podía dar algo con una mano y querer retenerlo con la otra.

Sacó una hoja de papel y escribió con trazo firme y enérgico:

«Para la mujer, el verdadero camino de la vida es procurar el bien de todos. El mundo puede estar lleno de alegría o lleno de dolor. La mujer casta y virtuosa lo aceptará todo y será su deber dar forma a su religión en su hogar.»

—¿No podrías añadir unas palabras en favor de nuestro Kailash? —dijo Harimohini, después de leer esto.

—No lo conozco. Nada puedo decir sobre él.

Harimohini dobló el pliego con sumo cuidado y, después de atarlo a la esquina de su *sari*, se dirigió hacia su casa. Sucharita seguía aún en casa de Lolita, con Anandamoyi. Harimohini comprendió que no sería prudente tratar allí del asunto, pues Sucharita podría oír opiniones desfavorables y persistir en su negativa. Así, pues, envió una nota a Sucharita pidiéndole que fuera a comer con ella al día siguiente, ya que tenía algo muy importante que comunicarle. Prometía dejarla volver a casa de Lolita aquella misma tarde.

A la mañana siguiente, llegó Sucharita, firmemente decidida a seguir resistiendo; estaba segura de que su tía volvería a hablar de matrimonio. Se proponía acabar

definitivamente con aquel asunto dando una rotunda negativa.

Cuando acabaron de comer, Harimohini dijo:

—Anoche fui a ver a tu *guru*.

Sucharita sintió miedo. ¿La habría llamado su tía para emprenderla nuevamente con Gora?

—No te asustes. No fui a pelearme con él. Como estaba sola pensé: ¿por qué no ir un ratito a escuchar sus excelentes palabras? En el curso de la conversación, salió tu nombre a relucir y, en seguida, me di cuenta de que sus opiniones coincidían con las mías. Tampoco a él le parece bien que las muchachas tarden en casarse. En realidad, dice que las escrituras lo condenan. Eso tal vez esté bien para los hogares europeos, pero no lo está para los hindúes. Le hablé de nuestro Kailash y su reacción fue muy cuerda.

Sucharita creyó morir de vergüenza cuando Harimohini dijo:

—Tú le respetas como a tu *guru*; por lo tanto, tienes que seguir su consejo.

Sucharita guardó silencio y Harimohini continuó:

—Yo le dije: «Por favor, ve a hablar con ella tú mismo, pues a mí no me hace caso.» Pero él contestó: «No, no puedo volver a verla. Nuestra sociedad lo prohíbe.» Entonces, yo le dije: «En tal caso, ¿qué hemos de hacer?» Y al fin escribió esto para ti.

Y sacando el papel de la esquina del *sari*, lo desdobló lentamente y lo puso ante los ojos de Sucharita.

Cuando Sucharita lo leyó quedó petrificada.

Nada de lo que allí había escrito era nuevo o disparatado. No era que Sucharita no estuviese de acuerdo con aquellas opiniones.

Pero el hecho de que el mensaje hubiera sido confiado precisamente a Harimohini parecía sugerir algo que le causaba profundo dolor. ¿Por qué le daba Gora este consejo precisamente entonces? Desde luego, un día tendría que casarse; pero, ¿por qué tanta prisa? ¿Daba Gora por terminada su labor? ¿Representaba ella un estorbo en la vida de Gora? ¿No tenía nada más que darle? ¿No esperaba nada más de ella? Sucharita, por lo menos, no lo creía así. Ella seguía mirando hacia delante; trataba por todos los medios de ahogar aquel intenso dolor que sentía en el corazón, pero sin conseguirlo.

Harimohini dio a Sucharita tiempo sobrado para sobreponerse y reflexionar. Fue a hacer su siesta acostumbrada y, al despertar, vio que Sucharita seguía inmóvil en el mismo lugar en que la dejara.

—Radha, ¿por qué estás tan pensativa? ¿Qué es lo que tanto te preocupa en este asunto? ¿Acaso Gourmohan Babu ha escrito algo malo?

—No —respondió suavemente Sucharita—. Lo que dice está muy bien.

—Entonces, hija, ¿de qué sirve retrasar las cosas? —preguntó Harimohini, esperanzada.

—No deseo retrasar las cosas —contestó Sucharita—. Voy a ver a mi padre.

—Mira, Radha, a tu padre no le parecerá bien que te cases con un hindú; pero tu *guru*, en cambio... —repuso Harimohini.

—¡Tío! —exclamó Sucharita con impaciencia—. ¿Por qué insistes en eso? No voy a hablar de mi matrimonio. Sólo deseo verle. Eso es todo.

Sólo al lado de Paresch Babu encontraba Sucharita algún consuelo.

Al llegar a la casa, le vio meter ropa en un baúl.

—Padre, ¿qué estás haciendo?

—Madrecita, me voy a Simia, para cambiar de ambiente —rió Paresch Babu—. Salgo mañana por la mañana, en el correo.

Aquella risa breve de Paresch Babu ocultaba una tremenda rebelión que no pasó inadvertida a Sucharita. En casa, su esposa, y en la calle, sus amigos, no le dejaban ni un momento de reposo. Si no se marchaba por algún tiempo se vería convertido en centro de un torbellino. Sucharita sintió una profunda tristeza al verle hacer su propio equipaje para un viaje que debía emprender al día siguiente. Era triste ver que nadie en la casa le ayudaba; por lo que, después de obligarle a dejar aquel trabajo, empezó por vaciar completamente el baúl, y luego de doblar cada prenda con el mayor cuidado, volvió a colocar en él todos sus efectos. Envolvió amorosamente sus libros favoritos, para que no sufrieran daño durante el viaje y, mientras se hallaba ocupado en estos menesteres, preguntó suavemente a Paresch Babu:

—Padre, ¿te vas solo?

—¡Eso no supone para mí ninguna dificultad, Radha! —dijo Paresch Babu, al advertir la aflicción de la muchacha.

—No, padre. Yo te acompañaré.

Paresch Babu la miró fijamente y ella añadió:

—Padre, te prometo no ser un estorbo.

—¿Por qué dices eso? ¿Cuándo fuiste tú un estorbo para mí, madrecita?

—Si no estoy a tu lado todo me sale mal. Hay muchas cosas que aún no comprendo, y si tú no me las explicas nunca llegaré a puerto. Padre, tú dices que emplee la inteligencia; pero mi inteligencia no alcanza. Mi espíritu carece de fuerza. ¡Llévame contigo, padre!

Y con estas palabras, se volvió de espaldas a él y se inclinó sobre el baúl, mientras las lágrimas empezaban a brotar de sus ojos.

CAPÍTULO LXXVIII

Cuando Gora entregó aquellas líneas a Harimohini se sintió como si hubiera escrito una carta que significara el fin de sus relaciones con Sucharita. Pero no basta redactar una escritura para que surta efectos. El corazón de Gora se resistía a dar su consentimiento y aunque Gora, recurriendo a toda su fuerza de voluntad, había firmado, su corazón se negaba a poner el visto bueno; era rebelde. ¡Tan rebelde, que a Gora le faltó poco para correr a casa de Sucharita aquella misma noche! Pero cuando iba a salir oyó dar las diez en el reloj de una iglesia cercana y, de pronto, comprendió que era ya demasiado tarde para visitas. Permaneció toda la noche despierto, oyendo el golpear de las horas; no fue a la casa donde debía celebrarse la ceremonia, sino que mandó recado de que iría a la mañana siguiente.

Y así lo hizo, al salir el sol. Pero, ¿dónde estaban aquella fortaleza y aquella pureza de espíritu que debían alentarle en la ceremonia?

Muchos de los pandits estaban ya allí, y se esperaba la llegada de algunos más. Gora les dio la bienvenida con gran cordialidad, y ellos, a su vez, se refirieron, en los términos más encomiásticos, a la firme fe del muchacho en la religión eterna.

Poco a poco, el jardín fue llenándose. Gora iba de un lado para otro revisándolo todo, pero a pesar de la algarabía que reinaba en el lugar y a pesar del trabajo que le mantenía en movimiento constante, sólo un pensamiento ocupaba su mente, un pensamiento surgido de lo más hondo de su corazón. Era como si alguien le dijera: «¡Has hecho mal! ¡Has hecho mal!» No tenía tiempo para pensar con claridad y tratar de descubrir dónde estaba el mal; pero le resultaba imposible ahogar esta sensación. En medio de los impresionantes preparativos que se estaban realizando para la ceremonia penitencial, un enemigo, situado en el interior de su propia alma, le acusaba con estas palabras: «La falta permanece.» La falta no consistía en una violación de las leyes, no era un pecado contra los *shastras* ni nada contrario a la religión, era una ofensa cometida por él contra sí mismo.

He aquí por qué el alma de Gora se rebelaba contra todos aquellos preparativos.

Se acercaba la hora de comenzar. El lugar en el que debía celebrarse el ritual estaba situado bajo un dosel montado sobre cañas de bambú. Pero en el momento en que Gora, después de bañarse en el Ganges, se cambiaba de ropa, se advirtió cierto revuelo entre los presentes. Una ola de intranquilidad pareció extenderse por el recinto, hasta que Abinash, con el rostro descompuesto, se acercó a Gora y le dijo:

—Se acaba de recibir la noticia de que Krishnadayal Babu se encuentra gravemente enfermo. Te manda un coche para que vayas allí en seguida.

Gora se dirigió rápidamente hacia la salida y, cuando Abinash se ofreció para acompañarle, le dijo:

—No; tú debes quedarte y atender a los invitados. No puedes marcharte.

Al entrar en el aposento de Krishnadayal, Gora le encontró tendido en la cama. Anandamoyi le frotaba suavemente los pies. Gora miró a ambos con ansiedad hasta que Krishnadayal le indicó con una seña que se sentara en una silla que había sido dispuesta para él.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Gora a Anandamoyi cuando se hubo sentado.

—Un poco mejor. Hemos llamado al doctor *sahib*.

En la habitación estaban también Soshimukhi y un criado. Krishnadayal les despidió con un gesto de la mano. Cuando vio que se habían marchado, miró en silencio a Anandamoyi y, luego, volviéndose hacia Gora, dijo con voz apagada:

—Ha llegado mi hora; pero antes de morir debo decirte algo que hasta hoy te oculté. De lo contrario, no me sentiría en paz.

Gora palideció y permaneció mudo e inmóvil. Durante mucho rato, ninguno de los tres habló. Luego Krishnadayal prosiguió:

—Gora, por aquel entonces yo no tenía ningún respeto por nuestra sociedad, y ésta fue la causa de que cometiera tan grave falta... Y después ya no pude retroceder. Y ahora...

De nuevo guardó silencio. Tampoco esta vez hizo Gora pregunta alguna.

—Creí que no sería necesario que tú llegaras a saberlo —continuó Krishnadayal—, y que todo podría seguir igual. Pero ahora veo que es imposible. ¿Cómo ibas tú a tomar parte en mis funerales?

Evidentemente, era este pensamiento lo que le había hecho cambiar de opinión.

Gora se impacientó y, volviéndose hacia Anandamoyi con una mirada inquisitiva, dijo:

—Madre, ¿qué significa esto? ¿No tengo acaso derecho a participar en el funeral?

Hasta aquel momento, Anandamoyi permaneció rígida en su asiento, pero al oír la pregunta de Gora levantó los ojos y, mirándole fijamente, dijo:

—No, hijo, no tienes derecho.

—¿Es que no soy hijo suyo? —inquirió Gora, sorprendido.

—No.

Con la fuerza explosiva de una erupción volcánica, preguntó Gora:

—Madre, ¿no eres tú mi verdadera madre?

Anandamoyi, con el corazón partido de dolor y con voz opaca, pero sin lágrimas, contestó:

—Gora, mi niño. Tú eres mi único hijo. Yo no tuve ninguno; pero eres más mío que si hubieras nacido de mí.

—Entonces, ¿dónde me encontraste? —preguntó Gora, mirando nuevamente a Krishnadayal.

—Fue durante la revuelta, cuando estábamos en Etawa. Tu madre, huyendo de los *sepoys*, se refugió una noche en nuestra casa. Tu padre había muerto el día antes, durante la lucha. Se llamaba...

—¡No es necesario que me des su nombre! —tronó Gora—. ¡No quiero saberlo!

Krishnadayal miró a Gora, asombrado por su excitación, y se limitó a añadir:

—Era un irlandés. Aquella misma noche naciste tú y murió tu pobre madre. Desde entonces has estado con nosotros.

En un momento, a Gora le pareció que toda su vida se convertía en un sueño fantástico. Los fundamentos sobre los que, desde la niñez, edificara su existencia, acababan de derrumbarse. No conseguía entender quién era ni dónde estaba. Lo que él llamara su pasado había perdido toda sustancia, y aquel futuro brillante con el que tanto soñó se había desvanecido por completo. Gora se sentía como la gota de rocío sobre la hoja del loto; con su misma duración efímera. No tenía madre, ni padre, ni patria, ni nacionalidad, ni linaje, ni siquiera Dios. Sólo una cosa le quedaba: una enorme negación. ¿Dónde asirse? ¿A qué trabajo dedicarse? ¿Desde dónde volver a empezar? ¿En qué rumbo fijar la mirada? ¿Dónde buscar, día tras día, materiales para su nuevo trabajo? Estaba mudo y desorientado, en medio de un extraño vacío, y la expresión que había en su rostro hizo imposible que se añadiera a lo dicho ni una palabra.

En este momento, llegó el médico inglés, acompañado del médico de cabecera bengalí. El inglés miró a Gora con tanto interés como al enfermo, preguntándose quién sería aquel joven de aspecto tan extraordinario.

Y es que Gora aún tenía en la frente la marca sagrada hecha con barro del Ganges y llevaba el manto de seda en el que se había envuelto después de bañarse en el río. No llevaba camisa, y su enorme torso quedaba casi por completo al descubierto.

Hasta entonces, al ver a un inglés, Gora le miraba instintivamente con animosidad, pero aquel día, mientras el doctor examinaba al enfermo, Gora le hizo objeto de una particular atención, preguntándose una y otra vez: «¿Es, pues, esa persona la más allegada a mí de todas las aquí reunidas?»

Después de examinar e interrogar al enfermo, el doctor dijo:

—No veo ningún síntoma alarmante. El pulso es bastante regular, y no se advierte ninguna lesión orgánica. Yendo con cuidado, no hay motivo para que se repitan los síntomas.

Cuando el doctor se marchó, Gora se puso en pie y, sin decir una palabra, fue a salir del aposento, pero Anandamoyi se le acercó y, cogiéndole una mano, exclamó:

—Gora, mi vida. No te enojas conmigo. Me partiría el corazón.

—¿Por qué me lo ocultaste? No habría habido ningún mal en decírmelo.

—Hijo —dijo Anandamoyi, dispuesta a cargar con toda la culpa—, cometí este pecado porque temía perderte. Si, al fin, eso debe ocurrir y hoy me abandonas, a nadie, sino a mí misma podré reprochárselo. Pero eso sería mi muerte, Gora.

—¡Madre! —fue todo lo que Gora pudo responder.

Pero, al oír esta palabra, Anandamoyi no pudo seguir conteniendo las lágrimas.

—Madre, ahora quisiera ir a casa de Paresh Babu.

—Está bien, querido —dijo Anandamoyi, sintiendo que se le quitaba un gran peso de encima.

Entretanto, Krishnadayal estaba muy intranquilo por haber revelado el secreto a pesar de que su muerte no fuera inminente y, antes de que Gora saliera de la habitación, le dijo:

—Escúchame, Gora. No hables de esto con nadie. Con un poco de cuidado, sigue como hasta ahora y nadie se enterará.

Gora se marchó sin responder; al recordar que no tenía ningún parentesco con Krishnadayal, se sintió muy aliviado.

Mohim no había podido ausentarse de la oficina sin avisar, por lo que, después de llamar al médico, tuvo que ir a la oficina a pedir permiso. Al ir a entrar en la casa, encontró a Gora.

—¿Dónde vas? —preguntó Mohim.

—Hay buenas noticias. Ha venido el médico y ha dicho que no hay peligro.

—¡Menos mal! —exclamó Mohim, alegrándose—. Pasado mañana se casa Soshimukhi. A propósito, Gora, tienes que ayudarnos un poco. Avisa a Binoy para que aquel día no aparezca por aquí. Abinash es un hindú muy estricto, y no quiere que invitemos a según quién. Y otra cosa, hermano. Va a asistir el *sahib* de mi oficina. Por favor, no lo echés a puntapiés. No tienes que hacer más que decirle: «Buenas noches, señor.» En las escrituras no hay nada que lo impida. Si quieres asegurarte, pregúntaselo a los pandits. Has de comprender, muchacho, que ellos son los que mandan y que no es ningún deshonor dominar un poco el orgullo ante ellos.

Gora se alejó sin contestar.

CAPÍTULO LXXIX

Precisamente cuando Sucharita trataba de disimular su llanto arreglando el baúl, entró un criado para anunciarle la visita de Gourmohan Babu. Secándose rápidamente los ojos, la muchacha dejó su trabajo en el mismo instante en que Gora entraba en la habitación.

En su frente se veía aún la marca del Ganges, y se envolvía con el manto de seda. Gora ni siquiera pensó en su aspecto, ni en que aquél no era el atuendo apropiado para ir de visita. Sucharita recordó el traje con el que Gora hiciera su primera visita a Paresh Babu. Aquel día, iba vestido para la guerra, ¿sería este otro de sus trajes de campaña?

Gora se puso de rodillas ante Paresh Babu y, bajando la cabeza hasta el suelo, tomó el polvo de sus pies. Paresh Babu, turbado, le levantó diciendo:

—Siéntate, hijo. Siéntate.

—¡Paresh Babu, ya no tengo más ligaduras!

—¿Qué ligaduras? —preguntó Paresh Babu, con asombro.

—¡No soy hindú!

—¿Que no eres hindú?

—No, no soy hindú. Hoy he sabido que fui recogido cuando la revuelta. ¡Mi padre fue un irlandés! De un extremo al otro de la India, hoy me han cerrado las puertas de todos los templos. En ninguna fiesta hindú puede haber ya lugar para mí.

Paresh Babu y Sucharita estaban mudos de asombro.

—¡Hoy me siento libre, Paresh Babu! No temo ser contaminado ni perder la casta. Ya no tendré que mirar al suelo a cada paso para preservar mi pureza.

Sucharita miró largamente el radiante rostro de Gora mientras éste decía:

—Paresh Babu, hasta ahora estuve tratando de dedicar mi vida al servicio de la India, pero a cada momento encontraba obstáculos; noche y día me esforzaba por hacer de esos obstáculos objetos de mi fervor, y, ocupado en consolidar su fundamento, no hallaba ocasión para dedicarme a otro trabajo; ése era mi único afán. Por esto, cada vez que me encontraba cara a cara con la India verdadera, retrocedía atemorizado. Con pensamiento

inmutable y parcial me creé una India especial y luché contra todo lo que me rodeaba para conservar mi fe en aquella fortaleza inexpugnable. ¡Pero hoy, en un momento, esa fortaleza inexpugnable se ha desvanecido como un sueño y me encuentro completamente libre ante una enorme verdad! Todo lo bueno y todo lo malo que hay en la India, sus alegrías y sus penas, su sabiduría y su insensatez ha entrado en mi corazón. Ahora tengo derecho a servirla, pues ante mí se abre el verdadero campo, en el que he de trabajar, no un campo fruto de mi fantasía; ¡es el campo en el que viven trescientos millones de hijos de la India!

Esta nueva revelación le hacía hablar con tan intenso entusiasmo que Paresh Babu, emocionado, no pudo permanecer en su asiento y se puso en pie, mientras Gora decía:

—¿Me comprendes? De pronto me he convertido en el que siempre deseé ser. ¡Hoy soy, al fin, un indio! Ya no hay en mí aversión a lo hindú, a lo musulmán ni a lo cristiano. Hoy mi casta es la de todos y mi alimento el alimento de todos. He visitado muchos lugares de Bengala y he aceptado hospitalidad en los hogares más humildes (no creas que me he limitado a hablar ante auditorios de ciudad); pero nunca pude sentarme con todos; siempre llevé conmigo una barrera invisible que no podía salvar. Por eso había en mi alma un vacío del que yo me obstinaba en no hacer caso. Traté de disimularlo con adornos. Amaba a la india más que mi vida y no podía sufrir la menor crítica. Ahora, que he dejado de esforzarme en crear adornos artificiales, me parece haber vuelto a la vida, Paresh Babu.

—Cuando hallamos la verdad, nuestra alma encuentra satisfacción incluso en sus imperfecciones, y no deseamos cubrirla con falsas galas —dijo Paresh Babu.

—Fíjate, Paresh Babu. Anoche pedí a Dios que a partir de hoy me permitiera emprender una nueva vida. Pedí que destruyera toda falsedad e impureza y que me hiciera nacer de nuevo. Dios me ha sorprendido por la forma en que ha atendido mi ruego y la rapidez con que ha puesto su verdad en mis manos. Nunca podré contaminarme. Paresh Babu, esta mañana, con el corazón limpio, me he reclinado sobre las rodillas de mi India, y al fin sé lo que significa el regazo de una madre.

—Gora —dijo Paresh Babu—, déjanos participar en ese derecho a descansar en el regazo de tu madre.

—¿Sabes por qué lo primero que hice al obtener la libertad fue venir a verte?

—¿Por qué?

—Porque tú posees el *mantram* de esa libertad. Es por esto por lo que en ninguna sociedad hay lugar para ti. ¡Hazme tu discípulo! ¡Dame el *mantram* de esa deidad que pertenece a todos por igual, sean hindúes, musulmanes, cristianos o brahmos, y en cuyo templo no se cierran a nadie las puertas, y que no es sólo el Dios de los hindúes, sino el de toda la India!

Una expresión de profunda ternura iluminó el rostro de Paresh Babu, que bajó los ojos y permaneció unos instantes en silencio.

Entonces Gora se volvió hacia Sucharita, que estaba inmóvil en su silla.

—Sucharita —dijo Gora con una sonrisa—, ya no soy tu *guru*. Escucha esta súplica: Toma mi mano y condúceme hasta ese tu *guru*.

Y le tendió la mano derecha. Sucharita se puso en pie y puso su mano en la suya; entonces, Gora se volvió hacia Pares Babu, y los dos, juntos, se inclinaron respetuosamente ante él.

EPÍLOGO

Cuando, por la noche, Gora volvió a su casa encontró a Anandamoyi sentada en el mirador de su habitación.

Gora se sentó a sus pies y Anandamoyi, tomándole la cabeza entre sus manos, le dio un beso.

—¡Madre, tú eres mi madre! La madre que yo anduve buscando durante todo este tiempo estaba en mi casa, aguardándome en mi propio cuarto. Tú no tienes casta, no haces distinciones, no tienes odio. ¡Tú eres la imagen de nuestro bienestar! ¡Tú eres la India...! ¡Madre! —añadió Gora, después de una pausa—. ¿Quieres decir a Lachmiya que me traiga un vaso de agua?

Entonces, con una voz muy suave, en la que había huellas de lágrimas, Anandamoyi susurró a Gora:

—Gora, déjame llamar a Binoy.

Notas

[1] Miembro de la secta del hinduismo teísta reformado. <<

[2] Sociedad religiosa fundada en 1830. <<

[3] Frase sánscrita que designa a las mujeres que observan riguroso *pardah*. <<

[4] *Baboon*: Cinocéfalo, mono grande. <<

[5] *Dada*: hermano mayor. <<

[6] Mechón de cabellos que los brahmanes de Bengala se dejan crecer en la parte posterior de la cabeza como señal de su ortodoxia. <<

[7] En español en el original. <<

[8] «Pequeño». <<

[9] B. A.: «Bachelor of Arts.» <<

[10] M. A.: «Magister artium.» <<

[11] El traje del bengalí consiste, en casa, en un *dhuti* para la parte inferior y una chaqueta ajustada para la superior. Al salir a la calle, se echa por encima un pañolón o un chal. <<

[12] No me digas, con cifras sombrías: «La vida es un sueño vacío.» <<

[13] Edad que señala la ley. <<

[14] Equivale a Adonis. <<

[15] Hasta aquí, este personaje se ha llamado «Baroda». <<

[16] Gobernador mahometano. <<

[17] *Pucca*: sólida. <<

[18] *Puja*: rito de la religión hindú. <<

[19] La más baja de las cuatro grandes castas. <<